El Rey Tahúr



Carlos Aurensanz



Reino de Navarra. Año del Señor de 1188. Tudela, la villa que alberga la Corte, vive un momento de efervescencia décadas después de que Alfonso el Batallador arrebatara su dominio a los musulmanes. El fuero nuevo ha atraído a cientos de pobladores foráneos a un lugar donde todo está por hacer: la alcazaba se está transformando en castillo y sede real, el barrio de la morería crece extramuros, las iglesias se levantan por doquier, de la mano del Císter surgen monasterios y conventos y las poderosas órdenes de caballería financian su presencia en Tierra Santa con las encomiendas de las fértiles tierras del Ebro.

Las obras de la nueva colegiata avanzan y se hace preciso ocupar el solar de la antigua mezquita. Nicolás, un joven aprendiz de cantero de origen borgoñón, trabaja en su demolición cuando el pavimento parece ceder bajo sus pies. Regresa durante la noche para descubrir una cripta oculta bajo el antiguo mihrab y, en ella, al parecer olvidada, una arqueta musulmana con un ajado pergamino en su interior. Será el descubrimiento que marque no solo su propio destino, sino el de todo aquel que tenga conocimiento de su existencia, el del propio reino de Navarra y, a la postre, el de toda la Cristiandad.

Lectulandia

Carlos Aurensanz

El rey tahúr

ePub r1.0
Karras 19.07.2018

Título original: *El rey Tahúr*
Carlos Aurensanz, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

A mi esposa y a mis tres hijos
que soportan mi presencia ausente

El sacerdote Yehoyadá tomó un cofre, hizo un agujero en la tapa y lo puso junto a la estela, a la derecha según se entra en el templo, y los sacerdotes que custodiaban el umbral depositaban en él todo el dinero ofrecido a la Casa de Yahveh.

Cuando veían que había mucha plata, subía el secretario del rey y el sumo sacerdote; se fundía, se contaba y entregaban el dinero a los que hacían el trabajo, a los encargados de la Casa de Yahveh, quienes lo empleaban en los carpinteros y constructores que trabajaban allí, en los albañiles y canteros, y para comprar maderas y piedra de cantería.

II REYES, 12: 10-13

PRIMERA PARTE

Reino de Navarra

Sede real de Tudela

1

Año del Señor de 1188

Un pañuelo húmedo de lino anudado al cuello le protegía la nariz y la boca, pero no conseguía impedir que el polvo blanquecino que flotaba por todas partes se le metiera hasta la garganta, haciéndole toser a cada instante. Una capa parduzca le cubría la piel, el jubón, las sandalias y el cabello, y le obligaba a limpiarse los ojos enrojecidos con el dorso de la mano para retirar de las comisuras la molesta mezcla de lágrimas y partículas de caliza.

El joven Nicolás, sin embargo, estaba acostumbrado a aquello. Desde que tenía memoria, quizá con siete años, había acompañado a su padre al tajo en aquella villa que les había acogido tras su llegada de Auxerre, en el lejano ducado de Borgoña. Así, el polvo de piedra había sido su compañero inseparable: había teñido de blanco, gris u ocre su cabello claro, y había impregnado, mezclado con la nostalgia y la melancolía, cada una de las historias que Pierre, su padre, le contaba en su niñez en las largas noches de invierno al calor de la lumbre.

Su familia procedía de una estirpe de canteros borgoñones que había desarrollado la misma labor durante generaciones, poniendo su experiencia y su oficio al servicio de abades, obispos y nobles que, durante la última centuria, rivalizaban en la cercana Île-de-France a la hora de alzar al cielo las más hermosas construcciones, a mayor gloria de Dios. En los oídos de Nicolás resonaba el nombre del abad Suger, para quien habían trabajado sus dos abuelos, labrando los sillares con los que se levantaba la nueva y al parecer imponente abadía de Saint Denis, cercana a la ciudad de París. Al principio no comprendía qué había llevado a Pierre y a Marie, su madre, a abandonar aquellas tierras del norte que les garantizaban el sustento, y no tuvo la oportunidad de hacerle aquella pregunta a su padre, porque una cabria mal anclada en la cantera había acabado con su vida cinco años atrás, cuando él contaba tan solo once.

Había transcurrido mucho tiempo antes de que Marie fuera capaz de hablar de su esposo sin que el tormento del recuerdo le impidiera siquiera pronunciar su nombre. Para entonces, durante el trabajo menos duro en el taller de cantería o en las breves pausas para el almuerzo, otros oficiales de la cuadrilla de su padre ya le habían revelado algunos detalles. Al parecer, sus dos abuelos mantenían una prolongada rivalidad en las obras de Saint Denis, y el desencuentro había llegado tan lejos que la justicia había tenido que mediar para dirimir sus pleitos. Sin embargo, Pierre y Marie habían crecido juntos, ajenos a las disputas de sus padres. El muchacho trabajaba desde edad temprana junto a su progenitor, y Marie cada día le llevaba el almuerzo al tajo al suyo. Ni la enemistad entre ambos ni la categórica prohibición por parte de las

familias de cruzar siquiera una palabra habían conseguido separarlos, y los encuentros, por necesidad furtivos, se habían hecho continuos durante la adolescencia de ambos. La para él incomprensible oposición familiar había hecho de Pierre un muchacho rebelde y desafecto, aunque no por ello había descuidado su trabajo y su aprendizaje en la cantera y en los talleres donde se ultimaban sillares y dovelas. Los dos jóvenes comenzaban a asimilar que no había futuro para su relación cuando la evidencia del embarazo de Marie vino a marcar para siempre su existencia.

No hacía demasiado que ella misma le había contado lo que sucedió a continuación. Por entonces Pierre había oído hablar de la demanda de canteros con experiencia que empezaba a haber en tierras relativamente alejadas del ducado de Borgoña y de la propia Île-de-France y, antes de que la gestación se hiciera patente, tomaron la decisión de abandonar a sus respectivas familias para compartir juntos un futuro tan incierto como esperanzador. No fue un robo lo que Pierre cometió al encinchar el mulo que habría de acompañarlos en su aventura, pues lo tomó a cuenta del salario que se le debía en la obra de Saint Denis. Sí lo fue el hecho de introducir en las alforjas las herramientas propias de su oficio, lo más valorado por un cantero y algo que pocos alcanzaban a poseer en propiedad. En descargo de su conciencia mascó la idea de que aquella era la herencia que su padre jamás le dejaría porque, si algo vislumbraban ambos con claridad, era que el viaje que emprendían no tendría retorno.

Recordaba bien el día en que su madre le había revelado los detalles de su pasada existencia. Las lágrimas corrían por las mejillas de Marie al hablarle del sufrimiento, de la sensación de traición a los de su sangre que experimentaron al ver cómo la distancia reducía el tamaño de los imponentes muros de la nueva abadía de Saint Denis. Sabían que no la verían terminada. Sus pasos les llevaron hacia el sureste, quizá por el deseo inconsciente de contemplar por última vez su villa natal de Auxerre en las tierras de Borgoña, cuna de los mejores escultores y canteros del reino. Después, espoleados por la cercanía del invierno, se encaminaron hacia el sur, en un viaje que duró meses, durante los cuales Pierre desempeñó su trabajo en varios prioratos y abadías de la orden monacal nacida en Cluny, algunos de los cuales empezaban a alzar sus muros en lo que parecía una decidida expansión hacia tierras meridionales. Su meta era algún lugar de la Aquitania de clima benigno, cualquier próspera ciudad donde se estuviera iniciando la construcción de un nuevo templo, un monasterio quizás, y su experiencia fuera bien valorada y retribuida. Pero aquel invierno resultó duro, los trabajos de construcción se habían detenido en todos los lugares que atravesaban, y Pierre hubo de dedicarse a tareas menores a cambio tan solo del sustento. Fue el deseo de huir de aquel clima extremo lo que les condujo hacia su primer destino, cerca del gran océano. Alcanzaron Burdeos al principio de la primavera con la intención de unirse a los trabajos de construcción de la magnífica catedral que alzaba ya sus muros en el centro de la ciudad.

Nicolás recordaba cómo su madre sonreía al evocar la primera vez que, juntos,

habían visto el mar. Le contó que sintió las primeras patadas del pequeño ser que crecía en su vientre, sus patadas, sentada sobre un montículo de aquella playa, junto al estuario del río que atravesaba la ciudad.

Pero su viaje no había concluido. Al llegar a las inmediaciones del templo en construcción, dispuesto a establecer contacto con el maestro de obras en busca de trabajo, Pierre se tropezó con un grupo de hombres que reconoció como borgoñones por su acento, su vestimenta y sus expresiones. Resultaron ser canteros como él, escultores algunos, dispuestos a abandonar la ciudad, descontentos con las condiciones de trabajo que se les ofrecían. Hablaban de atravesar los Pirineos en busca de mejores oportunidades, siguiendo el camino del apóstol Santiago. Pierre se vio seducido por las historias épicas que le contaron, protagonizadas por monarcas cristianos de reinos para él desconocidos: Aragón, Navarra, León, Castilla, Portugal, todos en lucha contra los sarracenos; por la promesa de trabajo abundante y bien pagado en las muchas ciudades recién arrebatadas al moro, donde empezaban a levantarse cenobios para repoblar las tierras conquistadas, colegiatas y catedrales en los nuevos obispados, amén de nuevas fortalezas desde las que asegurar el avance cristiano; por las ventajosas condiciones que los monarcas otorgaban en sus fueros a los francos que acudieran a repoblar sus territorios; por el exotismo de lugares en los que judíos y moros convivían con quienes abrazaban la verdadera fe de Cristo. La promesa de llegar a ser hombres libres, dueños de sus propias tierras, parecía despertar grandes expectativas en aquel grupo de jóvenes decididos, y Pierre se dejó ganar por su entusiasmo.

Debían, sin embargo, formalizar algo antes de abandonar Burdeos, algo que constituía su más anhelado deseo, pero que habían retrasado hasta alcanzar el que creían su destino. Solo uno de aquellos hombres viajaba junto a su joven esposa, también encinta, y ambos se brindaron a acompañarlos durante la sencilla ceremonia en la que se desposaron. Marcel y Sophie, así se llamaban sus improvisados testigos de boda, flanquearon a Pierre y a Marie en el altar recién consagrado de la nueva catedral, algo que sus nuevos amigos consiguieron del cabildo en compensación por el trabajo desarrollado en los últimos años levantando aquellos mismos muros.

Fue así como, al finalizar la primavera del año del Señor de 1172, los ya nuevos esposos atravesaron los montes Pirineos y descendieron sus estribaciones hasta alcanzar la capital del pequeño reino de Navarra. En Pamplona quedaron algunos miembros del grupo, pero un número reducido decidió seguir camino a Zaragoza. Eran los más ávidos por alcanzar aquellos lugares desconocidos de los que les habían hablado donde, decían, se alzaban hermosos palacios árabes con una extraña arquitectura que jamás hubieran pensado poder contemplar, con trabajos de escultura que, según contaban, rozaban la filigrana. Marie, a pesar de su ya avanzado estado de gestación, decidió complacer a su esposo, en cuyos ojos observaba un brillo intenso ante tal posibilidad. Tomaron el camino del sur con la emoción de saber que entraban en tierras que poco antes habían estado en manos de los sarracenos, hasta que el rey

Alfonso, llamado por ello el Batallador, se las había arrebatado para la Cristiandad unas décadas atrás. Transitaron el Camino Real hasta el único puente que atravesaba el mayor río que regaba aquellos reinos, el Ebro; y así alcanzaron la villa de Tudela, donde el rey Sancho de Navarra había establecido su corte de forma temporal.

Llegaron a la ciudad poco antes de la festividad de San Juan. Marie recordaba que su impresión fue grande al contemplar, mientras cruzaban a pie el puente de madera, la silueta del minarete de una mezquita musulmana, que se mantenía en pie reconvertido en campanario. Fue la primera imagen impactante de una ciudad que acabarían conociendo bien, pues en la siguiente jornada, a la hora de subir al mulo para continuar el camino hacia Zaragoza, una punzada intensa en el vientre la hizo encogerse de dolor.

Aquella mañana contemplaron por primera vez el edificio a medio levantar del priorato de Santa María de Tudela, donde Marie fue acogida por caridad. En realidad, solo el dormitorio de los monjes agustinos estaba terminado, además del refectorio y la sala capitular. Pero el recinto de lo que iba a ser el albergue de transeúntes estaba ya techado y, aun con la carpintería de las ventanas sin colocar, se veía ocupado por algunos necesitados. En una pequeña dependencia anexa, al abrigo de miradas indiscretas, había venido al mundo Nicolás, atendida la madre por la partera con quien contrajeron su primera deuda. Una partera descuidada y sin oficio, que dejó parte de las parias sin extraer y, como consecuencia, unas calenturas que tardaron semanas en desaparecer y que a punto estuvieron de acabar con la vida de la joven madre. Marie siempre se había mostrado convencida de que aquella era la razón por la que su vientre ya no había vuelto a concebir. La única compañía que tuvo en aquellos días fue la de Sophie, quien decidió junto a su esposo Marcel quedarse en la villa al menos hasta su también próximo alumbramiento.

Dieciséis años habían transcurrido desde entonces… Toda su vida. Una vida truncada cuando un dramático error en la cantera hizo que una piedra de decenas de arrobas aplastara las piernas y la cintura de su padre. Dios no le dio la oportunidad de salvarse. La cabria había elevado pesos como aquel, y aún mayores, en centenares de ocasiones. Pero aquel día las fijaciones cedieron y el contrapeso no fue suficiente para impedir que la estructura basculara sobre sí misma. Él lo había visto todo a pocas varas de distancia, y no sufrió la misma suerte porque un instante antes se había alejado de su padre en busca del odre de agua que permanecía a la sombra. Pierre alzó la vista tras un grito de advertencia y comprendió que la piedra y la cabria se desplomaban sobre su cabeza sin remedio. Con un salto propio de un felino trató de lanzarse a un lado, pero al caer al suelo las piernas quedaron atrás. En medio del estruendo y de la densa nube de polvo, Nicolás solo vio a Marcel arrojar la maza al suelo antes de lanzarse hacia su amigo. Al instante una decena de canteros y peones apartaban los maderos de la cabria y apalancaban la roca con barras de hierro, en medio de los terribles gritos de su padre, gritos que jamás podría olvidar. La vida se le escapó a Pierre en unos instantes, en medio de las lágrimas, los gritos de

incredulidad, las imprecaciones y las blasfemias de los cofrades. Solo tuvo tiempo de señalar hacia él con la cabeza, incapaz de hablar, a la vez que clavaba la mirada en los ojos de Marcel. Y este asintió en señal de comprensión, llorando como un niño, a la vez que rodeaba a Nicolás con el brazo y lo apretaba contra su pecho cubierto de polvo, para impedirle contemplar los últimos estertores de su padre.

Era aquel mismo polvo el que ahora le hacía llorar de nuevo. O quizá fuera el recuerdo, doloroso e imborrable a pesar del paso del tiempo. Lo cierto era que estaba allí, si no ejerciendo su oficio propiamente, sí en una tarea muy relacionada y, quizá, más delicada. En medio de las voces y los ruidos del tajo sujetaba con firmeza el cincel con la mano izquierda al tiempo que, con ligeros y repetidos golpes de maza, iba eliminando el mortero bajo la enorme losa de mármol que pretendía desprender de su emplazamiento. La tarea era delicada y aburrida; un golpe mal dado podía malograr la pieza, y el ritmo cansino y el sonido monótono hacían que a su mente inquieta le resultara sencillo evadirse.

Con la muerte de su padre, el cielo mismo pareció haberse desplomado sobre sus cabezas. Marie se hundió en un pozo de negrura del que ni siquiera la presencia de su hijo parecía arrancarla. Atendía de forma eficiente pero maquinal las muchas tareas de la pequeña casa que les cobijaba, pero el futuro se presentaba incierto para ambos. A los once años Nicolás era tan solo un niño al que se acababa de privar de la oportunidad vital de aprender las artes de su oficio junto al padre. La desesperación de los primeros días no les había permitido comprender que Marcel estaba allí dispuesto a cumplir la promesa callada que le había hecho a Pierre. Y Sophie estaba junto a él. Y sus hijos.

Sophie había dado a luz apenas dos meses más tarde que Marie. Para entonces habían tenido tiempo de asentarse en el lugar, los hombres se habían incorporado a las obras de la colegiata y las dos familias ocupaban sencillas viviendas contiguas cedidas en renta por el cabildo, al igual que muchos otros pobladores francos que mes tras mes engrosaban el censo de la villa en construcción. Alvar nació ya en la pequeña casa, atendida la madre en aquella ocasión por una partera más atenta y experimentada. Martha llegó al mundo dos años más tarde y el pequeño Beñat lo hizo en el año de 1177, el mismo en el que circulaba por la villa la noticia del apresamiento de la reina Leonor de Aquitania por tropas de su propio esposo, el rey Enrique de Inglaterra.

Alvar y él se habían criado juntos. Pocos hermanos podían mostrar mayor afinidad que ellos, pues coincidían incluso en edad. Habían compartido los juegos de la infancia, los baños en el río, las carreras para contemplar con asombro el cortejo del rey Sancho cuando atravesaba el puente a su llegada a la ciudad. Juntos se habían incorporado a la cuadrilla de canteros de sus padres cuando apenas levantaban unos palmos del suelo, con solo siete años, ocho a lo sumo. Su tarea se limitaba entonces a

alcanzar el agua a los oficiales, a llevar el almuerzo de Pierre y de Marcel al tajo en la pausa del mediodía, o a hacer recados entre la cercana obra y el taller. A medida que la fuerza de sus brazos fue en aumento, empezaron a familiarizarse con las herramientas del oficio. Poco a poco fueron capaces de distinguir un nivel, una escuadra, el baivel, los cinceles, bujardas, escodas, gubias o uñetas cuando los oficiales se los pedían, y el siguiente paso fue empezar a usarlos en pequeños trabajos sin importancia.

Nicolás jamás podría olvidar el momento, pocos días después de la muerte de su padre, en el que Marcel lo llamó aparte. Las palabras que salieron de su boca abrieron una ventana a la esperanza en medio del dolor, del estupor y del desconcierto en que se había visto sumida su existencia a tan temprana edad.

«A partir de ahora seré tu padre y tu maestro. Y Alvar es tu hermano, si no lo era ya», le dijo con la mano puesta encima del hombro y con emoción en la voz. A continuación, le entregó un pesado envoltorio de cuero que Nicolás no tuvo le necesidad de abrir. Eran las herramientas de su padre, su más preciada posesión.

Marcel había cumplido su palabra, nunca había establecido diferencias entre los dos y el paso de los años había afianzado una relación en la que el agradecimiento tenía una presencia continua y en la que, en cambio, estaba ausente la natural rebeldía de un hijo hacia su padre. Alvar y él habían entrado a formar parte de una de las cuadrillas de canteros que en aquellos años tallaban los sillares de lo que a todas luces iba a ser una colegiata soberbia, desproporcionada incluso para el tamaño de la villa que la albergaba. Llevaban cinco años trabajando en la cabecera del templo, y el duro esfuerzo diario los había convertido en muchachos robustos y de brazos ya poderosos, a pesar de no haber alcanzado aún la corpulencia que sin duda ganarían en poco tiempo. De igual manera habían adquirido la destreza necesaria para que todos los miembros de la cuadrilla los aceptaran como dos integrantes más. Marcel era sin discusión el jefe del grupo, formado en su mayor parte por canteros procedentes de su misma tierra, igual que muchos de los escultores que se habían hecho con el trabajo de labra de los primeros capiteles del presbiterio.

Nicolás dejó el cincel y la maza y abrió y cerró con fuerza los puños, tal como había aprendido a hacer para desentumecer los dedos. La argamasa no era de calidad especialmente buena y pronto la losa estaría liberada, lista para ser reutilizada en la siguiente fase de la obra, aún por acometer. Sentía el familiar sabor del polvo en la boca. Bebió un trago del odre que colgaba a su lado y, al hacerlo, su mirada se alzó hacia lo alto. No pudo evitar la sensación de pequeñez que lo asaltaba cada vez que contemplaba aquellos soberbios pilares cortados a plomo que se alzaban entre andamios, cabrias, sogas y poleas hasta el lugar donde eran coronados por los nuevos

capiteles labrados con motivos vegetales. Cuatro capillas, dos a cada lado, flanqueaban al ábside central, que desempeñaría la función de altar mayor. Del transepto solo se había alzado el muro de hastial sur, pero le resultaba suficiente para tratar de imaginar, estremeciéndose siempre, el aspecto futuro del conjunto una vez abovedado. Para ello faltaban décadas y, de momento, se había dotado a la cabecera de un cubrimiento provisional de madera. Se preguntaba si él mismo viviría lo suficiente para ver la obra concluida.

La construcción de la nueva colegiata de Santa María la Mayor de Tudela estaba resultando muy especial. Ni su padre ni Marcel habían visto alzar un templo de aquel tamaño sobre una antigua mezquita, tal como se estaba haciendo allí. El eje del primitivo recinto musulmán seguía una dirección aproximada de norte a sur, mientras que la colegiata miraba en su cabecera hacia el amanecer y habría de cerrarse en el futuro con los pies de la nave central mirando a poniente.

Cuando llegaron a la villa, el cabildo llevaba ya lustros adquiriendo casas y solares en el entorno de la mezquita para edificar el nuevo templo. Se habían comenzado las obras por la cabecera, ubicada fuera del anterior recinto construido y perpendicular a él. De esta forma el antiguo oratorio musulmán, reconvertido en iglesia y consagrado después de la conquista cristiana de la ciudad, podía seguir desempeñando su función hasta que la nueva cabecera se dedicara al culto. Eso había sucedido unos meses atrás, y ya había llegado el momento de demoler la fábrica de la mezquita, lo que permitiría avanzar en el trazado de la nave central y de las dos naves laterales sobre el solar liberado.

Los trabajos de cantería se habían detenido, pues la mano de obra disponible debía dedicarse a desmantelar la mezquita, piedra a piedra en algunos casos. Todo debería aprovecharse, pues el material escaseaba y resultaba caro, especialmente por su transporte a pie de obra. Por eso los viejos sillares tenían que desmontarse uno a uno; los modillones que sostenían los aleros, recuperarse para desempeñar la misma función en la nueva colegiata, igual que las columnas que sostenían los arcos y las losas de mármol del pavimento. Pero también se utilizaría la madera de la techumbre, aunque solo fuera para alimentar los hornos de cal que ya funcionaban y los que habrían de ser construidos. De igual forma, las tejas serían machacadas y reducidas a polvo con el que podría elaborarse nuevo mortero. Incluso el escombro compactado se utilizaría en el relleno de los muros.

Todos los canteros habían sido invitados a unirse a los trabajos de demolición, pues su experiencia era fundamental para recuperar aquellos elementos decorativos de la mezquita que pudieran resultar aprovechables. Había una circunstancia que agudizaba el problema de escasez de mano de obra: el cabildo había accedido a la petición de la comunidad musulmana para que aquellos de sus miembros que mostraran objeción en colaborar con el derribo de su antiguo oratorio fueran relevados temporalmente de la tarea. El concejo había intermediado para que así fuera, y el propio rey Sancho se había mostrado conforme. La mayor parte de los

musulmanes se había acogido a la posibilidad que se les brindaba, pues no les suponía un menoscabo económico toda vez que también estaba en marcha la obra de la nueva mezquita que se levantaba en el barrio de la morería, extramuros del recinto fortificado.

Nicolás, por encargo de Marcel y del maestro de obras, acometía su tarea en la zona que antaño había sido el *mihrab* de la mezquita, la parte más noble y más profusamente decorada, reconvertida por ello para utilizarse en las últimas décadas como altar del templo católico. Los atauriques labrados que cubrían los muros eran de gran belleza, así como la decoración de la cúpula que, por desgracia, no se podría conservar. Nicolás lo lamentaba, pues era consciente de los meses, quizás años de trabajo que había detrás de aquellas filigranas verdinegras y doradas, por no pensar en la experiencia previa necesaria para ejecutarlas. Durante las últimas jornadas se estaba ocupando, junto a otros miembros de la cuadrilla, en levantar todas las losas de mármol pulido que cubrían el suelo, precisamente bajo aquella bóveda semiesférica repleta de caracteres cúficos cuyo sentido ignoraba. Quizá acudiera a Ismail, el viejo alarife musulmán que tanto había frecuentado la obra de la colegiata, para preguntarle por su significado. Mejor aún, podría llevarlo allí, un lugar al que seguramente ningún moro había tenido acceso desde la consagración; a punto de ser demolido, nadie tendría en cuenta su presencia. Quizá el anciano pudiera explicarle también los fundamentos de la técnica que utilizaban sus correligionarios para trazar aquellos magníficos atauriques.

Un sutil cambio en la resistencia del mortero ante el último golpe con la escoda le indicó que la losa estaba a punto de desprenderse. Tomó entonces la maza de madera y golpeó con fuerza en el lado más estrecho de la pieza hasta que, en efecto, esta se desplazó un ápice. Llamó a dos de los peones que trabajaban en las inmediaciones y les indicó que estuvieran preparados para introducir cuñas bajo la losa mientras él, con exquisito cuidado, utilizaba una palanqueta para elevarla. Un instante después la pesada plancha descansaba apoyada de lado junto a las que ya se acumulaban fuera del *mihrab*, soportadas todas por un sólido caballete de madera.

Se levantó con las piernas y la espalda entumecidas. Tan solo restaban las losas que circundaban el recinto, todo el centro bajo la bóveda estaba ya desnudo, cubierto tan solo por restos de mortero. Lo atravesó para dirigirse al extremo opuesto en busca del odre para refrescarse y, al hacerlo, sintió que la superficie central cedía de forma apenas perceptible bajo su peso. Estuvo tentado de agacharse, pero vio que era una gruesa capa de arena procedente de la argamasa lo que se había hundido bajo su suela. Alzó el odre para beber y sintió un ligero mareo, sin duda provocado por el brusco movimiento tras estar tanto tiempo agachado, así que se limitó, como en otras ocasiones, a mantener la cabeza baja y la mirada fija en el suelo. Entonces lo vio. En el mismo lugar donde el piso parecía haber cedido un instante antes, se estaba formando un hoyuelo, como si la arena estuviera siendo tragada. Duró solo un instante, pero Nicolás quedó pensativo. Dio otro trago largo y dejó colgado el odre en

su alcayata. El sol empezaba a declinar y la luz pronto escasearía, así que miró en derredor y vio lo que buscaba en uno de los andamios que se levantaban en el interior del templo. Llamó a los dos peones que acababan de ayudarle y juntos trasportaron un largo tablón hasta el altar, para dejarlo apoyado en los dos extremos cubiertos todavía por losas de mármol, de forma que atravesaba aquel espacio casi circular cerca de su centro.

Con un gesto indicó a los dos peones que ya no precisaba su ayuda. Miró en torno y vio que todos los que trabajaban cerca estaban ocupados en sus tareas, tratando de ultimar las labores del día. Nadie le prestaba atención, así que tomó la azuela y caminó sobre el tablón hasta el centro del recinto. Se agachó para observar el pequeño cráter que se había formado. Con las manos apartó los restos de mortero sueltos y, como suponía, descubrió una pequeña grieta por la que se deslizaba de forma apenas perceptible la poca arena que quedaba. Rascó con el filo de la azuela para quitar el resto de la argamasa y encontró ladrillos de adobe bajo ella. Dio la vuelta a la herramienta para usar el lado puntiagudo y asestó varios golpes, precisos y seguidos. De forma instintiva se afirmó sobre el tablón, seguro de lo que iba a suceder a continuación. Media docena de golpes más fueron suficientes para que aquellos adobes inestables se vinieran abajo con estrépito formando un hueco irregular de tres palmos de anchura. Nicolás comprendió que formaban parte de una bóveda, probablemente de alguna primitiva cripta construida bajo el *mihrab*. Quizá, sin embargo, se tratara tan solo de la bodega de alguna de las viviendas sobre las que se edificó la primera mezquita. Por el ruido de los ladrillos al caer intuyó que no era demasiado profunda, pero la luz escasa del ocaso le impedía ver el fondo en medio de la polvareda. Ignoraba por qué, pero el corazón le latía de forma desbocada. Miró de nuevo en torno a sí y supuso que el estrépito del desplome había quedado enmascarado por el resto de los ruidos de la obra, porque nadie miraba hacia él. Pensó en qué hacer a continuación. Sin duda lo correcto era dar aviso a maese Jaime, el maestro de obras, para que él tomara las decisiones oportunas ante aquel inesperado descubrimiento. Otra parte de él, más propia del muchacho curioso, decidido e intrépido en el que se había convertido, le decía que esperara hasta poder comprobar por sí mismo la importancia del descubrimiento. Permaneció agachado sobre el tablón, tratando de escudriñar el fondo a pesar de la nube de polvo que no terminaba de asentarse bajo la bóveda arruinada.

Quizá si no hubiera encontrado una manera sencilla de ocultar el hallazgo habría optado por dar cuenta de él, pero una pila de sacos de arpillera de los que se usaban para acarrear escombro parecía dispuesta allí con aquel fin. Desanduvo el camino sobre el tablón oscilante y se dirigió al rincón donde se encontraban. Tomó dos y volvió con ellos sobre la improvisada pasarela. Antes de tapar el boquete, asió los ladrillos de los bordes y trató de moverlos para comprobar su firmeza, pero parecían sólidamente trabados con la argamasa. Dispuso los dos sacos uno encima del otro, en forma de cruz, de forma que cubrían la práctica totalidad del orificio, y los sujetó con

pequeños cantos. Después regresó hasta el andamio y esta vez cargó él solo con un tablón sobre el hombro, sin buscar la ayuda de nadie. Con esfuerzo, depositó uno de sus extremos junto al otro madero y dejó que descansara sobre el suelo. Recorrió toda su longitud y alzó la punta contraria para girarlo y disponerlo en paralelo al primero, sobre los sacos de arpillera. Después recolocó los dos desde los extremos para que cubrieran por completo el orificio.

Mientras se sacudía las manos para librarse del polvo, pensaba cómo prepararlo todo para descender allí en medio de la oscuridad de la noche.

2

Nicolás se sentía cansado tras el esfuerzo de la jornada, pero era la víspera de la festividad de San Pedro y San Pablo y a la mañana siguiente no tendría que acudir al tajo. Normalmente se trabajaba de sol a sol, salvo los domingos, aunque numerosas festividades religiosas como aquella salpicaban el calendario y casi duplicaban el número de días anuales de asueto. Por otra parte, la jornada se alargaba en verano y era mucho más reducida en invierno, y eso si los trabajos de construcción no se interrumpían. Las heladas hacían imposible el buen fraguado del mortero de cal, así que los maestros de obras preferían suspender durante los meses más fríos las tareas que requerían su uso. Eso no significaba que todos los oficios detuvieran su labor, pues los picapedreros podían seguir extrayendo piedras; los canteros adelantaban el tallado de sillares, sobre todo piezas cilíndricas para los pilares cuyo diámetro se mantenía constante en toda su altura; los carpinteros quizá no pudieran construir cimbras que precisaban de medidas exactas a pie de obra, pero podían preparar listones, tablones y traviesas para los numerosos andamios, amén de nuevas cabrias, grúas o los mangos de nuevas herramientas; los *ferreros* no cesaban de forjar las piezas de hierro de esos mismos utensilios, así como los miles de clavos, grapas y tirantes que siempre eran necesarios. En los tiempos que corrían las fraguas nunca se enfriaban, pues también la amenaza de la guerra hacía necesaria la continua producción de armas para los hombres del rey y para sus mesnadas. Quién sabía lo que habría de durar aquel ritmo de vida, una existencia dura pero desprovista de excesivos sobresaltos. Pocos meses atrás había llegado la noticia terrible de la derrota de los cruzados y de la dolorosa pérdida de Jerusalén para la Cristiandad. El papa Gregorio se había apresurado a convocar a todos los príncipes cristianos a una nueva cruzada para recuperar los Santos Lugares y la reliquia de la Santa Cruz de manos del sultán Saladino. ¿Se sumaría el rey Sancho a la empresa? Eso supondría la leva de una numerosa hueste, algo que sin duda alteraría la relativa tranquilidad de la que se había gozado en los últimos tiempos. En cualquier caso, aquello no era algo que se pusiera en marcha en unos meses; las conversaciones entre los reyes podrían prolongarse años antes de atender la llamada del Papa, así que decidió desterrar de momento aquella preocupación de sus pensamientos.

Era una noche calurosa y Nicolás descansaba sobre el jergón que ocupaba la práctica totalidad de su pequeña alcoba. Aunque nada les faltaba, Marie y él vivían de forma humilde con el salario que cada semana entraba en casa en forma de unos pocos dineros de vellón, más o menos abundantes según la duración de la jornada.

Ansiaba alcanzar la habilidad necesaria para poder terminar sus propias piezas, como hacían los canteros de la cuadrilla de más experiencia. No dudaba de que Marcel se lo permitiría sin tardar, al igual que a su propio hijo Alvar. Pensaba que eso

iba a suceder al cumplir los dieciséis, pero la ceremonia de dedicación de la cabecera del templo y el inicio del derribo de la mezquita habían detenido el labrado de nuevos sillares. Soñaba con poder usar algún día su propia marca de cantero, la misma que había usado su padre desde que llegara a la ciudad: un triángulo de base más corta que los lados, dividido en dos por una muesca central, que representaba de manera esquemática un nivel. La había grabado decenas de veces en trozos de piedra inservibles y lo hacía ya con rapidez y maestría, con unos pocos golpes de cincel. Pero solo podría ver su señal en los sillares asentados en los muros cuando se retomaran los trabajos constructivos, y antes había que acabar de demoler la vieja colegiata. El recuerdo del *mihrab* lo asaltó y le recordó el motivo de su vigilia. Aguzó el oído y escuchó el sonido acompasado de la respiración de su madre en la alcoba contigua. También llegaban hasta él los sonoros ronquidos de Marcel desde la casa vecina, y otros más amortiguados que supuso que serían los de Alvar. Sintió el aguijón del remordimiento por no haber compartido con su medio hermano aquel hallazgo, cuando eran muy escasos los secretos que existían entre ambos. Quizá era por el temor a que Marcel lo sorprendiera escabulléndose de su casa, o el deseo de no comprometerlo en algo banal, pero que podría acarrearles problemas en caso de ser descubiertos. Lo cierto era que aquella noche había decidido acudir solo a la obra.

Se levantó del jergón y se cubrió con el jubón sin mangas que descansaba en el tosco taburete. Se calzó las sandalias y caminó despacio hacia la estancia común que ocupaba la mayor parte de la vivienda. Avivó el rescoldo del hogar donde su madre había calentado el perol de la cena y prendió en él la mecha del candil que había dejado preparado. Lo introdujo en el recipiente de cerámica que habitualmente usaban para transportar el fuego de una casa a otra y desató el cabo de cuerda que mantenía cerrada por dentro la puerta de la casa. Salió a la calle y percibió el estimulante frescor de la noche. Como esperaba, se encontraba desierta, aunque pensó que no sería extraño toparse con rezagados de regreso de las tabernas que en los últimos tiempos habían abierto sus puertas. De hecho, aguzando el oído, entre el canto de los grillos podían distinguirse voces en la distancia que sin duda procedían de alguna de ellas en víspera de día feriado. Alzó la mirada y contempló la mole negra de la nueva colegiata, que sobresalía por encima de todos los tejados, recortada contra el cielo estrellado e iluminado por la luna menguante. Encaminó sus pasos hacia el templo, tratando de proteger con su cuerpo el recipiente que contenía el candil para ocultar su indiscreto resplandor.

Sabía que la guardia contratada por el cabildo hacía sus rondas periódicas para evitar los robos de material en la obra, pero sabía también que eran más amigos de empinar el codo en la taberna cercana que de atender a su obligación. En cualquier caso, una vez dentro del recinto estaría a salvo de cualquier mirada vigilante. El acceso, vaciada ya la vieja colegiata de sus valiosos objetos de culto para el derribo, era sencillo. Las puertas se habían extraído para su reutilización y para facilitar el tránsito de los obreros, de manera que el joven solo tuvo que retirar la pesada tabla

que cubría uno de los vanos. Volvió a colocarla en el mismo sitio y, dándole la espalda, ya a salvo, se dirigió a la zona del altar con cuidado de no tropezar en el pavimento a medio levantar.

Los hombres más próximos a aquel lugar eran los monjes agustinos que habitaban el priorato anexo a la colegiata. El dormitorio común era la estancia más cercana, pero estaba separado del templo por el grueso muro de la *qibla* de la antigua mezquita. Conocía a la perfección las dependencias que rodeaban el claustro porque desde niño las había recorrido durante su construcción. Junto al dormitorio, en el ala oriental, se encontraban la sala capitular y las dependencias privadas del prior Forto. Al corredor sur se abrían el refectorio y la cilla a pie llano y, sobre ellos, otras estancias que incluían graneros, palomares, y una amplia solana para secar hortalizas, salazones y plantas medicinales. Aprovechando la pendiente del terreno, se habían ubicado en un nivel inferior las cocinas, el lagar, el depósito de aceite y las bodegas, con salida independiente a la calle de abajo a través de una amplísima estancia abovedada que hacía las veces de almacén, habitualmente repleto de mercancías aportadas por los villanos en concepto de diezmo. El ala norte, donde se ubicaba de momento el *mihrab*, era la que lindaría con la nueva colegiata y, por fin, la parte orientada a poniente estaba ocupada por el albergue de transeúntes y peregrinos donde él mismo había venido al mundo, amén del amplio y luminoso *scriptorium* situado en la planta superior.

Por precaución permaneció atento a los sonidos procedentes del monasterio, pero todo era silencio, tal como se esperaba en las horas que transcurrían entre completas y maitines, según la regla canónica de San Agustín. Disponía de tiempo sobrado antes de que los monjes abandonaran sus lechos para la primera oración del día, varias horas antes del amanecer.

Sacó el candil del portallama y avanzó dentro de su haz de luz hasta el altar. Allí estaba el saco de tela con la soga que se había procurado antes de abandonar la obra. Contenía también varios cabos de vela bien despabilados, que dejó caer al suelo con la cuerda antes de incorporarse para decidir sus próximos pasos. Pensó que, después de todo, le habría venido muy bien la ayuda de Alvar para mover el tablón sin hacer ruido, pero ya no había remedio. Decidió ponerse manos a la obra y lo alzó por el borde. Con un giro sobre el extremo contrario lo desplazó del centro y, con cuidado, lo dejó apoyado contra el muro. Llevó el candil con él hasta el centro del segundo tablón y retiró los sacos que ocultaban la abertura. Agachado, acercó la luz y sobre el fondo se dibujó ampliado el contorno del orificio. La cripta no era demasiado profunda, pero sí lo suficiente para impedir la salida de alguien sin la ayuda de la soga una vez en el fondo. Deshizo el camino sobre el madero y cogió la cuerda. Desplazándose por el borde de la estancia, sobre las losas de mármol que aún estaban por levantar, se acercó al ventanal más próximo y ató el extremo a la reja que lo protegía. Lanzó el cabo en dirección al agujero y, satisfecho de su puntería, vio cómo se perdía en su interior. Tomó varios trozos de vela y los prendió antes de colocarlos

en torno al orificio y también sobre el tablón, pegados con la propia cera fundida. Si el candil se apagaba por alguna circunstancia, solo tendría que ascender de nuevo y utilizar uno de ellos para recuperar la luz.

El corazón le latía con fuerza cuando, de espaldas al hueco, apoyó las dos manos sobre el tablón y dejó que las piernas se deslizaran en el interior. Empleó toda la fuerza de sus brazos para dejarse caer sujetándose a la cuerda, hasta que solo la cabeza asomó por el orificio. La soga se apoyaba sobre el borde del madero y su peso hizo que este se desplazara unos dedos, hasta encontrar el equilibrio. A partir de ahí tendría que sujetarse solo con un brazo para sostener el candil con el otro, así que enroscó las dos piernas en torno a la cuerda y comenzó a descender. No era algo que no hubiera hecho decenas de veces antes, para saltar tapias o para encaramarse a los árboles. Sin embargo, el cáñamo rugoso le lastimaba las pantorrillas y también notaba quemazón en la piel del brazo izquierdo, pero se obligó a mantener la presión para evitar caer bruscamente al fondo. Mientras reprimía un quejido apretando los dientes, pensó que definitivamente habría sido mejor contar con ayuda. Sintió un gran alivio cuando encontró apoyo para los pies en los ladrillos que se habían desplomado desde lo alto de la bóveda. Entonces soltó el cabo y levantó el candil. Se encontraba en una estancia circular de diámetro similar a la cúpula del *mihrab*. A su derecha arrancaba una escalera que ascendía pegada al muro, pero su abertura superior se encontraba obturada. Ascendió varios escalones hasta que se tropezó con un paramento tosco, sujeto por argamasa que se había escurrido por los lados, señal de que el cerramiento había sido realizado desde la parte exterior para bloquear el acceso. Comprendió que la estancia había permanecido clausurada durante mucho tiempo; la humedad y el aspecto enmohecido de los ladrillos que formaban las paredes y la bóveda así lo indicaban. Quizás eso mismo había sido la causa del desplome, pues la argamasa de unión entre las piezas de adobe aparecía desmenuzada por el paso de los años, de forma que una gruesa capa de arena, arcilla y cal cubría el pavimento. Miró con aprensión hacia el techo que lo cubría y comprobó que los ladrillos se sujetaban en algunos casos solo por la presión que ejercían unos contra otros, a falta de mortero en las juntas. El mismo aire parecía viciado allá abajo, y el olor a moho y el exceso de humedad hacían difícil respirar.

Al descender de nuevo los escalones giró sobre sí mismo para observar la totalidad de la estancia. Las paredes aparecían desnudas y su regularidad solo se veía interrumpida por varias hornacinas horadadas en el muro a la altura del pecho. Todas ellas estaban abiertas y vacías, excepto la que ocupaba el extremo suroriental, justo bajo el muro de la *qibla*. Movido por la curiosidad, se acercó a ella y comprobó que estaba cerrada por dos portezuelas recubiertas por planchas metálicas repujadas. Mostraba una cerradura sin llave y un delicado tirador a su lado. Lo tomó entre los dedos y probó suerte, sabiendo que jamás podría averiguar el paradero de la llave que abría aquella puerta. Para su sorpresa, las dos hojas cedieron al instante, la madera que había sido su soporte se deshizo ante sus ojos y tuvo que dar un pequeño salto

atrás para evitar que las planchas metálicas cayeran sobre sus pies.

Durante un instante permaneció en silencio, temeroso de que el estrépito pudiera haberse escuchado desde el exterior, pero comprendió que su inquietud era infundada. Sabía que la propia estructura de aquella bóveda hacía que el sonido reverberara en el interior, pero difícilmente lo dejaría escapar hacia fuera a través de aquel estrecho orificio. Alzó el candil para iluminar el interior de la hornacina y comprobó que estaba ocupado por una arqueta tallada. Aparecía cubierta por el mismo polvo de mortero que el resto de la estancia, pero se adivinaban relieves labrados con esmero. Dejó el candil a sus pies, tomó la arqueta con las dos manos y la bajó para depositarla junto a la luz. Era larga, casi dos palmos, y con una anchura todavía menor que su altura, ya escasa de por sí. Agachado junto a ella, pasó la mano por encima para despojarla de la gruesa capa de polvo que la cubría, pero este quedaba atrapado entre los relieves. Se le ocurrió que podía utilizar el extremo desmochado de la cuerda que permanecía a su lado como pincel. Al terminar el cepillado, descubrió que tenía entre las manos temblorosas una auténtica obra de arte tallada en marfil, cubierta de trabajadas filigranas que representaban motivos vegetales.

Trató de buscar bisagras que permitieran abrirla, pero no las encontró, de modo que sujetó la tapa por ambos extremos y tiró de ella hacia arriba. La cubierta quedó entre sus manos cuando el peso del cuerpo de la arqueta hizo que este cayera al suelo. Dejó la tapa a un lado y tomó el candil con la mano izquierda para iluminar el interior, ocupado por completo por lo que parecía una abultada bolsa de cuero de buena calidad, de la que se desprendía un acusado olor a rancio. Tiró de ella con cuidado y comprobó que el tacto era suave y untuoso, como si hubiera sido delicadamente engrasado para preservar el contenido de la humedad. Lo extrajo por completo y desató el cordoncillo trenzado que lo mantenía cerrado por uno de los extremos. Amplió la abertura con los dedos y palpó el interior. Las yemas se tropezaron con algo que le resultaba familiar y tiró con confianza. Un instante después tenía en las manos un rollo de pergamino de colores ocres, sujeto por el centro con una cinta de un desvaído color azulado y un sello estampado en un pegote de lacre.

Sintió una intensa excitación mientras trataba de imaginar el contenido de aquel pliego, que sin duda llevaba lustros allí. Alguien, en algún momento, seguramente antes de que él mismo naciera, se había tomado la molestia de depositar en esa estancia aquella valiosa arqueta antes de sellar la cámara y cubrir la superficie con losas de mármol para ocultar cualquier rastro de su existencia. La curiosidad le empujaba a desenrollar el pergamino. Disponía de tiempo, y él era uno de los pocos afortunados muchachos de su edad capaz de leer un texto escrito en latín, en romance, e incluso en la lengua de sus padres.

El precinto se deslizó con facilidad hacia un extremo. Tomó el borde con la mano izquierda y usó la derecha para desenrollarlo. A la luz del candil aparecieron ante él

los extraños caracteres que, aunque le eran muy familiares, le resultaban también ininteligibles. El mismo tipo de caracteres que adornaban la cúpula del *mihrab* sobre su cabeza. Sintió una profunda decepción al comprender que aquel pergamino estaba escrito en árabe, pero al instante recordó su amistad con Ismail, que no tendría dificultad para traducirlo si se lo hacía llegar.

Eso, sin embargo, le planteaba un nuevo problema. Estaba allí llevado por la curiosidad y por el ímpetu de la juventud, pero no era un ladrón. No tenía intención de llevarse nada de lo que había en la cripta, aunque por aquella arqueta podría obtener, sin duda, una apreciable cantidad de morabetinos. Por un instante se dejó llevar por la ensoñación de ofrecer a su madre buenas mantas de lana, tejidos de calidad teñidos de escarlata o añil como los que adquirían los caballeros del rey para sus esposas; podrían permitirse el lujo de comer incluso carne de carnero varias veces por semana durante una temporada; hasta podría adquirir nuevos cinceles, bujardas, uñetas y gradinas para ampliar su instrumental y sustituir los que el uso y los continuos afilados acababan por dejar inservibles.

Suspiró con melancolía, pero dejó que el pergamino se enrollara de nuevo. Lo introdujo en la bolsa de cuero sin molestarse en encintarlo de nuevo y se incorporó con él en la mano. Estaba dispuesto a tomar prestado aquel escrito para satisfacer su curiosidad, pero devolvería la arqueta a su hornacina para dar cuenta del hallazgo a la vuelta al trabajo, tras la jornada de asueto. Ya encontraría la manera de hacer llegar después aquel pliego al cabildo…

Se levantó el jubón y metió el saquete en los calzones, sujeto a la cintura. Después tapó la arqueta y la devolvió a la hornacina. Echó un último vistazo en derredor para comprobar que nada importante le pasara desapercibido, pero allí no había nada más. Se acercó a la soga que colgaba de lo alto a través del agujero y entonces comprendió que no podía ascender con una sola mano. De nuevo encontró utilidad en el cabo deshilachado de la cuerda: ató uno de los cordeles sueltos al asa del candil y lo depositó en el suelo. Cuando llegara arriba solo tendría que tirar con cuidado para recuperarlo. Dispuesto ya a subir, sopló la llama y la oscuridad se adueñó de la cripta. Solo se colaba por la abertura el tenue resplandor de las velas que había dejado arriba. Sujetó la soga con las dos manos lo más alto que pudo y miró hacia arriba, dispuesto a dar un primer salto para encaramarse. Y entonces vio que una sombra se proyectaba sobre la porción de la pared del *mihrab* que podía vislumbrar desde allí. El corazón le dio un vuelco y soltó la cuerda con cuidado, dispuesto a agazaparse en un rincón si era necesario. El crujido de una madera le indicó que alguien caminaba sobre el tablón. A continuación, todo se precipitó. Varios golpes secos, como de fuertes pisotones, hicieron retumbar la cripta, una lluvia de polvo de argamasa le cayó en el rostro y, de forma refleja, agachó la cabeza para proteger los ojos, a la vez que se llevaba la mano a la cara para quitarse la tierra que le impedía ver. Entonces un enorme estruendo se adueñó de todo y solo tuvo tiempo de comprender que la bóveda se le venía encima, antes de desplomarse en el suelo

bajo un cúmulo de cascotes.

3

Entreabrió los ojos en medio de la penumbra y reconoció de inmediato su alcoba. Se encontraba tendido en el jergón, sobre el suelo, desnudo excepto por los calzones ajustados a su cintura. La falta de luz no le impedía comprobar que tenía la piel cubierta de magulladuras, aunque, a juzgar por lo que sentía, debían de ser los hombros, la espalda y la cabeza las zonas más afectadas.

Trató de cambiar de postura, pero agudas punzadas de dolor procedentes de todas las partes de su cuerpo le hicieron desistir, al tiempo que en su mente pareció abrirse una ventana por la que penetraron los recuerdos. De inmediato experimentó un sobresalto al recordar la bolsa de cuero que se había guardado bajo la ropa. Aquellos que miraba eran unos calzones limpios, y no los que había llevado en el momento del desplome de la bóveda. La inquietud se adueñó de él y quiso incorporarse, pero solo consiguió que un gemido ahogado saliera de su garganta.

—¡Santa María! ¡Has despertado! —exclamó Marie mientras cruzaba el dintel de la alcoba para plantarse en dos zancadas junto al camastro—. ¡Santa Madre de Dios, has escuchado mis ruegos! —siguió. Se frotaba las manos, nerviosa, y se las secaba con la tela del delantal que la cubría.

Nicolás volvió a cerrar los ojos, aturdido, lamentando haber llamado su atención. Necesitaba poner orden en sus pensamientos, aunque una pregunta le quemaba en los labios.

—Madre… —balbució—. ¿Quién me ha traído a casa?

—Alvar. ¿Acaso no lo recuerdas? —respondió Marie extrañada.

—¡Ah, sí! Claro que sí —mintió, al tiempo que una mueca le descomponía el semblante. El simple ejercicio de hablar le producía un dolor intenso en la quijada—. Escucha, madre. ¿Dónde está la bolsa de cuero que guardaba en los calzones?

Marie pareció desconcertada, pero en su rostro se dibujó una sonrisa. Se incorporó, salió de la alcoba y al instante estaba de regreso.

—¿Te refieres a esto? —preguntó mientras se la mostraba.

Nicolás lanzó un suspiro de alivio que le provocó más dolor en el pecho, pero, aun así, alzó el brazo con lentitud, la cogió y la dejó al costado, en el hueco que separaba el jergón de la pared.

—Me tendrás que explicar qué te traes entre manos… —dejó caer Marie, aunque su gesto indicaba que no era lo que más la preocupaba en aquel momento. De hecho, al instante se inclinó sobre él y le puso la mano en la frente—. ¡Gracias al cielo, no parece que haya calentura!

—¿Alguien más estaba con Alvar cuando me ha traído? —preguntó inquieto.

—Solo Alvar. ¿Acaso no recuerdas que era él quien estaba contigo en la cantera? ¡Ah, vuestra inconsciencia ha estado a punto de costarte muy cara!

Nicolás trató de disimular su perplejidad.

—¿Dónde está ahora? —preguntó con los ojos de nuevo entrecerrados y tratando al tiempo de encontrar una explicación a todo aquello.

—En el tajo, con Marcel.

Nicolás dio un respingo.

—¡Pero hoy es San Pedro!

Marie sonrió comprensiva.

Ayer fue cuarta feria[1], fiesta de San Pedro y San Pablo —respondió remarcando la primera palabra—. Llevas más de un día aquí. El físico judío que trajo Marcel nos tranquilizó respecto a tus heridas, pero ordenó que no se te despertara. Quizá alguno de los brebajes que con paciencia te hizo trasegar ayudó a prolongar tu sueño.

El muchacho emitió un gemido. Era día de trabajo y él estaba allí, postrado, incapaz de moverse del lecho, y sin saber qué había sucedido en la colegiata. ¿Quién le había sorprendido? ¿Había sido Alvar quien, desconociendo el riesgo, había provocado el derrumbamiento al pisar sobre la bóveda? ¿Quién estaba al corriente de lo sucedido? Se estremeció al pensar que el maestro de obras ¡o el prior Forto! pudieran estar en aquel momento decidiendo qué medidas adoptar ante la grave violación de las normas del gremio que había cometido. ¿Intercedería Marcel en su favor? No, lo conocía bien y siempre les había inculcado la necesidad de asumir la responsabilidad de las propias faltas. Dejaría que se aplicara el correctivo como escarmiento para él y como ejemplo para los demás miembros de la cuadrilla de obras. Sabrían que las penas se aplicaban por igual al último peón y al ahijado del jefe de cuadrilla. ¿Y si se descubría que había robado el pergamino? Sería despedido por el cabildo y las duras leyes del Fuero de Tudela caerían sobre él. Habría arruinado su futuro y la fuente de sustento para él y para su madre. Sintió que un sudor frío le empapaba la frente y el rostro.

—¿Te encuentras bien?

Había olvidado que ella seguía a su lado. Su alusión a la cantera lo había dejado confuso, pero presentía que aquello representaba un rayo de esperanza. En su angustia, decidió ir un poco más allá e indagar con prudencia. No podía soportar la espera hasta que Alvar regresara del tajo al atardecer.

—No recuerdo bien lo que sucedió. ¿Qué te contó mi hermano? —tanteó.

—Que acudisteis a la cantera antes del amanecer para estar allí con las primeras luces, aprovechando que estaría desierta en día feriado.

—¿Y te explicó el motivo?

Marie sonrió y, con cariño, le pasó la mano por el mentón, que empezaba a poblarse con un vello fino de color castaño. Asintió con la cabeza, y Nicolás advirtió cierta emoción en su mirada.

—Te honra que quieras mantener el recuerdo de tu padre a través de su marca. Pero no era necesario acudir de noche a la cantera para practicar sobre la roca virgen. ¿Ves? Sucedió lo que tenía que suceder. Un paso en falso en la oscuridad y te

precipitaste por la pendiente, provocando la avalancha de cascotes que te ha dejado maltrecho. —Marie pronunció las últimas palabras mientras salía de la alcoba—. Regreso en un instante —añadió en voz más alta desde la estancia principal.

Nicolás comprendió con inmenso alivio que Alvar había mentido por él. Sintió que el pequeño resquicio de esperanza se convertía en una ventana abierta de par en par y, de nuevo, suspiró reconfortado. Quizá, después de todo, Alvar se las hubiera arreglado para sacarlo de la cripta, llevarlo a casa y pergeñar por el camino una historia que, aun siendo peregrina, pudiera explicar su estado. Sintió una oleada de afecto y agradecimiento hacia él. Pero aún quedaban muchos extremos que aclarar. El primero… ¿Cómo era posible que Alvar le hubiera seguido hasta la colegiata? Creía haber oído sus ronquidos antes de salir de casa.

Se dispuso a esperar el paso del día hasta su regreso, confiando en poder quedarse a solas con él en algún momento. Reparó en que Marie había salido, porque no se escuchaban ruidos en la casa, pero al instante volvió a oír voces animadas. Sophie entró en la alcoba por delante de su madre, y se arrodilló en el suelo desnudo con una amplia sonrisa en el rostro. Respondió a sus preguntas tratando de moverse lo menos posible para evitar que regresara el dolor. Detrás adivinó la presencia de Martha, cada día más guapa, pero retraída y reservada como siempre. Volvió la mirada hacia ella y le dedicó un rápido guiño, que enseguida le provocó un peculiar sonrojo, habitual en ella. A sus catorce años, su cara afilada, sonrosada y pecosa, y el cabello tan rubio como el de sus hermanos, que ya cubría con una toca de tela, le proporcionaban un aspecto llamativo y saludable que no dejaba de atraer la atención de los muchachos de la villa.

Ambas permanecieron con él mientras su madre trajinaba por la estancia principal. Al instante, el aroma de un buen caldo se coló en la alcoba, y Nicolás fue consciente de que la desagradable sensación que empezaba a sentir en el estómago no era más que hambre.

—Te sentará bien —le dijo Marie cuando entró con una escudilla humeante—. Llevas día y medio sin probar bocado, salvo esos brebajes del físico. Sophie me ayudará a incorporarte.

Gimió de dolor cuando las dos mujeres lo tomaron por las axilas para alzarlo, pero lo dio por bien empleado ante la perspectiva de aliviar el apetito que aquel agradable aroma le había despertado. Se dejó ayudar, pero pudo sujetar por sí mismo el cuenco y llevárselo a la boca.

—Has tenido mucha suerte de que no haya ningún hueso roto —opinó Sophie—. Con unos años más, una caída así te los habría fracturado todos —exageró.

—Vuelve a tumbarte ahora —indicó Marie solícita—. Si el caldo te sienta bien, en un rato te prepararé algo más consistente.

Nicolás se dejó caer en el jergón sintiendo la agradable sensación en el estómago que compensaba los aguijonazos de los golpes y el dolor sordo que no lo abandonaba. Reparó en que Martha se había escabullido y sonrió. Sabía que se azoraba en su

presencia y que ello era debido, sin duda, a que de alguna manera se sentía atraída hacia él. Siempre se habían comportado como auténticos hermanos, pues los siete se consideraban parte de la misma familia, con la particularidad de que contaban con dos mujeres excepcionales en el papel de madre. Vivían, por supuesto, en casas separadas para evitar las inevitables habladurías, pero la convivencia era tan estrecha desde la muerte de Pierre que pocas familias de la ciudad podrían sentirse tan unidas.

La cortina que separaba la alcoba de la estancia central se corrió y regresó la agradable penumbra. Escuchaba las voces apagadas de Marie y de Sophie mientras juntas preparaban el hatillo que, poco después del ángelus, Martha acercaría a los hombres hasta las obras de la colegiata. Se dispuso a esperar, algo más calmado, hasta que el sol cayera. Debió de quedarse traspuesto porque se sobresaltó al escuchar golpes en la puerta de la casa. La alcoba estaba inundada con el aroma del guiso de nabos y carne en salazón que su madre solía cocinar en días señalados. Escuchó voces y poco después se abrió la colgadura.

—Aquí lo tienes —anunció Marie satisfecha—. Iba a despertarlo para darle algo sólido que le asiente el estómago. Pero supongo que le gustará hablar contigo mientras se enfría la olla.

La figura espigada de Alvar se recortó bajo el dintel de la puerta antes de que, con pasos decididos, se acercara al camastro.

—¿Cómo te encuentras, hermanito? —bromeó al tiempo que hacía el amago de darle una fuerte palmada en el hombro. Rio con ganas al ver su gesto asustado, preparado para recibir el golpe.

Nicolás recompuso el semblante y sonrió también.

—¡No puedo moverme! —Usó un tono de voz con el que parecía burlarse de sí mismo a la vez que se lamentaba.

—No me extraña nada —aseguró Alvar—. ¡Tenías que haberte visto!

El muchacho hizo un gesto de silencio, se levantó y regresó hasta la entrada de la alcoba; Marie permanecía frente al hogar canturreando una vieja canción francesa de su infancia. Cerró la cortina con cuidado y regresó junto al jergón. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared opuesta y las piernas entrecruzadas.

—¿Qué haces aquí? El sol aún está alto.

—Martha nos ha dicho que habías despertado y he decidido acercarme. He supuesto que te estarías haciendo muchas preguntas. Pero apenas tengo tiempo.

—¿Qué hacías allí?

Alvar rio de manera apagada.

—¡Creo que soy yo quien tiene que hacerte esa pregunta!

—Al levantar las losas descubrí un orificio. Vi que bajo el *mihrab* había algo que parecía una cripta y decidí investigar por mi cuenta, antes de dar aviso al cabildo y a maese Jaime.

—¿Y no pensaste que algo así supone saltarse las normas del oficio? La colegiata y todo lo que contiene es propiedad del priorato.

—Cedí a un impulso… Me pudo la curiosidad —respondió a modo de excusa.

—Esa curiosidad pudo haberte resultado muy cara. A todos nosotros —puntualizó.

Nicolás entrecerró los ojos a la vez que se pellizcaba el entrecejo. Parecía reflexionar y asentía.

—Tienes razón. Fue una chiquillada —reconoció—. Debí dar aviso en cuanto lo encontré.

—Estaba con padre desmontando un capitel, y te vi desde lo alto colocando esos tablones antes de abandonar el tajo. Luego buscaste la soga y la dejaste dentro del saco. Supuse que algo llevabas entre manos.

—¡Pero roncabas cuando salí de aquí! Se oían dos sonidos distintos al otro lado de la pared.

Alvar de nuevo estalló en una carcajada.

—¡Ese es Beñat! ¡Ronca más que padre, el pequeño cebón!

Nicolás también rio. Al contrario que Alvar, alto, espigado y correoso, Beñat mostraba ya a sus once años una constitución mucho más robusta, lo cual era motivo de chanzas continuas entre ambos. Unos días atrás, mientras se bañaban en el río, Alvar se había burlado de su hermano diciéndole que, si seguía lanzándose al agua de aquella manera, las olas terminarían por arruinar veinte años de trabajo en la colegiata. A modo de respuesta, Beñat agarró un junco y lo quebró con intención entre sus manos antes de echar a correr. Pero tenía la batalla perdida. La agilidad de Alvar y los cinco años que los separaban le permitieron alcanzarlo en pocas zancadas, y ambos acabaron chapoteando entre el lodo de la orilla.

También era distinto el carácter de ambos hermanos: Alvar era inquieto, despierto, entusiasta y sostenía firmes ideas acerca de la manera más correcta de conducirse en cada ocasión. Beñat, por contra, era bonachón, acomodadizo y laso en cuanto a las obligaciones que se le encomendaban, con las que cumplía de forma puntual pero sin entusiasmo.

—Así pues, ¿estabas en vela?

Alvar asintió.

—Confieso que te seguí. También me picaba la curiosidad.

—¡Serás…! —Nicolás no llegó a pronunciar el improperio que se adivinaba a continuación.

—¡Eh! No creo que seas tú quien tenga nada que reprochar.

—De haber sabido que estabas allí, tu ayuda me hubiera venido muy bien. Tuve que tirar de ingenio para bajar con el candil.

—En ese caso los dos hubiéramos quedado sepultados cuando él derribó la cúpula.

El desconcierto se reflejó en el rostro de Nicolás por segunda vez aquella mañana.

—Creía que habías sido tú quien lo hizo, al caminar sobre la bóveda sin reparar en su fragilidad.

—¿Fragilidad? Te aseguro que quien fuera tuvo que dejar caer todo su peso varias veces para conseguir que se viniera abajo. Y no era un junco como yo, te lo aseguro. Estaba apostado a pocas varas y lo vi con claridad.

—¡Había alguien más! —exclamó Nicolás, francamente asustado, aunque seguía hablando en voz baja para evitar ser escuchado.

—Claro que sí. Pero todo sucedió muy deprisa. Apareció entre las sombras cubierto con algo oscuro de pies a cabeza, como si quisiera ocultarse. Te aseguro que contemplar aquella aparición a la luz de las velas me encogió el corazón. Enseguida comprendí que estabas en peligro, pero cuando quise dar un paso, ya estaba sobre el tablón tratando de hundir el techo. Recuerdo que lancé un grito, pero ya era tarde. Me miró sorprendido, pareció dudar un momento, y pareció venir hacia mí. Pero al salir del altar giró bruscamente a su derecha y desapareció entre las sombras. Yo corrí hacia el *mihrab* de manera instintiva, tratando de ver el fondo de aquel agujero entre el polvo y los cascotes. Por fortuna una de las velas había quedado encendida sobre el tablón, y la cuerda seguía allí.

—¿Me sacaste de allí tu solo? —preguntó Nicolás con asombro.

—Tuve que retirar un centenar de ladrillos para desenterrarte, sin saber siquiera si estabas vivo. Por fortuna no era una bóveda de piedra, eso con seguridad te hubiera matado. Cuando comprobé que respirabas, te até la soga alrededor del pecho, bajo las axilas. Te coloqué en lo alto del montón de escombros y me encaramé al tablón. Tuve que emplear todas mis fuerzas para sacarte de allí. Aún me tiemblan las piernas al recordarlo.

—Entonces… Alguien más sabe que estuve en la cripta.

Alvar asintió, pero no parecía preocupado en exceso.

—He reflexionado sobre ello, y creo que podemos estar tranquilos. Si hablara con la intención de denunciarte, tendría que admitir que trató de acabar contigo. Hay un testigo, que soy yo, y él lo sabe. De hecho, la noticia que circulaba hoy por el tajo es que se había producido un hundimiento y que se había hallado de manera fortuita una cripta, al parecer con una valiosa arqueta de marfil en su interior.

Nicolás asintió, reflexivo.

—¿Nada más? ¿Nadie me ha relacionado con el suceso? —Trató de asegurarse.

—Nada en absoluto. Tú caíste rodando por el talud de la cantera al amanecer. Solo tú, yo, y ese hombre cubierto de negro conocemos la verdad.

—Supongo que ahora te debo también la vida —bromeó, aunque el tono de su voz dejaba entrever un profundo agradecimiento.

—Espero que nunca tengas la oportunidad de devolverme el favor —respondió—. Y espero también que dejes de meterte en líos como este, quizá pronto no esté aquí para seguirte los pasos, cabeza de melón.

—¿Qué quieres decir? —Nicolás gimió de dolor al tratar de incorporarse. También la inquietud había regresado a su semblante.

—Oh, nada, olvídalo. Era solo un comentario, ¿quién sabe dónde podemos

acabar?

—¡Dónde podemos acabar! —remedó Nicolás—. ¿Dónde va a acabar un cantero mientras continúen las obras de esta colegiata? ¡A veces se prolongan más de lo que dura una vida!

Alvar parecía arrepentido de haber hablado demasiado, y trataba de esquivar la mirada de Nicolás. Sin embargo, tras un instante de silencio pareció darse por vencido.

—Supongo que a ti no puedo ocultártelo, pero, por favor, esto queda de momento entre tú y yo.

—Sin duda. ¿De qué se trata? —apremió.

—Mi padre recorrió mundo junto a mi madre antes de establecerse aquí, en Tudela. Igual que tus padres. Yo, sin embargo, no he salido de esta pequeña villa. Hay monjes del priorato que han visto más tierras que yo. Por no hablar de los hermanos hospitalarios de la Orden de San Juan —dijo sin ocultar su admiración.

—Pretendes decirme que…

—Que sin duda habrá hombres de estas tierras dispuestos a acudir a la llamada del Papa para reconquistar los Santos Lugares. Y que me gustaría unirme a ellos.

—¡Estás loco! —exclamó Nicolás con un expresivo gesto—. Mira tus manos, mira tus brazos. ¡Tú eres cantero!

—Sin embargo, todos los brazos son pocos para apoyar a la causa de la fe verdadera. También los de los canteros. Los hermanos de la Orden del Temple o los de la Orden del Hospital precisan de hombres como yo para levantar sus fortalezas y sus encomiendas. Y para empuñar la espada si fuera preciso.

Nicolás se dejó caer sobre el lecho, boquiabierto y ahogó un gemido de dolor.

—Siempre has sido un soñador y un culo de mal asiento —espetó Nicolás entre la incredulidad y el enfado—. Pensaba que aquella afición tuya a imitar a los soldados del rey con espadas y rodelas de madera era un juego de niños.

—Y lo era. Pero a veces los sueños de infancia pueden hacerse realidad.

—¿Sabes del sufrimiento que traerías a casa tan solo con revelarles tus intenciones?

—Lo entenderán. Si alguien puede hacerlo son ellos. ¿Acaso censuras la actitud de tus propios padres al abandonar a su familia?

Nicolás quedó pensativo y en silencio. Las notas melancólicas de la canción francesa que tarareaba Marie se colaban en la alcoba.

—Confío en que el llamamiento del Papa caiga en saco roto, como en otras ocasiones —musitó—. Aunque, conociéndote, temo que la cruzada sea solo la excusa para ir adelante con una decisión que ya tienes tomada.

Alvar sonrió y puso la mano sobre la zona menos magullada del brazo de Nicolás.

—Somos demasiado parecidos y nos conocemos demasiado bien para mantener secretos entre nosotros. Ya estás al tanto del único que no te había confiado. Ahora es tu turno.

—¿Mi turno? —se extrañó Nicolás, y adoptó un tono de reproche fingido—. ¿Acaso hay algo de mí que no sepas?

—Sí, el contenido de esa bolsa medio oculta que guardas ahí.

4

El viejo físico judío parecía haber sido certero en su juicio. Las erosiones pronto se cubrieron con costras gruesas, y el dolor comenzó a ceder al cabo de unos días. El sábado al atardecer se puso en pie, y el domingo pudo caminar hasta la cercana iglesia de San Nicolás para asistir a la misa que se celebraba en ella a pesar de las obras que mantenían el pórtico cubierto de andamios. Le gustaba aquel templo en especial, y no porque la advocación se correspondiera con su propio nombre. El pequeño templo cumplía el papel de capilla real durante las frecuentes estancias del rey Sancho en la villa, y también sus hijos parecían dedicarle un especial cariño. Cierto era que la presencia del soberano, incluso la del heredero, atraían la del resto de la corte, y el populacho no tenía acceso en tales ocasiones a la ceremonia de la eucaristía; pero incluso en esos días el olor del incienso, la luz proporcionada por enormes cirios de cera y la presencia de ornamentos florales en el altar, se mantenían en la celebración vespertina que, por ello, como en aquella ocasión, congregaba a gran número de fieles.

No podía permitirse el lujo de ausentarse del trabajo durante más de una semana. Un día sin trabajar era un día sin salario, y su aportación era el sustento de la casa. Desde el inicio de la obra, parte del jornal semanal se cobraba en especie y el trigo, la sal, el aceite y la carne curada procedentes de las tierras del priorato resultaban insustituibles. Jamás les faltaría de nada mientras Marcel y sus hijos estuvieran ahí, pero el amor propio de Nicolás, que desde la muerte de su padre había adoptado el papel de cabeza de familia, le impedía aceptar la ayuda de su familia adoptiva si no resultaba imprescindible.

El martes, tercera feria, se probó visitando el tajo. Entró en la colegiata, donde la actividad era frenética, y comprobó que los trabajos avanzaban con rapidez. Cuán diferente —pensó— era desmontar una obra, labor en la que los distintos elementos caían o eran bajados al suelo por su propio peso, que la tarea contraria, en la que el trabajo más arduo consistía en alzar los materiales antes de ubicarlos en su lugar. Toda la techumbre de madera había sido ya desmantelada, y las tejas y las vigas se habían apilado contra un muro antes de su traslado. Maese Jaime, el maestro de obras, a quien todos conocían como el Jaqués por su procedencia, era especialmente meticuloso en cuanto al orden, obsesivo incluso. Si un jefe de cuadrilla quería ganarse una reprimenda solo tenía que permitir que sus hombres abandonaran el tajo con escombros sin retirar o con materiales esparcidos por el suelo. En ocasiones la reprimenda iba acompañada con una sanción que se reflejaba en el salario semanal, pues el viejo maestro contaba con la autoridad absoluta dentro de la obra de la colegiata, por delegación expresa del cabildo y del prior Forto.

Nicolás tomó la maza de un oficial y la alzó varias veces para comprobar que,

aunque persistía un dolor sordo, no le iba a impedir llevar a cabo su labor. Devolvió la herramienta y se acercó a Marcel para trasladarle su deseo de volver a la tarea al día siguiente, quien se mostró de acuerdo. Como jefe de cuadrilla, de él dependía la decisión.

Sin embargo, aquella calurosa tarde de verano el joven tenía otra tarea pendiente. Regresó a la casa, agradecido de que aquellas estrechas y polvorientas callejuelas de la que había sido una ciudad musulmana apenas dejaran pasar los rayos del sol. La encontró vacía, de manera que solo se entretuvo en buscar el morral que solía llevar a la obra. Esta vez no introdujo en él un mendrugo de pan ni una porción de queso, sino que guardó dentro la bolsa de cuero con el pergamino. Con la ligera carga al hombro salió de nuevo al exterior y se encaminó hacia la calle de las carnicerías. Desde ahí ascendió bordeando la muralla y el barranco casi seco junto al que se ubicaba la mayor parte de las herrerías de la villa, causantes en parte de aquella penuria del caudal por el uso continuado de agua para enfriar el metal. Se dirigió a la puerta que comunicaba la ciudad vieja con el nuevo barrio de la morería, a poniente. Cada vez que lo hacía tenía la sensación de penetrar en una ciudad distinta, exótica y pintoresca. Las chilabas y las babuchas sustituían por completo a los jubones y a las sandalias; las fachadas encaladas de los edificios rematados con terrazas y las calles entoldadas la hacían muy diferente a la ciudad vieja donde, en las décadas transcurridas desde la conquista, las viviendas se habían ido transformando para dar mayor protagonismo a la piedra y a las cubiertas de teja, al tiempo que se eliminaban los callejones intrincados y sin salida por el expeditivo método de la expropiación y el derribo.

Era evidente que el barrio había sido construido con prisa, pues casi todos los edificios eran en extremo sencillos y uniformes, levantados para acoger en un breve plazo a los cientos de familias abocadas a optar entre el traslado a la morería o la expulsión de la ciudad. Desde aquel lugar resultaba perfectamente visible la fortaleza, situada en lo alto del cerro que dominaba la villa, que el viejo rey Sancho usaba como morada y como sede de la corte en sus prolongadas estancias en Tudela. Alzar la vista y ver la antigua alcazaba, que durante siglos había sido símbolo del poder musulmán, transformada en el castillo sobre el que ondeaban las enseñas de la nueva dinastía era un recordatorio permanente de la autoridad a la que estaban sometidos. Nicolás observó mientras caminaba la torre del homenaje que se alzaba orgullosa en el centro del recinto, protegido por dos sólidas murallas que lo rodeaban a distinta altura. Decidió, sin embargo, que sería mejor mirar hacia el suelo cuando estuvo a punto de pisar la bosta de la mula que avanzaba delante de él, conducida del ramal por su amo.

La vivienda de Ismail, que al tiempo desempeñaba la función de taller, lindaba con lo que antaño había sido el cementerio de la ciudad en el margen del camino a Tarazona, delimitado en aquel momento por un sencillo pretil de piedra que lo separaba de las casas más próximas.

El familiar repiqueteo de la gubia sobre la piedra recibió a Nicolás al

aproximarse, y supo que el viejo alarife se encontraba trabajando en el interior. Empujó la parte alta de la puerta partida que daba paso al reducido zaguán y, como esperaba, lo encontró desierto. No se molestó en golpear la madera, sino que introdujo la mano y liberó el cerrojo. Atravesó la estancia en penumbra y salió a un patio amplio y luminoso. El artesano lo había cubierto en tres de sus cuatro lados con un porche sostenido con vigas, bajo el cual se acumulaba abundante material del oficio. A la sombra, inclinado sobre una piedra labrada en forma de prisma cónico y de espaldas a él, se afanaba el escultor, ajeno a la presencia inadvertida de Nicolás. Durante un momento el muchacho lo observó trabajar. Lo hacía sin pausa, como si el dibujo que debía decorar aquella pieza estuviera grabado ya en su cabeza y él solo tuviera que trasladarlo de forma mecánica al soporte. Como había pensado, manejaba una pequeña maceta y una gubia de cantería con la que trazaba las formas curvas de un complicado diseño formado por tallos y hojas.

—¡Ismail! —llamó cuando hizo una pausa, con la intención de no sobresaltarlo si lo descubría allí plantado.

El hombre alzó la cabeza y, tras un instante de vacilación, lo reconoció.

—¡Ah, el joven franco! —dijo en tono neutro, al tiempo que depositaba el cincel y la maza sobre la piedra—. ¡Qué inesperada sorpresa!

—Tú mismo me invitaste a visitar tu taller cuando tuviera ocasión. Aunque puedo regresar en otro momento si…

—¡No, no! ¡Ahora es perfecto! Hace demasiado calor para trabajar aquí. Estaba pensando en tomarme un respiro para refrescar el gaznate. Será mejor que entremos…

Ismail condujo a su visitante al interior y, una vez en el zaguán, abrió una portezuela de madera que apenas se advertía en uno de los muros.

—No me entretengo en encender el candil —advirtió—, pero pisa con cuidado. Abajo hay algo más de luz.

Descendieron una escalera empinada bajo una bóveda de ladrillo y Nicolás sintió una agradable frescura en el rostro y en los brazos, que mantenía extendidos para apoyarse en los laterales. El anciano, que sin duda conocía aquella escalera a la perfección, lo dejó atrás y esperó en la estancia inferior. En efecto, un haz de luz penetraba desde el exterior por una lucerna que se abría en lo más alto del muro, suficiente para iluminar el recinto, fresco y húmedo. En una de las esquinas vio el brillo del agua cristalina, cuya superficie se agitaba en un borboteo continuo dentro de un pequeño estanque situado a ras de suelo.

—No todo el mundo dispone de un manantial en la bodega —explicó con media sonrisa provocada por el gesto de sorpresa del muchacho—. Siéntate y hablemos.

Nicolás vio el banco de piedra que Ismail le indicaba. Se quitó del hombro el morral, lo colgó en el pomo del respaldo, y se dejó caer en el mullido cojín relleno de paja que cubría toda la longitud de la bancada. El borde superior del asiento, probablemente tallado por el propio anciano, aparecía cubierto por una capa de verdín

producido por la humedad que se respiraba en aquel lugar. Sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra, y contempló la estancia mientras el anciano tomaba un cazo colgado de la pared y llenaba dos cuencos con agua de la fuente.

—Toma, bebe. Verás qué fresca.

Percibió el tacto frío del barro mientras calmaba la sed con un trago largo.

—¿Por qué el banco es de piedra?

—Oh, aquí la madera no tardaría en pudrirse —respondió Ismail—. Demasiada humedad. Además, cuando el barranco de las *ferrerías* baja crecido por las tormentas o si llueve mucho en el invierno, este sitio puede permanecer durante días bajo varios palmos de agua. Por eso tampoco ves anaqueles ni cualquier otra cosa que el agua pueda perjudicar. Tan solo lo usamos para abastecer de agua la casa y el taller… y para disfrutar de ratos como este cuando aprieta el calor.

El anciano se sentó junto a él.

—Veo que era cierto lo que contó Omar, mi nieto, sobre tu accidente. —Señaló las costras visibles en el rostro y en los brazos—. Me acerqué a las obras y me dieron buenas noticias cuando me interesé por ti.

—Tuve suerte. Los huesos aguantaron —bromeó, antes de fruncir el ceño en un gesto de extrañeza—. ¿Es cierto que acudiste a la colegiata?

Ismail asintió con un movimiento lento de la cabeza y Nicolás advirtió pesadumbre en su semblante. No tuvo que preguntar el motivo. Sabía lo duro que resultaba para los habitantes de la morería ver cómo se derribaba la gran mezquita donde muchas generaciones de antepasados habían elevado sus plegarias. Ese era el motivo por el que el *qadi*, representante de la comunidad musulmana ante el rey y ante el concejo, hubiera solicitado con éxito la dispensa para aquellos de sus miembros que rehusaran participar en la demolición.

—¿Sabes? Mi padre me contó muchas veces, sentados aquí mismo incluso, que yo llegué al mundo a tiempo de ver la mezquita todavía dedicada a nuestro culto.

—¿Es eso cierto? —se admiró Nicolás.

—Tan cierto como el frío del agua de este manantial. Cuando las huestes del rey cristiano tomaron la ciudad mi madre estaba encinta, a punto de dar a luz. Mi padre fue uno de los que la rindieron. Eso ocurrió hace sesenta y ocho años, los mismos que cumpliré yo. —Ismail parecía decidido a confiarse a su joven visitante—. El rey Alfonso concedió el plazo de un año a los habitantes de Tudela para abandonar sus hogares, igual que perdieron la propiedad de sus haciendas extramuros, dedicadas al cultivo y a la cría del ganado. Solo se toleró su presencia si se instalaban en este barrio, fuera de las murallas. Mi familia fue una de las que tuvieron que renunciar precipitadamente a todas sus posesiones.

—¿No pensaron en dejar la ciudad para trasladarse a cualquier otro lugar más al sur, en manos todavía de… vuestros hermanos? —Nicolás había dudado a la hora de elegir la manera de referirse a quienes la Cristiandad denominaba infieles.

—Sí, la zona de frontera aún en manos de moros —Ismail sonrió al usar aquella

palabra— no quedaba a muchas jornadas de camino, y muchos viajaron más allá, a las tierras más meridionales de Al Ándalus. Pero otros prefirieron acogerse a las condiciones impuestas para permanecer aquí, pues se permitió a los antiguos propietarios de tierras mantener al menos su disfrute, y a la comunidad musulmana conservar sus propias autoridades.

—Así pues, tus padres no lo dudaron.

—Mi familia no disponía de tierras. Como la tuya, supongo, se habían dedicado durante generaciones a la albañilería y el trabajo de la piedra. Casualmente unos años antes, ante la escasez de espacio entre los muros de la *madīnâ*, mi abuelo había adquirido a buen precio este solar para dedicarlo a taller. No tuvo que pagar demasiado precio por él, dada su cercanía a nuestro antiguo cementerio y al agua que inundaba las zanjas a la hora de cimentar en esta zona. Pero esto pasó de ser un problema a una bendición cuando se descubrió la existencia de este manantial.

—¡Es cierto! El cementerio está muy cerca. —Nicolás no pudo evitar un gesto de aprensión al reparar en ello.

—¡Aguas abajo! —rio Ismail. El agua aquí es pura y cristalina, como ves.

Con la vista ya acostumbrada a la penumbra, Nicolás reparó en que la arena y la grava fina del fondo parecían hervir, empujadas por el agua que manaba bajo la capa de árido. Observó que todo el suelo estaba enlosado con piedra, como los bordes del estanque, y dos hiladas de sillares circundaban la bodega. El resto era muro de ladrillo que se curvaba en lo alto para formar una bóveda de media caña.

—Cuando hubo que evacuar la vieja *madīnâ* para permitir que los nuevos pobladores se asentaran en ella —continuó Ismail—, esto era solo un erial, arrasado por los combates en la reciente toma de la ciudad. Mi familia tuvo solo unos meses para levantar estos muros y empezar a trabajar en el improvisado taller, y tratar así de seguir ganándose la vida con su oficio. Fueron tiempos muy duros. Quienes decidieron quedarse tuvieron que multiplicar sus esfuerzos para levantar sus casas, a la vez que trabajaban sus tierras para obtener sustento. Aún tuvieron que sacar tiempo para construir una nueva mezquita en la morería. Un año después de la toma de la ciudad, y completada su evacuación, los *milites* que habían combatido con el rey Alfonso tomaron posesión de nuestras casas y la mezquita mayor fue consagrada como templo cristiano.

—¿Y el muro que rodea la morería? ¿También se levantó entonces?

—Fue una carga más para quienes se quedaron. Años duros… —insistió Ismail cabeceando con los labios apretados.

—¿Qué pasó con tu familia?

—En realidad no nos fue mal. La villa se repobló con rapidez al serle otorgado el Fuero del rey, y el trabajo nunca faltó. Hubiera bastado para mantener a una prole amplia, pero yo fui el único varón entre cuatro hermanas. Alá no quiso que nuestra sangre se expandiera en demasía, y a mí solo me concedió un hijo antes de la muerte de mi pobre esposa. Luego, también se lo llevó a él con mi querida nuera, en la gran

peste que asoló la ciudad antes de que tú nacieras. Me quedé solo con mi nieto Omar, a quien ya conoces.

Nicolás reparó en el tono de despecho que había utilizado el anciano al hablar de su nieto. En la obra se sabía de la desconsideración y la falta de respeto con que el joven, arrogante y soberbio, trataba a su abuelo. Algo que no le había granjeado tampoco el aprecio y la confianza de sus iguales, ni siquiera los de su propio credo.

—Omar es afortunado —opinó Nicolás, expresando en voz alta lo que alguna vez había pensado al ver al muchacho trabajando en compañía de su abuelo.

—¿Eso crees?

—Ha tenido a un excelente maestro de quien aprender el oficio. Te he visto trabajar la piedra en muchas ocasiones, la última hace un momento, al entrar… Hay pocos como tú.

—Ojalá Omar fuera de la misma opinión —suspiró el anciano—. Yo lo quiero, es sangre de mi sangre, y sin embargo…

Ismail negó con la cabeza y dejó la frase sin terminar. Nicolás decidió no seguir hurgando en lo que, intuía, era una herida abierta.

—Te gusta esculpir la piedra… —dijo para cambiar de tema al tiempo que se levantaba para llenar de nuevo los dos cuencos vacíos.

Esta vez el anciano sonrió.

—Nuestro trabajo como alarifes es lo que ha dado de comer a mi familia durante lustros. Pero sí, es cierto, dar forma a esas piedras es lo que en realidad me apasiona. Imaginar, intuir la pieza que se esconde en su interior y ayudar con mis manos y con mis herramientas a que salga a la luz.

Nicolás pareció dar un respingo.

—¡Eso es! ¡Esa es la sensación que yo tengo cuando trato de imitaros! Pero no soy capaz de acercarme ni un poco a los resultados que vosotros obtenéis.

De nuevo el semblante del anciano se iluminó.

—Tienes buen maestro en tu padrino… —vaciló.

—Marcel… —le ayudó el muchacho.

—¡Marcel! —sonrió Ismail—. Él es un excelente cantero, un buen jefe de cuadrilla, y un buen mentor para ti. Pero poco tiene que ver la cantería con la verdadera escultura. Dar forma a un sillar, a la dovela de un arco o al fuste cilíndrico de una columna es obra de artesanos bien entrenados. Pero la escultura va más allá, precisa de la inspiración divina, ese soplo que solo se descubre en la obra de un verdadero artista.

—¿Tú lo eres?

—¿Y quién soy yo para juzgarlo? —Rio—. Lo son algunos de quienes han estado trabajando en la cabecera de la colegiata y en el claustro del priorato, vuestros compatriotas.

Nicolás pensó en los componentes del taller de escultores que habían labrado los enormes capiteles que coronaban el ábside. Siempre había admirado su trabajo y, en

los últimos tiempos, sentía anidar en su interior el deseo de aprender de ellos.

—¿Crees que yo, algún día…?

El anciano se volvió hacia él y le miró a los ojos.

—¿Lo crees tú? —preguntó.

—Tampoco puedo saberlo. Pero lo deseo con todas mis fuerzas.

—¿Quieres ser escultor?

Nicolás tardó en responder. Acodado sobre las rodillas, apoyaba la barba incipiente en el puño cerrado, con la mirada perdida en el fondo del estanque.

—Creo que nada me haría más dichoso —respondió al fin, a la vez que se incorporaba y las dos miradas quedaban enfrentadas.

—En ese caso, puedes venir siempre que quieras…

—¿Tú… tú me enseñarías lo que sabes? —vaciló Nicolás incrédulo.

—Yo puedo proporcionarte las herramientas que precisas para expresar lo que llevas dentro. Y no hablo ahora de gubias, punteros ni macetas.

—Si es que hay algo —respondió Nicolás con inquietud.

—Pronto saldremos de dudas. Y si no has nacido para ello, el trabajo de cantero también es hermoso y permitirá que te ganes bien la vida.

Antes de concluir la frase, la atención de ambos se vio atraída por un ruido seco procedente del piso superior, seguido por una voz destemplada.

—¡Ismail! ¿Dónde estás, viejo roñoso?

Nicolás vio cómo el semblante del anciano demudaba. El brillo de ilusión que había observado un instante atrás era ahora una expresión sombría en la que creyó advertir un rastro de temor.

—Es mi nieto —dijo, avergonzado, mientras se levantaba y dejaba el cuenco en la repisa de forma apresurada.

Un súbito agotamiento parecía haberse apoderado del anciano cuando se dirigió a las escaleras. Antes de poner el pie en el primer peldaño la portezuela de madera se abrió con estrépito y la voz de Omar reverberó entre las paredes.

—¿Estás ahí?

El joven apareció ante su vista cuando descendió las escaleras a trompicones, apoyándose de forma alternativa en uno y otro lado de la pared para mantener el equilibrio. Se detuvo al llegar abajo y contempló con sorpresa al visitante. Sus ojos se encontraban a la misma altura y ambos se observaron durante un instante. Aunque Omar rondaría los veinte años, Nicolás lo superaba en corpulencia; el aspecto del recién llegado era el de un joven enjuto pero musculoso, de rostro moreno y afilado.

—Estás ebrio de nuevo… —La voz de Ismail era un susurro; su mirada de impotencia se clavó en el suelo.

—¿Y qué si lo estoy? —escupió—. Motivos no me faltan.

—Será mejor que te vayas, muchacho —sugirió el anciano en voz baja tomando a Nicolás por el brazo.

—¡Un momento! Yo te conozco —dijo Omar, que empezaba a adaptarse a la

penumbra. Le puso la mano en el pecho en actitud intimidatoria—. Tú eres uno de esos francos que trabajan en la nueva iglesia.

Nicolás se limitó a asentir al tiempo que de forma apenas perceptible se liberaba de su contacto.

—¿Qué hace en esta casa uno de los infieles que están derribando nuestra mezquita? —balbuceó, esforzándose en mantenerse estable.

—Vete, muchacho… —insistió Ismail, ya sinceramente atemorizado.

—No, el que se marcha soy yo —masculló, perdiendo de repente todo interés por Nicolás—. En cuanto me des unas monedas. El malnacido que regenta esa mísera cantina se niega a seguir fiándome.

—¿No deberías estar en el tajo o en la mezquita nueva, en vez de andar entre infieles incumpliendo los preceptos de tu fe? —se atrevió a decir Ismail, remarcando la contradicción entre sus actos y sus palabras.

Omar soltó algo parecido a una carcajada, convertida en un resoplido que le obligó a limpiarse las babas con el dorso de la mano.

—Me han echado, ¿lo puedes creer? —anunció con voz demasiado aguda—. Ese amigo tuyo, el alarife jefe de la obra, es un cretino que pretende saberlo todo.

Ismail emitió un gemido ahogado.

—¿Otra vez? —Dirigió el lamento para sí, sin mirar a su nieto.

—Necesitaré unas monedas —insistió este, con tono apremiante.

El anciano echó mano al fondillo de la chilaba y sacó tres meallas de cobre que mostró en la palma de la mano.

—Es todo lo que llevo encima —se excusó, justo antes de que la zarpa del joven las aferrara de forma casi violenta.

—Será suficiente… por hoy —advirtió con un tono cuyo significado resultó patente para Nicolás. Se giró para volverse hacia la escalera, sin dejar de clavar antes una mirada de desprecio en él.

—¡Omar! —llamó el anciano—. Te lo ruego, no sigas afrentando a los tuyos de esta manera. Cualquier día los alfaquíes o el *qadí* enviarán a los hombres de la *surta* en tu busca para juzgarte por tus acciones. Y yo no podré hacer nada…

Omar lanzó una risotada mientras se perdía escaleras arriba.

—¡Los estaré esperando!

Ismail se derrumbó sobre el banco de piedra y se cubrió el rostro con las manos. Nicolás permaneció en pie, sin saber bien qué hacer.

—Será mejor que te vayas —repitió el anciano al fin, alzando hacia él los ojos vidriosos.

El muchacho, al contrario, tomó el cuenco, lo llenó de agua fresca y se lo ofreció al viejo escultor mientras se sentaba a su lado. Él lo tomó y bebió solo un pequeño sorbo. Se enjuagó la boca y escupió hacia un rincón, como si aquello le sirviera para arrojar la amargura lejos de sí.

—Lo lamento —acertó a decir Nicolás tras un instante de silencio.

—Ya conoces la verdad —respondió sin levantar la vista del empedrado—. Conseguí que lo admitieran en la obra de nuestra nueva mezquita, pero ha durado menos de tres semanas. Me pregunto qué he hecho mal… ¿En qué he ofendido a Alá, el Clemente, el Misericordioso, para que me envíe este castigo? Salgo a la calle y la vergüenza puede conmigo, siento las miradas clavadas en mí, observo que me señalan diciendo «ahí va el abuelo de ese necio; no ha sabido educarlo en la observancia de las leyes de nuestra comunidad».

—Creo que no debes culparte por sus acciones. Solo él es responsable de ellas.

—Podría achacarlo a la falta de un padre durante su niñez… pero también tú has crecido sin padre y, sin embargo, no tengo duda de que eres un buen muchacho. A la vista está. Él, sin embargo… Antes escapaba cuando me creía dormido, a través de un hueco en el muro trasero que nunca me molesté en cerrar. Luego dejó de ocultarse.

—Todos cometemos deslices. —Se volvió hacia el pomo del respaldo y descolgó el morral. De repente se sentía tentado a confiarse a aquel anciano a quien, aun de forma involuntaria, había arrebatado un secreto que sin duda lo atormentaba. Por algún motivo deseaba equilibrar la balanza con su propia confesión.

—¡Deslices dices! Se puede tropezar una vez, pero es distinto pasar los días hozando en el fango.

—En mi morral guardo el producto de un robo…

Ismail lo miró incrédulo.

—¿Un robo? ¿A qué te refieres? —preguntó escrutando con curiosidad el morral y su aparente falta de peso.

—En realidad… para esto he venido hoy aquí.

—Ah, ¿sí? —El anciano parecía intrigado, y no perdía detalle de los movimientos de Nicolás mientras este levantaba la solapa para sacar la bolsa de cuero.

—Lo encontré por accidente en las obras de la colegiata…

—Se trata de un pergamino —adivinó Ismail.

Fue Nicolás quien lo miró entonces con sorpresa.

—Así es. Pero está escrito en árabe, y necesito tu ayuda. Me gustaría desentrañar su significado antes de devolverlo.

Un instante después el documento estaba en las manos del escultor. Examinó su aspecto, pero no fue más allá.

—Será mejor que salgamos —dijo levantándose de forma súbita—. Aquí no hay luz suficiente.

Nicolás se sorprendió al comprobar la ligereza del anciano al subir las escaleras. Tuvo que apretar el paso para alcanzarlo mientras atravesaban el zaguán. Entornó los ojos cuando salió al patio, al tiempo que una oleada de calor le golpeaba el rostro. Buscaron la sombra del porche y un robusto banco alto de madera que sostenía algunas herramientas. Ismail las retiró con una sola mano, extendió sobre la superficie manchada una tela algo menos sucia, y depositó allí el pergamino. Soltó la cinta que lo mantenía enrollado y lo desplegó con cuidado.

—Es antiguo, aunque no en exceso —comentó cuando el texto quedó a la vista—. La vitela es de primera calidad, igual que la tinta con la que fue escrito.

El anciano apoyó ambas manos en los extremos del pliego y se inclinó sobre la apretada caligrafía árabe con los ojos entornados para acomodar la vista. Nicolás lo miraba mientras leía, pero su expresión no permitía adivinar sentimiento alguno. Poco a poco, comenzó a cabecear afirmativamente hasta que alzó los ojos, pensando quizá lo que iba a decir.

—A mi parecer se trata de uno de esos documentos administrativos en los que se da cuenta de la ascendencia de alguien, quizá algún destacado personaje de los tiempos en que los de mi credo gobernaban estas tierras.

Nicolás pareció decepcionado. En su fuero interno había albergado la esperanza de que el contenido del pergamino fuera acorde con el valor de la arqueta que lo albergaba: ¿Las indicaciones para recuperar objetos ocultos de gran valor, quizá?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Un nombre que a mí no me dice nada —respondió el anciano—. No creo que tenga demasiada importancia…

—¿Cuál es? —insistió el muchacho con curiosidad.

Ismail se inclinó de nuevo sobre el pergamino, y Nicolás creyó percibir un leve gesto de contrariedad.

—Un tal Abd al-Mumin ibn Alí —leyó—. Desconocido para mí.

—Y en ese caso… ¿por qué alguien se tomó la molestia de ocultarlo con tanto cuidado?

—¿Estaba oculto? —Ismail se mostró interesado—. ¿Dónde lo encontraste?

Nicolás fue consciente de que el anciano no conocía los detalles del hallazgo, y algo le indujo a no proporcionárselos.

—Entre un montón de documentos parecidos que alguien había ordenado recuperar de entre los escombros, quizá para rasparlos y volverlos a utilizar —mintió.

—En ese caso no será necesario que lo devuelvas, para el cabildo no tiene gran valor —sugirió Ismail, pensativo, mientras dejaba que el pergamino se enrollara—. Los alfaquíes de nuestra morería, en cambio, quizá sí estén interesados en conservarlo.

Nicolás lo miró perplejo.

—No, será mejor que lo restituya, alguien podría echarlo en falta —respondió con decisión, echando mano al rollo—. Solo tenía curiosidad por conocer su contenido.

La mano arrugada de Ismail se apoyó sobre la suya.

—Lo cierto es que… quizá para los nuestros pueda tener algún valor. Podría incluso conseguir que la comunidad pagara algunos morabetinos por él.

Nicolás abrió los ojos de manera desmesurada.

—¿Morabetinos? ¿De oro?

—Todos los morabetinos son de oro —rio el escultor—. Supongo que en tu casa no vendrían nada mal.

Nicolás pensó en su madre. Un morabetino de oro eran muchos sueldos y, aunque no pasaban estrecheces, serían de gran ayuda. Les permitiría vivir de manera más desahogada, adquirir algunos enseres para la casa y sustituir alguna de sus viejas herramientas. Hasta podrían guardar bien oculta, eso sí, una moneda como reserva. Ninguno de ellos estaba libre de sufrir un accidente que lo mantuviera apartado del tajo y sin cobrar el salario semanal.

—¿Cómo puede ser que alguien esté dispuesto a pagar por algo que, según dices, carece de interés?

—Oh, son pocos los documentos relativos a nuestro pasado que pudimos conservar con nosotros tras la toma de la ciudad. Para nuestra comunidad un pergamino como este puede tener cierto valor… sentimental. Nos recuerda lo que un día fuimos. En cualquier caso, tendría que mostrárselo a nuestras autoridades, a ulemas, alfaquíes, al *qadi*… Quizá yo esté equivocado y tampoco para ellos sea objeto de interés. ¿Te importa que me lo quede y salimos de dudas?

Nicolás pareció vacilar. Había retirado la mano del pergamino y ahora lo observaba con atención. Era verdad que no lo había llevado con él con ánimo de obtener una ganancia. Más bien había sido la curiosidad lo que le había impulsado a sacarlo de la arqueta. El propio cofre de marfil hubiera tenido un valor mucho mayor. Por otra parte, ¿qué interés podía tener para el priorato un pergamino escrito en árabe? Ismail estaba en lo cierto, sin duda el documento pertenecía a la comunidad musulmana que había gobernado la ciudad, y no parecía injusto que regresara a su poder. Y si además podía obtener un beneficio en pago por su recuperación… Al fin y al cabo había estado a punto de costarle la vida.

—Sea —respondió sin vacilar—. Puedes quedártelo.

Ismail parecía contener la sonrisa que, aun así, iluminaba su semblante.

—De acuerdo —dijo mientras hacía una nueva lazada e introducía el rollo en el saquete de cuero—. Pronto te haré saber los resultados de mis gestiones.

Nicolás vio cómo se cerraba tras de sí la puerta del zaguán, sin acabar de comprender el motivo por el que un hombre atormentado por el comportamiento de su nieto podía olvidar de un instante para otro la humillación a la que había sido sometido, hasta el punto de despedirlo con una sincera sonrisa que le cruzaba el rostro.

5

Ismail apenas había podido conciliar el sueño. Hubiera podido achacarlo al calor, pero se habría engañado a sí mismo. En realidad, había pasado la noche dando vueltas al asunto, que no conseguía apartar de su cabeza desde que aquel joven cantero le había visitado. El documento estaba guardado a buen recaudo en el único lugar seguro de la casa, un escondrijo cuya existencia ni siquiera conocía su nieto Omar. Sonrió al recordar la inteligencia que había mostrado el alarife que lo construyera, quizá su propio abuelo sin conocimiento de nadie más, al levantar las paredes de la bodega. Se trataba de un hueco practicado en lo alto del muro, a salvo de las periódicas inundaciones que anegaban la estancia. Estaba ubicado al lado mismo del ventanuco de ventilación, de forma que quien mirara hacia él se veía deslumbrado por la poca luz que entraba y no reparaba en los sutiles detalles que alteraban la uniformidad en la obra de ladrillo. De noche, la luz del candil no lo alcanzaba, de manera que siempre permanecía en la penumbra. La tapa era una losa labrada con esmero siguiendo la curvatura de la bóveda. A ella se habían pegado con mortero los frontales de varios ladrillos, idénticos a los adyacentes, y que encajaban a la perfección en el dibujo general del muro abovedado. El ingenio del cantero había llegado al extremo de que la losa se continuaba hacia el interior con una prolongación de la misma piedra en ángulo recto, de forma que toda la pieza se sostenía en su lugar por el peso propio, como si del cajón de una mesa se tratara. Solo a quien conociera la existencia del escondite se le ocurriría alzarse hasta allí con la ayuda de una escalera de travesaños y tirar de aquella pieza para tener acceso al hueco que horadaba la pared. En él había guardado hasta la fecha el saquete de morabetinos que constituían los ahorros de toda una vida de trabajo. Desde aquella noche compartía el espacio con el pergamino que, por fortuna, iluminado por los argumentos que Alá había traído a su cabeza, pudo arrebatar de las manos del joven infiel.

No, aquel documento, fuera cual fuese su origen, no podía caer en manos de cristianos. Excepto a cambio de un altísimo precio. Y otros habría que, sin duda, estarían dispuestos a pagar un precio mayor. En cualquier caso, la existencia de una sola copia era un riesgo que no podía asumir. Pero ¿cómo conseguir una copia exacta del pergamino? Se consideraba absolutamente incapaz de hacerlo él mismo: con esfuerzo podía leer aquel árabe culto y recargado, pero acometer la tarea de copiar el texto con sus medios resultaba impensable. Era alarife y escultor, incluso se mostraba capaz de aportar valiosas sugerencias al maestro de obras que construía la nueva mezquita, pero no era un buen escribano, de forma que tendría que confiar en alguien. Durante toda la noche había tratado de pensar en la persona más adecuada, pero solo al amanecer un resquicio en su memoria había abierto paso a la esperanza.

En Tudela, la vieja Tutila musulmana, funcionaba desde tiempo inmemorial un

centro de traducción que, con altibajos, había resistido el paso de los lustros. La ciudad, desde sus orígenes, se encontraba en tierra de frontera y, por tanto, de contacto entre las dos civilizaciones enfrentadas que se habían disputado el dominio de la península Ibérica. Había oído decir que los monjes de los primitivos monasterios cercanos, como el de Leyre, y los eruditos musulmanes que alcanzaban tierras tan septentrionales se habían mostrado siempre interesados en el intercambio de obras escritas en sus respectivas lenguas, el latín y el árabe. Para ello era preciso un lugar de contacto entre hombres conocedores de ambas, un *scriptorium* donde llevar a cabo la traducción de sesudos volúmenes de las más diversas materias. Y en Tudela, desde que él tenía memoria, existía un lugar como aquel, en el que desarrollaban su tarea traductores locales, pero también hombres procedentes de Córdoba y otras ciudades musulmanas, por un lado, y gentes venidas del norte, por otro.

Por el contenido del pergamino descartaba por completo la posibilidad de ponerlo en manos de un musulmán. De inmediato llegaría la noticia de su existencia a las autoridades de la morería y se vería obligado a entregarlo, algo que, al menos de momento, no entraba en sus planes. En esto había mentido al muchacho. Establecer contacto con un monje del priorato no sería mucho más seguro, pues de igual manera podría exigírsele la devolución de lo robado. Pero recientemente se había hablado de la llegada desde Aquitania de un clérigo procedente de la lejana Inglaterra, súbdito según decían del rey Enrique, que había aprendido la lengua árabe en su juventud, durante su viaje a Tierra Santa, al final de la segunda Cruzada. No recordaba su nombre, pero quizá le fueran ajenos los asuntos de la política peninsular, y contaba con la ventaja añadida de que su estancia sería sin duda temporal. A esa posibilidad se aferraba cuando los primeros rayos de luz iluminaron la estancia. Tendría que tomar precauciones si quería contar con su ayuda, pero, a pesar de todo, se sentía optimista cuando se incorporó en el lecho, recreándose con el frescor del barro cocido bajo las plantas de los pies desnudos.

La ablución matinal le sirvió para espabilarse y, tras la primera oración del día, acudió a la cocina en busca de algo que llevarse a la boca. La impaciencia apenas le permitió saborear el pan y el queso de cabra que guardaba en la alacena preservado del calor y de las moscas con una envoltura de hojas de parra. Se aseguró aguzando el oído de que Omar dormía, aunque no habría sido necesario: siempre regresaba de madrugada de la cantina, y jamás se despertaba para cumplir con sus obligaciones como creyente. Tranquilizado por los ronquidos procedentes de la alcoba, tomó la escalera de mano y descendió con cuidado los escalones de la bodega.

Ismail abandonó la casa cuando los primeros rayos del sol se alzaban sobre el perfil imponente de los nuevos muros de la colegiata, orientada precisamente hacia levante y no hacia el meridión como sus mezquitas. Caminó pegado al muro que

bordeaba el viejo cementerio y poco después atravesó la puerta que comunicaba la morería con el resto de la ciudad. El recinto amurallado estaba poblado en aquel momento por cristianos de diversas procedencias que se habían sumado de manera progresiva a la reducida comunidad mozárabe que ya vivía allí en tiempos de la dominación musulmana. Quienes participaron en la conquista obtuvieron casas —entre ellas la que había pertenecido a su familia—, tierras y los privilegios contenidos en el fuero otorgado por aquel rey llamado Alfonso. Pero en todos esos años, los mismos que él contaba, la ciudad había asistido a la llegada de nuevos pobladores francos, quienes se acogían de igual manera a los derechos establecidos por el Fuero de Tudela. De tal manera, la ciudad se había convertido en un hervidero de gentes que vivían hacinadas en adarves y en estrechas callejuelas, en las cuevas excavadas en los cortados arcillosos de los montes y, en los últimos tiempos, en el exterior de las murallas, aunque todavía bajo su sombra y su amparo.

Quienes habían visto cambiar de forma drástica en los últimos lustros sus condiciones de vida eran los judíos, mal queridos por el resto de los vecinos quizá por la impopular actividad que desarrollaban. De prestamista a usurero había pocos pasos, que en ocasiones se recorrían con facilidad; la misma distancia separaba al comerciante del acaparador: algunos artesanos judíos se habían confabulado para establecer precios en exceso elevados en sus manufacturas. Quienes así actuaban eran minoría, pero lo cierto era que la animadversión se había generalizado y los conatos violentos habían comenzado a sucederse desde hacía unos cuatro lustros. El rey Sancho, entonces, había adoptado una solución que solo estaba al alcance de un hombre con su poder: había trasladado la judería, desde el sector suroriental de la ciudad hasta la falda de la colina donde se alzaba el castillo recién reconstruido para albergar la residencia real. El nuevo barrio judío se había ubicado dentro del segundo cinturón de murallas que rodeaban la fortaleza, bajo el amparo directo del monarca. Además, el rey Sancho había confirmado para sus habitantes el ventajoso Fuero de Nájera que el rey Alfonso concediera a los de su credo tras la toma de la ciudad.

El anciano alarife musulmán recorrió la ciudad, que despertaba al nuevo día con el canto de los gallos, con la bolsa de cuero sujeta bajo el brazo, esquivando los charcos y el barro que formaban las aguas que los vecinos arrojaban sin recato desde las viviendas. Acababa de sonar una campana, anunciando los oficios matinales en el priorato. Durante años había echado en falta la llamada del muecín, pues las ordenanzas del concejo la habían prohibido cuando él era solo un niño. Sin embargo, el veto se había relajado con el paso de los años, a medida que la convivencia se iba asentando. Sabía que tras la hora prima se retomaban las actividades dentro del monasterio, así que aligeró el paso en busca del viejo edificio donde desarrollaban su labor copistas y traductores, tan próximo a la colegiata como próximo había estado a la mezquita mayor desde su construcción. El movimiento en torno a la nueva edificación era ya frenético a aquella hora, pero, compungido, evitó alzar la mirada hacia los muros de su viejo oratorio, que aún se alzaban sobre su cabeza, del todo

inútiles desde que no tenían un techo que sostener. Traspasó el umbral, contento por librarse de aquella visión y de la hiriente luz de la mañana, y se encontró en un pequeño atrio del que partía la escalera que llevaba al piso superior. Ascendió entre crujidos los gastados escalones de madera y desembocó en una sala diáfana donde la luz, de nuevo, entraba a raudales, a través de amplias ventanas abiertas a aquella hora y de tragaluces practicados en el techo. Bajo estos se alineaba una hilera de sencillas mesas de madera rodeadas de escabeles. Algunos estaban ocupados por monjes dedicados ya a su labor, cuyas tonsuras destacaban sobre los hábitos oscuros de la orden. Otros caminaban en silencio por el recinto con pliegos de pergamino en las manos, otros en busca de alguno de los volúmenes que se almacenaban en los polvorientos anaqueles de madera que cubrían las paredes. En el extremo opuesto reconoció a dos miembros de la comunidad musulmana con quienes no tenía trato habitual, pero que identificó como ulemas y maestros en la escuela coránica de la morería. Todos parecían abstraídos del bullicio que llegaba desde la calle y desde las cercanas obras de la colegiata.

Se detuvo junto al balaustre de madera y examinó el recinto. Nadie parecía prestarle atención; no sabía a quién dirigirse. Notó que la mano con la que sujetaba la bolsa de cuero le sudaba de forma copiosa a pesar del frescor de la mañana, algo que le sucedía cuando vivía una situación que no era capaz de dominar y la inquietud y la incertidumbre se apoderaban de él. La figura de un monje alto y desgarbado llamó su atención. Salía de una estancia situada en el lado opuesto del *scriptorium* con un volumen en las manos, y sus miradas se cruzaron por un instante. Tenía los ojos extrañamente claros y era patente que su cabello, aunque blanqueaba, había sido rubio en su juventud. Algo le dijo que era aquel a quien buscaba, y le hizo un gesto con la mano que sostenía el pergamino.

El monje pareció dudar, pero, extrañado por la llamada, dirigió sus pasos hacia él. Su altura se hizo más evidente cuando lo tuvo cerca. Ismail quedó pasmado cuando lo oyó dirigirse a él en árabe, y apenas acertó a responder a su saludo.

—Mi nombre es Ismail ibn Ammar. Busco a un clérigo llegado hace pocas fechas desde Inglaterra —dijo en su propia lengua—. Por vuestro aspecto he pensado que quizá…

El monje alzó las cejas con expresión de asombro.

—Supongo que es a mí a quien buscas… Mi nombre es Robert de Chester. ¿En qué crees que puede ayudarte este siervo del Señor?

—Se trata de algo relacionado con la tarea que desarrolláis aquí. —Señaló con un ademán la sala de escritura.

—¿Y por qué yo, recién llegado?

—Preciso de la ayuda de alguien que domine mi lengua y el latín.

—En ese caso ahí tienes a dos de tus correligionarios… Ninguno de nosotros —señaló a los monjes cercanos— alcanzamos el conocimiento que ellos tienen de vuestra lengua. De hecho, recurrimos a ellos de forma continua para resolver nuestras

dudas. Incluso cualquiera de estos hermanos míos se maneja mejor…

Ismail se sintió aturdido por la lógica del argumento con la que el de Chester había desbaratado su petición.

—Digamos… —balbució— que no puedo recurrir a ellos. Se trata de un encargo que no puedo hacer a alguien cercano. En ningún caso deseo que trascienda en la ciudad el contenido del documento que deseo que copiéis y que traduzcáis después.

—Así pues, ¿lo que deseas es traducir el documento que portas en esa bolsa?

El anciano asintió, expectante.

—En ese caso —continuó el monje—, he de decirte que no me dedico a realizar traducciones por encargo. Se acerca el día de mi regreso, y son muchas las tareas que debo concluir para entonces. Las horas de luz son cada vez más preciosas para mí. Tendrás que hablar con alguno de mis hermanos…

Ismail no tuvo más remedio que retener por el brazo al monje, que ya hacía el ademán de volver sobre sus pasos.

—Os pagaré generosamente —probó—. En vuestro viaje de regreso podréis gozar de mayores comodidades. Incluso adquirir nuevos volúmenes para vuestra biblioteca, allí donde se encuentre. Hablo de una generosa cantidad de morabetinos de oro.

Robert de Chester esbozó una sonrisa.

—Nunca ha sido el brillo del oro lo que ha guiado mis decisiones —se limitó a responder.

—En ese caso solo os pido que accedáis a leer el pergamino —ofreció con desesperación—. Con vuestro excelente conocimiento del árabe no os llevará mucho tiempo. Quizá en el propio documento encontréis razones más poderosas que el oro.

El monje lo miró con interés.

—Solo hay una manera de comprobarlo —se decidió—. Permíteme leerlo y tendrás mi respuesta.

Ismail miró a los amanuenses que se aplicaban sobre sus pergaminos.

—¿Hay algún lugar donde podáis hacerlo a salvo de miradas indiscretas? No deseo que este negocio sea de conocimiento general.

—Solo los pecadores se esconden para cometer sus faltas. ¿Acaso voy a incurrir en pecado accediendo a vuestro ruego?

—No hay pecado en el conocimiento, sino en el uso que se haga de él.

—Una sentencia de cierta profundidad —concedió mirándolo con interés—. Tendré que pensar en ella. Quizá cobre sentido cuando me permitas leerlo. —De nuevo miró la bolsa de cuero, e Ismail creyó percibir en sus ojos el brillo de la curiosidad.

—La escuché en cierta ocasión, hace mucho tiempo, en labios de un hombre al que admiro —respondió—. ¿Tenéis aquí un lugar reservado donde leer sin ser visto?

El monje negó con la cabeza.

—Será mejor que me acompañes. Las dependencias del priorato son accesibles debido a las obras en el claustro. Supongo que el refectorio estará a estas horas

desierto.

Abandonaron el *scriptorium* utilizando una escalera de caracol situada en el extremo opuesto del edificio, un acceso utilizado sin duda de forma exclusiva por los capitulares del monasterio. En efecto, el muro occidental del claustro era tan solo un tapial de piedra y barro, horadado para permitir el trasiego continuo de obreros y materiales. Robert de Chester se movía con soltura por el lugar, levantándose el hábito para evitar en la medida de lo posible el polvo que cubría sus sandalias y sus pies hasta la altura de los tobillos. Recorrieron el ala oriental, la única que parecía ya terminada, donde se encontraban el dormitorio común y la sala capitular. Después doblaron el recodo, para continuar por la crujía meridional hasta llegar a la entrada del refectorio.

El monje empujó el portón de madera y entraron a una sala en penumbra donde destacaban dos largas y robustas mesas de madera rodeadas por escabeles sin respaldo. Sobre ellas, dos crucifijos en paralelo reforzaban la casi perfecta simetría de la estancia. A su izquierda, adosado al muro de entrada, solo un estrado provisto de un atril rompía aquella uniformidad.

—Uno de los monjes nos ilustra con lecturas de los textos sagrados mientras dura nuestro yantar —explicó Robert de Chester ante la mirada interrogadora de Ismail, mientras se dirigía a las ventanas que ocupaban la pared opuesta para abrir los postigos.

Dos intensos haces de la luz de la mañana inundaron el refectorio y se proyectaron sobre la primera de las mesas. Al trasluz, el polvo de la obra parecía ocupar todo el espacio, y las diminutas partículas atravesaban la zona iluminada en caótico desplazamiento.

—Aquí tendremos buena luz para leer tu enigmático pergamino. —El monje tomó asiento con decisión, e invitó a Ismail a hacer lo mismo apoyando la mano sobre el escabel más cercano.

El anciano escultor hizo ademán de abrir la bolsa de cuero que contenía el pergamino a la vez que tomaba asiento.

—Antes —se detuvo—, me es imprescindible estar seguro acerca de vuestra discreción. Conozco algo sobre las costumbres cristianas, y he oído hablar de una práctica que lleváis a cabo en ciertos ritos. Si no me equivoco, vuestros creyentes confiesan sus faltas ante el sacerdote, y este está obligado a respetar el secreto de cuanto escucha.

—Así es, es el llamado secreto de arcano, y es inviolable. Pero lo que sugieres solo es aplicable en el contexto del sacramento de la penitencia. Yo he sido ordenado sacerdote y, por tanto, tengo capacidad de absolver… a cualquier cristiano que acuda a mí solicitando confesión. Pero de ninguna manera podría administrar el sacramento a un infiel.

Ismail pareció contrariado y de nuevo dejó caer la bolsa a su costado. Durante un instante no dijo nada, perdido en sus reflexiones. Pensaba en Nicolás; el muchacho sí

era cristiano, pero no entraba entre sus planes revelarle que pensaba realizar una copia del pergamino. Se sentía atrapado; en la obligación de arriesgar, pero sin contar con seguridad absoluta con la discreción del clérigo inglés. Entonces escuchó su voz.

—Estoy dispuesto, sin embargo, a jurar que mantendré el secreto de cuanto conozca, del mismo modo que lo haría bajo el sigilo de confesión.

Ismail lanzó un suspiro aliviado. Alzó la bolsa, aflojó el cordón de la embocadura y, con cuidado, extrajo el pergamino para depositarlo en la mesa ante los ojos expertos del monje. Robert de Chester adelantó su mano derecha para soltar la cinta azulada que lo mantenía enrollado. Ismail lo detuvo colocando la suya encima. Los dedos largos y huesudos del monje, la piel arrugada y pálida, y las uñas bien recortadas contrastaban con su propia mano, fuerte, encallecida y de articulaciones deformadas; la comparación le hizo pensar que podría tener solo unos años más que el inglés, pero habían dedicado su vida a tareas bien distintas.

—Jurad primero —le pidió.

Robert de Chester asintió, mientras le miraba a los ojos.

—Juro por mi honor y por mi ministerio que mantendré en secreto cuanto conozca tras la lectura de este documento… y por boca de este hombre, Ismail ibn Ammar —añadió.

El escultor mostró una amplia sonrisa.

—No me habrían satisfecho más tus palabras si yo mismo las hubiera dictado. Solo habéis escuchado mi nombre una vez.

—Si el pecado de orgullo no estuviera acechante, podría asegurar que tengo buena memoria —respondió el monje con una ligera sonrisa—. Me es muy precisa para mi tarea.

Ismail retiró la mano y Robert de Chester empezó, con parsimonia, a desenrollar el pergamino.

—No es muy antiguo —aseguró—. Quizá de la época de la capitulación de la ciudad.

Lo dispuso en la posición correcta y dirigió la vista al ángulo superior derecho para empezar la lectura. Solo le hizo tres consultas acerca del significado exacto de alguna de las expresiones. Su vista se deslizaba con rapidez siguiendo la escritura cuidada que cubría la totalidad del pliego, y que apenas respetaba márgenes para aprovechar todo el espacio posible.

A medida que avanzaba hacia el final su expresión se ensombrecía. Cuando dejó de sujetar los bordes, el pergamino volvió a enrollarse solo, agitando de nuevo la nube de partículas que brillaban en el aire. El monje se llevó las manos a la cara y se la cubrió con ellas. Durante un momento no dijo nada, y solo suspiró de manera profunda. Ismail callaba a su lado.

—Tan solo alcanzo a intuir las implicaciones que esto tiene para todos nosotros —dijo al fin, descubriendo el rostro—. Y comprendo por qué me has elegido precisamente a mí, a un monje procedente del lejano reino de Inglaterra, que pronto

regresará a su isla. Pero, si no me equivoco, la revelación de este secreto podría acarrear graves consecuencias para los reinos cristianos de la Península y para toda la Cristiandad.

—Soy un simple escultor, no me pidáis que vaya más allá de lo que puede leerse en ese rollo. Tan solo busco a alguien capaz de proporcionarme una copia lo más exacta posible y una buena traducción.

—¿Y será posible que me expliques el uso que piensas darles?

Ismail se encogió de hombros.

—Creedme cuando os digo que ni yo mismo lo sé. Tan solo intuyo que de alguna manera podrá serme útil en el futuro. ¿Os dice algo el sello al pie? —preguntó al tiempo que señalaba una marca en caracteres cúficos.

—Me lo dice todo. Lo he visto antes. Es el sello de los jerifes hashimíes, los descendientes de Mahoma encargados desde siempre de la custodia de los lugares sagrados en La Meca y Medina. Si algo puede certificar la veracidad de lo que dice este pergamino, es ese sello.

—¿Llevaréis a cabo el encargo?

El monje se llevó la mano a la frente y suspiró. Después miró al anciano a los ojos.

—Veo determinación en tu mirada. Si no soy yo quien lo hace, otro lo hará; y serán más los ojos posados sobre este texto.

—Entiendo que aceptáis…

—Que Dios me perdone si no es la decisión acertada —murmuró con la preocupación reflejada en el semblante.

—Jurad que haréis una copia exacta del pergamino y que lo traduciréis al latín de manera fiel. Os pagaré tres morabetinos de oro por cada uno de los documentos… para que los dediquéis a aquel fin que consideréis más adecuado.

—Lo juro —asintió despacio.

—¿Cuándo podréis hacerlo? —inquirió Ismail impaciente, sin ocultar su satisfacción.

—Me llevará dos días —estimó el monje.

—Quiero estar presente mientras lo hacéis. No me separaré del pergamino. Y no podréis trabajar en el *scriptorium* delante de testigos.

Robert de Chester asintió con ligeros movimientos de la cabeza.

—Este será el lugar más adecuado, pero solo podremos venir en ausencia de los monjes, así que quizá la tarea se alargue un día más. Acudiremos aquí tras la hora prima, después de la colación de la mañana; me esperarás en mis ausencias durante las citas de la liturgia y descansaremos tras el almuerzo a la hora nona. Regresaremos por la tarde hasta vísperas.

—Mañana después del amanecer os aguardaré junto a la entrada del claustro. —Una sombra de duda ensombreció entonces su semblante—. ¿Vendréis?

El monje tardó en responder.

—Llevado por una curiosidad malsana he empeñado mi palabra. Cumpliré con mi compromiso.

Habían transcurrido cuatro días. La jornada de la quinta feria resultó provechosa, a pesar de tener que sortear la presencia de la comunidad en el refectorio. Al día siguiente, en cambio, Ismail no pudo eludir el precepto que le obligaba a estar presente en la mezquita para la oración del viernes, como sucedió durante toda la jornada del domingo, de forma que en la tarde siguiente se reunieron en el lugar convenido para ultimar lo poco que restaba de la traducción. El calor durante aquellos días había sido bochornoso, y los trabajos en la colegiata se desarrollaban penosamente, en medio del polvo que lo invadía todo y que obligaba a los peones a buscarse la manera de protegerse de él. Muchos se cubrían las cabezas al modo musulmán, de forma que el sudor no se deslizaba hasta los ojos y podían respirar a través del extremo de la tela con la que se protegían también el rostro. Poco después del mediodía las montañas cercanas, al sur, comenzaron a cubrirse con grandes nubes algodonosas que fueron mudando su color hasta convertirse en una amenazante tormenta. Cuando Robert de Chester e Ismail entraron en el refectorio, los primeros truenos empezaban a escucharse en la lejanía, y la luz que entraba por los ventanales se convirtió en penumbra. Sin embargo, ambos deseaban finalizar el trabajo aquella misma tarde. El monje terminó de transcribir el texto latino a la luz de dos cirios, de frente a la ventana para aprovechar la escasa luz que conseguía atravesarla, y en medio de los estallidos periódicos que sucedían a los relámpagos, del repiqueteo del agua y del olor a tierra y polvo mojados. De tanto en tanto, cuando un rayo descargaba demasiado cerca, Robert de Chester se santiguaba y rezaba una breve letanía. Ismail observaba la cortina de agua y granizo que se abatía sobre la ciudad cuando la voz del monje le sobresaltó.

—¡No os había oído entrar, padre prior!

Ismail se volvió sobresaltado y vio a un hombre de escasa talla que permanecía en pie a la espalda del traductor. Era cierto que algo en su porte dejaba traslucir la relevancia de su cargo en la comunidad, aunque el hábito y la tonsura fueran idénticos a los de los demás miembros de la orden. Lo había visto antes en sus visitas a la colegiata, pero lo había tomado por un monje más. Se sorprendió al comprender que estaba en presencia del prior Forto.

—Sin duda los truenos os han impedido escuchar el sonido del picaporte —dijo el recién llegado con tono de estudiada neutralidad—. El hermano cillerero me ha informado de que lleváis varios días aquí encerrados.

—Así es, padre. Me he avenido a ayudar a este hombre con este escrito que le resulta preciso traducir. He considerado que no me haría mal practicar mis conocimientos de la lengua árabe en presencia de alguien como él para resolver mis dudas.

—¿Y no sería el *scriptorium* el lugar más indicado para llevar a cabo esa tarea? Por otra parte, me resulta extraño que, a pesar de que vuestros días entre nosotros estén contados, dediquéis varias jornadas a un trabajo ajeno a la labor que os ha traído aquí. Tenía entendido que a duras penas ibais a poder acabarla antes de partir.

—He decidido que quizá no sea descabellado retrasar mi marcha unas semanas. —Aunque Ismail tenía serias dificultades para seguir la conversación en latín, intuía lo fundamental—. Pensé que su presencia en el *scriptorium* podría importunar al resto de los monjes. Ese es el motivo por el que hemos buscado este lugar más apartado.

—En adelante sería buena idea que un huésped del monasterio informe al prior de sus andanzas y de su intención de utilizar dependencias pensadas para otros fines. Y más si es en compañía de alguien ajeno al priorato… e infiel para más señas.

—Tenéis razón, y así lo haré en lo sucesivo —repuso abochornado, con una lenta inclinación de respeto.

Ismail observó que el inglés se había puesto en pie de espaldas a la mesa y que, con habilidad, había quitado las pequeñas pesas que mantenían desenrollado el pergamino en que trabajaba. No se había molestado en ocultar el original árabe, por lo que supuso que el prior no dominaba su lengua. Ignoraba, sin embargo, el tiempo que habría permanecido allí el prior Forto, leyendo quizá por encima de los hombros del clérigo. El hecho de que no preguntara acerca del contenido del pergamino le resultaba inquietante y maldijo para sus adentros la inoportunidad de la tormenta que les había impedido percatarse de su llegada.

—Haced el favor de terminar y dejar libre el refectorio.

—Estoy concluyendo. El tiempo justo para secar la tinta y entregar el pergamino a su dueño.

—No os demoréis —dijo tajante, antes de dar media vuelta para abandonar la estancia.

Salieron del claustro con el zurrón que contenía los tres pergaminos. Había dejado de llover, pero la tierra se había convertido en barro, y cualquier depresión, surco o zanja era ahora un charco. Robert de Chester lo acompañó hasta el extremo opuesto, dispuesto a despedirse, tras haber renunciado a mantener las sandalias libres de légamo. Tras la visita del prior Forto parecía ansioso por que llegara aquel momento. Un instante antes de separarse, Ismail le introdujo en el fondillo de su hábito una pequeña bolsa de cuero.

—Es el pago por vuestros servicios. Os ruego que lo aceptéis —le dijo sin darle tiempo a reaccionar—. Y por vuestro silencio.

Antes de doblar la esquina, el escultor se volvió… Y se detuvo. Robert de Chester había abierto el saquete, y con la mano derecha repartía las seis monedas de oro de su interior a los primeros que se cruzaban en su camino, sin que pareciera que le

importaran su condición o su raza. Las cogía y las sacaba de la bolsa como si le quemaran entre los dedos. Sin pararse a ver la algarabía que empezaba a formarse alrededor del monje, Ismail giró en dirección al muro de la morería.

El riachuelo que discurría junto a la muralla se había convertido en un barranco que arrastraba ramas, maleza y tierra. Lo superó por el sencillo paso de madera construido sobre el cauce, y en un instante entró en su zaguán. Prendió el candil en la mecha de sebo que había tenido la precaución de dejar encendida antes de salir de casa tras el almuerzo, y descendió con seguridad la escalinata que conducía a la bodega. El cielo en el exterior permanecía gris y plomizo, y la luz que entraba por la lucerna apenas disipaba las sombras. Dejó la lámpara colgada de una alcayata, apoyó las tres bolsas de cuero en el banco de piedra y regresó al zaguán en busca de la escalera. Bajó de nuevo con ella y la apoyó contra el muro abovedado. Como cada vez, se asombró de la perfección del ingenio que permitía acceder a la cámara oculta. Retiró su cubierta y metió el brazo hasta el fondo para comprobar que no había humedad que pudiera perjudicar los rollos. Palpó la bolsa con sus ahorros, ya un tanto menguados y, por un momento, su mente regresó al revuelo producido cuando el monje arrojó sus monedas entre el gentío, unas monedas que para él representaban el trabajo de años. Trató de sacudirse el enojo por aquel inútil despilfarro centrándose en lo que le ocupaba. Arrastró el borde de la mano por el piso de la oquedad y examinó los restos que le quedaron en la palma para comprobar que no había rastro de roedores. Solo entonces descendió en busca de los tres pergaminos. Los depositó en paralelo dentro de sus bolsas de cuero y no se entretuvo más. Empujó la tapa, que encajó como un preciso resorte en su lugar. Se separó tanto como le permitía el equilibrio sobre la escalera y comprobó satisfecho que, incluso a aquella corta distancia, le resultaba difícil distinguir el engaño.

No suspiró con alivio hasta que se dejó caer sobre el banco de piedra, con la escalera apoyada ya en el extremo opuesto de la bóveda.

A Nicolás no le resultó extraño recibir aviso de Ismail a través de un descarado mocoso de la morería que, sin duda, se habría ganado una propina. El aguacero había convertido la obra en un barrizal impracticable, igual que las calles de la parte baja, surcadas tras la tormenta por las profundas huellas de las torrenteras que se habían precipitado en busca de los cauces de los dos ríos que circundaban la villa. Los trabajos que el calor asfixiante no había conseguido detener habían cesado sin embargo cuando el fresco de la tormenta permitía llenar los pulmones del olor a tierra mojada, a tomillo y a romero. El muchacho disfrutó de la sensación producida por aquel inesperado asueto y, con las albarcas totalmente embarradas, caminó por el centro de las callejuelas metiéndose en los charcos hasta los tobillos.

El arroyo próximo a las herrerías bajaba ya sin la fuerza que, a juzgar por las marcas de la ribera, había mostrado un rato antes, y lo cruzó sin usar la pasarela para que el agua arrastrara de las suelas el barro pegajoso. Terminó de limpiarlas con las hierbas de la orilla, y se internó en la morería en busca de la casa del escultor.

Lo encontró en el patio, pero esta vez lo había oído llegar y lo saludó con cierta efusividad.

—Me has mandado recado…

—Así es, así es. Teníamos algo pendiente —respondió al tiempo que le señalaba un bloque de piedra para que se sentara.

—¿El pergamino?

Ismail asintió.

—Tengo estupendas noticias para ti. He conseguido un buen trato con los ulemas. —Al tiempo que hablaba extrajo el saquete de cuero del fondillo. Introdujo los dedos y sacó dos monedas relucientes—. Son tuyas…

—¿Son morabetinos de oro? —exclamó Nicolás boquiabierto mientras Ismail los dejaba caer sobre su palma.

—Reconozco que, ante ellos, he exagerado algo la importancia del hallazgo… y el mérito de que un cristiano haya tenido la deferencia de ofrecérselo a nuestra comunidad. —Bajó la voz y se acercó a su oído para hablarle con tono de confidencia—. Les he dicho que apareció en un hueco del muro de la *qibla*.

Nicolás abrió los ojos con sorpresa, pero permaneció callado. ¿Acaso Ismail sabía algo más de lo que contaba? Descartó la posibilidad de inmediato y trató de pensar alguna respuesta que rompiera el silencio.

—Son muchos sueldos… Dieciséis.

—¡Casi doscientos dineros! —rio Ismail—. Confío en tu responsabilidad, y en que sepas darles buen uso.

Nicolás apenas escuchó el consejo del anciano. Trataba de responderse a las preguntas que se le amontonaban en la cabeza. ¿Le confesaría a su madre el origen de aquel inesperado regalo? ¿Y a Marcel? Estaba seguro de que sería incapaz de ocultárselo a Alvar: después de todo a él le debía estar allí. La fortuna había acabado premiando su atrevimiento, y ahora apretaba en el puño dos monedas de oro, a cambio tan solo de unos cuantos moratones. ¿Cuántos muchachos de su edad habrían tenido la ocasión de tocar siquiera una moneda como aquellas?

—¡Nicolás! —exclamó el anciano riendo.

—¡Ah, perdóname! —musitó—. Estaba…

—Imagino lo que estabas pensando —siguió sin perder la sonrisa—. Espero que ahora no te olvides de mí y que vuelvas por aquí. Esa piedra sobre la que te sientas aguarda a que alguien extraiga de su interior las imágenes que esconde. Me gustaría ayudarte para que seas tú quien lo haga, algo me dice que sabrás sacar provecho de lo poco que yo pueda enseñarte.

—Será una nueva deuda que se sumará a esta —repuso mostrando las dos

monedas.

—Créeme, Nicolás. Soy yo quien estoy en deuda contigo. Tus visitas me han reconfortado —añadió.

6

Año del Señor de 1190 (dos años después)

—No debéis mostraros apenada, mi hija querida. —El viejo rey Sancho rompió el silencio que se había adueñado por un instante del comedor. Acabó de apurar la copa de vino y se volvió para lavarse los dedos en el aguamanil que le acercaba uno de los sirvientes. Después se los secó con el paño que este le tendió y se dirigió hacia el resto de los comensales para seguir hablando—. Vuestra madre, a quien Dios tenga en su gloria, pasó por el mismo trance a una edad más temprana que vos. Si estuviera entre nosotros, ella misma podría aliviar vuestra zozobra, muy comprensible por otra parte.

Berenguela no respondió. La porción de faisán, de la que el resto de los comensales había dado buena cuenta, permanecía intacta en su plato, y ella seguía con las manos juntas sobre el halda, bajo el lienzo de cubría la mesa. Su mirada se perdía a través de los grandes ventanales cerrados con vidrios, un lujo acorde con el resto del ajuar de la sala, como los ladrillos pintados que cubrían el suelo, la artística chimenea de piedra flanqueada por tres grandes figuras de moros hechas de hierro, los cuatro grandes candeleros que sujetaban las antorchas, el techo artesonado en madera blanca y las paredes cubiertas por flores talladas en relieve. Pero la vista de la infanta se dejaba llevar por el movimiento de las grandes nubes algodonosas que surcaban el cielo de septiembre, arrastradas por un cierzo que anunciaba la llegada de los primeros fríos. Hacia el norte, precisamente la dirección que el séquito tomaría en unos cuantos días, las nubes blancas de formas caprichosas se convertían en oscuros nubarrones cuyo aspecto parecía más acorde con su estado de ánimo.

El infante Sancho dirigió una mirada cómplice a su padre y este sonrió, a la vez que afirmaba imperceptiblemente con la cabeza.

—Quizá tenga una sorpresa para vos, hermanita. —De inmediato la atención de Berenguela se desvió hacia el extremo de la mesa que ocupaba su hermano.

—¿Una sorpresa? —repuso expectante.

—Así es, pero no hablaré mientras en vuestro rostro permanezca esa expresión. Esa arruga en el ceño amenaza con hacerse permanente, y sería una afrenta a Dios arruinar así la perfección de su obra —bromeó, mientras dejaba que el escanciano rellenara su copa.

—Nuestro hermano tiene razón —intervino la infanta Blanca con la misma sonrisa en los labios—. ¿Permitiréis que Ricardo, vuestro futuro esposo, pueda poner un solo pero a vuestra belleza?

—Hablad, hermano. —Berenguela trató de recomponer el gesto, pero en su semblante seguía reflejándose más la expectación que una alegría que no sentía.

¡Había sido todo tan rápido!

No hacía sino unas semanas que a Tudela había llegado la noticia que circulaba de boca en boca por toda la corte y ya por el reino entero. La duquesa Leonor de Aquitania buscaba esposa para su hijo, el rey de Inglaterra, antes de la partida de este hacia Tierra Santa al frente de la tercera Cruzada. Y ella, ¡ella! había sido la elegida. Apenas alcanzaba a comprender los motivos de la alegría que se había extendido entre los allegados al rey, aunque podía intuirlos. El reino de Navarra era solo un pequeño enclave entre dos grandes potencias, Castilla y Aragón, que, desde que tenía uso de razón y aun antes, amenazaban con invadirla para proceder a su reparto. Por ello la amistad con Aquitania e Inglaterra a través de aquel compromiso se consideraba un golpe de suerte: el rey Alfonso de Castilla nunca osaría poner sus ojos en tierras navarras si ella, Berenguela, se convertía por matrimonio en reina de Inglaterra, condesa de Anjou y duquesa de Normandía.

Sancho parecía saborear aquel momento.

—Así me gusta, pero ¿quizá esa sonrisa podría ser un poco más franca? —se mofó.

—¡Sancho! —protestó la infanta. También el rey, la infanta Blanca y el propio alférez real miraban al heredero con gesto de desaprobación.

—¡Está bien, está bien! No os haré esperar más… ¿Qué os parece que vuestro hermano os acompañe en el largo viaje que os aguarda?

—¿Vos? —El rostro de Berenguela se iluminó—. ¿Estaríais dispuesto a hacer tal cosa por mí?

—Solo os acompañará hasta el encuentro con vuestro futuro esposo, que posiblemente se produzca en tierras de Italia, frente a Sicilia, donde los cruzados se concentran ya para embarcar hacia Tierra Santa —explicó el rey—. Primero os reuniréis con vuestra futura suegra, la duquesa Leonor, y juntos atravesaréis el sur de Francia y la península Itálica siguiendo los pasos de Ricardo, al que deberéis alcanzar antes de embarcar. Será un viaje largo y es mi obligación que, por parte navarra, la comitiva vaya encabezada por nuestro mejor representante. El rey de Inglaterra podría considerar inconveniente que sea una persona de menor rango quien acompañe a su anciana madre en un viaje tan lleno de peligros.

El rostro de Berenguela mostraba la confusión de sentimientos que se acumulaban en su corazón. Para una joven cuyos desplazamientos más largos se habían limitado a cubrir el trayecto entre Tudela y Pamplona y algunos otros enclaves del reino como los monasterios de Leyre e Irache, la inminencia de aquella aventura la colmaba de curiosidad y de temores. Y al final del trayecto la esperaba su futuro esposo, un hombre al que no conocía, pero de cuyas hazañas y arrojo había tenido noticia, incluso en los cantares que juglares y trovadores hacían llegar de tanto en tanto a la corte de su padre. «Corazón de León», aquel era ya el sobrenombre de quien en pocos meses habría de ser su esposo. Se estremeció de nuevo, pero la noticia que acababa de recibir por parte de su hermano había conseguido acallar sus temores. Con Sancho

a su lado todo sería más fácil.

—Tendréis que contarme de nuevo cómo es —se atrevió a decir, bajando la mirada con un gesto de pudor. Era una pregunta que había hecho a su hermano en infinidad de ocasiones, antes incluso de saber que iba a ser su esposa. Sancho había tenido ocasión de entrevistarse con Ricardo durante uno de los viajes que había realizado a su feudo de Aquitania, mucho antes de que las circunstancias se aliaran a su favor hasta convertirlo en rey de Inglaterra.

—Tiempo habrá, será un viaje muy largo —repuso Sancho con una sonrisa y tono paciente—. Y no tardaremos mucho en emprenderlo —le advirtió—. El tiempo apremia si queremos cruzar las montañas que nos separan de Italia antes de que el invierno se nos eche encima.

La ciudad había despertado en medio de señales que indicaban que aquel no era un día cualquiera. Los fuegos ardían antes de que los gallos comenzaran a cantar, y las calles estaban transitadas a la luz de las pocas antorchas que, ya a punto de agotarse, conseguía a duras penas hendir las tinieblas. Cuando el crepúsculo disipó la oscuridad, un río de vecinos ascendía la ladera sobre la que se alzaba el castillo del rey. Era la mañana elegida para la partida de la comitiva real que habría de conducir a la infanta Berenguela al encuentro de su prometido. Los más madrugadores esperaban a que se abriera la Puerta Baja, la que daba acceso al primer recinto fortificado, con la intención de ocupar un lugar privilegiado en torno al puente levadizo que salvaba el foso. Algunos, quizá, tratarían de cruzarlo para subir hasta la Puerta Ferrena, la que protegía el acceso al palacio real y las dependencias militares. Era un intento vano, pues para entonces el camino entre ambos recintos estaría ya ocupado por los habitantes de la judería, que el rey Sancho había hecho trasladar veinte años atrás al interior del primer recinto fortificado, tras los incidentes que se habían vivido en la judería vieja. Las rencillas entre judíos y cristianos venían de lejos, desde la conquista, cuando el rey Alfonso, deseoso de retener a los hebreos que habitaban la ciudad, les había concedido el provechoso Fuero de los judíos de Nájera. Esto había provocado situaciones de agravio con el resto de los vecinos y repobladores francos, acogidos al Fuero de Tudela. El beneficio económico que los judíos proporcionaban a las exiguas arcas reales había llevado al monarca a confirmar aquel viejo fuero y a ordenar el traslado del barrio judío al amparo del recinto que se extendía entre las dos murallas que rodeaban la fortaleza. Esta nueva muestra de favor no había conseguido terminar con la animadversión entre ambas comunidades, pero sí con los conatos de enfrentamiento. Así, eran en su mayor parte judíos quienes aquella mañana flanqueaban el camino que descendía desde la Puerta Ferrena hasta el foso que rodeaba la muralla exterior.

Nicolás bien hubiera podido acceder al lugar abriéndose paso entre la multitud, pero había preferido esperar junto a su madre y a su familia adoptiva el paso de la

comitiva cerca de la casa. Sabían que antes de la partida se celebraría una misa solemne en San Nicolás, la iglesia que venía desempeñando el papel de capilla real durante las frecuentes estancias del monarca y su familia en su ciudad natal. Al interior accedería la corte al completo, los ricoshombres y magnates presentes en la villa, las autoridades del concejo, el obispo de Pamplona, el prior Forto, gran parte del cabildo y otros miembros del clero. Pero los *milites* que acompañaban a la infanta y al heredero permanecerían sin duda en el exterior… Y eso quizá le diera la oportunidad de despedirse de nuevo de Alvar, si es que podía acercarse al cortejo.

Sophie se mostraba inconsolable, y Marie no se separaba de ella. Ningún argumento había conseguido que su hijo mayor renunciara al deseo de incorporarse al séquito que aquella mañana abandonaba la ciudad, y no entre las fuerzas que acompañarían al infante Sancho de regreso, sino entre la mesnada de voluntarios que habían decidido embarcarse junto al rey Ricardo camino de Tierra Santa, en respuesta a la llamada del papa Gregorio.

Alvar, lejos de reconsiderar su decisión, había criticado en privado el hecho de que no fuera el propio rey Sancho quien respondiera al llamamiento al frente de toda su hueste, tras la reciente pérdida de Jerusalén a manos del sultán Saladino. De nada había servido el argumento de que el propio pontífice de Roma eximía a los reyes cristianos de la Península de participar en la empresa, ocupados como estaban en mantener a raya la amenaza almohade en sus propias fronteras. Y si los caudillos de Castilla, de Aragón, León, Portugal y Barcelona no participaban en la Cruzada, menos podría hacerlo el rey de Navarra, cuyo reducido territorio sería ocupado al día siguiente de haber cruzado los montes Pirineos.

Solo cuando empezaba a aproximarse el sonido de las trompas y las fanfarrias consintió Sophie ponerse en pie, apoyada sobre el brazo de su esposo y de la mano de Marie. Nicolás salió tras ellos, junto a Beñat y Martha, y se encaminaron hacia la capilla real por callejas laterales que conocían bien. Ya en sus proximidades, Marcel se dirigió decidido al punto donde se concentraba la multitud y Nicolás pensó que quedarían atorados en medio del gentío. Sin embargo, antes de desembocar en la pequeña plazuela a la que se abría el atrio, el cantero dio un fuerte empujón a una puerta de madera carcomida y reseca que se abría a su diestra. Nicolás y Beñat se miraron con sorpresa, pero se limitaron a seguir sus pasos. Se encontraban en una vieja corraliza con la techumbre derruida. Marcel, sin decir palabra, ayudó a las dos mujeres a ascender por el montón de cascotes que se apilaban contra el muro del fondo, y al alcanzar la cima contemplaron, varios codos más abajo, la muchedumbre que bullía inquieta en busca del mejor lugar para contemplar la llegada del séquito.

El centro de la irregular plazuela aparecía vacío, protegido por una unidad de corpulentos *milites* que, codo con codo, formaban un apretado cordón entre la calle de acceso y el atrio de la iglesia. Nicolás reparó en que no se habían retirado los andamios que, frente a ellos, cubrían la portada donde trabajaba hacía meses el taller de escultura encargado de labrarla. A pesar de que unas espesas lonas protegían los

trabajos de la vista de curiosos, él conocía bien lo que escondían. No en vano había dedicado los últimos meses a dejarse ver por la obra, hasta hacerse familiar al pequeño grupo de escultores que tallaban la piedra bajo las órdenes de Beltrán, su maestro. Había comentado con Marcel, sin ocultar su asombro, la habilidad de aquel hombre con los cinceles. No pasaba de los cuarenta, pero su dominio de la talla en piedra se le antojaba prodigioso. Su padrino le había revelado lo poco que se sabía de él: había llegado a la ciudad de la mano de un hermano del priorato con quien, durante su peregrinación a la tumba del apóstol Santiago, había congeniado. Trabajaba por entonces a las órdenes del renombrado maestro Mateo, distinguido con el encargo de labrar la portada principal de la soberbia basílica de la ciudad de Compostela. A punto de concluirse el llamado Pórtico de la Gloria, del que todos los peregrinos se hacían lenguas, el fraile le había hablado de las muchas construcciones que en los últimos lustros se habían iniciado en su tierra natal, en poder de moros solo una generación antes. Una tierra virgen, ávida de alzar al cielo templos y monasterios que dieran cuenta del poder y de la fe de los nuevos dominadores. Y allí estaba Beltrán, demostrando su habilidad y su conocimiento en la labra de las imágenes que se escondían bajo aquellos andamios.

Nicolás se miró las manos encallecidas y sonrió, evocando los trabajos que con ellas había emprendido en los dos últimos años. El rostro de Ismail se dibujó ante él, y lamentó que no estuviera allí para ser también testigo de la llegada de la comitiva real. Pero el recuerdo del motivo que les había llevado hasta aquel lugar borró la sonrisa de su rostro.

Dios sabía que había tratado de convencer a Alvar, pero quizá Dios fuera de la misma opinión que el muchacho, porque su determinación no cambió un ápice. Ni siquiera cuando se despidió de su madre, de su padre y de sus hermanos, antes de dirigirse al castillo donde iban a quedar acuartelados días antes de la partida. La tristeza por la separación se reflejaba en sus ojos, pero, rodeado de las lágrimas de todos, él había conseguido no derramar ni una sola, y Nicolás lo admiró por ello.

En los dos últimos años su relación se había enfriado. Ya no compartían todos sus ratos libres a la salida del tajo, como antaño, pues Alvar había comenzado a alegar otras ocupaciones y Nicolás comprendió que no deseaba su compañía. Pensó al principio en la existencia de alguna muchacha, pero sus bromas eran respondidas con gestos adustos y silencio. Él mismo acababa agotado tras la jornada, que solía continuar en la casa de Ismail y en las obras de San Nicolás. Así que sus caminos acabaron separándose, ante la extrañeza de los suyos. Solo acertó a comprender lo que ocurría cuando una tarde de asueto vio a Alvar perderse tras los muros de la encomienda que los caballeros hospitalarios mantenían en Tudela.

Su despedida, sin embargo, había resultado diferente. En la cantina, sentados a la misma mesa con los vasos llenos y la jarra demediada, los vapores del vino habían desatado su lengua y liberado sus emociones. En medio de la algarabía de aquel antro, Alvar había expresado en voz alta sus temores y sus dudas, y entonces sí, en la

penumbra del rincón que ocupaban, no pudo reprimir el llanto mientras se fundían en un abrazo y juraba que volverían a verse. Le confesó que durante aquellos dos años había acudido regularmente y casi en secreto a la encomienda hospitalaria, para recibir el mismo entrenamiento y formación que los *fratres* de la orden. Nicolás había oído decir que aquel periodo de instrucción duraba tres años, e intuyó que Alvar no hubiera tardado en anunciar a todos su intención de pronunciar los votos. Sin embargo, la respuesta de Ricardo a la convocatoria de la Cruzada y la inminente partida de Berenguela habían precipitado los acontecimientos.

Los pensamientos de Nicolás quedaron interrumpidos cuando un primer grupo de *milites*, precedido por el abanderado que enarbolaba el pendón de la dinastía Ximena, hizo su aparición en la plaza en medio del humo de las teas y del sonido anunciador de las trompas. A pie entraron el viejo obispo don Pedro de Artajona, apoyado en su báculo y en el brazo de un diácono, el prior de la colegiata y los comendadores locales del Temple y del Hospital. Tras ellos, la corte casi al completo: Nicolás distinguió al alférez real, al merino mayor, al viejo canciller Fernando, a algunos de los titulares de las tenencias más cercanas y a otros ricoshombres tan engalanados de vivos colores como los miembros de la curia real.

Quienes habían conseguido ocupar un hueco en la plaza se alzaban de puntillas para observar mejor al cortejo, y los zagales se encaramaban metiendo las punteras de las sandalias en los huecos de los muros; ni siquiera Sophie se resistía a observar el inusual espectáculo.

—¡Admirable! —exclamó Marie en voz alta para hacerse oír por encima del estruendo de las trompas y los atabales, conmovida por la parafernalia desplegada.

—Al fin y al cabo, no todos los días se despide a una infanta que parte para convertirse en reina de Inglaterra —respondió Marcel, también impresionado.

—¡Ojalá nunca se les hubiera ocurrido tal dislate! —La voz de Sophie reflejaba la angustia que la atenazaba. Sus ojos no dejaban de vagar sobre las cabezas en busca de su hijo.

—¡Mirad! ¡Allí viene! —gritó Martha.

—¿Alvar? ¿Dónde? —preguntó Sophie, turbada.

—No, me refiero a la infanta Berenguela —respondió la muchacha algo avergonzada—. A lomos de la primera mula.

La figura de la joven resultaba inconfundible. Alta, muy alta, igual que los demás miembros de la familia, velaba su estilizada figura con un vestido ceñido de brocado azul celeste. Cubría su cabello oscuro, trenzado hasta la filigrana, con un hermoso tocado blanco, y una soberbia capa bordada de color índigo la cubría por completo, hasta caer sobre la grupa del tranquilo palafrén que montaba a mujeriegas.

A continuación, avanzaba el rey Sancho, ataviado con loriga y manto de armiño, y tocado con una sencilla diadema, a modo de corona, que señalaba su dignidad. Nicolás había oído hablar de la negativa del Papado a reconocer a los reyes de Navarra como tales después de la restauración de la dinastía. Al parecer, en los

documentos vaticanos siempre se refería a ellos como *duces*, a raíz del conflicto surgido por el legado del rey Alfonso. El Batallador había muerto sin descendencia, y otorgó un testamento en el que entregaba el reino entero a las tres órdenes militares que se habían configurado años atrás en la Jerusalén reconquistada por los cristianos. Alvar le había hablado de ellas. Nadie sabía quién le metía aquellos asuntos en la cabeza, pero de hecho en los últimos meses apenas hablaba de otra cosa, hasta el punto de que a él mismo le resultaban familiares los nombres: la Orden del Templo de Salomón, la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén y la Orden del Santo Sepulcro.

Aquel testamento era imposible de cumplir; y no se cumplió. A nadie le cabía en la cabeza que el rey no fuera uno, sino tres órdenes militares de forma solidaria. Los aragoneses nombraron rey a Ramiro el Monje, y los magnates navarros hicieron lo mismo con García Ramírez, el padre del rey Sancho, a la sazón *tenente* de Tudela y de estirpe regia, pues la sangre de la dinastía Ximena corría por sus venas.

Pero la curia vaticana defendía los derechos de las órdenes militares y desde entonces se había negado a reconocer a García y a sus herederos como reyes legitimados por la Iglesia. Ningún obispo de Pamplona había osado enfrentarse al Sumo Pontífice para ungir y coronar a su monarca, que simplemente fue alzado de la tierra por sus barones, en pie sobre el escudo, como se había hecho con todos los monarcas de la dinastía navarra y, antes, con los de la estirpe pamplonesa de los Arista.

Los ojos de Nicolás, sin embargo, no se detuvieron en la cabeza sin corona de su rey, sino que quedaron clavados, sin poder evitar un intenso sentimiento de envidia, en el hermoso ejemplar tordo que montaba. Pero tampoco este pensamiento duró más que un instante, porque su mirada y la de todos pasaban ya por encima del monarca, atraídas por la figura que en aquel momento entraba en la plaza. El infante Sancho avanzaba al paso sobre su montura, flanqueado por el resto de sus hermanos, y habría sobrepasado a todo el cortejo en altura incluso de haber ido a pie. Su estatura era descomunal, y no dejaba de sorprender, aunque el heredero se mostrara con frecuencia a los ojos de sus súbditos en la ciudad. Decían que hasta su primera juventud había sido un muchacho alto y fuerte, como los varones de su familia, pero al tiempo que el primer vello asomaba en su rostro, su tamaño se había acrecentado a tal ritmo que hubo en la ciudad quien murmuraba que aquello no podía ser sino obra del maligno. Todo en su aspecto era motivo de asombro: los rasgos de su rostro, la mandíbula marcada, recta y prominente, la longitud y fortaleza de sus miembros, el tamaño de las manos con las que sujetaba una espada que pocos hombres en el reino podrían apenas levantar del suelo. El escudo que portaba el infante estaba fabricado para proteger su envergadura y, cuando se detuvo a pocos codos de Nicolás, este calculó que a él lo cubriría de pies a cabeza. Hasta las águilas negras que llevaba talladas en relieve parecían de tamaño real. Una braza de las usadas en su oficio se quedaría corta para medir al infante Sancho.[2]

—¡Ahí está! ¡Es él! —gimió Sophie.

Entraban en la plaza los *milites* que habrían de acompañar a la delegación. En su mayor parte eran hombres de armas de la milicia real, que habrían de escoltar a los infantes en aquel largo viaje para regresar con Sancho cuando este dejara a Berenguela en manos del rey Ricardo. Pero, tras ellos, avanzaba un numeroso grupo de soldados que amenazaba con colapsar por completo el reducido espacio de la plaza. Mostraban una mezcolanza de atuendos, desde valiosas lorigas y sólidos escudos hasta simples jubones atados con cordones a la cintura. Pero entre todos ellos destacaban las capas blancas y negras de templarios y hospitalarios, con las cruces que caracterizaban a cada una de las órdenes. Alvar caminaba tras los *fratres* de capas negras. Sin duda había sido vestido y armado por ellos, pues el hato que llevaba al salir de casa contenía tan solo jubones, calzas y mantas que Sophie le había preparado.

—¡Mirad! —exclamó Martha—. ¡Está magnífico con esa loriga! ¡Y la capa!

Nicolás reparó en que aquellas lorigas no eran de combate, con protecciones de metal, sino de lienzo, más adecuadas para el viaje. Se estremeció al pensar en su hermano antes de entrar en combate, protegido con una prenda de hierro. Tampoco la capa que cubría los hombros de Alvar era la de los hospitalarios, sino una muy similar desprovista de la cruz blanca, asignada sin duda a los futuros miembros de la orden. Miró a Marcel y a Sophie, que se mostraban embelesados, sin poder apartar los ojos de su hijo, y se preguntó si estarían al tanto de sus intenciones.

Recorrió el lugar con la mirada mientras el capellán real y párroco de San Nicolás besaba el anillo del obispo y se disponía a dar la bienvenida a tan ilustres feligreses. No hacía falta ser muy observador para reparar en que el mundo que le había tocado vivir estaba dividido en dos: el centro de aquella plaza, hasta el atrio de la iglesia, era color, brillo y ostentación. La periferia, en la que se encontraban, era gris y ocre, los colores plomizos de la mugre y la miseria. El valor de uno solo de aquellos caballos sería suficiente para mantener a una familia durante años. El centelleo que la luz de la mañana arrancaba a mitras, cruces procesionales, báculos, yelmos, espadas, escudos y joyas; la luminosidad de los vestidos de las infantas y las damas de compañía, de los atuendos de los miembros de la curia real y de los ricoshombres presentes; los colores vivos de los estandartes y las gualdrapas de la caballería; incluso el blanco impoluto y el negro puro de las capas de los *fratres* en contacto con los tonos níveos y carmesíes de sus cruces… Todo ello, contemplado desde la altura en que se encontraban, contrastaba de forma chocante con la uniformidad cenicienta de los más humildes. Y por un instante anheló poder dar un salto, quitarse del cabello el polvo de la piedra y vestir aquellas telas delicadas de colores imposibles, o una loriga de hierro como la que en poco tiempo protegería el pecho de su medio hermano.

Fue entonces cuando sus miradas se cruzaron. Los había localizado y alzaba la cabeza hacia ellos. En sus ojos se reflejaba una mezcla de orgullo y entusiasmo, pero también de congoja y desazón. Y una inamovible determinación. Alvar, sin

aspavientos ni dudas, había dado el salto que él solo alcanzaba a anhelar en su imaginación. Quedaba por ver el destino que Dios les tenía reservado a ambos. Cuando su mejor amigo alzó la mano en señal de saludo al pasar bajo ellos, lo imitó. Solo la bajó cuando sintió que Martha se agarraba a su cintura llorando desconsolada, incapaz de sostener la mirada de su hermano mayor.

7

Año del Señor de 1194 (cuatro años después)

Nicolás se afanaba sobre la pieza de alabastro que tenía ante sí. Sentía los brazos doloridos y la nuca le ardía tras las largas horas de trabajo. Con un movimiento enérgico sacudió la cabeza para desentumecer los músculos y entonces la capa de polvo blanquecino que le cubría los cabellos se precipitó ante sus ojos, haciéndole parpadear. Sopló con fuerza hacia lo alto para apartar el flequillo. Ante él, apoyado sobre un sólido caballete inclinado, descansaba un tablero rectangular de tres por dos palmos. Era el último ataurique que Ismail le había ordenado labrar, sobre aquel material más blando que la piedra, pero mucho más sólido que el yeso en que se solían realizar.

La humedad que rezumaba del botijo a sus pies le invitó a alzarlo para refrescarse. Primero se enjuagó la boca y escupió el líquido blanquecino en el suelo del taller. Luego se deleitó trasegando varios tragos largos.

—¿Has terminado? —preguntó Ismail desde el extremo opuesto. Allí había pasado la mañana trabajando en un hermoso capitel para la mezquita.

Nicolás, con la boca aún llena de agua, afirmó con un sonido gutural y asintió con la cabeza. En un lateral del caballete, junto al juego de cinceles, buriles, carboncillos y reglas, descansaban varios pinceles de crin. Tomó el más fino y comenzó a limpiar el polvo entre los arabescos. Sonrió satisfecho al terminar. Los motivos vegetales, las ramas entrelazadas y las hojas de cien tamaños y formas se entremezclaban en un trazado armonioso y sutil, asombrosamente semejante al dibujo en pergamino que había utilizado como modelo. Quizá aquella vez Ismail no pudiera oponer ningún reparo a su trabajo.

El anciano se acercó despacio, bajo la atenta mirada de su discípulo. Había superado los setenta y solía decir que Alá le había permitido vivir dos vidas. Sin embargo, en los años que Nicolás llevaba junto a él, en pocas ocasiones lo había visto abandonar su trabajo diario. Sin duda, era aquella actividad la que lo mantenía activo y vigoroso. El joven se apartó, limpiando el pincel contra la palma de la mano y dejó, expectante, que escrutara el resultado.

Ismail entornó los ojos. De repente, tomó la pieza de alabastro entre las manos y la levantó sin demostrar esfuerzo. Caminó con ella unos pasos y salió de la protección del tejadillo para ponerla bajo la luz directa del sol. Sus facciones se endurecieron; el corazón de Nicolás dio un vuelco cuando lo vio negar con la cabeza. Por fin, depositó la plancha en el suelo, sobre una enorme piedra sin desbastar.

—Es el trabajo de un buen alarife, a la altura de los mejores. Pero no es suficiente —juzgó el anciano señalando velozmente con el dedo una decena de imperfecciones

—. No lo es para ti. A ti puedo… ¡debo! exigirte más.

—Al menos no la has hecho añicos arrojándola contra el suelo, como en las otras ocasiones —ironizó Nicolás.

—No lo merece —concedió con media sonrisa—. La usaremos con otras en la decoración de la mezquita. No eres el único que ha utilizado este modelo. Pero, si quieres ser mejor que ellos, deberás seguir perfeccionando tu técnica.

Nicolás asintió, pero su rostro reflejaba desánimo.

—Llevo años dedicando a esto todo mi tiempo, paso aquí los días festivos mientras mis camaradas se divierten en la cantina —se lamentó—. Cuando empecé jamás creí que fuera a ser… tan duro. Quizá no sea lo bastante bueno.

Ismail apretó los labios en un gesto de fastidio. Regresó al taller y volvió con una talla similar, que depositó en el suelo, cerca de la primera.

—¿Cuánto hace que terminaste esta?

—No hará un año.

—¿Ves alguna diferencia?

Nicolás paseó la mirada por ambas de forma alternativa y asintió con la cabeza.

—La veo —afirmó.

—También yo la veo. La definición, la soltura del trazo, su regularidad… Todo ello indica mayor seguridad en cada movimiento. Las imperfecciones, producto de un simple golpe mal dado, se han reducido de forma evidente —ponderó mientras señalaba varias de ellas en la pieza que acababa de traer—. Y mientras haya evolución merece la pena que sigas adelante. Cuando domines a la perfección la técnica, cuando seas capaz de escoger en cada momento el instrumento más adecuado, cuando te resulte innecesario pensar antes de dar cada golpe con la máxima destreza… entonces estarás en disposición de medirte con los mejores. Incluso con los maestros que tallaron la puerta de San Nicolás, los que ahora inician su trabajo en el claustro de la colegiata, esos a quienes tanto admiras.

—¡No estaré nunca a su altura! —Nicolás se dio la vuelta y se alejó con los dos brazos colgando a sus costados. Llegó al otro extremo del patio y le dio una patada a una cuña de madera que se estrelló contra la pared—. Si soy incapaz de reproducir cientos de hojas idénticas en alabastro… ¿cómo haré para esculpir doce rostros diferentes en un capitel de piedra?

—Con paciencia, mi joven amigo. No quieras trillar la mies antes de arar la tierra, enterrar la semilla y dejar pasar el invierno para segar las espigas.

—Esta cosecha empieza a retrasarse —repuso con sarcasmo, apoyado en el poste del lado opuesto—. Temo que no llegue a dar fruto.

—Será mejor que regreses a casa. Ahora estás cansado —le aconsejó Ismail—. O haz un alto en esa cantina y diviértete con tus amigos.

Nicolás, con el despecho aún en el semblante, se impulsó de improviso con la pierna que apoyaba en el madero a media altura. Cruzó el patio con desgana en dirección a la tina repleta de agua del pozo, donde acostumbraban quitarse el polvo

de encima.

—Creo que eso haré —respondió mientras, con rabia contenida, se despojaba de la camisa—. Al menos el vino me ayudará a ver las cosas de otra manera.

Apoyó los dos brazos en el borde de la artesa y, de improviso, sumergió la cabeza entera en el agua. Permaneció así un buen rato, hasta que se incorporó para tomar aire. La sacudió con fuerza y sus cabellos rociaron las paredes de adobe con una lluvia fina. Se tomó tiempo para lavarse los brazos, las axilas y el pecho, sin hablar y sin volverse a mirar a Ismail. Luego tomó el paño que colgaba junto al viejo abrevadero y comenzó a secarse, aún de espaldas.

—Sabes dónde encontrarme —escuchó decir al anciano mientras su voz se perdía en el interior del taller—. Vuelve solo cuando creas que tu esfuerzo merece la pena.

Nicolás cruzó cabizbajo el arroyo de las *ferrerías*, de regreso. Ausente, tropezó sobre la pasarela de madera con un muchacho que conducía del ronzal un mulo cargado de cántaros.

—¡Mira por dónde vas, cantero! —le increpó con más tono de chanza que acritud.

Nicolás se volvió lo suficiente para reconocer a uno de los zagales que trabajaban como aguadores en la obra de Santa María. Apenas ensayó un gesto de disculpa. «Cantero». Es lo que sería durante toda su vida. Quizá debiera comprender que aquel era el destino que su existencia le deparaba, compartido con su padre, con Marcel y con el resto de los compadres del taller. Y ya era un buen cantero, de eso estaba seguro. Podría ganarse el sustento con holgura, decidirse por alguna de aquellas mozas que se volvían a su paso y hacer de ella la madre de sus hijos. Aquel era el camino que había recorrido ya la mayor parte de los jóvenes de su edad. ¿Por qué tenía que malgastar sus mejores años en un empeño que, con seguridad, jamás le llevaría a ninguna parte? No era la ambición lo que lo movía, a pesar de que los escultores de San Nicolás y de la colegiata no ocultaban sus bolsas siempre llenas, ocupaban con sus familias algunas de las mejores viviendas de la villa y se permitían adquirir propiedades en el alfoz. Había oído decir que Beltrán, aquel que había trabajado en Compostela, acababa de obtener la concesión real para abrir una nueva cantera y negociaba de tú a tú con el cabildo la venta de la piedra que él mismo y su taller trabajarían más tarde.

Temía también defraudar a los suyos. Tras la marcha de Alvar, Marcel se había volcado en él y lo trataba como lo hubiera hecho con su primogénito. Después de cuatro años sin noticias de su hijo, la inquietud y la zozobra iniciales se habían ido convirtiendo en desaliento primero, y más tarde en desesperanza. Ninguno de los que habían partido con él había regresado, y las noticias que llegaban de Tierra Santa dejaban pocos resquicios para el optimismo.

El infante Sancho había retornado con su comitiva tras dejar a Berenguela en Mesina en manos de su futuro esposo, el rey de Inglaterra. El viaje hasta allí, en

compañía de la audaz Leonor, se había efectuado por tierra tras un fallido intento de embarcar en Pisa. El encuentro frente a las costas sicilianas había durado solo cuatro días, los suficientes para permitir a la duquesa de Aquitania disfrutar de la compañía de sus hijos, Ricardo y Juana, la reina viuda de Sicilia. Sancho contó a su regreso que los cruzados habían perdido el invierno en Italia, pues el rey no podía partir sin esperar a la que iba a ser su esposa: el riesgo de perder la vida en combate sin un heredero en camino era demasiado elevado. Sin embargo, las noticias que llegaban de Palestina hablaban de una situación difícil y en aquellos días de primavera soplaban vientos favorables que no podían desaprovecharse. Por ello se había decidido celebrar el enlace entre Ricardo y Berenguela en Tierra Santa. La novia acompañaría a la expedición cruzada en compañía de su futura cuñada Juana.

Todas estas noticias se habían extendido con rapidez por el reino, y habían llegado también a oídos de Nicolás. No envidiaba a los infantes, e imaginaba el dramatismo que debía de haber supuesto aquella despedida. Marcel, en aquellos días, había acudido al castillo en busca de noticias de Alvar, y allí fue informado de que había embarcado junto al resto de las tropas procedentes de Tudela y de Pamplona en el mismo navío que conducía a la infanta.

Pasaron meses antes de que, en una lluviosa tarde de otoño, las campanas de todas las iglesias de Tudela comenzaran a repicar. No era víspera de día de precepto, así que los vecinos corrieron hacia la ladera del castillo para congregarse ante la Puerta Ferrena en busca de las noticias que se anunciaban. Fue el propio titular de la Cancillería el encargado de transmitir las nuevas que acababan de conocerse en la corte. Al parecer, el viaje de los cruzados había estado cuajado de contratiempos. Según los mensajeros recién llegados, fuertes vientos habían dispersado la flota, hubo barcos que consiguieron llegar a Rodas en medio de una gran tempestad, otros se hundieron, y algunos fueron arrastrados hasta las costas de Chipre. El que conducía a Juana y Berenguela estaba entre estos últimos. Aquella isla estaba en poder de Isaac Ducas Comneno, un tirano cruel que no reconocía la autoridad del emperador de Bizancio. Apresó a los náufragos y confiscó sus bienes. Ricardo Corazón de León llegó allí unos días más tarde y la actitud poco amistosa del gobernador le decidió a intentar la conquista de la isla, empresa que había concluido con éxito, pues al cabo de pocas jornadas las tropas se habían hecho con el control de Limassol, su capital.

El motivo del repicar de las campanas y de la alegría que aquella tarde se respiraba en el entorno del castillo era lo que el canciller relató a continuación. Aleccionado de los riesgos que aquel viaje entrañaba, Ricardo había decidido no esperar más y allí mismo tomó a Berenguela por esposa, en una eucaristía oficiada por el capellán real. Y los obispos de Evreux, Dax y Bayona, que acompañaban al rey en la cruzada, fueron los encargados de dar realce a la ceremonia que tuvo lugar a continuación: la coronación y consagración de Berenguela como reina de Inglaterra.

A pesar de la lluvia, del suelo embarrado y de la escasez de luz, el pueblo de Tudela prorrumpió en aclamaciones cuando el diplomático, desde su atalaya y con

gran énfasis, alzó la voz para anunciar el acontecimiento.

En los años transcurridos desde aquel día, nuevos mensajeros habían llegado a la corte. El ánimo de los habitantes de la ciudad, desde el anciano rey Sancho hasta el más humilde de sus súbditos, se había visto agitado por noticias contradictorias. Los cruzados no habían logrado recuperar Jerusalén para la Cristiandad, pero sí las ciudades de Acre, Jaffa y Ascalón, de las que pocos habían oído hablar. Según los emisarios, la lucha había sido cruenta y prolongada, demasiados los caídos, e incontables los apresados por las tropas del sultán. Se supo más tarde que el rey Ricardo y Saladino habían alcanzado un pacto que permitía a los cristianos peregrinar sin trabas a Jerusalén. Tras su rúbrica, el rey cristiano y su esposa emprendieron el regreso.

Sin embargo, no habían acabado aún las pruebas que Dios tenía reservadas para los nuevos esposos. Por prudencia, como en el viaje anterior, embarcaron en distintos navíos. Primero zarpó la reina Berenguela y días más tarde lo hizo Ricardo. De nuevo el mal tiempo lo condujo a Corfú y un segundo naufragio lo depositó en Aquileia cuando se dirigía hacia Venecia. Desde allí decidió pasar junto a sus hombres a tierras germanas, pero en su periplo fue reconocido y apresado por el archiduque Leopoldo de Austria, enemistado con él durante la toma de Acre, que lo entregó al emperador germano Enrique IV.

Mientras tanto, Berenguela y Juana habían llegado a Sicilia y desde allí pasaron a Roma en busca de la protección del Papa. Cuando obtuvieron garantías para poder continuar viaje, recalaron en Pisa, Génova y por fin Marsella, donde fueron acogidas por el rey de Aragón, que las condujo a su último destino en Poitiers.

La cautividad de Ricardo Corazón de León tuvo consecuencias inesperadas en la corte de Navarra. Aprovechando su prisión, el rey francés atacó los dominios ingleses en Francia y su propio hermano Juan, el llamado Sin Tierra, trató de hacerse con el trono de Inglaterra. El rey Sancho comprendió que tendría que defender los intereses de su yerno si quería preservar la nueva alianza anglonavarra. El detonante para tomar una decisión al respecto fue la noticia de que también el conde de Toulouse se había alzado en armas junto a otros y todos ellos amenazaban la integridad del ducado de Aquitania.

Meses atrás el infante Sancho había partido en ayuda de su cuñado al frente de ochocientos hombres, una hueste que se había incrementado con las incorporaciones de mesnadas de varios ricoshombres aquitanos afectos a Ricardo. Las últimas noticias que volaban por la ciudad lo situaban en las proximidades de Toulouse donde, según se aseguraba, había tomado numerosos castillos.

Nicolás había pasado aquellos años esperando noticias de Alvar. Cada vez que los zagales recorrían la ciudad advirtiendo de la llegada de un nuevo emisario, abandonaba sus tareas y subía sin aliento las empinadas cuestas que llevaban al castillo. Unas veces Marcel y los otros estaban ya allí, otras llegaban más tarde, siempre con el corazón palpitante y con la misma falta de resuello. Una y otra vez

habían regresado a casa cabizbajos, derrotados por aquella suerte de tortura sostenida a lo largo de tantos años. Las noticias de los naufragios, de la conquista de Chipre o de las terribles luchas a las puertas de Acre habían ido minando su confianza. El relato de la decisiva y heroica participación de los hermanos templarios y hospitalarios en la toma de Jaffa había terminado con las escasas esperanzas de saber de Alvar. Ni Marcel ni Sophie eran ya los mismos desde el día en que comprendieron que, con toda probabilidad, nunca volverían a verlo. También Beñat y Martha se habían vuelto más reservados y taciturnos, y se echaba de menos la antigua alegría infantil que había inundado su casa.

Nicolás, absorto en sus pensamientos, atravesó la puerta de la morería y entró en la parte cristiana de la ciudad. No eran tan diferentes. El trazado de las calles se había alterado en las décadas transcurridas desde la conquista, pero algunos de los pasadizos y los recodos sin salida continuaban allí, muchas de las viejas viviendas musulmanas aterrazadas se mantenían en pie y los callejones seguían siendo angostos e irregulares para impedir el paso del sol y la circulación de los vientos. Sin embargo, aquel día se respiraba un ambiente especial, como si los muchos viandantes esperaran algún acontecimiento. Los zagales tomaban posiciones en las tapias, y los demás se pegaban a las paredes como si se dispusiera a cruzar la villa el séquito de algún ricohombre, quizá alguna embajada o una misión comercial. En la bocacalle más cercana divisó al grupo de jóvenes que el contacto cotidiano y el paso de los años había convertido en sus mejores amigos y se aproximó a ellos.

—¿Qué se espera, Guillén? —preguntó al más próximo, uno de los canteros del taller de Marcel.

—¿Dónde habrás estado metido toda la mañana que no te has enterado? —bromeó. Era un muchacho de su edad, pero unos feos huecos en las encías y dos amplias entradas en la frente le echaban encima media docena de años. Recientemente había tomado esposa y ya esperaba su primer hijo.

—En la morería, como siempre —respondió.

—Con ese viejo escultor, ¿no es así? —Se aupó sobre las punteras para otear el fondo de la calle, de donde parecía provenir un lejano griterío—. Deberías pasar más tiempo con los de tu raza, en vez de emplear todas tus horas con ese infiel.

—¿Qué ocurre? —insistió Nicolás, ignorando el reproche.

—Ha sido mañana de juicios en el atrio de San Pedro. Y esperamos a que se cumpla el castigo del último. Tienen que pasar por aquí.

—¿Quién tiene que pasar?

—El reo y los sayones, claro.

—¿No será ningún condenado a la horca?

—No, mucho más divertido —rio Guillén—. Varios vecinos llevaban semanas denunciando el robo de los gatos de sus casas, y ayer pillaron al bribón en plena

faena, con varios de ellos dentro del saco. Al parecer los vendía por las haciendas cercanas al río para ahuyentar a las ratas, que allí son plaga. No ha tenido más remedio que confesar.

—Y no ha podido pagar la multa —supuso Nicolás. Conocía bien el procedimiento que el Fuero de Tudela establecía para un delito como aquel, pues lo había presenciado en varias ocasiones. El reo debía ser conducido a la plaza, donde los sayones sujetaban al gato por el cuello con una cuerda. El otro extremo era atado a una estaca clavada en el suelo, de forma que la longitud libre del cordel fuera de un codo. Entonces el ladrón debía tomar un saco de mijo, si lo tuviera, y empezar a verterlo por encima del gato, como cae el cereal desde la tolva a la muela, hasta que el animal quedase cubierto por el grano e incapaz de moverse. Esa cantidad de mijo era la multa que quedaba en poder del dueño del gato robado.

—Es un zagal de catorce años —explicó su colega—. El padre tiene hacienda, pero se ha negado a sacar al hijo del apuro, como escarmiento.

—Bien nos vendrá para soltar unas buenas risas, que falta nos hace —añadió otro que se había girado hacia él.

El alboroto se fue acercando hasta que la calle se vio invadida por el gentío. Los primeros andaban a regañadientes, tratando de volverse para contemplar el espectáculo que se desarrollaba en el centro del tumulto. El rapaz, desnudo de cintura para arriba, avanzaba tratando de abrirse paso entre la gente que entorpecía el paso. Llevaba un gato negruzco colgando del cuello, a la espalda, y los sayones lo seguían atosigándolo con largas varas de mimbre. El animal, espantado y furo, se defendía desgarrando la piel del infeliz, que sangraba de forma abundante.

Se vieron empujados por la gente que vociferaba y reía ante el espectáculo. De vez en cuando las varas de los sayones se posaban sobre la espalda de aquellos que trataban de impedir el avance del condenado.

—¡Adelante, que ya queda menos! —exclamó entre risas Guillén.

Nicolás sabía que la pena consistía en atravesar la ciudad de aquella guisa, desde la Puerta del Puente hasta la de Calahorra. Aún no había completado el chico la mitad del recorrido y sus ropas, sujetas a la altura de la cintura, se veían ensangrentadas por completo. Tratando de librarse de los empujones, Nicolás dio varios pasos atrás, hacia la calle que se abría a su espalda. Algo alejado del griterío, pudo escuchar una voz que por su dulzura desentonaba con el resto.

—¡Pobre chico! Duro castigo para quien es poco más que un niño…

Nicolás se volvió despacio. Sus ojos se tropezaron con los de una muchacha que se cubría el cabello y los hombros con un capuz de tela opaca y oscura, aunque ligera. Vio en ellos reflejada la piedad y la compasión que acababa de expresar en voz alta, al parecer sin poderlo remediar. Ella, medrosa y cohibida por su inesperada atención, retiró la mirada con rapidez. Nicolás se olvidó del cortejo y de los gritos de quienes lo seguían. Sintió un pálpito que nunca antes había experimentado y, aunque anhelaba volverse para contemplar de nuevo aquel rostro, permaneció indeciso un instante. Un

sexto sentido le advirtió de que, si no se giraba entonces, quizá ya fuera tarde. Cuando lo hizo, la vio alejarse calle abajo con paso ligero y decidido, sin que las sandalias, que asomaban bajo sus ropas, demasiado oscuras para una muchacha tan joven, arrancaran ningún sonido del empedrado. Antes de llegar al cabo de la calle aflojó el paso y, con sutil disimulo, llegó a volverse. Nicolás, aun de manera fugaz, observó su perfil antes de que doblara la esquina.

—¿Qué te pasa? Te has quedado pasmado, ¡ni que hubieras visto un alma en pena! —Nicolás dio un respingo cuando Guillén le puso la mano en el hombro.

Otro de los canteros se acercó a ambos.

—Quizá no ha sido un alma en pena lo que ha visto —soltó entre risas—. Si no me equivoco la muchacha que estaba a su lado era María, la sobrina del prior Guillermo.

—¡Tiago, Maldita sea! ¿Por qué no has avisado? —bromeó.

—¿A ti? No está hecha la miel para la boca de los cerdos.

El cantero no vio venir el puñetazo que le asestó Guillén en la boca el estómago. Se dobló, casi sin respiración, pero no debían de ser infrecuentes aquellas chanzas entre ellos porque, en vez de devolverle el golpe, se incorporó sujetándose el vientre. Nicolás tuvo la impresión de que era más por contener la risa que por el dolor de la puñada.

Guillén volvió a pasar el brazo por el hombro de Nicolás.

—Amigo, si has podido verle el rostro, vete olvidándote de esa visión angelical. —Hizo un gesto cómico de la mano, levantándola al tiempo que agitaba los dedos como si imitara el vuelo de un pájaro—. Es la sobrina del nuevo prior y es huérfana; sin tardar acabará en la clausura del monasterio de Tulebras.

Nicolás experimentó una desazón que no se explicaba. De repente, el malestar tras el duro juicio de Ismail acerca de su trabajo parecía haber quedado enterrado por una inquietud mayor. Trató de discernir el motivo de aquel desasosiego y no tuvo ninguna duda: hacía dos años que Guillermo Durán estaba al frente del monasterio y del cabildo de la ciudad, tras la muerte repentina del prior Forto. Su fama de hombre riguroso, endiosado y lejano se había hecho proverbial.

—Ven con nosotros —propuso Guillén, risueño—. Hace tiempo que no te dejas caer por la cantina.

—Otro rato. —Nicolás trató de escabullirse, distante—. No he tenido buen día.

—¡Precisamente! ¡Nada mejor que una jarra de vino para eso! —Seguía con el brazo rodeándole el cuello, y aún lo atrajo más hacia sí, sin dejarle escapatoria—. ¿O es que el ahijado del jefe de taller no quiere mezclarse con el resto de los camaradas?

El tono de Guillén seguía siendo de chanza, pero a Nicolás no le pasó desapercibido el comentario. No era la primera vez que escuchaba alguna insinuación similar, y por nada del mundo deseaba que aquella impresión se extendiera. Se sentía aturdido por la visión de aquella joven, quizá más que Tiago tras el puñetazo de Guillén, pero ¡qué diantre!, el hecho de que fuera la sobrina de aquel hombre la

situaba en posición inalcanzable. Además estaba deseando beber unos tragos…

Se mezcló con el grupo de camino a la colegiata. En su entorno, en las calles más frecuentadas de la ciudad, se concentraban las tabernas, las fondas y los figones. También abundaban los hornos, despachos de vino, pequeñas tiendas permanentes donde los artesanos vendían a diario sus manufacturas, y cien negocios que abrían sus puertas al paso de los muchos transeúntes.

Nicolás hizo ademán de detenerse en el local que solían frecuentar.

—¡Ah, no! Hemos encontrado un lugar nuevo. —Tiago, que encabezaba el grupo, se giró cuando ya pasaba de largo—. Hace pocas semanas que abrió. Te lo mostraremos.

Doblaron la esquina y entraron en una bocacalle que se abría al solar donde se alzaba el perfil desmochado del templo en construcción. Era un callejón estrecho flanqueado a ambos lados por edificios de dos y hasta tres alturas cuyos aleros, que no distaban más de dos codos, apenas permitían el paso de la luz del día. Eran de construcción relativamente reciente, levantados sin duda al calor de la gran demanda de viviendas para los nuevos pobladores. Las viejas viviendas de moros, de una sola altura, habían sido derribadas en toda aquella manzana, y los solares se habían aprovechado para levantar aquellas otras capaces de albergar a varias familias, amén de proporcionar espacio para otros usos a pie de calle. A media distancia entre los dos extremos del callejón, un tablero de madera suspendido con dos eslabones de un vástago metálico anunciaba el nombre del negocio. Nicolás no había reparado antes en él y lo observó con atención. Había sido grabado a fuego con un punzón al rojo y luego engrasado para protegerlo de la intemperie.

—La Tabla Negra —anunció Guillén desde atrás mientras le apoyaba la mano en la espalda—. Entremos. Te gustará.

Una sencilla arcada de ladrillo enmarcaba la puerta partida cuya hoja superior se encontraba abierta por completo. Uno de los canteros empujó la inferior y los demás lo siguieron cuando entró. Ya antes de pasar bajo el dintel, Nicolás percibió olores que le hicieron recordar las horas que llevaba sin probar bocado. Habitualmente comía algo en compañía de Ismail para prolongar la jornada, pero aquel día la estancia en casa de su maestro había terminado antes de tiempo y de manera abrupta.

En el interior, en penumbra, una docena de parroquianos hablaban a voces sentados a sus mesas. El local estaba iluminado por dos ventanas contiguas que daban al callejón, amén de la luz procedente de un amplio hogar ennegrecido y repleto de espetones que ocupaba la mayor parte del muro lateral. El enorme cañón de chimenea que lo cubría parecía atraer el humo hacia sus entrañas, aunque una parte de él se escapaba por los bordes para asaltar la nariz de los recién llegados. Nicolás reconoció al hombre que cuidaba las piezas de carne sobre las brasas, aunque no lo hubiera identificado como dueño de aquel figón.

—¡Vino para ocho, Tristán! —voceó Guillén mientras se dirigía a una de las mesas más alejadas del fuego—. Y pon dos pares de conejos más en esa brasa.

—Mi esposa os atenderá como merecéis —respondió ufano el posadero mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¡Alodia, sube más vino, que tenemos animada a la clientela!

Los parroquianos se repartían por el resto de las mesas que llenaban el recinto. Solo a una de ellas había llegado una cazuela de barro repleta de una carne de aspecto jugoso que Nicolás no pudo identificar. Tres hombres con indumentarias poco usuales se acababan de repartir grandes pedazos de una hogaza y empezaban a atacar las humeantes viandas. Junto al hogar, una puerta permitía vislumbrar lo que parecía una recocina y en la pared frontal se abrían otras dos. Una de ellas dejaba pasar un haz de luz desde un patio descubierto, donde Nicolás adivinó que estarían las letrinas. La otra, reforzada con piezas de hierro remachadas, mostraba un grueso cerrojo corrido. Por fin, una sólida escalera de madera adosada al muro se perdía en lo alto.

—Por la cuenta que le trae nos atenderá bien —comentó uno de los canteros—, acaba de abrir el negocio y la competencia es grande.

—También es grande la parroquia, Ezequiel; esta villa tiene ya más fuegos que Pamplona —observó Guillén—. Tú y yo sabemos de otros figones donde la brasa arde en la recocina y no a la vista…

—… Y la carne se sirve bien troceada, como si estuviera destinada a la boca de criaturas —siguió Tiago entre risas—. Así nadie se para a comprobar si aquello es conejo o gato.

Nicolás esbozó una sonrisa franca. Le caía bien Tiago. Era huérfano de madre —casi podía decirse que también de padre, pues era un borracho que nunca se había ocupado de él más allá de permitirle ocupar un rincón de su casa—, pero había sabido ganarse la vida a base de trabajar duro en la cantera, y más tarde en el taller. Lo mejor de él era el humor envidiable que mostraba a todas horas y a pesar de todo.

—O cachorros de perro recién destetados —añadió, provocando un gesto de repulsión en los demás.

—¿Acaso pensáis que el zagal de esta tarde vendía todos los gatos robados para que cazaran ratas?

—También, o para cazarlas él mismo, que tampoco dan mal sabor al puchero —siguió Nicolás.

Los gestos de asco y las risas se mezclaron alrededor de la mesa.

—¡Rediós, callad, que me vais a revolver las tripas! —gruñó Guillén con la mano en el vientre y la nariz arrugada—. ¡Alodia! ¿Viene ese vino o no?

—¡Ya va, ya va! —La voz surgió de la recocina antes de que apareciera en el umbral una mujer entrada en carnes que se secaba las manos con el delantal.

—Y tú, Tristán. Esos conejos… los sirves con cabeza, que se vean bien los dientes. —Soltó una carcajada que se extendió por toda la mesa.

—En mi casa todo está a la vista —repuso el posadero siguiendo la chanza.

La mujer asió una cántara de barro que reposaba en el suelo y pasó junto a ellos, entre dos mesas, para abrir la puerta que permanecía cerrada con candado. Cuando

pasó a su lado, Guillén le tentó las nalgas con gesto lascivo. Las risas subieron de intensidad cuando la posadera se volvió y clavó en él una mirada de reproche y advertencia. Sin embargo, alzó la barbilla con gesto digno y apretó el cántaro bajo el brazo izquierdo mientras llegaba a la puerta cerrada, cuyo cerrojo liberó con brío. Una corriente de aire frío llegó hasta la mesa. Nicolás disfrutaba de un olfato fino, y notó el olor a moho propio de una bodega, pero también otros aromas tan intensos como aquel, que no supo identificar. La cantinera se perdió en la penumbra de una escalera de caracol que descendía de forma marcada.

No tardaron mucho en tener una jarra de vino fresco y aromático sobre la mesa. La comida llegó con la segunda jarra, y fue el propio posadero quien la trinchó en la fuente de barro mientras uno de ellos rebanaba una hogaza de pan de centeno. Con habilidad, ayudándose con la mano, Tristán terminó de despiezar los conejos con una daga bien afilada, mientras las manos de los hambrientos comensales se juntaban sobre el recipiente para llevarse al pan el primer bocado. También Nicolás lo hizo, ávido como los demás. Alzó la mirada cuando observó que las manos de Guillén permanecían aferradas al borde de la mesa, rígidas. El posadero, antes de retirarse, se había situado detrás de él y, con disimulo, apoyaba el filo de la daga en el cuello del cantero. Se inclinó para hablarle al oído y Nicolás tuvo que leer sus labios para terminar de comprender.

—En La Tabla Negra no se sirven gatos sino conejos —musitó con aplomo y sin rastro de broma—. Y en mi casa solo yo le manoseo las nalgas a mi mujer. ¿Lo has entendido? Porque si lo olvidas, sé lo que tengo que poner en tu vaso para que no te puedas apartar de la letrina en tres días.

Guillén, con semblante de desconcierto, asintió con cautela, tratando de apartarse del filo cortante. El posadero aflojó la presión, y compuso de inmediato una expresión afectada y risueña.

—¡Que tengáis buen provecho!

Nicolás tuvo que ahogar la risa ante la palidez del rostro del cantero. Miró a los demás, mudos y ensimismados con la comida, y comprendió que ninguno había sido testigo de lo sucedido. Por fin, Guillén carraspeó, tragó saliva y extendió la mano hacia la cazuela de barro, tratando de recomponer el gesto.

Vaciaron cinco jarras antes de sentirse ahítos. Los hombres que comían ya a su llegada se habían levantado, pero Nicolás observó que no se dirigían a la salida, sino que, más por señas que de palabra, el dueño del figón les indicaba la puerta por la que poco antes se había perdido la posadera en busca de la bodega. Los tres extranjeros asintieron y saludaron al pasar a su lado llevándose la mano a los chocantes bonetes con que se tocaban. Tristán accionó el cerrojo y les franqueó el paso. De nuevo aquel aroma extraño que se mezclaba con el olor a moho y humedad invadió la taberna. Ninguno de los dos le resultaba desagradable. Los extraños parroquianos se perdieron escaleras abajo, pero el tabernero cerró la puerta tras ellos y regresó para dar vuelta a los espetones.

—¿Qué buscan? ¿Se vende vino en la bodega? —se le ocurrió preguntar a Nicolás—. ¿Quién lo despacha?

—¡Escucha, Tristán! Nuestro amigo pregunta si despachas ahí abajo de este vino aguado —vociferó Tiago con la boca pastosa.

—¡Calla, patán! Aquí el agua no entra más que para baldear el suelo y arrastrar vuestros gargajos. Si estuviera aguado no se te trabaría la lengua —respondió con rapidez—. No te niego que aromático sí pueda resultar…

Las carcajadas llenaron el local.

—Nicolás, compadre… —Guillén trató de controlar la risa—. No hemos cambiado de cantina por el vino que sirve este truhan. Ni esos comerciantes sicilianos han entrado aquí solo a llenar la panza.

—En ese caso, bajemos. —Nicolás se levantó de improviso, irritado y harto de ser el objeto de las burlas. El banco que compartía estuvo a punto de volcarse y dar con sus ocupantes en el suelo.

Las risas de los demás se reprodujeron. Guillén miró al posadero y este asintió de forma apenas perceptible.

—Bajemos —rio—. Para eso estamos aquí.

Guillén se adelantó, liberó el cerrojo y abrió la puerta. Tiago, que parecía ser el más afectado por el vino, empujó a Nicolás tras él apoyando las dos manos en su espalda. Los demás los siguieron.

El resplandor de una tea que se adivinaba unos peldaños más abajo apenas permitía ver dónde ponían el pie. Nicolás se ayudó de los brazos para apoyarse en ambos muros y siguió a Guillén. A medida que descendían el olor se hacía más penetrante y el aire más denso, como si el humo del figón se colara escaleras abajo. Los escalones terminaban en un pequeño descansillo al que se abrían dos arcos en ángulo recto. Uno de ellos aparecía cerrado por una puerta que dejaron a su izquierda. Del otro colgaba una tosca tela de arpillera que Guillén apartó con decisión. Ante ellos se abrió una amplia estancia abovedada hecha de piedra y adobes, iluminada por varias lámparas de sebo que colgaban de lo alto y de varios soportes de hierro fijados a las paredes. El suelo estaba pavimentado con losetas rojizas de barro cocido que parecían rezumar humedad y varias alacenas horadaban los muros a intervalos regulares.

Nicolás trató de escrutar el local, pero una densa neblina se lo impedía. Las volutas de humo no surgían de ningún fuego, sino de varios artefactos en manos de algunos de los hombres que ocupaban las mesas. En la más cercana reconoció a los tres extranjeros que acababan de sentarse. Uno de ellos acercaba la mecha a la cazoleta de uno de aquellos artilugios y aspiraba con fuerza por el extremo del tubo que la unía a una boquilla.

—¿Qué hacen? —preguntó sin poder contener su curiosidad, aunque de inmediato se escucharon nuevas risas tras él.

—Es hachís.

—¿Lo queman y aspiran su humo?

Guillén asintió sonriendo.

—Algo bueno nos tenían que dejar los moros —rio Tiago—. Quizá no bebieran vino, pero no por ello dejaban de embriagarse.

—¿Se embriagan con el humo? —se asombró Nicolás.

—O masticándolo. ¿Acaso no habías oído hablar de ello?

—Sí, pero no sabía que…

La frase quedó sin terminar cuando Guillén avanzó entre las mesas rodeadas por hombres repartidos en grupos o en parejas. Fue entonces cuando algo atrajo el interés de Nicolás: el centro de cada mesa estaba ocupado por un tablero rectangular de madera al que los presentes parecían prestar toda su atención, hasta el punto de no reparar en los ruidosos recién llegados.

—¡Son tableros de juego!

—El juego de tablas.[3]

Nicolás había oído hablar de él, pero no lo había visto nunca. Se acercó a la mesa más próxima, a la que se sentaban dos hombres que frisarían la treintena. Como los demás, estaban absortos en el tablero sobre el que se disponía, sin orden aparente, una multitud de piezas circulares de madera, las tablas, blancuzcas una mitad, negras la otra. Todas ellas, sin embargo, parecían estar alojadas en una suerte de nidos separados por crestas salientes que se disponían alrededor del tablero. En el centro de cada lado, dos barras de madera enfrentadas que no llegaban a tocarse dividían el casillero en cuatro partes iguales. Uno de los jugadores acababa de lanzar tres dados en el centro, provocando un sonido que se repetía de forma periódica en todas las mesas cercanas.

Junto al borde, dos montones similares de monedas perfectamente apiladas esperaban sin duda a que el final de la partida decidiera su destino.

—¡Se cruzan apuestas!

—Ese es el mayor de los alicientes —sonrió Guillén—. Nadie jugaría por simple diversión, pronto se acabarían cansando.

—Pero la Iglesia no aprueba…

—¿Acaso permite la Iglesia los burdeles? —La risa que sonó a su espalda era de nuevo la de Tiago—. ¿Y acaso por ello cierran sus puertas? Dime ahora que tampoco has pisado ninguno…

Nicolás se guardó la respuesta. En la mesa contigua los jugadores estaban flanqueados por otros dos hombres que observaban el desarrollo del juego con atención y se hablaban en voz baja. Allí eran cuatro los montones de monedas que se apilaban a un lado.

—Claro, «La Tabla Negra». Ahora comprendo…

Mientras los demás buscaban asiento, Nicolás se entretuvo observando el desarrollo de la partida, sin llegar a comprender el objetivo de ninguno de los movimientos. Permaneció allí largo rato, hasta que vio que sus camaradas tenían

dispuestos varios tableros en sus mesas. Se disponía a acercarse a la que compartían Guillén y Tiago cuando, de improviso, un estruendo surgió del fondo de la estancia.

—¡Maldita sea! ¡Que el demonio te lleve!

Un hombre joven se levantó de la mesa lanzando al suelo los dados, las tablas y los dineros que se apilaban junto al tablero. El banco que había ocupado se estrelló contra el muro. Dedicó una mirada cargada de rabia a su oponente, arrojó a un rincón la pipa de hachís aún humeante y se encaminó hacia la salida. Algunos apartaron sus bancos para dejarle paso y aun así no pudieron evitar los empellones con los que trataba de abrirse paso. Nicolás observó que vestía chilaba, a la manera de los moros.

—¡Cuida dónde pones tus sucias manos, moro asqueroso! —le increpó Tiago, al tiempo que le devolvía el empujón.

También Nicolás se metió entre dos mesas para no cruzarse en su camino. Parecía fuera de sí y mostraba los ojos inyectados. Por un instante sus miradas se cruzaron y el jugador se detuvo en seco. Lo escrutó de la cabeza a los pies mientras una expresión de sorpresa se dibujaba en su rostro. Entonces escupió al suelo con desprecio. Por fin, el nieto de Ismail siguió adelante, cruzó el arco de entrada y se perdió en la penumbra de las escaleras.

Nicolás, aún boquiabierto, pronto ató cabos. Sabía bien de los problemas de Ismail con aquel cretino; él mismo había sido testigo de varios enfrentamientos cuando Omar llegaba a casa ebrio y exigía más dinero de su abuelo. Ahora comprendía que no solo gastaba en vino y prostitutas, y que el alcohol no era lo único que lo alteraba.

De nuevo Nicolás se sintió atrapado por la congoja con la que había entrado en aquel antro antes de que el vino, al que estaba poco acostumbrado, nublara su entendimiento. Parecía haber recuperado de pronto la lucidez y, con ella, también había regresado a su mente la imagen de la muchacha.

—Creía que los de su credo tenían vetado el juego con apuestas —acertó a decir, al tiempo que lo asaltaba una repentina náusea.

—Pregúntale a Tristán, él sabe mucho de tahúres —rio Tiago—. Todo lo contrario. Asegura que el juego de tablas procede de un antiguo juego árabe llamado Nard. ¡Se lleva practicando en Tudela cientos de años! Incluso arriba, en el castillo, se juega a dados y a tablas. Dicen que el heredero es un apasionado de las apuestas, y que los cortesanos temen sus desafíos.

Por un instante envidió a sus camaradas, al parecer libres de sus preocupaciones.

—¡Mira, aquí lo tienes! —exclamó Guillén vuelto hacia las escaleras—. Tú mismo puedes preguntárselo.

Tristán, sin embargo, mostraba una mezcla de expectación y preocupación en el semblante cuando se detuvo bajo el umbral. Nicolás creyó que no habría podido evitar un encontronazo con Omar si había tenido que acudir a abrirle la puerta. Con dos sonoras palmadas llamó la atención de todos.

—Amigos, aquí no llega el sonido de las campanas, pero todas las de la ciudad

han comenzado a tañer con el toque de difuntos. Los mozalbetes corren por las calles asegurando que el viejo rey Sancho ha muerto.

8

Año del Señor de 1195 (un año después)

—Habéis tenido una idea excelente, mi señor —opinó el alférez real—. La mente se muestra más despierta cuando el viento azota el rostro y se respira este fresco.

—No es el aire viciado del castillo lo que me ahoga, mi buen Martín —repuso el rey, henchido—. Estoy hecho al humo de las teas y de los braseros, pero no consigo acostumbrarme a ese enjambre de aduladores de la curia. Se empeñan en rodearme desde que despunta el sol hasta el ocaso.

Los dos hombres, seguidos a escasa distancia por una nutrida escolta, regresaban con sus caballos al paso por el camino que bordeaba el cauce del Ebro. Al otro lado, pasado el viejo puente, los muchos humos de la ciudad trataban de alzarse hasta que el cierzo los arrastraba río abajo.

—Son muchos los asuntos que despachar, mi rey, la buena marcha del reino así lo exige. Pero quizá deberíais delegar más vuestra responsabilidad… dejar que el merino, el mayordomo, vuestro canciller y yo mismo aligeremos vuestros hombros. Tras la muerte de vuestro padre es mucha la carga que soportan.

El óbito del rey había sorprendido a Sancho en Aquitania al frente de la hueste con la que había acudido en ayuda de Ricardo. No tuvo más remedio que regresar sin tardanza para asumir el destino que su nacimiento le había reservado. Fue alzado del pavés por los doce ricoshombres del reino a las pocas horas de entrar en Pamplona y reconocido así como soberano. El obispo de la capital no había tenido los arrestos para oponerse a la autoridad del Papa, que seguía negando a los de su estirpe el derecho a usar el apelativo de rey. No se había llevado a cabo una ceremonia de coronación, pero ni una sola voz había cuestionado su legitimidad para ocupar el trono de su padre.

—Aún me pregunto, Martín, si sabré estar a su altura.

El alférez real, sorprendido, dio un tirón a las riendas y el caballo ralentizó el paso. No era habitual que el rey se confiara así. No ante él, al menos, a pesar de que en aquellos ocho meses había sido su sombra. Quizá aquella cabalgada era solo la excusa para poder formular la pregunta sin oídos demasiado próximos.

—¿Me permitís un consejo, mi señor? —respondió Martín Íñiguez tras un momento de reflexión. Sancho había aprovechado la parada para conducir a su cabalgadura entre los viejos olmos que bordeaban el cauce del río. Los dos jinetes permitieron que los caballos abrevaran en la orilla—. Vuestro padre reinó en esta tierra durante más de cuarenta años, y dejó una huella indeleble. No por nada vuestros súbditos se refieren ya a él como Sancho el Sabio. Pero no queráis imitarlo.

—¿Qué queréis decir? —Sancho había descabalgado para liberar del peso a su

montura. En pie sobre la hierba, su cabeza superaba en altura a la de su alférez, que permanecía sobre la silla. Hizo una señal al palafrenero para que no se acercara, y él mismo sujetó al animal por las tiendas. De frente al amplio cauce, esperó la respuesta.

—Cada momento en nuestras vidas trae sus cuitas, y no hay dos días iguales. No miréis atrás con la idea de actuar como vuestro padre lo hubiera hecho. Rodeaos de quienes consideréis más capacitados y, tras escuchar sus consejos, tomad vuestras propias decisiones.

El rey permaneció en pie con la mirada perdida en la superficie crispada del agua. Grandes nubes algodonosas empujadas por el viento se alzaban sobre los montes de la orilla opuesta, y el sol, que empezaba a declinar, lanzaba entre ellas haces de luz blanquecina que se proyectaban sobre la tierra. Aguas abajo, el perfil del castillo y de la torre del homenaje se recortaba desafiante contra el cielo. A los pies del cerro, solo la silueta de los muros de la nueva colegiata se perfilaba entre el humo de los muchos fuegos que ardían en la ciudad en aquella tarde invernal.

—Mi padre estaría satisfecho con su sobrenombre —afirmó—. Daría un dedo por conocer cuál será el mío.

—Dejad que sea la Historia quien lo escriba. —El alférez se había apresurado a desmontar cuando vio que el rey lo hacía, y se había situado a su costado—. Mientras tanto, procurad regir con acierto el destino de nuestro pequeño reino, tan amenazado.

—Martín, vos sois hombre de armas y poco sabéis de cuentas, pero nunca se os ha ocultado que la situación de nuestras finanzas es angustiosa. Y es que ni el merino, ni los miembros más versados de mi curia han sido capaces de poner orden en el fárrago en que se ha convertido el sistema de cobro de pechas y censos y la vigilancia de las labores que los campesinos prestan en las haciendas del rey. Mejorar las cuentas del reino ha de ser nuestro primer empeño.

—Ya vuestro padre dedicó a ello muchos esfuerzos —observó el alférez dejando traslucir su falta de confianza.

—Y se topó con la resistencia de sus *tenentes*. Acumulan demasiado poder, tienden a perpetuarse en las tenencias asignadas hasta convertirlas en algo que confunden con su patrimonio personal.

—Algunos incluso han tratado de asegurar la sucesión en sus tenencias entre sus hijos y descendientes —recordó Martín.

—¡Eso tiene que acabar! —Varios de los miembros de la escolta se sobresaltaron al escuchar las voces del rey—. Es derecho del soberano remover libremente a sus *tenentes*, y es lo que pienso proponer a la *curia regis*.

—Soy hombre de armas, como decís, pero me parece una política acertada que también se usa en la milicia. El cambio en los oficiales al mando de las unidades evita la excesiva cercanía con sus subordinados y dificulta la sedición. Así, los traslados entre distintas tenencias impedirían que sus titulares adquieran excesivo arraigo, capacidad de influencia y poder frente al rey.

Sancho se volvió hacia él.

—Mencionad eso en la reunión de la curia. —El rey asentía interesado—. Espero fuerte resistencia, me temo que no será una propuesta bien recibida por todos los notables que la componen.

—Lo haré sin duda, mi señor. Quizá una alusión velada al uso de la fuerza para convencer a los más recalcitrantes no esté de más.

—Os estáis revelando como un buen consejero, alférez. O quizá sea cierto que las salas cerradas del castillo nublan el entendimiento —dijo el rey al tiempo que depositaba su mano enorme en el hombro de Martín en un gesto de confianza—. Recordadme que repitamos más a menudo estas cabalgadas.

—Vuestras palabras me honran, mi señor —respondió halagado el jefe de la milicia.

El rey entornó entonces los ojos y compuso un gesto que denotaba duda, pero al fin pareció decidirse a hablar.

—Me gustaría conocer vuestro parecer sobre la mujer que he elegido como futura esposa.

—¡Mi señor! No soy yo quien debe…

—¡Tenéis una opinión, de eso estoy seguro, y me gustaría conocerla! —atajó antes de que pudiera excusarse—. Sin duda habéis mantenido conversaciones acerca de Constanza con otros miembros de la curia.

Martín Íñiguez tragó saliva.

—Creo que la elección de una hija del conde de Toulouse es un acierto si lo que deseáis es reforzar nuestra alianza con la monarquía inglesa y favorecer los intereses de Navarra en Ultrapuertos.

—No me refiero solo a las ventajas políticas del matrimonio…

—En ese caso, en poco puedo ayudaros. Ni yo ni nadie en la corte conoce a la muchacha… salvo vuestro canciller.

—¿Y cuál es su impresión acerca de ella?

El alférez pareció pensar bien sus palabras antes de hablar.

—No parece tratarse de una mujer de carácter fácil, a juzgar por algunos comentarios que el arcediano ha dejado caer. Pero si me lo permitís, mi señor, el papel de la reina ha de ser el de proporcionaros un heredero… legítimo.

Sancho sonrió ante el sentido que había dado a aquella última palabra. Nadie se atrevía a hablar en su presencia de los vástagos que había traído al mundo. Ni siquiera el obispo de Pamplona osaba censurar su conocida paternidad; mucho menos el prior Guillermo, aunque todos se habían sumado al coro de consejeros que le apremiaban a tomar esposa, más cuando la responsabilidad regia recaía ya sobre sus hombros.

—Al parecer, el arcediano no ha considerado oportuno revelar a su rey ciertos detalles que para él deben de carecer de importancia —observó.

—Mi señor, yo no…

—Serenaos, Martín. Comprendo que los miembros de la curia consideren

prioritario proporcionar a mis súbditos una reina primero y un heredero después. No reprocharé al canciller que trate de ocultarme sus defectos, y vos no tenéis nada que temer —lo tranquilizó sujetándolo del brazo. Su tono de voz se había animado—. Ya tengo ganas de saber cómo se manifiesta ese carácter rebelde del que hablas. En la alcoba puede ser un acicate.

Los miembros de la escolta escucharon reír a su rey y al alférez.

—¡Si al menos fuera bella! —siguió Sancho, lanzado—. No es la menor carga para un soberano tener que escoger esposa entre las princesas casaderas de la realeza. Hay en el reino hembras ante las que caer rendido si estuviera a mi alcance desposarlas.

—Si seguís pensando en ella, mi señor… no lo está —respondió el alférez, al tanto de los deseos más íntimos del rey—. Como bien decís, los contratos matrimoniales del soberano son herramienta fundamental de la diplomacia. Y el prior Guillermo es muy capaz de acudir incluso al Papa de Roma si lo que insinuáis respecto a su sobrina es otra cosa. Olvidadla, si no queréis originar un grave conflicto con la Iglesia; esa muchacha, por mucha que sea su hermosura, nació destinada a una vida de contemplación.

—Solo expresaba un anhelo que reconozco imposible de alcanzar. ¡Incluso los reyes han de renunciar a ellos en pos del bien del reino! —suspiró desengañado—. En fin, dejemos de hablar de imposibles… es hora de regresar.

El palafrenero corrió solícito a la señal del rey y sostuvo el caballo por las riendas para permitirle montar. A pesar de la magnífica constitución del animal, su lomo se arqueó cuando Sancho se alzó sobre la silla. Martín Íñiguez sabía bien que para la mayor parte de sus súbditos el aspecto del monarca reflejaba una fortaleza y un poderío del que se mostraban orgullosos. Para él, sin embargo, era una fuente de problemas. Otros varones de la estirpe Ximena mostraban una constitución llamativa, similar a la que el infante apuntaba hasta su adolescencia, pero en apenas unos meses su crecimiento se había exacerbado. Cada pocas semanas, los sastres habían tenido que confeccionar para él nuevas vestiduras, y los zapateros buscar piezas más grandes de cuero con las que coser un calzado que en pocas fechas quedaba inservible. Las mesas del cenador, el lecho, los escaños y los sitiales… Todo lo que rodeaba al heredero se había tenido que reponer con prisas. Aun así, tenía que pasar agachado bajo los dinteles y las arcadas del castillo, y hasta la puerta de San Nicolás se quedaba pequeña cuando acudía a la misa diaria. También sus facciones cambiaron hasta hacer su rostro apenas reconocible para quien solo lo había frecuentado tiempo atrás. En aquellos años de su primera juventud, los brazos, desproporcionados, le colgaban a los costados como los de un muñeco de trapo, y su caminar se volvió desgarbado y poco airoso. Solo la fuerza de voluntad del infante, la insistencia de sus tutores y su tenaz adiestramiento para la guerra dieron fuerza a sus miembros y coherencia a sus movimientos, hasta hacer de él el coloso que amedrentaba a todo aquel que se situara frente a él. Martín había tenido mucho que ver en aquel empeño, y de ahí procedía la

amistad y la confianza que le habían llevado a ocupar el lugar más cercano al rey.

El perfil de la ciudad se fue haciendo más nítido a medida que regresaban en busca del acceso al puente de Tudela. Antes de alcanzar el humilladero y poner pie en tierra algo llamó su atención. Varios arrieros con sus mulos, amén de un par de carretas, esperaban cerca de la torrecilla habilitada para el cobro del pontazgo. Habían llegado hasta allí por el Camino Real que conducía a Pamplona, pero otros hortelanos surgían de los caminos cercanos con el ronzal de los mulos en la mano. Los miembros de la escolta rodearon al rey y a su alférez con actitud vigilante.

El cobrador, azorado, corrió al encuentro de la comitiva.

—Excusadnos, mi señor. —Hizo un exagerado gesto de sumisión—. Ha vuelto a suceder. La tablazón ha cedido bajo el peso de un carro demasiado cargado. Estamos haciendo todo lo necesario para liberar la rueda atrapada, pero en este momento no es posible atravesar el puente, al menos a caballo.

—Cruzaremos a pie entonces —decidió el rey, y se dirigió al oficial al frente de la guardia—. Toma a la mitad de tus hombres y acompáñanos. Que el resto se haga cargo de las monturas.

De inmediato cuatro hombres se situaron tras ellos. Emprendieron el camino sobre las traviesas de madera, cien veces reconstruidas tras cada avenida. Era febrero y aún no se había producido el deshielo, de forma que el caudaloso río Ebro se deslizaba silencioso y tranquilo bajo sus pies. Pero no pasarían muchas semanas antes de que la próxima crecida sacudiera hasta los cimientos aquella débil estructura de madera. Habría que dar gracias al cielo si no era uno de aquellos años en los que había que recurrir a las almadías para atravesar el cauce durante la reconstrucción del puente.

Varios hombres trataban sin éxito de hacer palanca con dos gruesas barras de hierro que habían ido a buscar a la cercana obra de la Magdalena. El carro, aunque por la inclinación había perdido parte de la carga, era todavía demasiado pesado.

—¡Arrojad la carga al río! ¡Y abrid paso, mastuerzos! —ordenó el alférez.

Los operarios, fatigados y sudorosos a pesar del frío, se volvieron a un tiempo, dispuestos a enfrentarse a quien los humillaba de aquella manera. Aunque no hubiera estado rodeado por su guardia ni hubiera vestido ropajes de admirable calidad, ninguno habría tardado más que un instante en reconocer la figura descomunal del monarca. Unos inclinaron la cabeza y bajaron la mirada, otros fueron más allá y apoyaron la rodilla en las tablas del puente, y todos ellos se descubrieron ante el rey.

La comitiva salvó el obstáculo pasando de costado entre el lateral del carro y el balaustre de madera, mientras el más diligente de aquellos hombres, quizás el dueño del carro, se incorporaba para empuñar una pala dispuesto a cumplir la orden del alférez real.

Entraron en el recinto amurallado por la Puerta del Puente y, de inmediato, iniciaron el ascenso hacia el castillo por la empinada callejuela que se abría a la derecha. Cada zancada del rey Sancho equivalía a dos de las de sus guardias, pero el

enfado hacía que, más que caminar, pareciera escalar la pendiente.

—¡Voy a acabar con esto! —estalló. El alférez trataba de seguirlo cuesta arriba dando breves carreras—. Ese puente de tablas viejas se ha convertido en un embudo que amenaza con asfixiar a la ciudad. Si alguien sumara los sueldos invertidos en reparaciones, daría para construir dos nuevos puentes de piedra.

—Demos gracias a Dios por que se mantenga en pie —repuso el alférez con sobrealiento, tratando de calmarlo—. Como bien decís, no están vuestras arcas para acometer una obra de tal envergadura. Por no hablar de la dificultad de anclar cimientos tan robustos como los que precisaría un puente de piedra en un cauce tan ancho, caudaloso y profundo.

—¡Martín! No os mantengo a mi diestra para que me recordéis los problemas que conozco bien, sino para que los resolváis. ¡Vos… y todos los demás consejeros y miembros de la curia!

El alférez calló, aliviado por haber alcanzado el foso que rodeaba la muralla inferior. Atravesaron con paso firme el puente levadizo y la puerta que tantos nombres recibía: Puerta Baja, Puerta Real y Puerta del Foso. Después emprendieron la subida al castillo a través de la judería nueva. Martín maldijo para sus adentros el percance que les había obligado a abandonar sus cabalgaduras al otro lado del río. Sin embargo, sonrió al volver la vista atrás y ver al resto de los guardias tratando de seguirlos sin resuello. A punto de alcanzar la Puerta Ferrena, el rey se detuvo de improviso y se dio la vuelta para contemplar la villa que se extendía a sus pies. La luz empezaba a escasear y ya se advertía el resplandor de las primeras teas que durante la noche evitarían la oscuridad absoluta en las calles.

—Mirad, Martín. ¿Qué veis? —preguntó cuando este llegó a su lado. El alférez, confundido, no fue capaz sino de balbucear y el rey se respondió a sí mismo—. Yo os lo diré: una villa de poco más de mil fuegos con una veintena de parroquias, muchas de ellas en construcción. La colegiata de Santa María, San Pedro, la Magdalena, San Nicolás, San Jaime, San Miguel, la Trinidad, San Salvador, el Carmen… Por no hablar de los conventos y de la nueva encomienda de los hermanos hospitalarios. Hasta los moros construyen su mezquita y los judíos la nueva sinagoga.

El alférez trataba de seguir con la mirada el brazo extendido del monarca mientras señalaba lugares de la ciudad que apenas se adivinaban entre la bruma que empezaba a ascender desde el río. Pareció que iba a decir algo, pero de nuevo la voz del rey lo hizo callar.

—En cambio, ¡fijaos en el puente! Tan endeble es que apenas se aprecia desde aquí. De esas tablas sobre las que acabamos de pasar depende gran parte de nuestra actividad comercial, de nuestra riqueza y de los tributos que intentamos recaudar. Mientras no dispongamos de un puente digno que permita al menos el tránsito simultáneo de dos carros y que no sea arrastrado cada década por las avenidas…

Con el desánimo reflejado en el semblante dejó la frase sin terminar. La temperatura comenzaba a desplomarse al atardecer y el aliento que exhalaba formaba

nubes blanquecinas. Se envolvió el cuello con el manto y se giró para atravesar la Puerta Ferrena que daba acceso a la plaza de armas, ante la mirada hierática y la postura firme de los guardias apostados en la entrada de la fortaleza.

El alcaide salió a recibirlos. Extrañado, se detuvo un instante al observar que los recién llegados entraban a pie, pero pasó el detalle por alto.

—Por fin estáis aquí, señores —acertó a decir con la voz alterada—. El canciller me acababa de encargar que os hiciera buscar. Os espera en la sala grande. Desea veros con urgencia.

—¿Lo ves, Martín? No será nada que no pueda esperar al amanecer, pero a mis cortesanos les pierde el deseo de hacerse notar a cualquier hora del día o de la noche.

—Mi señor, sabed que al poco de marchar vos ha llegado un emisario por la Puerta de Tarazona —se excusó el responsable del castillo—. Dice proceder de Toledo y, a juzgar por la urgencia que mostraba el canciller, las noticias que porta deben de ser graves.

El rey asintió. Salvó la distancia que lo separaba del Porche, lugar emblemático donde era costumbre impartir justicia en los casos más destacados. Lo cruzó sin detenerse y él mismo abrió el portón de madera que daba acceso a la residencia real y sede de la curia. De manera mecánica agachó la cabeza y entró, subió las escaleras y se presentó en la sala donde lo esperaba el alto funcionario, que parecía haber estado caminando sin cesar de un lado a otro de la estancia.

—¿Cuál es el motivo de vuestra inquietud, arcediano? —espetó el rey mientras se dirigía directamente al fuego que ardía en la gran chimenea.

Fernando de Berberigo era el titular de la Cancillería desde tiempos de su padre, pero en ningún momento había gozado de su simpatía. Su condición de eclesiástico no le transmitía demasiada confianza en aquellos tiempos de conflicto entre los intereses de la corte y los del obispado.

—Mi señor, ha llegado esto desde Toledo. Se avecinan tiempos de zozobra. —Le tendió la carta a modo de respuesta, acompañada tan solo del escueto y enigmático comentario.

—¿No veis que me estoy calentando las manos? ¿Qué dice esa misiva? —preguntó displicente. El alférez real se unió a él junto al fuego.

—Llegan noticias preocupantes desde el norte de África. Al parecer, Yusuf, el caudillo almohade, reúne en la costa tropas procedentes de todo su imperio con la intención de cruzar a la Península cuando las condiciones del mar lo permitan. Sevilla y Córdoba parecen ser sus primeros destinos, aunque no piensa detenerse allí. «Estas son las palabras que ha pronunciado Alá, el Todopoderoso: me lanzaré sobre los infieles, los convertiré en polvo sirviéndome de ejércitos que no han visto nunca y de cuya fuerza no podrán librarse».

—¿De quién son esas palabras altisonantes? —El rey frunció el ceño, atónito y disgustado.

—Del mismo príncipe Yusuf, al parecer en respuesta a una misiva anterior de

Alfonso de Castilla en la que le retaba a batirse. Es el propio rey Alfonso quien os pide ayuda en el enfrentamiento que se avecina. Toda la hueste que consigan reunir los reyes de la Cristiandad podría no ser suficiente para detener a los trescientos mil infieles de los que se habla en esta carta.

El rey Sancho se volvió para mirar a los ojos a sus dos más directos colaboradores. Del canciller conocía la opinión sin necesidad de preguntar: como eclesiástico apoyaría decididamente una respuesta positiva ante la petición de luchar contra los sarracenos en aquella cruzada que se desarrollaba en suelo hispano. Compartía el criterio del legado papal que consideraba poco lógico que la Cristiandad, encabezada por el emperador alemán y los reyes de Francia e Inglaterra, se hubiera lanzado a una cruzada para recuperar Jerusalén mientras se seguía consintiendo la presencia de los musulmanes en el reducto occidental.

—¿Qué os parece, Martín?

—Con todo el respeto, mi señor… Creo que vuestro pariente debería tentarse la ropa antes de retar a la batalla a quien está deseoso de recuperar la antigua frontera del Tajo. Alguien que solo necesita una excusa para llamar a la guerra santa y reunir tal ejército en pocos meses. Nuestras arcas no están llenas, y el esfuerzo para reunir una hueste numerosa será ímprobo. —Se volvió entonces hacia el canciller—. Opino que hay verdad en las palabras que pronunciabais a nuestra entrada: se avecinan tiempos de zozobra.

9

Año del Señor de 1197 (algo más de un año después)

Nicolás, con un último golpe de la maza, terminó de grabar la marca en el sillar y lanzó un soplido de cansancio. Hubiera querido quitarse el polvo de los ojos, pero frotárselos con aquellas manos solo habría empeorado la molestia. Sus compañeros de taller ya se lavaban en la artesa, y reían animados ante la perspectiva de poder pasar las horas siguientes delante de una jarra de vino. También él se desnudó de cintura para arriba y dejó que la túnica le colgara del cordón que la ceñía a su cuerpo. Hundió la cabeza y parte del torso en el agua clara y se frotó el cabello para quitar la costra de polvo y sudor que lo apelmazaba. Se incorporó y se estregó el cuello y los brazos con energía. No podía entretenerse mucho más si quería llegar a tiempo.

—¿Está llena tu bolsa? —Nicolás se sobresaltó cuando, estando aún cegado, Guillén se le acercó por detrás y lo sacudió con sus manazas por la cintura—. Tenemos mesa en La Tabla Negra.

—Vas a tener suerte, hoy no voy a poder desplumarte —respondió mientras se deshacía de su apretón con un movimiento brusco—. Tengo cosas que hacer.

—¿Otra vez vas a ponerte al acecho, esperando a verla salir de la iglesia? —se burló Tiago desde el otro lado de la pila—. ¡Algún día te convencerás de que no es para ti! Llevas tres años suspirando por ella…

—Y lo que es peor —rio Guillén mirando a su camarada—, ignorando a todas las mozas casaderas que lo codician.

—¡Se te van a adelantar hasta los frailes del priorato! —Tiago hizo un gesto obsceno que despertó las carcajadas de los canteros que compartían la artesa.

Nicolás, con expresión hosca, terminó de sacudirse la ropa y volvió a vestirse. Sin responder, se encaminó a la salida. De improviso dio un giro y, con un movimiento rápido, aferró a su amigo por el cuello, lo empujó contra el muro y cargó todo el peso de su cuerpo sobre él. Tiago, atónito, quedó inmovilizado contra los adobes por el brazo poderoso de Nicolás.

—Si vuelves a hacer una gracia, ¡un solo comentario!, sobre María o sobre mis sentimientos por ella, quizá no sea capaz de controlar la fuerza de mi mano —le advirtió escupiendo las palabras entre los dientes apretados. Permaneció así un instante, hablando ya solo con la mirada encendida. Luego, mientras soltaba la presa con un gesto de desprecio, se volvió hacia atrás—. ¡Lo mismo te digo a ti!

Guillén, separado de Nicolás por la pila, se atrevió a responder.

—Al menos ahora sabemos que hay algo que te hace mostrar las uñas —dijo con sorna—. ¡Esto es un descubrimiento!

—Si te metes en asuntos que no son tuyos, no serán mis uñas lo que pruebes. —

Cerró el puño y lo esgrimió ante la cara en gesto de desafío.

Todos los canteros estaban vueltos hacia ellos, plantados donde estaban. También Marcel salió del cobertizo que hacía las veces de oficina, en el que alcanzaban a verse, dispuestos sin orden, pliegos y legajos repletos de bocetos, cálculos y anotaciones. Allí guardaba también la bolsa de los jornales que cada sexta feria se repartía entre los miembros del taller.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió sin levantar la voz en exceso—. ¿Cuántas veces he de decir que no quiero disputas entre estas paredes? ¿A quién amenazas con ese puño, Nicolás?

El joven agachó la cabeza.

—No es su culpa, Marcel. Nosotros le hemos provocado. —Guillén, circunspecto, habló por los dos, aunque Tiago aún seguía iracundo pasándose la mano por el cuello enrojecido.

El jefe del taller miró a los tres de forma alternativa.

—Si se vuelve a repetir, vuestra semana irá a la arqueta de los donativos para la colegiata —amenazó—. Y os advierto de algo más: en Tudela sobran malos picapedreros. ¡Marchaos ahora!

El primero en salir fue Nicolás, con el amargo sabor de la hiel en la boca. Pensó en pasarse por la vieja cantina para refrescarse con un vaso de vino. Evitaría a aquellos patanes que tenía por amigos quienes, sin duda, se encerrarían en la cercana tafurería. Pero hacer tal cosa lo alejaría de allí, así que se limitó a escupir en la tierra. Alzó la vista y contempló el conocido perfil de la colegiata. Solo un año atrás, Marcel había trasladado el taller de cantería a sus proximidades, aprovechando el derribo de una vieja finca que había dejado libre el solar. El precio del arriendo no era pequeño, pero la proximidad a la obra facilitaba en extremo el trabajo. Marcel, así, trabajaba a caballo entre ambos lugares, en contacto directo con Jaime *el Jaqués*, el maestro mayor de obras. Cualquier duda sobre la forma o el tamaño de un sillar o una dovela se resolvía atravesando la pequeña plaza que los separaba, aunque la principal ventaja era la facilidad para el traslado de las piezas hasta su ubicación final, del que se encargaban los propios asentadores y mazoneros con pequeñas y manejables carretillas.

En todos aquellos años, el perfil del edificio en construcción había ido cambiando de forma apenas perceptible, pero, echando la vista atrás, la transformación era sin duda formidable. El derribo de la mezquita había concluido, excepto en lugares muy concretos donde sus muros se habían integrado en el cerramiento del nuevo edificio. Las partes bajas del cierre perimetral estaban concluidas, y ello permitía hacerse una idea clara de las dimensiones de la empresa que allí se estaba acometiendo.

Atravesó el espacio que lo separaba de la obra, rodeada a la sazón por un rústico cercado que trataba de protegerla de los frecuentes robos de material que se habían producido en el pasado. No eran ya frecuentes, pues el cabildo había reforzado la vigilancia con hombres armados, y las penas impuestas por el alcalde, encargado de

impartir justicia a quienes aún se arriesgaban a entrar a robar en recinto sagrado, habían terminado por quitarles las ganas de intentarlo.

Antes de entrar sabía que no iba a poder resistirse a algo que hacía habitualmente. Como miembro del taller de cantería tenía acceso franco al recinto, y aquel día lo necesitaba de manera especial tras la trifulca que acababa de mantener. Los operarios habían dado de mano y guardaban ya los materiales y algunas herramientas en los cobertizos habilitados al efecto. Entró bajo los andamios por el hueco de la puerta norte, y descendió la escalinata de acceso hasta el transepto. A su derecha, en la base del muro del hastial, se detuvo a contemplar con orgullo las marcas que él mismo había tallado en algunos de los sillares. Aparecían a diferentes alturas, a veces invertidas, entremezcladas con las marcas de otros canteros, según la disposición elegida por los asentadores de acuerdo a las necesidades de encaje de las pesadas piezas. Puso la mano sobre ellas, y trató de imaginar cuánto tiempo permanecerían allí, y los rostros de quienes pondrían sus ojos en ellas cuando ni él ni sus hijos ni sus nietos pisaran ya aquel solar. Esa idea de permanencia le reconfortaba y le reconciliaba con el trabajo esforzado al que había dedicado su vida.

Llegó hasta el crucero, donde maese Jaime había trazado una montea escalada, algo así como un plano general del templo, que un ojo entrenado podía interpretar para concluir cómo habría de ser el edificio una vez terminado. Había sido dibujada sobre una amplia superficie de argamasa fresca y, una vez endurecida, allí permanecería hasta que el pavimento la cubriera. Entró por una pequeña portezuela que se abría junto al hastial sur, el más avanzado, y emprendió el ascenso por la escalera de caracol de peldaños angostos que allí arrancaba. Cuando trepó por los últimos escalones, el sol intenso de la tarde lo cegó. La escalinata, que en un futuro daría quizá acceso a los tejados y a un campanario provisional, terminaba de forma brusca en lo alto del muro meridional. A su alrededor, solo el vacío y los andamios de madera, que trepaban y se aferraban a los paramentos ya construidos. Allá en lo alto, sentado sobre la fila de sillares que coronaban el muro, el calor del sol se atenuaba con una brisa del norte que Nicolás agradeció tras el ascenso. Se encontraba en el que ya era el punto más alto de la ciudad, a excepción del castillo que se alzaba en lo alto del cerro, y sintió en el estómago el conocido cosquilleo del vértigo. El caserío de Tudela, abrazado por las murallas, se veía desde allí arracimado en pequeñas manzanas separadas por estrechas callejuelas de trazado caprichoso. Ubicó su propia casa, la tafurería y la lejana morería donde Ismail empezaba a languidecer con el paso y bajo el peso de los años. A lo lejos, la cinta brillante del Ebro se perdía entre brumas, antes y después de cruzar bajo el puente que daba acceso a la ciudad. La vista desde aquel lugar era magnífica, pero aun así ansió vivir lo suficiente para poder encaramarse a los elevados campanarios que un día habrían de alzarse antes de rematar la obra.

A sus pies, con el contorno del edificio ya definido, los muros empezaban a elevarse y los pilares que habrían de separar las naves centrales alcanzaban ya, como

lanzas enhiestas, el punto sobre el que se apoyarían las bóvedas. Calculó que habría sido necesario talar bosques enteros para proporcionar toda la madera de los andamios que revestían cada uno de aquellos paramentos, columnas y pilares. Los había visto crecer a la par, proporcionando apoyo a las enormes cabrias con que se izaban hasta allí los sillares y los propios maderos. Cada vez que se encaramaba a aquel lugar sentía que la emoción lo embargaba, que el tiempo se detenía, y los problemas que le atormentaban a pie de calle parecían empequeñecer como las figuras de los transeúntes que contemplaba desde lo alto. Él mismo se sentía pequeño, parte insignificante de una obra destinada a perdurar quizá mil años. ¿Qué podrían imaginar los hombres y las mujeres que caminaran entonces por esas calles de la amargura que anidaba en el corazón de un simple cantero como él, al contemplar desde aquella altura los muros que escondían a la mujer por la que suspiraba?

Se levantó y caminó unos pasos sobre los andamios para asomarse a la cara meridional del edificio. El claustro del monasterio aparecía ya cerrado en sus cuatro galerías. Desde allí se apreciaba bien su forma rectangular, las arquerías que recorrían las crujías, y los capiteles que remataban los fustes donde apeaba cada uno de los arcos. Era imposible apreciar desde la altura el detalle de aquellos capiteles, pero sintió un estremecimiento al recordar la labor de los escultores que decenas de veces había contemplado. Se trataba del mismo taller que había trabajado la soberbia portada de San Nicolás a las órdenes de Beltrán, el maestro llegado desde Compostela. El caprichoso golpeteo de sus cinceles surgía de aquellas galerías, aunque solo alcanzaba a ver la parte baja de los jubones, las piernas y las sandalias de alguno de los escultores que se protegían del sol bajo los tejadillos, y que seguirían trabajando mientras hubiera luz.

Venciendo el vértigo, se asomó a la plataforma que servía de base a una de las cabrias. Abajo, en el crucero, la montea permitía ver el contorno de la colegiata en forma de cruz latina, la nave principal separada de las laterales por gruesos pilares, el ábside central y las cuatro capillas adyacentes que remataban la cabecera, así como las tres puertas que darían acceso al templo. Si en la construcción de los cimientos, de la cabecera y del contorno a medio levantar se habían invertido tres décadas, se preguntó si viviría lo suficiente para ver culminada la tarea más compleja de cubrimiento de las tres naves y el transepto con las enormes y pesadas bóvedas que sería preciso construir.

Prefirió no pensar en ello y decidió que su enésima visita a las alturas ya había dado los frutos que buscaba. Su ánimo, alterado tras el encontronazo con Tiago y Guillén y por el rapapolvo de Marcel, había recuperado la serenidad como esperaba. Era hora de descender para hacer lo que se había propuesto.

Entró en el claustro por la zona de tránsito que lo separaba de la colegiata. En aquel espacio, que había quedado diáfano tras el derribo de la mezquita, se habían

instalado los hornos, las tolvas para la arena y la cal y los depósitos de agua. Era allí donde se preparaba la argamasa que se utilizaba para asentar los sillares y para el relleno de los muros. Se detuvo para observar el lugar donde años atrás se había situado el *mihrab* de la mezquita y la cripta donde había estado a punto de perder la vida. Ahora era un horno de cal. Antes de acceder al claustro se preguntó cuál sería el paradero del pergamino que aquel día había sacado de allí, pero el golpeteo de los cinceles atrajo de nuevo su interés.

A nadie llamó la atención su presencia. El grupo de los escultores que trabajaban en el claustro estaban acostumbrados a verlo allí; lo conocían bien desde que, siendo tan solo un muchacho, empezara a acercarse a la obra de San Nicolás. Después, sobre todo en los últimos años, había seguido acudiendo al claustro con el favor del maestro Beltrán, a quien agradaba la presencia del joven cantero y el interés que mostraba por su trabajo. Bernardo de Almazán, uno de los mejores escultores del taller, a quien Beltrán encargaba los trabajos más escogidos, no mostraba sin embargo tanto entusiasmo. Era un monje hosco que rondaría la treintena; las visitas de Nicolás no parecían ser de su agrado, y no perdía ocasión para demostrarlo con gestos de fastidio y comentarios despectivos. En aquel momento no parecía encontrarse en el claustro y Nicolás, aunque tiempo hacía que no se dejaba intimidar por nadie, no dejó de alegrarse.

Caminó entre los capiteles que ya estaban ubicados en su emplazamiento definitivo y se admiró por la perfección de sus formas. Contempló una vez más las escenas de la vida de Jesús representadas por Beltrán, pues de su mano habían salido todas las tallas de las dos primeras galerías. En la arcada septentrional se admiró con el bautismo de Cristo, la entrada en Jerusalén, las bodas de Caná o la resurrección de Lázaro. Dobló la esquina hacia la galería oriental y se extasió con escenas de la pasión: la última cena, la oración del huerto, el prendimiento, la crucifixión, el entierro de Cristo, la aparición a las tres Marías… Nicolás no era un joven versado en conocimientos bíblicos; de hecho, jamás había tenido una Biblia en las manos, pero era capaz de identificar la mayor parte de aquellas escenas de las que tantas veces había oído hablar en la iglesia.

Beltrán se hallaba en la galería sur, junto a la entrada del refectorio, observando un pliego en el que había trazado con carboncillo el esquema del claustro. Aparecían señaladas todas las columnas y, junto a cada una, la descripción de la escena correspondiente. Quedaban por rellenar algunos espacios en la galería meridional y prácticamente todos los de la occidental. Nicolás se acercó al improvisado caballete y saludó.

—Ah, eres tú… —Era evidente, por su sobresalto, que el maestro no se había percatado de su presencia—. ¿Ya has terminado la jornada en el taller?

Nicolás asintió con un simple sonido.

—¿Y qué haces aquí? ¿No deberías estar con tus amigos celebrándolo en la taberna? —Beltrán le lanzó una mirada de soslayo.

—Quizá me reúna luego con ellos, al caer el sol —respondió—. ¿Qué vais a tallar en los capiteles restantes?

—Aún está por decidir. El cabildo nos ha encargado para esta galería varios martirios y en ello trabajaremos durante los meses que quedan hasta la Navidad. El de San Andrés y el de Santiago están empezados, y los terminaremos en las próximas semanas. Pero eso será a partir de la segunda feria: antes disfrutaremos del descanso del Señor, que bien lo necesitamos. Y una vez que estén en su sitio, seguiremos con los martirios de San Lorenzo y del Bautista.

A la vez que los nombraba, señalaba con el índice el lugar donde irían colocados. Nicolás reparó en la ubicación de ambos y la trasladó del pliego a la realidad. La muerte de San Juan Bautista iría en uno de los capiteles exentos, esculpidos en sus cuatro caras. El martirio de San Lorenzo, por el contrario, debía ubicarse en la columna central, más gruesa que las demás y de sección cuadrangular, que ayudaba a sustentar la techumbre de cada galería. Se trataba por tanto de una escena de una sola cara, aunque prolongara los laterales de la gruesa pilastra. Se acercó a ella y la midió con la mano abierta para hacerse idea de sus dimensiones.

El maestro, mientras tanto, miró al frente y dio dos palmadas para indicar a los escultores que la jornada había llegado a su fin. Hablaron aún un instante antes de que el toque de vísperas viniera a confirmar la exactitud de su cálculo.

—¿Cómo sabíais que la campana estaba a punto de sonar? Ni siquiera habéis mirado la altura del astro.

Beltrán sonrió, y señaló con la barbilla la columna central de la galería oriental, opuesta al ocaso. Al observar con atención, descubrió varias marcas de carboncillo a distintas alturas.

—Resta el grosor de un meñique cada día y sabrás cuándo está a punto de ponerse el sol. Eso, hasta el día de San Juan. Después habrás de añadirlo.

Nicolás asintió, boquiabierto. En ese momento, una fila de monjes, encabezada por el prior Guillermo, empezaba a salir de sus aposentos para dirigirse a la cabecera ya consagrada de la colegiata. Entonces se despidió del maestro y abandonó el claustro.

Salió del templo en construcción excitado e impaciente: había memorizado cuanto necesitaba para llevar a cabo lo que se proponía.

Aquel domingo ni siquiera acudió a misa con su familia, como solía. Alegó que debía aprovechar las horas de luz y que madrugaría para asistir a la primera celebración en la parroquia de San Pedro, cosa que no hizo. Al amanecer estaba en el taller de Ismail alisando y dando forma a una piedra que consideraba adecuada. El anciano, taciturno, labraba mientras tanto unas sencillas molduras con motivos vegetales destinadas a rematar la decoración de la mezquita. El brillo de antaño había desaparecido de sus ojos y, cuando creía no ser visto, su semblante reflejaba una

honda preocupación. Rara vez quería hablar de ello, pero a Nicolás no se le escapaba el motivo de su zozobra. Las deudas de juego de Omar cada vez eran más onerosas, y en no pocas ocasiones se habían presentado en la casa grupos de hombres con cara de pocos amigos dispuestos a cobrarse lo suyo. Ismail se limitaba a preguntar a cuánto ascendía lo debido. Cerraba la puerta, se perdía en el interior y aparecía con una bolsa repleta de dineros, incluso con algún morabetino de oro en ocasiones. Solo así conseguía mantenerse a salvo de los accesos de ira de su nieto, que seguía reclamando más y más para saldar las cuentas de los pocos antros donde aún le fiaban. La Tabla Negra había sido uno de los primeros figones donde le habían vetado la entrada, pero otros habían seguido su ejemplo. Para entonces, solo frecuentaba a lo peor que andaba por las calles de la ciudad, la escoria que repartía su tiempo entre noches a la intemperie, madrugadas en el calabozo y sesiones de latigazos a la hora del ángelus.

El lunes transcurrió monótono en el taller, enfrascado Nicolás en la tarea de labrar, una tras otra, las piezas cilíndricas destinadas a las columnas gemelas adosadas a cada lado de los pilares que separaban las naves. Cada columnilla necesitaba medio centenar de aquellas piezas de un pie de diámetro para alcanzar la altura de los capiteles, por lo que iban a ser precisos varios millares para completar todos los elementos de sustentación de las bóvedas. No perdió un instante al terminar la jornada: se lavó con prisa, pero aquel día sustituyó el jubón ajado y polvoriento por una túnica corta ceñida en la cintura, cuya mejor virtud era que estaba limpia. No tuvo que caminar mucho para llegar al *scriptorium* del monasterio. Ascendió los escalones y entró en la gran sala, inmersa en un profundo silencio, roto tan solo por los sonidos apagados procedentes del exterior y por el rasgar de los cálamos sobre la superficie de los pergaminos y de algunos pliegos de papel.

Un anciano monje, quizá el responsable de mantener el orden y el silencio en la sala entre los más jóvenes, se aproximó a él, cojeando de forma ostensible.

—Supongo que he de darte la bienvenida a este lugar de trabajo y recogimiento. ¿Qué vienes a buscar aquí? —preguntó extrañado—. Eres cantero, si no me equivoco…

—¿Acaso me conocéis?

—Soy viejo, pero Dios Nuestro Señor me conserva este don —dijo mientras se tocaba con el índice debajo el ojo derecho—. En ocasiones te he visto en el claustro, en compañía del maestro Beltrán. Si no me engaño, anteayer fue la última.

—Dios Padre os conserva la vista y una aguda capacidad de observación. —Aunque no era el suyo, Nicolás trataba de imitar el modo de hablar que tanto tiempo llevaba escuchando en boca de aquellos monjes, pero al hacerlo se sentía inseguro e incómodo—. Yo, en cambio, no recuerdo haberos visto.

—Me has visto a mí y a mis hermanos, pero el hábito y el capuz hacen tabla rasa

de nuestras diferencias. ¿Qué buscas en el *scriptorium*? —repitió.

—He pensado que aquí podría conseguir cierta información que necesito acerca de uno de nuestros mártires, San Lorenzo.

El anciano lo miró con curiosidad, pero no preguntó el motivo de aquel extraño interés. Sonrió, por el contrario, quizá satisfecho por poder mostrar a alguien sus conocimientos.

—No has venido a mal sitio. Nuestro fundador, Agustín de Hipona, habla del terrible martirio de Lorenzo de Huesca en alguna de sus homilías. Yo mismo lo buscaré, y te relataré además lo que la tradición oral nos ha hecho llegar.

Un monje alto y desgarbado se aproximó a ellos. Salía de una estancia situada en el lado opuesto del *scriptorium* con las manos ocultas en los fondillos del hábito. Llamaba la atención por los ojos claros y por una cuidada barba blanca. Sus miradas se cruzaron por un instante.

—Hermano Paulo —les interrumpió con cortesía poniendo los dedos huesudos sobre el brazo del anciano para atraer su atención—, ¿has recogido el volumen que consultaba hace un instante?

Hablaba con un acento extraño. El monje no parecía cómodo cuando respondió.

—Lo he hecho, hermano Robert. He pensado que habías terminado y que iba a quedar olvidado sobre la mesa. Como en otras ocasiones —apostilló con intención.

—Habéis supuesto mal, pero… *errare humanum est*. —Hizo una mueca burlona mientras escrutaba el horizonte a través del ventanal. Las sombras empezaban a alargarse sobre las obras de la colegiata—. Volveré mañana en su busca, hoy ya no queda mucha luz.

El anciano se dio la vuelta cojeando y le dio la espalda sin otra despedida.

—¿Es extranjero?

—Es inglés. Llegó aquí hace diez años para una breve estancia, pero algo le hizo cambiar de opinión. No sé si fue la inspiración divina o el influjo del demonio.

Nicolás rio para sus adentros cuando lo vio santiguarse, bien por haber mentado al maligno, bien por haberse permitido tal maledicencia. Empezaba a resultarle evidente que la imagen de apacible convivencia dentro del capítulo era solo la pátina que embellecía una realidad repleta de asperezas.

—Ven conmigo, te mostraré el Libro de las Homilías, aprovecharemos el rato de luz que nos queda —le indicó—. A veces resulta agradable ser útil a alguien que pueda valorar tu saber. A cambio, me puedes explicar qué lleva a un joven seglar de tu edad a interesarse por la vida de San Lorenzo…

En las semanas siguientes los días se le hicieron cortos. Compaginaba las largas horas del taller cincelando decenas de cilindros de piedra, uno tras otro y de manera mecánica, con las visitas a la casa de Ismail. Cada tarde, antes de abandonar el tajo, accionaba el mecanismo de la enorme piedra de afilar y aguzaba sus instrumentos de

manera concienzuda. Mientras pisaba el pedal de madera y la rueda giraba sobre su eje arrastrando por la superficie el agua del fondo, Nicolás se recreaba con la imagen de la escultura que había dibujado en su cabeza. El ruido de la fricción del metal contra la piedra mojada, mientras apretaba con fuerza el filo de los cinceles, los punteros, las mediacañas y las uñetas, constituía la antesala del momento más esperado del día. Gozaba con la sensación del agua terrosa salpicando sus manos, pero ansiaba terminar la tarea para atravesar con prisa la ciudad en busca del bloque de piedra que, poco a poco, iba tomando forma en la casa de la morería. Por fortuna los días eran largos y podía prolongar la jornada hasta que la voz airada de algún vecino le advertía de lo intempestivo de la hora. Tampoco Omar era molestia, pues rara vez se dejaba ya ver por la casa de su abuelo.

De nuevo la llegada del domingo, el segundo que dedicaba a la tarea, le permitió consagrar a ella el día entero. Cuando la luz fue suficiente retiró el paño que cubría la pieza y observó el conjunto. Había pergeñado una pieza que se adaptaba a las dimensiones de la pilastra del claustro. La cara central, la más amplia, aparecía ocupada en toda su longitud por la parrilla de hierro sobre la que yacía el diácono castigado. Las llamas se alzaban desde la base y acariciaban su cuerpo que, sin embargo, mostraba en su rostro barbado una inusual serenidad. La figura coronada del emperador romano causante de su desdicha cubría por completo una de las esquinas y volvía la espalda para no ser testigo de la ejecución. En el ángulo opuesto, el prefecto Valerio, el torturador del santo, sí contemplaba la escena de soslayo. Trataba de seguir una comunidad de estilo con el resto de los capiteles del claustro, mostrando figuras voluminosas, con cabezas quizá desproporcionadas respecto al tamaño del cuerpo, pero que permitían mostrar mejor sus expresiones talladas en la piedra. Era lo que había observado en las escenas de la vida de Jesús labradas por Beltrán.

Ismail se acercó mientras Nicolás eliminaba las últimas imperfecciones con un raspín en la mano. Apenas restaba el trabajo de pulido. Los pliegues y los ángulos de difícil acceso eran siempre las zonas que más trabajo requerían, y en ellas había que trabajar con precisión y usando las herramientas más finas, punteros aguzados y gubias en ángulo. Como su maestro le había enseñado, había dejado para el final los rasgos de las caras, los dedos de las manos o los pequeños detalles de los atuendos. Una vez terminados, la piedra parecía cobrar vida.

—Esta misma tarde estará terminado —observó el anciano.

—Es tu turno —respondió Nicolás—, el momento de tu juicio.

—Jamás he dado forma a una figura humana —afirmó con un rastro de emoción en la voz—, pero esto es hermoso. No creo que la belleza de una obra como esta pueda en modo alguno ofender al Todopoderoso.

—Así pues… ¿crees que puedo mostrársela?

—No tendrán más remedio que rendirse a la evidencia. —Con una brocha de crin Ismail limpiaba el polvo entre los pliegues, a la vez que examinaba el trabajo con

detenimiento—. Después de todos estos años tu trabajo está por fin a su altura.

Nicolás dejó la lima y se volvió hacia el anciano. Notó que la mano le temblaba, algo que jamás le sucedía, ni siquiera tras las largas horas de faena en el taller. Examinó su rostro, la mezcla del orgullo con que había pronunciado aquellas palabras y la pena profunda que ya nunca se ausentaba de sus ojos, y sintió que una mano invisible le desgarraba algo en el interior. El capitel se encontraba entre ambos, pero lo sorteó para fundirse en un abrazo con su maestro. Ninguno de los dos estaba dispuesto a dar muestras de debilidad y no hubo lágrimas, pero permanecieron de aquella manera durante largo rato.

—Te debo tanto… —consiguió decir Nicolás al fin—. Nunca creí que un día diría esto, pero ahora agradezco que arrojaras aquellos atauriques al suelo.

—Te debo yo mucho más —respondió Ismail sereno, con una sonrisa franca—. No sé qué hubiera sido de mí sin tu compañía, sin el estímulo que suponen tus visitas. Quizá no lo sepas, pero todos estos años las he esperado con anhelo. Solo temía la llegada del día en que ya no me necesitaras… y ya está aquí.

—Aún me queda mucho por aprender de ti. —Nicolás estaba siendo sincero—. Y, aunque no fuera así, te juro que seguirás contando con mi amistad y mis inoportunas visitas.

—Alá habrá mostrado que su misericordia es infinita si lo que dices es cierto.

Nicolás sonrió. Pareció vacilar, era evidente que quería decir algo sin atreverse, pero, al final, las palabras salieron de su boca.

—Ismail… Sé que estás atravesando malos momentos. Solo hay que verte: estás flaco y demacrado. Quiero que sepas que no te ha de faltar nada mientras yo conserve la fuerza en los brazos. Además, aún guardo los morabetinos que me entregaste por la venta de aquel pergamino. Son tuyos.

Por un instante Ismail mudó el semblante. Luego trató de recomponer una sonrisa.

—No será preciso, aún dispongo de cierto patrimonio… pero aprecio tu generosidad.

Nicolás interpretó la lágrima que vio deslizarse por la mejilla arrugada del anciano como fruto de su agradecimiento.

El mulo, sin esfuerzo, tiraba del carro de Ismail a lo largo de la calle de las carnicerías. Nicolás caminaba a su lado y sujetaba el cabezal, atento tan solo a que el traqueteo no terminara por volcar la carga. A oleadas, asaltaban su nariz los olores procedentes de los negocios de comida que salpicaban el callejón. Al fondo divisaba ya la portalada de madera que daba acceso a la obra de la colegiata, justo al espacio que separaba el templo del claustro, destinado al acopio de material. Permanecía abierta para permitir la salida de otro robusto carretón de ruedas macizas, de los utilizados para acarrear piedra y arena. Trató de apresurase tirando del ronzal, pero el

mulo no varió el paso un ápice. Por suerte no era necesario: nadie se había molestado en cerrar el portón. Entró sin detenerse y de inmediato lo envolvieron los ruidos y el ajetreo de la obra.

Sin poder evitarlo, cada vez que entraba al recinto venía a su cabeza la imagen de los hormigueros que, siendo niño, le gustaba observar durante horas. El trasiego en torno a ellos era siempre incesante, aparentemente caótico, pero, antes de que cayera el sol, el cono perfecto que daba entrada a las galerías se alzaba para acoger en su interior a toda la colonia. Así sucedía en la obra: los horneros extrayendo la cal a paladas; grupos de mujeres mezclándola con arena y ceniza en las proporciones precisas; peones, niños muchos de ellos, amasando con destreza el mortero sin dejar que el agua rebosara por el borde de los montículos de mezcla; rudos mozos de cuerda tirando de las sogas con las que subían los cubos rebosantes de argamasa mediante poleas; las enormes cabrias apostadas en lo alto, rodeadas de hombres que trataban de izar pesados bloques de piedra; los carpinteros claveteando los sólidos maderos con que elevaban los andamios; los asentadores y mazoneros colocando la argamasa antes de dejar caer cada sillar en su posición… Y mil voces entremezcladas, dando órdenes, gritando advertencias, lanzando imprecaciones o entonando cancioncillas con las que espantar el tedio del trabajo duro, repetido e interminable.

Apartó el carro a un lado, junto al muro del claustro. Quizá hubiera podido acceder a su interior con su carga, de la misma forma en que había entrado a aquel recinto, pero prefirió no llamar la atención de todo el grupo de escultores que a aquella hora estarían enfrascados en su trabajo. Suspiró con alivio cuando, una vez en la galería más próxima, divisó al maestro Beltrán trabajando en silencio frente al capitel que ya había observado en su última visita. Se acercó lo suficiente para llamar su atención. Bernardo, su discípulo, se afanaba a su lado con la labra de su propia pieza y también alzó la mirada, pero este compuso una mueca de fastidio cuando comprobó que el jefe del taller dejaba la maceta a un lado y, sacudiéndose el polvo, invitaba a acercarse a Nicolás con un gesto.

—Tu visita me resulta hoy especialmente oportuna —le confesó con desazón, mientras con la mano derecha se frotaba la muñeca izquierda—. Me proporciona la excusa que necesitaba: estos maltrechos huesos pronto me obligarán a dejar el oficio, me temo.

Por vez primera Nicolás reparó en sus manos, que mostraba extendidas. Los dedos eran casi deformes, y las articulaciones semejaban nudos en las ramas de un árbol.

—Debéis cuidarlas —dijo con preocupación sincera, mirando el capitel en el que trabajaba—. Esta colegiata no sería lo mismo sin vuestras tallas.

—Por fortuna hay quien sigue mis pasos, muchacho. —Nicolás supo que había alzado la voz para que Bernardo lo escuchara por encima del golpeteo de su propio martillo, y un cambio apenas perceptible en su semblante le indicó que se había

sentido complacido por el comentario.

—¡Es asombroso! —exclamó Nicolás sin pensar, con la mirada fija en las formas que surgían de la mediacaña que el tallista manejaba con pasmosa destreza—. Decidme, ¿qué representa?

Beltrán sonrió al ver cómo su hosco discípulo se debatía entre una respuesta amable al halago de Nicolás o uno de sus acostumbrados exabruptos.

—El martirio de San Andrés —respondió rápido, con tono poco cordial pero también exento de acritud.

—Vuestro trabajo es admirable —insistió, embargado por una emoción franca—. Daría cualquier cosa por ser capaz, algún día…

—¿Un cantero? —Bernardo no dejó que concluyera la frase.

—Lo cierto… Lo cierto es que he venido a mostraros algo en lo que he estado trabajando durante las últimas semanas —se atrevió a decir dirigiéndose a Beltrán e ignorando el comentario—. Me gustaría conocer vuestra opinión, si no es mucho atrevimiento.

El maestro lo observó con sorpresa.

—¿Acaso has trabajado en alguna talla?

Bernardo de Almazán resopló y se inclinó sobre el capitel para refugiarse en el trabajo.

—La he dejado a la entrada. He usado el carro de mi maestro para acercarla hasta aquí.

—Con gusto hubiera sido yo quien se acercara al taller de Ismail ibn Ammar —respondió al tiempo que caminaban hacia la entrada del claustro.

—¿Acaso lo conocéis? —El desconcierto de Nicolás era palpable.

—No tengo el gusto, pero siempre he considerado admirable el trabajo de los alarifes musulmanes. Mío fue el empeño de recuperar los modillones de la antigua mezquita para reutilizarlos en los aleros de la colegiata. Y no he podido resistirme a visitar las obras de la que han levantado en la morería. Allí me hablaron de Ismail, ante algunos de los más bellos atauriques que he contemplado. Obra suya, según me dijeron, y de alguno de sus discípulos.

—Ismail solo tiene un discípulo. —Las palabras salieron de su boca de forma incontenible, y al instante Beltrán se detuvo y lo sujetó por el brazo.

—¿Tú? ¿Tú has labrado alguna de aquellas maravillas?

—No es difícil, solo es cuestión de pericia y mucha paciencia —explicó con humildad—. Se trata de alabastro, un material blando y sencillo de trabajar.

El bullicio de la obra de la colegiata los envolvió al salir del recogimiento del monasterio. El carro permanecía en el rincón donde lo había dejado, mecido por los movimientos rítmicos del mulo uncido a él. Nicolás se subió de un salto y el animal alzó la cabeza con sobresalto.

—Vos comentasteis que el martirio de San Lorenzo era uno de los siguientes capiteles, concretamente el que va situado en la pilastra central de la galería.

Beltrán asintió, sorprendido y expectante, con la mirada fija en el bulto envuelto en arpillera que reposaba sobre las tablas. Nicolás se colocó a horcajadas sobre él, afianzando a ambos lados las sandalias cubiertas de polvo. Con esfuerzo levantó un ápice el bloque para sacar la tela que había quedado atrapada bajo el peso de la piedra. Luego la arrastró tirando de uno y otro extremo hasta que quedó en el borde del carro, frente al maestro. El corazón le latía enloquecido por el esfuerzo, por la excitación y porque se había olvidado incluso de respirar. Llevaba meses imaginando aquel instante y, llegado el momento, le faltaba el valor para descubrir su trabajo. Cerró los ojos un santiamén y se dispuso a tirar de la arpillera, pero sintió que esta se le escapaba entre los dedos. Cuando volvió a mirar, el trozo de saco colgaba de las manos de Beltrán, que tenía los ojos clavados en el capitel. Su rostro era inexpresivo, sin embargo. Nicolás trató de tragar saliva, pero tenía la boca seca y un regusto amargo. Durante un momento que se le hizo eterno, no pasó nada. El maestro escrutaba la escena esculpida que permanecía a solo dos palmos de sus ojos. Inclinó la cabeza a ambos lados para examinar los laterales, pero permaneció mudo. Luego alzó la mirada hacia Nicolás, que seguía de pie sobre las tablas, afirmado sobre el capitel. Su semblante no revelaba ninguna reacción, ni para bien ni para mal, y el corazón del joven dio un vuelco, que se convirtió en una enorme angustia cuando Beltrán se dio la vuelta y, sin decir palabra, emprendió el regreso al claustro.

Nicolás se quedó paralizado sobre la plataforma. Veía miradas clavadas en él, alguien se acercó al carro a observar la pieza tallada y asintió con la cabeza antes de seguir su camino. ¿Por qué no había hecho ni un solo comentario? Si el trabajo no era de su agrado, ¿no era justo que al menos se lo hiciera saber? ¿Qué era lo que no le había gustado? ¿Acaso le había ofendido labrando una pieza que él mismo tenía previsto tallar? Sintió que la angustia lo invadía y se dejó caer sobre las tablas, derrotado, con la mirada clavada en el rostro sereno de un San Lorenzo envuelto por las llamas.

Alzó la mirada cuando reconoció la voz de Bernardo de Almazán.

—¿Qué demonios ocurre? —exclamaba.

Beltrán lo arrastraba del hábito y, tras ellos, se acercaba el resto de los componentes del taller del claustro, todos con gesto de extrañeza.

—¿Qué piensas de esto, Bernardo? ¿Es esto la obra de un vulgar cantero?

Los tallistas se apelotonaron en torno a la trasera del carro, y los comentarios admirados se sucedieron.

—No, no lo es —admitió el segundo del maestro.

—Este muchacho ha tallado esto en tres semanas, a partir del momento en que yo mismo le revelé el encargo del cabildo. ¡El martirio de San Lorenzo! ¡Aquí está![4]

—Fijaos en los detalles: las llamas abrazando la parrilla, la expresión de los rostros… —se asombró uno de los escultores más próximos.

—¿Cómo asegurar que ha sido él quien ha hecho la talla? Tú mismo me revelaste aquel día que trabaja en el taller de uno de esos moros, un alarife…

Nicolás se quedó helado. No daba crédito a lo que escuchaba. Por su expresión, tampoco Beltrán lo hacía. Tardó un instante en responder.

—¡Bernardo! ¡Por Dios Misericordioso! —exclamó—. Eres un excelente escultor, ¡pero tu manera de ser me revuelve las tripas! Nicolás no amenaza tu puesto en mi taller. Mira esta colegiata… ¡Es enorme! ¡Hay sitio para todos!

El de Almazán no parecía escuchar.

—Todos sabíamos hace mucho tiempo que el martirio de San Lorenzo iba a estar en uno de los capiteles. Cualquiera pudo irse de la lengua, y en ese caso habría tenido meses para terminar la pieza, si es que él es el autor, y no ese moro al que frecuenta. —Le lanzó una mirada de desprecio y, airado, se dio la vuelta para desandar el camino hacia el claustro.

Todos quedaron en silencio, avergonzados quizá. Fue Beltrán quien habló de nuevo.

—Nicolás, Dios te ha bendecido con un don que solo concede a unos pocos. Yo no albergo ninguna duda de que este hermoso martirio es obra tuya. Pero haremos algo… ¿Estás dispuesto a acudir aquí cada día para tallar un nuevo capitel a la vista de todos?

Nicolás no dudó un instante y asintió con la cabeza. Hablar no podía.

—Mañana mismo haré que preparen una pieza nueva. Será un capitel exento, de cuatro caras. Y trabajarás junto a mí, bajo mi tutela. Y mi protección.

Los hombres que los rodeaban paseaban la mirada entre el joven cantero y el viejo escultor.

—Os lo agradezco, maestro —balbució Nicolás.

—Hace muchos años, en Compostela, tuvo lugar una escena muy parecida a esta. El mejor escultor que he conocido me dio la oportunidad de trabajar junto a él en la portada de la catedral que alberga la tumba del apóstol —evocó mientras daba la vuelta para regresar al monasterio—. Si alguna vez tenéis la ocasión de peregrinar hasta allí, sabréis que no exagero. Se llamaba Mateo, el maestro Mateo. Y espero que Dios le haya dado larga vida, pues su magna obra, el Pórtico de la Gloria, estaba sin concluir cuando yo abandoné la ciudad.

—¡Maestro Beltrán! —llamó al ver que se alejaba—. No habéis dicho en qué escena queréis que trabaje…

—¡Marcos 6, 14! ¡Mateo 14, 1! —respondió en voz alta. Sin embargo, algo le hizo detenerse. Volvió sobre sus pasos y de nuevo se acercó a Nicolás para hablarle, esta vez al oído—. ¡No olvides preguntar por el Manual!

10

Ismail despertó sobresaltado. Escuchó voces que procedían de la calle, pero, aunque no estaba seguro, creía que habían sido varios golpes en la puerta los que lo habían sacado del sueño. Comprobó que la oscuridad no era completa, y que el tenue resplandor que precedía al amanecer se filtraba ya por el ventanuco de la alcoba; eso le evitaría tener que cebar el candil. Con prisa, se pasó la chilaba por la cabeza y se calzó las sandalias que reposaban al pie del camastro. El corazón le latía con fuerza y se aceleró más cuando, al llegar al zaguán, los golpes en la puerta se repitieron con mayor fuerza.

—¡Abre de una vez, viejo moro, o quizá no llegues a tiempo para ver con vida a esta escoria!

Cuando destrabó el cerrojo sabía con qué se iba a encontrar. No era la primera vez que voces como aquella lo despertaban en mitad de la noche. Sin embargo, no pudo evitar que un gemido ahogado se escapara de su garganta cuando, al abrir el viejo portón, vio sobre la tierra el cuerpo desmadejado de Omar, a la luz de la antorcha que portaba uno de los hombres que lo habían arrastrado hasta allí. Yacía boca abajo, con la cara vuelta hacia él, los ojos entreabiertos y la mirada perdida; la tierra y la sangre, que aún manaba abundante de multitud de cortes, le cubrían de un rojo sucio el mismo rostro y la chilaba, y apelmazaban sus cabellos descubiertos. El paño que había usado a modo de turbante para cubrirlos aparecía entrelazado bajo sus axilas y sus extremos reposaban en el suelo. Era evidente que lo habían utilizado para acarrear su cuerpo.

—Te traemos a casa a esta sabandija. Nos han dicho que es tu nieto —dijo el más cercano de manera entrecortada, pues al tiempo se lamía los nudillos magullados de la mano derecha—. De ti depende que se quede como está o que terminemos de abrirle la cabeza antes de que vuestro muecín se ponga a canturrear.

Ismail comprendió que aquel desconocido hablaba en serio. Nunca lo había visto, y tampoco a quienes lo acompañaban, pero no era extraño: en los últimos tiempos llegaban multitud de cuadrillas en busca de trabajo que, bien se asentaban con sus familias, o bien continuaban su viaje al cabo de un tiempo. Estos últimos resultaban los más temibles, pues normalmente eran grupos de hombres solos para quienes cometer un crimen solo suponía tener que caminar un par de jornadas hasta alcanzar como prófugos los cercanos reinos de Aragón o de Castilla, donde la justicia del rey Sancho no los pudiera perseguir.

—¿Qué queréis de mí? —musitó, seguro de la respuesta.

—Tan solo que saldes las deudas de este despojo.

Ismail se disponía a iniciar la discusión a la que ya estaba acostumbrado, usando los mismos argumentos, tan repetidos como inútiles. Alegar que ya había pagado con

el castigo sufrido no serviría de nada; tampoco tratar de convencer a aquellos energúmenos de que Omar era un hombre adulto responsable de sus propias deudas. Habían llegado hasta su puerta por algo, y no se irían de allí sin conseguirlo. En caso de negativa cumplirían su amenaza, y podría dar gracias al Todopoderoso si él mismo no sufría su ira.

Omar tosió, quizá atragantado con su propia sangre, y el dolor le hizo gemir.

—¿De qué deuda hablamos? —Angustiado, Ismail decidió que era mejor acabar cuanto antes.

—Con doce morabetinos de buena ley nos daremos por satisfechos —dijo el que parecía liderar el grupo, y su respuesta provocó el asentimiento de los demás.

—¿Doce morabetinos de oro? ¡Eso es una fortuna! No dispongo de ella. —El anciano parecía al borde del colapso. Su mirada aterrorizada suplicaba piedad.

—Tu nieto no hace apuestas pequeñas —señaló a Omar con desprecio—. Parece saber que tiene las espaldas cubiertas. Y estamos al tanto de que en otras ocasiones has alegado lo mismo… Pero siempre has acabado pagando.

—Esta vez es cierto —sollozó—. Jamás había perdido tanto, y las deudas anteriores me han llevado a la ruina. Mis manos ya no son capaces de trabajar la piedra. Tendría que vender mi casa para subsistir si os entrego lo poco que me queda…

—Nos trae sin cuidado lo que tengas que vender. Nosotros queremos lo nuestro —espetó otro con acento bronco.

La luz de la antorcha iluminó el rostro de Ismail. Cerró los ojos por un instante, tratando de evitar que las lágrimas cayeran. Cuando una de ellas se deslizó por su mejilla, los abrió y asintió lentamente con la cabeza, contraídos los labios en un rictus de amargura.

—Esperad aquí —musitó—. Y por Alá Misericordioso, atendedlo. Si algo le ocurre no veréis una mealla, así me despellejéis vivo.

Cerró la puerta tras de sí y corrió el cerrojo. Atravesó el zaguán y fue hacia el guardafuego. El temblor de las manos hizo que le costara prender el candil de aceite, pero al final una débil llama surgió de su extremo. Abrió la portezuela de madera en el muro y la tenue luz iluminó los primeros escalones que descendían hacia la bodega. Los bajó apoyando ambos pies en cada uno de ellos, como hacía desde el día en que a punto estuvo de caer a trompicones cuando la sandalia le hizo resbalar por un borde desgastado.

La escalera de travesaños era nueva y permanecía ya siempre en la bodega, pues hacía años que se sentía incapaz de bajar y subir con ella a hombros. Colgó el candil, la afirmó cerca de la lucerna y, con esfuerzo, empezó a subir. Se detuvo en el tercer listón y se sujetó con toda la fuerza de sus manos, sacudido por un llanto incontenible. Allí escuchó la llamada a la primera oración del día que, a pesar de la virtual prohibición, se extendía por toda la morería desde el alminar de la mezquita, a la que aquella jornada no podría acudir.

Con temor a perder el equilibrio siguió ascendiendo hasta rozar la bóveda. Palpó con las yemas los ladrillos que ocultaban el hueco y, con enorme cuidado, tiró de la tapa. El cajoncillo se deslizó hacia él y dejó al descubierto el lugar donde ocultaba todo lo que de valor poseía. El resplandor que empezaba a entrar por la lucerna iluminó dos bolsas de cuero. Una, la que guardaba medio centenar de dineros de vellón, era la más voluminosa. La otra, lo sabía a ciencia cierta, contenía siete morabetinos. Antes de cogerla, introdujo el brazo hasta el fondo y, una vez más, volvió a palpar el resto del contenido. Comprobó que no había humedad y que las fundas de los pergaminos se encontraban en perfecto estado. Mordió el saquete mientras colocaba la tapa en su lugar, descendió por la escalera y la apartó hasta el extremo opuesto de la bodega. Tomó el candil y subió.

—Aquí está todo lo que me queda tras una vida de duro trabajo —dijo una vez en la puerta. Omar parecía seguir inconsciente, aunque movía los miembros y la cabeza, agitado—. Tendrá que ser suficiente. Son siete morabetinos.

Un murmullo de protesta surgió de varias gargantas, atajado por un gesto del cabecilla, que se colocó ante el anciano.

—Algo me hace creer que es cierto lo que dices —respondió con voz firme—. Será suficiente por ahora. Pero volveremos a por el resto de lo que es nuestro. Vete pensando en la manera de conseguirlo.

Ismail se sorprendió a sí mismo a punto de agradecérselo, pero calló. Sin embargo, deseaba evitar el oprobio de que más vecinos vieran a Omar de aquella guisa. Supo que no tenía más remedio que humillarse suplicando ayuda a quienes habían estado a punto de matar a su nieto.

—Seré incapaz de arrastrar el cuerpo de Omar hasta su camastro…

El cabecilla, sin duda el jefe de aquella cuadrilla, solo tuvo que hacer un gesto con la cabeza para que cuatro hombres lo tomaran de brazos y pies para entrarlo al zaguán sin contemplaciones.

Durante semanas Ismail se mantuvo al lado del camastro, siguiendo al pie de la letra los consejos del único médico de la morería, un joven llegado desde Zaragoza tras la muerte del anciano *tabīb* que había ocupado el puesto anteriormente. En los primeros días su nieto apenas había podido ingerir lo necesario para mantenerse con vida y solo las potentes pociones calmantes conseguían aliviar su dolor, aunque no la ansiedad que lo aquejaba. En medio de un continuo duermevela se sucedían los accesos de inquietud y de temblores, y no cesaron hasta que Nicolás, en una breve visita y enterado del estado de Omar, reveló al propio médico la posible causa de aquel estado de nerviosismo. El extracto de hachís vino en efecto a aliviar la situación y permitió que el médico se centrara en el problema que más le preocupaba, el color rojo de la orina del paciente.

Ismail pasaba las horas aplicando emplastos y compresas, haciendo beber a su

nieto infusiones y brebajes, y cada mañana le limpiaba el sudor y los orines con agua de romero y alumbre. En el fondo sentía una profunda lástima por él y, aunque había llegado a odiarlo durante sus episodios violentos, la piedad por el joven se imponía en los escasos momentos en que su mente no estaba dominada por el alcohol y, como acababa de saber, también por el hachís. Cuando los dolores empezaron a ceder y la orina adquirió su tono habitual, Omar experimentó una recuperación rápida, visible día a día. Aun soportando fuertes molestias en la maltrecha mandíbula, empezó a alimentarse por sí mismo y pronto pudo echar los pies al suelo y dar los primeros pasos.

Cuando empezó a verse con fuerzas y dejó atrás la sensación de desvalimiento, su carácter volvió a deslizarse de nuevo por la pendiente del despotismo, la exigencia y la crueldad hacia su abuelo. Ismail, después de aquellas semanas en que la dedicación a su cuidado había sido absoluta, cayó de nuevo en el abatimiento al comprobar que aquella lección, que a punto había estado de costarle la vida, no le iba a servir para cambiar su manera de actuar. Por otra parte, las visitas de Nicolás habían cesado casi por completo. Se alegraba por el motivo de su ausencia, pero no podía evitar la sensación de soledad y de abandono que le había producido su marcha. Y para completar el círculo de la desazón… la fecha en que aquellos hombres habían de volver en busca de más oro no estaría ya demasiado lejos.

Se acercaba el inicio del Ramadán, que aquel año iba a coincidir con la canícula. Tras varias semanas de convalecencia, Omar parecía dispuesto a recuperar su vida anterior como si nada hubiera sucedido. Era el momento que Ismail temía, pero estaba decidido a poner ante los ojos de su nieto la realidad a la que se enfrentaban y, reunido el valor suficiente, lo detuvo en el zaguán la tarde en que se disponía a abandonar la casa.

—Antes de que salgas por esa puerta debes escucharme —le rogó con tono conciliador, aunque continuó sin esperar respuesta—. En todas estas semanas no has preguntado por lo que ocurrió la noche en que esos rufianes te trajeron medio muerto, pero yo te lo voy a revelar. Tuve que entregarles todas las monedas de oro que aún guardaba, hasta la última. Solo pagué con ello la mitad de tu deuda, pero prometieron regresar en busca del resto. Ahora no nos queda nada. Nada, tan solo esta casa, la que mis padres construyeron con tanto esfuerzo.

—Véndela —espetó Omar con despreocupación, sin concederse un instante para reflexionar.

—¿Que venda la casa donde he pasado mi vida entera, donde nació mi único hijo, tu padre? ¿Para que tú gastes las monedas que me den en cantinas, burdeles y tafurerías? —Negó con fuerza con la cabeza—. Escucha bien lo que voy a decirte… Antes cubriría esta casa de aceite y le prendería fuego, para que se consuma como una tea ante tus ojos. Si vuelves a contraer una deuda más, no habrá con qué pagar. Y

sabes lo que eso supone.

Omar le miró con desprecio.

—Aunque no volviera a salir por esa puerta, los acreedores vendrán a por mí. La media deuda que has pagado corresponde a la última partida que jugué y perdí. Pero hay otras muchas. Nunca podré saldarlas todas, así que me resulta indiferente seguir acumulando más. —Su tono era de despecho y desengaño—. Más pronto que tarde me encontrarán muerto en una acequia, pero, mientras tanto, disfrutaré aquí de lo que el Profeta ha prometido para el más allá… aunque nadie haya vuelto del más allá para contar si decía la verdad.

—¡Blasfemo! —estalló Ismail.

—¿Quién sabe? Quizá el Todopoderoso —usó un deje socarrón— se apiade de este pobre diablo y me tropiece con una buena racha, un golpe de suerte que me haga rico.

—¿Qué he podido hacer mal para que mi nieto se haya desviado tanto del camino recto? —El anciano hablaba en voz alta, pero parecía hacerlo para sí, con una voz que reflejaba la angustia que lo ahogaba.

—¿Y cuál es el camino recto? —escupió Omar con desdén—. ¿Hacer siempre lo que otros te dicen que tienes que hacer? ¿Trabajar de sol a sol, destrozarte las manos y la espalda durante toda la vida a cambio de unas míseras monedas? Te expulsaron de tu casa, vives arrinconado en la morería sometido a leyes injustas, tuviste que ver cómo echaban por tierra la vieja mezquita sin poder alzar la voz ni rebelarte. Los alfaquíes me dicen que no puedo beber vino, los sayones que no puedo mirar a una cristiana, ambos que no puedo jugar en la tafurería… ¡Esta es mi forma de rebelarme! ¡Haciendo todo aquello que me está prohibido!

—¡No puedes ir en contra de todo! ¡No puedes buscar tan solo satisfacer tus ansias de placer! Eso es lo que nos ha llevado a la ruina y lo que va a terminar acabando contigo. Pronto cumplirás treinta años, ¡debes asentar la cabeza!

Omar había cruzado el zaguán, volviéndose tan solo para escupir las respuestas hacia su abuelo. Asió la falleba y la desplazó hasta que pudo abrir la puerta. Su abuelo lo había seguido a pocos pasos y los rostros de ambos se enfrentaron.

—Para mí ya es tarde, viejo. He vivido en estos treinta años más de lo que otros vivirían en dos vidas enteras. Cuando esto se acabe, habrá merecido la pena.

—¿Y yo? ¿Acaso no piensas en el sufrimiento que me causas?

Omar esbozó una sonrisa.

—Ven conmigo y haz lo que yo hago… Disfruta de lo poco que te queda. Embriágate y déjate acariciar por una buena hembra. —Lanzó una carcajada—. ¿Cuánto hace que no disfrutas de una mujer?

Ismail agachó la cabeza, avergonzado. Los brazos le colgaban lánguidos a los costados. Parecía que cada una de aquellas respuestas aumentara una carga que ya le resultaba difícil de sobrellevar.

—Será mejor que salgas de esta casa —musitó con los ojos arrasados de lágrimas.

Se le hacía difícil pensar. El cuidado de su nieto había ocupado sus horas en las últimas semanas, pero ahora aquellas paredes se volvían amenazadoras. Antaño habría tomado el cincel y habría empezado a labrar una pieza de piedra o de alabastro, pero en aquel momento incluso aquel recurso, que en el pasado le había ayudado a atravesar momentos de dificultad, se le antojaba inútil. Decidió que saldría de aquella casa, que empezaba a resultarle agobiante, para dejarse llevar adonde sus pies quisieran conducirle. Tomó el cayado de boj que descansaba junto a la entrada, atravesó la puerta y giró la pesada llave en la cerradura. Con ella en el fondillo empezó a andar en dirección al cercano cementerio para tomar el camino de Tarazona. El sol de la tarde, sin embargo, le dañaba los ojos. Decidió bordear la ciudad por la vereda que acompañaba al río Queiles hasta alcanzar su desembocadura y cruzar el río Ebro por el viejo puente de madera. Aún apretaba el calor, y solo se tropezó con cuadrillas de chavales que se refrescaban en las pozas, en medio de risas y gritos que le resultaban ajenos. Apenas prestó atención a las velas de las dos naves que, casi al mismo tiempo, dejaban el embarcadero y partían río abajo en dirección a Zaragoza, quizá con la intención de alcanzar el mar.

Tras salvar el cauce del río, el polvoriento Camino Real que conducía a Pamplona era el medio más rápido para alejarse de la ciudad. De alguna manera quería poner distancia de por medio. Caminó atravesando la vega, apoyado sobre el bastón para liberar de trabajo a sus gastadas rodillas. El zumbido de las abejas en torno a una colmena, una culebra deslizándose por el agua de una acequia o la manada de jabalíes que atravesaba una alameda en busca de la orilla del río empezaron a atraer su atención. Poco a poco, sus pensamientos dejaron de ser la losa que antes había amenazado con terminar de hundir su ánimo. Cuando la vereda inició el ascenso al pie de la colina que cerraba el valle, emprendió la subida con decisión. Llegó a la meseta que la remataba sin resuello, y durante un instante, encorvado, trató de recuperar la respiración con ambas manos sobre las rodillas. Una piedra plana sobre el borde de un ribazo resultó ser el asiento perfecto. Lamentó tan solo no haber llevado consigo un odre de agua para calmar la sed, pero no había pensado prolongar el paseo de aquella manera.

Ante él se dibujaba un paisaje hermoso que el sol de la tarde, de camino hacia su ocaso, comenzaba a resaltar con tonos ocres. A su derecha el cauce del río dibujaba una cerrada curva para ir en busca de la ciudad, como si se hubiera desviado de su trazado más lógico para no perder la oportunidad del encuentro. De hecho, había señales de que, en las últimas avenidas, el agua había regresado al curso más recto, que pasaba a los pies del monte donde se hallaba. Se descubrió preguntándose qué ocurriría si en alguna de aquellas formidables crecidas que tanto alteraban el cauce, el río hallaba mejor camino y decidía no regresar a su cita con el puente.

Desde allí, Tudela era apenas una mancha en medio del soberbio paisaje; los muros de la colegiata sobresalían escasamente por encima del caserío, las murallas

apenas hubieran sido visibles de no ser porque más allá de ellas no había nada, y solo el castillo en lo alto de la colina conseguía recortarse contra el azul del fondo. La cinta brillante del Ebro parecía mantener sujeto todo el conjunto, como un descomunal lazo de esparto en torno al cuello de un saco.

La segunda ciudad del reino, que sin embargo acogía a su rey durante la mayor parte del tiempo, parecía desde allí una villa insignificante. E Ismail sintió que, como por ensalmo, los problemas que había dejado en ella adquirían igual perspectiva, se achicaban, hasta ocupar en su corazón el mismo espacio que la ciudad ocupaba en medio de aquel inacabable paisaje. Quizá había pensado en ello de forma inconsciente durante el camino, pero, sentado allí, veía la respuesta a sus interrogantes al alcance de la mano. El propio Omar le había dado la clave en una de sus réplicas despechadas, en la conversación de aquella tarde. Las deudas le cerraban todas las salidas a su nieto, por eso ya nada le importaba y había emprendido un camino que creía sin retorno, un camino que le conducía a la perdición de manera irreversible. Ismail cerró los ojos, alzó el rostro frente al sol y todo se volvió rojizo. Aquella era la luz que había esperado ver y dio las gracias al Todopoderoso por haberle llevado hasta allí aquella tarde. Era difícil resistirse al pensamiento de que era Él quien le mostraba desde allí el camino, en respuesta a sus plegarias. Si las deudas eran las piedras que se habían amontonado hasta cegar la salida del túnel, él las apartaría una a una. Recorrería la ciudad de cantina en cantina, visitaría cada burdel, y hablaría con los dueños de las tafurerías hasta que la última mealla saldara el último adeudo. No le quedaban morabetinos con los que llevar a cabo su plan, pero conservaba algo mucho más importante. Y era hora de que viera la luz.

Había algo que le hacía pensar que estaba en lo cierto al sopesar el valor de los pergaminos que guardaba en la bodega. Poco después de la elección como prior de Guillermo Durán, este se había aproximado a él durante una de sus frecuentes visitas a la colegiata. El hecho le había sorprendido sobremanera, y más los improvisados circunloquios que el clérigo había utilizado para terminar insinuando que conocía la existencia de ciertos pergaminos que él podría tener en su poder. Había reaccionado con rapidez, asegurando que los había vendido años atrás a un comerciante de paso por la ciudad. Pero aquella afirmación parecía no haber saciado la curiosidad del prior, que siguió interrogándolo sobre la identidad y la procedencia del comprador. Una improvisada mentira había seguido a otra, pero ninguna de ellas parecía haber convencido a Guillermo Durán, quien en los meses siguientes había vuelto a mostrar su interés en varias ocasiones más.

Echando la vista atrás, comprendió que había sido el prior Forto quien le había transmitido aquella información, quizá en el lecho de muerte sabiendo ya que Guillermo sería su sucesor. Aquello daba cuenta de dos cosas: que Forto había podido leer el pergamino por encima del hombro de Robert de Chester, o que el monje inglés le había informado de su contenido rompiendo así su juramento. En cualquier caso, se trataría de una información lo bastante relevante para el priorato como para ser una

de las que hubiera de dar cuenta al nuevo prior ante el trance de la muerte.

Pues bien, si tan interesado estaba el prior Guillermo en aquellos documentos, había llegado la hora de que salieran de su escondrijo. Con un poco de fortuna, quizá fuera el cabildo quien acabara saldando las deudas de Omar en prostíbulos y tafurerías.

Apenas una tenue claridad permitía caminar cuando entró por la Puerta del Puente. Pasó junto a las obras de la iglesia de la Magdalena, ya sumidas en la penumbra, y avanzó en dirección a San Nicolás. En el camino se encontró con varios grupos de vecinos dispuestos a disfrutar del fresco de la noche conversando en torno a sus candiles. Los saludó a todos. Unos respondieron y otros no, pero aquello era lo que menos le importaba en aquel momento. Alcanzó la puerta de la morería justo a tiempo de colarse entre las hojas que ya se cerraban, y salvó la distancia hasta su casa acortando a través del cementerio. A punto estuvo de tropezar con algunas de las estelas funerarias, pues la oscuridad allí era absoluta y solo una tímida luna menguante alcanzaba a disiparla un ápice, pero el bastón cumplió con su papel. Con ganas se hubiera dejado caer sobre el banco de madera del zaguán, pero se obligó a esperar. Prendió el candil, abrió la puerta de la bodega y bajó. Allí estaba la escalera de madera, apoyada contra el muro más cercano a la entrada. Con esfuerzo la trasladó al lado opuesto y la afirmó contra las primeras filas de ladrillos de la bóveda. Comprendió que, en plena noche, tendría que sujetar el gancho del candil con los dientes si quería mantener las dos manos libres. El cansancio de la larga caminata hacía que sus piernas temblaran, de forma que puso toda su atención para mantener el equilibrio mientras subía. No tardó en encontrar el resorte con el que abrir el escondite, pero esta vez no echó mano al saquete de las monedas, sino a las fundas de cuero de los pergaminos. Cogió las dos situadas a la derecha, las que contenían la copia árabe y la traducción al latín que años atrás había hecho el fraile inglés.

Pensó en el tiempo transcurrido desde entonces y los sucesos acontecidos. Ni siquiera el rey de Navarra era el mismo, y Robert de Chester se había convertido en súbdito de su hermana Berenguela, reina de Inglaterra tras su matrimonio con Ricardo. Nueve años. Sentía en las piernas cada uno de ellos, y fue consciente entonces de que estaba a ocho codos del suelo. Con dificultad, colocó el cajón de ladrillos en su lugar. Tuvo que sujetar los pergaminos bajo la axila para emplear las dos manos y, por un momento, se apoyó sobre la escalera sin poder asirse a la madera. Estuvo a punto de perder el equilibrio y dejó escapar una exclamación. Entonces el candil que sujetaba con la boca cayó al suelo con estrépito y en la bodega se hizo la oscuridad más absoluta. Comprendió que había sido una inconsciencia subir allí de noche, pero ya era tarde para lamentarse. Se aferró con fuerza a los travesaños e inició el descenso tanteando con los pies hasta alcanzar el listón más bajo. Sin embargo, sin la ayuda de la vista, su cuerpo era incapaz de mantenerse en

aquella situación inestable. No sabía si seguía en posición vertical o se inclinaba. Comprendió que iba a caer cuando sintió que la escalera se bamboleaba sobre sus apoyos, algo que él mismo provocaba tratando de recuperar el equilibrio. Trató de descolgarse usando tan solo las manos para reducir la altura de la caída, y en el intento se desolló las palmas. Los pergaminos se liberaron de la presión de la axila y también cayeron, un instante antes de que el propio Ismail diera con sus huesos en el suelo. Tumbado boca arriba, solo tuvo tiempo de sentir que le resultaba difícil respirar antes de que la escalera de madera se precipitara sobre él.

—¿Qué es esto? ¡Responde!

Omar agitaba ante sus ojos uno de los pergaminos. Ismail sintió que la náusea subía a la garganta. Se sentía aterido por la humedad, y dolorido. Solo recordaba haber despertado durante la noche, desorientado, en medio de la oscuridad. Tras apartar la escalera de encima, un agudo dolor en la cadera le había impedido levantarse y tan solo acertó a echarse encima del largo cojín del banco, que había alcanzado alargando la mano, en espera del regreso de su nieto. Eso, al menos, le había protegido algo del frío, y sin duda el cansancio había hecho el resto, porque era indudable que ya amanecía.

—Dame la mano —pidió, ya despierto por completo—. Ayúdame a incorporarme…

Omar lo sujetó por las axilas y lo alzó con pocas contemplaciones. Ismail se quejó, pero trató de mantenerse sobre las dos piernas. El dolor seguía estando ahí, pero, una vez en pie, la cadera soportaba su peso, señal de que no había huesos rotos. Resopló, en parte por el dolor, en parte por el alivio que sentía, y se dejó caer en el banco muy despacio y con la ayuda de los brazos.

Omar se agachó para recoger uno de los pergaminos que había dejado en el suelo. Las bolsas de cuero también aparecían tiradas al pie del banco.

—¿Qué es esto? —repitió. En su voz se apreciaban los efectos del alcohol y quizá del hachís.

—Son dos pergaminos, ya lo ves —respondió de forma evasiva.

—¿Qué clase de pergaminos? Solo uno está escrito en árabe.

Ismail intuyó que, a pesar de haber tratado de leerlo, no había comprendido la importancia de lo que allí se decía.

—Los encontré hace unos días en la mezquita. Los traje aquí para leerlos, en cuanto tenga ocasión los devolveré —mintió.

—¿Que los devolverás? ¡Ni en sueños! Yo me los llevaré, seguro que me dan unas meallas por ellos. Es buen pergamino, y solo se ha usado una vez.

—¡No! ¡No puedes! —se quejó Ismail atemorizado.

—Claro que puedo, ¿piensas impedírmelo? —repuso retador.

—No te darán nada por ellos —insistió—. Déjame que los devuelva y yo mismo

te daré esas meallas. Un dinero por cada uno de ellos…

Omar entornó los ojos.

—¿Por qué tanto interés? —preguntó mientras examinaba ambos pliegos bajo la luz que ya se filtraba por la lucerna—. ¿Y qué hace la escalera en el suelo? ¿Acaso pensabas esconderlos en algún rincón?

El corazón de Ismail dio un vuelco cuando vio a Omar escudriñando la bóveda en busca de un escondrijo. De repente el joven se agachó y cogió la escalera en volandas, la apoyó en los ladrillos más cercanos y se encaramó a ella. Desde lo alto recorrió el contorno con la mirada, se detuvo en la lucerna y siguió hasta rodear toda la bóveda. No dio muestras de haber visto nada, pero Ismail le sorprendió siguiendo de soslayo la dirección de su propia mirada. Por fortuna, había evitado dirigirla hacia el lugar donde aún reposaba la copia original del manuscrito. Trató de mostrar indiferencia y aplomo hasta que Omar descendió.

—Me los llevo —declaró mientras se dirigía a la escalera—. Quizá alguien esté interesado en lo que aquí dice y pueda sacar algo más que unos pocos dineros. Ahora no me molestes, necesito descansar.

—Tendrás que ayudarme. No creo que pueda subir solo hasta el zaguán.

Omar no ocultó el gesto de fastidio.

Entró en la alcoba en cuanto escuchó la respiración rítmica de su nieto. Apenas penetraba hasta allí la luz del día, y se ayudó de un cabo de vela de sebo para examinar la estancia en busca de los pergaminos. Los encontró al primer vistazo, sobre el lecho, pegados a la pared al otro lado del cuerpo semidesnudo de Omar. Desde los pies de la cama no podría alcanzarlos, de forma que decidió inclinarse por encima del joven. Confió en que los vapores del vino y del hachís lo hubieran sumido en un sueño profundo. De hecho, le había oído comentar a algunos de sus conocidos que ni el canto del muecín ni todas las campanas de Tudela repicando a un tiempo conseguían arrancarlo del sueño cuando regresaba a casa tras una noche de diversión. De eso él mismo podía dar fe.

Le preocupaba más su reacción cuando, al despertar, descubriera la falta, pero aquello resultaba secundario ante la perentoria necesidad de recuperar los documentos. Tiempo tendría de inventar una justificación, quizá que había encontrado un comprador interesado en tenerlos aquel mismo día, y dispuesto a pagar unos cuantos dineros más.

Se inclinó sobre el camastro tratando de alumbrarse con la vela. Resultó más fácil de lo que había esperado, los pergaminos apenas pesaban y bastó con hacer pinza en uno de los rollos para sostenerlo con los dedos y acercárselo. Lo dejó a los pies del lecho. El segundo estaba cuatro dedos más alejado, rozando la pared encalada. Solo tenía que inclinarse un ápice más. Pero al hacerlo sintió que la vela de sebo derramaba parte del líquido caliente entre sus dedos. No pudo evitar que un par de

gotas cayeran sobre el vientre de Omar. El joven dio un respingo, sobresaltado, y abrió los ojos.

—¡Maldito viejo! —exclamó—. ¿Qué tratas de hacer? ¡Me has quemado!

Se incorporó y de un manotazo arrojó lejos la vela. Como si intuyera lo que estaba sucediendo, echó la mano a la pared y asió el pergamino. Siguió tanteando en busca del otro, hasta que sus ojos tropezaron con él a los pies de la cama, iluminado por la escasa luz que se filtraba por la puerta.

Una mano de hierro aferró la muñeca de Ismail hasta hacerle gritar de dolor.

—¡Suéltame, te lo ruego! Me haces daño —exclamó desesperado—. Te lo explicaré todo.

—¡Claro que lo harás! —dijo al tiempo que echaba los pies al suelo. Cogió sin ningún cuidado los dos pliegos y arrastró a su abuelo fuera de la alcoba—. Me vas a contar todo lo que te traes entre manos sin olvidar detalle. ¡Y sin mentiras!

Ismail no contó toda la verdad. Reveló a su nieto el contenido del pergamino, y con ello su importancia, pero le ocultó que se trataba de una copia que él mismo había ordenado hacer. Nada le contó del original ni de su escondite. Aun así los ojos de Omar brillaban cuando fue consciente del valor de aquel documento que él no había sabido interpretar.

—¡Viejo imbécil! —soltó, asiendo los dos rollos con la mano derecha—. Cuando el rey Sancho conozca la existencia de este escrito… tendrá que concederme lo que le pida. ¡Y tú lo has mantenido oculto todo este tiempo! ¿Cuánto hace de eso?

—Tan solo unas semanas —mintió—. Acababa de conseguir la traducción cuando te trajeron medio muerto. Casi me olvidé de ellos.

—En todo caso el rey Sancho no se encuentra en Tudela. Pero no tardará en regresar. He de buscar la manera de hacérselo llegar. No se lo entregaré a nadie que no sea el rey en persona.

Ismail sabía que la ambición hablaba por su boca. Había visto aquella expresión en su semblante en otras ocasiones y siempre había sido presagio de problemas.

—Podemos meternos en serias dificultades, Omar. Querrán saber de dónde lo has sacado, si hay alguien más que conozca el secreto… Sabes de los métodos que utilizan la *militia regis* y los mismos sayones cuando quieren obtener alguna información y sospechan que algo se les oculta.

—¿Quién más sabe de su existencia? Has dicho que lo encontraste en la mezquita.

—Se hallaba entre cientos de rollos, legajos y documentos que permanecían guardados desde que la vieja mezquita fue dedicada al culto cristiano. Esperaban el momento de ocupar su lugar definitivo al concluir las obras del nuevo oratorio. Lo encontré de manera accidental.

Ismail se sorprendió por su propia capacidad para improvisar mentiras. Nunca le

mencionaría el nombre de Robert de Chester, ni los encuentros con el prior Guillermo Durán en los que este había mostrado su interés durante los últimos años. Y mucho menos le revelaría la identidad del verdadero descubridor del pergamino. Pero de poco le iba a servir, si aquel insensato acudía al rey, cegado por la ambición.

—Me ocuparé de dominar el juego —adelantó Omar, regodeándose—. Para empezar solo les mostraré la traducción al latín. Si quieren tener el manuscrito árabe habrán de ofrecer una garantía de inmunidad. Nadie se atreve a importunar a alguien que muestra el sello del rey en un documento a su nombre.

11

—Marcos 6, 14 y Mateo 14, 1.

El hermano Paulo asintió con una sonrisa.

—La muerte del Bautista —afirmó sin dudar.

—¿Acaso conocéis de memoria cada capítulo de los Evangelios? —se asombró Nicolás.

—Cada capítulo y cada versículo, joven. Dios me ha dado una vida larga, y una mente despierta. Habría condenado mi alma si en todos estos años no hubiera sido capaz de asimilar las enseñanzas de Nuestro Señor.

—¿Todos los hermanos conocen las Sagradas Escrituras como vos?

Paulo lanzó una mirada furtiva a su alrededor.

—Dios me libre de la maledicencia, pero hay muchos que ingresan en el capítulo en busca tan solo del beneficio que este conlleva, y se olvidan del oficio, que es predicar el mensaje del Salvador. —Empezó a hablar en voz más baja—. Algunos apenas saben leer y escribir, otros son incapaces de comprender un texto latino si no lo han escuchado cien veces. En el concilio de Santiago se exigió a los nuevos ordenados saber de memoria el salterio, los himnos y cantos litúrgicos, las epístolas, los evangelios y oraciones, pero nada de esto se tiene en cuenta; y, por el contrario, los más versados en leyes abandonan las obligaciones litúrgicas en manos de iletrados capellanes para administrar las crecientes propiedades de la diócesis fuera de la regla, abrazando la vida laica. Son muchos ya los que han abandonado el monasterio para instalarse en viviendas señoriales que compran con sus beneficios. ¡Algunos visten de verde o de bermellón como los nobles, y calzan zapatos con hebilla! A tal punto llega, que a veces es difícil distinguir a un eclesiástico de un cortesano cuando se acercan a uno fuera del monasterio. ¿Ves a estos pocos hermanos? ¿Me creerías si te digo que son los únicos miembros del capítulo capaces de desempeñar el oficio de escribas? En el Concilio de Letrán se impuso la obligación de que cada catedral habilitara una canonjía para remunerar a un maestro de gramática. Sin embargo, Tudela no es sede episcopal y Santa María es solo una colegiata. El prior considera más necesarios los maestros en leyes para administrar sus crecientes rentas.

Nicolás atendió a la perorata con asombro. Supuso que el anciano necesitaba expulsar de sí aquella letanía de reproches y había elegido para ello al primer lego que se ponía a su alcance.

—Pensaba que todos los capitulares poseían una esmerada formación —respondió con sinceridad.

De nuevo el hermano barrió el *scriptorium* con la vista y se llevó la mano a la boca para ocultar sus labios.

—Pocos en el siglo se imaginan la realidad de lo que sucede entre estos muros —susurró con tono enigmático. Luego cambió de improviso de actitud, carraspeó, se irguió y alzó la voz para continuar. Nicolás no tuvo ninguna duda de que había terminado con las confidencias—. ¿Qué sabes del Bautista?

—Que bautizó a Nuestro Señor en el Jordán —respondió dubitativo—. Y que Herodes hizo que le cortaran la cabeza.

—Es más de lo que muchos… —Pareció comprender que reincidía en su falta y se detuvo—. ¿Y conoces los motivos que le llevaron a perder la cabeza?

—Es lo que deseo recordar. Por eso he venido.

El anciano asintió, al tiempo que arrastraba la pierna hacia una de las mesas sobre la que reposaban varios ajados volúmenes, todos con cubierta de cuero de la misma factura. Nicolás supuso que se trataba de una Biblia, pues el hermano Paulo tomó el último volumen y lo abrió por las primeras páginas. Con rapidez pasó las hojas hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí, Mateo 14… —Se lo tendió a Nicolás, que negó con la cabeza.

—Soy un cantero.

—Por supuesto, ¿para qué iba a necesitar un tallista dominar la lengua romana? Yo te lo leeré.

Nicolás escuchó con atención. Esperó a que el hermano Paulo encontrara el mismo pasaje en el Evangelio de San Marcos y de nuevo concentró todos sus sentidos.

—Si lo he entendido bien… Herodes estaba casado con Herodías, que era la mujer de su hermano. Y el Bautista condenaba esa unión, por lo que se granjeó su enemistad y fue encarcelado. Herodías quería matarlo, pero Herodes sentía respeto por Juan…

—O temía a la muchedumbre, que le tenía por profeta.

—El día de su cumpleaños, Herodes ofreció un banquete para sus magnates y tribunos, y para los principales de Galilea. Y al finalizar bailó ante él la hija de Herodías.

—Los evangelistas no lo dicen, pero su nombre era Salomé. Tanto le gustó su danza, que Herodes le prometió darle cuanto pidiera, aunque fuera la mitad de su reino.

—Pero Salomé consultó a su madre, y esta le aconsejó pedir la cabeza del Bautista.

—El rey no deseaba la muerte de Juan, pero había hecho un juramento en presencia de sus principales, de forma que no pudo volverse atrás. Envió a un verdugo a prisión con la orden de cortarle la cabeza y llevársela a Salomé en una bandeja —concluyó el anciano.

Nicolás cerró los ojos. Trataba de imaginar las escenas que habría de representar de acuerdo con el relato de los evangelistas. Entonces regresó el recuerdo de las últimas palabras del maestro Beltrán.

—¿Qué me podéis decir acerca de cierto manual?

El hermano Paulo sonrió por primera vez de manera abierta, mostrando sus dientes amarillentos.

—¿Quién te ha hablado de él?

—El maestro Beltrán lo hizo.

—Eso demuestra que te desea éxito en tu empresa.

—¿De qué se trata?

—Beltrán y su discípulo Bernardo han labrado los capiteles del claustro siguiendo las directrices de dos monjes de la orden, hombres inquietos que viajaron a Roma y han visitado muchos monasterios del Camino, tanto aquí como al norte de los Pirineos. Regresaron de uno de sus viajes con la copia de un manuscrito, un manual de pintura bizantina de un magnífico artista griego. Muchas de las escenas representadas en nuestro claustro están basadas en las descripciones de ese manual, que es fiel a la iconografía bizantina. Si lo consultas, el trabajo que realices no desentonará con el del taller de Beltrán.

—¿Me lo mostrarías? ¿Crees que contendrá alguna descripción del martirio del Bautista?

—Si Beltrán te ha hablado de él, no seré yo quien te niegue el acceso. Con toda seguridad encontrarás lo que buscas.

Paulo se dirigió a una alacena cercana y Nicolás lo siguió. Un monje iluminaba allí un enorme pergamino que atrajo su atención y se detuvo. También el anciano lo hizo.

—Es un antifonario de monodia litúrgica. Encargo del chantre, para el coro. Recoge los cantos que se entonan durante los oficios. Dios Nuestro Señor ha dotado al hermano Gabriel de una paciencia sin límites —dijo señalando los magníficos motivos policromados que acompañaban a los textos de las antífonas y a las notas cuadradas en los tetragramas. El monje se limitó a alzar la vista y esbozar un saludo antes de volver a aplicarse a la tarea—. Cuando esté acabado será un tesoro para nuestra colegiata.

Nunca antes Nicolás había prestado atención a detalles como aquellos. No comprendía bien lo que tenía delante, solo alcanzaba a ver pequeñas manchas negras que salpicaban grupos de cuatro líneas paralelas, distribuidas de manera ordenada en cada pliego. Bajo cada una, un texto latino con palabras que le parecían troceadas. Pero lo que más llamaba la atención era el dibujo coloreado que encabezaba cada uno de los pliegos que permanecían extendidos sobre el tablero. El aspecto del conjunto era soberbio.

—¡Aquí está! —anunció el hermano Paulo, que ojeaba un manuscrito también iluminado—. Fíjate en lo que dice acerca del martirio de San Juan…

Una mesa en la que está sentado Herodes con sus principales y nobles.

Delante de la mesa, baila una muchacha ricamente ataviada.

El decapitado yace sobre el suelo. El verdugo coge la cabeza con sus manos y la coloca sobre la bandeja que sostiene la muchacha.

Herodías, con vestiduras reales, está sentada. Ante ella una muchacha lleva la cabeza del Precursor en una fuente.

—¡Son las cuatro escenas que sin duda Beltrán espera que esculpa en ese capitel!

—Así lo creo yo también. Si Beltrán solo te ha dado estas indicaciones, es porque pretende ponerte a prueba. A veces el trabajo de un escultor no se reduce a tallar en piedra lo que se le ordena; debe ser él quien decida los motivos más adecuados para cada escena, de acuerdo con las Escrituras y con las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. Te aseguro que Beltrán ha pasado muchas jornadas sentado a estas mesas. —Nicolás seguía con los ojos clavados en la descripción, que el anciano había seguido ayudándose con el dedo índice—. Pero hay algo más. Robert de Chester posee un salterio inglés en el que está representada esta escena, siguiendo con precisión este mismo guion.

—Las copias de este manuscrito parecen haber viajado mucho.

—Sin duda, el hermano Robert trajo el salterio consigo desde Chester. Pero no es de extrañar, Leonor de Aquitania fue esposa del rey Enrique de Inglaterra, como nuestra amada Berenguela lo es ahora del rey Ricardo: las relaciones han sido estrechas.

—¿Creéis que me lo mostraría?

—Esa pregunta tendrás que hacérsela a él. Digamos que nuestras relaciones no son demasiado… cordiales.

—Algo que el prior de este monasterio desaprueba.

Nicolás y el hermano Paulo se volvieron al tiempo, sobresaltados. Guillermo Durán se encontraba en pie tras ellos, con las manos recogidas dentro del hábito a la altura del estómago.

—¡Hermano Guillermo! —exclamó el anciano azorado—. No os habíamos oído llegar.

—¿A qué se debe la atención que prestáis a un seglar… mientras descuidáis las obligaciones con vuestros hermanos?

—Viene de parte del maestro Beltrán. Es uno de sus discípulos —aseguró el bibliotecario.

—No son esas mis noticias. Si no me engaño, trabaja en uno de los talleres de cantería, a las órdenes de Marcel.

—Si la intuición no me falla, será así por poco tiempo —se atrevió a responder.

—Id a atender a los hermanos —ordenó el prior, inexpresivo—. He visto tinteros vacíos, cálamos poco afilados y volúmenes sin recoger.

—Así lo haré —respondió agachando la cabeza con humildad. Se dio la vuelta y se alejó mostrando su cojera. Nicolás hizo ademán de seguirle, pero el prior lo tomó por la muñeca.

—Aguarda —le pidió—. Tengo algunas preguntas que hacerte.

Sin esperar a recibir su conformidad se dirigió a uno de los ventanales. Estaba cerrado con láminas de vidrio basto que, si bien no permitían ver con claridad a su través, dejaban pasar la luz. Se apostó frente al vano y esperó a que se acercara. Nicolás observó al monje: sus espaldas eran anchas, su cuello poderoso y los rasgos y la actitud más propios de un hombre de armas que de un religioso. El cabello, fuerte, moreno y espeso, parecía obligar a un frecuente rasurado para conservar la tonsura, que contrastaba con una poblada y larga barba negra. Su cabeza parecía así desplazada hacia abajo, como si lo que se negaba a la coronilla se le hubiera concedido con creces al mentón. No era, sin embargo, su aspecto físico lo que le intimidada, pues no dejaba de compartir con él su marcada fortaleza; era sin duda el aire de autoridad que emanaba de él, su forma de desenvolverse desde una posición de natural superioridad, como si estuviera en el mundo para dominar al resto del rebaño.

—Veo que, a pesar de ser cantero, te atrae el arte de la escultura.

—Así es, ambas disciplinas son…

—Sin embargo —le cortó— no has entrado como aprendiz en ninguno de los talleres que trabajan en Tudela, tal como hacen aquellos que desean iniciarse en tal arte.

—El maestro Beltrán me ha…

—Has elegido como maestro a un alarife moro —le interrumpió de nuevo.

—Así es, de Ismail ibn Ammad he aprendido lo que sé —respondió molesto.

—¿Cómo lo conociste?

—Si os he de ser sincero, no lo recuerdo. Siempre estuvo cerca, pendiente del progreso de los trabajos en la colegiata, como si la obra y el trabajo de sus artífices le subyugaran.

—Durante todos estos años has acudido a su taller en la morería, ¿no es cierto?

—Así es. —Nicolás se limitó a asentir, perplejo.

—Y en todo este tiempo… —La seguridad que había mostrado al principio parecía ahora ausente, como si dudara al elegir las palabras—. ¿Nunca te ha hablado de ninguna posesión, un documento quizá, algo que él conservara y que pudiera tener importancia para otros?

El prior le escrutaba el rostro mientras hacía la pregunta, pero solo pudo observar su perplejidad. Nicolás negó con el gesto.

—Quizá si fuerais más explícito… ¿A qué os referís con exactitud?

El prior se volvió y observó la sala iluminada, como si hubiera perdido su reciente interés.

—No es nada, olvídalo. Ni siquiera sé por qué te pregunto esto a ti, y no a él mismo. No se trata de nada que haya que ocultar.

Nicolás captó algo apenas perceptible en la voz del prior, algo que le hizo pensar que en aquel momento no estaba siendo sincero.

—Ahora, si no te importa… —Se movió hacia la salida dejando claro que daba por zanjada la conversación—. No es conveniente molestar a los escribas mientras están haciendo su tarea. Un error, un pequeño despiste, puede arruinar el trabajo de semanas.

Nicolás bajó las escaleras desorientado, zarandeado por una mezcla de sensaciones. Habría debido estar satisfecho, pues salía de allí con toda la información que necesitaba acerca del capitel del Bautista. Sin embargo, la breve conversación que acababa de mantener había despertado en él algunos interrogantes y cierta inquietud. ¿Estaba al tanto el prior Guillermo de las andanzas de un simple cantero, como le había calificado? ¿De qué hablaba al referirse a un documento importante que pudiera tener en su poder Ismail?

Trató de hacer memoria, pero estaba seguro de que Ismail nunca, en todos aquellos años, le había vuelto a mencionar el manuscrito, y no por falta de confianza, pues en muchas ocasiones le había abierto su corazón con una sinceridad indudable. Recordaba bien el rollo de pergamino que hallara en el *mihrab* de la mezquita en el momento de su derribo; en pocos días se había deshecho de él para que Ismail lo vendiera en la morería, y así conseguirle los dos morabetinos que aún ocultaba en casa, a la espera de darles mejor uso que el vino de la taberna.

Cuando salió al bullicio de la calle más cercana a la colegiata ya había decidido que no iba a inquietarse por aquello. Si el prior Guillermo había conseguido despertar en su interior la conocida quemazón no era por aquel asunto, sino porque le había traído a la memoria, de la forma más vívida, a la causante de sus desvelos en los últimos años.

Muchos en la ciudad correrían a contar en la taberna que el prior de la colegiata se había dirigido a ellos. No en vano era, quizá, el hombre más poderoso en Tudela después del rey y del alférez real, toda vez que el obispo de la diócesis no moraba allí. Pero podría jurar ante cualquiera que él no se había sentido impresionado tanto por la autoridad del prior como por su condición de tío de la mujer que se había convertido en su obsesión.

Habían pasado tres años desde el día en que la Divina Providencia le permitiera escuchar la voz de María y contemplar su rostro de cerca por primera vez. Había indagado sobre ella, cien veces había acudido a la misa de la tarde a la que solía asistir, solo con la esperanza de contemplar de lejos el perfil de su rostro bajo la toca con la que ocultaba su cabello en el templo. Había llegado a ausentarse del taller para buscarla entre el gentío en el mercado de los miércoles. Sin embargo, era plenamente consciente de que su parentesco con el prior la situaba en una posición inalcanzable para un simple cantero y por eso nunca se había atrevido a abordarla. Su carácter se había agriado, el vino aguado que servía Tristán en La Tabla Negra se había convertido en el único alivio para su mal, y solo las interminables partidas en lo más

profundo de la tafurería conseguían apartar por unas horas de su mente la imagen de la muchacha.

Hasta aquel día, la última primavera, la víspera de San José, una jornada que jamás podría olvidar. Poco antes del mediodía las campanas habían comenzado a repicar, primero las de las espadañas provisionales de la colegiata, después San Pedro, San Nicolás y la Magdalena… Lejos de detenerse, el resto de las parroquias se fueron sumando hasta que la ciudad entera salió a la calle ávida por conocer el motivo del alborozo. Ausente el rey, que días atrás había emprendido viaje a Pamplona con la *curia regis* al completo, corrió la voz de que iba a ser el prior quien se dirigiera a los fieles desde un improvisado estrado en la puerta norte de la colegiata, y allí se agolpó la villa entera. La actividad en la obra se interrumpió con el lógico regocijo de los operarios, y también Marcel dio por terminada la jornada en el taller.

El prior apareció ante la ciudad con el hábito negro de la orden y descubierto, sin ornamentos que mostraran su destacado ministerio. Su envergadura, sin embargo, y su actitud y la voz profunda con la que reclamó el silencio de los asistentes, consiguieron impresionar a los afortunados que alcanzaban a escucharlo. Marcel, Nicolás y sus camaradas estaban entre ellos, pues el taller se encontraba a pocos pasos del lugar donde se había ubicado el estrado. Tras Guillermo Durán se encontraban el prior de los hermanos hospitalarios y el maestre de los templarios establecidos en la ciudad y, a sus pies, bajo la portada inconclusa, la comunidad de frailes agustinos al completo.

El prior Guillermo llamó la atención del pueblo congregado ante él y alzó el pergamino que portaba en su mano derecha. Anunció que se trataba de una bula papal, portada por un correo vaticano que había llegado aquella misma mañana tras un largo viaje desde Roma. En ella —informó— Celestino III agradecía el cambio de actitud del rey Sancho al aceptar su propuesta de una alianza de los reinos cristianos contra los infieles y, a cambio, lo reconocía como *Rex Navarrorum*, Rey de Navarra, el título que la Iglesia había venido negando a su padre y a su abuelo.

Empezaron a escucharse exclamaciones aisladas que contagiaron el entusiasmo a la multitud. Tras los primeros vivas al rey, el prior trató de mantener el silencio para hacerse oír. Nicolás recorrió con la vista la explanada abarrotada y fue entonces cuando sus miradas se cruzaron. Ella estaba allí, a diez codos, y tenía los ojos clavados en él, aunque los bajó al instante, avergonzada por su atrevimiento. El corazón comenzó a latirle desbocado, y por un motivo muy distinto al que animaba a los demás. Apartó a quienes tenía a su lado para abrirse paso, ganándose un par de imprecaciones, avanzó como pudo entre el gentío y la perdió de vista, aunque de nuevo divisó la cofia con la que aquel día se cubría. Respirando de manera agitada llegó a su lado, rebosante de esperanzas. Si ella estaba allí no era para escuchar a su tío, a quien tenía acceso en cualquier momento. Quizá, incluso, estuviera al tanto de lo que el prior iba a anunciar. Solo podía imaginar un motivo, y la mirada fija en él,

que había sorprendido un instante antes, parecía confirmarlo.

María se alzaba de puntillas y levantaba la cabeza, como si no quisiera perder detalle de lo que sucedía en el estrado, pero, de soslayo y sin girar la cabeza, observaba la llegada de Nicolás. Solo se volvió cuando lo supo a su lado. Acercó la boca a su oído derecho y casi le rozó con los labios.

—A la hora nona, en la Tahona del Roncalés. —Lo dijo como quien, en el último momento, deja salir de los labios algo que se creía incapaz de decir, con aquella voz que Nicolás anhelaba oír desde su primer y fugaz encuentro. Luego, ocultando el rostro encendido, le dio la espalda y se escabulló entre la gente.

Pasó las dos horas que restaban en La Tabla Negra con sus camaradas, aunque indiferente a las chanzas con las que celebraban el inesperado asueto, sentado a la mesa y haciendo bailar nerviosamente el vaso entre las manos. Mucho antes de que llegase la hora nona caminaba por las inmediaciones de la iglesia de San Jaime, llenando los pulmones con el olor del pan recién cocido que inundaba la plazuela a la que se abría la tahona. En alguna ocasión había visto a la dueña, una viuda que, a pesar de su juventud —no contaría más de veinticinco años— había conseguido hacerse cargo del negocio tras la inesperada muerte de su esposo. Recién casados habían llegado del norte, seguramente del valle de Roncal que daba nombre a la tahona, atraídos como muchos por el auge de la ciudad. Recordaba que María había atravesado aquella puerta alguna vez y quizá, aunque no podría asegurarlo, era su dueña quien en algunas ocasiones la acompañaba.

Confiaba en verla entrar en el horno antes del momento convenido, así que la angustia se apoderó de él cuando una de las campanas de la espadaña de Santa María anunció a los monjes la hora de la Misericordia. Le asaltó la duda: ¿seguro que era aquel el lugar de la cita? ¿Habría tenido ella un contratiempo? ¿O quizá tan solo se había dejado llevar por un impulso irrefrenable y en aquellas horas la cordura se había impuesto?

Solo le quedaba una salida. Salvó la distancia que lo separaba de la tahona y, venciendo el temor, empujó la puerta baja. El calor resultaba agradable, pero, sobre todo, era el delicioso aroma del pan y la leña el que lo impregnaba todo. Recordó que no había probado bocado desde la mañana.

No había nadie detrás del tosco mostrador de madera, ni siquiera panes a la vista, como era lógico: la mayor parte del negocio consistía en proporcionar la levadura y en cocer el pan que las mujeres amasaban en sus propias casas. El rojo encendido de las llamas se colaba por las rendijas que quedaban entre la puerta y la obra del horno, y coloreaba la pala enharinada que reposaba en pie junto a ella.

—¿Quién vive? —llamó.

No hubo respuesta, pero una silla se corrió en el interior y escuchó un murmullo de voces apresuradas. La panadera salió de la trastienda apartando una ajada cortina de arpillera, mientras con la otra mano se atusaba el halda blanquecina. Era muy joven, pero las penas y el trabajo duro ya habían dejado marca en su rostro.

—¿Qué te puedo ofrecer? —dijo a modo de saludo. Por la soltura se notaba que estaba acostumbrada al trato cotidiano con la clientela.

Nicolás no había pensado en aquella situación. Ni siquiera llevaba monedas para comprar un pan de centeno. Se maldijo por su torpeza. Azorado, soltó lo primero que le pasó por la cabeza.

—Me… me envía mi padre. Quiere saber si podrías llevar unos panes al tajo. Para el almuerzo. Una, dos veces por semana será suficiente.

La moza, apoyada con ambas manos en el mostrador, abrió mucho los ojos y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Nicolás… ¿De verdad has venido aquí en busca de pan? —rio.

—No —musitó avergonzado, moviendo la cabeza. Se sentía estúpido. Pocos hombres en Tudela serían capaces de enfrentarse a él, pero allí estaba, tan inseguro como un mocoso pillado en falta, sintiendo que las rodillas apenas le sostenían.

—Anda, entra a la trastienda… —Le apartó la cortina y se hizo a un lado para dejarle pasar—. Tengo las masas reposadas, he de preparar una hornada. Os dejaré solos un buen rato.

Al principio no la vio. La estancia estaba repleta de sacos de harina, artesas de madera apiladas, varias tinajas de agua y canastos de mimbre colgados de alcayatas. Un intenso haz de luz, que llegaba a deslumbrar en la habitación por lo demás oscura, entraba a través de un ventanuco alto, y María permanecía debajo, sentada en una vieja mecedora cubierta por cojines. Cuando se levantó, una nube de harina se alzó con ella. Se quedó parada, mirándolo, y Nicolás sintió que su corazón se iba a detener también. No lo hizo, pero sí sus miembros y sus labios, que quedaron paralizados, incapaces de moverse, incapaces de hablar. Nunca la había tenido tan cerca durante tanto tiempo. María aún conservaba los rasgos de la niñez en un rostro inmaculado, armonioso, casi angelical, que asomaba entre las dos largas tiras de tela con las que se prolongaba su cofia. Los labios entreabiertos, carnosos y sensuales desmentían aquella primera impresión. Pero lo que atrapó la atención de Nicolás, hasta el punto de sentirse incapaz de apartar los ojos de ella, fue su mirada fija, profunda, serena, en la que se mezclaban la curiosidad, una pizca de impudicia y, lo más turbador, un evidente poso de miedo.

—Hola —dijo ella tan solo.

La voz era la misma con la que soñaba cada día.

—Hola, María —acertó a responder. Todas las frases que había preparado en la cantina se esfumaron de su mente y las que recordaba carecían de sentido en aquel momento; le parecían vacuas e incapaces de expresar sus sentimientos.

—Hace mucho que sigues mis pasos —le ayudó.

—Pronto hará tres años.

El silencio volvió a instalarse entre ambos. Solo se escuchaban los sonidos de la tahona al otro lado de la cortina.

—Aldara es mi mejor amiga. Desde que enviudó. —Aclaró.

—¿Ha sido ella quien te ha sugerido…? —No terminó de formular la pregunta, pues la sonrisa esbozada de María le indicó que había dado en el clavo.

—Por fuerza he de confiar en ella. Por edad y por experiencia, conoce mejor que yo… a los hombres.

Le había costado concluir la frase, y Nicolás reparó en que era así como María lo veía, un hombre de veinticinco años. Ella, si no se engañaba, contaba solo diecisiete. Por un instante temió que aquello fuera lo que María quería decirle, que era demasiado lo que los separaba, y no solo su posición social, sino ocho largos años. A la edad de María él había entrado en el taller de Marcel como aprendiz, y desde entonces parecía haber transcurrido una vida.

—Supongo que debo estarle agradecido, si ha sido ella la que te ha sugerido que me cites aquí. —Nicolás se alegró de haber encontrado en Aldara una ayuda en la que apoyar la conversación.

—Debes agradecérselo a ella, es cierto. Yo sola nunca me hubiera atrevido a hacer lo de esta mañana. —El tono de su voz indicaba que todavía no podía creer en su propia osadía.

—Me alegra que lo hayas hecho —sonrió—. Quizá tampoco yo me hubiera atrevido…

—Aldara me da consejos. Dice que es bueno que hablemos. —Una risa que denotaba cierta candidez salió de su garganta—. Que te pregunte qué te ha llevado a seguir mis pasos estos años, cuáles son tus intenciones.

—¿Mis intenciones? —resopló para dar a entender que le resultaba muy difícil responder y se entretuvo antes de hacerlo—. Ni yo mismo las conozco. Supongo que las mismas que las de cualquier hombre que se siente atraído por una muchacha, tal como yo lo estoy desde el primer día.

Nicolás creyó advertir un brillo distinto en los ojos de María.

—En ese caso… ¿Por qué no has hecho lo que hace el resto?

—Porque sabía quién eres. Y sé quién soy yo. Prefería conservar la esperanza, aunque fuera a costa de verte de lejos, antes que arriesgarme a recibir la negativa de tu tío. Tampoco sabía cuáles eran tus sentimientos hacia mí.

—Supongo que ahora ya conoces la respuesta a esa duda. El hecho de haberte traído aquí…

De nuevo Nicolás notó que el corazón se le aceleraba. ¿Acaso María no le estaba confesando que sentía lo mismo por él?

—Entonces… ¿Podremos seguir viéndonos?

—No creo que Aldara ponga ninguna traba. —Indicó con la cabeza hacia el despacho de pan, donde se oía su voz hablando de forma animada con algún parroquiano. Luego regresó a su mecedora y señaló hacia un taburete que descansaba junto a la mesa de amasar.

Nicolás se dejó caer, y entonces fue consciente de lo tenso que había permanecido hasta entonces. Apenas podía creer lo que sucedía; la forma en la que, a pesar de las

dificultades del inicio, fluía la conversación.

—Hace tiempo que sigo tus pasos… Y sin embargo sé muy poco de ti —confesó Nicolás.

—Yo en cambio, conozco bastantes cosas de ti. Y la culpable es de nuevo Aldara —sonrió, esta vez de forma más abierta—. Sabe cómo tirar de la lengua a las comadres mientras se cuece su pan en el horno.

Nicolás rio francamente. Sentía que la tensión había desaparecido por completo y que a partir de aquel momento todo iba a resultar más sencillo.

Aquella noche, en La Tabla Negra, quienes conocían a Nicolás se sorprendieron con su repentino cambio de humor. No faltó el vino en la mesa donde se sentaba el grupo de canteros, y corrió de su bolsillo la cazuela de pichones de la que dieron cuenta, acompañada por una hogaza recién hecha con la que el propio Nicolás había aparecido por la taberna.

Ya en casa, escuchando la respiración de su madre en la alcoba contigua, se prometió a sí mismo que, si el único escollo que ahora lo separaba de un futuro en común con María era su condición de vulgar cantero, haría todo cuanto estuviera en su mano para salir de ella. Y solo se le ocurría una manera.

12

El mayordomo recorrió con mirada atenta la gran sala del castillo. Desde el ángulo más cercano a la puerta tenía una visión de conjunto de la reunión de la curia real en aquella fría y gris mañana invernal, en la que las teas encendidas se hacían necesarias a pesar de que el día estaba ya bien entrado. A través de los ventanales solo se apreciaba una cortina espesa formada por los copos que desde la víspera no habían dejado de caer sobre la ciudad, de forma pausada pero constante. Aquellos que acertaban a precipitarse junto a los miradores formaban en los alféizares pequeños montículos de nieve que amortiguaban la luz ya de por sí escasa en el interior. En las dos grandes chimeneas ardían gruesos tarugos, pero el calor del fuego no parecía ser suficiente para caldear el ánimo de los hombres reunidos en torno a la mesa. Los largos años de experiencia al servicio de la corte le habían enseñado a observar detalles que para otros pasaban desapercibidos, lo que le permitía valorar con precisión la gravedad de situaciones como la que en aquel momento atravesaba el reino. Aquella mañana el escanciano aguardaba inmóvil a que algún miembro de la curia, quizá el propio rey Sancho, le hiciera una señal para acudir presto a rellenar su copa, pero todas ellas descansaban sobre el lienzo que cubría la mesa sin que nadie se acercara la suya a los labios. Las voces de quienes tomaban la palabra eran graves, los gestos, contenidos y las expresiones de los rostros revelaban desasosiego, cuando no crispación.

El rey presidía la reunión, flanqueado por el alférez real, el obispo de Pamplona, el merino mayor y el canciller. Completaban los laterales de la mesa el prior Guillermo, otros eclesiásticos, algunos de los titulares de las tenencias más próximas, ricoshombres y otros magnates laicos y miembros de las familias más influyentes del reino, hasta completar una treintena de asistentes.

—¡En qué situación me veo! —exclamó el obispo García en aquel momento—. Y nadie en esta sala podrá reprocharme falta de esfuerzos para evitar el desastre, pero de nada han servido mis gestiones ante el legado papal. ¡Mi rey excomulgado, y el reino en entredicho!

El obispo agitó el pergamino con el lacre roto.

—¡Nadie os ha reprochado nada, García! —respondió el rey—. Gregorio de Santángelo ha sido un monigote en manos del rey Alfonso, y el Papa se ha limitado a estampar su firma en esa bula que el cardenal le ha puesto delante. Sabéis bien que las acusaciones que contiene ese documento son falsas: no he roto treguas con ninguno de los reyes cristianos, no he tomado esos castillos por la fuerza y ningún compromiso se ha trabado con los sarracenos.

—En nada ayudan en la situación actual los pactos con los infieles a los que llegasteis en un pasado no tan lejano, en contra de mi parecer, debo recordaros. Ni el

hostigamiento al que sometisteis a Castilla aprovechando la terrible derrota de Alarcos. Aquella herida sigue abierta, solo han transcurrido dos años…

—¿Acaso algo ha cambiado en estos últimos meses? Os recuerdo que solo han pasado unos cuantos desde que el Papa promulgó otra bula similar en la que se me reconoce en calidad de rey.

—No os engañéis, Ilustrísima —intervino el canciller Fortún para apoyar a su señor—. La excomunión es una hábil maniobra del rey Alfonso para allanar el camino en pos de sus intereses. Mucho me temo que este episodio sea solo la antesala de un nuevo intento de reparto de Navarra entre Castilla y Aragón. Sin duda el rey Alfonso espera deserciones en vuestras filas y supone, con razón, que pocos caballeros y ricoshombres estarán dispuestos a engrosar con su hueste las filas de un ejército encabezado por un rey excomulgado, y que defiende las fronteras de un reino en entredicho. Las falsas acusaciones de Alfonso son solo la justificación para un inminente ataque contra Navarra.

El rey Sancho descargó su rabia con un tremendo puñetazo sobre la mesa. Varias copas, las más cercanas, saltaron sobre el lienzo, se volcaron y derramaron su contenido.

—¿Vais a publicar la bula de excomunión?

—¡Es mi deber hacerlo! ¡Soy el obispo de Pamplona! No hacerlo sería desafiar la autoridad del papa Celestino.

El mayordomo se alegró del estropicio provocado por el rey. De no haber sido necesaria su presencia para dirigir a los sirvientes encargados de recomponer la mesa, se habría visto obligado a abandonar la sala. Y aquella discusión lo tenía en vilo. El cargo que ocupaba le daba la oportunidad de estar al tanto de cuestiones vedadas al conocimiento de la mayoría, y durante los últimos años había podido seguir el devenir de los acontecimientos cosiendo los retales de lo que escuchaba, lo que intuía y lo que podía sonsacar a algunos de los habituales en aquella sala. El vino del rey hacía milagros a la hora de aflojar las lenguas. Así, había sabido que Sancho, a través de un emisario, había alcanzado años atrás, tras la derrota de Alarcos, un pacto con el soberano almohade por el que se comprometía a mantenerse neutral a cambio de cierta cantidad de oro. Aquella actitud, compartida con el rey de León, había merecido el reproche del Papa en una carta llegada a Pamplona en la que calificaba su proceder como una ofensa a Dios, y le conminaba a retomar la alianza con el resto de los reyes cristianos.

Fue el rey Alfonso II de Aragón quien emprendió las gestiones en tal sentido y, sirviéndose de una peregrinación a Santiago, estableció contactos con el resto de los soberanos. La desconfianza entre los tres reyes era tal que el encuentro se había celebrado en el punto de confluencia entre sus tres reinos de forma que, aun sentados a la misma mesa, cada uno de ellos permaneció dentro de su territorio.

Por lo que sabía, aquella entrevista había tenido pocos resultados concretos, aunque al menos había conseguido que cesaran los ataques mutuos. Después llegó el

reconocimiento de Sancho como rey de Navarra por parte del papa Celestino, en un intento de atraer al monarca a la alianza frente a los almohades.

Sin embargo, la inesperada muerte de Alfonso II había dado al traste con todos los intentos de asociación, porque el gobierno de Aragón recayó *de facto* en su viuda, la reina Sancha, castellana de origen y tía del rey de Castilla. Ambos atacaron entonces al rey de León y, una vez bajo su control el frente occidental, parecían a punto de volverse contra Navarra, en una maniobra de tenaza que mantenía en aquel momento a la curia al completo alrededor de la mesa que él mismo había dispuesto.

—¿Qué opinión os habéis formado vos acerca de nuestra situación, prior Guillermo? —inquirió el rey—. Intuyo que lleváis un rato queriendo hablar.

—Mi señor —intervino el clérigo tras un carraspeo—, no podéis pedir al obispo García que contravenga las órdenes llegadas de Roma. La autoridad del Papa está por encima de cualquier cuestión terrenal, y es Dios mismo quien guía su mano cuando estampa su rúbrica y el sello vaticano en una bula como esta.

La mirada del monarca atravesó al prior Guillermo.

—Y supongo que es Dios mismo quien os dicta esa opinión a vuestro oído —espetó Sancho con voz pausada, aunque el sarcasmo matizaba cada una de sus palabras—. ¡Que nadie en esta sala piense que las diferencias que mantenemos respecto al cobro de diezmos de las tierras de realengo puedan condicionar vuestra postura!

—No lo hacen, pero también al rey obligan las leyes, los usos y las costumbres de su reino. —Cualquier otro hubiera agachado la cabeza ante la reconvención del monarca, pero Guillermo Durán hablaba con aplomo y desafiando al rey con la mirada—. Y ya que mi señor trae a colación el asunto, creo que esta asamblea debería pronunciarse sobre tal disputa, dada su trascendencia. Tan capital es su resolución, que quizá no sería descabellado someterla al criterio del legado antes de su partida. Gregorio de Santángelo es un hombre versado en Derecho que, sin duda, sabrá buscar la salida más ajustada a las leyes de Dios y de los hombres.

—Quizá lo que sucede es que no veis con malos ojos las pretensiones de Pedro, el nuevo rey de Aragón, y de Alfonso de Castilla. —El rey Sancho había enrojecido y gruesas venas empezaban a trazar caminos sinuosos en su frente—. Quizá creáis que otro soberano se doblegaría con más facilidad ante vuestro afán de riquezas.

—¡Soy un hombre de Dios, y no ambiciono riquezas para mi persona! Todos los ingresos del cabildo son destinados a la obra de la colegiata, que se eleva al cielo para mayor gloria de Dios.

—¡Y para satisfacer vuestro orgullo y vuestra vanidad!

—¡Mi señor, fray Guillermo… no es momento de disputas! —trató de apaciguar Martín, el alférez real, quizá el único en la sala junto al prior de la colegiata capaz de contrariar al rey—. La situación es grave, debemos buscar una solución y no añadir ahora más problemas a los que ya tenemos.

—Aún no es tarde, si su Ilustrísima no da a conocer de momento la bula papal —

apostilló el canciller.

El rey se volvió hacia el obispo.

—Sabed, mi buen García, que si el reino es invadido, la cátedra que ocupáis pasará sin duda a manos de un prelado de la confianza del rey Alfonso, alguien que se haya significado apoyando sus apetencias. El obispo de Tarazona, quizá. O ¿quién sabe…? Quizá el agraciado sea alguien con pretensiones más terrenales que divinas, alguien recientemente regresado de visitar la Seo de Zaragoza. —De nuevo la mirada de Sancho se clavó sin recato en el rostro de fray Guillermo.

El obispo García se revolvió en su sitial, incómodo.

—Convocaré Sínodo de la diócesis en Pamplona para abordar esta espinosa cuestión —concedió al fin—. En breve tendréis respuesta.

El mayordomo vio cómo se abría la puerta de la gran sala y entre las dos hojas surgió el rostro del alcaide. Buscó en la sala hasta que sus miradas se cruzaron y, con un gesto, le indicó que lo necesitaba. Lamentó no poder asistir al final de la reunión, pero creía haber escuchado lo suficiente para hacerse una idea de la situación crítica por la que atravesaba el reino, a la espera del inminente ataque de las dos grandes potencias que lo flanqueaban. Como todos en la corte, sentía que la angustia atenazaba su garganta cuando pensaba en los previsibles acontecimientos que se avecinaban. La guerra siempre era temible, pero lo era mucho más cuando era el suelo que pisaban el destinado a convertirse en campo de batalla. Suponía que el resto de la mañana estaría dedicado precisamente a los preparativos para hacer frente a aquel nuevo intento de repartirse el reino entre ambos monarcas, el jovencísimo Pedro de Aragón, influenciado sin duda por su madre Sancha de Castilla, y el veterano y ambicioso monarca castellano, Alfonso. Cerró la puerta tras de sí cuando el rey tomaba de nuevo la palabra. En aquel momento no envidiaba al hombre que soportaba el peso del reino sobre su poderosa espalda.

El sol comenzaba a declinar cuando doblaron el último recodo del Camino Real antes de enfilar el puente sobre el Ebro. Un espeso manto blanco cubría los campos y los montes y el sol, que había asomado después del mediodía, les obligaba a entrecerrar los ojos para no resultar cegados por la luz reflejada en la nieve.

Sancho había ordenado ensillar los caballos tras el banquete posterior a la reunión de la curia, y se había hecho acompañar por los más próximos. El panorama que se contemplaba desde los miradores del castillo al disiparse las nubes grises invitaba a atravesar las murallas para gozar de una cabalgada por los caminos nevados que partían de la ciudad. De nuevo era Martín Íñiguez, el alférez real, quien avanzaba a su lado, aunque otros jóvenes caballeros de noble familia los flanqueaban. Aquellas salidas se habían convertido en costumbre y, en cualquier caso, se repetían cada vez que las tribulaciones amenazaban con resultar una carga demasiado pesada, tanto durante las prolongadas estancias en Tudela como en la corte de Pamplona o en las

visitas al resto de las villas del reino. Las batidas del entorno a caballo se alternaban con las frecuentes partidas de caza, en las que también el rey se vaciaba hasta la extenuación. Aquel día el esfuerzo de los jinetes, cabalgando sobre una capa de nieve en la que las bestias se hundían hasta los corvejones, había resultado especialmente gratificante, a la altura del tamaño de la zozobra que habían dejado atrás, entre los muros del castillo.

Martín sabía bien que el rey vivía en los últimos tiempos atormentado. Aparte de Blanca, la infanta, él se había convertido en su único confidente, tras el fracasado y efímero matrimonio con Constanza, al que el rey había puesto fin de forma abrupta con un desagradable repudio que a punto había estado de costar un conflicto con el condado de Toulouse. La reina no había concebido antes de partir, y Sancho seguía sin descendencia legítima, aunque en las últimas semanas se podía oír a menudo en el castillo el llanto de un nuevo bastardo real.

La amenaza cierta de la guerra se cernía sobre el reino, y todos sabían lo que aquello significaba: la muerte de muchos de los más capaces, el drama de cientos de familias descabezadas y sin recursos, la pérdida de las cosechas, la miseria y el hambre.

Sancho en aquella ocasión no saltó del caballo al llegar al humilladero y el joven palafrenero que se había adelantado dispuesto a hacerse cargo de las riendas se hizo a un lado. Aún a caballo se adentró sobre la tablazón del puente, en cuyos bordes se amontonaba la nieve, y las pisadas hicieron temblar la estructura. La guardia se apresuró a flanquearlo, dos de sus miembros se adelantaron para asegurar el extremo opuesto que daba acceso al recinto amurallado de la ciudad y Martín no tuvo más remedio que mantenerse a su espalda. El parcheo que de continuo sufría el puente y los tableros claveteados con prisa para limitar las oscilaciones le daban un aspecto lamentable pero, a pesar de todo y a duras penas, seguía cumpliendo con su fundamental función, solo Dios sabía hasta cuándo.

Los soldados de la guarnición apostados en la puerta dejaron pasar a los dos primeros escoltas y se cuadraron ante la figura inconfundible del rey quien, de forma instintiva, se dobló sobre la cruz del caballo para evitar la viga superior del dintel. Martín le siguió, saludando a su paso a los subordinados que montaban guardia en aquel acceso practicado en la muralla, ateridos por la inactividad y por la corriente de aire helado que discurría por el interior del túnel de piedra. El revuelo al otro lado le puso en alerta. Escuchó el relincho de un caballo asustado, un grito de advertencia, y una voz desconocida que hablaba a gritos en una lengua que no conseguía entender. Desmontó de un salto y corrió hacia la salida, a tiempo de ver el caballo del rey alzado de manos, a punto de desmontar a su jinete. Los guardias se habían tirado también de sus monturas y se abalanzaban sobre un hombre vestido a la usanza de los moros. Uno de ellos lo tumbó en el suelo embarrado y otro le clavó la rodilla en la espalda, usando todo su peso para inmovilizarlo. Entonces reparó en algo que el musulmán sostenía en su mano derecha, algo que pretendía preservar evitando que se

mojara en el suelo encharcado, aun a costa de alzar el brazo forzando una postura inverosímil.

—¡Qué haces, chiflado! —aulló el rey.

—¡Mi señor! Deseo entregaros este pergamino. ¡Debéis leerlo! —Al instante recibió una patada en la cara que le hizo gemir de dolor.

—¡No te atrevas a dirigirte al rey, maldito moro! —gritó el guardia que lo mantenía inmóvil al tiempo que lo cacheaba. Del interior de su chilaba extrajo una daga corta, que arrojó lejos.

—¡No deseo hacer ningún daño al rey! —balbuceó en romance, con la mejilla aplastada contra el suelo.

—¡Calla, bastardo! —aulló el guarda fuera de sí, al tiempo que lo golpeaba con el dorso de la mano.

—¿Estáis bien, mi señor? —preguntó Martín cuando llegó a su lado.

—¡Este loco ha estado a punto de perecer bajo los cascos del caballo! —dijo el rey—. Se ha arrojado a mis pies.

—¡Tomad el pergamino, mi señor! ¡Es lo único que pretendo! Vos, ¡solo vos debéis leerlo!

Fue lo último que pudo gritar antes de que un brutal puntapié en la cabeza lo dejara sin sentido.

El guardia se levantó y volteó el cuerpo. A pesar del rostro embarrado y el reguero de sangre que le asomaba de la nariz, Martín comprobó que era un hombre joven; sus rasgos le resultaban desconocidos. A pesar de la inconsciencia, su mano derecha seguía aferrando el rollo, como si sus dedos se hubieran acalambrado en torno a él y, de alguna manera que no llegaba a comprender, había conseguido mantenerlo fuera del charco en el que yacía. Le costó arrancárselo de la mano mientras los guardias lo alzaban con pocas contemplaciones.

—Cargadlo en una montura y subidlo al castillo —ordenó el oficial de la guardia —. Le interrogaremos cuando esté en condiciones de hablar.

El revuelo había atraído a gran número de curiosos que habían formado un amplio círculo entre la Puerta del Puente, la obra de la iglesia de la Magdalena y las primeras rampas de subida a la fortaleza. La presencia del rey siempre era motivo de admiración y de comentarios y los guardias, tras el sobresalto, parecían apremiantes y deseosos de que su señor regresara a la seguridad de los muros del castillo. Sancho volvió a montar y extendió la mano hacia Martín, que aún trataba de guardar el rollo de pergamino entre sus ropas.

—Dejádmelo —le pidió—. Tengo curiosidad por saber lo que contiene. No creo que ese hombre quisiera atentar contra mí, más bien al contrario. Si es cierto lo que ha dicho, ha arriesgado su vida por entregármelo.

Jamás había sentido un frío tan intenso. Era incapaz de controlar el temblor de las

mandíbulas, que amenazaba con hacer saltar en pedazos los dientes que le quedaban. Habría asegurado estar sumergido en un aljibe de agua helada si no hubiera percibido el tacto rugoso de las rocas bajo su costado. Creía haber despertado un instante antes y trataba de percibir los sonidos que le rodeaban en medio de la oscuridad, pero solo escuchaba el inquietante roce y los chillidos intermitentes de las ratas, amén de un goteo cercano y continuo. Trató de moverse para aliviar el dolor lacerante que un saliente de la piedra le producía entre las costillas, pero otras cien agudas punzadas vinieron a sustituirlo. No pudo evitar un quejido que reverberó contra las paredes de aquel lugar. Comprendió así que se encontraba en una mazmorra y los recuerdos empezaron a abrirse paso en medio de la angustia. Había recibido muchas palizas, algunas peores que aquella, pero esta vez el frío lo mortificaba; en cuanto pudiera arrastrarse hasta un rincón y acurrucarse, el propio calor de su cuerpo sería un alivio. Sin embargo, en su mente se abría paso una duda, y la falta de respuesta era lo que más le atormentaba en aquel momento. ¿Qué había pasado con el pergamino? ¿Y si había caído en las manos equivocadas? ¿Y si se había echado a perder, pisoteado por las cabalgaduras en medio del charco donde le habían golpeado? Ismail, una vez más, había tenido razón. Asaltar al rey a su regreso solo podía terminar de aquella manera y, quizá, había dado al traste con la única oportunidad con que contaba. Notó que la náusea le subía a la garganta y creyó morir cuando la arcada previa al vómito le obligó a contraer cada músculo de su cuerpo. Sin embargo, sintió un inesperado alivio después.

Permaneció tumbado un instante más escuchando su propia respiración y el sonido de agua estrellándose contra el suelo de roca. Sin duda se encontraba en los subterráneos del castillo, quizá las únicas mazmorras de Tudela que aún no conocía. Decidió que debía incorporarse para no perecer aterido y, tratando de soportar el dolor y el entumecimiento de los miembros, se apoyó sobre las manos. Lanzó un grito y las retiró al instante al sentir el contacto de una rata que le pasó por encima de los dedos. Asqueado, se los frotó en la tela empapada de la chilaba y, con precaución, se fue poniendo en pie. Comprobó que podía hacerlo sin tocar el techo de la cueva. Con pasos muy cortos y con los brazos por delante avanzó hasta toparse con el muro. Se trataba de una pared de ladrillos de adobe que rezumaba humedad y cuya argamasa parecía deshacerse entre las yemas de los dedos. Avanzó a tientas y se topó con un escalón. El suelo a partir de allí continuaba en un plano más elevado y, con alivio, comprobó que estaba mucho más seco. Decidió que ya era suficiente cuando encontró la primera esquina. Como había pensado, se dejó caer con la espalda pegada al muro, encogió las rodillas y las rodeó con los brazos, tratando de aovillarse para retener el calor. Seguía temblando de manera violenta y se preguntó cuánto tiempo tendría que permanecer allí. La oscuridad era absoluta e imaginó que fuera sería noche cerrada. Entonces vio frente a él una rendija vertical a través de la cual se filtraba un tenue haz de claridad. No había reparado antes en ella. La oscuridad le impedía calcular la distancia, pero comprendió que se trataba de la puerta de madera

que daba acceso a aquel lugar siniestro. Clavó la mirada en la hendedura y al hacerlo, de forma inexplicable, se sintió repentinamente reconfortado. Era como si aquel simple hilo de luz le mantuviera unido con el exterior.

No supo el tiempo que permaneció allí, sin apartar la mirada de aquel resquicio entre las tablas. Cerraba los párpados a intervalos, pero, curiosamente, la luz permanecía un buen rato en el interior de sus ojos. Lo repitió decenas de veces, al tiempo que sentía revivir su cuerpo. El frío le producía un dolor intenso en los pies, también en las orejas, pero el pecho y las piernas se comunicaban su calor y, en medio, los dedos de las manos habían recuperado la movilidad. Incluso la claridad de la rendija parecía haber aumentado de intensidad. Volvió a parpadear, y observó que en aquel momento la luz oscilaba. Entonces escuchó ruidos que no eran los producidos por las ratas ni por el constante goteo del agua, ruidos procedentes del exterior cada vez más intensos. Pisadas. Y voces. Se puso en guardia y sintió que el corazón le empezaba a latir desbocado.

La luz de la hendidura le hirió los ojos cuando los pasos se detuvieron ante la puerta. Un ruido metálico precedió al instante en que alguien introdujo una pesada llave en el cerrojo y la hizo girar. Luego la claridad lo cegó por completo y no tuvo más remedio que cubrirse el rostro con el dorso de la mano.

—Deja los hachones y regresa arriba —oyó que decía alguien con voz imperiosa —. Y tú… ¡levanta!

Trató de alzarse, temeroso de recibir una nueva tanda de golpes si no lo hacía.

—Desnúdate.

De nuevo temblaba con violencia, pero el tono de voz de aquel hombre no admitía réplica. Se alzó la pesada túnica, empapada, y se la sacó por la cabeza tratando de soportar el dolor intenso de las magulladuras.

—Del todo. También esos calzones mugrientos.

Cuando los calzones cayeron al suelo, Omar notó que le ponía en las manos una túnica seca. Agradecido, sin poder ver aún con claridad, la tanteó para poder colocársela. Era de tela basta, pero le pareció el mejor atuendo del mundo. Cuando sintió el tacto cálido y seco sobre la piel, no pudo evitar una palabra de gratitud que musitó aún entre castañeteos. Después, el recién llegado le arrojó una manta, que se apresuró a colocarse sobre los hombros antes de envolverse en ella.

Empezaba a soportar la luz, y lanzó una mirada furtiva. Eran dos los hombres que tenía ante él. El primero, quien le había hablado, era un oficial de alta graduación, y creyó reconocer al alférez real. El segundo permanecía aún al otro lado del dintel. Cuando sus ojos se posaron en él, el corazón le dio un vuelco. Solo conocía un hombre con aquella envergadura.

—¡Sal! —ordenó—. Este antro apesta.

Omar siguió al alférez y alzó la mirada cuando atravesó la puerta. Entonces se enfrentó con la del rey, que lo contemplaba desde su atalaya con una mezcla de curiosidad y de rechazo, que se manifestaba en el rictus de desagrado dibujado en sus

labios.

Martín Íñiguez desenvainó una espada corta y la situó en el hombro de Omar. Sin decir nada, empujó hacia abajo hasta que consiguió que doblara las rodillas y quedara acuclillado en el suelo, en una posición de evidente inferioridad. Desde allá abajo, el rey Sancho resultaba un ser descomunal, casi monstruoso, que intimidaba más incluso que la espada desnuda del alférez. Sin embargo, la angustia y el temor se disiparon cuando observó lo que el rey sujetaba en la mano diestra.

—¡El pergamino! —exclamó con alivio—. ¡Loado sea Alá el Misericordioso!

—¡Cállate, condenado moro! —ordenó el alférez al tiempo que le propinaba un golpe en el brazo con la hoja plana de la espada—. Abre la boca solo cuando se te pregunte.

—Empecemos por el principio —dijo el rey casi para sí, al tiempo que blandía el rollo ante sus ojos—. ¿Qué es esto? ¿De dónde lo has sacado?

—Es la traducción de un pergamino que encontré hace años en la vieja mezquita mayor, antes de su derribo.

—¿En la mezquita? —se extrañó—. ¿Cuántos años hace de eso? ¿Cómo cayó en tus manos?

—Mi señor, ocurrió durante la demolición, yo contaba apenas veinte y pronto entraré en la treintena. Hará pues una decena de años. Estaba tratando de salvar unos hermosos atauriques que, en caso contrario, iban a ser destrozados por las piquetas, y lo encontré en un hueco oculto bajo una de aquellas placas.

—¿Quién estaba contigo? ¿Quién más sabe de su existencia?

—Nadie más, mi señor —mintió—. Aquel día estaba yo solo, debía ocultarme de los demás.

—Al fin y al cabo estabas robando… —apostilló el alférez.

Omar pareció no haber escuchado el comentario y siguió.

—Recuerdo que lo leí, pero quizá por mi juventud no supe apreciar la importancia de lo que en él se dice. Lo llevé a casa y lo guardé sin ningún cuidado. Pronto quedó arrinconado y terminó cayendo en el olvido.

—¿Y ahora ha reaparecido?

—Así es, mi señor. Lo encontré hace unas semanas entre otros documentos del negocio familiar. De nuevo llamó mi atención y esta vez lo leí con detenimiento.

—¿Quién más sabe de su existencia? —repitió el rey con tono incisivo.

—Nadie, mi señor, ¡lo juro!

El rey y Martín Íñiguez se miraron con gesto de desconfianza.

—¿Acaso lo has traducido tú? —Fue el segundo quien puso voz a la pregunta que ambos, al mismo tiempo, se habían hecho.

Omar tardó un instante en reaccionar.

—¡Oh, no! Creía haber explicado que tanto el original en árabe como esta traducción aparecieron juntos —improvisó—. ¡Enrollados en un mismo atadijo!

—¿Sabes leer en lengua latina?

—Sé por qué me hacéis esa pregunta, mi señor —improvisó—. Y no, no sabría leer ese escrito. Pero sí deducir, por la disposición del texto y por algunas palabras que he sido capaz de descifrar, que este documento es la traducción del original árabe, que conservo a buen recaudo.

—¿Dónde está? —espetó el rey Sancho, impaciente.

Por vez primera desde que se arrojara entre los cascos de aquel caballo, Omar empezó a albergar esperanzas. Como había imaginado, el interés del soberano era manifiesto. Había mentido acerca del descubrimiento y sobre la traducción para mantener al margen a cualquier otro, incluido a su abuelo, pero ignoraba hasta cuándo sería capaz de mantener aquella ficción sin que fueran descubiertas sus evidentes fisuras. Sin embargo, había mucho en juego y había decidido apostar fuerte, como solía. No era momento de recular.

—Solo yo sé dónde se encuentra, señor. Y si la paliza que me han propinado vuestros hombres hubiera acabado con mi vida, habríais enterrado conmigo el secreto que contiene.

—¡Cómo te atreves! —estalló el alférez, al tiempo que alzaba la espada—. ¡Nadie ofende así al rey en mi presencia!

El rey Sancho alzó la mano y le sujetó el brazo, sin aspavientos.

—Calmaos, Martín —musitó con la mirada puesta en aquel moro descarado.

—Como ordenéis, mi señor. —Bajó la espada, pero la mantuvo presta, aferrada con la diestra.

—Si has venido a mí es porque deseabas poner en mi conocimiento lo que contiene este pliego. Pero esto no tiene ningún valor, es solo una traducción que bien podría ser una invención —agitó el documento con despecho—. Tú sabes lo que te voy a pedir, y yo sé que no me lo vas a entregar a cambio de nada. Así que será mejor que hables ya.

—Mi señor, nací en una humilde familia y soy huérfano desde que recuerdo. He vivido siempre con mi abuelo en medio de penurias y estrecheces, trabajando duramente y de sol a sol para sobrevivir. Ahora ese esfuerzo me ha sido recompensado, el Todopoderoso me ha elegido y, si puso en mis manos algo tan valioso, es porque pretendía sacarme así de la indigencia. Lo único que lamento es no haber sido consciente de su valor mucho antes, no sabéis las amarguras que me habría evitado. Justo es recibir ahora una adecuada compensación a cambio de algo que a vos os puede resultar tan útil.

—¡Cuánta palabrería para encubrir un burdo chantaje! —exclamó el alférez—. Di lo que quieres sin perder un instante más, maldito charlatán.

—Solo deseo que mi pobre abuelo no tenga que sufrir más penalidades en el resto de su vida; poder tomar una buena esposa para formar una familia y cumplir así con el mandato de Alá; ayudar a la comunidad en la construcción de nuestra nueva mezquita. No soy un hombre ambicioso, de forma que con dos mil morabetinos de oro me conformaré.

Martín Íñiguez abrió los ojos de forma desmesurada y durante un momento pareció incapaz de reaccionar. El rey pareció darse cuenta de que las venas del cuello se le engrosaban y de que su rostro adquiría un tono grana, y de nuevo le asió el antebrazo.

—Las arcas del reino están vacías —se avino a explicar—. Nos encontramos a las puertas de una guerra y ni siquiera puedo armar una hueste suficiente para garantizar nuestras fronteras. Ni aunque de ello dependiera mi vida podría acceder a tu petición.

—Sabéis que ese documento vale lo que vuestro reino.

—Quizá sea así en el futuro, si ese documento que decís poseer resulta auténtico. Y aun en tal caso pasarán meses, quizá años, antes de que pueda ponerse en valor. —El rey parecía estar poniendo voz a sus pensamientos a medida que estos surgían—. Sin embargo, estoy dispuesto a poner a vuestra disposición una hacienda del dominio real con sus frutos, así como una renta anual a convenir.

Omar apenas pudo ocultar su júbilo. Protegido del frío, solo el dolor que sentía en las piernas venía a poner una sombra de malestar en medio de su alborozo.

—¿Permitiréis ponerse en pie ante vos al hombre que quizá haya venido para salvar vuestro reino? —Se alzó antes de obtener respuesta.

Por tercera vez, la mano del rey retuvo el brazo de su segundo.

—Escúchame bien. Es de vital importancia que nadie más conozca la existencia de ese documento. Si no es cierto lo que has contado, si alguien más está al corriente, dilo ahora. En caso de que trascienda, eres hombre muerto, y yo mismo me encargaré de que te arranquen las uñas una a una antes de cortarte la lengua. Tendrás lo ofrecido cuando yo tenga en mis manos el documento original fechado en el año que aquí figura —el rey señaló la parte inferior del rollo que había vuelto a revisar y luego se volvió hacia Martín Íñiguez—. Él irá contigo en busca de ese pergamino con algunos hombres de confianza. Ni siquiera a ellos debes revelar nada de lo que llevamos entre manos. Y no es necesario que te recuerde que no voy a estar junto a mi alférez para sujetar su espada.

13

—Esta situación va a poder con mi pobre corazón —se lamentó Ismail—. Espero que el asunto no se nos haya ido de las manos…

Estaba sentado en el viejo diván de la estancia que hacía las veces de comedor y sala de visitas. Un brasero en una de las esquinas la caldeaba e impregnaba el lugar de olor a invierno. Aunque fuera había dejado de nevar, el cielo despejado había traído una fuerte helada que hacía difícil transitar por las calles embarradas. Omar, irritado, tembló al recordar la noche que había pasado en la celda del castillo.

—¡Me juego el tipo por ti y solo se te ocurre lamentarte! —vociferó—. Lo único que importa es que soy un hombre rico.

—¿Eres? —remarcó el anciano.

—El título de propiedad de la hacienda que a estas horas estarán redactando los escribanos llevará mi nombre. Igual que el documento de concesión de la renta anual, y la dispensa en caso de leva forzosa.

Ismail suspiró y, de manera apenas perceptible, negó con la cabeza. Aunque nadara en oro aquel tarugo que tenía como nieto seguiría siendo un patán, y tan solo se alegraba por poder olvidarse de sus problemas. A partir de aquel momento, si es que lo que le había contado se convertía en realidad, la responsabilidad de lo que hiciera sería solo suya. Con sus aprietos económicos resueltos, se sentía liberado del compromiso que le había lastrado la vida en los últimos lustros, aunque se preguntaba si sería capaz de mantenerse al margen de los problemas en los que sin duda se volvería a embarcar. Solo aspiraba a vivir con tranquilidad los años que el Todopoderoso quisiera concederle, dedicado a lo que toda su vida había sido su pasión.

—Está bien —concedió el anciano—. Con esa intención te revelé la existencia del pergamino. Solo espero que sepas administrar tu hacienda y que nunca más tenga que responder por tus deudas.

—¡Viejo avaro! Seré feliz solo por librarme de tus continuos sermones.

—Me alegra —respondió Ismail ocultando su disgusto bajo el sarcasmo—. Me temo que, si te sigues comportando como hasta ahora, ni el oro ni las rentas de tus nuevas posesiones te van a traer la felicidad.

Omar apenas escuchó las últimas palabras de su abuelo a causa de los repetidos golpes en la puerta exterior, al otro lado del zaguán. Compuso un gesto de contrariedad.

—¿Quién puede ser a esta hora? ¡Ya va, ya va! —Omar, sin embargo, no hizo el más mínimo amago de levantarse para abrir.

Ismail acudió a la llamada como tantas otras veces, con el mismo nudo en el estómago y con la convicción de que tras la puerta esperaban los problemas. En

aquella ocasión, además, conocía su naturaleza. No se sorprendió al descubrir al otro lado del dintel a dos guardias fuertemente armados, pero sí al reconocer el rostro del mismísimo alférez real a la puerta de una casa de la morería.

—Queremos ver a tu nieto —espetó con una expresión que no auguraba un encuentro sosegado.

—Pasad, señor. Esta humilde casa está abierta para vos.

—¿Está en la casa?

Cuando afirmó, Ismail creyó percibir una mueca de alivio. Los condujo a través del zaguán hasta la estancia que ocupaban. Omar los aguardaba con semblante atónito.

—No esperaba veros tan pronto —reconoció con sorpresa sincera.

Sin dejarle hablar, Martín Íñiguez le arrojó el pergamino al pecho.

—¿Qué engaño es este?

El rollo cayó al suelo, a los pies de Omar quien, entonces sí, boquiabierto, le dirigió una mirada pasmada.

—¡No hay ningún engaño! Es el documento del que os hablé.

—¡Mientes! La fecha que figura en él, el año 511 de la Hégira, corresponde con exactitud a la fecha que aparece en la traducción latina, el año cinco y cincuenta y un ciento y mil de la Era hispánica,[5] es decir, el año del Señor de 1117. Sin embargo, hemos consultado a nuestros mejores escribanos, y todos coinciden en asegurar que el fragmento del pergamino que les hemos permitido estudiar no puede tener una antigüedad mayor de ocho o diez años, doce a lo sumo.

—¡No, no puede ser! —balbuceó Omar.

—Ese pergamino es falso, está escrito hace una decena de años. Incluso no descartan que en una fecha mucho más reciente, sobre un pergamino en blanco de esa antigüedad.

Omar se agachó para recogerlo del suelo.

—¡Lo encontré donde os dije, poco antes del derribo de la mezquita! —insistió con toda la convicción que pudo dar a sus palabras, a pesar de ser consciente de que estaba contando una patraña.

—Eso coincide con la fecha de la consagración de la colegiata y el derribo de la mezquita, es cierto. Corría el año del señor de 1188. ¡Pero setenta años después de la fecha del documento!

—¡No os engaño! —La desesperación empezaba a reflejarse en su voz.

—¿Quieres hacernos creer que alguien escondió ese pergamino bajo los atauriques de la mezquita solo unas fechas antes de que tú lo descubrieras? ¡Un pergamino recién fabricado entonces en el que, sin embargo, figura una fecha muy anterior!

—¡Quizá alguien lo descubrió antes que yo y lo sustituyó por una copia! —especuló desesperado, sabiendo que aquella explicación resultaba inverosímil.

—¡Prendedlo! —ordenó el alférez sin alzar la voz, aunque las comisuras de sus

labios dibujaban una mueca de profundo desprecio.

Omar dirigió a su abuelo una mirada de angustia antes de que los guardias lo asieran por los brazos con pocas contemplaciones.

—Un momento, mi señor —rogó Ismail con voz apagada.

La mirada del alférez se dirigió hacia el anciano. La expresión de su rostro debió de hablar por él, porque el militar alzó la mano y los guardias se detuvieron, aflojando la presa.

—¿Qué tienes que decir?

—Puedo explicarlo todo, si me concedéis un poco de vuestro tiempo —dijo cabizbajo.

—¡Habla, por Dios!

Ismail comprendió que el alférez se encontraba tan turbado como su nieto. Las expectativas que durante unas horas habían acariciado se habían esfumado tras el primer examen de un simple escribano versado, y ahora se creía objeto de un engaño. Y si no había sido él, sino el propio rey quien sospechara, su situación era aún más comprometida. La esperanza asomaba a los ojos del alférez mientras esperaba a que hablara.

—Mi nieto no se caracteriza por la rectitud en su comportamiento, pero en esta ocasión no era su intención engañaros. Cree firmemente que todo cuanto os ha contado respecto al pergamino es cierto, salvo el detalle sobre la autoría del descubrimiento, que ha ocultado para protegerme. Yo descubrí el pergamino. Pero no este que, como sospecháis, es una copia. Yo hallé el pergamino original, el que fue redactado en el año 511 de la Hégira.

Martín Íñiguez lo miraba de hito en hito.

—¿Lo… lo tenéis? —preguntó dubitativo—. ¿Continúa en vuestro poder?

Ismail se limitó a asentir con la cabeza, y el alférez respiró con alivio.

—Habéis de entregárselo al rey y él cumplirá con su palabra.

—Lo haré. Solo os pido un breve plazo, dos días tan solo y tendréis lo que tanto ansiáis.

—¿Por qué habría de concederte dos días?

—Porque he custodiado ese pergamino durante nueve largos años y he decidido que es el momento de que vea la luz. Yo le entregué la copia a mi nieto, seguro de que se las arreglaría para hacérselo llegar al rey.

Omar miraba a su abuelo incrédulo e irritado, pero este parecía ignorar incluso su presencia. También Martín Íñiguez lo hacía, meditando su respuesta.

—Supongo que eres consciente de que la casa será custodiada mientras tanto.

—Haced como gustéis. No es mi intención huir de la ciudad.

El alférez real quedó pensativo; era evidente que algo no encajaba en su cabeza.

—Habéis admitido que este documento es una copia del original —empezó—, pero ¿quién fue el copista que la llevó a cabo?

—El mismo que lo tradujo al latín. —Ismail esbozó una sonrisa, como si hubiera

estado esperando la pregunta—. Pero no me pidáis que os dé su nombre, no lo haré. Él ha cumplido con su palabra de no hablar con nadie del pergamino y yo cumpliré con la mía de no revelar su identidad. Si os pido dos días es para poder contactar con él y advertirle de que el pergamino original ha visto la luz. Quizá desee tomar precauciones. Por eso os advierto de que abandonaré la casa.

Martín Íñiguez frunció el ceño en un gesto de disgusto. Durante un momento permaneció callado, valorando las implicaciones de lo que acababa de escuchar.

—En ese caso él permanecerá retenido hasta tu regreso como garantía —respondió al fin con firmeza con la mirada clavada en Omar—. ¿Alguien más está al tanto del contenido del pergamino?

—Nadie más, contáis con mi juramento.

—Nos gustaría contar con la certeza de que también el traductor mantendrá el sigilo.

—Tendréis que confiar en mi palabra, pero no os revelaré su identidad. Y guardaos de hacerme seguir por vuestra guardia —advirtió—. Soy hombre de fiar, pero en ese caso me sentiría liberado de mi compromiso con vos y con el rey.

—Habré de respetar tu deseo, a pesar de los riesgos que conlleva.

—Cuando vengáis en su busca —intervino Omar—, traeréis los títulos de propiedad de mi fundo y del resto de concesiones.

El alférez se limitó a afirmar una vez con la cabeza sin apenas prestarle atención. Siguió dirigiéndose a Ismail.

—Dime, ¿por qué estás tan seguro de que ese hombre cumplirá con su compromiso?

—Porque el secreto de confesión es sagrado para cualquier clérigo si no quiere condenar su alma al infierno —respondió lacónicamente.

Martín Íñiguez demudó el rostro.

—¡Un eclesiástico! —exclamó—. Decidme… ¿Acaso se trata del prior Guillermo?

Ismail advirtió alarma en su voz, y se apresuró a negar.

—¿Un miembro de la Orden del Hospital entonces?

—No, no… —respondió molesto—. Os ruego que no tratéis de violentar mi compromiso de discreción. Si tan celoso sois del secreto, ¿por qué permitís que vuestros guardias estén presentes escuchando nuestra conversación?

Esta vez fue Martín Íñiguez quien esbozó un amago de sonrisa.

—Son de total confianza, del tipo de hombre más buscado para llevar a cabo servicios como este —explicó con un deje enigmático en la voz—. Ambos son sordos de nacimiento. Solo responden a mis señales.

—¡Maldito viejo! ¡Me engañaste! ¿Por qué no me dijiste que se trataba de una copia? Si no fuera por el interés que tienen en ese pergamino, estaría de nuevo en los

subterráneos del castillo cargado de grilletes.

Ismail, acobardado, sintió el aliento de Omar en el rostro. Por suerte, pensó, aquel día ni el vino ni el hachís enturbiaban su mente. De lo contrario le habría levantado la mano como solía.

—Debía conservarlo, ¡era nuestra garantía! —se excusó.

—¿Acaso pensabas que no iban a darse cuenta? ¡En la corte del rey! —Omar iba y venía a grandes zancadas, con las manos a la espalda y el semblante exasperado.

—Por favor, baja la voz, los guardias están apostados fuera —rogó—. Había una esperanza, y la sola posibilidad de conservar el original en nuestro poder…

—¿Dónde lo tienes escondido? —le cortó.

Ismail negó con la cabeza, atemorizado pero decidido.

—Lo sacaré de su escondite cuando llegue el momento. Es demasiado valioso para correr riesgos. Podríamos sufrir un robo.

—¡Temes que me lo apropie!

—En eso te equivocas. Ya te apropiaste del que creías original, pero sabes que estoy dispuesto a que tú obtengas los beneficios de su entrega.

Omar se dejó caer en el diván, se inclinó sobre las rodillas y asentó la barbilla sobre la palma de la mano. Permaneció callado durante un rato, mientras Ismail, agotado por la tensión, buscaba también un asiento.

—Ese pergamino parece tener más valor del que imaginábamos —musitó Omar entre dientes—. Es inaudito que el mismísimo alférez real se presente en una casa de la morería, casi a escondidas, y acompañado tan solo por dos guardias.

—¡Y sordos para asegurar el secreto! —añadió Ismail—. Nunca había oído nada igual.

—Se han mostrado dispuestos a conceder cuanto les he pedido, solo parecen interesados en que nadie más conozca el contenido del documento. ¿Acaso significa que habría alguien dispuesto a ofrecer más por él?

Ismail se incorporó alarmado.

—¡Omar!

—¿Has visto de qué forma se ha alterado cuando le has dejado ver que fue un clérigo el traductor? Ha citado al prior Guillermo, a los hospitalarios… ¿Acaso teme que pudieran estar tan interesados como el rey? ¿Que estuvieran dispuestos a ofrecer más a cambio del documento?

—¡Hijo, por Alá Misericordioso, no dejes que la ambición te ciegue! —rogó espantado al comprender el sentido de sus preguntas.

—No, el prior y el obispado han empeñado todo su esfuerzo en la construcción de la colegiata —siguió, haciendo caso omiso a la zozobra que sus palabras provocaban en Ismail—. De hecho, las obras avanzan despacio por la escasez de fondos. Pero los hospitalarios, desde que aquel rey, ni recuerdo el nombre, les dejara su reino en herencia como se cuenta…

—Omar, ¡por lo que más quieras! ¡Una hacienda, una renta anual, protección

real…! ¡Eres un hombre rico! Yo no deseo nada para mí, dejaré que tú les entregues el pergamino auténtico.

—Dámelo ahora —respondió con los ojos entornados a la vez que se ponía en pie —. Nada pierdo intentándolo.

Ismail también se levantó sin esperar a que se acercara. Su actitud suplicante dio paso a la firmeza en la expresión.

—¡Antes le prendería fuego! —espetó—. ¡Escúchame bien! Jamás descubrirás su escondrijo. Y esto es lo que sucederá: dentro de dos días lo pondré en las manos del alférez real, tú recibirás tu parte… Y saldrás de mi vida para siempre. Ya te he soportado más de lo razonable. Eres el hijo de mi hijo, sangre de mi sangre… ¡Pero en este mismo instante renuncio a verte más!

El anciano tomó un candil en su mano derecha, salió de la estancia caldeada y dirigió sus pasos hacia los escalones que conducían a la alcoba. Depositó la lámpara en el borde del aguamanil, se dejó caer sobre las ropas heladas del lecho y solo entonces se abandonó al llanto.

Ismail se inclinó sobre la mesa y entreabrió el postigo de la ventana que quedaba encima. Observó la altura de la luna para calcular la hora, pero cerró de inmediato al sentir el aire helado del exterior. Se había quedado adormilado cuando las lágrimas cesaron y, al despertar aterido, no era capaz de calcular el tiempo que había permanecido tumbado. Estimó por el astro que no más de dos horas, de forma que tenía aún tiempo de hacer aquella misma noche lo que se había propuesto.

En ningún momento había albergado la intención de advertir a Robert de Chester, pero necesitaba aquellos dos días de plazo que había solicitado. Si entregaba el original del documento como había prometido, los tres pliegos estarían entonces en manos del rey, y él mismo habría perdido la ocasión de conservar una evidencia de que aquel pergamino fue un día suyo.

Resultaba impensable acudir al de Chester para conseguir una nueva copia; en primer lugar, porque tal osadía revelaría a los hombres del rey la identidad del traductor; en segundo lugar, porque no resultaba necesario. En esta ocasión no precisaba una copia fiel del original, sino la simple transcripción del texto para dejar constancia del secreto que contenía. Y estaba seguro de que él mismo sería capaz de llevar a cabo aquella tarea. Se levantó para acercarse a un pequeño estante, cogió la vasija que había en él y rellenó de aceite el candil que aún ardía con llama trémula. Luego se envolvió en la manta de lana que cubría el lecho y, estremeciéndose de frío, caminó hasta la alacena que ocupaba una de las paredes de la alcoba. Abrió la portezuela y dirigió sus dedos hacia el rincón derecho, donde asieron un cilindro ligero y de tacto suave. Lo depositó sobre la sencilla mesa de madera que quedaba a su espalda, bajo la ventana que le proporcionaba luz durante el día.

Después, con sigilo, salió de la alcoba atento a los ruidos de la casa, pero nada

parecía alterar la tranquilidad tan entrada la noche. Ya no ardía ninguna lámpara en la estancia principal, así que supuso que Omar dormía. Cualquier otra noche hubiera apostado a que estaba fuera, y con seguridad no se habría equivocado, pero en aquella ocasión la casa estaba vigilada por los hombres del rey. Atravesó el zaguán y se detuvo con el candil ante la puerta que conducía a la bodega. Aún aguzó más el oído, y no abrió la portezuela hasta asegurarse de que el silencio era absoluto. Descendió los escalones con cuidado, colgó la lamparilla en la alcayata de siempre y se dispuso a cambiar de sitio la escalera. Los instantes siguientes eran los más comprometidos. Trató de apresurarse al subir los travesaños de madera, asiéndose con fuerza con ambas manos para evitar otra caída, que podría resultar fatal. Los movimientos ya le eran familiares, y al momento estaba otra vez con los pies en el suelo, el pergamino en la mano derecha y el corazón palpitando desbocado en el pecho. Retiró la escalera, cogió el candil de nuevo y se dispuso a regresar a la alcoba.

Lo primero que hizo al entrar fue dejar el pergamino sobre la mesa y correr hacia la puerta para atrancarla. Respiró aliviado cuando el pasador de hierro quedó alojado en los dos soportes del muro. Aquel rudimentario pero efectivo sistema se encontraba allí desde que tenía memoria, quizá desde que se construyó la casa. Sonrió con sorna al recordar cómo, al heredar la vivienda, lo había utilizado para evitar interrupciones cuando yacía en aquel mismo lecho con su añorada Fátima: hacía tiempo que aquellas sensaciones, tan intensas e irresistibles entonces, se habían borrado de su memoria. Las últimas veces, en cambio, había servido para protegerlo de la ira de Omar cuando regresaba ebrio al amanecer, o durante sus frecuentes ataques de cólera tras negarle más dinero.

Prendió varios cabos de vela en el candil, sacó de la alacena el recado de escribir, sujetó con pesos ambos rollos y lo dispuso todo para empezar la copia del pergamino.

Cuando terminó aún no había señal alguna de claridad y los dedos, agarrotados en torno al cálamo por el frío, le dolían de manera atroz. Pero se permitió un gesto de satisfacción cuando retiró el secante y contempló el resultado. Su caligrafía era pésima, pero el texto podía leerse sin dificultad. Envuelto en la manta esperó un momento más para asegurarse de que la tinta estaba seca por completo y, con cuidado, dejó que el pergamino volviera a enrollarse por sí mismo. Ató un cordón a su alrededor y lo introdujo en la bolsa de cuero que había preparado para él, muy similar a las que habían protegido a los otros rollos.

En el mismo instante en que retiraba la barra de hierro cantó el primer gallo, antes del amanecer. No se sobresaltó demasiado; jamás Omar dejaba el lecho hasta que el sol estaba en lo más alto, si no declinando ya. En eso lo envidiaba, dormía profundamente, algo que él era incapaz de hacer desde que, al despertar en medio de la noche, no sentía la presencia reconfortante de su esposa al lado. Sabía dónde pisar para que los escalones no crujieran y, una vez en el zaguán, se deslizó a la luz del candil hasta alcanzar de nuevo la bajada a la bodega. Por segunda vez aquella noche repitió el ejercicio con la inestable escalera, que a su edad no dejaba de resultar

arriesgado. Tan arriesgado como necesario, pensó mientras escalaba los peldaños. Una sola vez más habría de repetirlo, antes de dejar para siempre que fueran otros los que se preocuparan por lo que aquel pliego contenía.

Respiró aliviado cuando, ya con las manos completamente libres, pisó el pavimento de la bodega. Curiosamente en invierno aquella era la estancia más acogedora, pues el agua del manantial, cálida en comparación con el aire del exterior, atemperaba el frío que reinaba en el resto de la casa. Sin embargo, sin olvidarse de apoyar la escalera de mano en su lugar y antes de coger de nuevo el candil, volvió a arrebujarse en la manta. Abandonó la bodega cuando el primer resplandor del alba empezaba a filtrarse por la lucerna. Subió las escaleras con calma, disfrutando del alivio de saber cumplimentado sin contratiempos el propósito que se había marcado. Cerró la puerta sin ruido, se deslizó por el zaguán y ascendió hacia las alcobas. Estuvo tentado de acercarse a la que ocupaba Omar, pero decidió que no era necesario arriesgarse a un tropezón inoportuno que pudiera despertarlo, de forma que entró en la suya. Apagó el candil cuando comprobó que una tenue claridad se colaba ya por una rendija del ventano y, sin quitarse la manta que retenía el calor de su cuerpo, se cubrió con el resto de las ropas del lecho y cerró los ojos, necesitado de descanso.

Omar, entre sueños, escuchó el canto de un gallo; se dio la vuelta en el confortable y cálido colchón de lana y disfrutó de aquel breve momento de placer antes de volver a caer en el sueño profundo. Sin embargo, algo lo sobresaltó. Un suave chasquido metálico había sonado cerca en medio del silencio de la noche. Al instante, los recuerdos de la víspera se abrieron paso: había guardias custodiando la casa y, en tan solo unas horas, tendrían que entregar el pergamino que su abuelo se había negado a mostrarle. Del otro lado de la puerta llegó otro sonido más, esta vez el fugaz chirrido de una bisagra. Sintió que el sueño se disipaba al instante y que su mente y su cuerpo se ponían en guardia. ¿Y si Ismail estaba tramando algo a sus espaldas?

Sintió el frío helador de la noche cuando se deshizo de las mantas y bajó los pies al suelo. Pensó en calzarse las botas, pero algo le indujo a caminar solo con las mullidas calzas de lana y así alcanzó la puerta después de enfundarse la pelliza que había arrojado a los pies de la cama a la hora de acostarse. Se acercó a la puerta casi en la más absoluta oscuridad, pero no era momento de pararse a buscar un candil o un cabo de vela. Se alegró de tener siempre bien engrasadas las bisagras para evitar que su abuelo despertara cuando regresaba de madrugada de sus correrías. Al asomarse al corredor superior observó un resplandor procedente del piso bajo, que proyectaba sombras escurridizas sobre las paredes y los techos encalados. Avanzó hasta el balaustre y alcanzó a ver la figura inconfundible de Ismail envuelto en una manta, con el candil alzado en la mano diestra y un bulto voluminoso y alargado en la

izquierda. El corazón le dio un vuelco al identificar la forma de las bolsas de cuero en las que el anciano guardaba sus pergaminos. Si aquello era lo que parecía, Alá el Todopoderoso había querido premiarlo con un extraordinario golpe de suerte.

Sentía el pulso desbocado en las sienes mientras esperaba a que el anciano se perdiera en las escaleras de la bodega. Cuando la puerta se cerró a su espalda y regresó la oscuridad, empezó a descender hasta el zaguán tratando de que ni siquiera el roce de las ropas pudiera delatar su presencia. Agradeció en aquel momento los cientos de ocasiones en que había salvado aquel trayecto en tinieblas. Sabía que eran dieciséis los escalones que tenía que bajar, los pasos necesarios para atravesar el patio, la ubicación de cada obstáculo y el tacto de los picaportes, de forma que no sufrió ningún inconveniente para llegar al acceso a la bodega. La portezuela estaba entreabierta, y se tomó el tiempo necesario para empujarla pulgada a pulgada, asegurándose de que no emitía ningún chirrido. No lo había hecho un momento antes, cuando Ismail la atravesó, y no lo hizo entonces. Se felicitó por llevar puestas las calzas de lana para descender, pero escuchaba con nitidez su propia respiración y temía incluso que fueran audibles los latidos de su corazón. Le llevó tiempo bajar apoyando ambos pies en cada escalón. Cuando el resplandor del candil fue de nuevo visible se enfrentó con un nuevo problema: si seguía descendiendo para tener una visión de la bodega, todo su cuerpo quedaría expuesto en el umbral y, sin duda, el viejo se percataría de su presencia. Decidió bajar hasta el primer escalón iluminado, y en él se detuvo. Se agachó a cuatro patas y bajó la cabeza con enorme precaución hasta que vislumbró la escalera de mano apoyada en el extremo opuesto de la bodega. No había rastro de Ismail, de forma que supuso que estaría encaramado en ella. De rodillas bajó un escalón más y, en una posición casi inverosímil, contempló a su abuelo en lo alto, en tinieblas, pues había dejado el candil colgado de una alcayata. Manipulaba lo que parecía ser una portezuela practicada en la bóveda, aunque la penumbra impedía apreciar ningún detalle.

Mientras se levantaba, escuchó el crujir de los travesaños bajo el peso del anciano que descendía ya. Se puso en pie sobresaltado e inició el ascenso de manera apresurada. Salió al zaguán, volvió la puerta, contó los pasos hasta las escaleras y entonces fue consciente de que el primer resplandor del alba hacía que la oscuridad ya no fuese absoluta. Subió los escalones de dos en dos y las sombras proyectadas por el candil de Ismail bailaron en el techo cuando cerraba la puerta de su alcoba. Exultante, se despojó de la zamarra, se tumbó en el lecho y se cubrió hasta la nariz, estremeciéndose de satisfacción. Apretó los dos puños bajo las mangas en señal de triunfo. A partir de aquel momento, lo que tenía previsto hacer aquella mañana sería mucho más sencillo.

Se extrañó de no escuchar los habituales ruidos del anciano. Al amanecer solía avivar el fuego de la cocina y, sobre todo en los días más fríos del invierno, se

preparaba unas sopas de leche con algún mendrugo de pan endurecido, a las que añadía miel y canela, pero aquella mañana reinaba el silencio, roto tan solo por los primeros sonidos apagados y las primeras voces procedentes del exterior. Sus sospechas se confirmaron cuando salió al corredor y escuchó los ronquidos procedentes de la alcoba cercana. Solo el hecho de haber pasado la noche en vela explicaba que siguiera durmiendo profundamente a aquella hora, y que ni siquiera lo hubieran despertado los primeros tañidos en los campanarios más cercanos a la morería. Algo tan inusual le hacía pensar que su abuelo había utilizado aquellas horas para hacer otra copia del pergamino, y eso encajaba con el hecho de que, según le había parecido, llevara dos fundas de cuero en la mano.

Antes de bajar al zaguán trató de pensar en la manera más razonable de actuar. Conocía ya el lugar donde estaban ocultos y podía hacerse con el pergamino o con la copia, pero quizá eso no fuese todavía necesario… ni seguro. Decidió que era allí donde los documentos debían aguardar su regreso. Tampoco resultaría difícil salir de la casa sin ser visto, a pesar de la vigilancia a la que estaban sometidos por parte de los hombres del rey. Aún debía de estar abierto en el muro trasero de la finca el hueco por el que escapaba años atrás, cuando todavía conservaba un ápice de respeto y de temor hacia su abuelo. La claridad parecía resistirse a entrar en la casa y volvió a bajar las escaleras en medio de la penumbra. Comprendió el motivo cuando abrió la puerta que daba al porche del taller de escultura y al patio: la espesa niebla que en invierno ascendía desde el río cubría la ciudad aquella fría mañana. Sonrió al pensar que, ciertamente, Alá parecía estar de su parte. Tuvo que apartar una maraña de zarzas y malas hierbas para dejar el paso libre, pero un instante después se encontraba al otro lado, en un pequeño descampado sobre el que nadie había construido porque, según decían, había formado parte del antiguo cementerio. Aquella idea siempre le producía un estremecimiento, y los jirones de niebla que parecían apartarse a su paso no contribuían a mejorar la sensación, pero se consoló al pensar que aquel día la bruma espesa era su aliada. Empezó a caminar sin temor a ser visto, sin tener que agazaparse buscando la protección de los muros, orientándose por su perfecto conocimiento de aquel entorno donde había transcurrido toda su vida. Se cubrió la cabeza con el capuz de la chilaba y se sujetó la pelliza en torno al cuello para protegerse del frío intenso.

Al llegar a la puerta de la morería aún ardían los hachones que aquella noche habrían orientado a los pocos transeúntes. La ciudad iniciaba una jornada más en medio del letargo invernal, que en nada se parecía a la actividad frenética desplegada en los meses más cálidos. Una vez concluida la vendimia y la siembra, los campos se despoblaban y tan solo los hortelanos acudían a las huertas en las horas centrales del día, igual que los pastores con los rebaños. También las obras de la colegiata se ralentizaban, pues el hielo impedía el fraguado del mortero. Los canteros se dedicaban a desbastar bloques de piedra que dejaban listos para ser modelados más tarde, a demanda de los mazoneros y asentadores. Los carpinteros hacían algo

parecido con la madera, desbastaban troncos, serraban tablas y listones y preparaban material para los nuevos andamios, aunque en su caso también fabricaban las cimbras sobre las que se apoyarían arcos y bóvedas durante su montaje. En todo caso, aquella mañana la ciudad parecía limitarse a satisfacer sus necesidades de subsistencia, a juzgar por el olor del humo que se mezclaba con la bruma, y pocos se aventuraban aún por sus calles. Salió del barrio musulmán tras cruzar el arroyo que descendía por la calle de las *ferrerías*. Solo un aprendiz sin mucha escuela se afanaba ya a aquella hora, herrando a una mula ante la mirada disgustada del dueño del animal. Dobló la esquina hacia la calle de los carniceros y tuvo que apartarse para dejar paso a un pastor que conducía media docena de ovejas, sin duda hacia el matadero cercano.

No estaba lejos de su destino. La nueva casa prioral de la Orden de San Juan de Jerusalén había abierto sus puertas hacía apenas un año, en un soberbio edificio que se levantaba al principio de aquella misma calle, cerca de la iglesia de San Jaime y a pocos pasos de la nueva colegiata. Poco sabía él de lo que aquella gente se llevaba entre manos, pero estaba en boca de todos la riqueza y el poder que atesoraban. La enorme concentración de bienes en la zona parecía explicar que Tudela hubiera acabado siendo el centro del Gran Priorato de la orden en el reino, aunque también en los alrededores se acumulaban las encomiendas bajo su autoridad y su control. Ignoraba por qué, pero la Orden del Hospital, como la del Temple, parecían gozar del amparo real, las donaciones en su favor se sucedían, y no dejaban de obtener concesiones para la explotación de molinos, para el uso de agua de riego en sus extensas haciendas, el aprovechamiento de pastos o la tala de bosques. Se decía que el patrimonio de estas dos órdenes superaba al de la diócesis y al del propio rey, a quienes no debían rendir cuentas porque solo estaban sometidos a la autoridad del Papa de Roma. Aunque no terminaba de comprender aquello que escuchaba sobre los hospitalarios, y ni siquiera sería capaz de explicar cuál era su cometido, algo le decía que era a su máximo representante a quien tenía que dirigirse. Si había sido capaz de llamar la atención del rey Sancho, no creía tener problemas para hacer lo propio con el gran prior.

—¿Qué es eso tan trascendental que, según tú, nos tienes que contar? —El comendador le observaba de soslayo, con expresión displicente, casi con desprecio, y sin dejar de masticar los trozos de pan y queso que alternativamente se llevaba a la boca, señal de la escasa estima y el poco respeto que le inspiraba su interlocutor. Se sentaba al borde de una chimenea magnífica que procuraba a la enorme sala un ambiente cálido que Omar, aterido aún, no pudo sino envidiar. Le había abierto la puerta un sirviente, y este había dado recado a un hermano de hábito que, sin embargo, iba armado. Le dio un vuelco el corazón cuando les oyó reír ante su petición de ver al gran prior. El *fratre* se acercó a la puerta donde aguardaba, dispuesto a deshacerse del inoportuno y cándido visitante. Solo cuando escuchó la

convicción con que hablaba, una sombra de duda cruzó su semblante. Omar aprovechó el resquicio para aumentar el temor del hospitalario, amenazándole sin pudor con hacerle responsable de obstaculizar la llegada a sus superiores de una información vital para la orden. De mala gana le pidió que aguardara en la calle. Estaba a punto de descargar un puñetazo de rabia en el portón antes de marcharse cuando este se abrió de nuevo y el hermano, aun con un evidente gesto de prevención, le permitió entrar.

—Parece que el comendador tendrá a bien escucharte —se limitó a decir sin ocultar su incredulidad, mientras lo cacheaba en busca de armas de las que, por fortuna, había prescindido aquel día.

Antes de ascender la escalinata, atravesaron un atrio espacioso al que se abría una hermosa capilla repleta de cirios encendidos. En el primer descansillo, la atención de Omar se vio atraída por una ventana en forma de ojiva flanqueada por dos esbeltas columnas, que dejaba pasar la luz a través de vidrios de colores vivos, emplomados para mantenerlos unidos entre sí. Pensó que aquello era la cima del refinamiento y el lujo, y supo que estaba en el lugar adecuado, a punto de alcanzar su objetivo. Aún tuvieron que ascender un segundo tramo de escaleras antes de llegar a la amplísima sala diáfana que ocupaba la totalidad de la segunda planta.

—Si es cierto lo que dices, el gran prior y yo mismo estaríamos interesados en examinar ese pergamino. Tendrás que traerlo aquí para demostrar que todo esto es algo más que una invención. ¿Dónde lo guardas? —preguntó el comendador.

—En el lugar adecuado —respondió Omar evasivo—. Pero antes de mostrároslo necesito estar seguro de vuestro interés. He de saber que estimáis su posesión tanto como para superar la apuesta del rey Sancho. Tendréis que consultar al gran prior.

El comendador sonrió de forma enigmática.

—No será necesario —dijo alguien a su espalda, y Omar se volvió sobresaltado —. He escuchado vuestra conversación. Hace tiempo que teníamos noticias de que algo así podía existir, y tu revelación no hace sino confirmarlas. Demuéstrame que estás en posesión de ese pergamino y mientras vivas recordarás este día como el más dichoso.

El hombre que acababa de hablar mostraba un aspecto imponente. Corpulento, fornido y barbado, parecía más un caballero que un fraile, a pesar del hábito que vestía. Omar lo imaginó sin dificultad armado y ataviado para la guerra a lomos de una buena cabalgadura. Al referirse tan solo a sí mismo mostraba su autoridad sobre el comendador, a quien con una simple palabra relegaba a un segundo plano.

—¿Qué estaríais dispuesto a ofrecer para conseguir que este día sea el más dichoso?

—¿Sois un buen creyente? —El gran prior tomó asiento en un lujoso sitial labrado.

Omar no puedo reprimir un ruido gutural que imitaba a una risotada.

—Me temo que no soy un ejemplo —rio—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Si te conviertes a la religión verdadera, te ofrezco un puesto destacado dentro de nuestra orden —miró al comendador con intención—. Administrando tu propia encomienda, estarás en situación de ofrecer al rey el importe de la renta anual que él te ofrece… como donativo. Nunca más volverás a pasar privaciones. De ningún tipo. Solo tienes que asegurarte de que él no ponga sus manos sobre ese documento.

Omar le miraba a la cara con la codicia reflejada en el rostro.

—Tenía entendido que los caballeros de vuestra orden hacen votos de pobreza, castidad y obediencia.

El gran prior no respondió. Se limitó a mantenerle la mirada con los ojos entreabiertos y expresión impertérrita.

Ismail se despertó inquieto. Si había sido un sueño, había sido tan vívido que parecía real, y solo al abrir los ojos comprendió que no era así. Sin embargo, algo le impelió a salir del lecho a pesar de que el cuerpo le pedía prolongar más el descanso. Abrió el ventano y comprobó que la niebla cubría la ciudad, aunque un resplandor en lo alto le indicó la posición del sol. Calculó que habrían pasado tres, quizá cuatro horas desde el amanecer. Se abrigó y salió al corredor para comprobar con alarma que la alcoba de Omar estaba abierta y el lecho vacío. Regresó a la suya para vestirse con prisa y descendió al zaguán. La cocina estaba desierta y sin ningún rastro de que hubiera permanecido allí, igual que la estancia principal. Se asomó a la escalinata de la bodega y llamó sin obtener respuesta. Por fin, abrió la puerta que comunicaba con el patio y salió a la bruma. Encontró huellas en la tierra húmeda que conducían al muro trasero, y las zarzas arrancadas le indicaron el lugar por el que su nieto había abandonado la casa. Con una súbita corazonada, deshizo el camino y corrió hacia la bodega. Bajó las escalinatas casi en tinieblas, sin molestarse en recoger el candil y se plantó junto al manantial. Sabía adónde había ido Omar, y solo una era la duda. ¿Acaso podía haber adivinado el escondite? ¿Y si había despertado durante la noche y lo había observado de forma subrepticia mientras sacaba o volvía a esconder los pergaminos? La escalera continuaba donde recordaba y eso lo tranquilizó, pero la tomó con decisión para apoyarla sobre la bóveda del lado opuesto. Subió una vez más, tiró de la tapa del cajón y, con el corazón palpitando alocado, introdujo el brazo en el interior hasta que palpó las dos bolsas de cuero. Suspiró aliviado, pero sabía que el peligro no había terminado. Y fue consciente de lo que debía hacer a continuación. Tomó la bolsa del lado derecho y la abrió para asegurarse de que se trataba del pergamino original. Dejó la otra en su lugar antes de cerrar el escondrijo y descender con la única luz que entraba por la lucerna. Sin acordarse de retirar la escalera subió la escalinata con esfuerzo, apoyando los brazos en las rodillas para descansar en las dos pausas que se vio obligado a hacer para recuperar la respiración. Atravesó el zaguán y quitó el cerrojo de la puerta principal. Salió a la calle y miró a su alrededor hasta descubrir al instante a dos hombres armados que, con aspecto aterido, montaban

guardia ante el edificio. Se dirigió con prisa hacia el más cercano y le habló ignorando su sorpresa.

—Acompáñame al castillo —le apremió—. Debo entregar al rey algo que espera con ansiedad.

Omar se deslizó por el hueco de la tapia. Casi sudaba, abrigado por la zamarra, tras el trayecto de vuelta que había recorrido a buen paso. Atravesó el taller y entró al zaguán. Escuchó un golpe procedente de la puerta de la calle, producido quizá por la corriente al abrir él con fuerza la puerta del lado opuesto. En cuatro zancadas subió al corredor superior para comprobar que Ismail no se encontraba en el lecho, a pesar de que solo habían transcurrido unas pocas horas desde que se acostara. De haberlo encontrado no habría dudado en enfrentarse a él, ahora que conocía el paradero de los pergaminos. Sin embargo, no estaba allí, y una terrible certeza se adueñó de su pensamiento. Bajó en dos saltos apoyándose en el balaustre, abrió la portezuela de la bodega y se lanzó escaleras abajo.

La escalera estaba apoyada bajo la lucerna, junto al escondrijo. Se tambaleó con violencia cuando trepó por ella mascullando maldiciones. Tiró de la cubierta que cerraba el hueco con tal ímpetu que la extrajo por completo de la cavidad, y la bolsa de cuero que contenía se precipitó al suelo. A punto estuvo de caer en la alberca del manantial, pero solo el extremo quedó suspendido a pocos dedos del agua. Le costó encajar de nuevo aquella especie de cajón en su lugar, y no le importó que quedara sin cerrar cuando se deslizó escalera abajo. Cayó de rodillas junto al saquete y, con manos temblorosas, abrió la embocadura. Cuando el extremo asomó por el borde y reconoció la copia, lanzó una maldición que resonó bajo la bóveda de piedra. Volvió a meterlo con rabia, apretando los dientes hasta que la mandíbula le dolió, y se puso en pie. Aunque llevara aquello a los hospitalarios, de ninguna manera sería suficiente. Regresó al zaguán y recordó el golpe que había escuchado en la puerta al llegar. Cuando llegó allí vio que el cerrojo estaba sin pasar y no dudó en abrir el portón. La niebla comenzaba a disiparse y, a pesar de que la luz le molestó, descubrió a un único soldado que montaba guardia algo alejado de la casa, mirando hacia él con expresión de desconcierto.

Volvió al interior y estampó la puerta contra las jambas con tal violencia que la argamasa desmenuzada se extendió por el suelo empedrado del zaguán.

14

Todos los reunidos en torno a la gran mesa se alzaron, inclinaron la cabeza y llevaron al pecho sus manos diestras cuando Joan de Pedriz, el gran prior de Navarra, entró en la estancia donde se desarrollaba el capítulo extraordinario. Lo hizo con solemnidad, como correspondía a una de las cinco máximas autoridades de la Orden del Hospital en la Península, solo sometido al gran comendador de los Cinco Reinos, quien a su vez representaba a los hospitalarios hispanos ante el gran maestre de la orden, Geoffrey de Donjon.

Su Ilustrísima, como el resto de los asistentes, vestía hábito y manto negros, impolutos, en los que destacaba el distintivo de la orden, la cruz blanca de cuatro brazos y ocho puntas, símbolo de las ocho virtudes que todo caballero hospitalario debía reunir. A su derecha se encontraban el comendador de Tudela y los de las encomiendas más próximas, dada la premura con la que se había convocado el capítulo, y completaban la reunión varios caballeros de porte no menos admirable que el del gran prior.

La gran sala diáfana en el último piso del edificio lucía magnífica. Hacía apenas un año que habían terminado las obras de la nueva casa prioral que servía de residencia a Joan de Pedriz, acompañado por los caballeros encargados del gobierno de la encomienda: aparte del propio gran prior y del comendador, compartían techo el tesorero, un capellán y el hospitalero, así como el pañero encargado de la intendencia y un escribano que hacía las funciones de secretario. El resto de los freires, tanto *fratres milites* como *fratres sirvientes*, los clérigos encargados de la atención espiritual de todos ellos y dos hermanos enfermeros, residían en el cercano convento que hacía las veces de albergue de peregrinos y de hospital.

Las cruces que eran símbolo de la orden aparecían por doquier, iluminadas con mayor o menor intensidad según su ubicación respecto a las lámparas y las antorchas que daban luz al recinto. También su lema lucía en lugar destacado, pintado con letras de oro que refulgían sobre una tabla: *TUITIO FIDEI ET OBSEQUIUM PAUPERUM*.[6]

Antes de que el gran prior tomara la palabra, solo el comendador de Tudela mostraba el gesto propio de quien conocía el motivo de aquella reunión, una media sonrisa de suficiencia que había acompañado a su silencio ante las preguntas del resto de los hermanos. Todos ellos, sentados en torno a la mesa del capítulo, mantenían una actitud expectante.

La primera oración, iniciada en pie por Joan de Pedriz y secundada por todos, dio paso a un breve himno. Después ocuparon sus asientos, con las miradas fijas en él, ávidos por conocer el asunto que los había llevado allí de forma tan imprevista y apremiante.

—Hermanos —empezó, recorriendo a los reunidos con la mirada—, durante los

más de cien años de historia de nuestra sagrada orden, nacida en Tierra Santa para atender a quienes acudían en peregrinación hasta el Santo Sepulcro, muchas vicisitudes y contratiempos han venido a empañar los logros de nuestros correligionarios en aquellas lejanas tierras, donde vino al mundo nuestro redentor. Aún lloramos, pasados dos lustros, la pérdida de Jerusalén a manos del perverso Saladino. Después, convocada la Cruzada, muchos de los nuestros, convertidos en soldados, dieron su vida por Dios y por la Iglesia en la toma de Acre. Todo esfuerzo es poco para conseguir arrebatar de nuevo Jerusalén de manos de los infieles, y solo ese objetivo persigue la expansión de nuestra orden por occidente. Aquí, lejos del peligro que corren nuestros hermanos, dedicamos todas nuestras energías a recaudar fondos, a conseguir donaciones y, desde la última de nuestras encomiendas, a aportar al tesoro común el tercio de nuestras rentas. Solo de esta manera, con las aportaciones de los prioratos de toda la Cristiandad, se pueden sostener los gastos de la empresa hospitalaria en Tierra Santa.

El gran prior hizo una breve pausa, y continuó su alocución.

—Muchos os habéis lamentado por no poder empuñar las armas en el campo de batalla, como hicieron aquellos de los nuestros que en su día emprendieron el camino de la Cruzada para luchar junto al buen rey Corazón de León. Pero quizá pronto Dios nos libre de esa espina que tenemos clavada en el corazón, y nos permita compartir la suerte de nuestros *fratres* allende los mares, luchando contra un peligro mucho más cercano: los sarracenos que amenazan nuestra patria. No en vano el Papa nos concedió el cuarto voto, el de armas, añadido a los de pobreza, castidad y obediencia.

—Tal cosa no sucederá mientras Sancho sea nuestro rey —murmuró el comendador—. Si por algo se ha distinguido es por desoír las admoniciones del Papa y por su afán de entrar en tratos con esos malditos almohades.

Por un momento el gran prior siguió como si no lo hubiera escuchado, pero un instante después se había vuelto hacia él.

—Quizá antes de lo que creemos ese sea también un problema antiguo, al menos si el joven rey Pedro de Aragón y Alfonso de Castilla llevan a cabo sus propósitos.

—Entonces… ¿Vuestra Ilustrísima apoya las intenciones de los dos reinos vecinos de repartirse el reino de Navarra? —tanteó con prudencia uno de los caballeros.

El comendador se adelantó a su superior para responder.

—Los hermanos hospitalarios sirven solo a un rey y a una reina: el Papa y la Santa Madre Iglesia. Quién ostente el poder terrenal en este trozo de tierra o en cualquier otro nos importa bien poco, sobre todo si el actual titular se opone a las directrices de Roma. Por otra parte, el abuelo del rey usurpó el trono que, por herencia del rey Alfonso el Batallador, correspondía a nuestra orden, al Temple y al Santo Sepulcro.

—Si hemos de ser justos, Sancho, su padre, y antes su abuelo, nos han compensado la renuncia al testamento con generosas donaciones que antes eran

tierras de realengo y ahora albergan muestras encomiendas. En cuanto a la participación en la lucha contra el infiel, el rey reunió a sus huestes para luchar contra los sarracenos en Alarcos —recordó el prior.

—Quienes entonces formamos parte de la expedición sabemos por qué llegamos tarde a la batalla decisiva. —Había hablado otro de los caballeros que se sentaban al lado opuesto de la mesa.

—¿Insinuáis que a Sancho le interesaba la derrota de Alfonso? —Otro hermano se levantó airado.

—¡Solo hay que ver cuál fue su reacción, aprovechando la debilidad del de Castilla tras el desastre!

—¿Y vos os decís navarro?

—¡Como bien dice el gran prior, solo a Dios servimos!

—¡Haya paz! —terció Joan de Pedriz, alzándose con toda su envergadura para imponer respeto—. Mal comienzo es este. Nada de lo que discutimos tiene la importancia de lo que he de revelaros hoy.

De nuevo el rostro del comendador se iluminó, disfrutando de la posición de privilegio que suponía estar al tanto del asunto. El resto, tras haber tomado partido en uno de los dos bandos, mudaron las expresiones airadas ante la aparente inminencia de la explicación.

—La Divina Providencia ha querido que seamos nosotros, algunos de los que componemos el Gran Priorato de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén, quienes nos encontremos en situación de arrostrar un gran peligro que podría amenazar a todos los reinos cristianos de la Península y, por tanto, a toda la Cristiandad. Pero antes de continuar es preciso que, de manera extraordinaria, cada uno de vosotros preste voto de sigilo respecto a todo cuanto vais a escuchar en este capítulo. El comendador, que está al corriente, juró ante mi persona. Ahora debéis jurar los demás con la mano diestra sobre la Biblia, poniéndoos en pie por turno, para repetir las palabras que yo os indicaré. Vos seréis el primero, hermano hospitalero.

El freire se alzó, algo azorado, dispuesto a ocupar el primer turno.

—Repite conmigo, hermano: «*Yo, Esteban de Funes, hermano de la Sagrada Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, miembro del Gran Priorato de Navarra, juro sobre los Evangelios guardar sigilo acerca de los asuntos que se van a tratar en este Consejo, y acepto la pena de separación inmediata de la orden, interdicto y excomunión en caso de romper este solemne juramento*».

El ejemplar de la Biblia recorrió la mesa a medida que los presentes repetían la fórmula. Cuando el gran prior la tuvo de nuevo en sus manos, la expectación era máxima. Carraspeó dos veces y tomó de nuevo la palabra.

—Hace años que circulan rumores acerca de la existencia de un documento, un pergamino que, en caso de ver la luz, podría poner en riesgo la lucha que durante siglos nuestros antepasados y nuestros actuales correligionarios han mantenido contra los infieles en este solar cristiano, católico y siempre fiel al Papa de Roma. Se trata de

un manuscrito que habría debido permanecer oculto por siempre, o en posesión de quienes hubieran sabido darle buen uso. Sin embargo, hace apenas dos días tuvimos constancia cierta de que ese pergamino existe, ¡de que se encuentra en esta ciudad!… Y no en las manos adecuadas.

Un rumor de asombro y temor recorrió la gran sala.

—Confiamos en el hombre que nos dio noticia del hecho y que, sin embargo, por circunstancias que no vienen al caso, no consiguió poner el documento en nuestras manos como era su deseo. No renunciaremos a su posesión y, de hoy en adelante, alcanzar tal objetivo será nuestro cometido fundamental. Todos los miembros de la orden permanecerán en sus encomiendas y no se concederán dispensas para emprender más viajes que los estrictamente necesarios. En caso de ser reclamados, abandonaréis las tareas que tengáis encomendadas y acudiréis prestos a mi llamada.

El hospitalero, el más anciano de los freires, carraspeó para mostrar su deseo de intervenir. El superior le cedió la palabra con un solo gesto de la cabeza.

—Si, como decís, el documento no está en nuestras manos… ¿En qué manos se encuentra? ¿Y cómo estamos tan seguros de lo que dice ese pergamino?

Los años pasados en comunidad, toda una vida, le hacían hablar en plural, como si toda la orden fuera un solo hombre representado por el gran prior. Este esbozó una sonrisa pues esperaba que, como siempre, las preguntas más agudas y certeras vinieran de él.

—Estamos seguros de su existencia porque ya nos habían hablado de él, sabíamos que ese manuscrito había circulado en el pasado, pero ignorábamos su paradero. En cuanto al contenido del mismo, todos podréis conocerlo esta noche. Disponemos de una transcripción del texto que nos ha sido entregada, Dios sea loado.

El escribano desenrolló en aquel momento el pergamino que en todo momento había permanecido junto a él. Esperó el gesto de autorización del prior y empezó a leer. Lo hizo con parsimonia, como si le costara esfuerzo entender lo que leía, y todos comprendieron que estaba traduciendo del árabe al latín antes de ponerle voz. Escucharon en un silencio tan absoluto que en las pausas del escribano solo se escuchaba el crepitar de la chimenea, y lo mismo sucedió durante el largo silencio que siguió al final de la lectura. Todos los presentes parecían meditar acerca de las implicaciones de lo que acababan de escuchar.

—¿Comprendéis ahora por qué os he reunido esta noche?

—¿Quién tiene en sus manos el manuscrito original? —insistió el hospitalero.

—El rey Sancho lo tiene —reveló con tono grave.

De nuevo un murmullo, esta vez de desaliento, surgió de los reunidos.

—¿Y sabe el rey que sabemos lo que ahora sabemos?

Joan de Pedriz negó con la cabeza.

—Confiamos en que no sea así. Nuestro… benefactor —utilizó un tono distinto y casi burlón— asegura que nadie sabe nada de su contacto con nuestra orden.

—Ese documento en manos del rey puede ser una tentación demasiado difícil de

resistir —explicó el comendador—. Con Navarra a punto de ser invadida por reyes mucho más poderosos, la posesión del manuscrito puede ser su tabla de salvación, aunque para ello deba darle un uso abyecto.

Todos reflejaban en sus rostros una profunda preocupación al considerar las consecuencias.

—Debemos confiar en la protección del Todopoderoso. Nunca consentirá que ese pergamino caiga en manos equivocadas, el daño a Su obra podría ser irreparable. La sangre de millones de hispanos derramada en defensa de la fe verdadera en las cuatro últimas centurias podría resultar inútil.

—Imaginad la colegiata derruida sin haber finalizado su obra, para elevar en su lugar una nueva mezquita. ¡A eso nos enfrentamos si no sabemos manejar esta situación! —dramatizó el comendador.

—No todo está en contra. Nuestra orden será el brazo que ejecute la voluntad del Altísimo —aseguró el gran prior—. Contamos con una ventaja que puede resultar decisiva y una herramienta que nos ayudará.

—¿A qué os referís? —preguntó el hospitalero—. ¿Acaso pensáis en nuestro hombre en la corte del rey Sancho?

—En efecto, mi buen hermano Esteban. A partir de hoy es vital para todos estar al corriente de cuanto sucede en el castillo y, en concreto, en las reuniones de la curia real. El chantre Fortún, por la providencial cercanía que mantiene con el rey en su función de canciller, se ha de convertir en nuestros ojos y nuestros oídos. Como todos vosotros lo habéis de ser en vuestros quehaceres diarios.

—¿Serán nuestros medios suficientes para recuperar el pergamino? —se preguntó uno de los caballeros—. Perdonad el atrevimiento, pero… ¿Un asunto de tal trascendencia no debería ponerse en conocimiento del gran maestre?

Joan de Pedriz asintió.

—Geoffrey de Donjon será informado en pocos días por los mensajeros que ayer mismo se pusieron en camino. De la misma forma que se ha mandado aviso al gran comendador de los Cinco Reinos, al nuncio del Papa y al propio Santo Padre en Roma.

—¡Que Dios nos ampare! —musitó el anciano hospitalero, mientras posaba la mano sobre la cruz blanca que le cubría el pecho.

15

Año del Señor de 1198 (apenas un año después)

Poco habían durado los días en que la esperanza anidó en el corazón de Nicolás. De forma tan sorprendente como se habían iniciado, llegaron a su fin los encuentros con María en la tahona de Aldara. Una tarde la muchacha no se presentó a la cita, pero aquel día su ausencia solo había despertado en él el natural desencanto por tener que prescindir del único momento de la jornada que esperaba con verdadero anhelo. La decepción mudó en alarma la segunda jornada, y para la tercera ausencia se había transformado en desesperación. A partir del cuarto día, Nicolás acudió a la misa que María solía escuchar a diario, pero no encontró rastro de ella. A costa de ausentarse de su nuevo trabajo, recorrió la colegiata, la Magdalena, San Nicolás, San Pedro y el resto de las iglesias cercanas, con el mismo resultado. Tampoco la panadera había sabido de María desde la última tarde en que ambos se despidieron en el despacho de pan, de forma tan discreta como solían.

Durante diez días Nicolás regresó allí en busca de noticias cada vez que tuvo ocasión, cada vez que se agotaba su paciencia y un resquicio de ilusión se abría paso en su mente, para encontrarse una y otra vez con el gesto cariacontecido de la tahonera, que negaba con la cabeza en cuanto lo veía asomar por la puerta. La posibilidad de que María hubiera caído enferma llegó a abrirse paso como un anhelo, el único que impedía que el joven cayera preso de la desesperación. En los descansos que se permitía en su tarea en el claustro indagó acerca de la visita de físicos al convento, preguntó si alguna de las parteras que también solían atender los males de mujeres había puesto allí el pie, pero nadie supo darle cuenta. Preguntó con cautela a los hermanos si sabían de la partida de la muchacha, quizá de visita a un pariente en alguna aldea cercana, quizá para compartir algunas jornadas con las monjas del cercano cenobio de Tulebras, pero de nuevo se encontró con hombros encogidos y gestos de negación.

Habían pasado diez largos días cuando volvió a saber de ella. Apostado en la esquina opuesta a la vivienda anexa al priorato en la que María hacía su vida, tan solo adivinó su presencia bajo el brial y el manto que la cubrían cuando la puerta se abrió y la joven abandonó la casa en dirección opuesta, hacia San Nicolás. Habría reconocido su forma de caminar entre mil mujeres. Una sobria crespina cubría sus cabellos y, cabizbaja, velaba el rostro con la ayuda del capuz de la túnica. La acompañaba una matrona malcarada que escrutaba la calle mientras la conducía a buen paso sujeta por el brazo, como quien conduce a un reo al cadalso. Con el corazón desbocado las siguió a pocos pasos, y el breve trayecto a lo largo del callejón de la Rúa fue suficiente para despertar el odio hacia aquella mujer que, disimulando

los empellones, hacía avanzar a la reticente muchacha. Como suponía, entraron en la iglesia que era capilla real y Nicolás las siguió. No había demasiados fieles y pudo escoger un banco situado en el lado del evangelio, el reservado a los hombres, a la altura del ocupado por María y su guardiana, a su derecha. La muchacha se había arrodillado en el reclinatorio y, aun con la cabeza gacha, parecía observar el presbiterio, donde tan solo un diácono trataba de encender un cirio en el altar, a la espera de la salida del oficiante. Desde el lugar que había elegido, Nicolás solo alcanzaba a ver el lateral de la crespina con la que María se tocaba el cabello, una vez despojada del capuz en el interior del templo. Él mismo se colocó la capucha, solo para volver a quitársela con un movimiento brusco con la esperanza de atraer la atención de María, si es que podía apreciar el gesto a través del rabillo del ojo. No tuvo éxito, así que decidió carraspear con intención. Entonces sí, María volvió la cabeza en su dirección, muy lentamente, acentuando la inclinación el cuello para disimular el gesto. Supo que lo había descubierto cuando vio el brillo del cirio del altar reflejado en la pupila de la joven. Pero entonces sucedió algo que lo desconcertó. La matrona, airada, tiró del brazo de la muchacha y la hizo pasar por delante de su cuerpo orondo para sentarla en el lado opuesto. Su mirada se enfrentó a la de Nicolás por un instante, suficiente para lanzarle una advertencia y un desafío. Entonces, procedente de la sacristía, hizo su entrada el oficiante y todos se pusieron en pie.

Terminada la celebración, el joven decidió que no se iba a limitar a seguirlas. Esperó a que abandonaran el templo para enfilar la calle que ascendía hacia la colegiata y tomó la delantera. Caminaba a trompicones, volviéndose a cada paso, sabiendo que ella podía contemplar los bajos de su saya y sus zapatos. Escuchaba los bufidos de la matrona producidos por la ira y por el esfuerzo de remontar la cuesta, hasta que llegaron de nuevo a las proximidades de la colegiata. La mujer sacó una voluminosa llave de hierro de un fondillo, la introdujo en la cerradura y la hizo girar con fuerza. A juzgar por la mirada que le lanzó al volverse, bien hubiera deseado hacer lo mismo con el cuello del joven. Hizo entrar a María, entrecerró la puerta de nuevo y se encaró con Nicolás.

—Vuelve a acercarte a ella —le advirtió con rabia— y conseguirás que no vuelva a ver la luz del día ni para ir a misa.

Desde aquel día se contentaba con verla de lejos, algo que hacía a diario, una vez acabada la larga jornada en el taller de escultura del maestro Beltrán. Las indicaciones obtenidas en el *scriptorium* acerca del manual bizantino y las imágenes que iluminaban el salterio de Robert de Chester habían orientado su labor en la dirección adecuada. Trabajó con ahínco durante semanas en el martirio del Bautista bajo la atenta mirada del maestro, quien le proporcionaba continuas indicaciones sobre la técnica y las herramientas más adecuadas para conseguir aquello que

pretendía. Con el pesado capitel sobre el soporte, Nicolás daba vueltas y vueltas en torno a su obra, contemplando las cuatro escenas que había trasladado a la piedra una vez que Beltrán dio el visto bueno al boceto. La primera representaba la mesa del banquete de Herodes con sus invitados; el baile de Salomé ocupaba la cara que iría orientada al amanecer, opuesta a la detención de San Juan; por fin, la escena de la degollación en la cara orientada al norte, al patio central del claustro, incluía al Bautista, al verdugo y a la propia Salomé portando la bandeja. En la última semana había dedicado toda su atención a los detalles más finos, entre ellos los rostros y las ropas de los personajes. Salomé llevaba un rico vestido, y Nicolás había conseguido labrar un bordado delicado en el escote y las mangas, anchas y largas. Con la ropa ajustada y ceñida había conseguido trasladar la impresión de que se trataba de una muchacha.

Beltrán había reunido a todo el taller cuando Nicolás consideró el capitel terminado. El rostro satisfecho del maestro lo decía todo, y hasta el propio Bernardo de Almazán se vio forzado a admitir que se trataba de un buen trabajo… para tratarse de un novato en el oficio, detalle que no dudó en añadir a su opinión. Sin embargo, arrancar aquel reconocimiento público del monje significaba más que los halagos de otros escultores del grupo a los que ya consideraba amigos.

Antes de reanudar el trabajo, el maestro mandó llamar al prior para que contemplara el trabajo de un capitel que era considerado de importancia en el conjunto del claustro. Después de todo, él era el cliente que debía dar la aprobación definitiva.

Guillermo Durán no tardó en salir al patio central del claustro procedente de sus dependencias privadas. La expectación era grande entre todos los miembros del taller, que se arremolinaron en torno al capitel. No era del agrado de Beltrán que nadie ajeno al grupo contemplara los trabajos antes de estar concluidos, y el prior era consciente de ello, por lo que evitaba en lo posible interrumpirles en su tarea. Cuando alzó la lona que delimitaba la zona de trabajo se detuvo un instante. Con gesto hosco, hizo ademán de separar las manos, solicitando así, sin decir palabra, más espacio para avanzar hasta el maestro y hacia el capitel. Los miembros del taller se empujaron entre sí, poco dispuestos a perder su posición, y el círculo volvió a cerrarse a su paso.

—El capitel del Bautista, prior.[7] Acaba de ser concluido y está listo para ser llevado a su lugar si dais vuestra aprobación —le informó maese Beltrán cuando se colocó a su lado—. Seguiréis mejor el relato seriado si comenzáis por aquí.

El monje inició la inspección por la escena del banquete, tal como le sugería. Rozó la túnica de Nicolás al girar hacia el baile de Salomé, que dio un paso atrás mientras el prior le daba la espalda. La tonsura y el cuello hirsuto del religioso quedaron a un codo escaso del joven, que no pudo evitar que su pensamiento volara hacia María. Aquel hombre, del que percibía incluso el olor acre que desprendía su hábito, era quien le negaba la cercanía con ella, y sintió renacer el odio en su interior.

El religioso tardó en completar el círculo, y terminó enfrentado de nuevo al

maestro. Bajó la mirada hacia él. Afirmaba lentamente con la cabeza, con el ceño fruncido y los labios juntos, como quien se dispone a dar un beso a una reliquia.

—Os felicito, maese Beltrán —concedió—. La elección de las escenas es inmejorable, por no hablar de la ejecución. Vuestra experiencia se ha convertido en toda una garantía. No puedo estar más satisfecho de vuestro trabajo.

El maestro sonrió, y lanzó de soslayo una mirada de complicidad hacia Nicolás. Parecía estar recreándose en el momento.

—Ni una ni otra han sido obra mía. Ha sido uno de mis mejores discípulos quien, con la simple indicación de los correspondientes versículos del Evangelio, ha ideado las cuatro escenas y les ha dado forma ante los ojos de todos.

El prior buscó con la mirada a Bernardo de Almazán e hizo ademán de dirigirse a él, pero se detuvo cuando este bajó la mirada azorado y negó con el gesto.

—Podría haber sido fray Bernardo, como habéis imaginado, pero esta vez se trata del joven Nicolás.

Fray Guillermo no pudo ocultar la sorpresa en su semblante. Su cuerpo pareció envararse, y el amago de sonrisa que se había dibujado en su rostro desapareció. Miró al joven escultor, sin embargo, pero no avanzó el paso que le hubiera permitido el contacto con él.

—Os felicito —concedió al saberse observado por el resto del taller—. Seguid así.

Beltrán, perplejo, rompió el silencio que se hizo a continuación. El prior se había dado la vuelta ya para regresar a sus dependencias.

—Aprovecho vuestra presencia, prior —declaró mientras sujetaba al muchacho por el brazo—, para comunicar a todos que he decidido aceptar a Nicolás de manera definitiva como miembro de este taller.

Nicolás se hallaba eufórico, ansioso por comunicar a Marcel y a Beñat la buena noticia en el taller de cantería. Suponía para él un salto importante, pasar de ser un simple cantero a formar parte de uno de los talleres escultóricos más importantes del reino, de los reinos vecinos, incluso. Apenas le costó un momento salvar el centenar de pasos que lo separaban de la colegiata. Escuchó las voces de los canteros antes de atravesar el portón, y los descubrió en torno al pilón, tratando de manera infructuosa de quitarse el polvo de encima después de la jornada de trabajo. Un pellizco de angustia lo asaltó entonces. Entre aquellos hombres estaban todos sus amigos y Beñat, a quien consideraba su hermano, y, sin embargo, no había tenido dudas a la hora de decidirse por el taller de escultura. Fue Tiago, de frente a él, quien primero se percató de su presencia.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! —exclamó risueño, secándose el pecho y las axilas con una tela basta. Los demás se volvieron hacia él.

—Llegas tarde, Nicolás. Pero tus piedras te esperan ahí sin tallar, no hemos

querido tocarlas por si no te parecía bien —bromeó Guillén mostrando los huecos de su dentadura, y los demás le corearon con risas.

El joven se acercó al lavadero y se mezcló entre ellos, como tantas veces. Apoyó las dos manos en el borde, paseó la mirada por el grupo y supo que iba a echarlos de menos. Las voces a su alrededor se habían apagado.

—Te vas.

Nicolás se volvió de nuevo hacia Guillén y vio que su gesto se había tornado circunspecto. Le sonrió, sin embargo, cuando sus miradas se encontraron de nuevo.

—¿Es lo que vienes a decirnos, no es así? —supuso Tiago desde el lado opuesto —. Dejas el taller.

Nicolás cabeceó despacio para afirmar, afectado sinceramente.

—¡En buena hora, hombre! —Fue Ezequiel, el más cercano, quien le palmeó la espalda—. Sabes que nos alegramos por ti.

Con el rabillo del ojo, Nicolás vio que Beñat se encaminaba hacia el cobertizo, sin duda en busca de su padre.

De manera espontánea, secos o mojados, con camisa o sin ella, todos los demás se turnaron para repetir el gesto de Ezequiel, acompañándolo de palabras parecidas. Beñat, de regreso, fue el último. Sujetó con fuerza a su hermano por los hombros y los dos jóvenes se miraron con intensidad, con la emoción reflejada en el semblante, hasta que se fundieron en un prolongado abrazo.

—Nos alegramos por ti, Nicolás. Te echaremos en falta aquí, pero era lo que anhelabas.

—Si no fuera por este cierzo ya estarías dentro del pilón —aseguró Tiago.

—Las tradiciones del gremio están para cumplirse.

Nicolás se volvió al tiempo que lo hacían los demás. Marcel se había plantado a su espalda y sonreía de manera franca. No le dieron tiempo a reaccionar: las mismas manos que acababan de palmearle la espalda lo sujetaron de brazos y piernas. También Beñat y su padre se sumaron a ellos.

—¡Uno, dos…! ¡Tres! —chilló Guillén entre risas, un instante antes de que Nicolás pasara por encima del borde de la alberca.

Tiritaba cuando, poco después, Beñat volvió del cobertizo con un paño y una túnica secos, pero se sentía feliz. Los demás también se secaban porque al entrar en el agua había empapado a cuantos estaban cerca, y después no había perdido la oportunidad de resarcirse salpicando a todos a manos llenas.

—¡Esto tiene que terminar al calor de la brasa en casa de Tristán! —propuso Guillén.

—Contad con ello. ¡Asado y vino para todos! —ofreció risueño—. Pero será cuando cobre la primera semana en el taller de Beltrán. Ahora tengo otra cosa que hacer. —Miró a Marcel, que enseguida captó su impaciencia.

—Anda, adelántate —sonrió—. Tengo anotaciones que hacer en los libros antes de volver.

No hubiera podido recordar los detalles de la vuelta a casa aquel día, con quiénes se había cruzado o a quiénes había saludado, ni siquiera el camino exacto que había seguido, porque salvó la distancia perdido por completo en sus pensamientos. Deseaba llegar cuanto antes para ver el gesto de su madre, el de Sophie, y también la reacción de Martha. Sonrió al imaginar a su hermana colgada de su cuello y cubriéndole de besos, como solía. Sin embargo, la sonrisa se desvaneció al recordar a quienes faltaban. Sin duda su padre se habría sentido orgulloso de él, pero no había llegado a ser testigo de su hazaña. Y Alvar… su hermano, pues como hermanos consideraba a los tres hijos de Marcel. Siete años se cumplían ya de su partida y ni una sola noticia había llegado a Tudela sobre la suerte que habría podido correr. Cada vez que se arrodillaba ante el altar, seguía rogando a Dios para verlo aparecer un día por el cabo de la calle, caminando hacia la casa de sus padres. Le habían enseñado que era pecado pedir imposibles a Dios, y la resurrección de los difuntos era uno de ellos, pero nadie le había asegurado que Alvar estuviera realmente muerto, aunque lo estuvieran muchos de los que habían luchado junto a él. Cada día que pasaba sin noticias hacía más disparatado considerar posible su regreso y, gracias al cielo, los suyos habían acabado por aceptar la desgracia con resignación. Al menos el sufrimiento y el duelo habían dado paso a un difuso sentimiento de orgullo cuando alguien les recordaba que habían dado un hijo para la causa de Dios y de su Iglesia.

Los primeros meses de trabajo en el claustro transcurrieron con rapidez. Sus emolumentos se habían incrementado de manera considerable al incorporarse al grupo selecto de artífices que se disponían a labrar la escultura del ala occidental del claustro a las órdenes de Beltrán. Aquello había supuesto un cambio notable en su situación, y le hacía albergar esperanzas en el futuro. Ya no era un simple cantero condenado a ganarse la vida a golpe de escoplo, sin posibilidad de prosperar. Un buen escultor podía albergar la esperanza de formar su propio taller y pugnar por ser contratado en alguno de los grandes templos y monasterios que en aquellos tiempos empezaban a alzarse por doquier. Aquello suponía trabajo bien pagado para toda una vida.

La satisfacción del trabajo diario en aquella tarea que le apasionaba solo se veía empañada por la obligada separación de María, a quien seguía sin poder ver más que de manera furtiva, y cuya voz no había escuchado en todo aquel tiempo. Sin duda, la presencia constante de la matrona se debía a las órdenes del prior, algo que le había convencido de la inutilidad de intentar acceder al clérigo, tan distante como el día en que conoció su incorporación al taller. La cordialidad que el maestro Beltrán había mostrado desde el principio le había llevado, sin embargo, a confiarse a él. Le habló de María y de su sufrimiento por la separación. Fue el anciano escultor quien le instó a dejar aparte sus temores y, por el contrario, le aconsejó sobre la conveniencia de abordar al prior para plantearle de forma abierta sus intenciones. Se ofreció incluso

para tratar de concertar una entrevista entre ambos, aprovechando alguna de sus frecuentes visitas al claustro.

Cuando llegó el día, Nicolás apenas reparó en los parabienes de Guillermo Durán ante un nuevo capitel recién terminado, pendiente como estaba del momento en que Beltrán cumpliera con su promesa. Lo hizo en un aparte, y supo que hablaban de él porque ambos lo observaron al tiempo. El prior lo atravesó con su mirada penetrante y escrutadora y un instante después, para sorpresa de Nicolás que esperaba una negativa tajante, asintió ante el viejo escultor.

Nicolás, de nuevo lleno de esperanzas, permaneció en el claustro después de los oficios de la hora sexta, poco después de que el sol alcanzara su cénit. El lugar se encontraba extrañamente desierto, pues los monjes se habían dirigido al refectorio y los operarios del taller de escultura daban cuenta del almuerzo en una de las dependencias en construcción, que el prior había ordenado habilitar para albergarlos durante las frías jornadas invernales. En cuanto se quedó solo, sacó de su escarcela los escarpines de cuero que la víspera le había entregado el zapatero y se los calzó en lugar de las botas. La camisa que vestía era la más nueva que poseía, y durante toda la mañana la había tratado de proteger del polvo con un incómodo sobretodo, igual que el cabello, que había ceñido con un pañuelo. Sabía lo importante que sería en aquella ocasión causar buena impresión.

Incapaz de probar bocado con sus camaradas, hizo tiempo paseando entre los capiteles del ala norte y, por un momento, las escenas de la vida de Jesús le permitieron olvidar el motivo de su zozobra. El trabajo iniciado varios lustros atrás en aquella arquería septentrional, y que tantas veces había admirado, estaba a punto de culminarse en el ala occidental, y él se había convertido en uno de los artífices. Con las manos a la espalda recorrió la representación de las bodas de Caná, la resurrección de Lázaro, y la entrada de Jesús en Jerusalén, y dobló el ángulo para deleitarse con el trabajo del maestro Beltrán en la última cena o en la oración del huerto. No siguió más allá porque no deseaba encontrarse de frente con el prior cuando regresara a sus dependencias tras el almuerzo compartido con la comunidad. Volvió sobre sus pasos y tuvo tiempo para examinar la predicación del Bautista, los magos ante Herodes o la presentación en el templo, antes de que el sonido apagado de unos pasos sobre la piedra le advirtiera de que la espera había terminado. Entre las arcadas de medio punto vio cómo el superior de los agustinos, sin apartar la mirada del suelo, avanzaba por la galería y se perdía por la sencilla puerta de madera que se abría al claustro junto al dormitorio común de los monjes.

Nicolás esperó un tiempo prudencial y se acercó a la misma puerta, que permanecía entreabierta. Empujó la hoja y se encontró ante una estrecha escalera que conducía al piso superior. Subió los escalones encajados entre sólidos muros de piedra y se encontró en un descansillo que daba paso a un corredor tan estrecho como

las escaleras, iluminado tan solo por la lámpara que ardía en uno de los ángulos. Al pasillo se abrían tres puertas: la primera, que pertenecía a la alcoba del prior, se encontraba cerrada y sin señal de haber sido abierta en mucho tiempo. Nicolás sabía que contaba con otro acceso desde la segunda estancia, la que hacía las veces de despacho y sala de visitas. La tercera puerta correspondía al archivo del priorato, el lugar donde se almacenaban con celo los muchos registros, escrituras, cartas de donación y la correspondencia del monasterio y la colegiata desde su fundación. La luz procedente de la estancia central orientó sus pasos y un instante después se hallaba bajo el dintel.

Se descubrió y arrugó el gorro de cuero entre las manos. Guillermo Durán se encontraba de espaldas a él, en pie ante el ventanal que daba luz al despacho. Antes de llamar su atención, Nicolás aprovechó para recorrer de forma fugaz la estancia con la vista: tanto el suelo como las paredes mostraban la piedra desnuda, y tan solo unos funcionales muebles llenaban el lugar, sin llegar a romper la sobriedad propia de una celda monacal. Destacaba una mesa amplia de madera cubierta de pliegos y documentos, una Biblia y un hermoso crucifijo tallado en un material que Nicolás no supo identificar. Un sitial amplio, una silla frente a él, varias alacenas con los estantes repletos y un candelero de pie repleto de velas apagadas completaban el parco mobiliario. Como había supuesto, las puertas que comunicaban con el archivo y con la alcoba se abrían en muros opuestos, aunque solo la primera se encontraba abierta. A través de ella, el olor del pergamino inundaba la estancia.

—Te agradezco la puntualidad. El tiempo es un bien precioso.

La voz grave del prior lo sorprendió, pues este seguía ante el ventanal sin moverse un ápice. Se sintió aliviado, sin embargo, pues le evitó el riesgo de dirigirse a él con una fórmula inapropiada. No estaba acostumbrado sino al trato con sus iguales, y no podía evitar sentirse intimidado.

—Soy yo quien os agradece que me concedáis algo de ese tiempo. —Nicolás se esforzó en resultar correcto, aunque sentía que las manos con las que sujetaba el gorro le empezaban a sudar. Calló, sin saber cómo continuar.

—Al parecer, aprovechaste bien las lecciones de ese alarife moro que te enseñó su arte. Supongo que lo tendrás en gran estima…

—Le tengo un gran aprecio, así es —respondió Nicolás con extrañeza.

—Te encuentras en deuda con él —insistió.

—Así es, durante estos años me ha dedicado jornadas enteras a cambio de nada. Si acaso, a cambio de la compañía que yo pudiera hacerle. Ha sido un segundo padre o, por edad, el abuelo que nunca conocí. Y un buen maestro.

—Deseo hacerte una pregunta, y te ruego que respondas con franqueza. —Hizo una pausa prolongada—. Supón por un momento que te encuentras en una situación en la que se contraponen dos intereses distintos: por una parte, la fidelidad que debes a la Santa Madre Iglesia y a los principios de nuestra fe; por otro, la lealtad que dices sentir hacia el que ha sido tu maestro… Un infiel después de todo. ¿Cuál de ellos

prevalecería?

Guillermo Durán seguía vuelto hacia el ventanal y Nicolás no podía observar su semblante. Se sentía desconcertado. Era la segunda vez que se encontraba a solas con aquel hombre y en ambas Ismail había sido el primer tema de conversación.

—No os comprendo, prior —respondió sin poder ocultar su extrañeza—. Nunca me he enfrentado a tal conflicto.

El monje se volvió con decisión y sus ojos se clavaron en los de Nicolás. Sus rasgos marcados, la barba hirsuta, las cejas demasiado pobladas y la tonsura que remarcaba un cráneo de cabello ya de por sí escaso, le daban un aspecto fiero, poco propio de un hombre de religión. Además, descubrió en su mirada algo que lo confundía, algo que tenía que ver con el derrotero inesperado que tomaba aquella conversación.

—Te lo preguntaré de otra forma. —Avanzó unos pasos hasta el sitial y se dejó caer en él—. Imagina que, por cualquier circunstancia, tuvieras conocimiento de que alguien a quien profesas respeto y admiración, tu maestro Ismail, por ejemplo, se encuentra en posesión de un objeto que puede perjudicar de forma grave los intereses de la Iglesia romana. ¿Cuál sería tu actitud? ¿Prevalecería tu lealtad hacia él, o lo pondrías en mi conocimiento por el bien de nuestra fe?

Nicolás, de alguna manera que no podía explicar, tuvo la sensación de que una amenaza se cernía sobre él.

—¡Soy un buen creyente que cumple con sus obligaciones! —Se sorprendió a sí mismo alzando la voz, pero sentía la necesidad de reforzar su respuesta para darle mayor verosimilitud—. Nunca he tenido conocimiento de nada que pudiera ir en contra de nuestra fe y, si así fuera, no dudéis de cuál sería mi reacción.

El prior agachó la cabeza y Nicolás creyó percibir desencanto e irritación en su semblante, aunque tratara de mantener el gesto y la actitud. Tenía las manos entrelazadas con fuerza sobre la mesa, y sus nudillos blanqueaban por la tensión.

—Olvídalo. —Por el gesto parecía haberse convencido de algo que no le resultaba grato—. ¿Qué te trae hasta aquí?

Nicolás habría querido marcharse en aquel instante. Sabía que no era el momento adecuado para plantear el asunto que le atormentaba, pero si no lo hacía aquel día quizá no tuviera otra ocasión.

—Se trata… Se trata de María, vuestra sobrina —balbuceó—. Como sabéis, he entrado a formar parte del taller del maestro Beltrán, y ello me asegura un salario más que digno. Por mi edad, es hora de empezar a formar una familia y había pensado… Quizá no sería descabellado que Marcel, mi mentor, hablara con vos para…

—¿Me estás pidiendo la mano de mi sobrina? —Era una pregunta y al mismo tiempo una exclamación de asombro. Se alzó y el sitial que había ocupado chocó con estrépito contra la pared—. ¿Sabes que hay ricoshombres y caballeros que la pretenden? ¿Por qué iba a conceder su mano a un picapedrero?

—Porque la amo —respondió sin pensar.

—¿La amas? ¡La amas! ¿Acaso has cruzado una palabra con ella? Sé que la persigues en sus salidas… Pero si ese comportamiento se repite, solo tú serás el responsable de su reclusión —escupió con desprecio. La irritación contenida ante la falta de informaciones acerca de Ismail parecía haber encontrado una vía de escape.

Nicolás tuvo la sensación de que una pesada losa se desplomaba sobre él para aplastar los brotes de esperanza que había llegado a vislumbrar.

—Hacedlo por ella, si es que la amáis vos. ¡Preguntadle su parecer antes de decidir sobre su vida!

—¡Cuánta insolencia! ¡Ella ya ha decidido lo que quiere hacer con su vida! No tardará mucho en profesar en el cenobio de Tulebras. Y si insistes en acosarla, entre sus muros encontrará refugio antes aún de lo que había previsto. Y tú, puedes estar seguro, perderás el puesto que ocupas, por mucho que Beltrán alabe tus merecimientos.

El joven descendió las escaleras sin pensar en lo que hacía, apoyando los dos pies en cada uno de los escalones. Los escarpines nuevos le parecieron entonces ridículos, y a gusto los habría arrojado lejos de no ser por el precio abusivo que había satisfecho por ellos. Salió a la galería del claustro y escuchó los primeros golpes de martillo sobre la piedra, en el comienzo de la jornada vespertina. Rehuyó el contacto con sus compañeros y agradeció no ver a Beltrán en el claustro. Lo último que deseaba era tener que dar explicaciones, así que atravesó el tránsito hacia las obras de la colegiata y se confundió entre el bullicio de la obra. Todo allí parecía caótico, pero lo cierto era que, entre la permanente nube de polvo, los andamios, las poleas y las cabrias o los carros tirados por bestias que portaban sillares, arena y cal, surgían los sólidos pilares de la nave central y los muros del perímetro destinados a soportar las bóvedas del templo.

No se detuvo en aquella ocasión y se dirigió hacia el lado occidental de la colegiata, donde empezaba a tomar forma la futura puerta que cerraría el edificio por los pies. Cruzó bajo los andamios y bajo una cimbra recién colocada y salió al exterior. Ante él, no demasiado concurrido a aquella hora, se abría el pasaje que unía la colegiata con la Rúa, la calle principal que conducía a San Nicolás. En el centro de la calle, a mano derecha, pendía el cartel que anunciaba la presencia del figón de Tristán, La Tabla Negra y, aunque había salido del claustro sin saber qué dirección tomar, no tuvo ninguna duda de que era allí adonde iba a dirigir sus pasos.

Cuando empujó la media puerta inferior, entreabierta, le asaltó el aroma agrio del vino derramado. El figón no estaba demasiado concurrido a aquella hora de un día de labor, incluso varias mesas permanecían vacías. Cerca de ambas ventanas, tres comerciantes, extranjeros a juzgar por sus atuendos, daban cuenta con fruición de una fuente de carne cuyo olor alcanzó la nariz de Nicolás. El aroma ácido a vinagre del guiso de jabalí de Alodia, que había alcanzado fama en toda la ciudad, resultaba

inconfundible, pero ni aquel manjar consiguió despertarle el apetito. Había también algún parroquiano habitual en la cantina y otros cuyo rostro reconocía, aunque era incapaz de ponerles nombre. Alodia, con cara de extrañeza, lo saludó detrás del mostrador, sobre el que se afanaba con un trapo mugriento.

—¿Qué traerá por aquí a nuestro joven escultor a esta hora? —se preguntó la cantinera.

Nicolás negó con la cabeza y, sin una palabra, se sentó en la mesa más cercana al hogar. Con un solo gesto, inclinando la mano derecha hacia el gollete, pidió una jarra de vino.

—¡Humm! Vienes al figón con cara de circunstancias mientras los demás trabajan, ni siquiera saludas, y pides vino en cuanto entras; si no me falla el olfato, y no tengo mala nariz… Esto es mal de amores —aventuró con una sonrisa, al tiempo que lanzaba la bayeta a un barreño y cogía una jarra del estante.

Nicolás no respondió a la chanza y Alodia, prudente, se limitó a servirle sin hurgar más. Trasegó el primer vaso de un golpe y se sirvió de nuevo. El local había cambiado mucho en aquellos años mientras el negocio prosperaba al calor de la clientela fija que le proporcionaban las obras en la ciudad. Su situación junto a la nueva colegiata era inmejorable, y a la fama del figón se había sumado el atractivo del negocio que se desarrollaba en la bodega. Tristán había abandonado su lugar junto a la lumbre, ocupado ahora por una nueva cocinera, que se sumaba a los dos criados que ayudaban en las tareas del mesón. Había sabido ver que el mayor atractivo del local y el negocio más rentable no se encontraban en las mesas de la cantina, sino detrás de la puerta que conducía al subterráneo. El figón proporcionaba más trabajo que beneficios, pues requería de mano de obra y los suministros debían pagarse a buen precio. La tafurería, en cambio, solo requería de su presencia, y le permitía hacerse con buena parte del contenido de las bolsas de sus cada vez más numerosos clientes. Tal había sido el éxito en aquellos años, que no tardaron en surgir los problemas. Las peleas entre los parroquianos, ebrios por el vino y por el humo del hachís, se habían convertido en una amenaza para el propio negocio. Las vísperas de festivos el problema se multiplicaba, y las trifulcas a las puertas de La Tabla Negra habían acabado por provocar la presencia de los sayones del municipio, de madrugada incluso. Tristán sabía que no era bueno llamar la atención hacia un negocio que reunía juego, vino en exceso y hachís, condenados por la Iglesia, por los rabinos de la comunidad judía y por los imanes y alfaquíes de la morería. Aquellos eran poderosos enemigos y no era su intención provocar su ira, de forma que pronto puso coto al problema de la única forma que se le ocurrió. Contrató los servicios de dos gañanes de hombros cuadrados y lomo de percherón, a los que apostó junto a la entrada a la bodega, para evitar que los que protagonizaban un altercado en la tafurería alcanzaran la puerta del local si no era con los pies por delante y un par de dientes saltados. Eran moros quienes solían probar lo duro de sus puños la víspera del viernes, y cristianos la noche del sábado, pero tampoco faltaban los judíos terminado

el *shabat*, aunque a estos se les tenía más consideración por su discreción en los modales y el peso de sus bolsas.

Sin embargo, todo aquello no había resultado suficiente para la ambición de Tristán. La amistad que le unía a los canteros habituales de la taberna, después de tantos años, le había hecho confiarles sus tribulaciones, sobre todo después de trasegar unos cuantos vasos de hidromiel, a la que también era aficionado. Un par de años atrás, en corrillo con sus mejores amigos Guillén, Tiago y Ezequiel, les había confesado su desazón por el hecho de que las bolsas que se vaciaban cuando alguien perdía frente al tablero de juego acababan llenando la de quien ganaba la partida, de forma que él, dueño del negocio, se convertía en mero testigo de cómo las monedas cambiaban de mano. Obtenía ciertos beneficios del alquiler de los tableros, del vino que se servía y del hachís que también se encargaba de proporcionar, y no a cualquier precio. Pero ansiaba más… Se devanaba los sesos tratando de imaginar una manera de vaciar todas las bolsas que entraban llenas bajo el letrero de La Tabla Negra. El golpe de suerte llegó al morir el dueño de la casa colindante, con quien las desavenencias habían sido continuas en los años anteriores. Cuatro hijos varones eran los herederos y los cuatro se disputaban el derecho a ocuparla. Enterado Tristán del conflicto, pronto vislumbró la posibilidad de adquirirla, pero la enemistad del difunto se prolongaba en los hijos, con quienes había protagonizado sonados enfrentamientos. Sabía que nunca aceptarían vendérsela. Además, no estaba en condiciones de satisfacer el precio que sin duda se pediría por una casa como aquella, de dos plantas, además de un amplio granero y una bodega que era la continuación de la suya propia. Recurrió a Ishaq ben Zeraj, un conocido prestamista de la judería, a quien puso en antecedentes de sus propósitos y consiguió de él un doble trato. El judío actuaría como testaferro y se haría con la propiedad del inmueble para cedérsela más tarde. Al mismo tiempo le prestaría la mareante cantidad de morabetinos necesaria para pagar su precio. El negocio se llevó a cabo con éxito a pesar de que Tristán era consciente de que el judío le engañaba. Primero le estafó aceptando de los herederos un precio que no se molestó en negociar, asegurándose así un importe más alto del empréstito. Después incrementó el interés acordado alegando el mayor riesgo que asumía, y exigió la propia tafurería como garantía del pago. Tristán les había revelado más tarde que, a pesar de todo, no dudó un instante a la hora de estampar su firma en el pergamino que el prestamista le puso delante. Él también había silenciado sus verdaderas intenciones, y, si Ben Zeraj confiaba en apoderarse de los dos locales cuando el figonero fuera incapaz de devolver el capital prestado, estaba dispuesto a darle una sorpresa.

La misma semana en que tuvo en su poder el título de propiedad, inició una ambiciosa reforma que afectó a los dos locales. Un experimentado maestro de albañiles ideó la manera de conectar ambos subterráneos, perforando los muros medianeros en una obra costosa y no exenta de riesgos. Tras meses de trabajo en los que fue incluso necesario cerrar el figón y mantener tan solo el negocio de la tafurería

en la bodega, sólidas puertas conectaban cada una de las plantas, desde los graneros a los subterráneos. Tristán ya estaba preparado para poner en marcha el propósito que llevaba años en su mente. Los dos pisos altos del nuevo edificio se habían tabicado para obtener alcobas dotadas de un sencillo mobiliario, y la bodega comunicaba ahora con la tafurería a través de un arco cerrado con una tupida cortina. La antigua escalera conectaba todas las plantas, de forma que ya era posible desplazarse por todo el edificio sin necesidad de atravesar la cantina.

Lo primero que hizo a continuación fue contratar los servicios de dos hermosas muchachas cuyo trabajo empezó cuando, por fin, concluyeron las obras. Su tarea consistiría en acompañar a los jugadores, ligeras de ropa y mostrando sus abundantes encantos, y en especial a aquellos que, eufóricos tras ganar la partida final, se afanaban en llenar sus bolsas con las ganancias del juego. Si todo iba como pensaba, poco les costaría convencer con sus carantoñas a los satisfechos clientes para hacerles pasar a la dependencia contigua, pensada tan solo para proporcionar un ambiente agradable y acogedor. Había sido dotada de nuevos divanes, alfombras, tapices, pebeteros de olor, lámparas de aceite y mesas dispuestas para soportar las copas y las jarras de vino, de hidromiel y de licores. Varios bastidores móviles de madera proporcionaban la necesaria intimidad, y permitían que aquellas dos muchachas hicieran su trabajo, al abrigo de las miradas de otros parroquianos. Allí, el vino, el hachís, los dulces incluso, empezarían a vaciar las repletas bolsas de los afortunados. Si todo iba bien, y la naturaleza de los hombres se manifestaba como era de esperar, la velada terminaría en una de las alcobas de la segunda planta, a la que podrían acceder de manera discreta a través de la nueva escalera, confundiéndose con quienes se hospedaban en las alcobas del primer piso. Todos podían abandonar el edificio por la puerta, que apenas se había modificado para mantener la misma apariencia del resto de las viviendas de aquella calleja o, si lo preferían, hacerlo a través del figón. Fuera, el viejo cartel seguía anunciando el nombre del local, aunque debajo y sujeto con dos nuevos eslabones de hierro, se había colgado un nuevo panel que advertía a los viandantes que La Tabla Negra se había transformado en posada.

Seis meses después, las dos prostitutas contratadas eran seis, y ocupaban todas las habitaciones del granero preparadas para su alojamiento. Tristán no se ofendía cuando, entre bromas, alguien le recordaba que se había convertido en dueño de un burdel. Poco le importaba cómo se calificara su negocio si la caja se llenaba, y eso sucedía cada noche. Al cabo de un año, La Tabla Negra funcionaba a pleno rendimiento como figón, tafurería, prostíbulo y fonda, y Tristán había reintegrado, un morabetino sobre otro, el oneroso préstamo de Ishaq ben Zeraj.

Nicolás observó el rostro complaciente de Alodia, seguro de que si seguía sirviendo vino y limpiando mesas en la cantina era más por gusto que por necesidad. De hecho, con frecuencia, delegaba el trabajo en los nuevos empleados, y se dedicaba

a responder a los requiebros que los parroquianos le lanzaban y a provocarles con los escotes cada vez más generosos de sus nuevos vestidos, que nada tenían que envidiar a los que lucían las esposas de los cortesanos. Le gustaba el vino y a nadie se le escapaba que, para compartirlo, siempre se arrimaba a aquellas mesas a las que se sentaban los clientes más jóvenes y apuestos, algo que ya no parecía molestar a Tristán, si es que reparaba en ello en las pocas ocasiones en que subía al figón desde la bodega, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Unas semanas atrás, sentados los cuatro amigos en la mesa que solían ocupar, Guillén, de frente a la puerta que comunicaba con la fonda, había llamado su atención cuando la cantinera regresaba a la taberna tras una prolongada ausencia. Entre risas ahogadas, la vieron atusarse con disimulo el cabello despeinado y las arrugas de las sayas, antes de dirigirse segura y con dignidad a su puesto habitual tras el mostrador, saludando a los parroquianos a su paso y confiando quizá en que pudieran achacar al vino el color subido de sus mejillas.

Ni siquiera el recuerdo de la escena le hizo sonreír, y solo la jarra que había vaciado empezaba a calmar su desasosiego. Nicolás apoyaba el mentón sobre el puño cerrado, con el brazo acodado en la mesa y, cuando de manera inevitable el recuerdo de María regresó, se encontró mordiendo con fuerza el nudillo del dedo índice, hasta que el dolor lacerante le hizo desistir. Permaneció así un buen rato, dejando que el vino obrara su efecto benefactor. Se convenció a sí mismo de que las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, cerrados con fuerza, eran fruto del dolor lacerante que se había causado con los dientes, y no del sentimiento de impotencia que lo consumía. Trató de poner orden en sus pensamientos, pero su mente lo llevaba una y otra vez al despacho del prior y a la expresión de su semblante al asegurar que María no sería jamás para él.

Ignoraba cuánto tiempo había permanecido allí, ajeno a lo que sucedía a su alrededor, pero se sentía mareado cuando percibió que una mano se posaba sobre la suya. Abrió los ojos sobresaltado y se encontró con el rostro de Alodia a solo un palmo del suyo, sentada en el taburete más cercano, mirándole con conmiseración.

—No me gusta ver padecer a mis amigos —dijo, con un tono afectuoso que nunca le había escuchado—. Ningún hombre debería permitir que una mujer sufra por su causa, pero ninguna mujer vale las lágrimas de un hombre. Se trata de esa muchacha… María, ¿no es cierto? La sobrina del prior.

Nicolás, aún turbado, se limitó a asentir. Volvió la cabeza, avergonzado, y, con un movimiento rápido, trató de secarse los ojos.

—Picas alto, rufián. Pero he de admitir que es preciosa y posee un algo que la hace especial. Si yo fuera varón seguramente también estaría prendado de ella. Pocas muchachas en el reino desprenden el halo que ella deja a su paso. —Hablaba despacio, separando las frases con breves silencios y sin abandonar la sonrisa—. ¿Y cuál es el problema? No será que ella no corresponde a uno de los mozos más apuestos de Tudela… Se comenta que os veíais en la Tahona del Roncalés.

Nicolás la miró y resopló, con una risa breve y amarga.

—Si tú lo sabes —dijo sorprendido y con voz pastosa—, lo sabe toda la ciudad… Por eso ha llegado a oídos de su tío.

La cantinera alzó las cejas y asintió.

—Así es. Hay comadres muy largas que enseguida atan cabos, y están ansiosas por encontrar oídos abiertos a sus habladurías. Siempre dejan caer sus chismes donde puedan hacer más daño. ¡Comadrejas, las llamo yo! Aunque también hay lenguaraces que se visten por los pies. —Alodia bajó la voz y se acercó a él, como dispuesta a soltar su propia confidencia—. ¡Pues no van diciendo por ahí que yo le pongo los cuernos a mi Tristán!

Si lo que Alodia pretendía era provocar la risa de Nicolás, pudo darse por satisfecha.

—¡Serás desvergonzada! —soltó—. Contigo no hacen falta rumores, que toda la parroquia ve de qué manera premias a los mozos que te caen en gracia. ¿Y si se entera tu marido? Cualquier día te va a moler a palos.

—¡Que se atreva a ponerme la mano encima! ¡A ver si se va a creer que solo él puede retozar allá abajo con esas pelanduscas! No soy yo de las que se conforman con un aparejo desvencijado…

Nicolás no pudo reprimir una carcajada ahogada, pero la sonrisa se congeló en sus labios cuando sintió la mano de Alodia subiéndole por la pierna.

—Prefiero los utensilios nuevos y poco usados —dijo con voz sugerente, aunque, de improviso, cambió el tono, retiró la mano y, dando por terminada la broma, se levantó del asiento—. Pero no quiero que pienses que me aprovecho de la necesidad o del despecho. Solo te daré un consejo: si la quieres y ella te quiere, lucha por ella. Aunque tengas que renunciar a todo lo demás para ser felices.

Nicolás se quedó en el sitio viendo cómo se alejaba. Aún pasmado por la actitud de la cantinera, que en aquellos pocos meses parecía haberse imbuido hasta la médula del ambiente que se respiraba en el negocio, solo las últimas palabras resonaban en sus oídos. Y una ventana de esperanza pareció abrirse ante él.

Descendió las escaleras que conducían a la bodega a aquella hora inusual, sin saber lo que iba a encontrarse. No quería pensar, pero había desechado la idea de volver al claustro, ebrio como estaba. Tampoco podía regresar a casa sin que su madre se alarmara por haberse ausentado del tajo. Una partida de tablas se presentaba como la mejor opción para terminar la jornada. Antes de correr la cortina que daba acceso a la sala, el olor del humo de hachís lo inundaba ya todo. De hecho, una neblina blanca difuminaba las figuras que se movían en la amplia sala de juego, iluminada por varias lámparas circulares de hierro que colgaban del techo, sujetas por largas cadenas. La luz del día solo se filtraba de forma débil a través de los respiraderos ubicados en lo más alto, en los muros que cerraban la bodega por ambos

extremos. Las lamparillas de aceite estaban también situadas en los salientes de la pared y en soportes móviles de madera, cerca de las mesas. A pesar de todo, el ambiente era lúgubre, pero quizá aquello también formaba parte del atractivo del lugar.

Nicolás descubrió a Tristán inclinado sobre una de las mesas más cercanas, donde dos hombres jugaban una partida, concentrados en lo que sucedía sobre el tablero que los separaba. El dueño del negocio lo miró con extrañeza al verlo apartar la cortina a aquella hora, le dedicó solo un gesto de saludo y volvió a interesarse por el lance del juego cuando los dados rodaron de nuevo sobre la gamuza.

El sonido que producían las tablas cuando el jugador las desplazaba sobre el tablero despertó en Nicolás un conocido cosquilleo que le impulsó a acercarse. La Tabla Real era un juego adictivo que en los últimos tiempos gozaba del favor de los habitantes de Tudela, y Tristán había apostado por él de forma decidida frente al resto, pues reunía todo lo que podía interesar al dueño de una tafurería. El ajedrez requería de un largo aprendizaje, que podía prolongarse durante años, y su práctica era más propia de nobles, cortesanos y gentes ociosas. En él, el seso tenía más peso que el azar, y aquello lo hacía inapropiado para un negocio en el que el albur resultaba imprescindible para estimular las apuestas. Los dados eran la tercera posibilidad. En ese caso, solo el azar intervenía, pero la agudeza de Tristán para los negocios pronto le había llevado a intuir que era aquel un juego cuyo control podía escapársele de las manos: cualquiera podía hacerse con unos dados y organizar las timbas fuera de su local así que, aunque muchos eran los que se lo habían pedido, nunca había permitido su práctica en la tafurería.

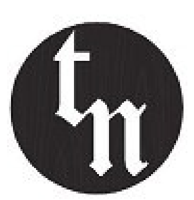
[8] él, la habilidad del jugador a la hora de mover las pequeñas piezas y el azar que proporcionaban los dados corrían parejos. Su aprendizaje resultaba sencillo; las partidas eran breves y de ellas siempre surgía un ganador claro. Pero lo que el avispado Tristán más valoraba era que no cualquiera podía hacerse con un tablero, y menos con un buen tablero.

Desde el principio había contado con la ayuda de un artesano de la morería, hábil maestro en el arte musulmán de la taracea. La superficie de juego, de unos dos palmos de largo, estaba enmarcada por un sólido bastidor de madera. Constaba de cuatro cuadras, que surgían al dividir los lados más largos con dos señales centradas que no llegaban a confluir en el centro. Cada una de ellas estaba dividida en seis casas, a modo de nidos semicirculares que albergaban durante el juego las tablas redondas de madera. El artesano encastraba las casas y las señales, realizadas con madera clara de olivo, en el tablero hecho de nogal, mucho más oscuro. Una vez encajadas las piezas, en una labor primorosa y admirable, Hassan, que así se llamaba el carpintero, encolaba y pulía toda la superficie, de forma que las tablas podían deslizarse sobre el tablero sin obstáculos. Las propias tablas, del tamaño de un sueldo sanchete, estaban hechas con las mismas maderas, aunque el artesano conseguía aclarar las piezas de olivo y teñir las de nogal con algún método que mantenía en

secreto, hasta conseguir las tablas blancas y negras que caracterizaban el juego.

Desde el primer día Nicolás había preferido las negras, las que daban nombre al local y, por una especie de superstición, se negaba a jugar si el adversario no aceptaba jugar con blancas.

Con los años, el trabajo de Hassan había llegado a rozar la perfección; el aspecto del tablero se había hecho característico del local, al tiempo que se enriquecía la decoración del armazón: todos los que alguna vez habían pisado la tafurería identificaban sus tableros sin ningún género de dudas. No obstante, Tristán, como una precaución añadida, decidió estampar en los cuatro ángulos un emblema distintivo con el sello del establecimiento, un círculo negro con las iniciales «t» y «n» unidas en el centro.



No tardaron otras tafurerías en acudir a la morería en busca de tableros similares, algo que Hassan, satisfecho con el generoso precio que recibía por ellos, puso en conocimiento de Tristán. Este, en un primer momento, se limitó a hacer pedidos de la misma cantidad por un precio mayor, seguro de que el beneficio de la exclusividad superaba con creces el pago de los tableros que, de todas maneras, tenía que reponer. Con frecuencia el vino se derramaba sobre ellos, o se golpeaban, cuando no eran hechos astillas por algún jugador arruinado y enfurecido. Más tarde, Hassan había aceptado el compromiso de fabricar tableros tan solo para La Tabla Negra, rubricando para ello el documento redactado por un escribano.

El negocio había prosperado de manera asombrosa, y llegó un momento en que la afluencia de jugadores empezó a resultar excesiva. Tristán encontró pronto la solución, por el sencillo procedimiento de incrementar el precio del alquiler de las mesas en los días y las horas de mayor demanda. Los guardias apostados en la puerta del figón solo permitían el acceso a quienes fueran capaces de mostrar una bolsa lo bastante repleta para permitirse jugar su partida. Tuvo también la idea de reservar la bodega en determinados momentos para el uso de clientes que él calificaba de especiales, dispuestos a pagar un precio mayor a cambio de poder hacer sus elevadas apuestas en un ambiente discreto y tranquilo.

Aquella era sin duda una de tales ocasiones, a juzgar por el aspecto de los pocos jugadores que ocupaban las mesas. Quienes en aquel momento terminaban la partida, ante la mirada atenta de Tristán, vestían ropas de calidad de llamativos colores que muy pocos podían permitirse, y las torretas de monedas de oro a un lado del tablero habrían servido para pagar los sueldos del taller de Beltrán durante semanas. Uno de ellos, quien movía las tablas negras, sudaba profusamente, pues su oponente había conseguido alcanzar la última cuadra con todas sus piezas, lo que le permitiría usar ya

el resultado de cada tirada para empezar a sacarlas del tablero. Este lanzaba los dados apenas llegaba su turno, ávido por acelerar la victoria, al tiempo que su mirada se desviaba continuamente al montón de monedas que estaba a punto de embolsarse. A Nicolás le resultaba curioso comprobar cómo ningún jugador se daba jamás por vencido hasta que su oponente sacaba la última tabla del tablero, aunque fuera necesario un auténtico milagro para dar la vuelta al resultado. Eso ocurrió también en aquella ocasión, y solo cuando las quince piezas blancas estuvieron apiladas sobre la gamuza, y en perfecto equilibrio, el perdedor aceptó su derrota. Para asombro de todos, el jugador no mostró la habitual reacción airada, sino que, con serenidad, sacó una segunda bolsa de monedas y la alzó ante el rostro de su oponente. El vencedor, que recogía ya los morabetinos que eran suyos, se detuvo. Aceptar una primera revancha se consideraba obligado de forma tácita. Con el rabillo del ojo comprobó que alrededor todos estaban pendientes de su respuesta, y la expresión de completa satisfacción de su semblante fue sustituida por una mirada calculadora. Mirando a través de la línea horizontal que formaban sus párpados entrecerrados, asintió con la cabeza y devolvió parte de las monedas al tapete.

Nicolás sabía que aquellos no eran oponentes para él. Su apuesta nunca había pasado de un sueldo y, cuando lo perdía, no acostumbraba pedir la revancha. Avanzó entre las mesas, pero no reconoció a ninguno de los jugadores habituales con quienes solía medirse. La del fondo se encontraba oculta por varios paneles, pero tras ella se escuchaba el sonido de los dados y las tablas. A veces, algunos clientes preferían jugar a salvo de las miradas de los demás, y no solía gustarles que nadie merodeara cerca. Estaba a punto de regresar a la mesa donde seguía Tristán para presenciar el desquite desde el inicio, cuando escuchó una voz desairada tras la mampara, seguida de un golpe, un puñetazo quizá, que hizo saltar las tablas sobre la madera.

—¡Maldita sea! ¡Que Alá te confunda!

Se detuvo en seco. La voz le resultaba familiar en extremo, pero su cabeza, nublada por el vino, no conseguía asociarla a un rostro. La curiosidad le pudo, y se acercó más a la mampara. Tras ella, el humo de las pipas ascendía hacia la bóveda y en parte se perdía por el respiradero cercano. Las dos hojas del panel estaban separadas por una rendija del tamaño de un puño y observó que, si se apoyaba contra la pared de piedra y echaba la cabeza hacia atrás, podía lanzar miradas sin ser visto.

Lo reconoció en cuanto lo vio. Omar le daba la espalda, pero estaba sentado de manera oblicua, y aquello le permitía vislumbrar parte de su perfil. Con un vaso en la mano, parecía indeciso, hasta que lo dejó a un lado, sacó el saquete de cuero de las monedas y dejó cuatro de ellas sobre la gamuza. Al momento, su oponente, oculto tras la mampara, depositó otras tantas con una mano en la que lucía un ostentoso sello de oro. Luego vio cómo Omar colocaba sus tablas blancas en la posición de salida, dos en cada una de las siete primeras casas, y una más en la siguiente, hasta

completar quince. Antes de lanzar los dados, tomó la pipa que esperaba apoyada en su soporte y aspiró de manera prolongada.

Nicolás no se sorprendió al ver aquellas monedas de oro en manos de Omar. Desde el año anterior su vida parecía haber cambiado de forma sustancial, aunque nadie parecía conocer la razón de aquella mudanza. De la noche a la mañana había abandonado la casa de su abuelo para mudarse a una finca extramuros, al otro lado del río, que antaño había pertenecido a la hacienda real. Se trasladaba a la ciudad a lomos de un hermoso caballo que muy pocos en la corte de Tudela podrían permitirse, ataviado en ocasiones con costosas túnicas hechas con telas de brocado, las mismas que poco antes habían sido la admiración de damas y ricoshombres en los puestos de los mejores pañeros del mercado. Pronto habían surgido las murmuraciones, sobre todo cuando, tras una disputa en la taberna en la que alguien lo acusó de fanfarrón, no dudó en regresar al lugar con las escrituras de propiedad. El sello real con el águila negra no dejó resquicio para la duda, aunque ninguno de los presentes supiera leer el pergamino.

En algunos corrillos se aseguraba que todo se debía a un afortunado lance de juego en el que había desplumado a uno de los más ricos comerciantes que recalaban en Tudela, precisamente aquel vendedor de brocados traídos directamente del *tiraz* de Córdoba. Otros afirmaban con total certidumbre que era fruto del chantaje a un poderoso eclesiástico, cuyos más íntimos secretos había conocido por un golpe de fortuna. En los últimos meses, sin embargo, se había dado crédito a un hortelano que aseguraba haber sorprendido a un joven de rasgos similares a los de Omar desenterrando, al amanecer, una arqueta en un solar próximo al cementerio musulmán y a la propia casa de Ismail. No era la primera vez que aparecían tesorillos ocultos en aquella ciudad que ochenta años atrás había visto expulsar a todos sus habitantes de credo musulmán. La mayor parte se había trasladado extramuros, a la nueva morería, pero otros habían optado por viajar al sur. Ante el riesgo de que sus propiedades fueran requisadas, quizá algunos habían optado por ocultarlas con la intención de regresar más tarde en su busca. El comentario del hortelano, corriendo de boca en boca, había dado lugar al rumor que ahora muchos daban por cierto, según el cual aquella arqueta se hallaba repleta de dinares de oro que el gobernador moro de entonces se había negado a entregar al buen rey Alfonso tras la toma de la alcazaba.

Las puertas de las cantinas y las tafurerías —también la de Tristán— que antaño se habían cerrado para Omar, se le abrían de nuevo ante el tamaño de su bolsa. Cuando, ebrio, pretendía regresar a su hacienda, se encontraba cerradas las salidas de la ciudad, por lo que comenzó a utilizar los camastros de la fonda. No tardó en poner el fundo en manos de una familia de aparceros dispuestos a satisfacer una renta anual y se hizo habitual de la fonda de Tristán donde, ante el asombro de todos, alquiló la alcoba más espaciosa. Allí terminaba sus noches, dormía durante el día y se levantaba con el sol en el cénit, para saciar el hambre con los guisos del figón sin que le preocupara lo más mínimo que la carne que devoraba con fruición fuera de carnero,

de ave, de cerdo o de jabalí.

Nicolás tenía que desplazar la cabeza a ambos lados para vislumbrar el tablero completo, pero la curiosidad le indujo a permanecer allí. Pensó que pasaría más desapercibido si llevaba un vaso en la mano, e hizo una señal al sirviente que atendía en la bodega. Mientras el mozo regresaba, comprobó que en aquella ocasión jugaban tan solo con dos dados en vez de los tres habituales, una variante que permitía a los contendientes asumir mayores riesgos. La partida empezó con el habitual tanteo de la táctica del oponente, pero, cuando el mozo le puso la copa de vino en la mano, la actitud de ambos había quedado clara: las tablas negras se movían en aquella ocasión con enorme prudencia, protegiéndose unas a otras y sin dejar ninguna al descubierto. Las blancas, en cambio, parecían haber optado por una actitud agresiva, tratando de alcanzar la última cuadra en el menor tiempo posible, en busca de las piezas del contrario. Pronto, varias tablas blancas quedaron solas e indefensas en las casas que ocupaban al inicio, pero a Omar aquello parecía importarle poco de momento, pues las negras avanzaban con lentitud. Pronto llegó al terreno del oponente y, entonces sí, a una distancia prudencial, trató de establecer un muro defensivo con casas inviolables, aquellas ocupadas por dos o más peones. El resultado de los dados no parecía ayudar al hombre del anillo que, ante la imposibilidad de atravesar sin riesgo la barrera, se vio obligado a exponer en solitario una de las piezas. La fortuna quiso que uno de los dados marcara el cuatro que Omar necesitaba para capturar aquella tabla y, satisfecho, ocupó el lugar antes de sacar él mismo la pieza negra fuera del tablero. Su oponente tenía que poner de nuevo en juego la pieza capturada antes de mover ninguna otra, con lo que Omar disfrutó de dos turnos más para reforzar sus posiciones avanzadas. Un inoportuno cinco doble permitió, sin embargo, que la mano del sello de oro hiciera saltar a cuatro de sus tablas por encima de las defensas de Omar. Allí quedaron protegiéndose entre ellas, y Nicolás comprendió que el zorro había conseguido entrar en el gallinero, aunque de momento tuviera que permanecer agazapado esperando la oportunidad. Omar cometió el error de capturar una nueva tabla negra que aún no se había movido de su lugar y que, al regresar al tablero, capturó una de las que él había conducido ya hasta la última cuadra. Nicolás sabía que aquel era mal negocio, que habría sido más prudente dejar pasar la oportunidad, pero el nieto de Ismail parecía haber apostado todo a que en aquella ocasión la suerte jugara a su favor. La partida continuó con las piezas de los dos colores entrecruzándose en busca del campo del contrario, que todas las tablas tenían que atravesar sin bajas para conseguir la victoria. Un nuevo doble, un cuatro, permitió a las negras capturar dos tablas blancas sin perder la protección. Aquello terminó por desequilibrar la partida, y el sudor empezó a perlar la frente de Omar, que bufó cuando sacó un dos y un uno.

Nicolás dejó de apoyarse en la pared y se incorporó. Pensó que sería más prudente retirarse antes de que terminara el envite, pues no tenía ningún deseo de cruzar palabra con Omar, cuya repentina e inexplicable riqueza había sumado la

arrogancia al carácter pendenciero que siempre había exhibido. Apuraba el último sorbo del vaso cuando los dados cayeron sobre la gamuza para marcar un doble seis. Supo quién había tenido la suerte de cara cuando, sobre la risa satisfecha que venía de detrás del panel, escuchó una nueva imprecación.

Entonces sucedió algo que no esperaba. Omar, sin esperar al final de la partida, se levantó de forma violenta y volcó la mesa con todo lo que había sobre ella. Dio un paso atrás, pero el vino y el hachís hicieron que perdiera el equilibrio, trastabilló un instante e intentó agarrarse al borde de la mesa; sus dedos, sin embargo, resbalaron en el borde mojado. Cayó hacia atrás, empujó el panel de madera y se desplomó con todo su peso encima de él, hasta que la mesa cercana detuvo la caída. Los listones que lo enmarcaban se quebraron como palillos y, por un momento, Omar quedó tumbado en una posición grotesca. De inmediato, en un movimiento reflejo, miró en derredor para comprobar quiénes eran testigos de aquella ridícula situación, y el primer rostro que encontró frente a él fue el de Nicolás. A pesar del color oscuro de la piel, su rostro se notaba congestionado, y rechazó con rabia la mano que este le tendió. También Tristán había acudido en cuatro zancadas, y fue él quien lo alzó por las axilas.

El rival de Omar se había levantado de su silla y, con una expresión entre la satisfacción por las ganancias obtenidas y el desprecio por la actitud de su oponente, se ocupaba de recoger las monedas que quedaban a su alcance para meterlas en la bolsa. Su rostro le resultó a Nicolás desconocido por completo y, a juzgar por su atuendo y por el hecho de que no le había oído pronunciar una palabra, supuso que se trataba de un noble franco, gascón o aquitano tal vez.

Ninguno de los tres supo prever la reacción de Omar ante aquella humillación. La falta de seso, el alcohol y el hachís le hicieron sin duda interpretar el gesto del extranjero como una burla. Nicolás creyó que se tentaba la lujosa túnica en busca de magulladuras, y solo fue consciente de su error cuando vio brillar en su mano derecha el filo de una daga. Todo sucedió rápido. Omar alzó el brazo sobre su cabeza y se lanzó hacia delante, dispuesto a descargar su ira descontrolada sobre el pecho de su oponente. En el tiempo que dura un relámpago, Nicolás pensó en sujetarlo por el brazo izquierdo, pero supo que aquello solo haría que la daga se volviera contra él, así que alzó la pierna y la lanzó contra su costado. El cuerpo de Omar se proyectó contra la pared opuesta y su cabeza se golpeó contra los sillares. Se deslizó hacia el suelo, y quedó tumbado sobre él mientras un reguero de sangre manaba de una brecha de su frente.

Tristán, perplejo, lanzó a Nicolás una mirada de agradecimiento y alivio. Se acercó al cuerpo inconsciente y se hizo con la daga. Después, a voces, ordenó al sirviente que subiera en busca de los dos matasietes para que se hicieran cargo de él.

El extranjero estaba lívido. El filo de la daga le había rozado el pecho y, en la caída, había llegado a desgarrar la manga izquierda de su jubón.

—¿Cómo puedo agradeceros…? —dijo cuando consiguió sobreponerse.

Como Nicolás había supuesto hablaba en la lengua de los francos, que conocía bien gracias al origen de su familia.

—No tenéis que agradecerme nada. Lo habría hecho por cualquiera —respondió. Le ocultó la satisfacción que sentía al haber tenido oportunidad de clavar la bota en el costado de aquel rufián que yacía a sus pies. De hecho, hacía mucho que se reprochaba a sí mismo no haberse enfrentado a él antes, para terminar con el trato vejatorio al que había sometido a Ismail durante años.

—Sin embargo, me has salvado la vida. —El franco pareció estremecerse mientras se llevaba la mano al pecho, justo al lugar que había rozado el puñal—. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Eso no importa. Os repito que cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo —respondió al tiempo que se volvía. Trató de hacerse paso entre los parroquianos que se habían apelotonado en aquel extremo de la bodega.

—Su nombre es Nicolás —repuso Tristán por él, al tiempo que lo sujetaba por el brazo y componía un gesto de reproche.

—Nicolás, de Tudela. No lo olvidaré. —Apartó los restos de la mampara, se agachó sin reparos y recogió del suelo las monedas que aparecían a la vista—. Permitidme que os entregue las ganancias de esta tarde. La verdadera fortuna ha sido que estuvierais cerca.

Nicolás observó al desconocido con mirada escrutadora, mientras acumulaba monedas sobre la mesa que había detenido la caída de Omar. Contaría poco más de cuarenta años y, aunque su rostro no era agraciado, la altura, el porte y la vestimenta hacían de él un hombre de apariencia llamativa. Sin esperar respuesta, contó ocho monedas y se guardó el resto entre los pliegues de la ropa.

—Mi nombre es Philippe de Troyes —añadió—, aunque resido en la ciudad de París.

—¡Troyes! —exclamó entonces Nicolás sin hacer caso de las monedas—. ¡Mi padre nació en Auxerre! ¡Mi madre en una aldea cercana a la abadía de Saint Denis! Algunos aún me llaman Nicolás *el Francés*, o el Hijo del Francés.

Los dos fornidos empleados de Tristán se abrieron paso en el preciso momento en que Omar comenzaba a volver en sí y apoyaba las manos en el suelo para alzar la cabeza ensangrentada. Con pocas contemplaciones lo sujetaron por las axilas y lo arrastraron por el enlosado en dirección a las escaleras.

—Será mejor que entréis en el reservado mientras recogemos todo esto —propuso Tristán, mirando resignado el destrozo—. Parece que tenéis mucho de lo que hablar.

—¿Quién sois y qué os ha traído hasta aquí? —preguntó Nicolás, ansioso por conocer detalles acerca de aquel hombre procedente de Troyes, a menos de veinte leguas de la ciudad natal de sus ancestros.

Se encontraban sentados en un cómodo diván situado a la entrada del reservado,

como Tristán lo llamaba. En realidad, no era sino la sala de estar del burdel en que había convertido aquella parte del subterráneo. A aquella hora se encontraba aún desierta, aunque las lámparas se habían encendido ya, a la espera de los primeros clientes de la tarde, que no tardarían en llegar, una vez que cayera la noche por completo y la tafurería empezara a animarse. Si las muchachas no habían acudido a atenderlos, solícitas, era sin duda por orden de Tristán.

—Es igual quién fuera en el pasado, porque soy otro hombre —respondió el de Troyes—. Te diré tan solo que en mi juventud llevé una vida turbia, con la que me enriquecí hasta el extremo de que ni yo mismo conocía el monto de mi fortuna. Pero un desgraciado episodio que tuvo lugar hace tan solo dos años me hizo abrir los ojos y varió el rumbo de mi existencia. Para expiar mi culpa, hice el propósito de peregrinar a Compostela, y de allí regreso.

—¡Venís de Compostela! Pero si estáis de vuelta hacia París… habéis desviado vuestro camino.

—Así es. Atravesé vuestro reino por Roncesvalles y Pamplona, hasta alcanzar Puente la Reina y Estella. Era mi propósito conocer esta ciudad donde, según me dijeron, el rey ha establecido la corte y se levanta otra hermosa catedral, cuyas obras ya he tenido ocasión de visitar.

—El maestro escultor para quien trabajo fue, en su juventud, aprendiz y discípulo del maestro Mateo.

—Lo sé bien, su nombre es Beltrán. Contemplar el trabajo que ha realizado desde que partió de Compostela es uno de los motivos que me trae aquí. Antes de poner rumbo a París, tengo también la intención de recalar en Zaragoza en la próxima etapa de mi viaje para conocer las obras de la nueva seo. Y ese hermoso palacio árabe del que todo el mundo habla.

Nicolás bebió un sorbo más de vino y sonrió al ver ante él los tapices y grabados que Tristán no había tenido reparo en colgar de las paredes, en los que hombres y mujeres desnudos se mezclaban en actitudes lascivas. Contemplar aquellas imágenes, ebrios de vino y hachís, era una tentación difícil de soportar para los clientes, sobre todo cuando alrededor deambulaban varias muchachas con las que poder calmar los apetitos que despertaban. Señaló con el mentón uno de ellos.

—¿Es este el lugar más adecuado para un hombre que viaja hasta Compostela para expiar sus pecados? Es lo que parece: un burdel.

—Todo lo contrario, muchacho —respondió con aplomo—. Tras la muerte de mi esposa, antes de abandonar París, hice voto solemne de castidad para toda la duración del viaje. Esta, quizá, sea una tentación que el maligno dispone ante mí. La usaré para probar la solidez de mi promesa.

—Al vicio del juego no parecéis haberos resistido. —Nicolás sonrió con complicidad.

—No entraba dentro de mis votos, y consigue apartar de mis pensamientos otra clase de tentaciones. En cualquier caso, solo disfruto desplumando a patanes como

ese —señaló con la cabeza al otro lado de la cortina—. No es la avaricia lo que me mueve, me sobra con lo que poseo. De hecho, los beneficios que obtengo, y reconozco que no son pocos, acaban engrosando los fondos destinados a construir las muchas catedrales y monasterios que se levantan ya y los que se van a levantar en todos los reinos que he atravesado en mi camino.

—Una loable tarea —rio.

—¿Y tú? ¿Tienes esposa? ¿Hijos, acaso?

Nicolás negó con la cabeza con el semblante ensombrecido. Los sucesos de la tafurería le habían hecho olvidar la pena que lo había llevado hasta allí aquella tarde.

—Adivino un alma turbada en asuntos de amoríos… No es necesario que hables de ello si te incomoda, pero háblame de tus padres, borgoñones como yo, según dices.

Nicolás captó el cambio en la forma en que se dirigía a él tras aquel rato de conversación. Entre sorbo y sorbo, relató la peripecia de sus padres hasta la llegada a Tudela, hasta el momento de su propio nacimiento.

—Así pues, Marcel y Sophie, tus padres adoptivos, proceden también del condado de Borgoña.

—De una villa cercana a Dijon —explicó—. Sus destinos se unieron durante el viaje hacia el sur, y la muerte de mi padre años después nos hizo inseparables. Marcel es mi segundo padre, Sophie es otra madre para mí, y sus hijos son mis hermanos.

—Es una bonita historia —aseguró Philippe algo achispado—. Me gustaría conocer a tu familia.

—¿Acaso piensas que voy a permitir que abandones Tudela sin hacerlo? Nuestras casas son humildes, las viviendas de dos familias de canteros, pero no te faltará un lecho y un plato de comida mientras permanezcas aquí.

—No será necesario, desde mi llegada me alojo en esta fonda.

Nicolás asintió, pensativo ante la cortés negativa.

—Lo entiendo… Mañana es sábado. Puedes acompañarnos a la hora del almuerzo —propuso—. ¡Espera a que Marcel se entere de esto! ¡Un peregrino de Borgoña de paso en la ciudad, y solo el azar ha permitido que nuestros caminos se cruzaran! Por fuerza esto ha de significar algo.

—Me salvas la vida, insistes en rechazar mis monedas y me abres la puerta de tu casa. El trato no es equilibrado —rio.

—Habladme a cambio de Borgoña, de Troyes… ¿Es cierto que en los últimos años se levantan catedrales que dejan pequeña la abadía de Saint Denis? ¿Cómo es París?

—Te sorprendería, ciertamente —sonrió ante el atropello de preguntas del joven —. Es en París donde he comenzado mi nueva vida.

—Sé que también en París se construye una nueva catedral…

—Las obras están muy avanzadas, cuando concluyan será magnífica, distinta a cualquier otra obra humana levantada hasta ahora. ¡Todo el mundo debería tener la

oportunidad de ver algo así! Pero no solo es París… Las ciudades de la Île-de-France y los condados vecinos compiten por levantar el templo más grandioso, el más luminoso, aquel de columnas y bóvedas más elevadas, de manera que quien penetre en su interior perciba que aquello que le muestran sus sentidos no puede ser obra sino de Dios. Algunas han concluido las obras; otras como Reims, Chartres o Beauvais han empezado a construir, y otras más, como Amiens, y las mismas Auxerre y Troyes buscan los recursos y los maestros que les permitan iniciar las suyas. Obispos, abades, condes y maestros de obras viajan de una ciudad a otra, copian modelos e ideas y tratan de reproducirlos a mayor escala. Es una carrera para alcanzar el cielo, y te aseguro que contemplar la luz del sol del ocaso atravesando las enormes vidrieras policromadas que sustituyen a los lúgubres muros de antaño hace pensar que algunos constructores lo han conseguido.

—¿Más altas que las bóvedas que tendrá nuestra colegiata?

Philippe de Troyes rio.

—La bóveda de cañón proyectada para vuestro templo será demasiado pesada e impedirá horadar los muros con vidrieras. Será un edificio grandioso, pero sólido y achaparrado a causa de los contrafuertes y el grosor de los muros, oscuro y sobrio. Se trata de un cambio mucho más trascendental, que solo es posible por la genialidad de algunos maestros que han empezado a idear bóvedas que llaman de crucería. Sus arcos resultan apuntados, con aspecto de ojiva —reprodujo la forma con las dos manos para ilustrar la idea— y se sustentan en hermosas nervaduras que trasladan el peso de la cubierta hacia los laterales de las naves mediante el uso de arbotantes, contrafuertes y esbeltos pináculos. ¡Han conseguido que no sean los muros los encargados de soportar el peso de la estructura! Solo los pilares y sus refuerzos exteriores lo hacen.

—Pero los templos deben cerrarse con muros de sillería.

—¡Los muros de las nuevas catedrales pueden ser sustituidos por enormes ventanales cerrados con vidrieras polícromas! De esa forma puede aprovecharse el bien más preciado en las tierras del norte, ¡la luz! Deberías entrar una sola vez en la abadía de Saint Denis, o en Notre Dame de París. El sol, en los días luminosos, entra a raudales a través de las vidrieras y da vida a la piedra. ¡En cada uno de los momentos del día son catedrales distintas!

Philippe hablaba con entusiasmo y Nicolás cerraba los ojos tratando de recrear sus descripciones en la mente. Las preguntas se sucedían, y si uno se mostraba ávido por conocer detalles de aquellas construcciones de las que ya sus padres le habían hablado con entusiasmo, el otro se extendía en las respuestas como si la velada no fuera a tener fin. El apetito de ambos no interrumpió la charla, pues siguieron hablando mientras compartían una copiosa cena en el figón, y la conversación se prolongó hasta que el sueño y el cansancio pudieron con ellos.

Se despidieron con la promesa de encontrarse a la mañana siguiente en aquel mismo lugar, y Nicolás regresó a casa. Se alegró de encontrar a su madre despierta y

de inmediato la puso al corriente del encuentro con el forastero. Si Marie apreció algo extraño en la manera de conducirse de su hijo se lo guardó para sí, y tampoco desaprobó que no hiciera ningún aprecio a la cena que le esperaba templada cerca de las brasas. En cambio, se mostró entusiasmada con la posibilidad de poder conversar con un compatriota, algo que solo había tenido ocasión de hacer muchos años atrás, en vida de Pierre.

Aquella noche Nicolás apenas pudo conciliar el sueño. En la oscuridad de la alcoba, el recuerdo de María se mezclaba con la imagen odiosa de Guillermo Durán, el hombre que, ya de forma definitiva, se había situado entre ambos con el único objeto de separarlos para siempre. No fue casual que en aquel momento se abriera paso en su mente el recuerdo de aquellas cuñas de madera que se usaban en la cantera para fragmentar los bloques de piedra, introduciéndolas en las grietas a golpe de mazo antes de empaparlas con agua. Desde niño siempre le había fascinado observar cómo, al hincharse, la presión ejercida desde el interior era capaz de vencer la resistencia de un material tan tenaz como aquel. El proceso se aceleraba cuando la técnica se ponía en práctica a la intemperie durante las noches más frías del invierno. El agua colmaba las hendiduras y, al congelarse, hacía que los grandes fragmentos de roca se resquebrajaran como huevos de ave y rodaran sobre el suelo de la cantera, donde los primeros operarios las encontraban al amanecer, divididas en tantos bloques como grietas se hubieran podido aprovechar. Así se sentía Nicolás desde la entrevista con el prior, cuando aquel hombre de corazón de hielo se había instalado en la grieta que lo separaba de María con la intención de romper los lazos que los unían.

El pensamiento lo llevó de regresó al figón, a los consejos de Alodia y, de forma inevitable, al encuentro con el forastero cuya conversación había sido capaz de apartar por un momento de su mente el recuerdo de María. Y también al lamentable episodio protagonizado por Omar que, a su vez, le llevó a recordar a Ismail. Desde que la vida de su nieto experimentara tan drástico cambio, la relación de Nicolás con el anciano se había enfriado un tanto, a pesar de que se había quedado solo y habría sido de esperar que apreciara más su compañía. Era cierto que también él había espaciado las visitas, enfrascado en su nueva ocupación en el taller de Beltrán, pero en las contadas entrevistas que habían mantenido, Ismail se mostraba más retraído que antaño y evitaba por todos los medios que la conversación se desviara hacia Omar. Nunca había recibido explicación de las razones que lo habían conducido a tan radical mudanza en su vida y, ante cualquier intento de abordar el asunto, respondía solo con evasivas. Tras la entrevista con el prior en la que, de nuevo, el viejo escultor había salido a relucir, la sombra de una duda empezaba a anidar en su interior. Tenía el presentimiento de que Ismail y Guillermo Durán estaban de alguna forma relacionados, compartían un mismo secreto… O quizá se lo ocultaban. Durante un buen rato trató de hacer memoria acerca de las conversaciones que había mantenido con el prior, de rescatar cualquier detalle, y al fin una conclusión se fue abriendo

paso. Aquel hombre, el eclesiástico más poderoso de Tudela, no tenía ningún interés en él si no era por su relación con Ismail. El encuentro aparentemente fortuito en el *scriptorium*, la entrevista en sus dependencias privadas… Solo buscaban obtener una información de la que carecía. De ahí su irritación, de ahí su tajante negativa a considerar su relación con María. Quizá si tuviera algo que ofrecerle, si pudiera proporcionarle lo que buscaba… Su espíritu agitado pareció recuperar la calma una vez tomada la decisión de acudir a primera hora de la mañana en busca de Ismail.

El día había comenzado temprano para él y la escarcha aún cubría las calles durante el trayecto hasta la morería. La tenue columna de humo que se alzaba sobre el tejado hizo que llamara a la puerta con decisión, seguro de que Ismail se encontraba despierto. Vio alegría en sus ojos cuando abrió la puerta y, haciendo aspavientos por el frío de la calle, lo hizo entrar antes siquiera de saludarse. Lo condujo hasta la estancia donde cocinaba, en la que ardía un pequeño fuego y, en las brasas, apartado de las llamas, se calentaba un puchero encima de unas trébedes.

—Añadiré un poco más, unas sopas de leche te harán entrar en calor —ofreció el anciano sin preguntar, y Nicolás no las rechazó.

Lo observó mientras entraba del sereno la leche de cabra. Era cierto que en los últimos meses había espaciado las visitas, pero se diría que en cada ocasión aparentaba ser un año más viejo que en la anterior. La barba y el cabello eran ya blancos por completo, sin rastro de pelos de otro color; los ojos parecían haberse fruncido al tiempo que se hundían en las cuencas, y las arrugas que antes surcaban su rostro se habían convertido en profundos pliegues de su piel cetrina.

Hablaron de asuntos intrascendentes mientras la leche se calentaba despacio. El anciano fue llenando un platillo con pequeños trozos de pan que rebanaba de una hogaza endurecida y los añadió al puchero. Después se acercó a la alacena, cogió el tarro de miel y con la ayuda de un hisopo fue dejando caer un hilillo de aquel néctar formando caprichosas filigranas.

Con la escudilla caliente entre los dedos, tomaron las sopas a sorbos, disfrutando de su sabor delicioso y del calor en las manos. Cuando Ismail apartó por fin el tazón, se limpió la boca con la manga y alzó los ojos hacia Nicolás, sentado frente a él.

—¿Qué has venido a buscar? Hay algo, una pregunta, que te quema en la garganta, y que no te decides a formular.

Nicolás también apartó su escudilla, y se secó los labios con el dorso de la mano.

—Así es —admitió, sin mostrar sorpresa por la sagacidad del anciano—. Hay algo que me inquieta, y que tiene que ver contigo y con el prior Guillermo.

Nicolás observó que Ismail se tensaba.

—¿Qué… qué tengo yo que ver con ese hombre? —balbució.

—No lo sé, esperaba que tú me pudieras responder a la pregunta. Lo cierto es que en los dos encuentros que he mantenido con él ha salido tu nombre a relucir, y en

ambos me ha sugerido que quizá guardas algún secreto del que yo podría… o debería estar al tanto.

—No tengo ningún secreto contigo —mintió el anciano mirando al tazón vacío.

Nicolás guardó silencio durante un instante con la mirada perdida en las llamas. A su alrededor, en la penumbra de la mañana, las sombras producidas por el fuego danzaban sobre las paredes. Del exterior apenas llegaban sonidos, salvo el canto rezagado de un gallo o el golpeteo de los cascos de alguna cabalgadura contra la tierra helada. El ambiente parecía propicio para las confidencias.

—Créeme, Ismail —le puso la mano encima de la rodilla durante un momento—. No insistiría si no tuviera la convicción de que este asunto puede estar detrás de la oposición de ese hombre a mi relación con María. Esta noche apenas he podido conciliar el sueño y mi cabeza ha vagado sin parar, tratando de hacer memoria. Sin duda el prior estaba convencido de que yo conocía la naturaleza de ese secreto acerca del que trata de sonsacarme. Yo me pregunto por qué. ¿Por qué tú, un escultor moro, habrías de poner al corriente de algo tan velado a un joven cristiano con quien solo te une una relación de amistad? Sin embargo, estaba muy seguro de que así debía ser, a juzgar por su reacción airada cuando ha comprobado mi ignorancia. ¿Por qué se mostraba tan seguro?

—Con frecuencia la mente nos engaña. Si es como dices, el prior se equivoca.

—He repasado todos estos años en mi memoria y no recuerdo haber mantenido contigo ninguna conversación en la que me hayas contado algo relevante respecto a un asunto de fe. Y he tenido que remontarme a un día en concreto, hace mucho tiempo, para encontrar algo que quizá podría ponernos en relación. A los tres.

—¿A qué te refieres? —El anciano se encogió de hombros y compuso un gesto de extrañeza.

—Supongo que no habrás olvidado el pergamino que te entregué, el que encontré en las obras de la colegiata.

El anciano entornó los ojos, como si hiciera memoria.

—¡No, claro!, ¿cómo lo iba a olvidar? Se lo ofrecí a los ulemas de la mezquita por si era de su interés. Y consideraron justo compensarte por el hallazgo de un documento que procedía de la época en que esta ciudad se encontraba en nuestro poder. Fueron generosos, ¡dos morabetinos de oro!

—Nunca supe lo que en realidad contenía…

—Sí, recuerdo que hablamos de ello. Se refería a algún destacado personaje y a su ascendencia… Pero ahora sería incapaz de repetir su nombre. Hace muchos años de aquello.

—Sería muy importante para mí conocer aquel texto en detalle. ¿Crees que será posible?

Ismail negó de inmediato.

—Está en manos de los alfaquíes de la mezquita, ahora ya no puede salir de allí. —Hizo una pausa—. Recuerda que al venderlo renunciaste a él. Además, insisto en

que no era sino una sucesión de nombres, y dudo que tenga ningún interés, excepto para los estudiosos de nuestro pasado.

—Te mentí respecto a su hallazgo —confesó entonces Nicolás—. El pergamino se encontraba en una cripta oculta bajo el viejo *mihrab*. Y alguien trató de enterrarme con él.

—No te entiendo… ¿Enterrarte?

—El pavimento sobre la cripta se había retirado, yo mismo trabajaba en ello cuando descubrí su existencia. La bóveda amenazaba con desplomarse, pero, aun así, decidí correr el riesgo y bajar en medio de la noche. Encontré el pergamino en el interior de una arqueta ricamente labrada, pero un desconocido hizo que el techo se desplomara sobre mi cabeza.

—¡Lo recuerdo, cuando viniste a verme aún estabas magullado!

—He atado cabos, Ismail. Y creo posible que quien trató de impedir que me llevara el contenido de esa arqueta fuera un monje del monasterio, quizá el prior.

—En aquella época Guillermo Durán no era el prior —objetó Ismail.

—Es cierto, hace diez años era solo un monje más. Pero su antecesor pudo trasladarle el secreto antes de tomar posesión del cargo, en el lecho de muerte, quizá. Recuerda que al desescombrar la bóveda se encontró la arqueta vacía: por fuerza debieron de concluir que en su interior albergaba algo de valor. Quién sabe si no lo estaban buscando con anterioridad.

Ismail cabeceó, asintiendo. Parecía que las palabras de Nicolás estuvieran proporcionándole alguna respuesta.

—El prior Guillermo ha estado en esta casa en varias ocasiones —reveló de forma inesperada.

Nicolás volvió la mirada hacia él, desconcertado.

—¿El prior? ¿Aquí? —exclamó.

—Siempre a solas y al anochecer, desprovisto de su hábito y con un sobretodo que lo protegía de miradas indiscretas. Buscaba el contenido de esa arqueta.

—Entonces, ¿sabe que yo…? —dejó la frase sin terminar.

—Lo sabe, y sabe que te desprendiste de él a cambio de dos morabetinos. Le conté la verdad.

—No parece haberte creído. Si me ha interrogado en dos ocasiones es porque piensa que le has ocultado algo y que, por algún motivo, te has podido sincerar conmigo.

—Ambos disponéis de la misma información: la verdad es solo una.

Nicolás agachó la cabeza, apesadumbrado.

—Durante unas horas he albergado la esperanza de poder ofrecer a Guillermo Durán la información que busca, algo que le hiciera cambiar de actitud respecto a María. En mi afán de recuperarla, he llegado a pensar incluso que aquel pergamino podría estar detrás del repentino enriquecimiento de Omar.

—La verdad es solo una, Nicolás —repitió el anciano con la misma pesadumbre

—. Siento de veras no poder ayudarte, sé lo importante que esa muchacha es para ti.
Nicolás asintió al tiempo que apretaba los labios, desengañado.

Nadie podría decir que no lo hubiera intentado. Salió de la casa embozado para protegerse del relente, atravesó la muralla y se adentró en la ciudad cristiana en dirección a la Rúa. Cuando entró en el callejón de La Tabla Negra comprobó que no había nadie a la puerta de la posada, pero esta se encontraba abierta, y entró con decisión. Como esperaba, ni Alodia ni Tristán se encontraban allí a aquella hora temprana. Unos cuantos parroquianos se reunían en torno a tres mesas y, después de saludar, tomó asiento en una de las más alejadas entre las que se encontraban libres. Antes de pedir el vino envió al mozo en busca de Philippe, tal como habían convenido la víspera.

La conversación con aquel hombre hizo que la mañana transcurriera tan veloz como la velada anterior, sin ser consciente del paso del tiempo ni de la identidad de quienes ocupaban las mesas contiguas, a quienes saludaba al llegar y al levantarse con un gesto maquinal, con la atención puesta en los detalles que el visitante le daba. Solo el vacío del estómago le hizo mirar a través de la ventana cuando el sol se hallaba ya en el cénit. Salieron y se dirigieron a la cercana tahona para recoger el capón que Marie había llevado a asar por la mañana. Aldara negó con la cabeza cuando la interrogó con la mirada y Nicolás supo que tampoco aquel día había noticias del paradero de María.

Escuchándoles hablar, Nicolás pensó que había sido un acierto invitar a Philippe a almorzar en casa de Marcel y Sophie. Desde el primer instante fue palpable una corriente de simpatía hacia su compatriota, y la conversación había fluido mientras los siete daban cuenta del suculento manjar que, nada más llegar, había llenado la reducida estancia con su aroma. El invitado se mostró cortés y paciente ante el aluvión de preguntas, y no parecía tener inconveniente en repetir los detalles de la conversación que desde la víspera habían compartido. Incluso Martha y Beñat participaron de manera entusiasta en el interrogatorio sobre aquellos lugares de la Borgoña que Philippe conocía bien, aunque tampoco los jóvenes se libraron de dar detalles acerca de sus respectivos prometidos y de los planes de boda que no tardarían en llegar, quizá en la siguiente primavera.

Aunque nunca se había expresado en voz alta, el retraso en la decisión de contraer matrimonio tenía que ver con la ausencia de Alvar. Quizá, en el fondo, todos habían albergado la esperanza de verlo de regreso para completar la felicidad que sin duda traerían aquellos acontecimientos, pero los veinticuatro años de Martha y la veintena de Beñat se habían echado encima, y el muchacho que pretendía a su hija daba muestras de impaciencia, así que Marcel y Sophie habían decidido con ambos que la

espera había llegado a su fin.

Del capón no quedaban más que los huesos, y los dedos y los labios brillaban por la grasa del asado cuando Sophie puso sobre la mesa varios platillos de dulces que las tres mujeres habían elaborado aquella misma mañana. Aquel fue el momento que Nicolás eligió para hablar.

—Tengo algo que deciros.

Philippe lo miró y asintió con la cabeza en señal de ánimo. Nicolás sonrió.

—¡Ave María purísima! —exclamó Sophie, asustada—. Por tu semblante no parece que sean malas noticias.

—No lo son, aunque quizá al principio os puedan causar extrañeza, tristeza incluso. Philippe me ha hablado de los grandes avances que los maestros constructores están introduciendo en las nuevas catedrales que se alzan en vuestra tierra, Borgoña, y en la Île-de-France. Pronto llegará lo más crudo del invierno, las obras de la colegiata y también del claustro se ralentizan porque el frío impide el fraguado de la argamasa… Nada que no sepáis. —El muchacho parecía tener dificultades para buscar las palabras e hizo una pausa antes de continuar, pero la mirada de Marie indicaba que ya sabía lo que vendría a continuación.

—Partes con él —adivinó también Marcel.

Nicolás asintió.

—Acompañaré a Philippe hasta París en su viaje de regreso. Aunque espero estar de vuelta al principio de la primavera.

16

Año del Señor de 1199 (unos meses después)

—Que me traigan la Biblia —pidió el rey cabizbajo, con los dos brazos flácidos, extendidos sobre la mesa.

Uno de los sirvientes se apresuró fuera de la gran sala y regresó al poco, trayendo tres gruesos volúmenes. Los depositó con cuidado sobre la mesa ante la cual permanecía el monarca en silencio, y le alcanzó el primero. Ninguno de los cortesanos se atrevía a hablar ante aquella actitud taciturna de Sancho.

—Dejadnos solos —ordenó al fin, mientras abría el tomo por las primeras láminas—. Tú no, Martín.

En silencio, el canciller, el merino mayor y el mayordomo desfilaron hacia la salida, tan cariacontecidos como su rey. El alférez real permaneció en pie, pendiente de sus movimientos. Sancho pasaba los pliegos observando las magníficas miniaturas a la vez que leía los breves textos explicativos.

—Estamos solos, Martín.

El aludido pareció desconcertado.

—Sí, mi señor, todos han salido, como habéis ordenado.

El rey dejó escapar una sonrisa amarga.

—¡Ojalá esta fuera la única de nuestras soledades, una soledad deseada y buscada! —Alzó los ojos hacia el más fiel y más cercano de sus hombres de confianza—. Es el reino el que está solo, cercado diplomáticamente, sobre todo tras la muerte de mi cuñado el rey Ricardo.

—Recordad que poco antes de que Dios lo llamara a su lado, os había reclamado San Juan de Pie de Puerto y Rocabruna…

—Pero podía contar con él frente a nuestros enemigos, que no son precisamente los enemigos de la fe, sino aquellos con quienes debería primar el entendimiento.

—Las disputas con Castilla y con su rey Alfonso vienen de lejos, mi señor.

—No parece que Aragón esté dispuesto a atacar de nuevo Navarra tras las conquistas del año pasado, pero el rey Pedro tampoco acudirá en nuestra ayuda a riesgo de enfrentarse con Castilla. —Sancho negó con la cabeza—. Y es impensable que Portugal pueda hacer algo por nosotros.

El rey pasó de pliego, y sus ojos se clavaron en la escena representada a doble página. Un joven, ataviado tan solo con un sencillo jubón de color verde, se enfrentaba a un hombre armado y a caballo con la única ayuda de una honda.

—Fíjate, Martín, resulta curioso que el azar me haya hecho reparar en esta escena. David contra Goliat. De alguna manera, así me siento yo, vulnerable e indefenso.

La Biblia era magnífica. Terminada dos años atrás, había sido el encargo que Sancho le hiciera a su antiguo canciller y escribano, Ferrando Pérez de Funes. Tres años de trabajo habían sido necesarios para culminar aquella tarea ingente: iluminar tres volúmenes de manuscritos con ocho centenares de imágenes que representaban escenas del Antiguo Testamento y diversos pasajes de la vida de Jesús. Los colores eran muy suaves, a base de ocres, verdes, azules, rojos y violáceos, aunque también se utilizaba el oro para los atributos de Cristo como el nimbo o la cruz. Las composiciones del arcediano Ferrando eran sobrias, y se centraban solo en los personajes principales representados sobre fondos lisos y monocromos. Las imágenes ocupaban casi la totalidad de los pliegos, salvo los estrechos márgenes superior e inferior utilizados para encastrar breves textos explicativos acerca de las escenas.

—En ese caso, mi señor, pasad de página. Quizá encontréis la esperanza que necesitáis.

Sancho siguió el consejo del alférez y se encontró con tres miniaturas en las que se representaba a Goliat herido en la frente por la piedra lanzada con la honda del pastor, al gigante filisteo decapitado por el joven David y las loas y cánticos de las mujeres de Israel en presencia del rey Saúl.

—¿Quién de ellos soy yo, Martín?

—Quizá no sea casual que el Altísimo os haya hecho reparar en la escena que tenéis ante los ojos. Dejad que sea yo el brazo que esgrime el arma, quien ponga la cabeza de nuestro mayor enemigo a vuestros pies.

El rey Sancho parecía cavilar con ambos brazos, enormes, rodeando por completo el contorno de aquel volumen de la Biblia.

—No es una espada el arma que porta David. Es una simple honda con un guijarro del suelo… manejados con habilidad e inteligencia —reflexionó—. Quizá esa sea nuestra única esperanza: usar un arma diferente, cuyo uso sean incapaces de prever nuestros enemigos.

En su fuero interno, sin embargo, el rey Sancho albergaba pocas esperanzas, lo que explicaba su consternación y su apatía. El año anterior, tras las falsas acusaciones de Alfonso, que habían conducido a su excomunión, el rey de Castilla y Pedro de Aragón habían concertado una alianza general en Calatayud, que estipulaba el ataque y el reparto de Navarra según una línea que partía en dos el reino de norte a sur. El tratado se había puesto en práctica de inmediato, Pedro II ocupó Burgui y Aibar en el este, y Alfonso penetró hasta Miranda e Inzura por occidente.

Ante la gravedad de la amenaza para el reino, había tenido que acudir en busca de oro para financiar su defensa, ya que las arcas se encontraban exhaustas. El prior Guillermo, arrogante, había cerrado los oídos a sus peticiones, y desde entonces Sancho albergaba un hondo resquemor contra él.

—¡Monje ególatra! —murmuró para sí al recordar.

—¿Decíais algo, mi señor?

—Nada, pensaba en voz alta —respondió al tiempo que pasaba una hoja de la

Biblia.

—La única obsesión de Guillermo Durán —sonrió Martín con picardía, revelando que había escuchado su exabrupto— es finalizar en vida las obras de la colegiata. No soportaría que las crónicas refieran la consagración del templo bajo el mandato de su sucesor.

—Poco le importa en cambio qué rey pueda estar presente entonces —dejó caer Sancho con sorna—. Es más, debe de rezar cada día para que ese rey no sea yo. Y a fe que está a punto de conseguirlo. ¡Malditos clérigos!

—No podéis quejaros de la Iglesia, mi señor. Fue el obispo García quien os prestó aquellos setenta mil sueldos providenciales. De otra forma el reino hubiera quedado indefenso.

El rostro de Sancho se tornó cárdeno por momentos. Cualquier otro menos próximo al monarca habría temblado de pavor al ver alzarse su figura descomunal, con aquella cabeza imponente que rozaba las lámparas que pendían del techo y que estaban fuera del alcance de cualquier otro cortesano. Martín, en cambio, no se inmutó; sonrió incluso, seguro de lo que iba a escuchar a continuación.

—¡A qué precio! ¡Ni el más usurero de los judíos del reino se hubiera atrevido a pedir tanto! El palacio de San Pedro en la Navarrería, que acababa de construir; el diezmo del peaje de Pamplona; el compromiso de no usar jamás la fuerza ni cobrar exacciones a ninguno de los tres burgos de la ciudad, todos bajo el dominio eclesiástico; exención de la *facendera* a todos los villanos sujetos al señorío de la catedral de Pamplona o de la colegiata de Roncesvalles… ¡Ni los merinos reales pueden penetrar en sus dominios!

—No os fatiguéis, mi señor, nada de todo eso tiene vuelta atrás.

—¡Me indigna la manera en que se aprovechó del rey en un momento de apuro para el reino! Ha conseguido reforzar los privilegios del clero, que ahora está libre del pago de cualquier exacción a sus personas o a los bienes de las parroquias; los eclesiásticos han quedado fuera de la jurisdicción del rey, y solo responden ante el obispo; y, por si todo esto fuera poco, tuve que firmar el compromiso de respetar todos los bienes y derechos de la Iglesia de Pamplona. ¡García tiene más poder que el rey! —estalló al fin, incapaz de asimilar con calma la lista de exorbitantes concesiones que acababa de recitar.

—Al menos salvasteis el reino…

—¡Tan solo me permitió negociar, bien lo sabéis! Y tuve que acceder a entregar a mi hermana Constanza en matrimonio al rey don Pedro.

—De nuevo ahí la Iglesia vino en vuestra ayuda.

Sancho sabía que Martín bromeaba. Sin duda, el propósito del rey de Aragón a través de aquel matrimonio era tan solo asegurarse la sucesión en el reino vecino de Navarra, conocedor como era de su falta de descendencia legítima. Solo cuando Sancho firmó por escrito el juramento, los dos ejércitos abandonaron Navarra y dejaron de saquear el territorio, aunque conservaron sus conquistas. Por fortuna,

había tenido la inspiración de invocar la intervención papal, e Inocencio III consideró de justicia invalidar el juramento hecho y la promesa de boda, al considerar que ambos se habían realizado bajo coacción y que los futuros contrayentes eran parientes en tercer grado. El Papa no había acudido en su ayuda, como insinuaba su alférez con sorna, sino que se había limitado a aplicar el Derecho Eclesiástico.

—No sé qué hubiera sido mejor. —El rey caminó pensativo con las manos a la espalda y se dirigió hacia uno de los ventanales antes de seguir hablando—. ¡Alfonso ha interpretado que la cancelación del pacto y del matrimonio con Constanza conlleva el fin de la tregua! ¡Y las últimas noticias dicen que se encamina hacia Álava!

—Nuestros *tenentes* sabrán hacerle frente en tanto llegan las tropas de refuerzo.

—Ayer rindió cuentas ante mí el merino mayor. Los saqueos tras el ataque del año pasado arruinaron las cosechas, vaciaron los graneros y acabaron con el ganado. Los diezmos de las tierras de realengo se han reducido un tercio, cuando más preciso nos resulta el oro para armar a nuestras huestes. —El rey se mostraba inquieto y regresó a la mesa, aunque solo se inclinó sobre ella con ambos puños, de frente a su alférez real, antes de continuar—. Íñigo de Gomacín asegura que las arcas están vacías… Y si Alfonso sigue adelante con su incursión, los refuerzos de los que hablas jamás podrán ser reclutados ni armados.

—¿Abandonaremos a su suerte a nuestros *tenentes*?

—Si no son ellos quienes nos abandonan antes —respondió el rey con amargura —. La política del merino mayor incrementando las prerrogativas reales en detrimento de las suyas propias no alienta su lealtad a mi persona.

—Confío en la rectitud y el pundonor del nuevo *tenente* de Vitoria, mi buen amigo Martín Chipía. Me consta que lleva semanas aprovisionando la plaza, cuyo recinto fortificado se construyó hace solo cuatro lustros. Además, la ciudad se ubica en un buen emplazamiento, como sabéis, sobre la cumbre de una colina.

—De nada servirá la resistencia que pueda ofrecer el *tenente* frente a las poderosas razones de Alfonso para continuar su avance hacia el norte. Supongo que no se os oculta cuál es su principal motivación…

Martín Íñiguez no respondió inmediatamente. Mientras el rey volvía de nuevo la vista hacia la Biblia ilustrada, trató de adelantarse a su respuesta.

—Poco interés han de tener las tierras al norte de Álava para el rey de Castilla, a no ser…

—A no ser que le sean de utilidad como tierra de paso hacia la Gascuña, que Alfonso reivindica como dote de su esposa Leonor de Inglaterra.

—Si Alfonso pretendiera hacerse con el dominio de Guipúzcoa, privaría a Navarra de su salida al mar —pareció comprender el alférez—. ¡Debéis impedirlo a toda costa, mi señor!

—Somos un reino pequeño, casi insignificante. —Sancho se pasó la mano enorme por los cabellos—. Sin aliados, sin argumentos diplomáticos para invocar una

intervención papal, sin oro en las arcas… No se me ocurre la manera de luchar contra vecinos tan poderosos.

—El matrimonio de vuestra hermana Blanca con el conde de Champaña os garantizará la protección de Francia e Inglaterra, mi señor —opuso el alférez.

Tras la reciente muerte de Ricardo, los Plantagenet, dirigidos por la astuta Leonor, habían tratado de buscar la amistad del rey de Francia para evitar que, en el momento de desconcierto que suponía la sucesión en el trono de Juan sin Tierra, aquel pudiera atacar el imperio familiar con el objeto de cuartearlo. Para lograr la paz, además de la decisión de Leonor de prestar homenaje feudal al rey Felipe II Augusto como dueña de Aquitania, Poitou y Maine, se buscó un matrimonio que sirviera de puente entre Francia e Inglaterra. Leonor de Aquitania puso sus ojos en el joven conde Teobaldo de Champaña quien, a pesar de rendir pleitesía al rey de Francia, era su nieto. Contaba solo dieciocho años cuando la inesperada muerte de su hermano mayor y primogénito lo había convertido en conde de Champaña. Faltaba solo buscarle la esposa adecuada.

Sancho estaba convencido de que la propuesta había partido de Berenguela. Su hermana Blanca no pertenecía al clan de los Plantagenet, pero, a través de su propio matrimonio con Ricardo, el clan estaba estrechamente ligado a la dinastía navarra. La boda, que se había concertado en solo dos meses, debía celebrarse en pocas semanas en Chartres.

—¿Olvidas que las exuberantes raíces del árbol de los Plantagenet también han arraigado en Castilla?

—¿Os referís a Leonor, la esposa de Alfonso de Castilla?

—Que Leonor de Aquitania se convirtiera en suegra de nuestro principal enemigo es la parte que todos conocemos. Pero el canciller me acaba de informar de que avanzan las negociaciones para casar a su nieta Blanca de Castilla con Luis, el heredero del trono de Francia.

El alférez compuso un gesto de asombro.

—¡Esa mujer es el demonio!

—No esperes apoyo alguno a Navarra por parte de Francia ni de Inglaterra, si ello supone un enfrentamiento con Castilla —zanjó el rey con desánimo.

—¡Reclutaremos hasta el último de los hombres, mi señor! ¡Niños, eclesiásticos, mujeres si es necesario! Todos los brazos valdrán para defender el reino.

El rey no parecía escucharle. Su mirada se había detenido de nuevo sobre la Biblia abierta.

—No, mi buen Martín. Usaremos las armas que tenemos en la mano, como David contra Goliat. Disponemos de la piedra que puede herir al gigante en la frente. Nos falta la honda con que arrojarla, y saber usar ambas con la misma habilidad con que lo hizo el pastor.

—Os referís… Al pergamino.

—El pergamino será la piedra. Pero no podemos lanzarla con nuestra mano, su

fuerza es demasiado escasa. Necesitamos una honda que la arroje con la fuerza suficiente y que golpee donde es preciso.

—Los almohades…

El rey Sancho levantó la mirada y asintió despacio.

—Prepara mi partida junto a un reducido grupo de hombres de tu confianza. Será un largo viaje.

—Mi señor, ¿partís en busca del miramamolín[9] en este momento crucial para el reino? Si son ciertas las noticias que nos llegan, Yaqub al-Mansur acaba de morir, y es su hijo, Muhammad al-Nasir, quien ha ocupado el trono. Con toda probabilidad tendréis que embarcaros para acudir en su busca hasta su capital, Marraquech.

—Enviaremos emisarios anunciando nuestra llegada, quizá podamos negociar en Sevilla con el propio califa o con su representante en la capital de Al Ándalus.

—¡No podéis faltar a la boda de vuestra hermana Blanca con el conde de Champaña! Dejad que sea yo quien haga ese viaje, que por otra parte no está exento de peligros. El canciller Fortún me puede acompañar.

—Fortún es el chantre de Santa María. En el instante en que le pongamos al corriente de nuestro propósito, el prior Guillermo estará al tanto de la existencia del pergamino.

—Otros caballeros pueden acompañarme, vuestro hermano Fernando…

—No, Martín, debe ser el rey de Navarra quien negocie con el soberano almohade. Fernando permanecerá en Tudela, sí, por sus venas corre la sangre de los Ximeno; debe ser él quien acuda a la boda de Blanca. Pero serás tú quien tome las decisiones en mi ausencia. Deposito en ti toda mi confianza.

17

Una vez más, el capítulo de la Orden del Hospital se había convocado con urgencia. Solo media docena de caballeros se reunía en aquella ocasión en torno a la mesa que mostraba desocupado la mayor parte de su espacio. Era el séptimo día del mes sexto, y los acontecimientos empezaban a precipitarse en medio de un marasmo de noticias contradictorias. La llegada de varios emisarios parecía confirmar que las huestes del rey de Castilla habían puesto cerco a la ciudad de Vitoria dos días atrás. Al parecer, aunque la villa no había sufrido el ataque directo a sus defensas, el ejército castellano había cortado todos los accesos para impedir el abastecimiento y estaba por ver qué actitud iban a adoptar los sitiados.

Era la primera vez que una de las villas importantes del reino resultaba atacada desde que castellanos y aragoneses iniciaran la ofensiva contra Navarra un año atrás. Ni Alfonso de Castilla ni Pedro de Aragón habían osado abrir las hostilidades lanzando sus acometidas contra las ciudades que conformaban el núcleo del reino, de forma que a Pamplona, a Tudela o a Estella las noticias de la guerra en ciernes llegaban con sordina. Tampoco las ciudades de la periferia como Vitoria, San Sebastián o San Juan de Pie de Puerto habían sufrido un ataque directo en un primer momento, aunque desde Tafalla y Sangüesa se habían podido contemplar los humos procedentes del saqueo de fundos demasiado próximos.

Después había llegado la tregua determinada por el pacto matrimonial entre el rey Sancho y Pedro de Aragón, acuerdo que el papa Inocencio había declarado inválido aquella misma primavera. A pesar de la incertidumbre, en Tudela la vida continuaba con aparente normalidad. Las obras de la colegiata seguían adelante con un incesante trasiego de hombres, bestias y materiales; los hortelanos acudían a los campos cada amanecer y los pastores recorrían los montes con sus rebaños; incluso los mercaderes seguían llegando con puntualidad a la cita del mercado por los cuatro caminos que confluían en la ciudad y también a bordo de las embarcaciones que remontaban el Ebro desde Zaragoza. Pero la inquietud seguía flotando en el ambiente. Los mozalbetes corrían a las puertas de la ciudad cada vez que un jinete se aproximaba y extendían las noticias por todos los rincones de Tudela en el tiempo que sus ágiles piernas tardaban en recorrer sus calles.

La noticia del cerco de Vitoria parecía la primera consecuencia de la ruptura del frágil pacto alcanzado el año anterior, pero el rey Sancho no parecía dar muestras de movilizar sus huestes para acudir en ayuda de los sitiados en la villa navarra. Ni siquiera se dejaba ver en la ciudad; las miradas de todos estaban puestas en la Puerta Ferrena del castillo en busca de señales de una reacción, pero de la fortaleza solo partían rumores inciertos acerca de discretos preparativos de viaje.

El gran prior de Navarra parecía impaciente por dar comienzo al capítulo, pero una de las sillas más cercanas permanecía aún vacía. En conversación con el comendador de la ciudad, las miradas de ambos estaban clavadas en la puerta de acceso a la gran sala de la casa prioral que, por fin, se abrió para dejar paso a un hombre que se despojaba aún de la capa que lo embozaba a pesar del calor de junio.

—¡Por fin, chantre!

Todos en la ciudad seguían refiriéndose a fray Fortún por el apelativo que se había ganado gracias a sus excepcionales dotes para el canto. No solo disfrutaba de una voz prodigiosa, sino que era capaz de componer hermosas monodias que embargaban el alma de quienes las escuchaban interpretadas por los freires del monasterio. A ello sumaba una innata capacidad para la enseñanza y una paciencia infinita, por lo que nadie le había discutido el puesto al frente del coro de la colegiata. Sus antífonas, reclamadas desde conventos y catedrales, eran copiadas en el *scriptorium* y ya sonaban en los templos de todo el reino. Sin embargo, pronto su capacidad y sus sólidas convicciones le habían llevado más allá. La música era una de las pasiones que alimentaban el espíritu de Fortún, pero tenía una espina clavada en el corazón. Su cuerpo menudo y frágil le había impedido llevar a cabo aquello que desde niño había ocupado sus sueños: embarcarse con los hermanos del Temple o del Hospital y acudir a Tierra Santa a derramar su sangre luchando contra el infiel allá donde era más preciso, en la defensa de Jerusalén. Había llorado amargamente cuando vio partir a los jóvenes hermanos hospitalarios que acompañaban a la infanta Berenguela en busca de su esposo, el rey Ricardo, que en aquel momento se unía a la Cruzada. Desde aquel día se había acercado a la Orden del Hospital, y no profesó en ella porque el entonces comendador tenía otra misión reservada para él. Ya había tratado de ganarse la confianza del prior anterior, pero su mayor logro fue anticipar la llegada al cargo y cultivar la amistad con el más capaz y ambicioso de los hermanos, Guillermo Durán. Se había convertido así en el hombre del Hospital dentro del priorato, algo que de alguna manera compensaba su frustración personal.

En el año del Señor de 1196, Dios vino a otorgarle una nueva misión. Recién subido al trono, el rey Sancho sustituyó al arcediano de Berberigo como canciller y nombró en su lugar a Joan López, hombre de su confianza. Su muerte repentina hizo que el cargo quedara vacante de nuevo y Fortún fue llamado para ocupar el puesto. La voz del chantre, una voz que no parecía proceder de la garganta sino de lo más profundo de las entrañas, pasó a oírse durante las grandes celebraciones en la colegiata, en las reuniones de la *curia regis* en la gran sala del castillo, en la capilla real de San Nicolás… y en la sede de los hospitalarios.

—¿Traéis noticias? —inquirió con impaciencia el comendador.

El canciller tomó aire y asintió, rogando paciencia con el gesto.

—¡El rey parte en busca de la ayuda de los almohades! —anunció por fin—. Nada he podido hacer para que desista de su idea, no hay argumento capaz de

apartarlo de una decisión que ya tiene tomada. Ni la amenaza de una nueva y definitiva excomunión, ni la evidencia de que algo así echará encima de él a todos los demás reinos cristianos…

—¿Qué tipo de ayuda? —intervino el gran prior con la preocupación reflejada en el semblante.

—Pretende que el nuevo califa, el joven Muhammad al-Nasir, atraviese el Estrecho para lanzar desde Sevilla un ataque en la frontera meridional de Castilla. Una ofensiva así obligaría a Alfonso a concentrar sus huestes en el sur, abandonando cualquier intención de seguir amenazando Guipúzcoa. La noticia del cerco de Vitoria no ha hecho sino reforzar su convicción.

—Entre todas las decisiones que el rey podía tomar, esta es la más desfavorable para nuestros intereses. —En el tono y en la mirada del gran prior no estaba ausente el reproche, y el canciller pareció percibirlo con claridad.

—Nada he podido hacer —repitió—. La situación del rey es ciertamente insostenible. Su cuñado el rey Ricardo hubiera sido sin duda la opción primera, pero, tras su muerte, es impensable pedir ayuda a Juan sin Tierra, quien ignora incluso los derechos como viuda de Berenguela. Las arcas del reino están vacías, y es de justicia reconocer que la Iglesia no acude en su ayuda. El prior Guillermo se niega a detener las obras de la colegiata y, Dios me perdone por lo que voy a decir, pero el obispo García se ha comportado como un usurero. Ni siquiera los magnates de Navarra ven con malos ojos la caída de su monarca, quien ha tratado de meterlos en vereda reduciendo sus privilegios a favor de la Corona. De alguna manera todo está empujando a Sancho a arrojarse a los brazos del miramamolín.

—¿Y qué hace pensar a Sancho que el califa, recién llegado al trono, va a abandonar sus múltiples frentes en el norte de África para atender su ruego? —Se trataba de una pregunta retórica, en la que el gran prior hacía gala de su conocimiento de las cuestiones políticas que podían afectar a los reinos cristianos.

—No hace falta que lo exprese en voz alta, Ilustrísima. Conocéis su interés, y por tanto la respuesta, igual que yo.

El gran prior, frustrado, descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa.

—¡Hay que impedir por cualquier medio que ese pergamino salga de Tudela!

—Esa es la única buena noticia que os traigo. El pergamino se queda aquí, el rey parte con una copia. Solo cuando consiga de Muhammad al-Nasir lo que pretende le hará entrega del original.

—¡Que Dios se apiade de nosotros si eso llega a suceder! —exclamó otro de los hermanos congregados.

El gran prior permaneció pensativo unos instantes.

—Hermano Fortún —preguntó entonces—, ¿quién conoce en la corte el lugar donde se esconde el pergamino?

—Me temo que tan solo Sancho y el alférez real. Martín Íñiguez permanecerá en Tudela junto al infante Fernando mientras se prolongue la ausencia del rey.

—¿Creéis posible averiguar vos su paradero?

El canciller negó.

—Jamás hablan de ello en presencia de terceros. Solo en una ocasión escuché un comentario de su boca: se jactaban de que nunca, nadie, podría dar con el documento si no eran ellos quienes lo revelaban.

—Quizá llegue el día en que sea necesario hacer que lo revelen por el bien de nuestra Santa Madre Iglesia —dejó caer el comendador—. Por la fuerza, si Dios lo hace necesario.

—La noticia que nos trae el chantre de que el pergamino no saldrá de Tudela nos proporciona por el momento un margen que será largo. El viaje del rey se puede prolongar durante meses. Ante situaciones tan delicadas como la que nos reúne, la precipitación no es buena consejera —respondió en gran prior con autoridad—. Vos, canciller, no cejéis en el intento de tratar de averiguar el lugar donde se esconde el pergamino. En ausencia del rey, acercaos a Martín; es vuestra especialidad ganar la confianza de quien os rodea. El puesto que ocupáis en la corte os coloca en inmejorable situación, tendréis que departir con él a diario mientras Sancho permanezca lejos.

—Excusadme si me expreso de forma demasiado vehemente, Ilustrísima —insistió el comendador—, pero mientras ese maldito pergamino no sea destruido, nuestra fe estará en peligro. ¿Qué explicación daréis al gran maestre, al legado papal… al propio papa Inocencio, si ese documento llega a caer en manos del miramamolín?

—Solo un hombre, además del rey, conoce su paradero —respondió el canciller—. Y creedme, el alférez es un hombre íntegro y cabal y, ni sometido a las más crueles torturas, abriría su boca para traicionar la confianza que su señor ha depositado en él.

—¿Proponéis esperar hasta que un día os enteréis de que el pergamino ha salido de Tudela y se encuentra en Marraquech en manos del mayor enemigo de la Cristiandad?

—Creed en lo que os digo, hasta el regreso del rey el pergamino no saldrá de su escondite. Sería propio de necios entregar el rehén antes del pago del rescate. Mientras yo siga siendo canciller, tendremos acceso a la información necesaria para decidir el momento exacto en que debemos actuar.

—Sí que hay ciertos trabajos que podemos adelantar… —sugirió el gran prior dirigiéndose al comendador de Tudela—. Y creo que vos sois el más indicado para haceros cargo de ello.

—Estoy a vuestras órdenes, Ilustrísima. Aunque pusiera mi alma en peligro, estoy dispuesto a hacer cuanto sea necesario por el bien de nuestra madre común.

—En tiempo de Cruzada, alzar las armas contra los enemigos de nuestra fe no solo no encontrará reproche en el día del Juicio, sino que será motivo de recompensa. Y más cuando son testigos de asuntos que nunca debieron llegar a su conocimiento.

Quienes conocen la existencia de ese pergamino deben desaparecer —sentenció.

18

Omar introdujo la mano derecha en el fondillo de la túnica y palpó su bolsa. El vino, el hachís, los tableros y las mujeres eran lo que daba sentido a su vida. Sin familia, sin amigos dignos de tal nombre, solo los placeres que se procuraba echando mano de su recién adquirida riqueza le hacían olvidar durante algunas horas lo huero de su existencia. Si algo temía cada jornada era el momento del despertar, cuando el efecto de las pipas y las jarras dejaba paso a un insoportable dolor de cabeza, a una sensación de profundo malestar y, lo peor, a un inmenso vacío que le impelía a permanecer postrado y dormitando la mayor parte del día.

Por un tiempo había creído que la renta del rey cambiaría su vida… Y realmente lo había hecho, pero no para bien. Descubrió que no eran amigos quienes lo rodeaban, sino interesados que solo se arrimaban a él con la intención de aprovecharse de su ostentoso proceder. Aquello había hecho de él un hombre aún más huraño, desconfiado y agresivo que nunca, lo que había terminado por condenarlo a la soledad.

Si en algún momento de lucidez había albergado la esperanza de encontrar una mujer dispuesta a compartir su vida con él, el paso de los meses se había encargado de demostrar que jamás sería así. La única piel femenina que acariciaba con sus dedos ansiosos era la que pagaba cada noche en sueldos de vellón en la tafurería de Tristán o en los sucios prostíbulos de la ciudad. Pero incluso aquellas habían empezado a rehuirlo, asustadas por los episodios de violencia que solían acompañar a sus desahogos.

Quizá por eso aquella noche tenía los ojos puestos en una muchacha que no había visto antes en la bodega de La Tabla Negra, una mujer de cabello negro y curvas generosas que, como él, no llegaría a la treintena. La victoria en la última partida de tablas había resultado un bálsamo para su ego necesitado de reconocimiento. La mirada y la sonrisa irresistibles que le dedicó la joven mientras recogía sus ganancias, lo decidieron a celebrar el triunfo de la mejor manera posible. Ya al otro lado de la cortina escarlata que daba acceso al rincón concebido por Tristán para sacar provecho de las pasiones de sus clientes, se dejó llevar por el ambiente seductor que tan bien conocía. La simple visión de aquellos divanes, el aroma que emanaba de los pebeteros, la luz tenue de las lamparillas, el dulce tañido de los laúdes al fondo y las palabras susurradas de quienes ya poblaban aquel refugio para los sentidos fueron suficientes para despertar el deseo en él, a pesar de los vapores que le nublaban la mente. Avanzó apoyándose en las paredes y acabó afirmándose entre dos paneles que delimitaban un espacio aislado, en torno a una mesa de taracea. Antes de dejarse caer en el diván, la vio acercarse a él con un caminar insinuante, haciendo que las tenues sedas con que se cubría se le pegaran a la piel y remarcaran su figura. La muchacha

apartó con un gesto de calculado desprecio a otro hombre que se cruzó en su camino y se detuvo junto a él.

—Eres bueno con las tablas —susurró—. Los dados no te han sido propicios en exceso y, aun así, has ganado la partida.

—No siempre ocurre —respondió, aturdido.

—Me llamo Jimena; me gustan los ganadores… Y más si son tan apuestos como tú. —Le puso el dedo índice sobre el labio inferior sin quitar los ojos de su rostro y, de manera apenas perceptible, lo empujó hacia el diván—. Háblame de ti.

Omar, perplejo, se dejó caer un instante antes de que ella tomara asiento a su costado. No estaba acostumbrado a entablar conversaciones con las putas de Tristán y mucho menos a que ellas tomaran la iniciativa. Pero la nueva era distinta. No le llenó la copa con la jarra que aguardaba sobre la mesa, ni le alcanzó uno de los dulces del platillo, sino que le pasó el brazo izquierdo por detrás del cuello y su mano derecha se deslizó desde los labios a la nuez, y desde ahí dejó que sus dedos largos se descolgaran bajo los bordes del cuello de la túnica.

—¿De qué iba a hablarte? Hay bien poco que contar —repuso huraño e impaciente.

—No creo que sea así —opuso con voz acariciante—. Si no me equivoco procedes de una familia humilde, y mírate ahora. Un hombre que, sin duda, se ha hecho a sí mismo.

—Un hombre sin familia, sin esposa, sin amigos, que todo ha de comprarlo con dinero, hasta los desahogos para mi hombría —confesó despechado.

—¿Y tus padres? ¿Acaso no viven?

—Murieron cuando yo era solo un niño —reveló con amargura—. Apenas puedo evocar ni sus rostros. Pero recuerdo una vida feliz y sin sobresaltos junto a ellos. No me faltaba de nada, tampoco su cariño.

—¿Ningún recuerdo?

—Solo dos imágenes, vívidas: me veo tumbado sobre el banco que rodeaba al hogar, con la cabeza apoyada en el halda de mi madre. Padre atizaba los leños frente a nosotros, y el abuelo conversaba con él. Solía quedarme dormido viendo el baile de sombras que las llamas proyectaban sobre el techo, acunado por sus voces.

—¿Qué les ocurrió?

—Murieron en la peste de hace cuatro lustros. Los dos. Primero ella… mi padre una semana después. Es la segunda imagen que tengo en la cabeza: dos bultos envueltos en un lienzo blanco, sobre el mismo catafalco improvisado, con solo unos pocos días de separación. —Le costaba seguir hablando, embargado por una repentina emoción—. Ni siquiera pude tener el consuelo de mi padre cuando ella murió, porque él mismo cayó enfermo la misma noche del entierro.

Con las yemas de sus dedos, Jimena le retiró de las mejillas dos lágrimas solitarias.

—¿Quedaste al cuidado de tus abuelos? —preguntó la mujer de nuevo.

—Mi abuela había muerto también. Solo estaba mi abuelo, Ismail. Me revolví contra él. Él pagó mi rabia y mi rencor. Le culpé por ser viejo y seguir vivo, mientras mis padres nos habían dejado en lo mejor de su juventud. —Se detuvo un instante antes de continuar—. ¡Le he hecho la vida imposible! ¡Hasta hoy!

—Oh, no he debido despertar recuerdos tan tristes —comprendió la mujer cuando vio que su voz se rompía y que las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos—. Soy una tonta. Ven aquí, deseo compensarte y hacer que olvides este mal rato.

Con su mano cálida le exploró el pecho sin dejar de mirarlo, al tiempo que con una sonrisa amplia mostraba una dentadura blanca y perfecta. Omar trató también de esbozar una sonrisa. Ella usó entonces el brazo izquierdo para atraerlo hacia así, buscó su boca con los labios y se acercó hasta que sus pechos se apretaron contra él. Él los buscó con su mano libre y encontró dos botones duros que acarició con suavidad, provocando en ella un gemido de placer. La respuesta del cuerpo de Omar no se hizo esperar. Pocas mujeres actuaban de aquella manera, incluso muchas de las prostitutas que frecuentaba se limitaban a dejarse hacer. En ocasiones, el hachís y el alcohol se habían interpuesto en el camino. Pero aquella mujer, en tan solo un instante y a pesar de su estado de ánimo, había despertado en él una respuesta inmediata e intensa, y la necesidad de continuar adelante sin que nada se interpusiera entre ellos.

Se puso en pie y la tomó de la mano. Casi arrastrándola la condujo en dirección a las escaleras, que subió con la respiración entrecortada. Conocía bien el camino a los aposentos de la planta superior, aquellos en los que tantas veces se había aliviado, pero decidió llevarla a la alcoba del primer piso que solía ocupar y donde guardaba algunas de sus pertenencias. Cuando entraron, cerró la puerta tras de sí, la atrajo hacia él y se fundió con ella en un beso apasionado e intenso. Las ropas de ambos cayeron a sus pies, y las manos recorrieron los cuerpos con urgencia. En el pasillo que acababan de recorrer se escuchaban ruidos de pisadas, pero Omar, consumido por el deseo, empujó a la mujer hacia el lecho, con suavidad pero con firmeza. Contemplaba extasiado su desnudez cuando alguien —Omar pensó que algún estúpido que se había equivocado de puerta— empezó a manipular el pestillo desde el exterior. Entonces sucedió algo que lo dejó pasmado: Jimena comenzó a lanzar gritos pidiendo ayuda. Omar se volvió hacia la entrada tratando de comprender de dónde procedía el peligro y en aquel preciso instante alguien descargó una patada que hizo que la puerta, descerrajada, girara sobre los goznes hasta golpear con violencia la pared a la que estaba sujeta. La mirada de Omar oscilaba entre los hombres que se precipitaban en la alcoba y el lecho, donde la mujer trataba de ocultar su desnudez bajo los lienzos que cubrían el camastro. Para su asombro, la expresión de la muchacha era de alivio.

—¡Prendedlo! —ordenó quien parecía llevar la iniciativa, plantado bajo el marco de la entrada.

Omar, desnudo por completo y sin posibilidad de defensa, solo acertó a balbucir una imprecación. Sus ojos se abrieron de forma desmesurada cuando comprendió que

los hombres que lo sujetaban por los brazos obedecían las órdenes del sayón del municipio.

—¿Qué atropello es este? —protestó frente a él.

—Di tu nombre y la fe que profesas —ordenó el sayón.

—Mi nombre es Omar, nieto de Ismail ibn Ammar; creo en Alá Todopoderoso y en Mahoma, su profeta. Gozo de la protección del rey y responderéis por este…

Un sonoro revés le impidió seguir hablando.

—¡Cállate! Tiempo tendrás de defenderte ante la justicia del reino.

—¿La justicia? ¿De qué se me acusa? —Omar, atónito, encadenaba las preguntas —. ¿Con qué derecho irrumpís así en…?

Un segundo manotazo volvió a hacerlo callar.

—Eres moro y se te acusa de yacer con cristiana contra su voluntad.

Omar se volvió hacia la mujer que, por vez primera aquella noche, apartó la mirada, avergonzada.

—¿Qué es esto? —exclamó, verdaderamente asustado—. ¡Me habéis tendido una trampa!

Uno de aquellos hombres le echó una manta por encima, que Omar asió para cubrir su desnudez. A continuación, con pocas contemplaciones, lo arrastraron afuera. Le obligaron a descender a empellones, y los guijarros de la calle se le clavaron en las plantas descalzas cuando los hombres del sayón le empujaron hasta salir al callejón.

Un hombre embozado observaba la escena al otro lado de la calle a pesar de lo intempestivo de la hora. El sayón se detuvo un instante ante él.

—¿Cómo sabíais…?

El encapuchado respondió de mala gana.

—¿Qué importa eso ahora? Limitaos a cumplir con vuestra obligación y ocupaos de que se apliquen las leyes del Fuero.

Aún con la mente nublada por el vino y el hachís, trastornado en extremo por lo que parecía una de sus más vívidas pesadillas, Omar supo que no era la primera vez que escuchaba aquella voz. Por un instante trató de hacer memoria, pero un violento empujón lo proyectó hacia delante, en dirección a la calle Rúa.

El embozado los vio doblar la esquina, pero no se movió del lugar que ocupaba frente a la entrada de La Tabla Negra. Poco después la puerta lateral de la fonda volvió a abrirse y la luz oscilante de un candil disipó a duras penas las tinieblas del callejón. Tristán asomó la cabeza y miró a derecha e izquierda para comprobar que el entorno del figón estaba desierto. Por fuerza tuvo que reparar en la sombra que se apostaba enfrente, junto al muro, pero sin dar muestra de alarma se apartó para dejar paso a una mujer que velaba su figura esbelta bajo un manto largo con capuz. La joven aceptó la lamparilla que le entregaba el dueño del burdel y, con pasos decididos, se acercó al desconocido, al tiempo que la puerta se cerraba a su espalda. Sin cruzar palabra, el hombre le entregó una bolsa que ella se guardó con rapidez, antes de que sus pasos se separaran en direcciones opuestas.

Hacía mucho tiempo que Ismail no se despertaba sobresaltado por los golpes en la puerta. Desde que Omar abandonara la casa, la tranquilidad había regresado a su vida, aunque era cierto que también lo habían hecho la melancolía y la soledad. A fin de cuentas, el muchacho era sangre de su sangre, había vivido una infancia marcada por la muerte prematura de sus padres y quizá él mismo fuera responsable de su conducta por no haber sabido guiar sus pasos en la buena dirección. Debía reconocer que en algunos momentos lo echaba de menos, aunque le bastaba recordar el enorme sufrimiento que le había causado para desechar aquella sensación.

Se levantó con prisa, aun sin la certeza de que aquellos golpes fueran a repetirse. En ocasiones, los mozalbetes aporreaban las puertas de la calle para salir huyendo a la carrera, pero nunca lo habían hecho a aquella hora próxima al amanecer. Aún entumecido, se cubrió con la túnica y se calzó las babuchas antes de dirigirse a las escaleras. Bajaba agarrado al pasamano cuando escuchó su nombre. Alguien lo llamaba a través del hueco de la gatera, y el eco de la voz, que no identificaba, reverberaba en el zaguán.

—¡Ya va, ya va! —repitió mientras cruzaba el empedrado, inseguro en medio de las sombras.

Retiró el cerrojo y abrió sin saber lo que le esperaba. La luz del alba le ayudó a reconocer al hombre que tenía delante, y el corazón le dio un vuelco al preguntarse qué hacía allí el zalmedina. La presencia en la puerta de casa del magistrado encargado de impartir justicia entre los habitantes de la morería no presagiaba nada bueno.

—Hermano Ismail, disculpa si te he sobresaltado, pero algo grave le ha sucedido a tu nieto.

El anciano gimió.

—¿Está… está muerto? —aventuró lleno de angustia.

—No, no lo está —lo tranquilizó el hombre que representaba a la comunidad musulmana ante las autoridades de la ciudad—. Pero el asunto es serio, muy serio. Omar ha sido sorprendido mientras yacía con una cristiana en La Tabla Negra. El sayón ha irrumpido en la alcoba y ha levantado testimonio ante testigos de lo que allí estaba sucediendo. Se le ha prendido para conducirlo a las mazmorras del castillo hasta que se celebre juicio.

—¡Una cristiana! —Ismail parecía escandalizado, espantado más bien—. ¿Quién es la mujer?

—Una ramera, pero cristiana al fin y al cabo. Según dicen, gritaba pidiendo ayuda bajo el peso de tu nieto, que trataba de poseerla contra su voluntad, ebrio como estaba.

Las piernas de Ismail querían dejar de sostenerlo; sabía bien lo que aquello significaba. De haber sido mora, la jurisdicción habría correspondido al zalmedina; pero, siendo cristiana la afrentada, sería la justicia del alcalde la que se hiciera cargo.

Y todos en la ciudad conocían la especial dureza de las penas establecidas en el Fuero cuando el reo era judío o moro y cristiano el agraviado.

—¡Será necio! —exclamó, pasándose la mano por la frente al tiempo que negaba con la cabeza—. Esto no habría sucedido de haber tomado una esposa que apagara esos fuegos. Pero su conducta siempre ha sido contra natura.

—De nada sirve que te lamentes, Ismail. Él jura ante quien quiera oírle que es inocente y que fue ella quien lo arrastró al lecho. La mujer, por supuesto, lo niega con vehemencia, le va la vida en ello.

—¿La vida? ¿A ella?

—Así es, Ismail. El Fuero dice que si un moro es sorprendido yaciendo con cristiana ambos deben ser quemados. A no ser que haya testigos de que la hembra ha opuesto resistencia.

—¿Y en ese caso…?

—Solo el varón sería quemado en la hoguera.

El zalmedina ascendía por la vereda que llevaba al castillo. Debía cumplir con su cometido e informarse sobre el estado de la causa contra un reo miembro de su comunidad. Era su obligación, pero también un derecho que los hombres del rey no le podían hurtar. El suceso había trascendido de inmediato, y toda la ciudad ansiaba que llegara el día del juicio para conocer la sentencia. Aquel moro siempre se había conducido de manera indecorosa y no era apreciado ni siquiera entre sus hermanos de fe; y mucho menos entre cristianos y judíos, que no ocultaban su deseo de ver ejecutada la pena con rapidez. Hacía demasiado tiempo que la plaza ubicada junto a la Puerta del Puente, entre la muralla exterior y los contrafuertes de la iglesia de la Magdalena, no veía a un reo retorcerse entre las llamas, y la expectación era formidable.

Ismail, sin embargo, no tenía intención de cejar en el empeño de salvar la vida de su nieto, empleando todos los recursos que tenía a su alcance. Por eso, aquella mañana acompañaba al zalmedina con la intención de buscar el encuentro con quien, sin duda, tenía en su mano torcer la intención del alcalde[10] a la hora de dictar sentencia. Portaba una bolsa de piel curtida con un rollo de pergamino en su interior, en el que tenía depositadas todas sus esperanzas. Apenas podía seguir el paso de su acompañante, un hombre enérgico veinte años más joven, que no parecía acusar el esfuerzo que a él le suponía remontar la pendiente. Respiró hondo para recobrar el aliento cuando alcanzaron la Puerta Ferrena, aquella que daba acceso a las dependencias principales del castillo, y antes de atravesarla fueron retenidos y desarmados por los dos soldados que montaban guardia. Penetraron en el patio de armas, donde se desarrollaba una actividad intensa.

El alcaide tardó en salir y cuando lo hizo, quizá forzado por la obligada cortesía, no mostraba su mejor cara.

—Solo tú puedes acceder al reo. Los parientes tienen vetadas las visitas. —Hablaba con el zalmedina, pero miraba de soslayo a Ismail.

—Mi acompañante no viene a ver al preso. Sin embargo, desea que informéis al alférez real de que Ismail ibn Ammar se encuentra en el castillo y tiene algo importante que poner en su conocimiento.

—¿El alférez? —rio—. Martín Íñiguez es un hombre muy ocupado y no os recibirá si no habéis concertado audiencia. Algo que no está al alcance de cualquiera, por otra parte…

—Os aseguro que cuando escuche mi nombre de vuestros labios me atenderá —respondió Ismail con voz calma—. Y no temo equivocarme si os digo que el propio rey Sancho me escuchará cuando tenga noticia de lo que traigo en esta bolsa.

El anciano le mostró el pergamino, pero el alcaide parecía más interesado por lo que sucedía a sus espaldas.

—¡Esos toneles, no los dejéis ahí! —aulló—. ¡A las cavas con ellos, holgazanes!

Durante un momento permaneció atento a los carreteros y solo cuando comprobó que obedecían sus órdenes volvió la atención hacia ambos. Entonces se dibujó una sonrisa en su cara.

—Dudo mucho que el rey te escuche, anciano. Hace días que partió de Tudela. Mucho tendrías que alzar la voz para que lo haga.

El desencanto se reflejó en el rostro de Ismail.

—En ese caso hablaré con el alférez real —respondió con aplomo, ignorando la burla.

El alto funcionario negó con la cabeza en un gesto de desdén, e Ismail supo que no tenía intención de trasladar su petición al alférez. Entonces cedió al impulso de sujetarlo por la muñeca.

—Sois el alcaide de este castillo —le espetó remarcando sus palabras—, pero os aseguro que no duraréis mucho en el cargo si priváis al rey y al alférez de conocer lo que tengo que mostrarles.

El alcaide retiró la mano con enojo y entornó los ojos, dispuesto a responder. Sin embargo, quizá al captar la determinación en la mirada de Ismail, pareció pensarlo mejor y el exabrupto que estaba a punto de lanzar quedó congelado en su boca a medio abrir.

—Vas a tener suerte, he de reunirme con él —dijo por fin, sin ocultar el tono de desprecio, al tiempo que regresaba hacia la puerta por la que había salido—. Le diré que estás aquí, pero no albergues esperanzas.

El zalmedina aún no había regresado de las mazmorras cuando un mayordomo, que a Ismail se le antojó un príncipe por el atavío, se presentó en el porche que protegía el acceso al palacio.

—El alférez real os espera —anunció serio y con un tono neutro.

El escultor experimentó una sensación de alivio. Había jugado fuerte y a ciegas, pero le habían aceptado el envite y, después de todo, tendría una última oportunidad.

Atravesó la pesada puerta de madera y se encontró en un atrio escasamente iluminado con lámparas de cera y aceite, a juzgar por el olor. El sirviente lo condujo hacia las escaleras que ascendían a su izquierda y que se perdían en la planta superior. Arriba el ambiente era diferente por completo: parecía correr una ligera brisa que resultaba agradable en aquella mañana de verano, y la luz entraba a raudales a través de unos cuantos vanos practicados en los muros. Contempló con asombro la sala diáfana que se abría a su izquierda, pero el mayordomo lo condujo a una estancia de tamaño mucho más modesto, aunque amueblada con cuidado exquisito, con piezas que no habrían desentonado en el altar mayor de una iglesia. Sobre la mesa se acumulaban pergaminos, cálamos, un tintero, un quinqué de aceite, un pequeño atril y, apilados en una esquina, varios volúmenes encuadernados en cuero.

Permaneció un buen rato contemplando los tapices que revestían las paredes, las alacenas repletas de documentos, y un hermoso blasón tallado que representaba el águila negra sobre fondo amarillo, el emblema del monarca desde su proclamación cinco años atrás. Tanto ornato lo amedrentaba y le hacía sentirse fuera de lugar. Era la segunda vez que entraba en las dependencias del palacio, pero el día en que acudió allí para hacer entrega del pergamino no había pasado del atrio de la planta baja.

—Volvemos a encontrarnos…

La voz de Martín Íñiguez a su espalda lo sobresaltó. Había entrado con sigilo por una puerta distinta, quizá disimulada como un trampantojo en el muro, y se apoyaba con ambos brazos sobre la superficie de la mesa.

—Así es, señor —respondió al tiempo que se volvía.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó—. Sé breve, mil tareas me aguardan.

—En realidad era al propio rey Sancho a quien pensaba encontrar. Es cierto que vengo aquí a reclamar vuestra ayuda, pero también a ofrecer algo que sé que mi señor, y vos mismo, vais a apreciar. —Al pronunciar las últimas palabras alzó la bolsa con el pliego en su interior.

—En este momento solo estoy en condiciones de apreciar la llegada de alguno de nuestros condes con dos centenares de caballeros dispuestos para la lucha. ¡Pero habla!

—Mi señor, sabéis que mi nieto ha cometido una gran torpeza. Quizá obnubilado por los vapores de vino, ese néctar diabólico, fue sorprendido yaciendo con cristiana. Y eso lo ha conducido a las mazmorras de este castillo…

—Lo sé, lo sé —respondió impaciente—. ¿Qué queréis?

—Os ruego que intercedáis ante el alcalde para que sea benévolo en su sentencia. Mi nieto os prestó un gran servicio.

—Por el que fue generosamente recompensado —cortó el alto oficial—. No hay nada que yo pueda hacer. La justicia transita por su propio camino y ni siquiera el rey puede hurtarse a su imperio.

Ismail contaba con aquella respuesta.

—Quizá haya un nuevo servicio por el que os sintáis inclinado a atender mi

ruego. —Al pronunciar estas palabras sacó el pliego de pergamino que portaba y lo extendió sobre la mesa.

—Mirad, acercaos…

El alférez rodeó la mesa y contempló los trazos que ocupaban toda la superficie.

—¿Qué es? —preguntó extrañado.

—Es un dibujo que representa la ciudad y su entorno —explicó mientras trataba de evitar que el pliego se enrollara—. Ved, este es el contorno de la muralla, aquí está la Puerta del Puente y esta línea que recorre el pergamino es el cauce del río.

—Entiendo. ¿Y por qué me mostráis esto ahora?

—Ha llegado a mis oídos que el rey Sancho está interesado en extremo en la construcción de un nuevo puente sobre el Ebro que sustituya al actual. Si hasta ahora no se ha acometido el empeño es por la dificultad que entraña una obra así sobre un río tan caudaloso. Pero estoy en disposición de ofreceros la manera de afrontar la tarea de forma rápida y poco onerosa.

—Créeme, anciano, que construir un nuevo puente es en este momento la última de mis preocupaciones. El rey está ausente mientras Vitoria es sometida a cerco por las tropas castellanas, el reino entero corre enorme peligro… ¡Y toda la responsabilidad recae sobre mis espaldas!

—Tan solo si me permitís mostraros… En este plano se esconde la respuesta a…

—¡Olvida ese puente! ¡Quizá tras Vitoria le toque el turno a Tudela, y en vez de construir uno nuevo haya que derribar el que ya tenemos, si queremos proteger la ciudad y este castillo! Mal momento has elegido…

Ismail era consciente de ello, lo que no impedía que se sintiera defraudado. Llevaba años dándole vueltas a aquella idea, desde el lejano día en que ascendió los montes que cerraban el valle por el norte y divisó la cerrada curva que describía el Ebro para ir al encuentro de la ciudad. Había repetido la salida una decena de veces, contemplado la zona desde distintos puntos, calculando cotas según el discurrir de acequias y manantiales, para llegar a la conclusión de que no se trataba de la locura de un viejo aficionado a enmendar la plana a los arquitectos de la mezquita y a dudar de las decisiones del maestro de obras de la colegiata, sino que tenía entre manos un proyecto factible. Dibujó planos en el barro, en la arena y sobre yeso, hasta que todos los detalles encajaron; solo entonces lo trasladó al pergamino que tenía entre las manos.

—Pretendía demostraros que es mi interés servir al rey y a esta ciudad. A cambio… ¡Tan solo os pido que salvéis la vida de mi nieto!

—¡Y yo te repito que no está en mi mano! Has de saber que en la sombra se mueven poderosos intereses a los que no puedo enfrentarme en este trance. Reza si tienes fe, es lo único que te queda. Y asegúrate de que el zalmedina encuentra a quien sepa defender a tu nieto en el juicio… si es que alguien está dispuesto a hacerlo.

—¡Sin vuestra ayuda mi nieto está sentenciado! El rey y vos mismo estáis en deuda conmigo. ¡Os entregué el pergamino! A estas horas bien podría estar en manos

de los hospitalarios.

—Quizá aquel fue tu gran error… Un error que nos está condenando a todos —musitó el alférez con amargura—. Te repito que poco puedo hacer por tu nieto, pero sí puedo darte un consejo: protege tus espaldas y desconfía de todos porque, si no lo haces, quizá el próximo seas tú. Ese maldito pergamino parece llevar consigo una maldición; las desgracias no dejan de sucederse desde el momento en que tuvimos conocimiento de su existencia.

19

Al despertar, Nicolás tardó en comprender dónde se encontraba. No en su lecho, desde luego. Escuchaba sollozos apagados que sin duda le habían despertado, y al instante recordó. La zozobra y la angustia regresaron con fuerza entonces. Sin embargo, tuvo dificultades para abrir los ojos, porque la luz intensa de la mañana bañaba la estancia. Entumecido, se incorporó del diván donde, agotado tras el día terrible vivido la víspera, había terminado por quedarse dormido. La figura de Ismail empezó a perfilarse a medida que sus ojos se adaptaban al exceso de luz. El anciano se encontraba sentado frente a él, en el borde de otro diván, con la cabeza entre las manos, llorando amargamente. Se encontraba en la misma postura en la que lo recordaba antes de caer rendido por el cansancio, y supuso que había pasado la noche de aquella manera. Ni siquiera parecía haber reparado en que ya se encontraba despierto. A cada instante se llevaba las mangas empapadas a la cara para secarse las lágrimas y la moquita que le cubrían el rostro y la barba. Era la imagen de la derrota y el desconsuelo, y Nicolás sintió que la pena también se apoderaba de él al ver en aquel estado a quien había sido su maestro. Temía que, a sus años, Ismail fuera ya incapaz de recuperarse de aquel último golpe que le había deparado la vida.

El drama se había desatado durante el regreso de su viaje, que se había prolongado mucho más de lo previsto. Solo había llegado a tiempo para asistir, sobrecogido, a su desenlace y a los últimos intentos del anciano por salvar la vida de su nieto, que de nada habían servido. Había cruzado el puente del Ebro, ya en casa, la antevíspera de la fecha señalada para el juicio, y el feliz reencuentro con los suyos se vio empañado por las dos noticias que lo aguardaban. La prisión de Omar era algo inesperado, y si lo sentía era por el sufrimiento que aquella situación estaría causando a Ismail. La segunda nueva no le produjo menos dolor por esperada: fue su madre quien le reveló la misma noche de su llegada que María, por fin, había terminado ingresando en el cenobio de Tulebras poco después de la Pascua. Por fuerza tuvo que tragarse la rabia y el deseo imperioso de correr allí en su busca.

El juicio se había celebrado cuatro días atrás donde se acostumbraba, en el llamado Porche del castillo, y desde el primer instante se había podido anticipar el sentido de la sentencia. Los testigos se habían mostrado implacables, la víctima había sido convincente en extremo y el alcalde no se había molestado en prestar oídos al hombre que el zalmedina había escogido para defender al reo. De nada habían servido los lamentos y las manifestaciones de inocencia de Omar. Y las imprecaciones que había lanzado, asegurando que era víctima de una maquinación, solo habían provocado las risas del numeroso público que se había congregado aquel día en el patio de armas. Nadie estaba dispuesto a dar credibilidad a las palabras de aquel hombre, a quien precedía la mala fama, y cuyo proceder le había creado

numerosos enemigos dentro y fuera de la morería.

Las leyes del Fuero de Tudela no dejaban lugar a dudas a la hora de determinar la pena para un moro sorprendido yaciendo con cristiana. En el mismo momento se había fijado la fecha del ajusticiamiento en la hoguera, tres días más tarde, la víspera del día de San Juan.

Ismail había sido incapaz de asistir a la ejecución, pero Nicolás sí que lo había hecho. El único consuelo que pudo transmitir al anciano era que Omar apenas había sufrido durante el tormento. El alcalde había dado instrucciones a los sayones para que en la base de la hoguera se amontonaran numerosas ramas verdes de tamariz, lo que garantizaba que el reo pereciera asfixiado por el denso humo que producían, antes incluso de que las llamas empezaran a lamer sus piernas. Nicolás había sentido que la náusea se adueñaba de él, al escuchar las protestas de quienes abarrotaban la plaza a la espera de un espectáculo menos compasivo.

Habían dedicado la tarde a dar sepultura al cuerpo en el cementerio nuevo, pero solo algunos miembros de la comunidad musulmana se habían acercado al lugar; y no en señal de respeto hacia el ajusticiado, sino para acompañar al infortunado Ismail en su desgracia. Nicolás desechó la idea de que la presencia de un cristiano en aquel lugar pudiera molestar a alguien y empuñó una de las palas con las que cubrieron el cuerpo de Omar, amortajado a pesar de ser tan solo un desecho reducido a cenizas, antes de anclar sobre el túmulo una estela de piedra aún sin tallar.

Nicolás se levantó del diván y salvó la distancia que lo separaba del anciano. Tomó asiento a su lado y le pasó el brazo por la espalda.

—Tienes que descansar —le dijo—. Has pasado la noche en vela. Caerás enfermo.

—Solo deseo que el Todopoderoso me llame cuanto antes —musitó entre sollozos —. Ya nada me retiene aquí. Fracasé en la tarea de conducir al pobre Omar por el buen camino, y su muerte horrible pesa sobre mi conciencia.

—No debes culparte, Ismail; todos estos años he sido testigo de la forma en que ambos os habéis conducido. Tu comportamiento ha sido siempre ejemplar. Fuiste un buen modelo para él, pero optó por el camino equivocado.

El anciano no respondió y un largo silencio se instaló en la habitación. Ambos parecían absortos en sus pensamientos.

—Quizá no sea el momento, Ismail —tanteó de nuevo—, pero intuyo que hay algo que me has ocultado todo este tiempo. Algo que quizá tenga relación con el repentino cambio de vida de Omar, y puede que también con su muerte.

De nuevo los sollozos sacudieron con fuerza los hombros del anciano y Nicolás se limitó a observarlo y esperar. Intuía que él mismo se vería forzado a responder, con todas sus defensas desmoronadas.

—No puedo ocultártelo por más tiempo —logró decir, hipando—. Quizá si lo hago esté poniendo también tu vida en peligro.

—¿Mi vida? ¿En peligro? —se extrañó.

El anciano se volvió hacia él, y Nicolás vio remordimiento en su mirada.

—Tengo la convicción de que Omar ha sido víctima de una artimaña que… que alguien ha urdido con el fin de conducirlo a la hoguera —vaciló—. No consigo apartar de mi cabeza la idea de que alguien quería quitárselo de en medio.

—¿Por qué razón? ¿Deudas de juego? ¿Disponía de información acerca de las andanzas de alguien poderoso?

Ismail negó. Sentado en el borde del diván, inclinaba la cabeza hacia el suelo con la mirada clavada en las juntas de las losetas de barro cocido.

—Me vas a odiar por esto, Nicolás. Y no podré reprochártelo. Es algo que te he ocultado durante todos estos años.

—El pergamino…

Ismail alzó la mirada sorprendido. Luego recordó la conversación que habían mantenido poco antes de la partida de Nicolás y asintió avergonzado.

—Nunca lo vendí. Aquellos dos morabetinos salieron de mi bolsa. Era demasiado valioso y opté por ocultarlo con la intención de usarlo algún día. Estaba convencido de que muchos estarían dispuestos a pagar una fortuna por él, pero al mismo tiempo temía las ambiciones que pudiera despertar. Y a juzgar por los últimos sucesos, no estaba equivocado —de nuevo el recuerdo de Omar hizo que su voz temblara.

—¿Qué decía el pergamino? —Nicolás usó un tono incisivo y vehemente.

—¡No, Nicolás! ¡No me pidas que te lo revele! —Parecía realmente asustado—. Si mis temores son ciertos, saberlo solo te pondría en peligro. Las deudas de juego de Omar me decidieron a sacarlo de su escondite para ponerlo en valor, pero un infortunado accidente hizo que él lo descubriera. Y en cuanto comprendió lo que tenía en las manos se desató su codicia.

Nicolás cerró los ojos. Se sentía profundamente dolido. Engañado. Se confirmaban sus sospechas acerca del repentino enriquecimiento de Omar, y no podía evitar pensar que aquella riqueza le correspondía. Los miles de sueldos que Omar había dilapidado en vino, apuestas y rameras podrían haber servido para que su familia viviera de forma holgada, para que Beñat y Martha hubieran tenido una buena dote y una buena boda. Pero, por encima de todo… ¡María! El oro que había manejado Omar no habría sido necesario… Con entregar a Guillermo Durán aquel pergamino habría sido suficiente, estaba seguro, para allanar el camino hacia una vida en común con la mujer que había amado, la mujer que en aquel instante languidecía entre los muros del cenobio de Tulebras.

—¡Hazlo, Nicolás! Haz lo que estás deseando hacer… Lo veo en tu mirada. ¡Golpéame, lo merezco! —pidió con desesperación—. ¡Yo te he robado a María!

Nicolás se levantó como si lo empujara un resorte. Apretaba los dientes con fuerza, apretaba los puños. Caminó a grandes zancadas y se detuvo. Entonces un grito áspero salió de su garganta, al tiempo que descargaba un golpe sobre la tablazón de la puerta que hizo saltar astillas.

—¡Por qué! —aulló—. ¡Durante todos estos años he confiado en ti! ¿Cómo has

podido? Has dejado que perdiera a María porque mi humilde condición no me permitía acceder a ella, mientras tú, ¡tú escondías la llave de nuestra felicidad!, y en esta misma casa. ¡Y esa llave me pertenecía! ¡Era mía! ¡Mía!

El anciano lloraba amargamente con los ojos tapados con la mano.

—¡Perdóname! —sollozó con la voz entrecortada—. Cuando te di aquellos dos morabetinos no eras aún nadie para mí, apenas un desconocido. Después… Ya no fui capaz de confesarte el engaño por miedo a perder tu amistad. Necesitaba tus visitas, ver cómo día a día ibas ganando en destreza, necesitaba…

—¿Dónde está?

La pregunta cortó los lamentos de Ismail como una daga afilada. El anciano trataba de secarse las lágrimas en la manga.

—Está en poder del rey —musitó.

—¡Fue el rey quien colmó de riquezas a Omar!

Ismail asintió.

—El predio de la vega y una jugosa renta anual.

Nicolás se dejó caer de nuevo sobre el diván, frente a Ismail. Se recostó sobre el respaldo, con la nuca extendida, la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. Durante un buen rato ninguno de los dos habló. Solo, de vez en cuando, se escuchaban los sollozos entrecortados del anciano.

—Crees que alguien quería ver a Omar muerto. ¿Tu sospecha tiene alguna relación con el pergamino? —preguntó sin cambiar de postura.

—Estoy convencido, aunque en realidad no tengo ninguna prueba de ello. —Ismail trataba de sobreponerse y mostrar una actitud más serena.

—¿Quién sabe de su existencia, además del rey? —Nicolás preguntaba con aplomo, sintiéndose con derecho a conocer todas las respuestas.

—En la corte, solo él y el alférez real. Pero me temo que Omar trató de encontrar mejor postor para el pergamino.

—¿Mejor postor que el rey?

—Dicen que las arcas del rey no rebosan, precisamente. De otra forma habría armado hueste para defender al reino de quienes lo amenazan. Hay en Tudela quienes disponen de rentas más holgadas.

—¿Te refieres al priorato?

Ismail negó.

—La Orden del Hospital.

—¿Trató de vender el pergamino a los hospitalarios?

—Y lo habría conseguido de no haber andado yo listo. Aún no sé qué le ofrecieron, pero montó en cólera cuando vino en su busca y descubrió que yo ya se lo había entregado al rey.

—Sin duda, algo aún más apetitoso que una renta y una hacienda en la mejor zona de la vega.

—Eso creo yo también.

—¿Alguien más?

El anciano negó, aunque luego cambió el gesto.

—Bueno… Acudí al *scriptorium* con el pergamino en busca de alguien que pudiera traducirlo al latín. Y me decidí por un monje extranjero que se llevara el secreto consigo, a su vuelta… a Inglaterra.

—¡No estarás hablando de Robert de Chester!

—¿Acaso lo conoces?

—Me prestó su ayuda con los capiteles del claustro. Se mostró muy dispuesto. Pero nunca ha regresado a su tierra.

—Estaba a punto de hacerlo cuando me ayudó en la traducción. Al parecer, cambió sus intenciones.

—¿Qué contiene ese pergamino que se disputan el rey y los hospitalarios, que atrae hasta esta casa al prior de la colegiata y que induce a un monje extranjero a permanecer diez años en tierra extraña?

—No…

—¡No aceptaré otra negativa por respuesta! —Nicolás cortó al anciano en su primer gesto, sin darle lugar a completar ni la primera palabra—. Me vas a explicar ahora cuál es el secreto que contiene.

—¡Sería ponerte en peligro! Estás más seguro en la ignorancia.

—¿Y quién sabe si lo conozco o no? Cualquiera que haya observado nuestras andanzas en los últimos días creerá imposible que no esté al tanto…

—¡Han tendido una trampa a Omar! Quizá el próximo sea yo, o tú mismo si me obligas a contártelo.

—¡Me lo debes! Ese pergamino era mío. Me lo has hurtado… ¡Pero no me puedes hurtar también su secreto!

—¡Tú lo quieres! —gritó desafiante, alzándose—. ¡Sea!

20

Durante dos días consecutivos Nicolás había recorrido la vereda que, en paralelo al río Queiles, remontaba su cauce desde Tudela, entre frondas de abedules, zarzales y cañaverales. Eran casi tres leguas las que separaban la puerta de salida de la ciudad y los muros del cenobio de Nuestra Señora de la Caridad de Tulebras, pero apenas tardaba dos horas en salvar aquella distancia según los cálculos que Marcel le había enseñado de acuerdo a la altura del sol, a pesar de hacerlo a pie.

La víspera regresó como había llegado, pues las tapias que rodeaban el monasterio eran demasiado altas para poder ver lo que sucedía en el interior. Sin embargo, la caminata no había sido en vano, pues le había servido para estudiar el terreno y ubicar el mejor lugar de observación. Los álamos, imposibles de escalar, eran mayoría, pero un viejo olmo se había hecho sitio entre ellos, ensanchando sus ramas gruesas. Decidió que volvería al día siguiente con una soga y un garfio de los empleados en la obra, para tratar de buscar acomodo entre ellas.

Había pergeñado todo aquello después de que Aldara regresara de su encuentro con María con la mejor noticia que Nicolás podía escuchar. La panadera no solo se había mostrado dispuesta, sino también encantada ante su ruego de que acudiera al monasterio con el pretexto de visitar a la que había sido su amiga. Había podido hablar con ella a través del torno y en presencia de una de las hermanas de más edad, pero la información obtenida había resultado más que suficiente para Nicolás: María, una de las últimas novicias que habían ingresado en el convento, se dedicaba a lavar la ropa del resto de sus compañeras de clausura. Y lo hacía en el único lugar posible, el lavadero ubicado a la orilla del río que, aunque fuera de los muros del cenobio, se hallaba en un rincón recogido y apartado del camino que unía Tudela con Tarazona.

El paraje estaba desierto cuando Nicolás llegó, y durante un instante permaneció inmóvil, como si quisiera captar un rastro de la presencia de María allí. Rodeadas de vegetación y a salvo de miradas indiscretas, dos piletas de piedra a distinto nivel recibían el agua a través de una pequeña acequia que discurría sobre el cauce desde una pequeña represa construida aguas arriba. La corriente saltaba de pila a pila, reverberaba bajo el tejadillo de madera que protegía el lavadero de las inclemencias del tiempo y se perdía por el rebosadero, que la devolvía al río en un salto que lo pintaba con espuma blanca.

En aquel lugar, donde solo se escuchaba el rumor del agua cantarina y el trino de los pájaros, se respiraba la misma paz que debía de reinar en todo el cenobio. Eran días calurosos, los más largos del año, y Nicolás se refrescó el rostro y el cuello con el agua fresca que tomó junto a la piedra de lavar estriada donde, estaba seguro, María enjabonaba las sábanas y los hábitos.

Ignoraba si aquella mañana llevarían a cabo aquella faena, pero, en ese caso, no

podían sorprenderlo allí. Con seguridad, ella no dejaría la protección de los muros del convento sin compañía. Echó mano de la mochila que llevaba colgada al hombro y, mientras caminaba hacia el viejo olmo, sacó el garfio y la cuerda. Con destreza lo lanzó entre las ramas y en el segundo intento quedó anclado en una bifurcación. Dio dos fuertes tirones para asegurarse y, ayudándose de brazos y piernas, se encaramó por el tronco liso hasta el cáliz de donde surgía el ramaje. Se acomodó lo mejor que pudo y se dispuso a esperar oculto entre el follaje. Desde allí se divisaba el plácido interior del convento. Por lo que sabía, aquel era el primer cenobio femenino que la Orden del Císter había establecido en la Península cincuenta años atrás. La iglesia aún conservaba algunos de los andamios usados para rematar su construcción, que al parecer se estaba prolongando con el claustro. Pensó que era una lástima no poder acceder al lugar para contemplar el interior del templo.

Sonrió evocador cuando aquella visión le trajo a la memoria el viaje que había realizado junto a Philippe de Troyes en el invierno anterior: quizá se había acostumbrado mal, y por eso la iglesia que tenía ante sí le parecía algo tan insignificante. Suspiró hondo al recordar una vez más su periplo inolvidable. Cada vez que tenía ocasión cerraba los ojos y trataba de evocar las imágenes de aquellos meses, los más plenos de su vida.

Habían atravesado los Pirineos por Roncesvalles, ya con dificultad por lo avanzado del otoño. La belleza de las montañas compensó con creces la incomodidad de las ventiscas, del frío y de la humedad que les calaba hasta los huesos. Pero aquellas cumbres solo fueron el asombroso comienzo de una experiencia que había ensanchado sus horizontes, abierto su mente y henchido su corazón con sensaciones que jamás hubiera imaginado.

En las proximidades de Burdeos se asomó al océano por vez primera, asombrado de su inmensidad. Su madre le había contado que había sido allí donde ella y Pierre vivieron la misma experiencia. Siguió sus indicaciones y, aunque perdieron dos jornadas, consideró que había merecido la pena sentir cómo la brisa del mar agitaba sus cabellos mientras imaginaba a sus progenitores sentados en el mismo lugar, tomados quizá de la cintura, contemplando una escena parecida casi treinta años atrás.

Allí, en Burdeos, fue donde contempló la primera catedral digna de tal nombre, un hermoso edificio que aún seguía en obras tantos años después. Pidió a Philippe que lo excusara y entró solo, dejando que las imágenes que percibía mientras avanzaba por el pasillo de la nave central se grabaran en su mente antes de alcanzar el altar. En el lugar que pisaba habían contraído matrimonio su madre y su padre. Sintió la certeza de que, en aquel momento, desde algún lugar, Pierre lo observaba plantado bajo aquellas bóvedas donde se había iniciado su vida en común con Marie, de la que él mismo, el pequeño Nicolás, había sido el primer fruto, concebido en un lugar no muy lejano de aquel que pisaba. Tomó asiento, incapaz de controlar el temblor de sus rodillas y la imperiosa necesidad de dejar que las lágrimas corrieran por su rostro

cuando fue consciente de que ya no era capaz de evocar el rostro de su propio padre. Sentía que, a pesar de haber transcurrido más de quince años desde su muerte, no tenía derecho a olvidarlo. Se empapó de los detalles del lugar que, a partir de aquel día, ya no tendría que imaginar, como hacía cuando Marie le contaba los detalles de sus esponsales. Tardó un buen rato en levantarse, pero le quedaba algo más que hacer en el interior de la catedral. Recorrió con lentitud el deambulatorio en torno al presbiterio y contó los pilares. Rozando los sillares con los dedos, llegó al cuarto en el lado del evangelio, se detuvo y observó con atención. Allí estaba, exactamente donde Marcel le había indicado, una de sus marcas de cantero. Marcel había trabajado en esa catedral hasta el momento mismo en que conoció a sus padres, y luego juntos partieron hacia el sur.

Philippe y él reemprendieron el camino en dirección a Angulema y desde allí, en medio de un fuerte temporal que les sorprendió en campo abierto, se dirigieron a Poitiers. Recordaba cómo entonces las catedrales de ambas ciudades le habían parecido imponentes, cómo se había dejado hipnotizar por sus vidrieras y cómo había admirado la escultura pintada con vivos colores de sus fachadas. Pero en aquel momento, en su memoria todo quedaba velado por lo que habría de contemplar semanas después.

Tras Poitiers, Philippe propuso desviarse unas leguas hacia poniente, en dirección al castillo de Chinon. Nicolás tuvo ocasión de admirar su enorme fortaleza, próxima al puente sobre el río, y no tuvo duda de que su parecido con la ciudad de Tudela habría tenido que influir en la reina Berenguela a la hora de tomar la decisión de establecer allí su residencia. Nicolás albergaba el deseo de ver de nuevo a la reina de Inglaterra, aunque fuera a su paso por las calles de la villa. Fueron informados, sin embargo, de que la esposa del rey Ricardo se encontraba en aquel momento en la cercana abadía de Fontevraud, de la que los Plantagenet habían sido grandes benefactores. Y allá se dirigieron con aquella esperanza, que terminó por hacerse real. La visión de la reina fue fugaz, en el interior del templo de la abadía durante la misa dominical. Si alguien no la hubiera señalado, Nicolás habría sido incapaz de reconocer en aquella mujer a la joven hermana del rey Sancho que partiera de Tudela ocho años atrás con destino a Tierra Santa… En compañía de Alvar. Resultaba impensable tratar de acercarse a ella, y mucho menos entablar conversación, aunque aquella noche soñó —lo recordaba de forma nítida— con que era la reina misma quien les llamaba a su presencia al enterarse de que venían de su añorada Tudela.

Solo había sido un sueño, que fue relegando en sus pensamientos en los días siguientes, camino de Tours, y que cayó en el olvido cuando se encontró ante la imponente fábrica de la catedral de Le Mans. Se acercó boquiabierto al edificio de dimensiones colosales, cuyo exterior, cuajado de arbotantes y contrafuertes, no se parecía a nada que hubiera visto antes. Se asemejaba a una enorme araña que, con cien patas, sostuviera un cuerpo de tamaño descomunal. Las esculturas policromadas que cuajaban las fachadas y los pórticos hacían que no guardara ninguna semejanza

con el sobrio exterior de los templos que había conocido antes. Pero la verdadera revelación se produjo al acceder al interior. Su alma se encogió cuando alzó la vista y contempló una nave soberbia cuyos pilares, de altura inverosímil, se lanzaban hacia el cielo para dividirse en lo más alto en ramas trenzadas que sostenían una bóveda de ojivas entrelazadas. Lo más extraordinario era que los muros habían desaparecido casi por completo. En su lugar, formidables vitrales multicolores dejaban pasar la luz a su través.

Pasó dos días enteros allí, negándose a salir del templo ni siquiera para comer.

—¿Hasta dónde se puede llegar? —recordaba haberle preguntado a Philippe.

—Pronto encontrarás la respuesta —dijo entonces su compañero de viaje, enigmático.

Había sufrido al llegar a Chartres, mientras contemplaba apesadumbrado el edificio todavía en ruinas de su magnífica catedral, destruida al parecer por un incendio pocos años atrás. El templo conservaba, sin embargo, la fachada occidental completa y tres de sus portadas, rodeadas todas ellas de escombros y andamios, en plena reconstrucción. Plantado ante las tres arcadas del llamado Pórtico Real, ignoró la ruina que lo rodeaba. Solo tenía ojos para el alarde escultórico que se desplegaba ante él. Las jambas estaban decoradas por altas figuras de reyes y personajes del Antiguo Testamento. Las estatuas mostraban una expresión serena, distinta a la severidad habitual de las que había contemplado antes, de las que él mismo había esculpido en el claustro de Tudela. Los frisos de la izquierda narraban escenas relativas a la Virgen. Los de la derecha relataban pasajes de la vida de Cristo, con el Bautista y la Presentación en el Templo. El tímpano central, donde confluía por fuerza la mirada, estaba decorado con una escena del Juicio Final, con Cristo Pantocrátor enmarcado en una mandorla y rodeado por los cuatro evangelistas. El friso del dintel representaba a los doce apóstoles, y las arquivoltas, por fin, mostraban ángeles y a los veinticuatro patriarcas del Apocalipsis.

—¿Esta era la respuesta? —recordaba haber preguntado.

De nuevo Philippe había sonreído ante su asombro, negando.

—Solo en parte. Espera a Saint Denis —respondió aquel día.

Comprendió el significado de aquella sonrisa cuando días más tarde bordearon la ciudad de París y cruzaron el río Sena para alcanzar la renombrada abadía.

Quizá su guía preparó con intención la llegada antes del atardecer, pero lo que vio al cruzar la portada de la basílica lo dejó sin aliento. Los muros no existían. Las bóvedas perecían flotar sobre un mar embravecido de vidrio policromado, sostenidas solo por finas patas de araña de una pasmosa fragilidad. Era un templo hecho de luz, donde las dovelas y los sillares quedaban reducidos a la mínima expresión. El sol del ocaso traspasaba los ventanales, atravesaba la catedral entera, se hacía dueño de ella, y Nicolás, sobrecogido, supo que aquello no podía ser obra solo de hombres. Dios, por fuerza, había tenido que prestar su ayuda para hacer de aquel lugar un trasunto del Paraíso. Tenía que seguir prestándola a cada instante para impedir que aquella

estructura colosal se viniera abajo como se desploma un hombre con las piernas quebradas.

Permanecieron tres días en el albergue del lugar, asaltando con sus preguntas a los frailes que quisieron prestarle un poco de su tiempo. Adquirió pergaminos en la abadía y tomó notas en ellos, trazó dibujos e intentó llevarse consigo la esencia de aquel milagro. A cada instante descubría un nuevo detalle que lo admiraba. Comprobó que la nave central duplicaba en altura a las laterales, de manera que nada impedía la entrada de luz al corazón del templo. Los nervios de las bóvedas, sexpartitas, parecían sostener sin ningún esfuerzo los plementos de piedra y se descolgaban hasta el suelo adosados a pilares asombrosamente ligeros, unidos entre sí por arcos apuntados. Todo daba sensación de liviandad y Nicolás no podía evitar sentirse insignificante en medio de aquella inmensidad ocupada solo por aire y luz. Recorrió el exterior y comprobó la disposición de arbotantes, contrafuertes y pináculos cuya función le explicó el sacristán, divertido al parecer por el asombro y el interés que mostraba. Por vez primera había oído hablar de la proporción áurea en boca de uno de los monjes más versados en el arte de la construcción, que le enseñó numerosos ejemplos de su aplicación en aquel templo, a la hora de determinar las dimensiones de los distintos elementos que componían la estructura. Y la escultura, su verdadera pasión, mostraba allí un rostro distinto, nuevo y sorprendente. Las figuras, estilizadas, parecían querer estirarse para acompañar al edificio hacia lo alto, y la expresión de sus rostros en poco se parecía al San Lorenzo, el Herodes, la Salomé o el Evangelista a quienes él había dado forma en sus primeros capiteles del claustro.

Un pensamiento recurrente se colaba una y otra vez durante su detenido examen de la basílica: ¿podría trasladar a maese Jaime *el Jaqués* en Tudela alguno de los asombrosos avances en su arte que estaba teniendo oportunidad de conocer? La colegiata se encontraba aún sin cubrir. ¿Sería posible sustituir la bóveda prevista por algo parecido a lo que allí veía? ¡Eso permitiría elevar la altura de la nave central y sustituir los sillares de los muros que había visto dibujados en las monteas por ventanales más amplios!

Recostado en el árbol, sentía latir el corazón como siempre que aquellas ideas regresaban a su mente. Sin embargo, aún no había tenido ocasión de abordar al maestro de obras en Tudela. La ejecución de Omar había ocupado toda su atención, había ofrecido su compañía a Ismail en los días posteriores, y la noticia de la entrada de María en el convento lo había alterado de tal manera, que incluso su trabajo en el taller de Beltrán se había resentido. Y no podía permitírselo, porque el prolongado viaje, además de haberlo privado del sueldo como escultor, había supuesto una continua sangría que terminó por vaciar su bolsa.

En París había permanecido medio mes, y allí descubrió con sorpresa el secreto

que Philippe de Troyes se había guardado para sí. Era propietario de una magnífica residencia en el centro de la ciudad, a orillas del Sena, que dejaba pequeñas a las casas solariegas de los ricoshombres del reino. Se sintió impresionado al entrar en el patio central y descubrir a un grupo de sirvientes emocionados por el regreso del dueño, a quien se dirigían llamándolo maese Philippe; ellos parecían haberse hecho cargo de la vivienda en su ausencia. Su anfitrión lo presentó como un amigo de origen borgoñón, aunque procedente del reino de Navarra, la tierra que había visto nacer a la reina Berenguela de Inglaterra.

Fue en aquel momento, recordaba, cuando los sirvientes les hablaron de la noticia que desde la víspera circulaba por París: la muerte junto a un pequeño castillo de Normandía del rey Ricardo Corazón de León, herido días antes por una flecha disparada por un niño. Pensó en aquel instante en la situación en que quedaba la hermana del rey Sancho, viuda, sin descendencia de su esposo, y en manos de una mujer como Leonor de Aquitania. La reina madre, sin duda, se volcaría en favor de los derechos de su otro hijo, Juan sin Tierra, para ocupar el trono de Inglaterra, y lo más probable era que Berenguela fuera condenada al ostracismo.

Su estancia en la ciudad le hizo comprender la insignificancia de la villa de la que procedía. Tudela era sede real, al menos de forma temporal, pero ni uno solo de sus edificios igualaba en porte a los palacios que salpicaban las calles del centro de París. Era, sin embargo, un lugar en obras, pues en aquel momento se finalizaba la muralla que iba a rodear la ciudad. Algunos monumentos, testigos de la época de dominación romana, convivían con un caserío abigarrado en torno al río, la arteria que daba vida a la villa gracias al floreciente comercio que procuraba. Una institución de enseñanza avanzada daba sus primeros pasos en un lugar llamado La Sorbona, pero de nuevo el lugar que atrajo su atención de forma irresistible fue la catedral de Notre Dame, situada en la pequeña Île de la Cité, donde descubrió muchos de los elementos que ya habían causado su asombro en la cercana Saint Denis.

Sabía que debía iniciar el regreso sin tardar si quería estar en Tudela a tiempo para las bodas de Beñat y de Martha. Algo alteró su propósito, sin embargo: aún en plena construcción, la belleza de la catedral de Laon estaba ya en boca de todos en París. Se encontraba al norte y a tres días de distancia, pero consideró que aquella sería probablemente la única oportunidad en su vida de visitarla. Por otra parte, forzar la marcha en la vuelta le iba a impedir detenerse en lugares de interés de los que Philippe le había hablado, amén de la obligada visita a Auxerre, la ciudad que vio nacer a su padre. Con pesadumbre, partió solo hacia el norte, descartada ya la posibilidad de acompañar a su familia en el doble acontecimiento. Se prometió apurar el contenido de su ya mermada bolsa adquiriendo dos presentes que, siquiera en parte, compensaran su ausencia. Bajo el cimborrio abovedado que ocupaba la totalidad del crucero en Laon, frente a los vitrales del altar mayor, no pudo evitar pensar que había merecido la pena pagar aquel elevado peaje.

De vuelta en París, pidió ayuda a Philippe para buscar en el taller de algún

artesano un par de objetos que pudieran servir como regalos de boda y que no vaciaran su bolsa por completo. Por toda respuesta, el de Troyes se hizo traer un sólido cofre de madera en el que buscó entre numerosas bolsas de cuero hasta encontrar lo que buscaba. Le reveló que aquel cofre y la casa donde se hallaban era lo único que conservaba de su vida anterior, en la que, entre otras cosas de las que no habló, había comerciado con joyas y objetos de arte. La bolsa contenía decenas de medallones idénticos, del tamaño de una moneda, todos de oro y todos con la imagen de Nuestra Señora bajo una bóveda de crucería a modo de palio. Philippe de Troyes extrajo uno y lo depositó en su mano. Nicolás lo había contemplado con asombro, nunca antes había sostenido entre los dedos un objeto como aquel. Un instante después tenía otros cuatro medallones en la palma.

—No tengo con qué pagarte esto —dijo con pesadumbre.

—Son tuyos. Es una gratificación por tu hospitalidad y por la compañía en mi viaje de regreso. Puedes decirles que proceden de Auxerre, porque así es en realidad, allí fueron fabricados.

De nada habían servido sus reparos ante la determinación de aquel hombre. Cerró el arcón y, cambiando de asunto, se negó a volver a tratar el tema en cada ocasión en que Nicolás intentaba volver a él. Tan solo le recomendó precaución con los asaltantes en el camino de vuelta y le indicó la ruta más segura por las tierras borgoñonas que conocía bien.

Inició el regreso solo, tratando de unirse a caravanas de comerciantes que se dirigían al sur. De acuerdo con los consejos de Philippe, visitó la catedral de Sens y la de Auxerre, donde se empapó de las imágenes del lugar en que había transcurrido la infancia de su padre. Llegó hasta Bourges en su recorrido ideado para visitar las catedrales construidas según los nuevos avances, y fue en Limoges donde se unió a un grupo de peregrinos que se dirigían a Santiago. Junto a ellos cubrió la última parte del camino que de nuevo le llevó a Angulema y a Burdeos, antes de atravesar la Aquitania para volver a escalar la muralla de los Pirineos, ya en tierras navarras. Rezó en la colegiata de Roncesvalles, predilecta del rey Sancho, donde se iniciaba el camino de la Península para sus acompañantes, y casi terminaba el suyo después de meses de ausencia. Sus pasos, por fin, se habían separado en Pamplona, y recordaba cómo las veinte leguas que restaban hasta Tudela se le habían hecho eternas, anhelante por vivir el momento del reencuentro.

Suspiró una vez más al recordar aquellos meses que jamás olvidaría, pero en aquel momento su interés era otro. Cada vez que una nueva mancha blanca aparecía moviéndose en el interior del recinto del convento, el corazón de Nicolás latía con fuerza, hasta que por la corpulencia o por la manera de andar descartaba que pudiera tratarse de María. Numerosas monjas de hábito blanco y toca negra aparecieron ante su vista a lo largo de la mañana: entrecavaban los bancales de la huerta, echaban de

comer al ganado, cortaban rosas para el altar o simplemente caminaban y oraban en silencio por las veredas; pero en ninguna de ellas reconoció la figura de María.

A la hora sexta el recinto tapiado del convento quedó desierto cuando todas las hermanas fueron convocadas por la campana para el rezo del Ángelus. Nicolás se incorporó entumecido para cambiar de postura, abrió el morral y sacó una porción de hogaza con la que aquella misma mañana, en la tahona, Aldara le había obsequiado. Mordisqueó con el pan un sabroso queso de oveja que debía haber sido su comida en el taller del claustro. Era mediodía y, a pesar de la protección del follaje y de la brisa que lo agitaba, empezaba a hacer calor. Había subido allí poco después de la hora tercia y tras el almuerzo sintió que apretaba la sed, así que se dispuso a bajar. Descolgó la soga que antes había recogido y se dejó caer aferrado a ella.

Bebió de la acequia con placer en el cuenco de la mano y, de nuevo, se refrescó la nuca y la cara. Estiró los miembros entumecidos y dio pequeños saltos sobre la hierba, igual que solía hacer durante las largas sesiones de trabajo, tanto en el taller de Marcel como en el claustro. Por fin, se agachó, apoyó ambos brazos en la piedra de lavar para sentir su frescura y permaneció allí, con la barbilla encima de las manos a ras del agua, contemplando los reflejos del sol que se filtraban entre las hojas.

El plumaje azul intenso de un martín pescador llamó su atención al posarse de manera fugaz en el borde opuesto del lavadero, pero un ruido hizo que alzara de nuevo el vuelo. También Nicolás se levantó como un resorte. Era el sonido de un picaporte, al que siguió el golpe inconfundible de un portazo. Agachado y protegido por la vegetación, salió del lavadero y regresó hasta el tronco del árbol. Se maldijo al ver que la soga colgaba aún del gancho, pero ya era tarde para trepar por ella y recogerla desde lo alto, así que optó por agazaparse tras unas cañas cercanas.

Se le rompió el corazón al divisar el rostro casi infantil de María enmarcado por la toca blanca de novicia. Su expresión era serena, pero tuvo la sensación de que mostraba los ojos más hundidos y que dos cercos cárdenos le bordeaban los párpados hasta fundirse con la piel de los pómulos, más pálidos y menos sonrosados de lo que recordaba. Sin embargo, su belleza y la perfección de sus facciones, aquellas de las que se había prendado la primera vez que la vio, seguían intactas. Empujaba una carretilla de madera de una sola rueda, sobre la que portaba dos grandes canastas de mimbre llenas de ropa. A su lado caminaba balanceándose una monja oronda y de corta estatura, cuyo hábito se ensanchaba sin pausa desde la papada hasta rozar la tierra, solo unos palmos más abajo.

A pesar de tener que empujar la carga, María dejó atrás a la otra hermana en el breve trayecto entre la puerta del monasterio y el río. Entraron al cobertizo con los cestos y María, con esfuerzo, descargó el primero junto a la poza inferior. Se ajustó un delantal sobre el hábito de trabajo, dejó sobre la piedra un gran trozo de jabón, y fue metiendo en remojo varias piezas de ropa antes de empezar a frotar la primera sobre la piedra de lavar. La monja que la acompañaba no parecía tener intención de prestarle ninguna ayuda. Se acomodó sobre la bancada de piedra que recorría el

murete bajo, sacó un rosario del hábito y empezó a pasar cuentas con sus manos regordetas al tiempo que musitaba letanías.

Nicolás se maldijo por no haber sido más previsor. Su idea era hacer llegar a María la carta que le había escrito, pero se encontraba cuidadosamente doblada y atada con bramante en el morral… en lo alto del árbol. El tronco del olmo se encontraba en el campo de visión del lavadero, y la oronda hermana lo vería sin duda si trataba de escalar. Decidió esperar y tratar de recrearse con la visión cercana de María, algo que llevaba meses anhelando. Descubrió, sin embargo, que verla allí, tan próxima, sin posibilidad de cruzar ni una sola palabra, le provocaba una enorme congoja. María parecía absorta en sus pensamientos mientras frotaba los bajos de los hábitos blancos sobre la piedra, les daba un primer aclarado en el agua ya blanquecina por el jabón y los amontonaba junto a la pila superior donde esta era todavía cristalina. Terminó con los dos canastos y cambió de poza para empezar con el aclarado. Lo hacía con maña: lanzaba el hábito al centro del estanque, lo agitaba con fuerza y lo escurría sobre la losa. Repetía la operación dos veces y guardaba la colada en el mismo cesto donde había venido, lista para ser tendida al sol poco más tarde en el interior del convento.

Entonces Nicolás percibió un movimiento extraño detrás de María: la monja daba cabezadas. El corazón empezó a latirle con fuerza. Quizá pudiera incluso hablar con ella, después de todo. Se deslizó hacia el olmo, miró atrás para comprobar que la hermana seguía dormitando y, en dos brazadas, trepó a lo alto. Hurgó en el morral y sacó el pequeño atadijo que buscaba.

María, por el rabillo del ojo, debía de haber percibido algo, porque la vio volverse hacia él con expresión de temor. En el siguiente instante, estaría gritando para llamar la atención y pedir la ayuda de la hermana. Aprovechó el momento de desconcierto para ponerse en pie entre las ramas señalándose con fuerza el pecho y gritando apenas sin voz un «¡soy yo!», al tiempo que se llevaba el índice a los labios haciendo aspavientos para que guardara silencio. El temor en su mirada dio paso al asombro cuando lo reconoció. Luego, al mirar a la hermana de soslayo, otra vez al temor. Y a algo parecido a la desdicha por fin, algo que se quedó en su semblante mientras Nicolás descendía del árbol con cuidado de no caer de golpe.

Pisó sobre la hierba y la llamó detrás de las cañas. La monja emitía suaves gruñidos, aunque no llegaba a roncar, pero María no se movía. Todavía conservaba entre las manos un paño pequeño a medio aclarar que le goteaba sobre el delantal. Con un dedo la apremió para que se acercara, pero parecía anclada sobre el suelo empapado. Nicolás comprendió que se debatía entre dos sentimientos tan intensos como opuestos. Las dos manos le temblaban de manera visible, y también los labios y la mandíbula. Comprendió que comenzaba a llorar cuando el sol empezó a arrancar brillos de sus mejillas.

María negaba con la cabeza, pero parecía comprender que Nicolás no se daría por vencido y trataría de hablar con ella. Entonces, como impulsada por un resorte,

empezó a meter en el último canasto la ropa que quedaba sin aclarar y, apenas hubo terminado, alzó la voz.

—¡Sor Elvira! ¡He terminado! —dijo al tiempo que cargaba los dos canastos en la carreta—. ¡Regresemos o llegaremos tarde al refectorio!

Nicolás dio un salto hacia las cañas justo a tiempo de evitar la mirada de la hermana que, sobresaltada, se incorporó sin saber bien dónde se hallaba. Por fortuna, se mostró más preocupada en tratar de simular que seguía pasando las cuentas del rosario.

—Adelantaos, sor Elvira, id llamando a la puerta mientras empujo la carretilla —pidió de nuevo.

Nicolás trató de tragar saliva, pero tenía la boca seca y los labios pegados. No podía creer lo que estaba sucediendo. De nuevo escuchaba la voz de María, pero sus palabras lo herían en lo más hondo. ¿Cómo era posible que estuviera huyendo de él de aquella manera? Estuvo tentado de salir corriendo, tomar a María por los brazos y decirle de su boca lo que contenía la carta que guardaba en el puño. Pero aquello terminaría con cualquier posibilidad futura de volver a verla: un hombre rondando el convento haría que nunca más le permitieran aventurarse hasta el río, en aquella licencia que parecían concederse al abandonar por un momento el recinto de clausura. Entonces vio que María se volvía, vio que se aseguraba de que sor Elvira no miraba, y empezaba a mover la cabeza de un lado a otro, negando, al tiempo que soltaba la carretilla un instante para llevarse el dedo al cuello y hacer un gesto como quien se rebana el gaznate con un puñal. Era, sin duda, una señal de advertencia. Nicolás se quedó helado mientras María volvía a empujar la carretilla. Cada dos pasos volvía la mirada atrás como si quisiera asegurarse de que había entendido su mensaje. Nicolás pensó deprisa, y la última vez que ella se volvió lo sorprendió alzando con la mano izquierda el pequeño paquete que dejó caer ante sus ojos entre las cañas, mientras lo señalaba con el índice derecho. Creyó percibir que la toca de María se movía, afirmando, cuando ya le daba la espalda, un instante antes de que se abriera la puerta del convento para volver a cerrarse tras las dos religiosas y la carretilla de la ropa a medio aclarar.

Nicolás se agachó, acomodó el atadijo de pergamino y lo disimuló entre unas cuantas hojas secas de caña.

Pasó el día siguiente inquieto, esperando el momento de terminar su tarea en el claustro, donde había comenzado a tallar un nuevo capitel. Su mente volaba, del secreto de Ismail a la carta que yacería entre las cañas, junto al monasterio; del rostro conmovedor de María al encuentro aplazado con maese Jaime. ¡Tenía tanto de que hablar con el viejo maestro de obras! Incluso con el maestro Beltrán tenía una larga conversación pendiente acerca del novedoso estilo que había descubierto en las figuras que cubrían las catedrales al otro lado de los Pirineos. Quizá al tallar aquella

pesada piedra que tenía ante él encontrara en su interior lo que su mente atesoraba en la memoria. Sería la mejor manera de explicar lo que con palabras no era posible. Sin embargo, corrió a guardar las herramientas cuando la campana del monasterio llamó a vísperas. Sin entretenerse sino en quitar en la alberca la capa de polvo que lo cubría, salió del recinto en busca de la puerta de la ciudad. Eran los días más largos del verano, y tendría tiempo de llegar a Tulebras para estar de regreso poco después del anochecer. Necesitaba saber desesperadamente si la carta seguía allí. Había sido un día caluroso y el sudor que lo cubría se mezclaba con el polvo de la caliza haciéndole sentirse sucio, pero nada de eso le importaba. Mientras apretaba el paso, solo pensaba en las posibilidades que existían de que María hubiera leído su misiva y, si así era, de que hubiera dejado su respuesta en el mismo lugar, tal como le pedía en el escrito. Quizá no habría tenido oportunidad de salir del convento si la ropa no se lavaba a diario, pero aquel era un detalle que desconocía. Acudiría allí cada día para comprobarlo, aprovechando tanto el ocaso tardío como la claridad que aportaba la luna creciente. Trotó a ratos, aunque se detuvo al cruzarse con un grupo de hombres a caballo, con un par de rebaños de ovejas conducidas por zagales y con una recua de mulas que se dirigía a Tudela. Añoró disponer de su propia cabalgadura, pero si aquello era impensable en tiempos de paz, más lo era en días de guerra como los que se vivían desde la invasión del reino y el reciente cerco a Vitoria, del que todo el mundo hablaba.

Llegó a las inmediaciones del convento apenas sin resuello, se deslizó entre los álamos, pasó bajo el olmo grueso y divisó el lavadero. Había humedad reciente en el suelo, lo que indicaba que se había utilizado aquel mismo día. El corazón le latía con fuerza cuando se aproximó al cañaveral. Allí estaban las hojas secas de caña con las que había ocultado el pequeño paquete. La mano le temblaba cuando se agachó para deslizarla debajo. No tocó nada. Levantó toda la broza alrededor pero su carta no estaba allí.

Regresó pensando en el efecto que sus palabras torpes y mal escritas en aquel trozo de pergamino habrían tenido en María. ¿Dónde lo habría leído, acaso en la intimidad de su celda? Ansiaba tener en sus manos la respuesta que le solicitaba. Había creído conocerla, pero su actitud en el lavadero lo había desconcertado. Cuando, ya entrada la noche, llegó a las inmediaciones de Tudela, se encontró con las puertas cerradas, pero ya contaba con ello. No era aquel un problema para un joven criado en la ciudad, que de mozo había escapado cien veces para bañarse en el río a la luz de la luna. Eligió uno de los puntos de la muralla por los que era posible escalar sin ser visto, se descolgó en el interior y salvó la distancia que lo separaba de la casa, cruzándose tan solo con un par de hombres ebrios que salían de una cantina cercana.

Durante dos días recorrió aquel trayecto de tres leguas, una y media cargado de esperanza y otro tanto hundido por la decepción. Supuso que el domingo se interrumpían las actividades cotidianas del cenobio y pasó el día junto a su madre. Marcel y Sophie recibieron a Beñat y a Martha con sus respectivos cónyuges. Los dos

hermanos habían celebrado sus bodas el mismo día del mes de mayo, en ausencia de Nicolás, pues la fecha se había concertado con ambas familias y nadie había contado con un retraso tan prolongado del joven. Bien que lo había lamentado, y aquella iba a ser la primera ocasión en que pudiera compartir la mesa con los nuevos miembros de la familia.

Unai, el esposo de Martha, era un buen muchacho de la misma edad que Nicolás. Había perdido a sus dos hermanos varones en la infancia, y contribuía con su trabajo en la administración de una finca que un magnate del rey había concedido a su familia en régimen de aparcería. Se conocían bien y se apreciaban, incluso coincidían a menudo en la taberna cuando las tareas agrícolas y el ganado que se encargaba de cuidar se lo permitían. Todo lo que tenía debía ganarlo con esfuerzo, pero hasta entonces su familia no había pasado estrecheces. Estaba por ver lo que sucedería en adelante, con un reino sometido a la amenaza constante de la invasión y de la guerra siempre en ciernes.

A Olaya la conocía menos. Contaba apenas veinte años, dos menos que Beñat, y su timidez la hacía caer en gracia. De piel y cabellos claros, el rubor le encendía las mejillas cada vez que alguien se dirigía a ella, pero su mirada era vivaz y despierta. Con el salario que Beñat percibía en el taller de cantería, habían podido costearse la renta de una pequeña casa cerca de la judería vieja, y allí se habían trasladado tras el enlace.

La madre lamentaba la soledad en que había quedado tan repentinamente, pero comprendía el deseo de los jóvenes de comenzar una vida nueva. Lo cierto era que aquel estado recién estrenado había unido aún más a las dos antiguas amigas, de manera que Marie y Sophie, en ausencia de Marcel y de Nicolás, pasaban los días juntas y daban gracias por la fortuna que parecía sonreírles.

Unai era un consumado cazador, y aquel día su empeño había sido que los ocho comensales degustaran un corzo que él mismo había abatido en los montes cercanos. Como era habitual se asó en la tahona de Aldara y el propio Nicolás acompañó a Unai y a Beñat a la hora de recogerlo, tras la misa del mediodía. La panadera aprovechó un aparte antes de sacar la bandeja del horno para interrogarlo sobre sus intentos de entablar contacto con María, y sonrió sinceramente cuando supo que había recogido su carta.

—Te responderá, no tengo ninguna duda —afirmó en voz baja antes de regresar al mostrador con la bandeja ardiente sujeta por las asas.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó Beñat al ver el recipiente de hierro humeante—. ¡Cómo huele! ¡Y qué aspecto!

—Era joven y muy tierno. Os resultará jugoso —aseguró Aldara con ojo experto.

—Tendrás ocasión de comprobarlo, porque vas a colgar este delantal y te vienes con nosotros —afirmó Nicolás sonriente, haciendo amago de quitárselo.

—¡De ninguna manera! —respondió ella, escandalizada, y se aferró a la prenda.

Nicolás se acercó más a su costado y le habló al oído.

—Has hecho por mí lo que más aprecio. Si no aceptas, no te volveré a contar nada de lo que pase con María —amenazó con tono jocoso.

Aldara soltó una carcajada que dejó sorprendidos a los dos cuñados, sobre todo al ver que ella misma se sacaba el mandil por la cabeza y se acercaba a la pila para quitarse el sudor que le perlaba la frente. Unai miró a ambos de manera alternativa, alzó las cejas y esbozó una sonrisa.

—¡Vaya, vaya! —musitó, y el comentario provocó más risas de los otros, divertidos con lo que el joven acababa de interpretar.

Dieron buena cuenta del asado en cuanto se sentaron a la mesa, aprovechando que el recipiente de hierro, que los dos jóvenes habían trasladado por las asas, ayudaba a conservar el calor del horno. El vino corrió y aquella comida de domingo se convirtió en una segunda celebración de la boda. El relato del viaje, salpicado por las preguntas de todos a las que seguían las explicaciones vehementes de Nicolás, llenó la hora siguiente. Ninguno de ellos esperaba el final, cuando los dulces elaborados por Marie y Sophie remataban una celebración muy especial. Nicolás se levantó de la mesa y desapareció sin dar explicación, confiando en que todos pensaran que había salido a aliviarse. Regresó con una pequeña bolsa de cuero en la mano, pero no se sentó al entrar en la estancia. Por el contrario, permaneció en pie y en silencio, hasta que los demás, extrañados, cesaron en su parloteo.

—No pude asistir a vuestro enlace, y Dios sabe que no me lo podré perdonar —dijo con sinceridad—. Solo espero que este presente pueda compensar aquello… Y servir como regalo de boda.

Martha, emocionada y conmovida, no quitaba ojo del saquete mientras Nicolás introducía los dedos y tiraba del primer cordoncillo de cuero que rozó con las yemas. Lo sacó en toda su longitud y se detuvo un instante antes de mostrar el objeto que colgaba de él para contemplar la expresión de todos. Sonrió al ver sus rostros expectantes y entonces siguió tirando. El primer medallón se balanceó ante los ojos de los siete, despertando exclamaciones de admiración.

—Para ti, Martha —declaró—. Es una medalla de Nuestra Señora. Philippe de Troyes me la proporcionó en París.

La joven la tomó entre sus dedos, emocionada y al borde de las lágrimas.

—¡Es una maravilla! —acertó a decir mientras pasaba la yema de su índice por la superficie labrada.

Nicolás se acercó a ella por detrás, volvió a cogerle el medallón de las manos y, con delicadeza, se lo anudó al cuello. Después se ladeó para sortear la cofia de la muchacha y la besó en la mejilla.

—Que seáis felices —dijo mirando también a Unai—, al menos tanto como yo lo he sido durante estos meses.

Después le tocó el turno a Olaya quien, con el rostro escarlata y a punto del llanto, se dejó colocar la suya. Cuando la besó y repitió sus buenos deseos, guiñó un ojo a Beñat.

—Toma, hermano, esta es para ti —le dijo entonces—. Y esta para ti, Unai. Quizá podáis llevarlas al orfebre para que grabe en todas ellas vuestros nombres.

Los dos jóvenes tomaron sus medallas en las manos y, como impulsados por el mismo resorte, se agacharon para dejar que sus respectivas esposas se las anudaran al cuello.

Beñat fue el primero que se puso en pie para acercarse a Nicolás, y lo estrechó en un fuerte abrazo. Los dos se palmearon la espalda con los labios apretados y en silencio. Unai lo imitó después, también emocionado. Cuando se disolvió el abrazo, Nicolás hurgó de nuevo en la bolsa y sacó la quinta medalla de Nuestra Señora. Rodeó la mesa y se colocó detrás de su madre, que volvió la cabeza con una sonrisa de comprensión. Marie se puso en pie y dejó que su hijo se la anudara sin que sus ojos dejaran de mirarse ni un instante.

—La última tenía que ser para ti. Todas están labradas en Auxerre, quizá muy cerca de donde nació padre.

La mención de Pierre hizo que la emoción se apoderara de Marie.

—Hijo mío —acertó a musitar—. Estaría tan orgulloso de ti…

Nicolás la tomó por las mejillas y le levantó la cara.

—No es hoy día para llantos. Además, no todos tienen aún su obsequio.

Una vez más introdujo los dedos en el saquete y sacó tres medallas más pequeñas, mucho menos pesadas que las anteriores, y se las entregó a Marcel y a Sophie.

—Representan a San Andrés. Las compré a mi regreso, en Burdeos, a las puertas de la catedral de Saint André donde tú trabajaste —explicó dirigiéndose a Marcel—, y donde contrajisteis matrimonio. Ya veis que para entonces mi bolsa estaba menguada.

Todos rieron.

—Muy abultada debió de salir —observó Marcel pasando la mirada alrededor de la mesa.

—Hay tres… —se extrañó Sophie, y dirigió una mirada a Aldara.

—No, me temo que en Burdeos no contaba con que Aldara estuviera hoy aquí —se excusó Nicolás levantando los hombros—. La tercera es para mi hermano Alvar. Guardádsela bien hasta que regrese.

Recorrió de nuevo el camino hasta Tulebras sin que las nubes algodonosas que se alzaban sobre la ladera del Moncayo, y que se oscurecían por momentos, consiguieran amedrentarlo. Su temeridad, sin embargo, le costó llegar empapado después de que la tormenta se desatara entre la encomienda de los hospitalarios y la villa de Urzante. El intenso aroma de la tierra mojada, del tomillo, del romero y del hinojo por el que ascendían los caracoles le llenaba los pulmones cuando llegó a las inmediaciones del monasterio. El sol, cercano al ocaso, asomaba de nuevo entre las nubes y un hermoso arcoíris se dibujó hacia el sur, enmarcando el campanario entre

sus apoyos. Nicolás tuvo una corazonada que le llevó a apretar el paso en dirección al lavadero. Al llegar, otro martín pescador, el mismo quizá del día en que vio a María, levantó el vuelo, y el presentimiento se convirtió casi en una certeza. Sobrepasó el olmo y se acercó al cañaveral con el pecho palpitándole por el esfuerzo y por la excitación. Antes de agacharse supo que allí estaba la respuesta que esperaba. Era evidente que las hojas de caña, aunque empapadas por la lluvia, se hallaban dispuestas para ocultar algo. Introdujo la mano y palpó un atadijo muy similar al suyo, pero el corazón le dio un vuelco cuando comprobó que se encontraba empapado. Con un incontenible temblor se levantó mientras trataba de soltar el nudo, pero el bramante se había hinchado y sus yemas no acertaban a aflojarlo. Sacó su pequeña daga de la funda y cortó con decisión. El fragmento de pergamino empezó a recuperar la forma por sí mismo, y continuó hasta desdoblarlo por completo. Entonces se le escapó un gemido de la garganta. Quizá María había utilizado una tinta de mala calidad o no había usado secante; quizá la carta se había mojado al poco de ser escrita, pero lo cierto era que el texto aparecía difuminado en aquellos lugares donde el pergamino se había humedecido a causa de la lluvia, los más cercanos a los pliegues.

Trató de leer entre líneas, imaginando lo que podría decir en los fragmentos ilegibles. La carta, breve, temblaba entre sus manos; la luz era ya escasa, y tuvo que repetir la lectura en varias ocasiones.

… amado Nicolás,
… de nuevo después de tantos meses… que creía apagado y ya…
… que la zozobra regrese a mi corazón… alcanzado la paz y mi…
… tiempo he comprendido dónde está mi… error luchar contra el…
… contrario sería tu condena si mi tío el… amenaza no es en vano…
… feliz aquí y lo mejor para ambos es… pues quizá nunca debí…
… encontrar a la mujer que pueda… lo que no pudo ser y no… … dar gracias a Dios y no torcer su… la desgracia para ambos que…
… que rezaré por ti cada día de mi… es entre estos muros donde…
… que no debí oponerme a mi… desde que vine a este mundo…
… y ayer pronuncié mis votos… para siempre a este lugar de… … pues no albergo duda alguna… siempre la hermana María. … será mi mayor dicha saber… y que tu obra sirve para alabar…
… pues, ve con Dios y trata de… tal como me conformo yo. … te bendiga.

Dejó caer a un costado la mano que sujetaba el pergamino. De manera inconsciente, mientras por tercera vez leía aquello, había caminado hacia el viejo olmo, quizá en busca de apoyo. Con gusto hubiera trepado por la soga para otear el interior del convento, y gritar a cualquiera que se encontrara allí lo que sentía. Pero ni la cuerda estaba allí, ni proclamar a gritos su amor por María a las puertas del convento de clausura donde había profesado la víspera serviría para nada.

La luna estaba alta en el cielo cuando saltó la muralla. Quizá no habría sido necesario, pues el amanecer estaba próximo y los primeros hortelanos abandonarían

pronto el recinto fortificado con las primeras luces para aprovechar las horas más frescas de la mañana. Sin embargo, actuaba de forma maquinal. Había caminado desde Tulebras a paso lento, casi arrastrando los pies, derrotado. Había empleado las largas horas del trayecto en pensar en lo que iba a hacer con su vida, y emprender un nuevo y definitivo viaje hacia el norte se abría camino como una posibilidad liberadora. Solo bajo las bóvedas de Saint Denis, ante las portadas cuajadas de figuras polícromas de Chartres o frente a los vitrales de Laon había experimentado sentimientos tan intensos como los que se apoderaban de él al estar frente a aquella criatura. Dejar Tudela, quizá para siempre, sería la única forma de apartar de su mente la imagen de María, recluida entre muros a menos de tres leguas de él. Su corazón solo experimentaba cierto consuelo si algo la hacía olvidarla por un instante. Cuando el recuerdo regresaba, cuando revivía la intensidad de los sentimientos que le producía escuchar su voz; cuando experimentaba el conocido escalofrío al recordar los rasgos de su rostro… Entonces volvía a instalarse el nudo en su estómago y la garra de la angustia le atenazaba la garganta hasta impedirle probar bocado, siquiera pronunciar palabra. Y cuando de noche, a solas en su lecho, se dejaba llevar por las ensoñaciones y se veía a sí mismo pasando las yemas de los dedos por su rostro, rozando con sus labios aquellos labios rosados y carnosos, dejando caer sus manos hasta cubrir los pechos que solo podía imaginar, el dolor más intenso se superponía al deseo desatado, que aliviaba con urgencia antes de quedarse dormido sobre una almohada húmeda de lágrimas.

Lo más doloroso —pensaba mientras recorría las calles desiertas que lo llevaban hasta su casa— era la certeza de que la carta que llevaba plegada entre las manos no era sincera. De ninguna manera podía creer que se hubieran borrado del corazón de María los sentimientos que le había transmitido durante sus fugaces encuentros en la tahona de Aldara. Quizá las palabras pudieran ser engañosas, pero no era engañoso, no podía serlo, lo que María le había transmitido con la mirada, con el tacto al acariciar castamente su mentón en las despedidas. En aquellos lejanos momentos de proximidad, el pecho de María había latido de forma desaforada, él lo sabía; las lágrimas que habían acudido a sus ojos estaban allí porque ella comprendía que el horno de Aldara no era lugar adecuado para dejarse llevar por sus más íntimos deseos. Sabía que, de haber podido continuar con aquellos encuentros, habrían acabado entregándose el uno al otro de forma irremediable. Y aquel juego de sentimientos solo se había interrumpido cuando entre ellos se interpuso él, el mismo que pronto abriría los ojos tras los muros que en aquel momento se levantaban a su derecha, junto a la colegiata. Una punzada de odio, tan intensa que le hizo detenerse un instante, se apoderó de él. Reparó en que solo la voluntad cruel de Guillermo Durán los separaba y, por vez primera en su vida, se abrió paso en su mente la posibilidad de acabar con un hombre como la única manera de solucionar sus problemas. Deseaba con toda su alma la muerte del prior, y sabía que solo dar alas a aquel sentimiento ya lo condenaba, pero no conseguía encontrar en ello rastro de

culpa. ¿Con qué derecho podía alguien, por poderoso que fuera, conducir a la desdicha a una criatura como María? Estrujó con todas sus fuerzas la carta llena de mentiras que llevaba en la mano y se apoyó contra el muro del convento para llorar amargamente sobre el brazo.

Entró con sigilo en la casa y pensó en permanecer despierto hasta que, en un rato, empezaran a cantar los gallos. Tan solo se descalzó en silencio para aliviar el dolor en los pies con la única luz que entraba por los postigos, y se dejó caer sobre el jergón. Su pecho aún se agitaba de forma involuntaria de tanto en tanto, a pesar de que había tratado de calmarse antes de entrar. Por eso se sobresaltó al ver las sombras que proyectaba el candil sobre las paredes de la alcoba.

—¿Madre? —preguntó.

—¡Oh, Nicolás! ¡Por fin has llegado! —respondió con una voz cargada de angustia—. Te esperaba despierta y al final me ha vencido el sueño.

Marie entró precedida por la lámpara, pero se detuvo en seco cuando vio que su hijo se cubría el rostro tratando de ocultar los ojos llorosos.

—¿Qué te ocurre, hijo? —gimió asustada al verlo en aquel estado.

—No es nada, madre —mintió.

—Cuando un hombre llora, tratar de ocultar el motivo no es una respuesta. Y menos para una madre.

—Se trata de María. —Nicolás decidió confiarse al fin. En algún momento habría de hacerlo, y quizá le hiciera bien—. He tenido noticias suyas.

—¡Se encuentra en el convento de Tulebras! —exclamó.

—De allí vengo —respondió señalando la carta arrugada que yacía en el suelo junto al lecho—. Profesó ayer, ya no es una novicia. Todo se terminó.

María se acercó al lecho, colgó el candil en una alcayata de la pared y, con ternura, pasó la mano por el cabello de Nicolás.

—¿Tanto la quieres? —musitó.

Nicolás no respondió, tan solo giró la cabeza para ocultar las lágrimas que de nuevo pugnaban por brotar. Una cosa era dejarse llevar por el llanto en un callejón solitario en medio de la noche, y otra preocupar a una madre de aquella manera.

—Se pasará, madre. Hay otras mujeres.

—Eso pienso. Es lo más sensato. Eres el joven más apuesto de Tudela y las muchachas suspiran por ti. —Aunque Nicolás trató de sonreír, solo una mueca apareció en su semblante, que recuperó la expresión de zozobra con la que había entrado en la alcoba.

Marie abrió la boca como si quisiera ir a decir algo, pero pareció pensarlo mejor. Esta vez las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Es mejor que descanses un rato —dijo mientras se ponía en pie de nuevo. Sin embargo, la voz la había traicionado.

Nicolás se volvió hacia ella y se incorporó.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó alarmado.

Marie se derrumbó, cayó de rodillas junto al lecho y estalló en sollozos. Buscó las manos de Nicolás, que se sentaba ya al borde del camastro, y se aferró a ellas.

—¡Perdóname, hijo mío! —sollozó—. No tengo derecho a arrojar más dolor sobre el que ya te consume. Pero se trata de Ismail…

—¡Ismail! ¿Qué pasa con él? —sujetó a su madre por los hombros para obligarla a enfrentar las miradas.

—Ismail ha muerto, hijo.

Amanecía ya y las puertas de la ciudad se abrieron. También la que separaba la ciudad cristiana del barrio de la morería. Los dos guardias que tiraban de los portones parecieron reconocer a Nicolás, y solo agacharon la cabeza en señal de respeto cuando el joven llegó a la carrera y se deslizó por el hueco entre las dos hojas a medio abrir. Bordeó el viejo cementerio y corrió en dirección a la casa del escultor. Cuando llegó a la puerta, un grupo numeroso de hombres, todos vestidos a la manera musulmana, se agolpaba ante ella. Hablaban sin parar en su lengua, de la que Nicolás solo había podido aprender unas docenas de palabras en todos aquellos años junto a Ismail. Callaron, sin embargo, cuando lo vieron llegar. Todos en la morería sabían de su estrecha amistad, y pocos allí habían disfrutado del paso franco a aquella casa tal como él lo había hecho a pesar de ser cristiano. De manera espontánea se hicieron a un lado para dejarle entrar. La puerta se encontraba entornada y Nicolás solo tuvo que empujarla para acceder al zaguán, iluminado aún por lámparas y antorchas. Su mirada se fijó en la figura del corpulento zalmedina que, de espaldas a la puerta y rodeado por otros individuos de porte distinguido, parecía observar algo a sus pies. Cuando llegó a su altura se le revolvió el estómago. Dos hombres, quizá ayudantes del zalmedina, se afanaban limpiando con grandes lienzos empapados el enorme charco de sangre coagulada que cubría el empedrado.

Todos se volvieron hacia él cuando escucharon su gemido. Ya había sido advertido por Marie de que Ismail había sido asesinado en su casa con inusitada violencia, pero no estaba preparado para ver la sangre del anciano derramada en el lugar donde tantas conversaciones habían mantenido.

—¿Dónde está? —preguntó con un hilo de voz.

—Lo hemos trasladado a su alcoba. Es necesario preparar y amortajar el cuerpo para su inhumación.

No se detuvo y se encaminaba hacia las escaleras cuando escuchó una voz a su espalda.

—¡Se trata de un rito musulmán! ¡Ningún infiel puede estar presente!

Nicolás se volvió y escrutó a la luz de las llamas al hombre que había hablado. Sin duda, por su vestimenta, se trataba de alguno de los alfaquíes de la mezquita, quizá el propio imán.

—Trata de detenerme —espetó sin alzar la voz, pero con la mano en el puñal.

Los hombres que limpiaban el suelo se habían levantado, prestos a intervenir, pero el zalmedina dio un paso adelante y extendió los brazos. Miró a Nicolás y asintió con la cabeza. Los otros murmuraron su disconformidad, pero relajaron el gesto.

Las ropas ensangrentadas de Ismail se amontonaban en un rincón de su alcoba, y el cuerpo consumido del anciano yacía en el lecho sobre el lienzo blanco con el que empezaban a envolverlo siguiendo un ritual que a Nicolás le resultaba ajeno por completo. Sabía que aquello era tarea de los parientes, pero, tras la muerte de Omar, el anciano estaba solo y eran aquellos hombres, amigos y correligionarios quizá, quienes se ocupaban.

Su expresión era serena, como si por fin hubiera podido descansar tras un prolongado sufrimiento. De inmediato reparó en los tres enormes cortes que mostraba en el abdomen. Comprendió que había sido herido de frente con un arma de filo ancho, una espada quizá. Aquellos cortes no eran propios de una daga como la que cualquier hombre de Tudela portaba al alcance de la mano. Un hilillo de sangre, además, se había deslizado por su barba hasta el cuello, desde la comisura derecha de los labios.

Se acercó al cuerpo sin vida del anciano y le tomó la mano nervuda y fría entre las suyas. Los hombres se miraron, asintieron de manera imperceptible, y retrocedieron unos pasos dejándolo solo con él. Nicolás se volvió a mirarlos.

—Solo unos minutos —rogó.

De nuevo cruzaron las miradas, se encogieron de hombros y salieron de la alcoba, cerrando la puerta tras ellos.

Parecía aún más insignificante que en vida. La mortaja, que ya lo envolvía en parte, dejaba ver las huellas del paso del tiempo en un hombre que rondaba los ochenta años, quizá uno de los más ancianos de la villa. Uno de los pocos que habían pisado sus calles cuando Tudela era aún una ciudad musulmana, cuando en el lugar donde ahora se levantaban los muros de la colegiata se erigía la hermosa mezquita que él había contribuido a derribar con sus propias manos. Aquel pergamino que entonces encontrara en la cripta era sin duda la causa de las heridas que habían provocado la muerte de Ismail.

—Sabías que estabas condenado, y te negaste hasta el último momento a revelarme el secreto para no poner en riesgo también mi vida —le dijo—. Pero fui yo quien introduje la alimaña en tu casa, aunque no lo hiciera a sabiendas. La alimaña que ha acabado matándote… Y ahora soy yo quien se siente culpable.

La luz de aquel cálido amanecer de verano empezaba a colarse por la ventana y las sombras que proyectaba la llama del candil eran cada vez más tenues. Nicolás guardó silencio durante un instante. A pesar del agotamiento y de haber pasado la noche en vela, pensaba con rapidez. Veía con claridad la advertencia que representaba la muerte del anciano, pero no acertaba a dar una respuesta a las dudas que lo asaltaban en aquella encrucijada de su vida. Retrocedió hasta la pared y se sentó con

la espalda apoyada en el muro. Encogió las rodillas y las abrazó antes de apoyar el mentón sobre los antebrazos.

—¿Qué debo hacer, Ismail? —preguntó en voz alta con la mirada fija en el cuerpo a medio amortajar—. ¿Huir, acaso? Es cierto que ya nada me retiene aquí. Y hay un mundo ahí fuera que me aguarda, dispuesto a mostrarme maravillas que hasta ahora solo he podido entrever. Sin embargo, aún queda quizá un resquicio para la esperanza. Y mi madre… ¿Cómo abandonarla? ¿No moriría de tristeza? A eso ya me respondiste en nuestro último encuentro, al confesarme que era tu soledad lo que te llevaba a no temer a la muerte.

Fuera se escuchaban voces de impaciencia, pero Nicolás no se movió del sitio.

—¿Qué habrías hecho en mi situación, Ismail? —volvió a decir en voz alta—. Aunque Dios me concediera el improbable deseo de devolverme a María… Mi vida corre ahora el mismo peligro que la tuya y la de Omar. ¿Acaso tendría derecho a arrastrarla conmigo a compartir mi suerte? ¿A afrontar una viudedad temprana en el mejor de los casos?

La puerta de la estancia se abrió y los hombres que esperaban entraron de nuevo, acompañados esta vez por el alfaquí. Tuvieron que volver la cabeza para encontrarlo sentado junto a la pared.

—Sal ahora, deja que continúen con su trabajo.

Nicolás se levantó, salió de la alcoba y regresó junto al zalmedina.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó con amargura.

El magistrado negó con la cabeza y lo tomó del brazo para apartarlo del resto.

—No hemos encontrado rastro del asesino —le confió.

Nicolás, con el dolor y la rabia reflejados en el rostro, entrecerró los ojos e inspiró hondo.

—¿Estás seguro de que esto es obra de un solo hombre?

—No lo estoy. Y me temo que no tendré demasiadas oportunidades de averiguar lo ocurrido. Mi jurisdicción termina a pocos pasos de aquí, en la muralla que separa la morería del resto de la ciudad. Pero te aseguro que pondré todo mi empeño, y si un musulmán es responsable de esto…

Nicolás lo miró fijamente, a la vez que negaba con el gesto.

—No malgastes tu tiempo, Muhammad. Tu potestad no alcanza a los asesinos de Ismail. Ni siquiera la autoridad del rey les alcanza… Quizá tampoco la de ningún magisterio terrenal.

—¿Qué quieres decir? ¡Espera! —El joven caminaba ya hacia la puerta.

Nicolás se detuvo y el zalmedina salvó la distancia que los separaba.

—Hay algo en lo que seguramente no has reparado… Y me gustaría conocer tu opinión. Después de todo, tú eras quien tenía más trato con él. A Ismail le han cortado la lengua.

Nicolás no puedo evitar un gesto que era al tiempo de repugnancia, de dolor y de compasión. Arrugó el rostro y mostró los dientes apretados mientras recordaba el hilo

de sangre que se había deslizado por la barbilla del anciano.

—¿Vivo? —preguntó con temor.

El zalmedina negó.

—Apenas había sangre junto a la cabeza. Creo que se la cortaron una vez muerto. Así pues, no se trata de una tortura; más bien parece un mensaje. ¿Intuyes qué significado pueda tener?

—No tengo la menor idea —mintió Nicolás.

Aquella tarde Ismail no estuvo solo en su despedida. Había sido un miembro respetado de la comunidad musulmana y la nueva mezquita, cuyas filigranas, atauriques y molduras eran en gran parte obra suya, estaba abarrotada de fieles durante la oración comunitaria, tras los rituales que amigos y vecinos se habían ocupado de cumplimentar.

Nicolás tampoco estuvo solo en el cementerio de la morería cuando se sumó a la comitiva que conducía el cadáver del anciano. Los miembros de su familia más cercana lo flanquearon mientras el cuerpo era introducido en la tierra, en la sepultura excavada junto a la que ocupaba su nieto, de costado y en dirección a La Meca. Pero también estaban allí varios de sus mejores amigos: Guillén, Tiago, Ezequiel… y Aldara. Y Tristán y Alodia. Y el maestro Beltrán con varios de sus discípulos. Aquello era algo por completo inusual, pero Nicolás nunca había ocultado la estrecha amistad que lo unía al anciano escultor.

Cuando la estela funeraria estuvo colocada en su sitio y las sombras de las restantes se alargaban hasta cubrir las sepulturas vecinas, los asistentes empezaron a dispersarse. Nicolás pidió a los suyos que regresaran sin él y fue uno de los últimos en abandonar el lugar. Se volvió sobresaltado cuando sintió que alguien lo tomaba del brazo.

—Excúsame —dijo el zalmedina, con sus hombres a una prudencial distancia—. Hay algo que me gustaría tratar contigo.

—Cuando deseéis —respondió Nicolás, abriendo las manos para indicar que nada se oponía a hacerlo en aquel momento.

—Según nuestras leyes, que en esto no se diferencian en mucho de las vuestras, los bienes de un difunto pertenecen a sus deudos a su muerte. En este caso, sin embargo, no hay parientes conocidos, por lo que todas las propiedades de Ismail pasarán a la comunidad…

—Me temo que yo no puedo ayudaros en eso. Ignoro si hay parientes lejanos en disposición de reclamar su herencia. No en Tudela, desde luego.

—Esto último sería así si el difunto no hubiera dejado reflejada otra voluntad en algún tipo de documento. Como máxima autoridad de la morería me he tomado la libertad de registrar la casa de Ismail y no hemos encontrado nada… Pero antes de seguir adelante, debo preguntar a todos los allegados si tienen conocimiento de la

existencia de algún documento de este tipo. Al fin y al cabo, tú eras el único que mantenía con él una relación estrecha en los últimos tiempos.

—Si existen, no me habló de ello —respondió con cierta indiferencia, dando a entender que aquello poco tenía que ver con él.

—Que no los hayamos encontrado no nos asegura que no existan. A veces este tipo de legajos se ocultan en los lugares más inverosímiles, donde aparecen tiempo después cuando se derriba una vivienda y cuando ya nadie recuerda ni el nombre que aparece en los pergaminos. ¿Conoces algún lugar donde pudiera haberlos guardado?

Nicolás tragó saliva. Lo conocía. Al menos le había hablado de él cuando le reveló el secreto del pergamino. Se detuvo, e hizo detenerse al zalmedina.

—Podría ser. No lo he visto, pero hace unos días me dio ciertas indicaciones…

—¿Se encuentra en la casa?

Nicolás asintió.

—¿Puedes acompañarnos ahora?

Pensativo, asintió de nuevo. Suponía que al zalmedina no le interesaba que apareciera un documento que privara a la comunidad de unas posesiones que le podrían proporcionar magros beneficios. La finca que había sido propiedad de Omar era ya de Ismail, y la misma casa, amplia y bien situada, podría ser vendida a buen precio. Sin embargo, el magistrado musulmán agotaba las posibilidades, lo que hablaba a las claras de su integridad moral.

El zalmedina se había hecho con la llave que daba acceso de la casa de Ismail. De manera inconsciente, Nicolás evitó la zona del empedrado donde habían encontrado su cadáver traspasado. Los restos de sangre aún oscurecían las grietas entre las piedras. Tomó el candil de manos de uno de los hombres e indicó al magistrado la puerta que conducía a la bodega.

—¿Tenéis inconveniente en bajar conmigo? Sin otra compañía —aclaró.

Con la mirada, el zalmedina ordenó a sus hombres que esperaran en el zaguán y él asió un segundo candil.

Descendieron los escalones hasta alcanzar el piso de la bodega, donde los acogió un ambiente cargado de humedad y un agradable frescor. Allí, los recuerdos asaltaron a Nicolás de una manera intensa, casi dolorosa. Veía a Ismail explicándole la procedencia de aquella agua que agitaba la superficie tras manar entre las piedras del fondo.

La luz del atardecer se colaba a través del pequeño tragaluz, pero la zona más cercana a la bóveda se encontraba en penumbra.

—Me habló de un hueco practicado en la bóveda al que solo se podía acceder con una escalera. Supongo que será esta —dijo, cogiendo con las dos manos la que estaba apoyada junto al arco de acceso.

El zalmedina escrutó los ladrillos que parecían encajar a la perfección para

conformar la cubierta, y no mostraban huellas de ningún hueco en todo su perímetro.

—Supongo que será necesario apoyar la escalera y buscar con atención.

Era noche cerrada, y Nicolás había subido a la escalera una decena de veces cuando percibió una línea apenas visible que rompía la continuidad de los adobes. Ya había revisado aquel rincón antes, sin encontrar lo que buscaba, pero entonces apoyó la mano con fuerza y comprobó que una pequeña sección del enladrillado se movía al mismo tiempo.

—¡Aquí hay algo! —exclamó.

Creyó percibir un gesto de decepción en el semblante del zalmedina, pero desde la altura era difícil reparar en detalles.

Tardó en comprender el mecanismo que permitía acceder al hueco, hasta que dedujo que se trataba de un pequeño cajón con el frontal forrado de ladrillo, que se ajustaba a un vano practicado en el muro. Cuando tiró de él y pudo introducir la mano, sus dedos se tropezaron con varios pliegos de pergamino. Los cogió todos y descendió la escalera con cuidado.

A la luz de los candiles, los extendieron ante ellos. Estaban escritos en árabe, salvo dos. El primero estaba cubierto de dibujos, diagramas y esquemas que Nicolás fue incapaz de desentrañar en aquel primer vistazo y con luz tan escasa. En el segundo, en latín, solo identificó el sello de cera con el águila negra con el que el rey Sancho se identificaba; debía de tratarse del documento de propiedad de la finca de la vega. Y había un tercero, sin duda escrito por la mano de Ismail.

El zalmedina tomó este último y lo examinó con detenimiento. A medida que leía su expresión iba cambiando. Cabeceó al terminar, en señal de comprensión, quizá de confirmación de algo que ya sospechaba.

—Nicolás, hijo de Pierre de Auxerre y de Marie…

—¡Ese soy yo! —respondió con sorpresa.

—Lo sé. Según este documento, escrito y rubricado por Ismail de su puño y letra hace solo unos días, tú eres el heredero único de todos sus bienes. Te felicito. Puede decirse que eres un hombre rico.

El magistrado sonreía, aunque en su mirada había un asomo de decepción.

—¿Así, tan sencillo?

—En cuanto a esta casa, sí; está en la morería y este documento tiene plena validez. La propiedad de la finca de la vega quizá tenga que reflejarse en un nuevo documento y validarse por un notario del rey. —A medida que hablaba, su semblante se alteró, y frunció el ceño como si una duda se estuviera abriendo paso en su mente. De nuevo consultó el testamento manuscrito que sostenía entre las manos.

—¿Ocurre algo? —se inquietó Nicolás.

—Este documento está fechado tan solo dos días después de la muerte de Omar. Resulta extraño, curioso al menos. ¿Crees que, por algún motivo, Ismail podía temer lo que ha terminado sucediendo?

Nicolás se encogió de hombros.

—Si temía algo, no me había hablado de ello —mintió de nuevo.

El zalmedina, circunspecto, lo miró de frente durante un instante. Después lanzó un suspiro, rebuscó en el fondillo, extrajo las llaves que había usado para entrar y se las ofreció.

—Son tuyas, cógelas. Esta es ahora tu casa.

21

El obispo García sudaba copiosamente sobre su cabalgadura, aunque no era aquel inesperado calor la causa de su sufrimiento. El dolor agudo en la base de la espalda había comenzado de manera insidiosa apenas cuatro días después de la partida de Pamplona y le había martirizado hasta la llegada a Toledo. Tan intenso era su padecimiento que no había puesto reparos a que dos físicos judíos le pusieran las manos encima, y bien que lo había agradecido. Su desconfianza le había llevado a forzar a dos de sus jóvenes acólitos para que fueran ellos quienes trasegaran el brebaje que le habían prescrito, y solo un día después consintió probar él mismo aquel bebedizo. El alivio fue tan inmediato que se hizo preparar una redoma antes de reemprender el camino, confiado en haber dado con el remedio. Sin embargo, la marcha forzosa y la ausencia de reposo suficiente habían hecho que, al final de cada una de las jornadas que siguieron, tuviera que ser ayudado por varios hombres para descender del caballo, agarrotado. El frío de diciembre, que en la meseta había apretado de manera inmisericorde, tampoco había ayudado. Todas y cada una de las noches hasta llegar a Toledo había descansado en un lecho confortable, en monasterios, encomiendas, palacios episcopales o simples casas parroquiales. Pero no era exigible la hospitalidad hacia un obispo al entrar en territorio almohade, de manera que en las jornadas posteriores se había tenido que conformar con las incómodas tiendas de lona en campamentos improvisados al borde del camino. Tres noches y dos días de descanso se había concedido en Córdoba, aunque el asombro por cuanto allí había visto lo animara a recorrer la ciudad en su cabalgadura, haciendo caso omiso a su dolor.

A pocas leguas de Sevilla, los emisarios enviados acababan de regresar con la nueva de que el rey Sancho se encontraba allí, como esperaba. Había viajado con el temor de que su señor hubiera podido cruzar el mar del sur, para dirigirse a la corte de Marraquech en busca del miramamolín. Saberlo allí, en la ciudad que los almohades habían convertido en capital de Al Ándalus, le proporcionaba tranquilidad y aplacaba su incertidumbre ante la angustiosa situación que se vivía en Navarra tras la marcha de su soberano seis meses atrás. Tanto alivio sentía al saber que en poco tiempo podría departir con el rey, que al aproximarse a los muros de Sevilla daba por bueno el sudor producido por el repentino calor del mediodía dentro de las muchas capas con que se había envuelto en las etapas anteriores; daba por bueno el quejido continuo de su espalda maltrecha; y hasta se permitía disfrutar con la visión del enhiesto alminar de la nueva mezquita que se alzaba sobre las casas, coronado por las tres esferas de tamaño decreciente del *yamur*, que reflejaban el brillo del sol hasta cegar la vista.

—¡Mi señor…!

El obispo avanzó por la deslumbrante estancia palaciega adonde había sido conducido y se detuvo a pocos pasos del rey, impresionado por su envergadura como en cada ocasión en que se encontraba con él, esperando que el soberano hincara su rodilla para besar el anillo episcopal. Sancho no dudó en hacer aquel gesto y, aun puesto de hinojos, obligó al prelado a alzar la mano para situarla a la altura de su rostro.

—¡Apestáis, García! —fue lo único que dijo antes de ponerse en pie para apartarse deprisa, dándole la espalda.

El obispo se quedó pasmado, con la mano suspendida en el aire. Con la boca a medio abrir parecía querer decir algo, pero el estupor se lo impidió, dando tiempo a Sancho a volver a hablar, sin volverse.

—Disculpad mi brusquedad. Quizá en estos meses de agasajos y solaz haya adquirido costumbres demasiado refinadas. Aquí los baños y el jabón son de uso harto frecuente, y uno se acostumbra pronto al aroma del argán. Lo malo es que eso vaya acompañado de una creciente aversión a hedores que antes no percibía, como el del sudor acre.

—Mi señor… —el obispo aún balbuceaba, atónito—, no he recorrido doscientas leguas para tratar con vos de asuntos triviales.

—No tengo duda de que así es. Impaciente estoy por conocer el motivo de vuestra inesperada visita. Mis correos me han tenido al tanto, pero ponedme al corriente por vuestra boca de las nuevas en el reino.

—Mi señor… El cerco que se cernía sobre Vitoria en el momento de vuestra partida sigue en pie. El rey Alfonso no ha cejado en el empeño ni siquiera tras el fin de la época veraniega en que tienen lugar las expediciones. La instalación en sus proximidades del grueso del ejército indica que no se trata en esta ocasión de un asedio temporal, sino de un propósito irrenunciable. Vuestro *tenente*, Martín Chipía, resiste heroicamente al frente de la plaza, pero las luchas y la escasez de provisiones hacen mella en los sitiados. La situación era ya insostenible cuando partí.

—¿Y qué tiene que decir el obispo de Pamplona ante una situación como la que describís?

—Mi señor, vuestra ausencia dura ya seis meses. Soy obispo de Pamplona, pero antes lo fui de Calahorra, y como tal conozco bien al que entonces era mi rey, Alfonso. Por eso he sido enviado en calidad de… mediador —dudó antes de continuar—. Vuestros nobles, los *tenentes* y ricoshombres que os tienen por señor, empiezan a sentirse desamparados, y Alfonso no pierde la ocasión para aprovechar la coyuntura. No se limita a mantener el cerco de Vitoria, sino que está haciéndose con el dominio de gran parte de las tierras de Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado. Pretende tener acceso directo a las tierras de Borgoña, que reclama como parte de la dote de su hija. ¡Navarra se puede ver privada de su salida al mar, si es que no lo ha

sido ya!

Por vez primera, Sancho dio muestras de inquietud. Sus sospechas se confirmaban una tras otra. Se frotó las manos y se sujetó el mentón entre el índice y el pulgar.

—Los *tenentes* e infanzones plantarán cara a ese tirano.

—Así está siendo en algunos casos, pero no en la mayoría. Los magnates alaveses no estaban precisamente satisfechos con vuestra política, que consideran contraria a sus intereses. Las reformas introducidas por vuestro padre y mantenidas por vos solo tratan de fortalecer el peso de la autoridad real y despiertan pocas simpatías entre los ricoshombres del reino. La fundación de villas realengas en Álava y Guipúzcoa, en contra de vuestras promesas, y las menores atribuciones de los *tenentes*, no hacen sino menguar los derechos de la nobleza frente al rey… Algo que no favorece la fidelidad a vuestra causa.

—¿Acaso creen que Alfonso va a revertir la situación?

—Mi señor, el rey de Castilla está actuando con inteligencia. De momento acepta las condiciones de la nobleza, promete detener la fundación de villas realengas y hacer que los magnates recuperen sus derechos. Así está consiguiendo que acepten la soberanía castellana frente a la vuestra. Por otra parte, Alfonso ha aceptado una vinculación especial de esas tierras con la corona castellana: es la asamblea de magnates la que elige al señor de Álava y el rey confirma al electo, en un cargo que no es hereditario.

—Y vos… ¿A quién servís?

—Sirvo a Dios, a la Santa Madre Iglesia y al Santo Padre de Roma, mi rey. Y al rebaño que Nuestro Señor me ha encomendado pastorear. Por eso he aceptado realizar este viaje a tierra de infieles, que para mí se presentaba ingrato por demás. La decisión sobre el cerco de Vitoria urge, si no queréis que sus defensores sean víctimas de aniquilación a causa de la ausencia de su rey. Martín Chipía no rendirá la ciudad sin vuestra aquiescencia. Ignoro qué os retiene aquí, pero vuestro regreso es inaplazable.

El rey dio de nuevo la espalda al obispo. Miraba a través de la ventana hacia los hermosos jardines que llenaban el espacio entre el palacio y los sólidos muros del alcázar.

—Vuestra opinión se asemeja a la que me transmite Martín Íñiguez en su última carta. Dejadme reflexionar mientras reponéis fuerzas tras el viaje. Yantad, descansad en vuestros aposentos y acudid aquí después.

El rostro del obispo se iluminó. La premura por mantener aquel primer encuentro le había impedido satisfacer sus necesidades más perentorias y el estómago, habituado a los estrictos horarios de la sede episcopal de Pamplona, reclamaba lo suyo.

—Cambiaré mis ropas, descuidad —dijo con tono socarrón mientras se retiraba.

—No, no lo hagáis. Esperad a encontraros conmigo.

El cuerpo blanco, rechoncho y lampiño del obispo contrastaba de manera grotesca con el del rey. Desnudo en el hamán, desprovisto de las ricas vestiduras que velaban sus formas, el cuerpo portentoso de Sancho causaba el asombro del obispo, como lo había causado en los mozos encargados de los baños desde su llegada. A sus cuarenta y seis años, empezaba a desaparecer el vigor y la lozanía de la juventud, pero se habían magnificado los rasgos que ya en la adolescencia habían comenzado a cambiar. Su fisonomía se había transformado por completo: la frente y la mandíbula cada vez se mostraban más prominentes, los labios se le habían engrosado al tiempo que sus dientes se espaciaban. Junto con el rostro, eran las manos y los pies, enormes, desproporcionados, lo que más llamaba la atención. Y la altura. Los mozos del hamán apenas habían podido disimular la risa al ver que aquel gigante, cuya descomunal espalda frotaban cada día con el guante de crin, doblaba en tamaño al nuevo huésped.

García había entrado en la hermosa sala de baños con los ojos abiertos por la sorpresa. De no haber sido por la insistencia del rey, se habría dado la vuelta antes que consentir en quitarse las vestiduras y dejar que aquellos empleados le frotaran la piel desnuda. Había tenido que amenazarlo con hacerle volver a Pamplona sin una respuesta si no accedía a continuar la conversación en aquel lugar.

—Esto es pecaminoso —alegó el obispo, sentado al borde de la cálida plataforma de mármol veteado. Cuando el mozo vertió el primer cubo de agua caliente sobre sus hombros dio un respingo, mostró los dientes y las manos regordetas adoptaron la forma de garras.

—Lo que ofende a Dios y a los hombres que tenéis cerca es el hedor que desprendéis.

—La estancia entre infieles y tanto contacto con el agua os están ablandando —dijo estremeciéndose cuando el mozo le empezó a pasar un trozo de jabón por la piel.

—¿Ablandando? —el rey soltó una carcajada—. De buena gana os respondería, pero no quisiera parecer desvergonzado ante el enviado del rey de Castilla, obispo por más señas.

—No es el rey Alfonso quien me envía. Son vuestros magnates, mi señor. Necesitan respuestas de su rey, del que desconocen incluso el paradero en medio de una situación crítica para el reino. Recordad que fui yo quien os asistió con setenta mil sueldos cuando Castilla y Aragón atacaron nuestro solar. Pero ahora, cuando de nuevo Navarra se ve amenazada, vos os ausentáis para permanecer durante meses en estos palacios, disfrutando al parecer de la hospitalidad de los enemigos de la Cristiandad.

—¡El reino está en buenas manos! Mi hermano Fernando y Martín Íñiguez tienen la capacidad para tomar decisiones en mi ausencia.

—¿Tan importante es la tarea que os retiene aquí? ¿O acaso se os impide el regreso por la fuerza?

El rey se limitó a negar con el gesto. Un esclavo espigado de raza negra, el más

alto de cuantos atendían el hamán, se había puesto en pie sobre la plataforma para poder alcanzar con el cubo los hombros de Sancho, que calló mientras disfrutaba del baño caliente. Otro más se unió al primero para cubrirlo de jabón, cada uno por un costado.

—No quiero pensar que sean vuestras pecaminosas aficiones por los placeres de la carne, el buen yantar, el buen vino y los lances del juego las que os atan a esta corte… Se dice que de todos ellos se disfruta aquí con largueza.

—La prudencia me impide daros detalles que os harían comprender mis razones. Pero sabed, García, que, si mi empresa tiene éxito, Navarra no tendrá que preocuparse más por la continua amenaza de quienes se dicen hermanos nuestros en la fe.

—¿Tratáis de formalizar un pacto con el miramamolín? ¿Acaso habéis olvidado ya el desastre de Alarcos? —se escandalizó el obispo.

—*Amir al-Mu’minin* —corrigió Sancho—. Significa Príncipe de los Creyentes.

García se volvió hacia el rey con la sorpresa reflejada en el rostro.

—¿También aprendéis la lengua de estos bárbaros? —Hizo un gesto de desaliento —. ¿Os habéis entrevistado con él?

—Muhammad al-Nasir se encuentra en Ifriqiya. El inicio de su reinado no está resultando pacífico por la revuelta de los Banu Ganiyya. De ahí el retraso en mi regreso.

—¿Y hasta cuándo seguiréis esperando? Una guerra de tal envergadura puede prolongarse durante años —objetó el obispo—. Si estoy aquí es para reclamar vuestro regreso inmediato. Vuestro reino se desangra y os necesita.

—No he esperado todos estos meses, arriesgando la integridad de mi reino, para retornar ahora con las manos vacías —afirmó con rotundidad—. No, ¡culminaré la empresa que me ha traído hasta aquí!

El obispo soltó un grito de sorpresa cuando el mozo que lo atendía derramó sobre él un jarro de agua fría. Fuera a causa de la impresión por el agua helada o por la respuesta del rey, permaneció callado mientras seguía las instrucciones del lacayo y se tumbaba boca abajo sobre el mármol caliente. Dio otro respingo cuando sintió el primer contacto del guante de crin en la espalda.

—Así pues, ¿no pensáis regresar? —Volvió a hablar cuando comprobó que el rey acomodaba la cabeza sobre los brazos cruzados—. ¿Qué os hace pensar que después de tan larga espera vais a arrancar el apoyo del… miramamolín?

—No creáis que he pasado seis meses en Al Ándalus sin establecer contactos. Los emisarios han cruzado el mar de África en varias ocasiones y el príncipe Muhammad está al corriente de los motivos de mi presencia aquí. Sucede que en época invernal los barcos no pueden echarse a la mar y el paso a través del océano se interrumpe.

—¿Pensáis esperar hasta la primavera? —exclamó alarmado.

—Y si el príncipe Muhammad no regresa para entonces a Ishbiliya, no dudaré en ser yo quien cruce el mar en su busca.

En lugar de responder, el obispo emitió un nuevo alarido dirigido al mozo que se ensañaba con su espalda.

—¿Pretendes desollarme, rufián? —aulló de mal humor—. ¡Si sigues rascando así mis posaderas no podré sentarme hasta la Pascua!

—No comprende nada de lo que dices —sonrió Sancho.

—¿Qué habré de responder a vuestros magnates, a vuestro hermano Fernando, a Martín Íñiguez? ¿Que el rey anda en tratos con quienes infligieron la mayor de las derrotas a las huestes de Cristo? ¡El Papa os excomulgará de nuevo, y Alfonso se hará con Navarra con el beneplácito de Roma!

—Llevarás un documento firmado por mi mano en el que autorizo la rendición de Vitoria. Asumo la pérdida de Álava, incluso la de Guipúzcoa y la salida al mar. Ha de ser temporal, tiempo habrá de recuperarlas.

—¿A cambio de qué? —estalló García, asombrado—. Os arriesgáis a que vuestros magnates, abandonados a su suerte, decidan alzar un nuevo rey. O que en masa juren fidelidad a Alfonso. ¡Ni el obispo de Pamplona podrá hacer nada para evitarlo! No podéis exigirles fe y confianza ciega en un rey que ha partido sin dar explicaciones, y que proyecta prolongar esta situación de manera indefinida. ¿Qué pretendéis conseguir con vuestra estancia aquí? ¿Y qué misteriosa arma es la que os tiene tan convencido de vuestro éxito?

—¡No puedo revelároslo! ¡Todavía no! Inventad algo para convencer a los que dudan, en eso sois experto.

—Ni la más disparatada historia podrá convencer a quienes aún os son fieles de la necesidad de que su rey permanezca más de un año lejos del reino.

—A veces las misiones que Dios nos encomienda no son sencillas de cumplir. Recordad a Ricardo: partió a las Cruzadas y solo volvió a pisar su reino después de cuatro años. Aun así, nunca dejó de ser el rey de Inglaterra hasta su muerte, la pasada primavera.

—¡Iba a luchar contra los infieles, no a hacer tratos con ellos! Ni Inglaterra, ni Francia… Ninguno de los reinos cristianos aprobará vuestra actitud cuando el Papa Inocencio predica ya una nueva cruzada.

—¡Difundid una historia que justifique mi estancia aquí! —Sancho alzó la cabeza. Su actitud era propia de quien piensa con rapidez, y el tono con el que volvió a hablar, el de quien improvisa—. Decid… que una hija del califa se ha prendado de mí y que ha amenazado con quitarse la vida si su padre no le permite contraer matrimonio. Añadid que ha jurado no casarse con nadie si no es conmigo y que para ello está dispuesta a renunciar a su fe. Contad que es la hija predilecta de Muhammad, que la ama con locura… ¡Y redondead la historia si es preciso asegurando que el miramamolín está dispuesto a ofrecer Al Ándalus como dote si con ello logra salvar la vida de la princesa!

García lo miraba boquiabierto. No parecía sentir ni el roce de la crin en sus muslos encarnados.

—¿Bromeáis, mi señor? —respondió al fin, pasmado.

—Si desde el Concilio de Constantinopla habéis hecho creer a vuestros fieles en la perpetua virginidad de María y en el nacimiento milagroso del Salvador… Esto para vos es una menudencia. ¡Ocupaos de que corra la voz!

—¿Me pedís que mienta por vos?

—Haced lo que os plazca, pero no será ese el mayor de vuestros pecados. Vos sois dueño de la limpieza de vuestra alma. —Se volvió para enfrentar los ojos del obispo y recorrió con la mirada su figura rechoncha y enrojecida—. Yo solo he podido ayudaros con la del cuerpo.

SEGUNDA PARTE

22

Año del Señor de 1201 (dos años después)

Las temperaturas suaves de los últimos días parecían haber provocado el deshielo en las sierras cercanas, y los dos cursos de agua que ceñían la ciudad discurrían colmados, amenazantes, aunque sin llegar al desbordamiento. Nicolás, acodado en el pretil de la muralla, observaba el río embravecido que se precipitaba hacia la cercana desembocadura en el Ebro. Miraba a la parte alta del cauce hasta que veía aparecer un tronco arrastrado por la corriente y seguía su accidentado trayecto hasta que se perdía bajo el puente que daba acceso a la Puerta de Zaragoza. Pensaba, mientras tanto, en los cambios que se habían producido en su vida tras la muerte de Ismail. De la noche a la mañana, se había convertido en propietario de una hacienda en la vega que rentaba buena cantidad de morabetinos cada año, suficientes para vivir holgadamente. También era dueño de la casa del viejo escultor, desde que el zalmedina se ocupara de hacer efectivo el testamento y el título de propiedad que lo acreditaban. Su ubicación dentro de la morería había hecho impensable utilizarla como vivienda, pero se resistía a deshacerse de ella: eran demasiados los recuerdos acumulados en los cientos de jornadas empleadas en su taller, en la bodega, en la sala principal al calor de la lumbre, o delante del té en la vieja cocina. Aconsejado por el magistrado, sin embargo, había decidido ponerla en venta, aunque el elevado precio que exigía por ella había conseguido que no fueran muchas las ofertas. Incluso a estas les encontraba uno u otro inconveniente que invariablemente le llevaban a rechazar el trato. Mientras tanto, no eran pocas las ocasiones en que se encerraba en la casa, descendía las escaleras de la bodega y permanecía horas en aquel espacio aislado, íntimo, donde aún podía sentir la presencia de Ismail. Aquel lugar parecía inspirar sus pensamientos, y allí había tomado las decisiones más trascendentales en aquellos dos años. También en el patio había pasado largas tardes, dando forma al azar a algunas de las piedras que el escultor almacenaba allí cuando alguien envió a la muerte en su busca. Evitaba siempre el lugar donde había yacido su cuerpo inerte y daba un rodeo pegado a las paredes del zaguán para no pisar las juntas aún oscurecidas por la sangre que las había empapado. Lo cierto era que, a pesar de las murmuraciones que empezaban a circular en la morería, no estaba dispuesto a desprenderse de aquel lugar que era para él un refugio.

El temor lo había invadido tras la muerte del anciano. Se tomó el macabro hallazgo de la lengua cortada como una advertencia, y deseó no haberlo forzado a revelarle su secreto. Se sentía amenazado y, durante semanas, adoptó todas las precauciones que venían a su mente en las largas noches de insomnio, desvelado después de sufrir recurrentes pesadillas. No salía de casa sin asegurarse de que un

puñal estaba al alcance de su mano, y guardó otro bajo el jergón; evitaba caminar solo durante la noche, y aprovechaba la vuelta a casa de sus amigos para regresar a la suya en compañía, lo que había suscitado algunas preguntas por parte de Guillén, Tiago y los demás; fue también entonces cuando llevó a casa un joven mastín que Unai le había ofrecido.

Mientras tanto, el reino se mantenía en relativa calma, a pesar de la gran incertidumbre que la inexplicada ausencia del rey producía entre sus súbditos. Desde que Alfonso de Castilla se retirara del solar navarro tras la caída de Vitoria y después de la conquista de Guipúzcoa, con las que se aseguraba una vía directa hacia las tierras de Gascuña, no se había escuchado el entrechocar de las armas.

Aun con grandes dificultades para sufragarlas, en Tudela continuaban adelante las obras iniciadas, en especial las de la colegiata. Los años de enfrentamientos con castellanos y aragoneses habían provocado una inevitable caída en las rentas percibidas por el cabildo, y el ritmo en la construcción se había resentido. En un círculo perverso, el priorato se vio obligado a renegociar los contratos con los proveedores quienes, recelosos ante la falta de garantías en el cobro, se negaban a entregar material si no regresaban con la bolsa llena y a buen recaudo tras recibir el pago al contado. También los salarios se vieron reducidos, por lo que algunas familias habían optado por abandonar la ciudad en busca de lugares alejados de conflictos fronterizos como el que agitaba el reino de Navarra. Nicolás tenía la convicción de que, en ausencia del rey, era solo el empeño del prior Guillermo el que mantenía en marcha aquel delicado engranaje y el que evitaba que las obras se detuvieran por completo. No por eso había aumentado su aprecio hacia él, pues estaba seguro de que no lo movía el bien de los vecinos, sino el mal disimulado deseo de consagrar la colegiata, durante el tiempo de su prelatura y a su mayor gloria.

Tras el regreso de su viaje, Nicolás se había reintegrado al taller del maestro Beltrán, embarcado en la empresa de rematar la escultura del ala oeste del claustro. De nuevo, la pasión por su oficio había venido en su rescate tras el desengaño con María. En todo aquel tiempo no había puesto el pie en las cercanías de Tulebras, aunque en varias ocasiones tuvo noticias de la mujer a la que había amado, siempre a través de Aldara.

Las rentas de la hacienda, junto al producto de la venta de su antigua casa, bastaron para adquirir la vivienda donde se hallaba. Se trataba de una espaciosa residencia en la antigua aljama judía, propiedad de un anciano comerciante que siempre se había resistido a trasladarse al nuevo emplazamiento de la judería, al abrigo de la muralla exterior del castillo, dentro del último recinto fortificado. Solo a su muerte había sido puesta en venta por sus deudos y Nicolás, aconsejado por Tristán, que en aquellos negocios atesoraba mayor experiencia, la había adquirido a precio razonable. Allá se había trasladado con su familia. Marcel y Sophie se negaron en un primer momento, pero Nicolás y Marie no dejaron lugar para el rechazo: pocas familias de sangre en aquella ciudad estaban más unidas que ellos cuatro. La

resistencia de ambos acabó quebrándose cuando Nicolás les sugirió que en la vieja casa que iban a dejar libre podrían instalarse Beñat y Olaya con la criatura que estaba a punto de llegar.

La vivienda estaba prácticamente adosada a la muralla oriental, separada tan solo por la estrecha escalinata que, desde la calle lateral, permitía la subida hasta el adarve convertido en paso de ronda. A la escalera se podía acceder también desde el patio interior a través de una sólida puerta de madera que protegía el acceso. Le gustaba usar aquella salida para subir a lo alto del muro, casi siempre solitario, y contemplar el río desde arriba, así como las espaciosas campas que se extendían al otro lado en busca de la torre defensiva que se alzaba enhiesta en las colinas limítrofes de la ciudad por el sur. En ello ocupaba el tiempo de asueto aquella luminosa mañana invernal de domingo. Había comenzado la jornada temprano, ocupándose del caballo que guardaban en la cuadra recién acondicionada. Su nueva situación le había permitido el dispendio que suponía mantener una cabalgadura propia. Sonrió al recordar el asombro de Marcel y de las mujeres cuando se presentó en la casa llevando de las riendas el hermoso ejemplar bayo recién comprado en el mercado semanal. Había sido un impulso, pues quizá una decisión meditada le hubiera hecho desistir de la idea de emplear cincuenta sueldos en una compra que no le resultaba indispensable. En tiempos de guerra, los caballos se hacían precisos para dotar de montura a las huestes que acudían a la llamada de sus señores. Reyes y nobles distinguían a sus caballeros con una marcada preferencia y, después de Alarcos, donde tantas bestias perecieron junto a sus jinetes, el precio de uno de aquellos nobles brutos, joven y sano, llegó a equipararse al de seis bueyes o sesenta ovejas. Recordaba bien la mañana, varios meses atrás, en que el soberbio animal había llamado su atención mientras el dueño lo mostraba a un cliente interesado, un forastero que había terminado por declinar la compra. La idea rondaba su cabeza desde el día en que visitó la que poco después sería su casa, al descubrir una hermosa cuadra, abierta al patio, que permanecía vacía. Con la imagen del caballo que había dejado apalabrado en la retina, volvió a su alcoba, llenó la bolsa y, sin explicar el motivo de sus prisas, regresó al mercado, donde empleó otros diez sueldos en adquirir una silla con borrén forrado de buen cuero, cabezada, riendas, petral, freno y ataharre. Desde aquel día, él mismo se había ocupado de alimentar al animal, que resultó de carácter noble y dócil, aunque era Beñat quien más lo utilizaba con la excusa de acudir de visita a casa de Martha y Unai, de donde no era extraño que regresara con un par de sacos de avena en las alforjas, procedentes de la cosecha en la hacienda.

Había terminado de atender al caballo en medio de las muestras de afecto de *Cierzo*, el mastín de dos años que se había convertido en un compañero inseparable. Después, reunidos los cuatro, se dirigieron aseados y con sus mejores atuendos a la misa dominical en la iglesia de la Magdalena, lugar de encuentro de la familia en los últimos tiempos. Los cuatro hombres se habían situado en las bancadas de la izquierda, a la misma altura que las mujeres en la derecha y, al término de la

celebración, todos habían formado un corro en el atrio en torno a las dos criaturas que Martha y Olaya llevaban en brazos. La mayor llevaba el nombre de Magdalena por el lugar donde había recibido el bautismo, había heredado el cabello dorado de su madre y pocos rasgos recordaban en ella a Unai. El pequeño Alvar, en cambio, era la imagen de Beñat, aunque sus ojos verdosos y espabilados recordaran a Olaya en su expresión.

Acodado sobre el muro, Nicolás recordaba las dudas de su medio hermano a la hora de buscar un nombre para su primogénito. Le confesó que Pierre era una de las opciones que había barajado, aunque enseguida la rechazó porque ese nombre, le dijo, estaba reservado para el día en que él trajera al mundo a su propio hijo. Beñat, Marcel y Nicolás quedaban descartados para evitar la confusión, algo que no iba a suceder con Alvar, ausente ya por más de diez años. Invadido por la nostalgia, pensó cómo habría podido ser aquel pequeño e imaginario Pierre al que se había referido Beñat. ¡Qué distintas habrían sido las cosas si el amor que sentía por María hubiera tenido correspondencia! Una vez más, como sucedía cada vez que pensaba en ella, el rostro malcarado del prior Guillermo se representaba ante él y sentía entonces reavivarse la llama permanente del odio. Sabía, estaba seguro, que él era la causa del rechazo de María. Aquel gesto poco antes de cruzar la puerta del convento para siempre, el aviso de que su vida corría peligro si insistía en pretenderla, lo llenaba de angustia, pero a la vez dejaba un resquicio a la esperanza. Lo interpretaba como una señal de que ella aceptaba su suerte para no exponerlo al peligro de la represalia de su tío. Sin embargo, no era lo que salía por su boca cuando aceptaba a regañadientes las cada vez más escasas visitas de Aldara. A través del torno le decía que era feliz siguiendo su vocación, y que ya nada la haría abandonar aquellos muros; su corazón se rompía cuando escuchaba aquella cruel condena en boca de la dueña de la tahona.

El chirrido de la portezuela le hizo desviar la atención de la corriente del río y de sus pensamientos; se asomó al borde de la escalinata y vio que era Marcel quien subía pesadamente las escaleras. El contacto diario le impedía apreciarlo con claridad, pero desde aquella perspectiva se apreciaba bien cuánto había envejecido. Frisando ya los cincuenta, tenía la coronilla despoblada, los cabellos alrededor de las sienes eran ya marcadamente canos y, creyendo que nadie lo observaba desde arriba, apoyaba las manos en las rodillas para ascender los escalones, encorvado. Sabía que también sufría de fuertes dolores en las manos y en las muñecas, producto de los muchos años empuñando la maza y el cincel, aunque trataba de ocultarlo. Nicolás prefirió regresar al borde de la muralla.

—Si sigue subiendo el nivel, la bodega se anegará —advirtió el cantero obviando el saludo.

—Algún defecto tenía que tener la casa —respondió Nicolás—. Por suerte disponemos de un buen almacén y de un granero espacioso. Si se inunda, ya se secará. Lo mismo sucede con la bodega de Ismail.

—Te veo optimista. —Cuando llegó a su lado, Marcel le colocó la mano en el hombro, al tiempo que se asomaba hacia el río.

—¿Por qué no habría de estarlo? —respondió—. Después de todo, las cosas nos están yendo bien. Esta mañana lo pensaba mientras me ocupaba del caballo.

Marcel se apoyó sobre el pretil para observar la corriente impetuosa. Asintió con la cabeza.

—No crecerá más —afirmó—. Tienes razón, somos afortunados.

Una ráfaga de viento llevó hasta ellos las notas del olor al guiso de carne que Marie y Sophie preparaban en la espaciosa cocina, mezclado con el humo de leña que brotaba de la chimenea solo unos codos por encima del adarve.

—¡Pocos pueden llenar la olla con otra carne distinta a la que ellos mismos crían! A nosotros no nos falta…

—He visto tu mirada hace un rato, en la iglesia, ante el pequeño Alvar…

—Una criatura adorable, como Magdalena.

—La felicidad no siempre se consigue con una casa espaciosa, un caballo en la cuadra, carne de carnero en la olla y largas noches en la tafurería. Soy un picapedrero, un bruto… pero si alguien sufre a mi lado me doy cuenta.

—Hace tiempo que asumí mi situación —respondió Nicolás, tratando de esbozar una sonrisa que no llegó a atravesar su poblada barba.

—Eres un hijo más para mí, y no es eso lo que dicen tus ojos. Todos necesitamos una mujer a nuestro lado.

—¿Y quién te dice que yo no la tengo? —respondió Nicolás, entonces sí con una sonrisa franca.

—Como no sea alguna de esas fulanas de La Tabla Negra…

—¿Y qué si lo fuera? —Mantenía la sonrisa en la boca, pero un rictus la desmentía.

—Me refiero a una esposa, una familia…

—Lo sé. Pero quizá para mí ya sea tarde —objetó.

—¿Tarde? ¿Te has mirado? ¡Hay cien muchachas casaderas en Tudela que suspiran por ti! Nadie se explica que sigas soltero, y menos ahora, cuando se puede decir que eres un hombre rico. —Marcel parecía haber roto las barreras que hasta aquel momento le habían hecho contenerse. Nunca había mantenido con su ahijado una conversación como aquella—. Harías a tu madre feliz. ¿Te la imaginas con un nieto en sus brazos? ¿Con un pequeño Pierre? Pedro, mejor…

—¡No, Marcel! —Frente a él, alzó las palmas de las manos y, con los ojos entrecerrados y una mueca de dolor, lo obligó a detenerse—. No me hagas responsable de lo que nunca ha estado en mis manos. Podrán pasar cien hembras por mi lecho, pero a ninguna podré abrir el corazón como lo abrí para ella. Nunca podré compartir mi vida con una mujer que no sea María. Sé que la haría infeliz.

Marcel, lentamente, asintió.

—¿No quedan esperanzas?

—Ya no.

Dejó la casa después del almuerzo sin decir adónde iba, pero todos lo suponían: La Tabla Negra era su destino habitual en los días de asueto desde hacía muchos años, y el traslado a la casa nueva no había alterado aquella costumbre. Allí solía reunirse con el grupo de amigos que apenas había cambiado con el paso del tiempo y, entre las conversaciones intrascendentes alrededor de unas jarras de vino y el rato dedicado a las partidas de tablas, transcurría la tarde. Tuvo que sujetar a *Cierzo* para evitar que lo siguiera y cerró entre ambos el portón de salida. Sin la compañía del mastín, se aseguró de tener la daga a su alcance y comprobó que nada fuera de lo habitual alterara la tranquilidad de aquellas callejuelas. Dejó atrás la antigua aljama judía y bordeó las obras de la colegiata por el lado meridional. Resultaba extraño caminar por la zona cercana al templo en construcción sin escuchar los golpes de los carpinteros, las voces de los mazoneros, los chirridos de las cabrias manejadas por los asentadores y los demás sonidos del farragoso desconcierto que parecía reinar dentro del edificio en los días de labor. A aquella hora del domingo pocos caminaban por la calle y llegó hasta la plazuela a la que se abría la iglesia de San Jaime sin cruzarse apenas con nadie. Debía atravesarla y enfilar la Rúa para entrar al callejón al que se abría el figón de Tristán, pero no lo hizo. Avanzó pegado a las fachadas de viviendas de las que surgían ruidos domésticos y se detuvo junto a una puerta que conocía bien. Se encontraba entreabierta, como era habitual, así que empujó y entró. De inmediato lo asaltaron el calor tibio y agradable del horno y aquel aroma que lo impregnaba todo dentro de la tahona. Inspiró profundamente y se volvió para cerrar la puerta tras de sí. Todos en el vecindario sabían que la panadera trabajaba durante la noche para tener listas las hogazas a primera hora de la mañana, y respetaban las horas de la tarde en que se permitía un descanso bien merecido. Nadie llamaría a la puerta en lo que quedaba de domingo, y ajustó sobre sus soportes el pasador de madera que la atrancaba, asegurándose de que los ruidos fueran audibles desde el piso de arriba. Se despojó de la pelliza que aquella tarde soleada le había estorbado incluso en la calle y la colgó en una estaca que sobresalía de la pared.

Subir por aquellos escalones de madera cubiertos de harina actuaba en él como un resorte, como un poderoso estímulo que, a fuerza de repetirse, anticipaba la reacción de su cuerpo, sabiendo lo que iba a encontrar al llegar arriba. La vieja alcoba que el matrimonio de panaderos utilizaba durante el invierno se encontraba encima mismo de la bóveda del horno que funcionaba en la planta baja. Pocos lugares en la ciudad, fuera de alguna de las dependencias del castillo, serían tan cálidos y acogedores como aquel. La puerta se encontraba entreabierta y, a través de la rendija, entrevió el conocido lecho, la sábana de lino que cubría el jergón y una parte de la piel desnuda de la mujer que lo aguardaba. Se arrancó el jubón antes de entrar, después la camisa y los arrojó ambos al suelo. Luego se descalzó apoyado en la pared, tratando de mantener el equilibrio, y solo entonces empujó la puerta. Con la respiración entrecortada y los calzones abultados por una irreprimible erección, se enfrentó al cuerpo de Aldara que, tumbada de costado, la cabeza apoyada sobre el brazo doblado,

mostraba su desnudez y aquella sonrisa a la vez dulce y descarada que meses atrás había conseguido cautivarle.

Tuvo que refrenar sus pasos para no lanzarse sobre el lecho y no hubo tiempo ni necesidad de cruzar una palabra, pues sus labios y toda su piel estaban unidos en el mismo instante en que se tuvieron al alcance, ávidos el uno del otro.

23

Dejó a *Galocher* sujeto por las riendas a la rama baja de un almendro, calculó la ruta más practicable e inició el empinado ascenso hasta la meseta que se adivinaba al coronar el borde del barranco. Nicolás había llamado así al caballo de manera impulsiva, no solo porque era el nombre del término donde se encontraban sus tierras recién heredadas, sino por el significado de la palabra en su lengua materna.[11] Regresaba de su primer encuentro con Aldara cuando, al entrar en la cuadra en penumbra, el nombre surgió de su boca.

Mientras él sorteaba aliagas y arbustos, *Cierzo*, incansable, correteaba a su alrededor. Tan pronto se lanzaba tras un conejo hasta que este se perdía en la madriguera, como levantaba la pata para mear en un romero mientras alzaba la cabeza olfateando un nuevo rastro; escalaba la pendiente agitando el rabo y volvía a descender a trompicones con la lengua colgando. El perro guardián que dormía a sus pies para protegerle se había convertido en un compañero inseparable que le seguía allá donde fuera, aunque el paso del tiempo hubiera convertido a aquel enemigo siempre acechante que había provocado la muerte de Ismail en una amenaza lejana y difusa. Solo si no quería delatar su presencia tenía que obligarlo a permanecer en la casa de la muralla, algo que sucedía siempre que acudía a la tahona.

A media ladera desenrolló por vez primera el pergamino de Ismail. Debía asegurarse de que aquel era el punto marcado en el dibujo, y ubicó la ciudad, los meandros del río y los montes que circundaban a ambos. Cuando despejó la última duda, siguió subiendo, a veces agarrándose a las matas de romero para evitar resbalar por la pendiente. Rebasó el reborde de la planicie superior, se apoyó sobre una losa de piedra que la erosión circundante había dejado en alto, y contempló el panorama que se extendía a sus pies. La cinta serpenteante del río se asomaba entre las copas de los árboles de ribera hasta lamer los muros de la ciudad, para perderse después en dirección a las encomiendas del Hospital y del Temple que las órdenes militares poseían aguas abajo.

A lo lejos, sobre la colina que dominaba el caserío de la ciudad, destacaba el perfil del castillo del rey Sancho. Pensó que, si la ausencia del monarca se prolongaba mucho más, quizá pronto habría de recibir otro nombre. Salpicando el recinto amurallado se alzaban multitud de campanarios entre los que se confundía el alminar de la nueva mezquita en la morería. Entre ellos, la mole inacabada de la colegiata, aún sin abovedar, aunque los muros perimetrales empezaban a alzarse y mostraban ya la definitiva forma de cruz latina del templo.

Hacía tiempo que albergaba la intención de subir a aquella colina marcada con una señal en el pergamino de Ismail, pero hasta aquel día siempre había surgido algún asunto que le inclinaba a aplazarlo. La víspera había concluido un nuevo capitel y no

tenía intención de retomar el trabajo hasta que transcurriera el domingo. En cuclillas, comprobó que los trazos dibujados por Ismail se correspondían con los hitos que se observaban desde aquel lugar. Quizá el viejo escultor lo había dibujado sobre la misma losa en que se apoyaba. Veía con claridad la idea que Ismail había tratado de trasladar en las notas que bordeaban el escrito: si el río había discurrido antaño por un cauce distinto, el que contemplaba desde la altura convertido en fértil vega, sería posible hacerlo regresar a él. Señaló con el dedo el lugar donde había trazado una línea que atravesaba el cauce, un azud, y no tuvo dificultad para ubicarlo en el paisaje real con solo levantar la mirada. El objeto de todo aquello era evidente, y estaba representado en las arcadas de piedra que había dibujado en el mismo lugar donde se hallaba el viejo puente de madera.

No le pasó desapercibido el detalle de que las explicaciones del pergamino no estaban escritas en árabe, sino en el romance que permitía entenderse a todos los habitantes de la ciudad. Sin duda era su deseo que el documento pudiera ser comprendido sin dificultad en su ausencia y, con dolor, intuyó que ese había sido su temor, el de no poder trasladar aquella idea en persona. Una sospecha que, al fin, había terminado por hacerse realidad.

En cualquier caso, lo que contenía aquel pergamino no era sino la idea descabellada de un visionario. En un momento como el que vivía el reino, gobernado por los miembros más poderosos del séquito del rey, los prelados eclesiásticos de alta jerarquía y algunos de los grandes nobles del reino de la *curia regis* en ausencia del monarca; con las arcas vacías incluso para armar una fuerza defensiva que lo protegiera del ansia de Alfonso de Castilla y Pedro de Aragón; cuando las obras constructivas continuaban adelante gracias al esfuerzo de los pecheros que aportaban sus diezmos a las arcas de la Iglesia, la idea plasmada en aquel rollo solo podía regresar al lugar de donde había salido aquella mañana, la escondida oquedad de la bodega en la casa de la morería.

Descendió, o más bien se dejó caer por la pendiente hasta el lugar donde *Galocher* lo aguardaba. Se encaramó a la silla, pero no encaminó al animal hacia la ciudad, sino que se desvió hacia el norte en dirección al lugar que había divisado desde lo alto, donde Ismail había dibujado el azud. Una vereda acompañaba el curso del río y Nicolás la recorrió a contracorriente hasta alcanzar la cerrada curva que obligaba al río a dirigirse al encuentro de la ciudad. En aquel lugar, los sedimentos de las sucesivas crecidas habían conformado una auténtica pared, pero el lado opuesto al cauce se encontraba a una cota inferior al nivel de las aguas. Socavar aquel talud permitiría a la corriente seguir adelante sin tomar la curva; haría posible, aprovechando el estiaje, construir el azud que había imaginado Ismail; y el puente de madera a las puertas de Tudela quedaría así en seco, lo que haría sencillo su desmontaje para perforar en el mismo lugar los cimientos de las nuevas pilastras del puente de piedra que la ciudad había anhelado durante generaciones. De nuevo apeado del caballo, con *Cierzo* correteando alrededor, esta vez en busca de topos, se

dejó invadir por una oleada de admiración y de nostalgia hacia su viejo maestro: sin especiales conocimientos sobre técnicas constructivas, y mucho menos sobre obras hidráulicas, había concebido aquella posible solución a un problema que provocaba grandes quebraderos de cabeza a los maestros y que, a la postre, era el causante de que el anhelado puente de piedra de la ciudad siguiera sin existir. Suspiró, sin embargo, al caer de nuevo en la cuenta de que quizá solo él, como poseedor de aquel pergamino, sería consciente de la valía del anciano.

Volvió a poner el pie en el estribo, se encaramó sobre la silla y se dispuso a acompañar el curso del Ebro hasta toparse con el viejo puente de madera y con la caseta de cobro del pontazgo. Como aquella misma mañana a primera hora, cruzó la estructura con aprensión llevando a *Galocher* de las riendas. El nivel de las aguas se encontraba cuatro, quizá cinco codos por encima de lo habitual, y el entramado entero vibraba de forma desacompasada. Numerosos peones del municipio se afanaban con enormes clavos y tablones, tratando de reforzar los puntos que a simple vista resultaban más vulnerables. Dos de aquellos hombres, sujetos con gruesas maromas, se habían dejado caer por el costado que se enfrentaba a la corriente, tratando de ubicar en su sitio algunos troncos que apuntalaran la construcción. Suspiró aliviado cuando alcanzó la ribera opuesta, frente a la puerta de acceso a Tudela. Dejó atrás la iglesia de la Magdalena, la que recibía a los recién llegados procedentes del norte aun sin haber visto terminadas sus portadas, y se encaminó hacia la colegiata. Quizá visitara a Marcel en el taller y le preguntara por su opinión acerca del pergamino que portaba. Si no se encontraba allí, calmaría la sed con una buena jarra de vino en La Tabla Negra antes de regresar a casa para el almuerzo.

Rodeó la iglesia de San Antón para adentrarse en el abigarrado solar que albergaba las obras del nuevo templo. Para su sorpresa, no solo el taller de Marcel tenía los portones cerrados, sino que la actividad en la obra era muy inferior a la habitual en una mañana de sábado como aquella. La puerta del transepto norte se encontraba abierta y algo lo indujo a atravesarla. Hacía tiempo que no atendía con detalle a los avances en los trabajos, sobre todo tras el desencuentro que había mantenido con el viejo maestro de obras, poco después de su regreso de París. Vivo aún el entusiasmo por lo que había visto en aquel largo viaje, no dudó en dirigirse a él. Maese Jaime se encontraba en el crucero tratando de modificar una montea junto a su joven discípulo cuando Nicolás los asaltó y, de forma un tanto atolondrada, los obsequió con una interminable y entusiasta disertación sobre bóvedas de crucería, arbotantes, contrafuertes, pináculos y vitrales. El maestro se limitó a escuchar paciente hasta que, aprovechando la primera pausa, se dio la vuelta y se despidió murmurando imprecaciones acerca de neófitos ajenos al oficio que pretendían dar lecciones a quien llevaba treinta años al frente de aquella construcción.

De pie en el mismo lugar, comprobó los avances que se habían producido. El transepto estaba concluido hasta el arranque de las bóvedas que lo cubrirían, así como los muros perimetrales de todo el templo. Incluso la fachada oeste estaba cerrada y

habían comenzado los trabajos de la portada destinada a convertirse en el acceso principal. Había escuchado una conversación entre el maestro Beltrán y el prior Guillermo en la que este le había comunicado el deseo del cabildo de que el Juicio Final fuese el motivo que guiara la decoración de sus arquivoltas.

Los andamios rodeaban los pilares de separación entre las tres naves, que se encontraban en aquel momento en plena construcción en los tramos más cercanos a la cabecera. Abrumado por la envergadura de la empresa, desistió al tratar de calcular el tiempo necesario para completarla. Recordó las visitas que hacía antaño a lo alto de la estructura y decidió aprovechar la tranquilidad dentro del recinto para escurrirse por la puerta que daba acceso a una de las escaleras de caracol. Estaba a punto de alzar el picaporte cuando se sobresaltó el escuchar su nombre.

—¡Nicolás *el Francés*! Hay algo que te atrae de manera irresistible a estos pilares, ¿no es cierto? He visto cómo contemplabas absorto los trabajos.

Se volvió, tratando de no mostrar demasiada sorpresa. Ante él estaban los ojos oscuros e inteligentes de José de Tolosa, el asistente de maese Jaime. Apenas le sacaría cinco o seis años, pero la autoridad que emanaba de él era la propia de quien se sabe destinado a una tarea principal. De hecho, todos en la obra contaban con su opinión, seguros de que en breve habría de suceder al viejo maestro.

—Sabéis que así es. El edificio que construís me fascinaba ya antes de mi viaje a París, pero…

—Pero tras él, no ves sino la oportunidad desaprovechada de reproducir lo que allí viste —se adelantó—. Vi la decepción en tu mirada ante la reacción de maese Jaime.

—No fue la respuesta que esperaba, lo admito…

—No lo debes juzgar con dureza. Él mismo es consciente de nuestras limitaciones y, aunque nunca se ha cerrado a las ideas que en estos lustros han llegado hasta aquí, tampoco a las tuyas, se enfrenta a un edificio planteado hace cuatro décadas. Tan solo cree que la nueva concepción que se impone en las tierras del norte llega tarde. Y quizá esté en lo cierto. Para un anciano como él es complicado renunciar a las certezas que han orientado el trabajo de toda una vida.

—Me resisto a creer que sea tarde… He estudiado vuestras monteas, incluso me he permitido desviar la mirada hacia los dibujos que os sirven de guía —confesó con cierto sonrojo—. Lo que allí he visto me habla de un edificio imponente, sí, pero pesado, oscuro, cerrado. Las pesadas bóvedas de cañón os obligan a levantar pilares de diámetro enorme que se interponen a la vista e impiden la contemplación del conjunto. Todo lo contrario es lo que han conseguido en la abadía de Saint Denis, en Notre Dame, en Le Mans o en Laon. Tengo dibujos que os ayudarían a comprender…

El constructor sonrió ampliamente.

—Me gustará ver esos dibujos. Pero si me hago llamar José de Tolosa es porque deseo ser aceptado como uno más entre los súbditos de este reino. En realidad, vengo de Toulouse y mi verdadero nombre es Joseph. Antes de recalar en esta ciudad, hace

ahora seis años, recorrí algunas de las ciudades que acabas de citar. Creo que nos debemos una larga conversación acerca de lo que vimos en ellas.

—¿Entonces…? —Nicolás parecía atónito y José de Tolosa rio de nuevo, esta vez de manera franca.

—Será mejor que veas algo. Ven conmigo.

Sin esperar respuesta, el joven constructor se dio la vuelta y se encaminó hacia el altar mayor por el lado del Evangelio. De las cinco capillas que conformaban la cabecera, solo las dos más próximas al ábside central se encontraban abovedadas. El propio ábside, las capillas de ambos extremos y el transepto al completo se habían cubierto con una estructura de madera formada por enormes cerchas y traviesas, protegida por cueros engrasados que trataban de evitar, sin conseguirlo del todo, la entrada del agua de lluvia. José de Tolosa, al llegar a la puerta que se abría al fondo de la única capilla abovedada, hurgó en el fondillo de la túnica hasta sacar una llave de hierro que introdujo en la cerradura. Accedieron a una estancia que Nicolás habría asegurado que servía de sacristía, pero ningún ornamento sagrado se encontraba a la vista. Quizá se hallaran en el gran armario a su derecha, pero la sala al completo estaba ocupada por grandes mesas de madera basta cubiertas por planos, documentos, instrumentos de medida, compases, y recados de escritura. Nicolás identificó alguno de los pergaminos que en ocasiones había visto en la nave durante los trabajos. El constructor prendió varias lamparillas usando un cirio que ardía de forma permanente, se dirigió a una alacena situada en un ángulo, accionó un pequeño picaporte y abrió las portezuelas. Ante Nicolás aparecieron varios rollos cuya forma llamó su atención de inmediato: su longitud duplicaba a la habitual, lo que se compensaba con un grosor casi ridículo. Habría asegurado que en su hueco interior apenas cabría un huevo de perdiz. José de Tolosa escogió dos de ellos y los llevó a la mesa más cercana. Nicolás ahogó una exclamación al ver cómo extendía uno de ellos. ¡Parecía que se fuera a quebrar en cualquier instante! Tan fino era, que la luz de las lamparillas se filtraba a su través.

—¿Qué clase de pergamino es este? —Acercó la mano y tocó la superficie blanquecina con las yemas de los dedos.

—No es pergamino, sino papel —explicó—. Se fabrica en Xáteba, en tierra de moros. Nuestros comerciantes llegan allí a través del señorío de Albarracín desde los tiempos del rey Lobo.

—Había oído hablar del papel, pero nunca imaginé… ¡Es asombroso!

—No, no se rompe si no es de forma intencionada —rio al ver que Nicolás estrujaba una esquina entre los dedos.

—¿Cómo se fabrica?

—Lo ignoro. Tan solo sé que se obtiene de fibras vegetales convertidas en pasta, que después se tiende sobre un tamiz para formar una capa fina. Al secarse quedan estos pliegos que pueden ser de tamaño mucho mayor al de un pergamino. Eso los hace perfectos para nuestro trabajo, aunque son escasos.

Tan absorto estaba contemplando los pliegos, que Nicolás no reparaba en los dibujos y anotaciones que cubrían toda su superficie. Dio un respingo cuando, al prestar atención, descubrió formas tenues trazadas con perfección exquisita. Representaban columnas, arcos, ojivas, formas geométricas diversas inscritas dentro de otras, pentágonos encerrados en círculos, formas estrelladas, o arcos apuntados, que parecían ser resultado de unir trazos circulares dispuestos de forma que Nicolás no era capaz de comprender.

—¿Es obra tuya? —preguntó.

—Claro que sí.

—¿Cómo puedes trazar líneas circulares sobre el papel con tanta perfección?

—Es tan sencillo como sujetar un carboncillo bien afilado al extremo del compás —respondió José, divertido.

—¡Es una bóveda de crucería lo que has dibujado en el centro! —En esta ocasión señaló a un dibujo a mano alzada plasmado de tal manera que parecía sobresalir del pliego. Representaba un cuadrilátero formado por cuatro arcos de ojiva. De cada ángulo surgían otros que convergían en el centro, sujetos por una piedra clave que mantenía la estructura en equilibrio, tal como había visto en tantas catedrales durante el viaje.

El constructor asintió.

—Conozco la idea. Y es mi intención aplicarla en la colegiata.

—Pero maese Jaime…

—Quedan años hasta que podamos pensar en abovedar las naves. Para entonces, el pobre Jaime no se encontrará ya entre nosotros, y bien que lo siento. Quizá no lo sepas, pero se encuentra muy enfermo, y cada día da nuevas señales de debilidad.

—¡Piensas utilizar las bóvedas de crucería para cubrir la colegiata!

—Eso, como bien sabes, permitirá aligerar el peso de la cubierta y abrir vanos en los muros, grandes ventanales que proporcionen luz al interior.

—¿Y estás pergeñando todo esto a su espalda?

—¡No! Tan solo él utiliza otra forma de trabajar y muestra poco interés por estas ideas. Sin embargo, eso no quiere decir que no siga un método, en ocasiones muy minucioso, lo que contribuye a su resistencia a la hora de introducir cambios que puedan alterar las proporciones adecuadas del edificio. ¿Has oído hablar alguna vez del número áureo?

—¡Sí! —exclamó—. ¡En Saint Denis! Pero sería incapaz de explicar en qué consiste.

—Se ha utilizado desde la antigüedad, era conocido también como la divina proporción. Sin embargo… —se detuvo— hay aspectos conocidos por los miembros de nuestro gremio de los que nos está vedado hablar ante los no iniciados. Rompería mi juramento si lo hiciera. Te diré tan solo que el número áureo se encuentra en todas partes, en las obras de los hombres y en la divina creación: la percepción de la belleza radica en la proporción áurea. Captamos como más bello y perfecto aquello que

mantenga tal relación.

—Daría cualquier cosa por ser merecedor de conocer vuestros secretos. Dime tan solo… ¿También en la colegiata, tal como se construye, está presente la relación áurea?

—De ahí esa resistencia de maese Jaime a introducir modificaciones…

—Ponme un ejemplo. Y no preguntaré más.

José de Tolosa se acercó a él y le pidió que extendiera el brazo. Colocó su mano de canto encima del codo.

—La distancia entre tu codo y el extremo de tus dedos está en relación áurea con la longitud total de tu brazo entero desde el hombro. Lo mismo sucede con la proporción entre tu muslo y la pierna medida desde la cintura.

—¡Un momento! Recuerdo que Ismail me habló de algo parecido.

—¿Ismail?

—Fue mi maestro en el arte de la escultura. No se refería a las proporciones de los miembros, ellos tienen vedada la representación de la figura humana.

—Un musulmán —sonrió—. A través de ellos adquirimos parte de los conocimientos que ahora se aplican en nuestras catedrales. Son grandes matemáticos, bebieron de las mismas fuentes en la antigua Grecia. Estoy seguro de que en su mezquita se encontrarían las mismas proporciones que en esta colegiata. Dicen que la percepción de la belleza en las formas es común a todos los hombres, sea cual sea su raza, su credo o el tiempo en que hayan vivido. Fíjate que fue un sabio griego, Euclides, quien estudió este asunto hace quince siglos.

—¡Quince siglos!

—Tres antes del nacimiento de Nuestro Señor. Ya entonces lo formuló de la siguiente manera… A ver si lo recuerdo —dudó, pero comenzó a recitar de memoria—. Se dice que un segmento está dividido en extrema y media razón cuando el segmento entero es al segmento mayor como el segmento mayor es al segmento menor.

—Parece un trabalenguas. No entiendo…

—Es porque he hablado demasiado. Si maese Jaime me estuviera escuchando, me ganaría una buena reprimenda…

—¡No es solo una reprimenda mía lo que merece tu actitud…! ¿Acaso lo que haces se ajusta al juramento que no hace tanto tiempo prestaste?

—¡Maestro! —exclamó el discípulo con sobresalto al tiempo que se volvía hacia la puerta. La consternación se reflejaba en su rostro.

—La culpa es mía, maese Jaime. —Nicolás trató de salir en su defensa, afligido también—. He sido yo quien lo he llevado a hablar demasiado, acosándolo con mis preguntas.

—Tú no has jurado guardar sigilo sobre los secretos del oficio, él sí lo ha hecho. A ti me basta pedirte que salgas de aquí y no regreses más si no es en mi presencia. —Se volvió hacia su colaborador—. Respecto a ti, José de Tolosa… He de

plantearme si estoy haciendo lo correcto poniendo mi confianza en alguien incapaz de mantener sus más sagrados compromisos.

—Maestro, yo…

—¡Calla ahora! —le cortó con un movimiento brusco de la mano—. ¡No es el momento! Tendremos que dejar este asunto para más adelante. ¿Escucháis?

El maestro de obras alzó el índice al aire, y lo sostuvo allí mientras enarcaba las cejas. En el silencio que se hizo llegó a sus oídos un repique lejano de campanas, quizá las de San Nicolás.

—¿Qué sucede, maese Jaime?

—Por suerte para ti, un acontecimiento más importante que el hecho de que un constructor lenguaraz sea incapaz de poner coto a su verborrea. El rey Sancho está de regreso. —Se santiguó—. ¡Alabado sea Dios!

Nicolás decidió que no era prudente prolongar la compañía de los constructores y se despidió de ambos alegando el deseo de compartir aquel momento con su familia. Cuando abandonó la colegiata por la puerta occidental, la ciudad entera se había echado a la calle. A las campanas de San Nicolás se habían sumado las de la Magdalena, las de San Pedro después, hasta completar un clamor de repiques desacompasados que se extendió por toda la villa. También empezaron a tocar por encima de su cabeza las dos campanas situadas en la espadaña provisional de la colegiata en obras. La excitación de los transeúntes que se cruzaban con Nicolás se mostraba en sus rostros, en sus gestos: una mujer despeinada, con dos criaturas en brazos, se dejaba llevar empujada por el gentío; una anciana, apoyada en la pared para mantener el equilibrio, daba pasitos cortos y rápidos con la ilusión reflejada en su rostro cubierto de arrugas, mientras era sobrepasada con pocos miramientos por la multitud. Él mismo sentía erizársele el vello de la nuca cada vez que el badajo hacía vibrar el bronce, y el aire con él, por encima de los tejados.

Como parecía por el camino que todos tomaban, la anunciada entrada en la ciudad se iba a producir por la Puerta de Zaragoza, así que decidió sumarse a la improvisada marea, que lo conduciría hacia su propia casa a través de la judería vieja. Con suerte, pensó, podrían encaramarse a lo alto de la muralla y contemplar la anhelada entrada del rey desde un lugar de privilegio, si es que el paso de ronda no estaba ya atestado para entonces.

Contemplando el semblante de quienes lo adelantaban, comprobó cuánto se había echado en falta al rey en aquellos largos meses sin sus noticias. Los zagales corrían sorteando a quienes se interponían ante ellos, sumando sus voces y sus risas a la algarabía general. Las tabernas se vaciaban de parroquianos, que tomaban el camino de sus casas en busca de los suyos o se encaminaban en grupos hacia la puerta de la ciudad. Algunos avispados tomaban una dirección distinta, pero Nicolás sabía que iban en busca de otras salidas de la ciudad para evitar el embudo en que se iba a

convertir el puente sobre el río Queiles frente a la Puerta de Zaragoza.

Caminaba tratando de evitar los empujones cuando sintió un fuerte tirón de la manga. Al instante, de manera refleja, echó mano al fondillo donde guardaba la bolsa y la daga. A la defensiva, se volvió para toparse con la mirada anhelante de un mozalbete que conocía bien. No contaría más de doce años, pero había conseguido ganarse las simpatías del maestro Beltrán. Siempre dispuesto y a punto para atender a los deseos del escultor antes de que los manifestara, se había hecho un hueco entre los escultores del taller como mozo de recados, tarea que desempeñaba casi a cambio de nada, de un mendrugo de pan, algún trozo de manteca o de queso y las pocas monedas que caían en sus manos de tanto en tanto.

—Señor, el maestro os llama —dijo, respirando de forma entrecortada. El alivio por haberlo encontrado se reflejaba en su voz—. Debéis acudir al claustro de inmediato, algo grave ha sucedido.

—¡Basilio! ¿Le ha ocurrido algo al maestro Beltrán? —preguntó alarmado.

El muchacho negó con la cabeza mientras recuperaba el resuello.

—No, y no sé de qué se trata, pero corred. Hace rato que os busco. Hay gran revuelo en el monasterio.

Nicolás asintió. Vio que el zagal dudaba ante la posibilidad de seguir a la multitud para asistir a la llegada del rey o, quizá, regresar al claustro para enterarse de la causa de tanta alteración en el convento. Optó por lo último, se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Nicolás lo siguió, aunque, con menos facilidad para caminar contra la corriente y para escabullirse de sus empujones, pronto lo perdió de vista. Respiró hondo al cruzar de nuevo bajo los andamios del acceso a la colegiata. La zona de trabajo que se extendía a su derecha, donde el horno de cal seguía desprendiendo calor y donde se almacenaba la arena, se encontraba desierta. Reparó en que las campanas de la espadaña reducían de forma acusada su ritmo de volteo hasta que, poco a poco, dejaron de tañer. Pensó que aquel detalle no anticipaba buenas noticias. Accedió a la zona de tránsito entre el templo y el claustro y comprobó que en aquel momento se cerraba ante él el pesado portón que daba acceso a la galería norte. Se arrojó hacia delante a la vez que lanzaba una voz, a la que el hermano portero hizo caso omiso, pero llegó a tiempo para introducir la bota entre la hoja de la puerta y el marco de madera.

—¡Apartad! —chilló el anciano monje—. El prior ha ordenado que nadie entre ni salga del recinto.

—El maestro Beltrán me reclama —repuso mientras ejercía con el hombro la fuerza necesaria para vencer la tenaz resistencia del hermano. Poco a poco la hoja se fue separando hasta que el robusto cuerpo de Nicolás se abrió paso—. ¿Qué ha sucedido?

El monje se limitó a negar con la cabeza de forma rápida y repetida, como si le doliera siquiera pensar en ello. En el semblante llevaba dibujados el temor y la angustia. La galería norte, la más cercana al templo, se encontraba desierta, igual que

la oriental, que formaba ángulo con ella donde se hallaban. Los rumores de voces apagadas procedían de la crujía meridional, a la que se abrían las puertas del refectorio y el acceso a la cocina, las bodegas, los silos y los almacenes situados bajo aquella parte del monasterio. Atravesó el centro del claustro entre piedras tan solo cortadas, y columnas y capiteles a medio labrar. Vio que los monjes se apelotonaban en torno a la puerta que franqueaba el paso a las escaleras que descendían a los subterráneos. No le fue difícil distinguir las ropas de seglar de Beltrán entre los hábitos de los agustinos quienes, cabizbajos, parecían aguardar noticias. También el maestro lo vio llegar y, de inmediato, se separó del grupo. No fue necesario que Nicolás hiciera preguntas, con la mirada y el gesto de interrogación resultaba suficiente.

—Ha aparecido el cadáver de un hermano en las cocinas.

—¡Un monje! ¿Quién?

—No se ha dicho, abajo está el prior con los dos hermanos que lo han descubierto y algún fraile más.

—¡Pero sabrán quién falta, aquí está la mayor parte de ellos!

—Al parecer faltan varios, pero sabes que tras los oficios de tercia algunos salen del monasterio para cumplir con sus tareas. Aún queda un buen rato para la hora sexta, cuando se reúnan todos en el refectorio para el almuerzo.

—Sea quien sea… ¿De qué ha muerto?

—Nadie parece saber nada, pero por la conmoción yo diría que no se trata de una muerte natural. Otros hermanos han fallecido en estos años y la reacción siempre ha sido de calma, recogimiento y oración. Esta vez es distinto. El prior ha dado orden de que nadie acceda a los subterráneos y de que nadie salga del monasterio.

Como si esa mención lo hubiera invocado, la voz de Guillermo Durán surgió en medio de los monjes apiñados en torno a la puerta, que hasta aquel momento había permanecido vacía.

—Tras el Ángelus sois convocados a capítulo —anunció con voz tajante—. Hasta entonces entrad en el dormitorio y rezad al pie de vuestros camastros por el alma del hermano Robert.

El corazón de Nicolás dio un vuelco. Robert de Chester era uno de los hermanos que no se encontraban en el grupo, pero su ausencia estaba justificada por su trabajo casi permanente en el *scriptorium*. Sin embargo, algo le había llevado a pensar que sería el inglés el protagonista de aquel día aciago en el monasterio.

Los hermanos, cabizbajos y afectados, se dieron la vuelta para cumplir con la orden del prior. De forma maquinal, adoptaron la formación en dos filas que cada día los llevaba de regreso al dormitorio tras los oficios. Guillermo Durán lanzó en derredor una dura mirada que, solo por un instante, se detuvo en Nicolás. Luego dio una breve orden al portero, se giró y cerró la puerta tras él.

Las piernas le temblaban de forma incontrolable. Para hacerlo menos evidente, Nicolás tomó asiento en uno de los poyos de piedra situados bajo las arcadas del

claustro. Se pasó la palma basta de la mano por los ojos cerrados y recorrió con ella el rostro entero hasta terminar en el mentón, que se agarró con fuerza, tirando de la barba hasta sentir dolor. Las campanas de la ciudad seguían repicando, pero aquello era lo que menos le importaba en aquel momento. El nombre de Robert de Chester era el único que había aparecido en la conversación con Ismail poco antes de su asesinato. Necesitaba saber. Tenía que conocer las circunstancias en las que se había producido esta nueva muerte. Aún cabía la posibilidad de que se tratara de una defunción accidental, pero tenía la certeza de que, en cualquier caso, el prior no iba a dejar que ningún detalle trascendiera. La puerta cerrada tras de sí y la consigna de silencio transmitida a los monjes así lo indicaban. Pero aquella escalera era la única vía de acceso a los subterráneos desde el claustro, donde se encontraban.

Beltrán se sentó junto a él.

—Sé que tenías relación con el hermano Robert, desde que te ayudó con los motivos de tus primeros capiteles.

Nicolás asintió, pero se mantuvo en silencio. Apreciaba a aquel monje inglés, que había prolongado su estancia en Tudela hasta hacerla definitiva. Nunca volvería a su Inglaterra natal ni tendría la oportunidad de conocer a Juan sin Tierra, el hermano de Ricardo Corazón de León que le había sucedido en el trono. Sospechaba que el motivo que le había llevado a retrasar su regreso era el mismo que le había conducido a la muerte y de nuevo sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Y en aquella ocasión no era por el tremor de las campanas.

Incapaz de permanecer allí más tiempo, se excusó ante Beltrán con el pretexto de ir en busca de su familia. Sin duda, y aquello era cierto, se extrañarían al ver que no acudía a presenciar la llegada del rey. No era allí donde se dirigía, sin embargo. Aprovechó que el portero custodiaba la escalera de las bodegas para abrir el picaporte del tránsito con la intención de buscar la calle a través de la colegiata.

Conocía bien la peculiar estructura del priorato. Con Marcel y con su propio padre había ayudado desde niño a acarrear la piedra con la que se había alzado el monasterio. También los subterráneos que albergaban la cocina. No era habitual que esta se ubicara en un sótano, pero en realidad no era tal. El priorato estaba construido sobre un desnivel, con el claustro en una explanada elevada. Las calles que lo rodeaban por el sur descendían hacia el río en acusada pendiente, de forma que las cocinas y las bodegas, que se encontraban debajo de aquel, tenían salida a pie llano a las calles traseras. Eso permitía su abastecimiento y la ventilación necesaria para un lugar donde siempre ardía un fuego. Decidió rodear las dependencias del priorato y probar suerte en la entrada que se abría en la llamada calle del Portal, la que ascendía en línea recta hasta la portada sur de la colegiata. Por allí entraban tanto las viandas destinadas a abastecer la cocina, como los diezmos y las pechas que los campesinos debían satisfacer en especie por el cultivo de las tierras de dominio eclesiástico. En aquel lugar se almacenaba grano, aceite, vino, sal, pieles, salazones, almendras y nueces, miel, cera y cualquier producto susceptible de conservarse sin menoscabo

para su posterior uso o venta. Un arco de dovelas estrechas y alargadas, de la longitud del brazo de un hombre, enmarcaba un portón de madera de dos enormes hojas que, abiertas, permitían la entrada de un carro. Empujó la puerta, pero, en contra de lo que era habitual, se encontraba cerrada. Se trataba de una madera tosca que en la línea de contacto no llegaba a encajar a la perfección. El resquicio permitía aplicar el ojo para observar el interior, pero no se veían teas encendidas y la oscuridad del lugar impedía distinguir detalle alguno. Supuso que el prior y sus acompañantes se encontraban al fondo, en las dependencias de la cocina, ubicada bajo la galería del claustro. Acercó la oreja a la hendedura y escuchó el eco de voces apagadas y lejanas. Tuvo que apartarse para no llamar la atención cuando oyó a un grupo de hombres bajar por la calle en dirección a la cercana Puerta de Zaragoza, pero en su prisa ninguno de ellos pareció reparar en él. Supuso que la ciudad entera se encontraba ya en aquel lugar, colmando las explanadas que se extendían al otro lado del puente sobre el Queiles, dispuesta a recibir entre aclamaciones a la comitiva real. Por un instante ansió estar allí con los suyos, sin la desazón que en aquel momento lo invadía. Había creído encontrarse a salvo, pero si se confirmaba lo que temía, la desconfianza y el miedo se instalarían de nuevo en su vida. Por ello, a pesar de que la actitud del prior indicara que no iba a dejar que trascendieran detalles de la muerte de Robert de Chester, le resultaba fundamental conocerlos en aquel momento.

Echó mano a la daga y se acercó al portón. Hurgó con ella en la rendija. Había un punto en que penetraba hasta la empuñadura, pero, al tratar de levantarla, el filo chocaba con algo sólido e inmóvil. Comprendió esperanzado que se trataba del pestillo que trababa el portón por dentro. Sujetó el mango con las dos manos y empujó hacia arriba. No obtuvo ningún resultado. Desalentado, afirmó los dos pies en el pavimento, flexionó las rodillas, volvió a asir el mango y, apretando los dientes, con los ojos entrecerrados por el esfuerzo, aplicó toda la potencia de sus brazos. El filo de la daga se partió y con los puños se golpeó el rostro. Ahogó un grito de dolor al sentir el ojo derecho herido y lloroso, pero al mismo tiempo con el izquierdo entrevió que también el pasador se había liberado de su encaje y las dos hojas se separaban por el propio peso del portón. Trató de limpiarse las lágrimas, que no dejaban de brotar del ojo, pero solo consiguió acentuar el dolor punzante y optó por mantenerlo cerrado.

Se aseguró de que no hubiera nadie a la vista y se deslizó por el hueco. Cerró tras él, y encajó en su sitio el pasador. El sonido de las campanas, que no habían dejado de repicar, pasó a ser un rumor lejano en medio del silencio que reinaba allí. Se encontraba en una sala abovedada con estancias separadas por tabiques de mampostería. Lo que desde el exterior parecía oscuridad y al entrar era tan solo penumbra, se iba convirtiendo en cierta claridad, a medida que su ojo izquierdo se adaptaba a la escasez de luz. De nuevo trató de abrir el ojo herido y comprobó que, aunque seguía dolorido y lacrimoso, la molestia era ya soportable. Parpadeó varias veces. La escasa luz parecía proceder de ventanales que desde allí no eran visibles,

ubicados quizá en lo alto de cada una de aquellas estancias, cerca de las bóvedas. Al fondo se distinguía un resplandor amarillento, y supuso que allí ardía una lámpara de aceite. De aquel mismo lugar procedían las voces. Caminó con sigilo, presto a echarse a un lado en cuanto viera la sombra de un monje proyectándose sobre las paredes de piedra, pero no fue preciso. Cerca de la entrada vio plataformas con rampas dispuestas para descargar los carros con comodidad y carretillas de madera de una sola rueda para transportar sacos. A medida que avanzaba por el amplio paso central y superaba las estancias laterales, descubrió barriles apilados, tinajas de barro cocido y toneles cuyo contenido podía adivinar. Una de las piezas estaba rodeada por sólidos estantes repletos de recipientes de hierro y utensilios del mismo material o de madera, dispuestos para su uso en la cercana cocina. Grandes calderos, trébedes y ganchos colgaban de estacas de madera introducidas en los huecos de la piedra. Las voces sonaban más cercanas allí y extremó el cuidado. Una puerta de madera entreabierta separaba aquel lugar de la sala circular abovedada donde se ubicaba el enorme hogar. La cúpula semiesférica disponía en el centro de una abertura por donde se evacuaba el humo hacia la planta superior y de allí, a través de una sólida chimenea, hasta superar la cumbrera que remataba el edificio. Se acercó despacio y, a pesar de que la puerta entornada amortiguaba y distorsionaba el sonido, distinguió la voz inconfundible del prior. Acercó el oído y comprobó que podía escuchar la conversación, pero no veía los detalles de la escena que se desarrollaba al otro lado. La necesidad de saber le llevó a asumir el riesgo de empujar la hoja, pero antes tuvo la precaución de soplar la lámpara que ardía a su lado, colgada de la pared. Quizá el humo grasiento procedente de la cocina había lubricado los goznes, porque la puerta se abrió con suavidad y sin un chirrido. Tardó una eternidad en desplazarla lo suficiente, de manera que un improbable ojo fijo en ella tuviera dificultad para apreciar el movimiento.

Ante él, de espaldas, se encontraba el prior. A ambos lados, dos monjes que reconoció al instante: el encargado de la cocina y su joven ayudante. En el extremo opuesto se hallaba el cillerero, y completaba la reunión un atemorizado mozo a todas luces ajeno al monasterio, pues su rostro le resultaba desconocido. Había algo en ellos que llamó su atención: las manos les brillaban de forma llamativa, y el mozo extendía el brillo al rostro cada vez que, con un gesto mecánico, se pasaba la muñeca por la frente. Los hábitos de los monjes y el jubón del mozo mostraban extensos lamparones oscuros e incluso, a sus pies, la piedra mostraba manchas grasientas. En el centro, sobre una plataforma de ladrillos refractarios, se encontraba la lumbre que en aquel momento languidecía. Del techo pendía un vástago de hierro que terminaba en un gancho, del que colgaba un gran caldero. Y alrededor se acumulaban utensilios y viandas dispuestas para ser utilizadas, aunque era evidente que algo había interrumpido la tarea.

Y el cadáver. Al principio solo vio las sandalias, pero le bastó con desplazar la cabeza para contemplar el cuerpo tendido en el suelo. La cabeza quedaba fuera de su

campo de visión, oculta tras una tinaja de agua. Un charco viscoso rodeaba el cadáver y, al mirar el hábito con detenimiento, comprobó que se encontraba mojado y pegado al cuerpo. Juraría que era aceite lo que empapaba la cogulla de Robert de Chester, algo que explicaba las manchas en la vestimenta y en la piel de los demás.

—Sé que cometo un error al dejarte ir. —Guillermo Durán comenzó un paseo nervioso alrededor de la estancia abovedada que le llevaba a pasar a solo unos codos de la puerta. Nicolás sentía latir con fuerza su corazón—. Pero no creas que te librarás de mí si hablas. Nunca, ¿has oído bien?, ¡nunca hablarás con nadie de lo que has visto aquí!

—No, señor, ¡nunca! —se apresuró a repetir el muchacho con una voz que apenas le salía de la garganta.

El rostro del prior era la expresión de la firmeza. La barba que trataba de mantener a raya pugnaba por escapar al control, las pobladas cejas se inclinaban hacia la nariz al fruncir el ceño, y la mirada, aun con los ojos entrecerrados por la preocupación, resultaba penetrante. Mantenía los labios entreabiertos y, sin embargo, los dientes apretados, lo cual le proporcionaba la expresión de una alimaña a punto de atacar a su presa.

—Repite por última vez lo que has de contar cuando alguien te pregunte —exigió.

—Venía a la cilla para traer el aceite que corresponde al priorato de la cosecha de este año y la puerta exterior se encontraba abierta, como es habitual. Al no recibir respuesta, pues los cocineros y el cillerero asistían en ese momento al oficio de tercia, he entrado para acercar los cántaros hasta el depósito del aceite. El fuego ardía solo, cosa que no es extraña porque los gruesos troncos necesitan tiempo para hacer buena lumbre que permita colgar el caldero. Entonces he descubierto al hermano desplomado entre las brasas. Sin duda había sufrido un ataque que le ha dejado sin sentido y ya estaba muerto al caer sobre el fuego. De ahí su rostro desfigurado por las llamas.

—No hablarás nada del lugar donde lo has encontrado realmente. Resbalar dentro del depósito del aceite podría haber resultado accidental, pero hacerlo con el rostro devorado por las llamas, no. Nadie debe sospechar que la muerte de Robert de Chester es obra de un criminal.

—Descuidad. Juro que no diré nada de eso.

—Desnudaréis al hermano —continuó dirigiéndose a los monjes—, luego debéis enjabonar y lavar su cuerpo antes de cubrirlo con un hábito limpio. Limpiad a fondo todo esto y, después, lavad todos los hábitos. No quiero que quede rastro de aceite, ni una sola mancha sobre el suelo. Tenéis tiempo; en la reunión del capítulo declararé la jornada como día de luto y ayuno en la comunidad, así que la cocina no se usará hasta mañana. ¿Habéis entendido?

—Sin ningún género de duda —aseguró el cillerero, sumiso, y los cocineros se apresuraron a asentir.

—Tú —de nuevo se dirigió al mozo— esperarás aquí para llevarte el hábito del difunto en un saco, que deberás quemar en algún lugar apartado donde no quede rastro. Asegúrate de que arde por completo y dispersa las cenizas. Yo regreso arriba, los hermanos rezan por el alma de Robert de Chester pero esperan inquietos las noticias. Es necesario terminar cuanto antes con su incertidumbre para evitar que se alimenten conjeturas. No puedo esperar un instante más, el rey está a punto de entrar en la ciudad. Pero recordad, esta noche volveré y para entonces no quiero que quede rastro de esta ignominia.

—Id con Dios y descuidad. Sabremos guardar sigilo por el bien de la comunidad.

—Y por vuestro propio bien. Porque si trasciende el detalle de la lengua cortada del hermano Robert, sabré de dónde ha surgido el rumor, y me ocuparé personalmente de cortaros la vuestra.

24

Nicolás ascendió ensimismado la escalinata que permitía acceder al adarve de la muralla. Desde el patio de la casa había divisado en lo alto a Marcel con toda la familia, incluidos Martha y Beñat con sus respectivos cónyuges y sus pequeños, que se retorcían inquietos en brazos de las madres: pocos lugares en la ciudad permitirían contemplar mejor la llegada del rey, que debía de estar produciéndose ya, a juzgar por el griterío que llegaba desde el exterior. Sin embargo, ver el paso de ronda atestado de gente le había creado una nueva inquietud. Fue consciente de que, desde lo alto, cualquiera podía vigilar el interior de la casa y un hombre ágil podría saltar al muro que bordeaba el patio, separado del adarve tan solo por el ancho de la escalera. La portezuela se cerraba con un grueso cerrojo interior que en aquel momento se encontraba abierto, como cada vez que alguien salía a través de ella para subir a la muralla. Se maldijo por haber sido tan confiado y se propuso acudir a primera hora a la herrería para encargar una nueva cerradura provista de llave que permitiera cerrar la puerta al salir.

Al llegar a los últimos escalones se detuvo. Todos le daban la espalda, apelotonados en el paso de ronda y pendientes de lo que sucedía al otro lado, pero perdió un instante en comprobar que tenía motivos para la inquietud. Solo le tranquilizó ver a *Cierzo* abajo, sentado sobre el empedrado, barriendo el semicírculo que abarcaba con el rabo, con la lengua fuera y con la mirada fija en él. Quizá tuviera que pensar en una compañía para el fiel animal.

Lo ocurrido con Robert de Chester acababa de despertar de forma virulenta los viejos temores que habían ido apagándose desde la muerte de Ismail, de la que pronto se cumplirían dos años. No había podido evitar una intensa sacudida al escuchar las últimas palabras de Guillermo Durán en las cocinas del convento. La mención a la lengua cortada del monje había hecho regresar a su memoria el hilo de sangre que se deslizaba por la barba de Ismail el día en que contempló su cuerpo por última vez. Y la mirada que el prior le había dirigido arriba, en el claustro, solo durante un instante, aunque suficiente para haberle hecho sentir escrutados sus más íntimos pensamientos. ¿Cuánto sabía aquel hombre acerca del pergamino? ¿Qué sabía? No creía que fuera de él de quien tuviera que guardarse: mil oportunidades habría tenido, de haber querido terminar con él sin testigos, y la muerte de uno de sus frailes venía a corroborar aquella impresión. Más bien parecía que el prior viera en él a alguien que podría aportar respuestas a sus propias dudas. Tras la confesión de Ismail lo había visto claro: a aquel pergamino se refería Guillermo Durán con las enigmáticas preguntas que en dos ocasiones no había sabido responder. Durante aquellos días confusos a su regreso de París, Nicolás había barajado la posibilidad de acudir de nuevo a él para proporcionarle la información que parecía anhelar, a cambio de que

alzara las barreras con las que lo había apartado de su sobrina. Comprendió que era demasiado tarde cuando sostuvo la carta de María mojada por la lluvia en la que le anunciaba que había pronunciado sus votos.

Mientras se abría paso hacia los suyos, intentaba apartar de su mente todos aquellos pensamientos. Se alzó de puntillas para ver sobre las cabezas y comprobó que, en efecto, la comitiva real se veía muy próxima. Al otro lado del río, la gran explanada que se extendía a lo largo del camino de Zaragoza aparecía atestada por una apretada multitud que gritaba alborozada al paso de los primeros hombres a caballo, en medio del incansable repicar de las campanas.

—¡Nicolás! —exclamó Marcel cuando le puso la mano sobre el hombro—. ¿Dónde te habías metido? Nos tenías preocupados…

Los demás se volvieron a saludarle y entre todos le hicieron un hueco en el pretil.

—He llegado a tiempo, después de todo —se limitó a decir a modo de respuesta.

—Un grupo de hombres a caballo de la milicia ha salido a su encuentro cuando se encontraba solo a media legua de aquí —explicó Marcel—. Ahora lo escoltan en su entrada a la ciudad.

Nicolás contempló la escena. En pocas ocasiones se podía ser testigo de un acontecimiento de tal alcance. Desde la marcha de la infanta Berenguela, diez años atrás, solo la despedida de su hermana Blanca para contraer matrimonio con el conde de Champaña podía compararse a lo que aquel día iba a vivir la ciudad. Recordaba bien aquella partida: para él había tenido un interés especial pues la boda iba a celebrarse en la catedral de Chartres, la misma que él había visitado unos meses antes. El regreso de Sancho, sin embargo, adquiría rango de acontecimiento para todo el reino, después de casi dos años de ausencia, en los que Navarra, sin cabeza visible, había sido desmembrada por Alfonso de Castilla.

La figura inconfundible del rey era ya visible en medio de los pendones con el emblema real. A lomos de su imponente cabalgadura, vestía manto de piel sobre un llamativo sobreveste encarnado con el águila negra a la altura del pecho. El mismo motivo se repetía en el escudo también pintado de escarlata que colgaba a su izquierda, al lado opuesto de la espada cuya empuñadura brillaba desde allí.

Precedía a un numeroso grupo de hombres a caballo, cuyos cascos reflejaban de igual manera la luz del sol de la tarde y, tras ellos, avanzaban dos grandes carretones tirados por bueyes y cubiertos con lonas sujetas por gruesas sogas de esparto. Los dos iban flanqueados por cuatro decenas de soldados de tez morena.

—¿Qué traerán esos carros? —se preguntó Marie alzando la voz para que pudiera oírse por encima del griterío y del volteo de campanas.

—¿Quién sabe? —respondió Beñat—. Pero esos hombres que lo acompañan van armados como si en cualquier momento fueran a entrar en batalla.

Más hombres, a pie y a caballo, completaban el séquito, que se cerraba con una nutrida recua de mulas con la impedimenta. Nicolás, desde aquella distancia, no acertaba a distinguir cuáles de aquellos caballeros habían acompañado al rey en su

viaje y cuáles pertenecían a la escolta que había salido a recibirlo, aunque las señales de cansancio delataban a algunos. En aquel momento, al griterío y al tañido de campanas se sumaron nuevos sonidos procedentes de la Puerta de Zaragoza, que hicieron a todos inclinarse hacia delante para contemplar lo que sucedía a sus pies, tan solo a un centenar de codos a su izquierda. Las dos hojas del portón estaban abiertas por completo y un pequeño grupo de milites provistos de atabales y trompas habían atravesado el corto puente de madera sobre el río Queiles para apostarse a los lados del camino, donde habían empezado a hacer sonar sus instrumentos al mismo tiempo que cruzaba bajo la puerta la comitiva de bienvenida. Iba encabezada por el infante don Fernando, acompañado, solo un paso atrás, por Martín Íñiguez, el alférez real. Les seguían el canciller Fortún, el merino mayor, y el resto de los miembros de la *curia regis*. Nicolás identificó a varios conocidos ricoshombres, *tenentes*, clérigos, al gran prior de la Orden del Hospital y al maestre de los templarios con sus inconfundibles atuendos. Y entre ellos, revestido con una soberbia casulla, estola y tocado con solideo escarlata, cruzaba el puente el prior Guillermo, enhiesto y solemne, consciente de representar a la Iglesia del reino en ausencia del obispo García quien, sin duda, no habría dispuesto de tiempo para desplazarse desde Pamplona. Fugaz había tenido que ser el capítulo en el monasterio para permitir al prior estar presente en la entrada de la ciudad, ya revestido. Nicolás constató que su rostro, hierático, no dejaba traslucir el menor rastro de la agitación que se había apoderado de él en el monasterio y, para sus adentros, se admiró por la capacidad de ocultar emociones que demostraba.

Sintió cómo el vello de sus brazos se erizaba cuando, en medio del estruendo de los atabales y el vibrante sonido de las trompas, el rey Sancho puso pie en tierra y se fundió en un abrazo con su hermano Fernando. A continuación, fue Martín Íñiguez quien imitó el gesto de forma aún más efusiva. En ambos casos, fue necesario que el rey se agachara de manera marcada y desde el lugar que ocupaban, la imagen se parecía a la de un padre abrazando a sus hijos pequeños. El griterío de la muchedumbre, a duras penas contenida por la milicia del rey, pareció alcanzar el paroxismo. El gentío se movía a oleadas y empujaba la barrera de robustos *milites*, que se combaba como una soga hasta que conseguían con gran esfuerzo, a veces a codazos, recuperar su posición al borde del camino.

El rey Sancho continuó con el saludo a cada uno de los magnates allí presentes, con quienes cruzaba unas breves palabras acompañadas de gestos más o menos efusivos. La actitud del monarca mostraba en todos los casos plena satisfacción, y una gran sonrisa se le dibujaba en el rostro. Afirmaba constantemente con la cabeza aceptando los parabienes y abría los brazos para recibir entre ellos a los ricoshombres que le seguían mostrando fidelidad tras dos años de ausencia. Al hacerlo, extendía el magnífico manto de piel oscura que se volvía plateado alrededor del cuello, y su imagen, entonces, recordaba la del águila con las alas extendidas que lucía bordada en la sobrecota.

Guillermo Durán se mantuvo erguido cuando el rey llegó hasta él. Era el único que no había abandonado por completo la protección del puente y, con ella, la posición elevada que le proporcionaba la convexidad de la tablazón. A pesar de ello y de su propia envergadura, el solideo quedaba a la altura del emblema bordado sobre el pecho del rey. Pareció decir algo al tiempo que extendía la mano y le mostraba el sello, que Sancho no dudó en besar con la rodilla izquierda hincada en tierra. El sol de poniente arrancó un destello del anillo, pero era el puño de Guillermo Durán el que parecía brillar. ¿Acaso era el aceite en el que había sido sumergido Robert de Chester lo que manchaba aún el borde de la mano del prior? Solo él, entre los cientos de hombres y mujeres que contemplaban la escena, habría reparado en aquel detalle, y solo él conocía la verdad que ocultaba bajo las valiosas telas con las que se revestía de dignidad. Se preguntó si sería aquella la única mentira que encubría con ellas.

En cuanto la puerta se cerró tras el mayordomo, el rey se dejó caer cuan largo era en el mullido diván frente a la chimenea que ardía en la sala regia del castillo. Tras él, los restos grasientos esparcidos sobre la mesa daban cuenta del banquete que allí había tenido lugar. El toque de difuntos que había sonado en el campanario de la colegiata, al parecer por uno de los monjes del monasterio, no había interrumpido el anhelado encuentro con los cortesanos más próximos. Tras dar por finalizado el improvisado ágape, había ordenado desalojar a todos los sirvientes que se aprestaban a hacer su trabajo, con la intención de quedarse a solas con los dos hombres que lo acompañaban. Tras la llegada al castillo había dado dos primeras órdenes: que se atendiera como merecían a quienes le habían escoltado en su viaje de vuelta, respetando los turnos de guardia en torno a las carretas, ya inmóviles en la plaza de armas, y que de inmediato se pusieran a calentar grandes calderos de agua con los que arrancar de su piel el sudor de días y el polvo del camino que apelmazaba su cabello y su barba.

—Tomad asiento. —Con el brazo extendido les indicó los sitiales dispuestos a ambos lados, provistos de las mismas almohadas mullidas que el sólido diván que ocupaba.

Sonrieron uno para el otro y, con las copas aún rebosantes de buen vino, obedecieron.

—Si es nuestro rey quien lo ordena… —se rio Martín Íñiguez.

—Acataré vuestra orden solo porque sois mi hermano. —El infante Fernando siguió la broma.

Ambos se habían mostrado alegres, casi exultantes, desde la entrada de Sancho en la ciudad. Su prolongada ausencia que, ambos lo sabían bien, había estado a punto de provocar una rebelión de los nobles navarros que sustentaban la autoridad de su señor, había llegado a su fin. Su sola presencia en el castillo era como el agua de lluvia que apaga un fuego de manera providencial. Y los dos, sentados juntos a la

mesa, habían celebrado las chanzas que se habían sucedido, y se habían dejado llevar por el júbilo que Sancho parecía haber traído consigo, a pesar de llegar a un reino invadido, desmembrado y a punto de caer en manos de quienes durante décadas habían ambicionado el reparto de sus tierras.

El alférez real no recordaba haberse dejado arrastrar a la ebriedad en aquellos dos años en los que había sentido sobre sus hombros todo el peso de la responsabilidad. Pero aquella noche era diferente, y había dejado que su copa se llenara una y otra vez.

—Los moros nos aventajan en muchas cosas —suspiró el rey, mirando a las tres grandes figuras de hierro que flanqueaban la chimenea—. Para empezar, construyen sus palacios al borde de los ríos, adonde el agua puede fluir con solo usar una noria. Eso permite que en el interior de sus admirables residencias crezcan jardines exuberantes y que se pueda acallar los bramidos del alma turbada escuchando el rumor del agua que brota de las fuentes y recorre albercas y canalillos.

—¿Así desperdician el agua en vez de guardarla en aljibes con los que soportar los asedios? —se extrañó Fernando.

—¡Y los baños! ¡Ah, bendición divina! Maldita la hora en que accedí a entrar en uno de ellos. ¡Mientras viva los echaré en falta!

—Y bien, mi señor… —interrumpió el alférez real, poco interesado en aquellos detalles fútiles—. Comprendíamos que no pudierais ser más explícito en vuestras misivas. Hemos aguardado a que el resto de la curia se retirara, pero no nos hagáis esperar más.

El rey sonrió, cabeceando, y atrajo hacia sí un escabel sobre el que descansó las piernas extendidas. Su tono se hizo evocador cuando siguió hablando, con la mirada puesta en las llamas.

—Conseguí que atravesara el mar. Muhammad al-Nasir volvió por fin a Sevilla, evitando que fuera yo quien acudiera en su busca. Habría estado de regreso antes si lo hubiera hecho, sin duda, pero me espantaba entregarme a los peligros de aquel mar, siempre agitado. En dos ocasiones estuve a punto de aventurarme, embarcado ya en uno de esos cascarones de madera que usan para atravesarlo, pero confieso que en ambas ocasiones me invadió un miedo tan atroz que me hizo desistir. No soporto la idea de dejar de sentir la solidez de la tierra bajo los pies.

—¿Y bien…? —inquirió Fernando impaciente.

—Como esperábamos se mostró más que interesado. Pero respondió con evasivas ante la posibilidad de atacar a Alfonso. Demasiados problemas con las revueltas en su propio reino, en Ifriqiya, demasiados frentes abiertos, al parecer. Sin embargo, supo valorar la importancia que para él tiene ese pergamino.

—No es necesario que digáis que llegasteis a un acuerdo. Todas las preguntas que nos hemos estado haciendo durante estos meses han quedado respondidas al contemplar esta tarde vuestro semblante, aún sin descender del caballo.

—Mi apreciado Martín, la amenaza de Aragón y de Castilla sigue en pie, pero te aseguro que ahora podremos vender cara nuestra existencia como reino.

—Es oro lo que portan esos carretones… —supuso Fernando.

—¡Arrobas de oro en dinares y en lingotes! Los cuatro bueyes que habéis visto fueron repuestos al paso por Toledo, y más tarde en el señorío de Albarracín. Esas pobres bestias se han ganado el sustento.

—¿Y la guardia?

—Soldados proporcionados por el propio *Amir al-Mu'minin*, procedentes de su escolta personal, hombres de su máxima confianza. Serán necesarios para custodiar el pergamino original, que viajará con ellos de regreso.

—¿Y cómo sabe que cumpliréis con vuestra palabra? ¿Y si os quedáis con el oro? —se extrañó Fernando.

El rey se incorporó para apurar la copa que reposaba en el suelo, al borde el diván. Sonrió.

—En realidad soy yo quien he puesto mi confianza en él. Junto a la guardia almohade viajará un nutrido séquito de nuestros mejores hombres. Serán los encargados de traer de regreso la segunda parte del pago, que se hará efectiva cuando Muhammad al-Nasir tenga el pergamino en su poder.

—¿Más oro? —Martín Íñiguez abrió los ojos de forma desmesurada mientras se llevaba la copa a los labios y trataba de ahogar un súbito ataque de hipo.

—Otro tanto. —Esta vez Sancho rio de manera franca antes de seguir hablando, de nuevo con tono evocador—. Durante el viaje de vuelta he tenido tiempo de hacer grandes planes para el reino. Nuestra suerte ha cambiado. Armar a mis huestes y a las de los nobles que nos apoyan será el primer objetivo; después, hacernos respetar por los reinos vecinos y alcanzar acuerdos para recuperar la salida al mar, aunque de momento no sea a través de Castilla sino por tierras de Aquitania; y, por último, compensar al reino por estos años de penurias, para permitir que de nuevo la riqueza fluya a través de sus caminos.

—¡Brindo por ello, mi rey! —El estado de ebriedad del alférez real era patente.

—¿Aún sigue en pie ese maldito puente de madera?

—Esta tarde sí, mi señor. Mañana… lo comprobaré en cuanto amanezca —se mofó Martín Íñiguez.

—Id a dormir, alférez. Estamos… agotados. —Se alzó del diván sin ocultar un cierto tono de reproche que cortó en seco la risa de Martín Íñiguez.

Los tres se pusieron en pie y se dirigieron hacia la puerta, en busca de sus respectivos aposentos.

—Se me olvidaba… En cuanto la guardia almohade se reponga del viaje e inicie el regreso con el pergamino, me ayudaréis a buscar la hacienda más adecuada al borde del río donde construir una finca de recreo, con jardines semejantes a los que he visto en Sevilla. No he de tardar en disfrutar de las delicias de un buen baño en mi propia corte.

—Esa hacienda ya existe, mi señor. Está al borde del Queiles, a poca distancia de las murallas. Fue una almunia que perteneció al gobernador moro de la ciudad, y que

aún, aunque solo en parte, se mantiene en pie. Pero desde la conquista de la ciudad pasó a ser propiedad del priorato.

—¡Magnífico! —ironizó el rey mientras avanzaba por el corredor—. Un nuevo motivo de disputa con ese soberbio, el prior. ¡Pues no me ha ofrecido una mano manchada de grasa para que besara su anillo! Ni se ha tomado la molestia de limpiarse tras engullir una de esas opíparas comidas que a buen seguro disfruta a diario.

—No es su aspecto el de un hombre dominado por la gula —opinó Fernando.

—Será que consume sus energías mancillando la honra de las doncellas que se ponen a su alcance.

El mayordomo apareció de forma oportuna para abrir la estancia del rey y atender sus necesidades antes de ocupar el lecho. Martín Íñiguez, sin embargo, riendo aún el último comentario del rey, pareció reparar en algo.

—¡Mi señor! —llamó cuando la puerta se cerraba ya tras el monarca—. No nos habéis dicho a quién enviaréis a Sevilla con el pergamino. Ha de ser un hombre de vuestra total confianza.

—Lo será. El único entre mis hombres que está al corriente del valor del documento —musitó en voz baja—. Vos mismo.

El mayordomo se apresuró a cerrar la puerta tras el rey. Martín Íñiguez quedó clavado en medio del pasillo, perplejo y pensativo, hasta que el infante Fernando le tiró de la manga haciéndole trastabillar y juntos se perdieron tras una revuelta del corredor. Todo quedó en silencio, y poco a poco las llamas de las teas dejaron de oscilar en sus soportes. Solo entonces el chantre, hasta ese momento oculto en uno de los nichos de piedra que salpicaban la vieja construcción, fuera del alcance de la luz de los hachones, se deslizó con sigilo escaleras abajo.

25

Poco después del amanecer, el viento helado azotaba los rostros de la numerosa comitiva que acababa de abandonar Tudela. El rey había mandado proporcionar cabalgaduras a todos los hombres, incluso a los miembros de la guardia almohade que habían hecho a pie el camino desde Sevilla acompasando el paso al ritmo pausado de los carretones tirados por bueyes.

La ruta era la misma que habían seguido solo unos días atrás, aunque en sentido inverso, y la ausencia de carga les permitiría avanzar a mayor ritmo. En cinco jornadas tenían previsto alcanzar el señorío de Albarracín, en manos de los señores de Azagra desde los tiempos del padre del rey Sancho. Desde allí, entrarían en territorio almohade a través de tierras levantinas, evitando así atravesar los dominios del rey de Castilla.

Martín Íñiguez cabalgaba aterido por el cierzo que, a pesar de soplar por la espalda, parecía colarse entre los pliegues de la ropa para meter el frío hasta los huesos. Pero quienes parecían superados por el viento gélido eran los hombres de Muhammad al-Nasir, poco acostumbrados a bregar con aquel clima invernal, duro y despiadado. Cuando volvía la mirada solo veía capuces, cabezas gachas y manos enguantadas que asomaban lo justo entre los pliegues de las capas para poder sujetar las riendas. A la espalda llevaba colgada, bien atada con una resistente correa, una aljaba de cuero que el guarnicionero del castillo había provisto de tapa, de la que no se había separado ni un solo instante.

La noche en que el rey le comunicó su misión no había podido asimilar la trascendencia de la tarea. Ni siquiera, al despertar al día siguiente, habría podido asegurar que aquel recuerdo no hubiera sido un sueño o una fabulación producida por los vapores del vino que, por primera vez en mucho tiempo, había bebido en exceso.

Tuvo que ser el infante Fernando quien le refrescara la memoria poco después de que las primeras campanas anunciaran el inicio de las celebraciones del día del Señor. Al terrible dolor de cabeza, tras un sueño agitado y breve, se había unido entonces la tremenda preocupación por el peso que recaía sobre sus hombros. Sin embargo, nunca le había fallado al rey, su señor. Había dedicado su vida a la milicia, renunciando con ello a formar una familia, y Sancho había confiado en él hasta hacerle sentir que formaba parte de la suya. Meter la cabeza bajo el agua helada durante el aseo, antes de vestir sus ropas para la misa dominical, le había ayudado a deshacerse de la presión que le atenazaba las sienes, pero no de la carga que tendría que sobrellevar en las semanas siguientes. Desde su juventud había participado en cien lances al frente de su propia hueste y se había ganado la confianza del anciano rey Sancho y la de su hijo, algo que le había llevado a ser el señalado para capitanear en Alarcos a las huestes navarras frente al miramamolín. La precipitación del rey

Alfonso había conducido en aquella ocasión al desastre y a la derrota, pero, a pesar de que apenas habían tenido ocasión de entrar en liza, el nuevo rey de Navarra supo valorar su actuación. Tanto que, poco después, lo había llamado a su lado para asumir la tarea como alférez real, el más destacado cargo militar en el reino.

Aquel domingo la celebración de la Eucaristía tuvo lugar en la capilla real de San Nicolás, con todos los magnates del reino presentes para celebrar y dar gracias a Dios por el regreso del rey. Sentado en la primera bancada frente al monarca que ocupaba su sitial junto al altar, no habría podido responder a una sola pregunta sobre la homilía del capellán real. A pesar del esfuerzo por comprender los argumentos del oficiante, su mente se empeñaba en adelantarse a lo que habría de vivir pocos días después, en el viaje más prolongado que nunca había emprendido, en busca del rey de Marruecos, el hijo de aquel que en Alarcos había derrotado a las tropas cristianas de la manera más humillante.

El rey, sin embargo, se había mostrado despreocupado durante aquellos días. Parecía que, descargando en su alférez la responsabilidad de la entrega del manuscrito en Sevilla, en lo que él consideraba un exceso de confianza, daba el asunto por zanjado, para dedicarse por entero a las muchas tareas que le aguardaban tras dos años de ausencia. El merino mayor, el canciller Fortún, el prior de la colegiata, magnates, *tenentes*, el zalmedina, el rabí de los judíos… Todos se disputaban el turno en las audiencias con el rey que se prolongaban desde el amanecer hasta más allá del ocaso. El obispo García había llegado a la ciudad la víspera de San José y fue él quien presidió la misa concelebrada en la misma explanada que había sido testigo de la llegada del rey unas jornadas antes. Sobre un enorme entarimado dispuesto para la ocasión a modo de altar, en el que Sancho ocupaba un lugar de honor a la diestra del obispo, se amontonaban en torno al oficiante el prior Guillermo, el gran prior de los hospitalarios, el maestre del Temple, los abades de la Oliva, de Leyre, de Irache y de otros monasterios del reino, amén de los titulares de cada una de las parroquias de la ciudad y de las villas vecinas. Más de una cuarentena de celebrantes daba cuenta de la importancia que aquel momento tenía para el reino, y a la misa del santo no faltaron sino aquellos ancianos impedidos y solitarios que no tenían quien los arrastrara hasta allí en unas parihuelas. De nuevo todas las campanas repicaron al unísono en un concierto desafinado y de compás incierto, pero que erizaba el vello de fieles y súbditos, dos condiciones que en aquella jornada se fundían en una.

Creía Martín que en medio de todo aquello Sancho se habría olvidado de los propósitos que le había manifestado a su llegada, pero ese mismo día, cuarta feria y víspera de la partida, quedó de manifiesto que no era así. A media mañana el rey le había reclamado para acompañarlo en su salida para recorrer la ribera del río Queiles hasta el lugar donde él mismo le había indicado que se alzaba la vieja almunia del gobernador moro. El merino mayor les acompañaba y, aunque el brillo en los ojos de Sancho le indicó que el lugar era de su agrado, no hizo más mención a sus

intenciones. En lugar de ello, propuso seguir el río hasta su desagüe en el Ebro y remontar desde allí los escasos codos que, en paralelo a la muralla, los separaban del viejo puente sobre el gran río. Los trabajos de refuerzo de la estructura eran continuos, y varios carpinteros trabajaban en él sin descanso para sustituir los maderos podridos por la humedad y asegurar que pudiera soportar el paso continuo de los muchos carretones que entraban en la ciudad por aquella vía, procedentes de las cercanas canteras.

Una vez más Sancho, pensativo, se detuvo al inicio del puente, sopesando las dificultades de sustituir aquella mole informe de maderos que salvaba los más de quinientos codos del cauce por una obra de sillería, bien cimentada, con tajamares capaces de soportar las avenidas que casi cada año obligaban a acometer costosos trabajos de reparación. Los comentarios del merino acerca de la dificultad de la empresa habían hecho regresar algo que, en ausencia del rey, el alférez real había arrinconado en su memoria. Recordó la visita de un Ismail desesperado el día en que se conoció la condena a la hoguera de su nieto Omar, tratando de ganarse su apoyo a cambio de prestarle ayuda en la construcción de un nuevo puente, según un plan que, recordaba, llevaba dibujado en un pergamino.

La mención de aquel episodio captó de inmediato la atención del rey, que manifestó su disgusto al enterarse en aquel momento de que Ismail había muerto y nada se sabía del paradero de aquel plano. El reproche de Sancho en presencia del merino se sumó a las preocupaciones por los preparativos de la partida, y solo acertó a aconsejarle que se pusieran en contacto con el zalmedina, el único que, quizá, pudiera estar al tanto del destino de aquel pliego tras la muerte violenta de su autor. Tampoco consideró prudente, con el merino delante, confiarle al rey las sospechas que en aquellos días de ajetreo habían quedado aparcadas, pero que Sancho debería conocer tarde o temprano: la extraña muerte de Ismail tras la de su nieto no podía considerarse casual, teniendo en cuenta que eran los dos únicos hombres que estaban al tanto del secreto que al día siguiente le llevaría a partir hacia Sevilla.

Había esperado encontrar un momento para hablar a solas con el rey antes de la marcha, pero cuando varias leguas lo separaban de Tudela en aquella mañana de viento helador, recordó que su propósito había quedado pendiente. Tiempo habría, sin embargo, de revelar sus sospechas al rey a su regreso.

El viejo castillo de Borja se alzaba ya en lontananza, recortando sus muros enhiestos contra las nubes blancas y grises que discurrían veloces con el cielo azul de fondo, sobre el perfil del Moncayo cubierto por una gruesa capa de nieve en sus cumbres. Sonrió al recordar el día en que, siendo solo un niño, sentado sobre las rodillas de su padre en el castillo de Tudela, este intentaba hacerle ver la semejanza del perfil de la montaña con el de un obispo yacente. Las estribaciones occidentales descendían como lo haría la mitra del prelado, las cumbres más altas eran las manos del obispo dormido colocadas sobre el pecho, y el borde oriental dibujaba las piernas y los pies. Incluso podían imaginarse los rasgos de un rostro, separados del pecho por

una hondonada que perfilaba la forma del cuello. Recordaba cómo rio aquel día, cuando su padre le dijo que el manto blanco que lo cubría en invierno era la capa con la que Dios trataba de protegerlo del frío.

Siempre le había llamado la atención cómo, en aquellos largos viajes a caballo, cuando el tiempo sobraba, la mente divagaba libre para llevar al viajero muy lejos en el tiempo o en el espacio. Sin embargo, una aguda sensación de vacío en el estómago le recordó en aquel momento que pronto harían un alto a las puertas de Borja para hacer un fuego y comer caliente. Los dos hombres de la avanzada habrían dado ya aviso de su llegada y quizá, pensó, incluso pudieran reponer fuerzas en algún lugar caldeado, al abrigo de aquel cierzo endiablado. Reconfortado con la idea, espoleó al caballo.

En ese momento una voz de aviso le hizo volver la cabeza.

—¡Dos jinetes al galope se acercan por retaguardia! —gritó uno de los hombres que cerraba la comitiva.

—¡Alto! —ordenó. De forma inconsciente echó mano a la aljuba que portaba a la espalda—. ¡Cuatro de vosotros, salid a su encuentro para asegurarnos de sus intenciones!

De inmediato cuatro *milites* a caballo tiraron de las riendas para hacer girar a sus monturas, espolearon sus flancos y deshicieron el camino, enfrentándose esta vez al viento que los azotaba de frente. Martín los vio parlamentar, y los seis juntos regresaron un momento después. La cruz escarlata de ocho puntas que lucían en la sobrecota le advirtió de su condición. Cuando estuvieron cerca no tuvo dificultad para reconocer a dos caballeros hospitalarios de la encomienda de Tudela.

—¡Señor! —dijo el que parecía llevar la iniciativa—. Debéis regresar, el rey os reclama de vuelta de inmediato. No desea que continuéis este viaje.

El estupor se reflejó en el rostro del alférez.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo ignoro, alférez. Pero nuestro rey Sancho daba muestras de gran preocupación. Desea que estéis de vuelta antes del anochecer. Todos —recalcó.

Se tomó un instante antes de responder, pensativo.

—¿Y por qué el rey habría de enviar a dos *fratres* del Hospital para dar aviso?

—Señor, acudíamos al castillo acompañando a nuestro gran prior. Antes de atravesar la Puerta Ferrena ya era evidente la agitación que reinaba en el lugar. Nada más entrar al patio de armas el rey mismo, muy alterado, se ha dirigido a nosotros, los únicos armados y encabalgados, para encomendarnos la tarea de daros aviso cuanto antes. Y nos sentimos orgullosos de poder servir a nuestro rey y a vos de esta manera.

—¿Qué altera al rey Sancho de tal manera para cambiar los planes que hasta esta misma mañana eran claros?

—Lo ignoramos, señor. No está dentro de nuestras posibilidades interrogar al rey. Nos limitamos a cumplir sus órdenes. Y creedlo, su tono era perentorio.

—Está bien, regresaremos —aceptó Martín Íñiguez, turbado y de mal grado. Alzó

la mano y gritó para que todos pudieran oírle—. ¡Dad la vuelta! ¡Volvemos a Tudela!

—Mi señor, el camino que habéis seguido es el más cómodo, pero rodea el monte. —Señaló a la prolongada meseta que se interponía entre aquel lugar y el punto en el que debía de estar ubicada la ciudad—. En este caso será mucho más rápido atajar por la vereda que lo atraviesa, y que desciende hacia el río a través de las encomiendas de Pedriz y de Calchetas. Con todos los hombres a caballo, podemos estar de regreso en Tudela en solo dos horas.

—No es la primera vez que recorro ese atajo. Solo el bosquecillo de la cumbre nos puede retrasar algo, pero, como decís, nos evitará el rodeo. ¡Adelante! —ordenó con la preocupación reflejada en el semblante—. ¡Al galope en grupo cerrado!

Juan de Pedriz soportaba estoico el azote del viento encaramado en su cabalgadura. Había escogido con cuidado el lugar para la emboscada, una estrecha vereda flanqueada por dos laderas pobladas de frondosas encinas que hurtarían a sus hombres de la vista. Desde Alarcos no tenía ocasión de contemplar a sus hombres dispuestos para entrar en combate, protegidos por cotas, lorigas y escudos. Las espadas permanecían aún en sus vainas, a la espera de sus órdenes, que solo llegarían cuando estuviera seguro de que un inoportuno reflejo del sol en el metal bruñido no iba a echar al traste la sorpresa.

Los *fratres milites* procedían de todas y cada una de las encomiendas que la Orden poseía dentro del Gran Priorato navarro, y aún de otras ubicadas en Aragón. La mayor dificultad había consistido en justificar ante todos ellos la necesidad de un ataque como aquel: no eran solo sarracenos los que iban a perecer aquel día bajo sus espadas, sino cristianos, miembros de la *militia regis* con quienes habían combatido hombro con hombro seis años atrás. La alusión en su arenga a una misión trascendental, amparada en todos sus extremos por el gran comendador de los Cinco Reinos, el gran maestre de la Orden, Geoffrey de Donjon, y el propio papa Inocencio había resultado determinante.

El hospitalario vio llegar al comendador de Tudela procedente del altozano próximo que dominaba el valle.

—¡Se acercan al galope, prior! Pronto iniciarán el ascenso, dad ya el aviso a los hermanos. Nada debe hacer recelar al alférez real hasta que hayan sobrepasado nuestra posición.

—¿Y la avanzadilla?

—Todo parece haber sucedido como estaba previsto, y los dos hombres que han enviado no han alcanzado la ciudad. Nuestros hermanos de Borja han enviado la señal convenida. Aún puede verse la columna de humo blanco junto al castillo.

—No merece este final el bueno de Martín Íñiguez —se lamentó Juan de Pedriz, con la desazón pintada en el semblante—. Es un hombre cabal y un buen cristiano.

—Pensad, fray Juan, cuántos de nuestros hermanos caídos en Tierra Santa lo eran

también —repuso el comendador impávido—. La lucha contra el infiel exige a veces el sacrificio de los mejores.

26

La ciudad parecía haber recobrado el pulso tras las celebraciones por el regreso del rey. Se respiraba un ambiente de mayor confianza, el vino corría con más alegría, al menos en La Tabla Negra, y las conversaciones dejaron de girar en torno al temor que producía habitar un reino descabezado.

Nicolás se encontraba en el claustro, enfrascado en la labra del capitel que le había ocupado durante las últimas semanas y que se ubicaría en uno de los primeros lugares de la galería oeste. Al regresar de su viaje había valorado aplicar a su tarea algunas de las nuevas tendencias estéticas que tanto le habían subyugado. De acuerdo con el maestro Beltrán habían decidido, por el contrario, dar uniformidad al trabajo en el claustro, al que solo restaban los capiteles de la galería occidental para quedar completado. Tiempo habría, si es que el cabildo contaba con el taller en el futuro, de soltar riendas con las nuevas tendencias en otros lugares de la colegiata que aún estaban por levantar.

No estaba trabajando a gusto aquella mañana, sin embargo. Todavía le molestaba enormemente el ojo que se había herido al tratar de colarse en los subterráneos del monasterio, a pesar de que sentía alivio con el ungüento que le había proporcionado uno de los físicos de la judería. Tenía que hacer un esfuerzo para no llevar el dorso de la mano a la cara cada vez que las lágrimas pugnaban por brotar. Comprendió que el polvo no le ayudaría y decidió dejar a un lado las herramientas para lavarse en la alberca. El cierzo helado seguía soplando con fuerza y se limitó a inclinarse sobre la lámina cristalina para arrastrar el polvo blanquecino que le cubría la piel, la barba y las cejas. Después se llenó el cuenco de las manos y lo aplicó al ojo, para dejar que el agua fría penetrara al interior. Sintió un alivio inmediato y repitió la maniobra. Entonces sintió un tirón en el jubón que le hizo incorporarse. Incapaz de ver nada, echó mano del paño que había dejado preparado a un lado y se secó la cara.

—¡Ah, Basilio, eres tú!

—Maese Nicolás, hay un hombre que os busca.

Nicolás no pudo evitar una sonrisa ante el tratamiento excesivo del mozalbete. Sabía que la adulación no era la menor de las habilidades de aquel rapaz, diestro en ganarse las simpatías de todos los miembros del taller, algo que terminaba por llenarle los fondillos. Era listo, sin embargo, y nunca llamaba maestro a ninguno de los oficiales en presencia de Beltrán.

—¿Por qué no le has dicho que entre aquí?

—No parece ser esa su intención. Es un moro que viste con telas caras.

Nicolás arrugó el entrecejo tratando de adivinar quién, entre sus conocidos de la morería, acudiría en su busca sabiendo que a aquella hora se encontraba trabajando en el taller. Terminó de secarse y siguió al mozalbete, tratando de entrecerrar los ojos

para protegerlos de la tierra arrastrada por el cierzo, que aquella mañana no respetaba ni la habitual quietud del claustro, protegido por los muros laterales de la colegiata.

Distinguió la figura del zalmedina en cuanto atravesó los andamiajes que cubrían la que iba a ser la puerta occidental.

—¡Muhammad! —saludó cuando lo tuvo a su lado—. Es extraña tu visita a este lugar.

—¿Podemos hablar? —La mirada que lanzó en derredor le indicó que deseaba hacerlo en privado.

—La Tabla Negra está aquí al lado.

—No hay tiempo —urgió con la preocupación reflejada en el rostro, mientras lo tomaba de la manga para atraerlo hacia el rincón más cercano y con la cabeza señalaba al mozalbete que permanecía plantado junto a ellos.

Nicolás no pudo evitar una sonrisa al contemplar la mirada del muchacho. Era la misma que tenía *Cierzo* cuando, sentado al borde de la mesa y barriendo el suelo con el rabo, esperaba a que su amo le arrojara los huesos del conejo que estaba comiendo. Metió la mano en el fondillo, tanteó con los dedos y extrajo una pequeña moneda que dejó caer en la mano ya extendida de Basilio. El zalmedina apenas esperó a que el zagal saliera corriendo antes de hablar.

—¿Recuerdas aquel pergamino que encontraste junto a los documentos de propiedad de la hacienda de Ismail? El que contenía aquellos extraños dibujos…

Nicolás asintió con un «sí» escueto.

—¿Lo conservas?

—Claro… Hace poco lo saqué para examinarlo bien. Es el dibujo de una alocada idea que Ismail había concebido.

El zalmedina respiró aliviado.

—No sabes lo que me alegra.

—¿Qué ocurre con él?

—¿Dónde lo guardas? —siguió preguntando sin responder.

—Donde lo encontramos.

—Vamos, te lo explicaré todo por el camino.

—No tengo la llave de la vivienda de Ismail. Tendré que pasar antes por casa.

El zalmedina asintió y, sin esperar, comenzó a andar en dirección a la iglesia de San Jaime.

—¿Me vas a contar de qué se trata? ¿Para qué quieres ver ese pergamino?

—No soy yo quien lo quiere ver. Esta mañana, a primera hora, dos guardias de la corte se han presentado en mi casa. He tenido que acompañarlos y he sido conducido a las estancias nobles del castillo. ¿Quién dirás que me esperaba?

—Por tu expresión, alguien de alcurnia… ¿El merino, quizá?

—El mismísimo rey Sancho, Nicolás. Allí estaba, solo, aguardándome impaciente. Me ha preguntado por el pergamino sin dejarme siquiera recuperar el aliento tras esa infernal subida.

—¿Conocía el rey su existencia? —se extrañó Nicolás, tratando de dar zancadas más largas para acompasar la marcha a la del magistrado.

—Al parecer Ismail había acudido con él al castillo en ausencia del rey y se lo había mostrado al alférez real. Ignoro lo que representan esos dibujos, que solo llegué a vislumbrar cuando los sacaste de aquel escondite, pero ahora el rey se muestra enormemente interesado en ellos.

—¿Y quiere que se los muestres?

—No, desea que se los muestres tú, su actual propietario. Me ha pedido que te conduzca ante él.

El corazón de Nicolás latía acelerado mientras escalaba la vereda que conducía a la Puerta Ferrena del castillo, y no era porque aquel fuera un ejercicio capaz de fatigar a un hombre fuerte y sano de veintinueve años. Sujetaba con fuerza el pergamino que acababa de rescatar de la bodega de Ismail, y su mente seguía trabajando desde que el zalmedina acudiera en su busca. Había decidido aprovechar la visita a casa para cambiar sus ropas cubiertas de polvo por las prendas que usaba cada domingo para asistir a misa en compañía de su familia, las mejores que tenía. Y mientras lo hacía, no dejaba de pensar en la relación entre los sucesos de los últimos días. Aquella misma mañana, poco después del amanecer, los ruidos procedentes del exterior de la muralla habían llamado su atención: los relinchos y las pisadas de cascos de numerosas cabalgaduras no eran habituales, y aquello le había llevado a subir al adarve acompañado de *Cierzo*. Un numeroso grupo de jinetes se aprestaba a partir por el camino de Zaragoza, al parecer pertrechados para un largo viaje. Se encontraban entre ellos aquellos que días antes habían llegado a Tudela acompañando al rey. La impedimenta no viajaba a lomo de mulas como era habitual, sino en la grupa de los caballos, lo que indicaba el deseo de alcanzar con premura el destino, cualquiera que fuera. Encabezaba la marcha un hombre que había creído reconocer, a pesar del embozo que los protegía del cierzo helado del alba.

—¿Has visto al alférez real esta mañana en el castillo? —le preguntó al zalmedina cuando ya enfilaban la última rampa antes de alcanzar el último recinto amurallado. Este negó, boqueando.

Aquella, pensó Nicolás, era una pieza más del rompecabezas que trataba de completar desde que aquel infausto día, dos años atrás, Ismail le confesara la verdad sobre el pergamino. En todo aquel tiempo había sospechado de los verdaderos motivos de la ausencia del rey y, fuera o no cierta la peregrina historia que había traído consigo el obispo García acerca de un posible pacto matrimonial del rey Sancho con una princesa almohade, sabía que tenía que ver con el secreto que contenía el pliego que había encontrado en la vieja mezquita. La llegada del rey, sin princesa, pero con dos carretones fuertemente protegidos, había confirmado sus sospechas. Y ahora tenía la constancia de que el alférez real, la mano derecha del

soberano, había partido aquella misma mañana para un largo viaje que, con absoluta seguridad, tenía como destino la capital almohade.

Solo había albergado una duda en todo aquel tiempo, y tenía que ver con el paradero de su pergamino. ¿Habría acompañado al rey en su estancia en Sevilla o permanecía en Tudela? La aljaba que, lo recordaba bien, aferraba el alférez real esa mañana al partir con aquel grupo de soldados, era la respuesta a su incertidumbre.

Cuando alzó la vista y vio ante él la imponente Puerta Ferrena, fue consciente del riesgo que seguía corriendo. ¿Qué sabía el rey acerca de su relación con el pergamino? En su mente se agolparon todas las escenas protagonizadas por aquellos que habían conocido su existencia: Omar asfixiado por el humo de la hoguera, Ismail exangüe en el zaguán de su propia casa, Robert de Chester con el rostro devorado por el fuego y sumergido en un depósito de aceite, y los dos últimos con las lenguas cortadas, señal inequívoca de advertencia.

Por un momento pasó por su mente la idea de dejar el plano en manos del zalmedina y ponerse a salvo antes de atravesar aquella puerta. Se detuvo, dubitativo. Los guardias ya habían reparado en su presencia.

—¿Qué ocurre, Nicolás? —preguntó Muhammad.

No respondió. Su mente estaba demasiado atareada, sopesando la posibilidad de aparejar a *Galocher* para dejar la ciudad y atravesar los Pirineos de nuevo, esta vez sin idea de regresar. Quizá, en caso contrario, aquella puerta se cerrara para siempre a su espalda. La imagen de una lóbrega mazmorra ocupada por Omar se representó ante él. También sus alaridos en la hoguera.

El viento que azotaba despiadado la cumbre del monte se colaba entre sus ropas y las piernas le temblaban de manera violenta. Miró a la ciudad. Allá abajo se alzaba el esqueleto de la colegiata, apenas visible por los andamiajes que lo cubrían, esperando que un joven maestro de obras empeñara el resto de su vida antes de ver culminada la obra; el claustro donde permanecía un capitel sin terminar, quizá con el maestro Beltrán preguntándose por el motivo de la ausencia de su discípulo favorito; la casa de la muralla, en la que Marie y Sophie se afanarían en aquel momento con las tareas de la casa, a la espera de la llegada de Marcel y la suya propia; la finca del río que se adivinaba entre los remolinos de polvo que el viento alzaba de los caminos; y la tahona de Aldara…

—¡Vamos, muchacho! —insistió el zalmedina, que había avanzado unos pasos más.

Nicolás alzó la mirada, asintió y apretó el paso hasta alcanzar al magistrado.

—Nicolás *el Francés*… —repitió el rey, malcarado, cuando el mayordomo cerró la puerta tras anunciar al hombre a quien había esperado más de lo deseable.

—Así me llaman, mi señor. —La voz de Nicolás, otrora potente y grave, apenas le llegaba a la garganta, y cuando lo hizo surgió con un tono agudo que le hizo

sentirse ridículo. La presencia del rey, plantado ante él a cuatro codos, resultaba amenazadora. Él mismo era un joven alto y fornido, pero sus ojos quedaban por debajo del pecho que tenía enfrente, y sus dos manos de cantero juntas resultarían insignificantes colocadas junto a una sola del rey.

—¿Naciste en Francia? ¿En qué lugar? —inquirió Sancho, con tono autoritario.

—Nací en Tudela, mi señor. Mis padres eran originarios de Borgoña y se dirigían a Zaragoza cuando yo vine al mundo. Fue la Divina Providencia la que quiso que mi familia se asentara en esta ciudad.

—¿*Eran*, dices?

—Mi padre, Pierre, era cantero. Murió en un accidente siendo yo un niño. Un buen amigo, también francés, también cantero, nos acogió; él y su esposa ayudaron a mi madre y a mí me trataron como a un hijo más.

—Sin embargo, al parecer, no os van mal las cosas.

—No, mi señor. Yo también era cantero, pero tuve la fortuna de ser aceptado como oficial en el taller del maestro Beltrán.

—No me refiero a tu oficio. Me han dicho que eres heredero de una hacienda que yo mismo otorgué en propiedad a un moro en agradecimiento a ciertos servicios prestados.

—Ismail ibn Ammar fue mi verdadero maestro, quien me mostró los secretos del arte de la escultura, señor.

—¡Señor! ¡Mi señor! Ambos sabemos que eres mi súbdito… ¡Pero no es necesario que lo repitas a cada instante! —exclamó hastiado antes de continuar—. Pocos maestros dejan todas sus propiedades a un discípulo en herencia.

—Yo mismo fui el primer sorprendido… —Se percató a tiempo antes de añadir el tratamiento. Trataba de elegir con cuidado sus palabras, sabiendo que entraba en terreno resbaladizo—. Pero es cierto que durante unos años mantuvimos una relación de profunda amistad e Ismail no tenía otra familia.

El rey Sancho tomó asiento despacio en un escabel que parecía no ir a soportar su peso. Aun así, sus cabezas se encontraban a la misma altura. Clavó en él una mirada escrutadora.

—¿Estás al tanto de la razón por la que ese Ismail y su nieto fueron acreedores de mi generosidad?

—Lo ignoro, mi señor —mintió. La zozobra, que al inicio de la conversación parecía haberse diluido, regresaba con fuerza, hasta el punto de hacerle olvidar la admonición del rey acerca del tratamiento—. Solo sé que se debió a algún servicio que os prestaron, aunque ignoro su naturaleza.

El rey lo escrutó durante un tiempo que a Nicolás, plantado en pie frente a él, se le hizo eterno.

—Ismail nos habló de un plano que él mismo había esbozado y que, según el zalmedina, ahora obra en tu poder.

Nicolás sintió que el rey debía de estar percibiendo el alivio que sentía como si

leyera en un libro abierto. Al fin había dejado aquel asunto, que todos parecían empeñados en tratar con él. Alzó la mano.

—Aquí está, como habéis ordenado.

—Muéstramelo. ¿Estáis al tanto de su contenido?

—Lo estoy, señor. He tenido ocasión de estudiarlo con atención —respondió mientras se acercaba al rey y extendía el pergamino sobre la mesa, ante él. Lo novedoso de la situación no le impidió percatarse de que el monarca desprendía un aroma agradable, muy distinto del que era propio en cualquier otro hombre, plebeyo, clérigo o cortesano.

El rey observó con atención los trazos.

—No entiendo qué representa todo esto —protestó decepcionado—. Según Martín Íñiguez se trataba de un plan que permitiría construir un nuevo puente de piedra de manera sencilla, algo difícil de creer.

—De eso se trata precisamente, señor. Cuando os explique el contenido de estas notas y de estos trazos lo entenderéis con claridad.

—¿A qué esperas en ese caso? —lo miró impaciente.

—Veréis: la genialidad de Ismail reside en evitar el mayor obstáculo a la hora de construir un puente nuevo sobre un cauce tan ancho y profundo como el del Ebro a su paso por nuestra ciudad. La cimentación es siempre el principal problema en una construcción que deberá soportar el continuo embate de las avenidas.

—¡Deja de repetir obviedades! —El rey parecía verdaderamente ansioso.

—Señor, no soy maestro de obras, pero tengo alguna idea acerca de la manera en que se suelen cimentar los puentes. Marcel, el hombre que me acogió, me ha hablado de ello. Es preciso construir, aprovechando el estiaje, grandes cajones de madera embreados que se asientan sobre el fondo. Después ha de extraerse el agua de su interior utilizando ingenios hidráulicos o la fuerza de muchos brazos, en una empresa que puede llegar a ser titánica, quizá imposible en los pilares centrales. Cuando se logra achicar el agua, se excava el fondo, lo suficiente para introducir los cantos que den estabilidad a la base, algo que rara vez se consigue por completo. En el caso de nuestro río serían necesarios no menos de quince pilares de este tipo. Una tarea que se podría prolongar durante muchos veranos, si es que llega a su fin.

—No podemos utilizar durante años la mano de obra que precisaría una tarea así. El coste sería extraordinario, por no hablar de la oposición del cabildo, a quien habría que despojar de los brazos que se ocupan en las obras de la colegiata.

—¿Sería distinto si la cimentación pudiera estar terminada en un solo verano? Dos a lo sumo…

—¡Explícate, maldita sea!

—Fijaos en el pergamino. Lo que viene a explicar es que puede ser factible desviar el cauce del Ebro, hacerlo transcurrir por otro lugar para dejar el río seco a su paso por Tudela.

—¿Te has vuelto loco? ¡Algo así es imposible! Solo Dios puede…

El rey se levantó y, pesadamente, salvó la distancia que lo separaba de una magnífica alacena de la que rescató un grueso volumen. Nicolás aprovechó el paréntesis para admirar la sala en la que se encontraban, sus tapices, los cortinajes, los cuadros y los sólidos muebles.

Cuando estuvo de regreso abrió el códice y Nicolás reprimió una exclamación de asombro al contemplar por vez primera la Biblia de Ferrando de Funes. Sancho pasó los pliegos hasta que encontró el que buscaba.

—Representa a Moisés separando las aguas del Mar Rojo —explicó—. En la parte derecha aparece el ejército del faraón mientras sucumbe, cuando Dios dejó que las aguas volvieran a su lecho. ¿Acaso ese Ismail pretendía jugar a ser Dios?

—Desde luego el pergamino de Ismail no es tan bello como el que me mostráis, pero quizá lo que aparece representado en él no dejara de ser un pequeño milagro, en caso de que pudiera llevarse a cabo. Su idea procede, según las notas, de la observación. Él no era un maestro constructor, ni se dedicaba a la agrimensura. Tan solo comprobó que durante las avenidas el agua invade un curso nuevo, al que entra bajo el cabezo de Mirapex, este que se representa aquí. A partir de ahí bordea la falda del monte de Valdetellas hasta confluir de nuevo con el curso principal aguas abajo de Tudela.

—¿Quieres decir que…? —Negó con la cabeza—. ¡Es descabellado!

—La idea que concibió Ismail es abrir ese cauce y construir un azud en el curso principal, de manera que todo el caudal del río circule apartado, a media legua de la ciudad. Eso permitiría cimentar los pilares casi en seco. Con la mano de obra suficiente, trabajando en todos los pilares a un tiempo, la empresa podría estar concluida al final del estío. Completar las arcadas y la plataforma podría dejarse para el verano siguiente. Si Ismail tiene razón, en solo dos años sería posible ultimar un sólido puente de piedra que contemplara el paso del río bajo sus ojos durante centurias.

Sancho miraba el dibujo boquiabierto. Por su expresión, parecía entender el significado de aquellas líneas sinuosas; la ubicación propuesta para el azud en un lugar que sin duda conocía bien; el punto de reunión de las aguas tras el desvío. Durante un instante la mirada del rey estuvo pasando de forma sucesiva del rostro de Nicolás al pergamino de Ismail. Terminó en la lámina de la Biblia que representaba las aguas separadas del Mar Rojo. Por fin, el monarca posó una de sus manazas en el hombro del joven escultor.

—Si esto llega a hacerse realidad algún día… Tendrás la recompensa que te mereces. El reino estaría en deuda contigo.

—El reino estaría en deuda con Ismail, mi señor.

—Siempre me ha gustado apostar fuerte, y creo que esta vez te voy a aceptar el envite. A ti, a Ismail… me resulta indiferente a quién haya que atribuir el mérito. Quiero que me acompañes al cabezo de Mirapex —ordenó sosteniendo el pergamino entre las manos—. He de contemplar esto con mis propios ojos.

27

Año del Señor de 1202 (un año después)

La escasa luz que penetraba por los reducidos ventanales dejaba en la penumbra la mayor parte de la estructura interior de San Nicolás. Solo los cirios que ardían en el altar, así como las lámparas que colgaban de los pilares de la nave, proporcionaban una claridad acogedora y parpadeante que lo reconfortaba. Los espesos muros de tres hojas aislaban el templo por completo, haciendo de su interior algo similar a lo que, imaginaba, debía de ser el seno materno: un lugar de paz, cálido, al que solo alcanzaban los sonidos amortiguados del exterior y adonde no llegaban a penetrar las tribulaciones del mundo. Así se sentía Sancho en aquel santuario que había convertido en capilla real cuando todos abandonaban el templo por orden suya para permanecer allí, escuchando tan solo el silencio, en productiva meditación, más cerca del Todopoderoso que en ningún otro lugar. A menudo, antes de la Eucaristía, hacía que el capellán real lo escuchara en confesión, y así conseguía sentirse en total comunión con Dios. Le gustaba fray Sabino porque era un clérigo comprensivo que conocía bien las debilidades de los hombres, y quizá tenía que ver en ello lo parecido de su edad. Había apartado de sí al anciano confesor que, en su primera juventud, se había ocupado de guiar su alma por el camino recto. A sus provectos años, parecía haber olvidado lo que era la pulsión de la carne y, airado, le amenazaba con el fuego eterno cada vez que confesaba haber caído en falta. Reprendía con severidad su atracción por los placeres del cuerpo, reprobaba de manera incansable que no se decidiera a tomar esposa, y lo castigaba con duras penitencias cuando su fino olfato le llevaba a sospechar que había vuelto a hinchar una barriga y que un nuevo bastardo estaba en camino.

Fray Sabino era distinto y comprendía que un rey, abrumado por mil cuitas, de alguna forma debía liberar sus pasiones, como la espita abierta impide que reviente el tonel en el que fermenta el mosto joven. Estaba seguro de que él mismo luchaba contra las mismas pasiones, pues no le pasaban desapercibidas las miradas furtivas que el sacerdote dirigía a algunas de las sirvientas del castillo, ni la manera en que se le aceleraba la respiración cuando le relataba, cumpliendo la exigencia de contar el pecado al confesor, los detalles de su última concesión al Maligno. Le reconvenía sin excesos y establecía penitencias acordes con la gravedad del pecado, según la elegida fuera virgen o meretriz, soltera o casada, cristiana o judía. Solo en una ocasión fray Sabino se había mostrado escandalizado, y fue cuando el soberano confesó la atracción que sentía por la hermosa sobrina del prior Guillermo. Quizá ni la penitencia impuesta en aquella ocasión le habría disuadido, pero la tentación se había apartado de él cuando la joven profesó como novicia durante su prolongada estancia

en Sevilla.

En lo que fray Sabino coincidía con su predecesor era en la necesidad de reconducir sus pasiones mediante el recurso de tomar esposa. En esto no estaba solo, pues no dejaba de sospechar que tal insistencia estaba alentada por los miembros de la *curia regis*, magnates y ricoshombres del reino que veían en su falta de descendencia legítima un riesgo para el futuro de Navarra. Pocos, salvo el bueno de Martín Íñiguez, se atrevían a mentar el asunto en su presencia y recurrían a él, como capellán, para que ejerciera su influencia. El fracasado matrimonio con Constanza, la nefasta experiencia que aquel había supuesto, hacía que despachara las continuas propuestas del canciller acerca de nuevas princesas casaderas con peregrinas evasivas o alegando obstáculos supuestamente insalvables. No pudo evitar sonreír al recordar la expectación de los cortesanos a su vuelta de Sevilla, ávidos por conocer los pormenores del pacto matrimonial con la supuesta princesa almohade de la que había hablado el obispo García a su regreso. Pero la sonrisa se le borró del rostro tan pronto como, en su fuero interno, se abrió paso la convicción de que todos ellos llevaban razón y que no podía demorar más el concierto de un nuevo enlace.

Disfrutaba del recogimiento y del silencio de San Nicolás, acompañado solo por el piar de los gorriones que se colaba en la iglesia a través de las escaleras del campanario, cuando el sonido metálico del picaporte del portón interrumpió sus pensamientos. A él siguió el chirriar de las bisagras, las objeciones de los pocos cortesanos que esperaban en el exterior, y el golpe de la puerta al cerrarse de nuevo. No se volvió al escuchar los pasos decididos que se dirigían hacia el reclinatorio que ocupaba en el presbiterio, pero una mirada de soslayo le bastó para saber quién era el hombre que osaba interrumpir la meditación del rey. Los pasos se detuvieron a su costado sin llegar a rebasarlo, y durante un instante regresó el silencio.

—Prior Guillermo, ¿así respetáis los momentos de comunión entre vuestro rey y el Altísimo?

—De ello precisamente vengo a hablar con vos… mi señor —respondió arrastrando las últimas sílabas—. Creía estar de acuerdo con vos en que toda la comunidad de creyentes precisa de un lugar de comunión que los acoja.

—Y lo estamos, prior. Mi interés por ver cómo se alza vuestra colegiata no ha variado un ápice.

De haberse girado para enfrentarse a Guillermo Durán, Sancho habría apreciado que sus palabras le habían hecho enrojecer. La frente y el cuello, encarnados, se le poblaron de tortuosas venas.

—¿Qué os proponéis, mi señor? —preguntó con el mismo tono autoritario que habría usado para reprender a uno de los frailes del monasterio.

—Quizá no sea vuestro propósito —respondió el rey después de un largo silencio y sin dejar de mirar al frente—, pero alzáis la voz ante quien acabáis de señalar como señor vuestro. Y ante el Altísimo, que permanece en ese sagrario.

—¿Qué os proponéis, mi señor? —repitió haciendo tan solo más tenue el tono—.

¿Qué significa el edicto que habéis ordenado pregonar?

—Necesito toda la mano de obra disponible, prior. Y la producción de las canteras. Es preciso que los cimientos y los pilares del puente estén levantados antes de los primeros fríos del otoño. También tendré que echar mano durante estos meses de los carpinteros que trabajan en la colegiata, y os recuerdo que la madera que se utilizará, la misma que vos empleáis, procede de tierras de realengo. Y mi necesidad incluye a los herreros para los armazones y las herramientas, y a los arrieros y carreteros para el trasiego de material.

—¡No podéis obligarme a detener las obras! La morada de Dios debe alzarse sin más demora, a mayor gloria del Altísimo. Haced correr la noticia de vuestra demanda por todo el reino y fuera de él, y esperad la llegada de nuevos operarios.

—No hay tiempo que perder. En el momento en el que se abra brecha en el lugar del desvío, un ejército de carpinteros y peones debe estar preparado para levantar el azud. Y cuando el Ebro haya abandonado su viejo cauce, tal como nuestros agrimensores han asegurado que sucederá, será la hora de excavar los cimientos para el puente nuevo. En cuanto los morteros hayan fraguado, todo deberá estar dispuesto para alzar los pilares, y para ello los canteros deben empezar ya a desbastar sillares de tamaño regular. De ahí la orden de hacer público el edicto esta mañana.

—¡Es una idea de locos! Solo sois el señor de un pequeño reino y tratáis de torcer la mano del Creador, del mismo Dios que os ha investido de vuestra autoridad. ¿Acaso olvidáis cuánto debéis a vuestra Iglesia? El obispo García *olvidó* hacer público el edicto papal que os excomulgaba y que declaraba en interdicto al reino. Y fue él quien os proporcionó el oro necesario para defender *in extremis* las fronteras. ¿Así es como se lo agradecéis? —A medida que el prior desgranaba sus argumentos sin obtener respuesta, a medida que escuchar sus propios argumentos parecía convencerlo más de que la razón le asistía, el tono de su voz se alzaba de nuevo, al tiempo que su rostro se volvía cárdeno—. ¡No permaneceré cruzado de brazos mientras paralizáis *de facto* la construcción de mi colegiata!

El rey, tenaz, mantenía la mirada fija al frente. Arrodillado en el reclinatorio, apoyaba los codos en su travesaño superior y el mentón sobre las manos entrelazadas. Cuando el prior terminó de gritar y trataba de recuperarse con la respiración entrecortada, Sancho se apoyó en el soporte y se alzó sin prisa, sin mostrar el menor signo de alteración. Cuando sus rodillas terminaron de enderezarse y se afirmó frente al altar, la sombra que proyectaba su cuerpo cubrió por completo al prior. Si era su intención seguir hablando, la visión del pecho del rey a un palmo de su rostro le hizo cambiar de opinión. Se vio obligado a alzar los ojos y se encontró con los de Sancho, inyectados, que lo miraban un codo por encima.

—Vuestra colegiata, decís. —Su voz no reflejaba indignación sino hastío y aversión—. Y decís bien, pues así es como la consideráis. Un templo que no se alza a mayor gloria de Dios, como pretendéis hacer creer, sino a la vuestra. Son pocos los abades, obispos, deanes o priores que ven terminada en vida la obra que pusieron en

marcha, algo que ni siquiera hicisteis vos. Pero incluso os habéis apropiado de su autoría y, joven como sois, aspiráis a conservar fuerzas suficientes para ser quien la consagre. Y no creo equivocarme si intuyo que no se quedan ahí vuestras aspiraciones… ¿Por qué no pensar que la colegiata pueda ser secularizada, quizá convertida en catedral, y vos mismo en obispo?

El prior tragó saliva y echó un paso atrás, pero el rey no permitió que se redujeran un ápice la distancia ni la posición de superioridad que mantenía.

—Habláis de vuestra colegiata —continuó— y olvidáis de dónde proceden los dineros que os permiten pagar a los gremios que la levantan: diezmos y pechas de las muchas tierras de dominio eclesiástico cuyo origen conocéis mejor que yo. Olvidáis de qué manera mis súbditos roban tiempo a su muy escaso descanso para ayudar en los trabajos a cambio de nada, excepto la promesa de perdón de culpas que solo existen en su conciencia, porque vos y vuestros ministros las habéis colocado allí.

—¡Blasfemáis! —se atrevió a decir el prior, alejándose del rey por el pasillo central como si se apartara del Maligno, lo suficiente para que este no pudiera alcanzarlo. Sin embargo, se detuvo y se volvió—. Y olvidáis que también vuestra autoridad procede de Dios; nadie la reconocería sin la sanción de la Iglesia. En las prédicas de sus ministros también se contiene la necesidad de aceptar la autoridad del rey… legítimo.

—¿Y quién es para vos el rey legítimo? ¿Aquel que se aviene de mejor grado a vuestros intereses? No me cabe la menor duda de que os habríais arrojado a los pies del rey de Aragón o del de Castilla en el instante en que sus botas hubieran hollado esta tierra —respondió Sancho con amargura—. No, prior, nuestra relación no se basa en la lealtad ni en el aprecio, sino en la mutua conveniencia. Hoy por ti, mañana por mí. De ello depende la permanencia de ambos en la dignidad que ocupamos. La ayuda del obispo García que mentáis no fue desinteresada, pues bien se la cobró, con mayor usura de la que jamás han practicado los prestamistas judíos que tanto despreciáis.

Las descarnadas palabras del rey no parecieron hacer mella en el prior, que no se molestó en rebatir ninguno de sus argumentos. Se limitó a exponer uno más.

—¿Y cómo pensáis pagar al ejército de jornaleros que habéis de emplear en vuestra descabellada empresa? ¿Quizá, si no tienen asegurado el salario, se nieguen en masa a acudir a vuestra llamada?

Sancho sonrió.

—Sabed que no tendríais ningún éxito si pretendierais alentar una revuelta contra la autoridad del rey agitando vuestra bolsa ante mis súbditos. Dispongo de fondos suficientes para mejorar siempre en una mealla el mejor salario que estéis dispuesto a ofrecer.

Guillermo, con despecho, soltó una risa cortante.

—El cabildo no puede competir con vos, bien lo sabéis. En las tierras del Ebro son el Temple y el Hospital los grandes beneficiados por vuestras concesiones.

Resulta evidente que aún os sentís en deuda con ellos a causa del testamento del Batallador. —Entornó los ojos como si algo hubiera venido a su pensamiento—. Pero tampoco os fieis de su fingida lealtad, tienen ojos y oídos en vuestra corte, como los tienen en el priorato.

—No me reveláis nada nuevo —respondió con suficiencia ante la sorpresa del prior—. Hace tiempo que perdí la confianza en quien combina un buen oído y una voz profunda y cautivadora, que derrama con generosidad en el castillo, en el monasterio y en la casa prioral de los hospitalarios. En este caso vuestra delación del canciller no servirá para ganaros mi favor.

—¡No era esa mi intención! —escupió el prior con los dientes apretados—. Solo pretendía advertiros.

—Esgrimiré ante vos el último de mis argumentos —siguió el rey sin prestarle oídos—, quizá el único que os mueva a variar vuestra postura: el de la codicia. Un puente de piedra facilitará de forma sustancial la actividad de nuestros mercaderes y atraerá a la ciudad a quienes ahora buscan la seguridad de puentes como el de Zaragoza o utilizan los vados que existen aguas arriba. Sin duda, aumentarán los diezmos que recaudáis y, cuando reanudéis las obras de la colegiata, será posible hacerlo con mayor impulso. Podréis convertir la ciudad en la parada más importante para los peregrinos que se dirigen a Compostela por el camino del Ebro. Vuestros cepillos lo notarán. La fe de los caminantes aflojará su bolsa cuando contemplen la obra que estáis alzando… ¡a mayor gloria de Dios!

El prior entornó los ojos. Su rostro, duro de por sí, dejaba traslucir un profundo odio cuando, convencido de que nada iba a hacer cambiar la voluntad de Sancho, se dirigió hacia el portón principal.

—¿Creéis en Él, mi señor? —espetó al tiempo que volvía la cabeza, ya con la falleba en la mano, dispuesto a abandonar el templo.

El rey, en pie frente a él, no cambió el gesto. Tardó un instante en responder.

—¿Y vos, prior? ¿Creéis vos?

La comarca al completo se había echado a los caminos para estar bajo el cabezo de Mirapex en el día señalado. Desde la Pascua, un ejército de hombres armados con palas, zapapicos y azadones habían acudido a aquel paraje para dar inicio a unos trabajos cuyo alcance pocos llegaban a comprender. Los maestros de obras que desempeñaban su labor en las iglesias de la ciudad habían sido llamados por el rey ya el año anterior para darles cuenta de sus propósitos, de forma que todo estuviera dispuesto aquella primavera. Habían tenido tiempo así de dejar acabados los trabajos que tenían entre manos, de discutir los planes y las acciones a llevar a cabo y de iniciar el acopio de materiales. Jaime *el Jaqués*, el viejo maestro de obras de la colegiata, había pedido al rey que le excusara de la obligación de salvar cada día la legua que separaba la ciudad del paraje donde iba a construirse el azud, y era José de

Tolosa, su discípulo, quien había asumido toda la responsabilidad, asistido por los maestros de la Magdalena, San Pedro y San Nicolás. Completaban el grupo los representantes de los oficios cuyo concurso era imprescindible para el buen fin de la empresa: Marcel encabezaba y dirigía al gremio de canteros y mazoneros, los carpinteros seguían las instrucciones de Diego de Ablitas y Ferrando de Vitoria representaba a los herreros de la ciudad.

La mayor parte de ellos estaban presentes allí aquella mañana primaveral, que anunciaba más calor del que ninguno sentía a aquella hora temprana. La primera tarea acometida había sido la construcción de un paso provisional que permitiera al Camino Real que conducía a Pamplona salvar el nuevo cauce. Se trataba de una simple plataforma de tablones apoyada sobre varios cientos de pilastras de madera: una estructura sujeta con millares de bellotes y clavos, con las uniones reforzadas con soga de esparto de un dedo de grosor, destinada a soportar el paso de hombres, caballerías y carretas tan solo durante la duración de la obra, por lo que ni siquiera había sido dotada de balaustre.

La tablazón había sido reforzada a contracorriente con robustas estacas ancladas en la tierra de forma oblicua, de manera que se opusieran a la fuerza del agua que en pocas horas se deslizaría entre ellas. Cientos de árboles se habían talado, descortezado y aserrado para ello y se sumaban a los que permanecían amontonados junto al cauce, listos para utilizarse en la inminente construcción del azud.

Nicolás, cerca de Beñat y de Unai y de los canteros del taller de Marcel, contemplaba estremecido el panorama. El edicto real promulgado ordenaba a todos los hombres disponibles en aquella parte del reino ponerse a disposición de los maestros que iban a encargarse de la construcción del puente. Las obras de la colegiata habían terminado por detenerse, a excepción de los talleres de escultura que continuaban su labor en las naves del templo, al tiempo que culminaban los trabajos en el claustro. Nicolás había sido requerido por el rey, conocedor de su trabajo anterior como cantero, para hacerse cargo de la dirección del gremio en la nueva empresa, pero la loa de la capacidad de Marcel, de su experiencia al frente del taller de cantería y de sus excelentes relaciones con arrieros, asentadores, y mazoneros había acabado por convencer al monarca. Nicolás había continuado durante aquellos meses con la labra de un nuevo capitel para la crujía occidental, aunque la obra que se pergeñaba junto al río ejercía en él una atracción irresistible y las visitas al lugar donde Marcel y Beñat llevaban a cabo su trabajo habían sido continuas. Estaba al tanto del descomunal esfuerzo desempeñado aquellos meses por todos los canteros de la comarca, cuyo fruto era visible a ambos lados del puente en forma de acúmulos de sillares desbastados tan solo por una cara, dispuestos para su uso en cuanto los cimientos de los pilares estuvieran concluidos.

Las orillas del río se iban poblando de vecinos que por nada querían perderse el espectáculo. Los zagales ascendían por las laderas que conducían a lo alto del cabezo, las mismas que Nicolás había escalado por vez primera con el pergamino de Ismail

en la mano. Desde allí, la visión del agua al inundar el nuevo cauce resultaría inolvidable, algo que los habitantes de la ciudad no volverían a ver jamás. Los más prudentes permanecían en el lado del canal cercano a la ciudad, en previsión de que algo pudiera fallar y que la estructura del puente, cuya resistencia estaba por comprobar, llegara a ceder.

El talud del cauce original se había debilitado ya en un prolongado trabajo de zapa, durante el cual el muro natural, que durante siglos se había opuesto a la fuerza del agua, se había ido minando a golpe de zapapico. Al tiempo, se había construido una empalizada recubierta de brea y pez que, a duras penas, conseguía sujetar el empuje del agua. Junto a ella se amontonaban arrobas de leña seca y gruesos maderos también cubiertos de brea, cuya utilidad pocos de los presentes acertaban a comprender.

El lejano eco de las trompas y los atabales había anunciado a quienes buscaban acomodo en los lugares más elevados que la comitiva real abandonaba la ciudad para dirigirse hacia allí. Cerca de la empalizada, un grupo de soldados de la milicia real había preservado un amplio espacio destinado a albergar al rey Sancho y a sus acompañantes. En medio esperaban José de Tolosa y los siete hombres que compartían con él la responsabilidad de llevar a buen puerto el empeño del monarca. También su viejo maestro, maese Jaime, el de Jaca, se había unido aquel día a ellos.

José de Tolosa dio dos pasos hasta el borde del talud, y una señal suya bastó para que dos operarios asintieran antes de prender las teas que portaban. Con ellas en la mano se dirigieron al centro de la empalizada y acercaron las llamas a los haces de leña apilados delante de la tablazón. La brea que los empapaba no tardó en prender, y luego las antorchas extendieron el fuego hacia ambos extremos.

De la multitud surgió un murmullo de asombro, a medida que se extendía de boca a oreja la explicación de lo que contemplaban. Pronto todos entendieron que el fuego estaba destinado a debilitar la estructura de la empalizada para que, en el momento en que cediera por el empuje del agua, esta se precipitara por la abertura para inundar el nuevo cauce.

Cuando la comitiva real llegó al lugar, las llamas lamían ya todo el entramado de madera, aunque sin duda el fuego estaría afectando de manera más directa a la base donde se acumulaba la mayor cantidad de leña, los troncos más gruesos, y donde se había acumulado la brea escurrida desde lo alto. El humo, arrastrado por la ligera brisa del norte, ocupaba el nuevo cauce, como si quisiera indicar al agua del río el camino que debía tomar.

Todos los miembros de la comitiva, tanto los componentes de la *curia regis* como el resto de notables, habían puesto el pie en tierra antes de que el rey se apeara del caballo. Los constructores, descubiertas las cabezas, se inclinaron ante él en señal de respeto, pero Sancho aquella mañana parecía más interesado en el espectáculo que se desarrollaba ante él que en respetar el protocolo. Al instante estaba conversando con José de Tolosa y con el maestro carpintero.

—Nuestro padre está nervioso —observó Beñat—. Se sujeta las manos a la espalda y apoya el peso en una y otra pierna, sin parar.

—Yo también lo estaría —apuntó Unai—. Es grande la responsabilidad que recae sobre él.

—Lo peor está por venir para vosotros —apuntó Nicolás—. Cuando el azud esté construido y se inicie la cimentación del puente, entraréis en acción los canteros. Hasta ahora vuestro trabajo se ha limitado a obtener piedra de las canteras, desbastarla y trasladarla a las inmediaciones de la obra. Pero no tardarán en llegar las prisas.

—¡Mirad, el rey se dirige a él ahora!

Marcel asentía y desde allí era evidente que respondía a las preguntas del monarca. Un instante después, alzó la cabeza y señaló hacia el lugar en que se encontraban. También el rey miró hacia allí. Marcel alzó el brazo y lo dobló, en una señal que no dejaba lugar a dudas.

—¡Quiere que bajes! —interpretó Unai.

Nicolás se señaló a sí mismo e interrogó con la cabeza.

—¿Yo? —masculló a la vez.

Marcel asintió de manera marcada.

Mientras salvaba la distancia que los separaba, tragó saliva varias veces. Los hombres de la milicia real le abrieron paso y penetró en el círculo. El rey seguía hablando con Marcel, pero se volvió hacia él cuando se inclinaba para mostrar sus respetos. Nicolás alzó después la mirada hacia lo alto ante aquel hombre de envergadura sorprendente.

—Debes estar presente aquí, en este momento —afirmó—. Sin ti, joven Nicolás, nada de esto estaría pasando.

Se sintió halagado por el hecho de que el rey recordara su nombre de pila y se limitó a musitar un agradecimiento, pero Sancho ya había dirigido su atención hacia las llamas, que en aquel momento mordían con furia la madera.

La espera se hizo larga y en algunos momentos el viento, que comenzaba a arreciar, desviaba la humareda hacia ellos haciéndoles parpadear. Las llamas empezaron a perder altura, pero, en la base de la empalizada, las brasas incandescentes alcanzaban dos codos de grosor y en el punto de contacto con la estructura de madera el calor debía de ser infernal.

Nicolás se preguntaba cómo el agua no apagaba las llamas, pero, situado allí, a pocos codos, comprendió que los maestros habían forrado la empalizada con telas engrasadas, lo que impedía que el agua se filtrara hasta la tablazón. El humo se revolvió con furia hacia ellos y, por un momento, les obligó a entornar los ojos irritados. Se escuchó un chasquido seco, y todos intuyeron que la estructura estaba a punto de ceder. Un instante después, el estruendo de los tablones incandescentes al desplomarse sobre el cauce hizo que dieran un paso adelante, a tiempo de ver cómo la capa de barro sujeta por la empalizada cedía a la presión y el río abría brecha,

precipitándose con furia en busca del nuevo puente, arrastrando con él los troncos todavía humeantes.

Sostuvieron la respiración mientras la avenida anegaba el nuevo cauce con ímpetu desbordado. Los primeros maderos chocaron con la estructura de la pasarela y, en medio de pavorosos remolinos, fueron tragados entre los pilares para reaparecer instantes después aguas abajo, como avanzadilla a lomos de una lengua de agua que recuperaba un camino no hollado durante generaciones.

Pronto en la embocadura no quedó rastro de la empalizada ni del talud, a medida que la enorme fuerza del agua se abría paso al frente, evitando la curva que trazaba hasta aquel momento. El hueco se fue ensanchando más y más a la vista de todos los presentes que, boquiabiertos, contemplaban aquel espectáculo único. Los mozalbetes corrían río abajo por la ribera, a salvo de la corriente que los habría arrastrado de haberlos encontrado en su camino. El nivel de las aguas a ambos lados del talud se nivelaba a medida que pasaba el tiempo, la fuerza de la corriente se fue reduciendo y llegó un momento en que el agua embarrada empezó a discurrir bajo el nuevo paso de madera como poco antes lo había hecho por el cauce original.

Entonces, con el estruendo de la avenida amortiguado, empezó a alzarse un ruido nuevo surgido de las gargantas de los cientos de hombres y mujeres que contemplaban el espectáculo en las orillas, y de las decenas de jóvenes que contemplaban el río desde lo alto de Mirapex; voces discordantes al principio que poco a poco confluyeron, como la corriente del río, en una única voz que daba vivas al rey.

28

Nicolás dejó que su oponente recogiera las monedas que reposaban al borde del tablero. Desde el inicio de la partida había jugado con clara ventaja, pero tres afortunados lances consecutivos del hombre que tenía enfrente le habían permitido recuperar las opciones y terminar sacando antes su última tabla, dejándolo a solo una tirada de la victoria. Quizá ocurría también que su cabeza estaba a unos cuantos pasos de allí, en el cálido lecho de Aldara, cuyo contacto había anhelado durante toda la jornada a pesar del duro trabajo desarrollado en el claustro.

Con las obras del templo paralizadas, la grúa de rueda utilizada para alzar los grandes pesos se encontraba a su disposición, y habían empleado aquel viernes en ubicar sobre sus fustes los tres últimos capiteles labrados en el taller. Se trataba de una maniobra delicada, en la que había que poner todos los sentidos. A diferencia de los sillares, piezas que eran perforadas en las dos facetas que iban a quedar ocultas para sujetar en ambos orificios las pinzas articuladas de hierro, los capiteles estaban labrados en sus cuatro caras, y debían ser alzados con la mayor precaución usando cinchas de cuero. Un vaivén sin control podía hacer que el capitel golpeara contra el fuste y que el trabajo de meses quedara arruinado. Una vez ubicados en su lugar, llegaba el turno de los mazoneros y asentadores, que fijaban la cimbra de madera sobre dos capiteles consecutivos para disponer sobre ella las dovelas que conformarían el siguiente arco de medio punto.

A Nicolás le fascinaba el momento casi mágico en que, una vez asentada la clave del arco, la cimbra era desmontada y las pesadas piedras permanecían en un equilibrio tan estable que les permitiría seguir allí durante generaciones. Con aquella idea de permanencia se emprendían obras como la que se alzaba a su alrededor.

Al salir de La Tabla Negra sintió en los brazos y en la espalda el cansancio de una jornada en la que había recordado el duro oficio de los canteros, ayudando en la colocación de los capiteles hasta quedar exhausto. Sin embargo, la pulsión que durante todo el día había sentido en el bajo vientre no dejaba lugar a dudas a la hora de decidir adónde encaminar sus pasos.

Un sexto sentido debió de advertir a *Cierzo* que era su amo quien asomaba por la puerta del figón, porque comenzó a barrer el suelo con el rabo sin girar la cabeza, que mantuvo apoyada entre las patas delanteras. Alzó, eso sí, las orejas negruzcas que destacaban sobre el pelaje claro, atento a la primera orden.

—¡Vamos, *Cierzo*! Buen chico…

El noble animal se puso en pie y rozó con la frente el muslo de Nicolás, dejándose acariciar. Cada día esperaba junto a la puerta de la taberna bajo el tenue haz de luz que proyectaba el farol de aceite. En los días más fríos del invierno, Tristán le permitía entrar en las cuadras donde pernoctaban las caballerías de los parroquianos,

pero era rara la noche en que al salir no lo estaba esperando en aquel mismo lugar. Recorrieron el callejón hasta la Rúa y cruzaron la plazuela de San Jaime.

—¡A casa! ¡Vamos, *Cierzo*! —ordenó Nicolás en voz baja cuando se aproximaban a la entrada de la tahona.

El animal, aunque reticente, enfiló la calle de las Verjas, primero arrastrando los pasos, trotando más tarde cuando vio al amo alcanzar el portal enmarcado por el arco de piedra. La plaza entera olía a leña quemada y a pan recién hecho, pero aquellos aromas ya no despertaban en Nicolás el conocido gorgoteo de tripas, porque siempre que atravesaba aquella puerta el hambre había desaparecido, sustituido por un apetito muy diferente, más intenso, perceptible incluso si no se andaba con cuidado.

La puerta, como era habitual, se encontraba cerrada a aquellas horas, pero la falleba estaba girada de manera muy ligera, de forma que un par de leves sacudidas eran suficientes para liberar los ganchos de sus soportes, algo que servía también para advertir a Aldara de su llegada. Sonrió al recordar cómo le gustaba complacerle haciendo lo que más lo excitaba: lo esperaba tendida sobre el lecho, desnuda por completo, cubierta en todo caso por un grácil velo que, más que ocultarla, realzaba sus formas a la luz tenue de la lumbre o de las lamparillas. Ella reía al ver cómo Nicolás, apenas traspasada la puerta de la alcoba, empezaba a desprenderse del jubón, la camisola, los calzones, o cualesquiera que fueran las ropas que vestía, para dejar al descubierto la erección que quizá, le gustaba pensar, había ocultado durante el día cada vez que su recuerdo lo asaltaba. Lo hacía despacio, sin dejar que sus miradas dejaran de cruzarse, recreándose ambos en la expectativa de lo que había de llegar en unos instantes tras el primer contacto de su piel.

Aquella tarde la puerta se encontraba entornada, pero las ropas de cama lucían tersas sobre el lecho, salvo por la acusada concavidad producida por el peso de Aldara, sentada sin duda en un lado. Al abrir la vio, vestida por completo, y con una expresión muy diferente a la que acababa de imaginar.

—¿Sucede algo, Aldara?

—Nada malo, Nicolás —lo tranquilizó—. Solo que hemos de hablar.

—Si no sucede nada malo, podemos hablar más tarde —repuso con media sonrisa mientras se acercaba para colocar las dos manos sobre sus hombros.

—No, espera, Nicolás…

—¡Chsss! —chistó poniendo el índice sobre sus labios—. Solo dime… ¿Acaso ya no me deseas?

—Más que a nada en el mundo, mi amor. —Pronunció las dos últimas palabras azorada, en un tono tan bajo que no estaba segura de que hubieran salido de su boca.

—En ese caso, hablaremos después. —De rodillas ante ella, aflojó los cordones del brial pardo que vestía, aún empolvado de harina, y tiró de él hacia atrás. Luego hizo lo mismo con la camisola de lino e introdujo las dos manos para apartársela de los hombros, con suavidad. Al hacerlo, sus pechos desnudos quedaron frente a él, y acercó a ellos el rostro, hasta rozar uno de los pezones con los labios. Aldara gimió

mientras sentía cómo las manos de su amante se deslizaban hacia abajo por sus costados.

Sin embargo, retiró las manos que tenía apoyadas sobre el lecho para sujetar los antebrazos poderosos de Nicolás.

—Espera… —rogó una vez más, tratando de detenerlo. La petición que acababa de pronunciar era sin embargo desmentida por su voz anhelante, por lo agitado de su respiración, por el vello erizado de sus brazos y por el deseo ardiente que se manifestaba en su mirada.

No pudo rogar por segunda vez, porque los labios de Nicolás se unieron a los suyos un instante antes de que volvieran a abrirse; se rindió a su contacto, a su sabor, hasta que cesó cualquier resistencia, para dejarse llevar por la pasión que, una vez más, los arrastraba a ambos hasta hacer que perdieran la noción de cuanto los rodeaba.

No cruzaron más palabras hasta un buen rato después, desnudos ambos sobre el lecho, sudorosos y fatigados, tratando de recuperar el ritmo de la respiración y sintiendo cómo les invadía la conocida y esperada sensación de laxitud y bienestar.

Nicolás colocó la palma de la mano sobre el vientre de Aldara y jugueteó con las yemas de los dedos entre el vello de su pubis.

—Algún día tendrás que explicarme cómo consigues no quedar encinta. ¿Por qué siempre te niegas a hablar de ello? —Sonrió.

—Porque habrías corrido con el secreto a ponerlo en práctica con otra más joven y más lozana que yo —bromeó por primera vez aquella noche, aunque pronto la sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Algún día tendremos hijos tú y yo? —Se dio la vuelta con brusquedad y quedó tumbado de lado, enfrentado al cuerpo desnudo de Aldara. Alzó la mano para rozar sus labios y su mejilla con las yemas—. Aunque para eso tendríamos que casarnos.

—Nicolás… —Hizo el amago de retirar el rostro. Había amargura en su expresión—. De eso he de hablarte.

—Aldara, ¿a qué esa tristeza? —preguntó alarmado—. No sé si deseo escuchar lo que me quieres decir.

—Estoy segura de que sí. Quizá sea lo que más has deseado escuchar desde hace mucho tiempo.

—¿En ese caso… por qué ese brillo en tus ojos? ¿Lloras?

—No es nada, Nicolás, soy muy blanda… —Aldara se incorporó, bajó los pies al suelo y se cubrió los hombros con un ligero chal, sin duda solo para cubrir su desnudez, pues el calor procedente del horno impedía que el sudor se secara sobre la piel de ambos.

—¿Blanda? ¡Eres la mujer más fuerte que he conocido! —Nicolás evocó la lucha que había mantenido para conseguir del merino la renovación de su concesión real de la tahona a la muerte de su esposo. Obtenerla había sido un logro y, de hecho, el suyo

era el único horno de la comarca regentado por una mujer en solitario.

—Habla, Aldara, ¿qué es? —insistió.

—¿Acaso no lo adivinas? —respondió casi molesta—. Se trata de María.

—¡María! ¿Le sucede algo? —Turbado, imitó a Aldara y se sentó al borde del lecho.

—Sí, algo le sucede. ¡Le sucede que no es feliz! Tan simple como eso.

—Pero ¿cómo sabes…? —preguntó dubitativo.

—Durante estos años he seguido visitando a María en el convento. ¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo para sí—. Quizá sean las únicas visitas que haya recibido desde que profesó en la orden. Sin padres, sin hermanos… Su tío, que yo sepa, nunca ha ido a verla, excepto con motivo de las visitas pastorales que varias veces cada año realiza a toda la congregación.

—Nunca me has hablado de ello. —Nicolás se había puesto en pie para verter agua de la jarra que reposaba junto a la jofaina y, con movimientos enérgicos, empezó a limpiarse el sudor.

Aldara negó con la cabeza.

—Solo te habría provocado dolor. Creía que lo mejor para ti era que la fueras olvidando.

A Nicolás se le escapó una risa sarcástica. Nunca podría olvidarla, pero no era justo para Aldara hacérselo notar de forma abierta.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

—Viene de lejos, quizá desde el último verano. En cada nueva visita, mostraba una sonrisa más y más apagada. La luz que desprendían sus ojos en los primeros meses había desaparecido, y en las últimas semanas la María que ambos conocimos se ha ido. Las ojeras orlan sus párpados, la emoción se apodera de ella al recordar su vida anterior… Desde las últimas fiestas de la Navidad he sabido que es profundamente infeliz en el cenobio. No es solo una intuición, se trata de una certeza: María ha perdido la vocación.

—Si es que alguna vez la tuvo —espetó Nicolás con los dientes apretados mientras se vestía. Una rabia profunda parecía estar apoderándose de él.

—Anteayer acudí al convento por última vez.

—¿Y…? —apremió Nicolás.

—Allí, en el pequeño patio donde conversábamos a solas, María se derrumbó. Lloró en mi regazo como nunca nadie lo había hecho antes… Y se sinceró conmigo.

Los labios de Nicolás habían comenzado a temblar y con su silencio propició que Aldara siguiera hablando al tiempo que se cubría con la camisola.

—Te sigue amando, Nicolás. Pronto se cumplirán tres años desde que profesó, desde que escribió la carta que terminó con tus esperanzas, y en todo ese tiempo no ha dejado de pensar en ti ni un solo día. Así me lo confesó anteayer, en un mar de llanto.

—¿Crees que…? —Había terminado de ajustarse las sandalias y se puso en pie.

Una lágrima gruesa se deslizaba también por su mejilla.

Aldara asintió.

—Si las cosas fueran de otra manera, si su tío… Estoy convencida de que María estaría dispuesta a romper sus votos. —Pronunció las últimas palabras con esfuerzo y con dolor, sabiendo bien lo que traería consigo aquella revelación. También ella estaba al borde del llanto.

—Aldara… —Nicolás se acercó a ella y la tomó de las manos—. Podías… podías habérmelo ocultado y…

—¿Y cargar sobre mí con la infelicidad de las dos personas a las que más quiero?

Nicolás la rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho. Ambos habían renunciado ya a reprimir el llanto que los agitaba, en pie junto al lecho en el que acababan de yacer.

—¿Comprendes ahora por qué quería decírtelo antes? —Trató de mirarlo a los ojos pero los sollozos no la dejaron terminar. Volvió a hundir la cabeza en el hueco de su hombro.

—¿Y tú comprendes la alegría que siento ahora por no haberte dejado hablar? Aldara… —La apartó de sí para mirarla a los ojos y se llevó la mano al pecho—. Pase lo que pase entre María y yo, siempre tendrás un lugar aquí.

Ella apretó los ojos con fuerza tratando de impedir que las lágrimas siguieran vertiéndose.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó. No tenía nada a mano con lo que limpiarse la moquita y usó el paño con el que Nicolás acababa de secarse.

Él se dio la vuelta y, de manera inconsciente, empezó a recorrer de un lado a otro los pocos codos de la alcoba. No vio la fuerza con que Aldara inspiraba el olor que impregnaba el paño húmedo, y la forma en que lo apretó después contra su pecho.

—No lo sé. ¡Maldita sea, no lo sé!

—Nicolás… Cuando el prior se negó a darte a su sobrina en matrimonio eras un simple cantero.

—Escultor —la corrigió.

—Escultor —aceptó ella—. Pero ahora eres propietario de una hacienda, una hermosa casa cercana a la Puerta de Zaragoza y otra más en la morería. Además, cuentas con la cercanía al rey, y Marcel se ha convertido en un hombre respetado y apreciado en la corte.

—Los amigos del rey son enemigos del prior —sentenció—. Ese miserable jamás consentirá…

Nicolás calló en seco. Él mismo parecía sorprendido del pensamiento que había acudido a su mente. Empezó a cabecear despacio.

—Tienes que intentarlo de nuevo, Nicolás. No puedes dejar allí a María.

—O eso, o escapar juntos de Tudela. Sería feliz mostrándole lo que tuve oportunidad de ver en Francia.

No era la primera vez que la idea de regresar a la Île-de-France acudía a su mente,

pero la posibilidad de hacerlo junto a María abría una perspectiva muy distinta. Primero había sido el despecho tras saber que ella había profesado; después, el temor a correr la misma suerte que Omar, Ismail y Robert de Chester; ahora era la necesidad de sortear la negativa despiadada de Guillermo Durán.

El rostro de Aldara, sin embargo, se volvió a ensombrecer.

—Inténtalo una vez más, te lo ruego. No concibo mi vida con María y contigo lejos de aquí.

La noche se había echado encima de la ciudad cuando Nicolás asomó la cabeza por la puerta de la tahona. Tenía la precaución de comprobar que la calle estaba desierta antes de empezar a andar, no tanto por él mismo, a quien poco importaban las habladurías, sino por el buen nombre de la dueña del negocio. Aunque debía reconocer que tampoco era aquel un asunto que le quitara el sueño; en primer lugar, porque Aldara era mujer de carácter y sabría mantener a raya los rumores en caso necesario; por otra parte, porque, durante el tiempo de su intensa relación, había albergado la convicción de que aquella mujer acabaría siendo su esposa. Una cálida corriente de afecto volvió a embargarlo hasta la emoción al recordar el acto de inmensa generosidad con el que acababa de sorprenderlo.

Salió a la solitaria plazuela tras encajar el pestillo del portón y dirigió sus pasos hacia la vieja judería a través de la calle de las Verjas. Había acabado recibiendo aquel nombre por el basto enrejado de madera que cerraba los vanos de la trasera del monasterio. La luna llevaba varias noches en creciente, pero aún no se había alzado lo suficiente sobre el horizonte salvo para iluminar la ciudad en oblicuo, proyectando más sombras que luz sobre la tierra apelmazada de las calles.

El recuerdo de la suerte corrida por Robert de Chester detrás de aquellos muros hizo que se estremeciera y, de forma apenas consciente, se volvió para barrer con un rápido vistazo el espacio que la penumbra le permitía distinguir. Lo que vio le heló la sangre. Si no se engañaba, dos sombras se habían separado a toda prisa para ocultarse al abrigo de las casas que rodeaban San Jaime. De manera refleja asió la empuñadura de la daga mientras sentía que, tras el escalofrío inicial, un súbito calor le inundaba. No supo quién se había lanzado antes a la carrera, pero en un santiamén el golpeteo de tres pares de botas y su respiración acelerada era lo único que escuchaba en el silencio de la noche. Volvió atrás la cabeza para comprobar si mantenía la distancia con sus perseguidores y durante un instante perdió de vista la calle que se extendía ante él. El choque fue brutal. Conmocionado, dolorido y aterrado vio desde el suelo al hombre que había detenido su huida. Simplemente se frotaba el hombro mientras recuperaba el equilibrio sin dificultad asentándose sobre las dos piernas, a la espera de la llegada de sus compinches.

Nicolás trató de apartarse de él, de ponerse a salvo de un arma que, sin embargo, no llegó a aparecer. Se arrastró como pudo hasta sentir la inútil seguridad de una

pared a su espalda, al tiempo que sus perseguidores alcanzaban el lugar.

—¡Estúpidos! —les espetó aquella mole con desprecio.

Mientras daba un paso atrás, lo señaló a él y se cruzó el índice de lado a lado de la garganta en un gesto de significado inconfundible. Agazapado a sus pies, Nicolás vio el brillo fugaz de los dos puñales a la luz de la luna. Con sorprendente lucidez, los pensamientos se le agolparon en la cabeza: Omar, Ismail, Robert de Chester… Y supo que iba a ser el siguiente. Cuando uno de los sicarios lo agarró brutalmente por el pecho para ponerlo en pie, comprobó con asombro que no sentía compasión por sí mismo. Por el contrario, lo embargaba una inesperada resignación, sabiendo que nada podía hacer para enfrentarse a aquellos tres hombres cuyo propósito era acabar con su vida. La angustia procedía de la imagen de las dos mujeres que en aquel momento contemplaba como si las tuviera frente a él, dos mujeres del mismo nombre, Marie y María, quienes tan solo en unas horas llorarían su muerte, destrozadas por el dolor.

Al ver que el hombre que lo sujetaba con mano de hierro extendía el brazo para aplastarlo contra la pared, al tiempo que echaba atrás la diestra con la que sujetaba el puñal, solo se preguntó si sería doloroso. Se obligó a mantener la mirada fija en la de su verdugo: al menos que aquella imagen de su víctima antes de morir atormentara su conciencia, si es que la tenía. Quizá por eso no vio nada más que el rostro repulsivo del asesino antes de sentir el tirón de la mano que sujetaba su jubón cuando la mole de *Cierzo* se interpuso entre ambos. El sicario se precipitó al suelo por el impulso del mastín, que había saltado sobre él a la carrera, y en la caída arrastró a su compinche. El primero solo tuvo tiempo de lanzar una exclamación ininteligible antes de que su garganta se convirtiera en un amasijo sanguinolento entre las fauces del animal. Nicolás reaccionó. El miedo a que el otro atacara al perro le hizo adelantarse, aprovechando la momentánea ventaja. Sacó la daga del fondillo y se arrojó sobre el cuerpo desplomado del segundo esbirro, cuyo brazo parecía haber quedado atrapado bajo el cuerpo de su compinche. Sintió cómo el filo vencía la resistencia del tejido, penetraba en el vientre de aquel hombre y pasaba bajo las costillas en dirección al corazón. Tan solo alcanzó a pensar que era tremendamente fácil matar. Lo acuchilló una sola vez porque percibía que el peligro no había pasado. Casi de un salto se puso en pie y se encaró con el tercer hombre, el que lo había detenido. Seguía plantado en el centro de la calle y también portaba un arma en la mano, pero no se trataba de una daga, sino de una espada corta. Miraba atónito la escena que acababa de desarrollarse ante él, quizá decidiendo si le había llegado el turno de intervenir. Nicolás sintió la presencia tranquilizadora de *Cierzo* a su lado. Eso le permitió lanzar una rápida mirada hacia atrás, para comprobar que solo había dos cuerpos convulsos, y que la sangre que a borbotones manaba de sus heridas empezaba a formar un charco que reflejaba la luz de la luna. El mastín seguía gruñendo de forma amenazadora, tan solo a la espera de una orden de su amo para lanzarse sobre aquel hombre. Nicolás sostenía la daga en la mano derecha. El desconocido, aún embozado, esgrimía su espada con fuerza. Miraba a ambos de forma alternativa, midiendo sus opciones.

Entonces retrocedió un paso. Después otro, y otro más, hasta que con un giro rápido se lanzó a una carrera calle abajo. Solo antes de doblar la esquina echó la vista atrás para comprobar si había azuzado al perro en su persecución.

Nicolás cayó al suelo de rodillas y se abrazó al cuerpo cálido del mastín, cuya respiración fatigada le consoló como un arrullo. Se permitió cerrar los ojos, apoyada la cara sobre la testuz del animal, sintiendo con los brazos la fuerza de los potentes músculos que le habían salvado de una muerte cierta. Permaneció de aquella manera un buen rato, hasta que se dio cuenta de lo expuesto de su situación. Dos cadáveres yacían a su lado, uno acuchillado, el otro con la garganta destrozada por los dientes de su perro. Si alguien lo encontraba allí tendría serias dificultades para explicarse, y conocía bien cuál era la pena por homicidio establecida por las leyes del Fuero. Miró a su alrededor, pero no había señal de ninguna presencia. Se encontraban en la trasera del priorato y a aquella hora los monjes descansaban en el dormitorio, ubicado en el ala oriental, a muchos pasos de aquel lugar.

Se levantó entumecido y comprobó que *Cierzo* barría el suelo con el rabo, como cada vez que estaba contento. Una vez más le frotó la frente con afecto y lo apartó de allí porque la sangre, aunque empezaba a coagular, estaba a punto de alcanzar el círculo que dibujaba. Pensó en el charco que se habría formado con la suya propia y se estremeció. Con el asco reflejado en el semblante, se obligó a agacharse para retirar el capuz a los dos muertos, pero bajo la escasa luz de la luna ninguno de aquellos rostros exangües le dijeron nada.

—¡Vamos, *Cierzo*! —musitó con voz apenas audible.

Recorrió la distancia que lo separaba de la casa familiar atento a las señales que solo el sexto sentido del mastín podía captar. Cuando el portón del patio se cerró tras él, cruzó la explanada para asegurarse de que también el cerrojo de la portezuela que daba a la muralla se encontraba bien trabado. Solo entonces se sintió a salvo por completo. Se acercó a la alberca y, con las manos, sacó el agua necesaria para limpiar de sangre el morro, las fauces y el pecho de *Cierzo*. Hizo lo mismo con la daga, que no había soltado hasta aquel momento.

No fue capaz de cerrar los ojos. Cada vez que lo hacía se reproducía la escena que acababa de vivir en la calle de las Verjas. Pasó la noche pensando en el revuelo que agitaría la ciudad cuando al amanecer alguien diera la voz de alarma. Por desgracia no eran extraños los altercados nocturnos, los ajustes de cuentas, las venganzas de maridos engañados… Pero dos cadáveres juntos atraerían la atención de la Justicia del rey. Decidió que no hablaría con nadie de lo sucedido, que se levantaría del lecho, saludaría a Marcel y se despediría de él cuando cada uno marchara a su tarea, como cada día. Pero después María ocupó sus pensamientos, y el canto del gallo le sorprendió con los ojos fijos en las rendijas de la ventana, esperando el primer atisbo de claridad.

No probó el pan con queso ni el vino que Marcel comió con apetito: se disponía a emprender otra agotadora jornada preparando las piedras que pronto habrían de utilizarse en los pilares del puente. Se despidieron en la puerta de la casa. Nicolás decidió que daría un rodeo, quizá por la calle de las carnicerías, para evitar el alboroto que a aquella hora ya se habría desatado en la calle de las Verjas. Se topó con un hortelano que bajaba hacia la Puerta de Zaragoza tirando del ronzal de una mula. Sabía que vivía en un callejón que se abría a la Rúa, por lo que de manera forzosa había tenido que pasar por la trasera del priorato. Sin embargo, nada en su actitud indicaba que hubiera sido testigo de algo fuera de lo normal.

Decidió que, a pesar de todo, se acercaría al lugar en compañía de *Cierzo*. Cuando dobló la esquina y vio la calle de las Verjas a la luz del día, no podía dar crédito a sus ojos. Varios jornaleros subían hacia la calle del Portal hablando de forma animada, y se cruzaron con dos mujeres que, sin duda, se dirigían a la tahona de Aldara en busca de pan recién cocido. Todos ellos pasaron sobre el lugar donde solo unas horas antes yacían dos hombres desangrados. Caminó despacio hacia allí y *Cierzo* se puso a gruñir, levantando el labio superior para mostrar los caninos que habían desgarrado el cuello de uno de ellos. Fue la única señal que le hizo estar seguro de que aquel era el lugar. Los cuerpos no estaban y no había trazas de sangre a la vista. Miró con atención y recogió varios palos finos y rectos, procedentes sin duda de una escoba de ramas. También apreció un cambio sutil en el color del piso. Alguien se había tomado la molestia de ocultar los rastros de la pelea, arrojando y apelmazando tierra nueva sobre la que había resultado manchada por la sangre, imposible de limpiar.

29

Le provocaba una desazón indescriptible pensar en enfrentarse de nuevo a solas al prior Guillermo. Había algo inquietante en aquel hombre, algo que le impulsaba a evitarlo cada vez que se detenía junto al maestro Beltrán. Cuando era él el interpelado acerca de las figuras que tallaba, la cordialidad estaba siempre ausente, los silencios resultaban incómodos y la conversación no giraba sino en torno a aspectos técnicos o acerca de la disposición de las escenas, de forma que estas se adaptaran de la manera más fiel al programa iconográfico consensuado con el maestro. No había críticas a su trabajo y sabía por Beltrán que se mostraba más que satisfecho con él, pero ni una sola vez lo había alabado en público en aquellos años, a diferencia de lo que sucedía con Bernardo y con otros miembros del taller.

Y, sin embargo, tras la revelación de Aldara la víspera, cada hora que pasaba incrementaba en él la sensación de estar perdiendo un tiempo precioso. Su viaje a París, quizá tan solo una huida, había hecho que llegara tarde para evitar que María pronunciara sus votos en Tulebras. Ni un solo día en aquellos años había dejado de preguntarse qué habría sucedido de haber regresado antes, o simplemente de no haber partido. Tal vez en aquel momento estaría compartiendo con ella una vida plena y feliz en Chartres, en Reims o en cualquiera de las ciudades donde en aquel momento se necesitaban buenos escultores, ávidos de asimilar las nuevas técnicas y las nuevas modas que surgían en torno a la Île-de-France. No podía dejar pasar una segunda oportunidad, y para ello se hacía imprescindible enfrentarse de nuevo a Guillermo Durán.

Los sucesos de la noche anterior no se le iban de la cabeza, pero conforme avanzaba el día, convencido ya de que aquel hombre corpulento y desconocido que había dado la orden de ejecutarlo a sangre fría se había ocupado de borrar cualquier huella de su intento, María ocupaba de nuevo sus pensamientos. Pensó y descartó de inmediato varias formas de abordar el asunto con el prior, esbozó para sus adentros los argumentos que podría esgrimir, y la contrapartida que podría ofrecer a cambio de que Guillermo Durán accediera a hacer posible su anhelo.

—¿Qué haces, Nicolás? —La mano del maestro Beltrán, que sujetaba su muñeca con fuerza, lo sacó de su ensimismamiento. El mazo no llegó a golpear el cincel.

—¿Qué queréis decir? —acertó a responder, desconcertado.

—Estás confundiendo la escena. No es a san Martín a quien debías representar aquí.

Nicolás sintió que un tremendo calor le subía por el cuello y supo que había enrojecido por la vergüenza.

—Lo lamento, maese Beltrán. He arruinado el capitel. —Dejó las herramientas a un lado y se dejó caer sobre el taburete. Dobló la espalda y se cubrió el rostro con las

manos, al tiempo que expiraba hondo—. Podéis descontármelo de mi salario.

—Tal vez no sea necesario… si a cambio me cuentas qué te sucede. Sabes que te aprecio, y que me preocupa verte así. ¿Asuntos de amoríos? —apuntó el anciano.

Nicolás se limitó a afirmar con un sonido gutural.

—¿Se trata de la panadera?

—¿Cómo sabéis…? —respondió incorporándose turbado.

—¡Ah, joven amigo! Hay pocas cosas que se le escapen a un viejo observador como yo, interesado como soy en los males que afligen al alma humana.

—No se trata de Aldara.

Esta vez fue Beltrán el sorprendido.

—¿Hay otra, rufián? —trató de indagar con una sonrisa cómplice.

—Siempre la ha habido.

El semblante del maestro se nubló.

—¿Acaso te refieres a la sobrina del prior? Creía que la habías olvidado hace mucho tiempo. Es una hermana de la Caridad y vive en clausura. ¡Si no la has olvidado es hora de que lo hagas, muchacho! —El rostro de Beltrán expresaba una preocupación sincera.

—Durante tres años he tratado de hacerlo. Y creía haberlo conseguido… hasta ayer.

—Aquí me tienes, dispuesto a escucharte si es que puedo ser de alguna ayuda. Aunque no creo que te sirva de mucho el consejo de un viejo que hace años olvidó lo que es sentir por dentro el fuego del deseo.

Nicolás se quedó mirando el rostro arrugado y el cabello del anciano, largo, amarillento y enmarañado. Siempre había sido franco con él, estaba convencido de que el aprecio del que hablaba era sincero, y sabía que nunca usaría en su contra nada de lo que le contara. Eso le decidió a abrirse a él. Le reveló los detalles de su íntima relación con Aldara, el contacto que esta había conservado con María, y el cambio que en los últimos tiempos se había producido en ella, así como el acto de generosidad y renuncia de la mujer que había sido su amante durante tres años.

—¿Crees que la sobrina del prior está dispuesta a renunciar a sus votos? —preguntó Beltrán sinceramente impresionado.

—Sé que Aldara nunca me habría contado esto, nunca habría renunciado a… lo nuestro, si existiera una sola posibilidad de que María se echara atrás. Es quien mejor la conoce, nunca han existido secretos entre ellas.

—¿Aldara también le ha confesado a María que durante este tiempo habéis sido amantes?

Nicolás comprendió que no sabía responder a aquella pregunta, y ello le hizo sentirse incómodo.

—No lo sé —confesó—; pero lo sepa o no, su deseo es que volvamos a estar juntos.

—¿Y qué vas a hacer para conseguirlo? —Beltrán bajó la voz para evitar que sus

palabras alcanzaran a uno de los monjes que en aquel momento pasaba por detrás. Cuando el fraile se perdió por la estrecha portezuela que conducía a las estancias del prior, el maestro escultor señaló hacia allí—. ¿Hablarás con él?

—Sabéis que ya lo hice en una ocasión y su negativa fue tajante —se lamentó—. Sin embargo… Quizá ahora sea distinto. Dispongo de fortuna, ya no soy un don nadie.

—No será distinto, Nicolás… —Beltrán se sentó sobre una pesada dovela e inclinó la cabeza hacia el suelo. Con la sandalia trazaba en el suelo dibujos geométricos sin sentido.

—¿Hay algo que yo no sepa?

—Ignoro cuál es, Nicolás, pero existe algún motivo por el que el prior manifiesta hacia ti una inquina que me preocupa. En más de una ocasión me ha pedido que te expulse del taller —le reveló con amargura, pero soltó una corta risotada para continuar—. ¡Me negué, por supuesto! Eres el mejor discípulo que he tenido, y no voy a prescindir de ti. Le respondí que antes me llevaría al taller al completo a un nuevo templo. Hace tiempo que me reclaman en la Seo de Zaragoza.

—¡Os lo agradezco! —La sonrisa con la que quiso acompañar sus palabras se vio nublada por el estupor ante lo que acababa de escuchar.

—No tienes nada que agradecerme, es puro interés. En este momento tú eres el mejor activo de mi taller. Ni Bernardo de Almazán puede compararse a ti en habilidad.

—Sin embargo, me temo que el prior consiga lo que desea.

—No alcanzo a comprenderte…

—Si no cuento con su permiso, cargaré las alforjas de *Galocher*, sacaré a María del convento y nunca más regresaremos a Tudela. Como un día hicieron mi padre y mi madre.

Beltrán cerró los ojos. Con las manos entrelazadas, apoyó los dos pulgares en el entrecejo y permaneció durante un largo rato en actitud pensativa. El silencio se instaló entre ambos, roto tan solo por el insistente martilleo de los oficiales del taller.

—Que Dios me perdone lo que te voy a decir, Nicolás, pero hay una manera. ¡Maldita sea, claro que la hay! —Pronunció las últimas palabras con rabia, como si tratara de convencerse de que hacía bien.

—¿Quieres decir que hay algo que puede convencer al prior de que me conceda la mano de su sobrina?

—El chantaje…

Nicolás abrió los ojos, sorprendido.

—¿Queréis decir que tenéis conocimiento de algún secreto del prior?

—No, yo solo tengo sospechas, que nunca he querido confirmar. Siempre he creído que no era asunto mío… Hasta hoy. Que puedas marchar lejos me afecta de lleno, y no lo voy a permitir. Eres tú quien tiene la oportunidad de averiguar algo con lo que tendrías al prior en tus manos. Hoy mismo. En este mismo instante…

—No os comprendo. —Nicolás abrió las manos, desconcertado e impaciente.

—¿Te has fijado en el monje que acaba de entrar en las dependencias del prior?

Nicolás asintió.

—¿Lo conoces?

—Se cubría con el capuz del hábito.

—No es un monje del priorato. Se trata de una mujer. Lo visita casi a diario, aprovechando las horas de trabajo de la comunidad entre tercia y sexta, antes del Ángelus.

—¡No es posible! ¿A plena luz del día? ¿Sin esperar a la soledad de la noche?

—¡Precisamente! El dormitorio de la comunidad se encuentra justo debajo de las dependencias del prior. En medio del silencio nocturno es más difícil que los ruidos pasen desapercibidos, sobre todo si alguno de los hermanos es de sueño ligero. Escucha ahora, en cambio… —Alzó el índice al aire y calló para percibir mejor los sonidos que los rodeaban, en la hora de mayor actividad tanto en el monasterio como en la colegiata donde, a pesar de la ralentización de las obras, los escultores y otros operarios seguían trabajando.

Nicolás lo miró de hito en hito.

—¿Estáis sugiriendo que suba ahí, que entre en su alcoba y que sorprenda al prior fornicando con una mujer?

—Que Dios tenga piedad de mí, pero es exactamente lo que te estoy proponiendo. No te he contado sino una parte de lo que sé sobre el prior… Tan solo te diré que ese hombre es un bastardo y se merece esto y más.

Las rodillas le temblaban al subir la empinada y estrecha escalinata encajada en la piedra que conducía al piso alto, situado sobre el dormitorio común y sobre la galería del claustro. El reducido descansillo que daba acceso al corredor se encontraba iluminado por la misma lamparilla que recordaba, a pesar de ser mediodía. La primera puerta, correspondiente a la alcoba, se encontraba cerrada como había supuesto. En su visita anterior era la luz procedente de la ventana del despacho la que proporcionaba claridad al pasillo, pero también se encontraba cerrada, por lo que la penumbra era casi absoluta al entrar. Acercó la oreja a la puerta del dormitorio, pero no llegó a aplicarla por temor a que un crujido inoportuno delatara su presencia antes de tiempo. Se trataba de un sólido portón, y quizá aquella fuera la causa de que tan solo un apagado e ininteligible rumor de voces alcanzara el lado en que se encontraba. Avanzó rozando la pared de piedra con las yemas hasta alcanzar la entrada de la habitación que hacía las veces de despacho y sala de visitas. Con extremo cuidado, empujó ligeramente la puerta, pero también estaba cerrada. No podía abrir el picaporte sin arriesgarse a que este saltara del soporte con el ruido característico que sin duda advertiría al prior. Pensó en el rostro duro y en la mirada penetrante del clérigo y decidió que lo más prudente era regresar al claustro. Tal vez

fuera mejor esperar a la salida de la mujer y desenmascararla en el exterior para estar seguro de su identidad sin provocar un escándalo dentro del monasterio. Sin embargo, aquello daría la posibilidad a Guillermo Durán de negar su falta, aduciendo quizá que la mujer había acudido a él en busca de ayuda o consuelo espiritual. Se detuvo, paralizado por la duda. Entonces se obligó a pensar en el motivo que lo había llevado allí. María. Y Beltrán, cuya conciencia nunca descansaría tranquila después de desvelar el secreto del eclesiástico para quien trabajaba. No podía fallarles a ninguno de los dos.

Regresó a la puerta y sujetó con ambas manos el asidero. Tiró de él de manera progresiva haciendo palanca con las piernas y el cuerpo, al tiempo que con los pulgares presionaba sobre el resorte que debía alzar el pasador al otro lado. Cuanta más fuerza aplicaba, más seguro estaba de que el resorte acabaría saltando con un chasquido. Y saltó. Pero la puerta podía abrirse ya. Empujó sin soltar aún el mecanismo y entonces los goznes chirriaron de tal forma que el eco reverberó contra los muros de sillar del interior de la estancia. Pensó en salir corriendo de allí, pero ya era tarde. La cabeza de Guillermo Durán, encarnada y cubierta de sudor, asomaba bajo el dintel de la alcoba, y sus miradas se cruzaron.

—¡Espera fuera! ¡Me estaba cambiando el hábito! —improvisó—. No sé qué diantres quieres, pero en un momento estoy listo.

Nicolás casi sintió alivio al comprender que había dejado al prior una escapatoria. Unai, buen cazador, siempre decía que un animal acorralado es el más peligroso. Se mantuvo bajo el umbral hasta que escuchó las suelas del fraile contra el pavimento de piedra del despacho. Años atrás, el prior, en un gesto de autoridad, lo había esperado de espaldas ante la ventana exterior, pero en aquella ocasión fue directo a la puerta después de tener la precaución de cerrar de golpe la comunicación con la alcoba.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? ¡Estoy ocupado! Habla con Beltrán si tienes alguna duda sobre esos malditos capiteles —espetó sin poder controlar su indignación—. Me han manchado de aceite en la cocina ¡y tengo que perder el poco tiempo de que dispongo cambiándome el hábito!

Nicolás estuvo a punto de dejar escapar una sonrisa. Curiosamente era el aceite lo primero que le había venido a la cabeza. Su agitación debía de ser tal que no reparaba en que, de haber atravesado el claustro desde la puerta que daba a las cocinas, lo habrían visto quienes trabajaban en él. El prior se apartó de la puerta y se dirigió a la mesa de madera que era su lugar de trabajo, tan cubierta de pergaminos como recordaba el joven. Sin duda quería hacer ver que el trabajo que le esperaba era inaplazable.

—No es Beltrán quien puede resolver mi problema; nada tiene que ver con la escultura del claustro. Es con vos con quien quiero hablar.

—En otro momento, yo te avisaré cuando disponga de tiempo.

—Hemos de hablar ahora. No voy a prolongar un instante más el sufrimiento al que habéis sometido a vuestra sobrina durante años.

El clérigo lo miró con incredulidad.

—¡María de nuevo! —exclamó poniéndose en pie ante la mesa—. Estás loco, escultor, si crees que voy a reconsiderar mi decisión. Mi sobrina profesó en Tulebras y desde hace tres años es monja de clausura. ¡Cometes sacrilegio solo por pensar en ella!

La impostada irritación del prior le quemaba por dentro, y Nicolás sintió que las barreras que el temor le imponía empezaban a caer mientras hablaba.

—Tengo motivos para creer que María me sigue amando —declaró tajante.

Las pupilas del prior se dilataron por la sorpresa. Sus ojos se abrieron de manera desmesurada para luego entrecerrar los párpados en un rictus de odio.

—¿Acaso has osado hablar con ella? —La pregunta contenía una amenaza.

—Sé que está dispuesta a renunciar a sus votos para contraer matrimonio.

El prior reaccionó como si hubiera recibido una puñalada en el pecho. Pareció que le faltaba la respiración. Empezó a boquear, sin poder pronunciar una palabra.

—Y esta vez no me conformaré con vuestra negativa —añadió Nicolás con enorme aplomo—. Si no hacéis lo necesario, os robaré a María, me la llevaré lejos de aquí y jamás volveréis a saber de ella.

Durante un instante, el silencio se adueñó de la estancia. El prior trataba de tomar aire. Cuando lo consiguió, las bocanadas se fueron convirtiendo en soplidos, en breves risotadas, y en carcajadas al fin que llenaron de lágrimas aquellos ojos cargados de odio.

Nicolás hizo caso omiso de la reacción, propia de un perturbado.

—¡Ya no soy un pobre cantero! —Habló alzando la voz para hacerse oír—. Dispongo de rentas y hacienda, gozo de la consideración del rey y vuestra sobrina disfrutará de la posición desahogada que merece.

Las risas arreciaron. Nicolás sentía que cada carcajada aumentaba la presión que le oprimía las sienes, que la rabia crecía en su interior amenazando con desbordarse. Era poco dado a perder los estribos, pero si no lo hacía aquel día no lo haría nunca. Dejó que la espita se abriera y, con un súbito impulso, en tres zancadas, cruzó la habitación y empujó la puerta de la alcoba con una patada que la hizo estamparse contra la pared de piedra. Un grito agudo se escapó de la garganta de la mujer que esperaba agazapada en el interior.

El prior perdió el color y la risa se le congeló en la boca.

—Tramitaréis la dispensa de vuestra sobrina y la liberaréis de su promesa. Ante el obispo, ante el nuncio, ante el mismo Papa de Roma si es preciso. Y la dotaréis para el matrimonio que vos mismo celebraréis. —Enunciaba cada exigencia con sobrealiento, pero con una extraña serenidad—. De lo contrario el obispo sabrá lo que ha venido sucediendo y lo que sucede en esa alcoba. Y el rey. Y la ciudad entera.

—Antes te mataré. —De manera furtiva deslizó una mano bajo el tablero de la mesa.

Nicolás, con rapidez, asió su daga con la diestra y la esgrimió ante el prior.

—No os atreváis. Nada de lo que ha sucedido aquí trascenderá si os avenís a cumplir mis condiciones.

—Te mataré al primer descuido.

—No lo haréis. Voy a salir de aquí ahora, pero regresaré muy pronto para obtener un documento de vuestro puño en el que quedará reflejado nuestro acuerdo amistoso. Mientras, me ocuparé de redactar dos breves escritos que esconderé en lugar seguro. Daré instrucciones precisas para que se hagan llegar a quien corresponda en caso de que algo me sucediera a mí o a algún miembro de mi familia. ¡No mováis un dedo! —amenazó al comprobar que persistía en su actitud.

Retrocedió sin perder de vista al clérigo, tanteó la puerta y la cerró tras de sí cuando salió. Sabía que el prior no daría la voz de alarma mientras la mujer permaneciera en su alcoba, así que descendió las escaleras ligero, pero sin correr. Salió a la crujía del claustro y ya se dirigía al tránsito para llegar a la colegiata cuando pensó que sería mejor idea acortar el trayecto a través de las cocinas. Si Guillermo Durán enviaba a alguien en su busca, aquel atajo le proporcionaría la ventaja suficiente. Llegó a la puerta que daba acceso a los subterráneos sin abandonar la protección de la galería porticada y solo reparó en que Beltrán seguía sus pasos con la mirada cuando estaba a punto de iniciar el descenso. Con la mano derecha le hizo una señal de victoria y se perdió por las escaleras en dirección a las bodegas. Atravesó todas las estancias sin detenerse y sin dar explicaciones, ante la mirada atónita de aquellos que se cruzaban en su camino. Salió a la calle del Portal, descendió por la de las Verjas pasando por encima del lugar donde la víspera había estado a punto de perder la vida, y echó a correr para alcanzar la casa de la muralla. Tampoco allí perdió un momento. Ensilló a *Galocher*, tomó la llave que necesitaba, y montó al salir. Abandonó el recinto amurallado por la Puerta de Zaragoza, remontó el río hasta el primer vado y bordeó la muralla de la morería hasta entrar en ella por la Puerta de Tarazona. Pasó junto al viejo cementerio y usó la llave que acababa de recoger para abrir la casa de Ismail. Con *Galocher* en el patio, atravesó el zaguán y buscó el recado de escribir que el maestro guardaba en su mesa. Se sentó en la vieja silla taraceada, tomó un trozo de pergamino y lo partió en dos mitades con la daga. Se obligó a tomar aire ante de empezar a garabatear el mensaje que había pergeñado durante el trayecto. Luego lo copió en el segundo fragmento. Los dobló e hizo con ambos un envoltorio, cuidando de dejar en una de las caras espacio suficiente para una pequeña anotación. En el primero escribió: *De Guillermo Durán, prior. Para Sancho, rey de Navarra*. En el segundo copió el inicio y reflejó al obispo de Pamplona como destinatario. Ató los dos fardelillos con bramante y con ellos en la mano volvió a cruzar el zaguán para bajar a la bodega. Colocó la escalera en el lado opuesto de la bóveda, ascendió por sus familiares travesaños y tanteó la pared en busca del escondrijo.

El zalmedina sabría dónde buscar si algo le ocurría.

Recorrió el camino inverso, invadido por una enorme paz interior que no

recordaba haber experimentado jamás. Conducía a *Galocher* de las riendas y por vez primera en mucho tiempo sintió la sensación de haber tomado también las riendas de su destino. En pocas horas había pasado de estar a punto de perder la vida a ganar una vida nueva, la vida que siempre había deseado desde que un día lejano el azar quiso que María se cruzara en su camino.

Solo restaba pasar el trago de contemplar de nuevo el rostro odioso del prior Guillermo, pero lo que vendría a continuación bien compensaría el esfuerzo. Ató a *Galocher* en los establos de La Tabla Negra, dispuesto a cubrir la escasa distancia que lo separaba del monasterio en busca del documento que, ahora estaba seguro, el prior le iba a extender según su dictado. Y con él en la mano… Nicolás saboreó la escena. Se acercó al caballo, le palmeó la tabla del cuello y le susurró junto a la oreja.

—Descansa ahora. Más tarde nos espera una buena galopada hasta Tulebras.

30

Tan solo habían transcurrido dos meses desde el día en que todo el caudal del Ebro empezó a discurrir por el antiguo cauce abandonado. Desde entonces, los maestros, los oficiales, los aprendices de carpintero habían trabajado a destajo, de sol a sol, junto al ejército de peones que asentaban aguas abajo el millar de grandes vigas de madera que iban a soportar el azud. Cientos de voluntades se habían concentrado en el mismo esfuerzo y cada uno de ellos aportaba su destreza, llevados todos por un entusiasmo contagioso, por el afán de participar en algo que, intuían, se recordaría durante generaciones. Los mismos almadieros que transportaban río abajo la madera de los bosques cercanos habían puesto a flote una enorme y sólida barcaza, capaz de desplazarse a lo ancho del cauce sujeta a una gruesa maroma; los cordeleros habían trabajado durante meses en el trenzado de sogas de esparto cuya longitud, de poder sumarse, se habría medido en leguas; las existencias de arpillera para coser sacos terreros y la capacidad de los artesanos para tejerla se habían mostrado insuficientes; y las naves de los mercaderes que habitualmente llegaban a la ciudad habían remontado el Ebro con incontables cargamentos procedentes de Zaragoza; aquellos mismos sacos se llenaban con piedras de río, desechos de las canteras y tierra arcillosa para ser transportados a las inmediaciones del azud, cargados en las barcazas y arrojados al fondo en los lugares que los maestros de obra habían hecho señalar con estacas.

No era extraño ver afanadas en las tareas a numerosas cuadrillas de mujeres: trenzaban cuerdas, cosían sacos y no se quedaban atrás a la hora de acarrear cantos. También los grupos de zagales habían sustituido sus juegos habituales en aquel principio de verano por aquella otra actividad que les prometía emociones intensas, a la vez que les permitía sentirse útiles a sus mayores. Las dos veredas que bordeaban el trazado del río hasta el puente de madera eran un continuo ir y venir de mulos, carretones y yuntas de bueyes que arrastraban cascajo, madera y arcilla. Hombres y bestias atestaban el camino que, en ocasiones, se había vuelto intransitable, hasta que la milicia intervino para hacer obligatorio el regreso de los carros vacíos dando un rodeo por el Camino Real.

En aquellas ocho semanas había ido tomando forma una barrera compuesta por sacos de grava y arcilla, y soportada por una estructura de centenares de troncos de madera afianzados en el fondo del río. La proeza había sido posible gracias al uso de un ingenio que, aun fabricado con prisa, había demostrado su eficacia. Se trataba de un martillo hidráulico, un artefacto formado por una sólida rampa de madera y una rueda de palas accionada por la fuerza del agua. Ideado para ser colocado sobre la barcaza, la simpleza de su mecanismo había sido la clave: en el eje de la rueda se enrollaba una fuerte maroma que alzaba un pesado bloque de piedra hasta el punto

más alto de la rampa inclinada. Allí era trabado con un sencillo mecanismo de palanca. El tronco se situaba debajo, sujeto con dos sólidas argollas de hierro móviles, y con el extremo afilado dentro del agua y rozando el fondo. Cuando el oficial estimaba que la posición de la barcaza era la correcta, se accionaba la palanca que dejaba caer el mazo a lo largo de la rampa hasta que impactaba sobre la viga de madera. La operación se repetía las veces necesarias para que la sólida estaca quedara firmemente clavada en el lecho, de forma que sobresaliera del agua apenas dos codos.

En el lado izquierdo de la corriente, solo unos pasos aguas abajo del cauce desviado, se había alzado una estructura de madera destinada a soportar la gran compuerta que terminaría por cerrar el curso del río. Con el azud ya construido en su totalidad, y revestido en la parte que se enfrentaba a la corriente con sacos repletos de arcilla para impermeabilizarlo, el agua se precipitaba con fuerza por debajo de la enorme plancha de madera destinada a cerrar la represa. Dos enormes troncos desbastados servían de guía para las argollas circulares que permitían el movimiento vertical de la compuerta.

Aquel amanecer de mayo, por segunda vez desde la Pascua, la ciudad entera se había dado cita junto al río. Era el día elegido para hacer descender aquel ingenio por sus guías y obturar de forma completa el paso de agua en dirección a Tudela. Nicolás contemplaba la escena con un nudo en el estómago. Había tratado de calmar la impaciencia estimando el número de lugareños que abarrotaban los caminos y las laderas circundantes en el monte de Mirapex. Aun sumando los forasteros llegados de aldeas y villas cercanas, estimó que dentro de las murallas de Tudela solo debían de quedar unos cuantos ancianos impedidos, amén de los miembros indispensables de la guardia para evitar el saqueo y los robos en una villa de repente abandonada por sus habitantes. Lo que veía le hacía pensar que aquella jornada iba a convertirse en una fiesta: algunos de los tenderetes que se levantaban en los días de mercado estaban aquella mañana allí, sobre carretas en las que los más avispados habían colocado sus mercancías, dispuestos a llenar la bolsa. Los carniceros no daban abasto ya a aquella hora temprana a despachar morcillas, salchichas, cecina, y piezas de carne fresca; los vinateros alzaban los pellejos para llenar las botas, sin tiempo apenas para guardar en la faltriquera las monedas que recibían en la mano; los panaderos servían, enteros o en trozos, los panes que habían cocido de víspera y aún antes, amén de empanadas y dulces, lujos que aquel día muchos parecían dispuestos a permitirse. El humo de las fogatas dispersas por los sotos y los campos cercanos arrastraba olores irresistibles y familias enteras asaban en las brasas las piezas de carne que acababan de adquirir, o los conejos que habían desnucado en los corrales aquel mismo amanecer. Aquellos meses, el dinero había vuelto a circular en Tudela: el trabajo había sido extenuante, pero cada sábado los sueldos de vellón llenaban las bolsas. El optimismo parecía adueñarse de los habitantes de aquella parte del reino.

Nicolás se había apartado de su propia familia, que también preparaba un suculento almuerzo en torno a un fuego, a la espera de la llegada del rey y de los

notables que habrían de presenciar el acontecimiento. Quería contemplar el inusual panorama desde la misma orilla del río y allí estaba, recostado en un árbol sobre una sola pierna, mientras apoyaba la suela de la sandalia sobre la corteza del tronco; pero los olores que le asaltaban la nariz le impelían a regresar junto a los suyos. Entonces divisó a la buena de Aldara delante del tenderete que había instalado entre dos viejos olmos, acompañada del zagal que en los últimos meses la ayudaba en la tahona con los trabajos más pesados. El relámpago del deseo regresó al contemplar en la distancia el brial ceñido bajo el que tantas veces había introducido las manos antes de arrancárselo del cuerpo. Unos meses atrás habría seguido regodeándose con aquella visión y aquel recuerdo, recreándose con la incipiente reacción que anticipaba lo que podría suceder unas horas más tarde. Sin embargo, en aquella ocasión fue solo un pensamiento fugaz que alejó de su mente al instante, porque el recuerdo de María, del rostro que había vuelto a contemplar después de tres años, lo llenaba todo.

Se permitió, aún recostado sobre el tronco, cerrar los ojos un instante y recrearse en las escenas vividas aquel día que había vuelto a dar sentido a su vida. El trayecto hasta Tulebras, por vez primera a lomos de *Galocher*; la fortuna, señal de que Dios había cambiado de parecer y trataba de allanar las dificultades, de hallar a María en el lavadero, acompañada tan solo por una novicia que, aun asombrada y escandalizada, obedeció la orden de permitirles un instante de intimidad; el temblor de las manos de María mientras leía el pergamino rubricado poco antes por su tío el prior; la mirada con la que le suplicaba escuchar de su voz que aquello era cierto, y no una broma cruel; la promesa, hecha con voz trémula, de estar juntos el resto de sus vidas, sin volver a separarse; el llanto de María y su propio llanto mientras, inseguro, se atrevía a rozar sus manos mojadas que conservaban aún el olor del trozo de jabón parduzco que acababa de soltar.

No pudo verla, sin embargo, cuando regresó al convento dos días más tarde. Aunque a través del torno, se entrevistó con la abadesa, que le requirió el documento firmado por el prior. Aquella tarde le confirmó que María seguía formando parte de la comunidad en tanto no se recibiera en el convento la necesaria dispensa papal, que habría de tramitarse a través del obispado y del nuncio de Roma. En el momento en que aquel requisito inexcusable se cumpliera, nadie le pondría impedimento para dejar su hábito colgado en la celda y abandonar el cenobio para no regresar.

Evocando aquel instante con los ojos entrecerrados, inspiró una bocanada de aire fresco que hinchió sus pulmones y le proporcionó un bienestar que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

El sol se alzaba ya detrás de Mirapex cuando los sonidos que el ligero bochorno arrastraba por el cauce anunciaron la proximidad de la comitiva real. Nicolás besó la frente de su madre cuando la dejó para reunirse con Marcel. En el grupo formado por los maestros de obra y los representantes de los gremios se respiraba una tensión

contenida, mientras José de Tolosa hablaba con tono grave con dos de sus iguales y con Diego de Ablitas, el maestro carpintero. Marcel le había comentado la víspera las dudas que todos ellos albergaban acerca de la resistencia de la compuerta en el momento en que esta descendiera hasta el fondo privando al agua, que hasta entonces se precipitaba con fuerza por el canal, de su desagüe natural en busca del viejo puente de Tudela.

Los formidables soportes de la compuerta aparecían sujetos en su parte más alta por dos gruesas maromas amarradas a otros tantos anclajes fuertemente clavados en tierra firme, aguas arriba. Ambas se habían tensado con dos enormes tornillos de rueda, junto a los cuales esperaba una docena de fornidos peones dispuestos para girar sus vástagos si era necesario incrementar la tensión durante la operación.

También percibió tensión en el rostro del rey Sancho cuando la comitiva se abrió paso hasta las inmediaciones de la compuerta. Del éxito de los maestros dependía un proyecto en el que había empeñado gran parte de sus recursos y que, era de dominio general, le había supuesto un grave enfrentamiento con Guillermo Durán, apoyado sin fisuras por el obispo de Pamplona en su pretensión de dar prioridad a la finalización de la colegiata. A pocos les habían pasado por alto las alusiones que en aquellos meses se habían escuchado, durante las homilías en la cabecera de Santa María, acerca de la soberbia de los reyes que trataban de medir su poder terrenal con el poder de la Iglesia, que llegaban en su osadía a querer torcer la mano de Dios, creador de los cielos, de la tierra, de los mares y de los ríos. Que el hombre desafiara sus límites alzando construcciones más altas, más diáfanas y más esbeltas estaba solo justificado si el fin era acercar al rebaño la grandeza de Dios, y permitir que sus almas percibieran la presencia del Todopoderoso en edificios admirables como había de ser la colegiata de Santa María. El domingo anterior el prior había llegado a anunciar que la soberbia de quienes, amparados en su poder efímero, habían conducido al pueblo por el mal camino sería castigada con la ira del Altísimo que, en cualquier momento, se abatiría sobre la ciudad y sobre el reino. Algunos oficiales habían tenido problemas para obligar a los peones a trabajar sobre el azud, temerosos de que las profecías del prior llegaran a cumplirse.

Quizá para conjurar la maldición, Sancho había concedido el protagonismo al capellán real. Revestido de acuerdo a su dignidad, ofició una misa de campaña durante la cual un llamativo silencio cubrió el paraje que poco antes rebosaba de actividad y jolgorio. El rey, los principales miembros de la corte y todos los responsables de la obra —también Marcel— recibieron de forma solemne la comunión de su mano, en medio del sobrecogedor sonido de los himnos que surgía de miles de gargantas. Cuando el sacerdote recorrió la parte alta del azud agitando el hisopo con el que aspergía la obra con agua bendita, todos los presentes contuvieron la respiración.

Solo cuando el capellán hubo regresado junto a Sancho, este hizo un gesto dirigido a José de Tolosa. Los doce operarios encargados de manejar los tornos que

sujetaban la estructura asentaron los pies mientras sujetaban sus respectivos vástagos. A ellos se habían sumado otros tantos, encargados de mover la enorme rueda horizontal que iba a permitir que la compuerta descendiera por su propio peso una vez liberada de las sogas y los frenos que la mantenían suspendida sobre el canal de desagüe.

—¡Adelante! —ordenó el maestro, y un murmullo de expectación surgió de la muchedumbre.

Los hombres hicieron un movimiento a contramarcha que elevó la compuerta unos dedos más, lo suficiente para permitir que se liberaran los frenos que habían sostenido la enorme plancha reforzada con remaches de hierro. Un instante después, con el peso de la estructura sujeto ya tan solo por la fuerza de sus brazos, los músculos de todos ellos se mostraron en tensión. Comenzaron un acompasado movimiento circular en torno al eje clavando los talones en el suelo para evitar que el peso los arrastrara. Con exasperante lentitud, la compuerta de madera y hierro descendió hasta que, por fin, el borde inferior rozó la corriente en sus extremos, donde el agua procedente de los laterales hacía que esta mostrara un mayor nivel antes de precipitarse en su caída.

Nicolás se había situado al costado de Marcel. Sabía que aquel era el momento crítico. En cuanto la compuerta se fuera introduciendo en el cauce, la presión del agua se iría incrementando, llegando a ser máxima cuando se apoyara por fin en el fondo. Después, la corriente por encima de ella se iría remansando hasta aquietarse por completo en el momento en que todo el caudal del río se desviara ya por el cauce alternativo, situado tan solo unas decenas de codos más atrás. Nicolás había comprendido que el nivel del agua ascendería al cerrarse la compuerta, pero era algo que los maestros habían previsto, y por ello el azud sobresalía en aquel momento dos codos por encima de la superficie.

La figura de Sancho, como siempre, aparecía imponente, rodeado de una corte cuyo miembro más alto no le llegaba al pecho. Nicolás, desde la posición lateral que ocupaba, vio que su expresión reflejaba tensión, como si quisiera transmitir su fuerza descomunal al artefacto que sus constructores habían alzado sobre el azud.

La compuerta había cubierto más de la mitad de su recorrido, y el agua retrocedía al chocar con el muro que se interponía en la pendiente, formando impetuosos remolinos que la llevaban a pasar por debajo, convertida en un torbellino de espuma blanca, en medio de un imponente fragor. La multitud, en cambio, se mantenía en un silencio expectante, apiñándose sobre las espaldas de quienes tenían delante para ver mejor. En aquel momento, un crujido siniestro atravesó el aire y los murmullos se convirtieron en un grito de pavor cuando fue evidente que el poste más alejado de la orilla empezaba a inclinarse hacia delante. De la garganta del maestro carpintero salió un bramido mientras se lanzaba hacia el torno que sujetaba aquella maroma. Él mismo se aferró al borde de uno de los travesaños para hacer girar la rueda en dirección contraria. Los hombres empleaban toda su fuerza para tirar de la soga, pero

no parecía suficiente para compensar el descomunal ímpetu de la corriente.

José de Tolosa trató de reaccionar. Ordenó anclar la compuerta con los frenos en la posición que ocupaba, lo que liberó a aquellos doce pares de brazos, que se sumaron a los que se aplicaban en el torno. El sudor perlaba la piel de todos mientras hacían uso de toda la fuerza posible, con rostros desencajados de coraje y sufrimiento. La soga crujía por la tensión y Nicolás temió que no la soportara, pero, al menos, se había impedido que la enorme viga siguiera cediendo. Su mirada estaba fija en el torno y en los hombres que empleaban su fuerza en él cuando una figura se interpuso en su campo de visión, ocultándolos por completo. El rey Sancho, incapaz de aguardar inmóvil, había avanzado hasta allí. Apoyó sus enormes manazas en uno de los vástagos y comenzó a empujar al ritmo que marcaba el maestro de obras. La rueda empezó a girar despacio al tiempo que los crujidos de la maroma se volvían agudos como el tañido de un laúd, pero al fin el poste inició un lento retroceso hacia la posición inicial. Otros hombres acudieron entonces a prestar su ayuda, y José de Tolosa ordenó que quienes se debían ocupar de la compuerta regresaran a sus puestos. Volvieron a soltarse los frenos y la enorme tajadera continuó con su lento descenso hasta que las sogas que la habían sostenido se aflojaron cuando la pesada plancha tocó el fondo. El agua, como si comprendiera que aquel no iba a ser ya su camino, inició un retroceso furioso en medio de olas y remolinos, al tiempo que se elevaba el nivel. Entonces pareció descubrir que disponía de otra salida y se lanzó en tromba hacia el nuevo cauce, alejando su furia de la compuerta.

En medio del sepulcral silencio que siguió, los chasquidos de la maroma se hicieron más espaciados y su sonido, más grave, señal de que la tensión cedía. El rey dio varios pasos atrás y regresó al lugar que ocupaba. Entonces comenzó. Primero un ¡*hurra*! tímido procedente de una sola garganta, al que un instante después se habían unido cientos, en una súbita reacción a los momentos de zozobra vividos por todos con el alma en vilo. Los vivas al rey pronto sustituyeron al resto de las exclamaciones, al tiempo que las primeras sonrisas nerviosas empezaban a aparecer en los rostros de los responsables de la obra. Diego de Ablitas se había dejado caer al suelo, exhausto y tratando de coger aire con la mano en el pecho. Aun así no dejó de impartir órdenes que eran obedecidas de inmediato: se lanzaron sogas con lazadas que acabaron atrapando el extremo de los dos postes verticales, para atarse después a nuevas estacas clavadas de forma oblicua en la tierra.

Asegurada la estructura de la compuerta, la multitud, curiosa, empezó a caminar aguas abajo del azud, observando cómo el cauce se iba secando a medida que las últimas aguas se deslizaban por el lecho. Los primeros zagales se despojaron de sus ropas y se adentraron en el tramo desecado en busca de remansos donde poder chapotear. También Nicolás se asomó curioso, para ver que numerosos hombres y mujeres hacían lo mismo, aunque provistos de nasas, redes y cestos de caña trenzada. Un instante después el jolgorio era general, los pozos parecían bullir, y los capazos empezaron a llenarse de anguilas que se escurrían entre las manos de los avispados

pescadores, de barbos, tencas y alburnos por arrobas.

El rey destacaba en el centro del semicírculo que formaban algunos miembros de la *curia regis* y todos los maestros constructores. El ambiente parecía más distendido tras los momentos de angustia vividos, aunque el rostro de alguno de ellos aún conservaba un rictus de tensión. Sin embargo, era Marcel quien acaparaba la atención del monarca, era con él con quien conversaba, y Nicolás conocía la razón. La víspera, en La Tabla Negra y delante de una jarra de vino, le había confesado que se sentía abrumado por la responsabilidad que a partir de aquel momento recaía sobre sus espaldas. Se acercaba el momento de la verdad para los canteros y, aunque habían trabajado duro durante aquellos dos largos meses, horadando las cercanas vetas de piedra campanil, era incapaz de prever si su ritmo de trabajo a la hora de recortar y dar forma a los sillares del puente sería suficiente para adaptarse al reto de elevar al menos los pilares en un solo verano, antes de las previsibles lluvias del otoño. Claro que no era más sencilla la tarea que tenía encomendada quien se había convertido en un buen amigo, Diego de Ablitas, el maestro carpintero. Completado el azud, tarea que había compaginado con la supervisión del acopio de madera para la obra del puente, empezaba para ellos la segunda parte del trabajo. Ya se habían terminado los enormes cajones embreados que habrían de servir para mantener en seco los fosos donde irían encajadas las zapatas de los nuevos pilares, así como el material necesario para los primeros andamiajes. Más tarde, acabada la sustentación y superado el nivel de las aguas cuando el río recuperara su cauce, empezaría el ensamblaje de las cimbras que servirán de apoyo a los arcos. Aquel iba a ser sin duda el verano más duro de sus vidas —pensó Nicolás mientras regresaba junto a los suyos —. Y para él, el más largo, pues contaba los días transcurridos desde que saliera de Tudela el emisario que portaba la solicitud de dispensa de María. Su corazón, sin embargo, contagiado por el ambiente de optimismo que aquella mañana se respiraba a su alrededor, rebosaba esperanza. Quizá en un invierno no muy lejano pudiera hablar a su propio hijo, sentado sobre las rodillas, de aquel verano en que se desvió el curso del río y se acometió la más grande empresa que vería la ciudad en muchas generaciones. Hacía semanas que un pequeño Pierre, quizá Pedro, empezaba a tomar forma en sus pensamientos y en sus sueños, algo que durante años había tratado de apartar de su mente. *Petrus*. Piedra. No podría ser otro el nombre, si un día María concebía un varón.

Sancho regresó a la ciudad siguiendo la vereda que recorría el margen izquierdo del río, en busca del viejo puente de madera que, si Dios estaba de su parte, pronto sería desmontado y usado como leña en los fuegos de Tudela. Le dolían las muñecas por el esfuerzo realizado en el torno, pero aquellos padecimientos eran algo a lo que empezaba a estar acostumbrado. Hacía tiempo que intuía que eran parte del precio que tenía que pagar a cambio de ser el hombre más alto y corpulento del reino y solo

ansiaba que aquel usurero prestamista imaginario tardara en cobrarse su deuda. Mientras pudiera manejar la espada a pesar del dolor, el pago no sería demasiado oneroso.

Se olvidó de las molestias cuando su atención regresó hacia los cientos de súbditos que lo aclamaban a ambos lados de la vereda. Reparó en que muchos de los que habían remontado el río por la orilla opuesta atravesaban el cauce a su encuentro con el agua a los tobillos, saltando de piedra en piedra y resbalando entre risas por el verdín.

La maniobra de bloqueo de la compuerta había estado a punto de hacer de aquel un día aciago, pero los rostros exultantes de quienes lo aclamaban le hicieron sentir que, en efecto, los astros se alineaban a su favor. Saludaba con el gesto, consciente de la importancia que para aquellos hombres y mujeres tenía poder cruzar tan solo una mirada fugaz con su señor. Desconocían todos ellos, sin embargo, las cuitas que nublaban su felicidad.

La primera, sin duda, era la ausencia junto a él del hombre en quien había depositado toda su confianza en los primeros años de su reinado, aquel que tantas veces le había acompañado en los largos paseos por aquel mismo camino junto al río. Habían transcurrido quince largos meses sin noticias de Martín Íñiguez y la más profunda preocupación había anidado en su corazón. Quería creer que, con toda probabilidad, su alférez se encontraría en Sevilla a la espera de poder entrevistarse con el soberano almohade, tal vez de nuevo ausente en sus campañas en Ifriqiya. Lo imaginaba disfrutando de los placeres que él mismo había conocido a la espera del deseado encuentro para hacerle entrega del pergamino y recibir la segunda parte del pago. Pero quince meses era demasiado tiempo sin recibir noticias. Al cumplirse un año de la partida, un nuevo emisario al frente de un grupo de *milites* había partido de la ciudad, aprovechando el tiempo en que los caminos estarían practicables. Suponía que su regreso se produciría de un momento a otro, y lo primero que hacía al atravesar la Puerta Ferrena tras cualquier ausencia era preguntar al alcaide por noticias al respecto.

No todo habían sido malas nuevas tras su regreso de tierras almohades. Consideraba que la pérdida de Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado a manos de Alfonso de Castilla, que había privado al reino de su salida al mar, no resultaba irreversible y a ello había dedicado todos sus esfuerzos diplomáticos. La mayor satisfacción había llegado el otoño anterior, cuando Diego López de Haro, señor de Vizcaya y alférez de Castilla, había optado por desnaturarse rompiendo los vínculos que le unían al rey Alfonso y pasándose a Navarra con muchos de sus caballeros hasta entonces castellanos. Sancho se había apresurado a acogerlo efusivamente entre sus magnates, y le había concedido la tenencia de Estella, con el encargo de hostigar desde allí a su antiguo reino.

No obstante, mientras se revertía la situación, Sancho puso sus ojos en la única ayuda posible, la de Inglaterra. Sabía que Juan sin Tierra precisaba frenar las

aspiraciones de Alfonso VIII sobre Gascuña, territorio que Enrique II de Inglaterra había ofrecido a su hija Leonor como dote cuando contrajo matrimonio con el rey castellano. El apoyo navarro podía ser decisivo para obstaculizar tales ambiciones de Castilla. A cambio, Navarra recibiría la ayuda de Inglaterra para recuperar los territorios perdidos. Hasta que la iniciativa cuajara, Sancho necesitaba una salida al mar para comerciar con la lana y los cereales producidos en el reino, y el puerto de Bayona, bajo dominio inglés, podía ser la solución perfecta.

Antes de firmar el acuerdo, había sido preciso solucionar un contencioso que seguía pendiente tras la muerte de Ricardo Corazón de León. Berenguela, la reina viuda, había dejado de ser el eslabón que unía ambas monarquías y se había convertido en un escollo para cualquier negociación, pues su cuñado Juan Sin Tierra no se avenía a pagarle la viudedad establecida por Ricardo. Sancho consiguió para su hermana una dote de mil marcos de plata y la asignación de varias posesiones reales cercanas a Le Mans.

El tratado se había firmado el octubre anterior en Chinon. Recogía la paz perpetua entre Sancho y Juan Sin Tierra, extensible a sus sucesores y ratificada mediante juramento, así como la colaboración y apoyo mutuos en caso de necesidad. Sancho solo había puesto como condición no verse obligado a atacar al rey almohade de Marruecos, de cuya corte sevillana acababa de llegar. A cambio, se comprometió a no firmar tregua con los enemigos del rey inglés, y en particular con el rey Alfonso de Castilla. Aquel mismo mes de febrero, a pesar de los rigores del invierno, el acuerdo de Chinon se había ratificado mediante el tratado de Angulema, en el que se aclararon y se pusieron por escrito los compromisos asumidos por ambos monarcas.

Si el puente sobre el Ebro era necesario antes, el acuerdo comercial con los burgueses de Bayona lo hacía imprescindible. Sus mercaderes iban a poder comerciar libremente atravesando todo el territorio del reino con libertad, estando obligados tan solo a pagar los peajes, pontazgos y exacciones establecidos. El incremento del comercio de la lana y de los apreciados cereales de la zona se vería favorecido, y el pontazgo de Tudela resultaría fundamental para sanear la economía del reino.

Tan solo restaba el feliz regreso de Martín Íñiguez con un nuevo cargamento de dinares de oro para asegurar que la hacienda real no volviera a pasar por la crítica situación que años atrás había puesto en jaque la propia existencia del reino.

Atravesó el viejo puente sobre un cauce en el que ya se acusaba el cierre del azud aguas arriba. Detuvo a su comitiva en el centro de la vieja y remendada estructura para contemplar el lugar donde pronto se alzarían los pilares de la nueva construcción. Poco a poco las piedras del fondo asomaban, y los pescadores seguían haciendo acopio de piezas que asegurarían pescado ahumado y en salazón, no solo para su consumo en el invierno, sino para inundar las despensas del reino. Sabía que toda el agua que siguiera discurriendo por el cauce sería canalizada en un profundo

regato central para asegurar el drenaje del resto del lecho. Cuando de nuevo azuzó a su cabalgadura, reparó en que algunas campanas empezaban a sonar, advertidos quizá de su regreso tras aquella memorable jornada para la ciudad. Distinguió el sonido cantarín de los repiques en la capilla real de San Nicolás y esperó, mientras alcanzaba la Puerta del Puente, que a ellas se sumaran el resto de los campanarios de Tudela, cosa que no sucedió. Al parecer, aquella tarde nadie en el cabildo había dado orden de que voltearan los bronces de las parroquias bajo su jurisdicción. O quizá alguien había dado la orden contraria. Entonces reparó en que el prior Guillermo Durán, en contra de su costumbre, no se había dejado ver en toda la jornada de celebración.

31

—No solo no te voy a poner ninguna objeción, Nicolás, sino que te diré que tu actitud me parece loable. —Beltrán había apoyado en la espalda del joven la mano nudosa y deformada por los muchos años de trabajo con la piedra—. Son pocos los escultores que regresan a su antiguo oficio de cantero, aunque sea por breve plazo.

—Y yo os lo agradezco, maestro. No puedo dejar solo a Marcel en esta situación. Además sé que, con los capiteles del claustro ya casi terminados, no perjudico al taller.

—Así es, así es —insistió el anciano—. Con tu ayuda, en estos años hemos avanzado lo impensable, y los plazos marcados por el prior se han cumplido. Pronto iniciaremos la escultura de los capiteles para los pilares de la nave central. ¡Es tanto el trabajo que queda por hacer aún! Tu ausencia durante estos pocos meses mientras ayudas a tu padre en el puente no nos afectarán en absoluto.

A Nicolás no le pasó desapercibida la forma en que el maestro se había referido a Marcel. Cada día que pasaba sentía mayor admiración por aquel hombre, un artífice excepcional que había depositado toda su confianza en él. También captó el desencanto que Beltrán expresaba al constatar que no le quedaba vida suficiente para ver acabada la obra a la que había dedicado los mejores años de su vida. Había conseguido terminar, sin embargo, el trabajo de escultura en el claustro. Restaba que los alarifes, dirigidos por el maestro de obras, culminaran las arquerías por encima de los capiteles antes de completar el techado de la crujía orientada a poniente.

—Será un claustro magnífico —afirmó Nicolás mientras recorría la vista por aquel espacio recoleto destinado a la oración y a la comunión íntima con el Creador.

Beltrán bajó la voz y tomó a Nicolás por el brazo, como solía hacer cuando se disponía a revelar alguna confidencia.

—El rey lleva la razón cuando antepone la construcción del puente a las obras de la colegiata, por mucho que fray Guillermo se oponga a ello. En los últimos tiempos se han reducido los recursos disponibles, y se ha hecho forzoso renunciar a detalles constructivos que estaban contemplados en el proyecto inicial. Se desistió, por ejemplo, de rodear todo el edificio con un alero adornado por modillones de rollo similares a los utilizados en la cabecera y en el transepto, aquellos recuperados de la antigua mezquita. Pero el prior jamás lo reconocerá ante nadie, aunque debería saber que los primeros beneficiados por el puente serán él y las finanzas del cabildo.

—¿Prefiere restar belleza al templo con tal de verlo finalizado cuanto antes?

—Eso me temo. Por sus comentarios, creo que acaricia la idea de consagrar la colegiata en cuanto se finalice el claustro, seguro ya de que no vivirá lo suficiente para bendecir la obra en su totalidad. Pero soy incapaz de reprochárselo, me embarga el mismo sentimiento —reconoció—. Además… No seré yo quien hable mal de

quien pronto se va a convertir en tu pariente —rio, mientras le soltaba el brazo y se separaba de él.

—Aún lo dudo, Beltrán. Me aseguré de que la solicitud de dispensa fuera enviada, pero no tendré manera de saber cuándo se recibe la respuesta.

—Has de tener paciencia, Nicolás. Serán meses, en cualquier caso —trató de tranquilizarlo. Tal vez arrepentido de haber reavivado aquel asunto que martirizaba a su discípulo, cambió de tema para desviar sus pensamientos—. ¿Cómo van las obras en el río?

—Jamás pensé que se pudiera trabajar de esta manera —respondió tras un instante, y su semblante cambió de inmediato—. Las cosas se están haciendo bien allá abajo, gracias al acoplamiento entre los gremios del que se encarga el maestro de obras.

—José de Tolosa —recordó—. ¡Ah, el ímpetu de la juventud! No se arredra ante ningún reto, ¡que me aspen si no consigue sacar adelante ese loco empeño del rey!

—A pesar del calor, de la humedad y del fango, las zapatas de los pilares empiezan a asomar en el fondo del lecho. Cuando fragüe la argamasa de las cimentaciones, podremos empezar a asentar sillares para conformar los tajamares y el arranque de las pilastras. Dieciséis van a ser necesarias para atravesar todo el cauce, y diecisiete arcos en total.

—¡Una obra de titanes! —exclamó el maestro sin ocultar su admiración—. Entiendo que quieras participar en ella. ¿Crees que terminarán a tiempo para las primeras crecidas del otoño? El azud no será capaz de contenerlas.

—Se cruzan apuestas en las tafurerías. Hace dos meses solo algún loco se jugaba sus dineros por ello. Pero ahora, yo mismo estoy pensando en empeñar algunos sueldos. Quedan por cimentar las cinco zapatas centrales y se habrá terminado la tarea más compleja. Son cientos los hombres que trabajan allí, a razón de una cuarentena por pilar. ¡Si hasta se disputan los materiales en el afán de cada cuadrilla por terminar primero los cimientos de su pilastra!

—Si algo he aprendido en el taller es que no hay nada como motivar a los hombres y reconocer su trabajo para obtener lo mejor de ellos. Y el rey está sabiendo hacerlo bien. No hay día en que, de estar presente en la ciudad, no se deje caer por las obras con el infante Fernando.

Nicolás no respondió a aquello. Era cierto que Sancho y su hermano se mostraban más próximos, pero sabía que tal cercanía se debía a la extraña ausencia del alférez real. Pocos conocían el motivo de su misión lejos de Tudela y, aunque él solo lo intuía y no hubiera podido afirmarlo con rotundidad, los meses transcurridos desde su partida le hacían pensar que algo no había ido bien. Cierto era que el rey no había nombrado un nuevo alférez, y tan solo a García Almoravid se le había otorgado una confianza similar a la que disfrutaba Martín Íñiguez, aunque compartida con otros magnates y con su propio hermano. A días, daría cualquier cosa por conocer lo que se urdía en las estancias privadas del castillo. Por otra parte, intuía que se vivía más

despreocupado sin estar al tanto de las cuitas que ocupaban a la *curia regis* y al soberano.

—Bajad al río una mañana, antes de que apriete el sol, y os mostraré el avance de las obras —se ofreció Nicolás cuando ya se disponía a abandonar el claustro a través del tránsito.

—Eso es, bajad, quizá seáis el único que todavía no ha dejado sus compromisos en la colegiata para correr a complacer los deseos del rey.

Se sorprendieron al descubrir al prior a sus espaldas. Nicolás se preguntó cuánto tiempo llevaría escuchando su conversación, tal vez agazapado en las escaleras que conducían a sus dependencias.

—¡Prior Guillermo! Ni en el silencio del claustro he sido capaz de oíros llegar —saludó Beltrán sin privarse de imprimir a sus palabras un deje de sarcasmo—. También el oído se endurece con el paso de los años.

—Deseo hablar con vos. —Se había dirigido a Nicolás al tiempo que les daba la espalda sin esperar respuesta.

El joven alzó las cejas en un expresivo gesto dirigido a Beltrán y siguió al prior a lo largo de la crujía del claustro, manteniendo la distancia entre ambos. Guillermo Durán pasó de largo por delante de la sala capitular y del refectorio, y lo esperó con la puerta abierta del acceso a los subterráneos. Nicolás se detuvo ante la oscuridad que reinaba en el lugar.

—Bajad —pidió el prior—, abajo hay más luz.

En un instante sus ojos se adaptaron a la penumbra y pudo ver lo suficiente para localizar los primeros escalones e iniciar el descenso. Su fino olfato se vio asaltado por el olor agrio del vino derramado, mezclado con otros muchos. Allí se almacenaba el trigo, la cebada y el centeno de la reciente cosecha que los campesinos habían ido llevando, pero también olía a pescado en salazón, quizá procedente de la gran captura conseguida dos meses antes, al quedar el cauce seco. Un escalofrío recorrió el espinazo de Nicolás al pasar ante las grandes tinas de aceite. Justo allí decidió detenerse el prior.

—Aquí estaremos bien. A esta hora no hay nadie en las cocinas. —Se asomó, no obstante, a la gran sala circular para asegurarse.

—Vos diréis…

—Si vas a tomar a mi sobrina por esposa, no debe haber secretos entre nosotros.

Nicolás apreció que, quizá por vez primera, el prior había abandonado el tono agresivo que siempre había caracterizado sus conversaciones. De ninguna manera, sin embargo, iba a bajar la guardia por un gesto que quería parecer amistoso.

—Vos diréis… —repitió con intención.

—¡Vamos, Nicolás! Ambos sabemos de qué te estoy hablando. Ese asunto ha estado en todas nuestras conversaciones desde que nos vimos por vez primera en el *scriptorium*. Y no accederé a vuestra boda hasta que me pongas al corriente de todo lo que sabes.

—El secreto del que me habéis hablado, si es que existió, desapareció con la muerte de Ismail —mintió.

—¡No te creo! —El rostro del prior, de haber pertenecido a un caballero cruzado, habría puesto en fuga a media docena de sarracenos con solo mirarles a los ojos.

Nicolás tuvo la seguridad de que aquel hombre desconocía realmente el contenido del pergamino. Tras la muerte de Robert de Chester había albergado dudas sobre la participación del prior en su terrible asesinato, dudas que tenían su origen en la rapidez con que había echado tierra sobre el asunto. De haber tenido algo que ver, las muertes de Ismail y de Omar pesarían también sobre su conciencia, pues todas ellas mantenían una evidente relación. No se le olvidaba el macabro detalle de las lenguas cortadas, un aviso claro para quien pudiera hablar de más. Pero aquel nuevo intento de sonsacarle significaba que, definitivamente, no era él el inductor de aquellas muertes ni del ataque a él mismo que había estado a punto de costarle la vida. Sin embargo, algo sabía —pensó—. Tal vez la única manera de llegar al verdadero culpable sería compartir la verdad.

—Haríais bien en olvidar el asunto —intentó una vez más, sin decidirse.

—¡No puedo olvidar un asunto que provoca muertes a mi alrededor!

A Nicolás no se le escapó la fugaz mirada que el prior dirigió a la tina de aceite a su costado.

—Jurad que en el instante en que recibáis la dispensa de María me pondréis al corriente. Y que organizaréis nuestro enlace sin dilación.

—Significa eso que…

—¡Juradlo!

El prior alzó su mano derecha y asintió a la vez que musitaba un juramento apenas audible.

—Decidme antes vos, ¿por qué ocultasteis con tanta prisa lo ocurrido a uno de vuestros monjes en este mismo lugar?

El prior abrió los ojos de manera desmesurada.

—¿Cómo sabes…?

—Eso no importa ahora. Conseguisteis que no interviniera la justicia del rey ni la del concejo; hicisteis pasar un crimen por una muerte natural.

—Hace años que sé de la existencia de ese pergamino. Hay muchos secretos dentro del monasterio que solo el prior conoce, hechos pasados de la vida de los monjes, conflictos personales o asuntos mundanos que afectan de lleno a la comunidad. Todos ellos son puestos en conocimiento del prior entrante en el momento de la sucesión, bien de viva voz si ello es posible, o en un documento escrito que es guardado celosamente para el caso de que la muerte se produzca de forma prematura o repentina. Hace diez años, ya en el lecho de muerte, el prior Forto me habló de un enigmático pergamino que Robert de Chester parecía estar traduciendo para Ismail, aquí mismo, encima de nosotros, en el refectorio. Poco después del derribo de la vieja mezquita, al parecer. No fue capaz de dar noticia de su

contenido, aunque intuía la importancia del documento. Desde entonces he ido tras él, y siempre he creído que tú estabas al tanto del secreto que encerraba. Tu inusual relación con Ismail…

—En absoluto ha sido así y ojalá no lo hubiera conocido nunca. Ese pergamino es objeto de una maldición: quien conoce su contenido y está avisado de su importancia parece condenado a una muerte segura. Yo mismo logré salvar la vida por un milagro, y sigo viviendo bajo amenaza. Ese es el motivo de que no me separe de mi mastín ni un solo instante.

—No ignoro que la muerte de nuestro hermano Robert está relacionada con lo que dice ese pergamino. La lengua cortada…

—Y aun así… ¿Seguís empeñado en acceder a ese conocimiento? A partir de ese momento vuestra vida no valdrá nada.

—¿Quién iba a atreverse a atentar contra la vida del prior?

—Los mismos que han matado ya tres veces, tal vez más… sin reparar en rango, credo ni tonsura.

—Llevo diez años tras el secreto y no viviré tranquilo mientras no llegue a aprehender su trascendencia.

—Os aseguro que después tampoco —le advirtió—. Dejad que las cosas sigan como están y no tendréis que arrepentiros.

—Alzar un arma contra un ministro de Dios es sacrilegio. No hay cristiano capaz de hacerlo. Además… Nadie tiene por qué enterarse de lo que me hayas de contar.

—No sabéis hasta qué punto estáis equivocado. Me temo que la simple posibilidad de que podáis estar en posesión de ese conocimiento os pone ya en peligro.

—¡Razón de más para que hables de una vez! —respondió impaciente—. Si de verdad quieres a mi sobrina… ¡Habla! Si vas a ser su esposo y nos hemos de condenar, condenémonos juntos, pero diez años de incertidumbre son suficientes.

Nicolás permaneció un momento en silencio, afrontando la mirada dura del prior. Una mirada que manifestaba una voluntad decidida, propia de un hombre que no se arredraba ante nada que se interpusiera en el camino hacia sus objetivos. Mantenía dudas respecto a él, pero quizá no fuera descabellado tenerlo de su parte, aunque la razón que los uniera no fuera sino la coacción y el chantaje. Y los secretos que, ya lo había decidido, iba a compartir.

—En ese caso —concluyó con voz firme y serena—, os repetiré las palabras que el maestro Ismail pronunció antes de revelarme su secreto: «¡Vos lo queréis! ¡Sea!».

—¡Alabado sea el nombre del Señor! Vayamos a mis aposentos, los oficios están a punto de concluir y los hermanos regresarán en cualquier momento.

—Decidme tan solo una cosa. El aceite de esa tina… ¿Es el mismo que la llenaba cuando encontrasteis en ella el cuerpo de Robert de Chester? —preguntó sin poder evitar un gesto de repugnancia.

—¡Dejad paso a vuestro Señor! —vociferó el oficial al mando de la guardia real, adelantado medio centenar de codos a la comitiva.

Los muchos hombres que ya a aquella temprana hora se encontraban sobre el viejo puente de madera se hicieron a un lado. Algunos se descubrieron e inclinaron con respeto la cabeza al paso del monarca, pero al momento continuaron con sus tareas, acostumbrados como estaban a la visita casi diaria del rey. Las enormes cabrias de rueda asentadas sobre la tablazón reanudaron su girar pausado en medio del rechinar de los engranajes y de los crujidos de las maromas, tensas por el peso de los voluminosos sillares que descolgaban hasta el cauce.

Sancho se detuvo en el centro del puente, se apeó del caballo, que dejó en manos de un joven palafrenero, y se acercó al borde de la plataforma. La antigua protección vertical de madera se había desmontado para permitir los trabajos. En los bordes desnudos se amontonaban las escaleras de travesaños, mezcladas con cabrias, poleas y andamios.

—¡Tened cuidado, mi señor, podéis precipitaros al vacío!

El rey se volvió y dedicó a su hermano una mirada furibunda. Pensó en cómo podían ser tan distintos. Fernando, sensato hasta el extremo, le daba buenos consejos llevado por una natural prudencia, algo que venía a suplir las carencias de su propio carácter, en general poco reflexivo, explosivo en ocasiones. En ausencia de su añorado Martín, él había ocupado aquel rol de contrapeso, pero no dejaba de exasperarle en ocasiones con su actitud servicial y melindrosa. Desempeñaba a la perfección su papel de segundón y en realidad aquello resultaba una ventaja: nada tenía que temer de él en cuanto a conjuras con los magnates para ocupar su lugar. Ninguno de los ricoshombres del reino apoyaría como rey de Navarra a un pusilánime que a duras penas se sostenía sobre la montura. De haber sido otro, a su regreso de tierras almohades tras dos años de ausencia, habría encontrado el sitial calentado por sus reales posaderas. Pero nada de eso había sucedido, incluso para su propia sorpresa.

Advertido de su llegada, el joven maestro de obras se aproximaba ya desde el lado opuesto del puente, dispuesto como cada día a ponerle al corriente de las novedades acontecidas desde la víspera. Mientras tanto, recorrió una vez más con la vista la escena que tenía a sus pies. Cientos de hombres enfangados deambulaban alrededor de los sólidos cimientos que asomaban tan solo unos palmos del lecho. El tórrido calor del verano, unido a la humedad, les obligaba a trabajar desnudos, cubiertos tan solo por escuetos calzones o sencillas telas anudadas a la cintura. Desde la altura, pensó, aquello semejaba un nido de larvas u orugas retorciéndose entre miasmas. Sin embargo, del légamo había de surgir una obra hermosa que sería la admiración de todo el reino.

—Mi señor… —saludó José de Tolosa al aproximarse—. Tal como os adelanté ayer, creo que será posible terminar todas las zapatas de aquí al domingo. Los hombres se están dejando la piel, me asombra su pundonor. No sé qué los mueve,

pero nunca había visto trabajar de esta manera.

—¡Eso es magnífico! —exclamó Sancho—. Jamás creí que fuerais capaz de cumplir vuestra promesa de empezar a levantar los pilares para la Virgen de agosto.

—Tan solo quedan por rellenar las tres últimas zanjas alrededor de las pilastras con piedra y argamasa. Al menos este calor infernal está ayudando al fraguado. Los cimientos se apoyan sobre base firme y creo poder asegurar que, una vez consolidada la estructura, el puente soportará con firmeza las avenidas.

El rey observó el lugar al que se refería el maestro. Aun con dificultad, las mulas se acercaban por turnos a las tres zapatas centrales cargadas con grandes capazas de piedra de mediano tamaño. Lo hacían sobre una improvisada tablazón que evitaba que los cascos se hundieran en el lodo, aunque su inestabilidad hacía que en ocasiones las bestias perdieran pie y cayeran a uno u otro lado lastradas por la carga. Una vez liberadas del peso, eran conducidas por los arrieros fuera de la zona más enfangada para regresar a la orilla aguas arriba de la construcción. Las cabrias, aunque preparadas para hacer descender los sillares una vez que se iniciara el alzado de las grandes pilastras, se habían usado hasta el momento para bajar las artesas repletas de argamasa, mezclada sobre la misma superficie del puente viejo. Así, las capas de piedra y cemento se habían ido superponiendo en torno a la cimentación de cada pilar, desde ambas orillas hasta el centro donde había de culminar aquella tarea.

—Estoy ansioso por ver cómo empiezan a alzarse los pilares —confesó el rey.

—Todos lo estamos, mi señor. Comenzaremos por los más próximos a las riberas, donde la argamasa ya ha fraguado. Marcel se ha ocupado de tener listos miles de sillares de corte regular. Muchos serán colocados tal como están tras un simple desbaste, pero otros tendrán que tallarse a pie de obra para adaptar su forma a los tajamares. También el material para los andamios está listo, tanto que Diego de Ablitas ha empezado ya a aserrar madera nueva para las cimbras de los arcos.

—¿Creéis posible tener los pilares completados antes del otoño?

—Mi señor, no conozco lo suficiente el clima de la zona, pero me he informado por los más ancianos. Todos coinciden en que las avenidas, aquellas que pueden sobrepasar el azud, se producen con mayor frecuencia con el deshielo. Quizá tengamos suerte y Dios premie tanto esfuerzo con un otoño poco lluvioso. Pero temo a las tormentas, que pueden provocar crecidas repentinas. Ninguna obra está tan expuesta como esta a los elementos.

—Supongo que Dios tendrá que decidir si atender nuestros ruegos o los de los labriegos. O los del prior Guillermo. Quizá a esta hora esté rezando para pedir un nuevo diluvio —bromeó.

—Mi señor, el prior es el primer interesado en que esta obra se concluya con bien.

—Así traté de que lo comprendiera, pero me temo que en ocasiones el pecado de orgullo y la ira son capaces de nublar nuestro entendimiento.

—La ira y la precipitación nunca son buenas consejeras —intervino el hermano del rey, que hasta aquel momento se había limitado a escuchar. Este se volvió hacia él

con cara de pocos amigos, y le respondió desde la altura.

—Guardaos para otro vuestras veladas alusiones —le espetó, aunque en el tono de su voz se atisbaba la chanza—. Os aprovecháis de que sois mi hermano y de que os aprecio; en otro caso ya habríais caído en desgracia.

La visita diaria a las obras del puente conseguía levantarle el ánimo, no cabía duda. Y bien que lo necesitaba, tras la nefasta noticia recibida en la corte dos semanas atrás. Habían regresado por fin los emisarios enviados a Sevilla con la confirmación de sus peores presagios. Según afirmaba el gobernador almohade de la ciudad, Martín Íñiguez nunca había llegado allí ni había hecho entrega del pergamino cuya posesión anhelaban. En una intimidatoria misiva, en la que estaba ausente la tradicional diplomacia de las cancillerías musulmanas, el caudillo andalusí exigía la entrega inmediata del documento prometido, so pena de que el reino y él mismo quedaran expuestos a graves represalias.

Lloró la pérdida de su hombre de confianza y mascó su rabia, sospechando que se tratara de una maniobra de aquellos malditos infieles. Nada les habría resultado más fácil que acabar con la expedición navarra al completo una vez en Sevilla. Tendrían el pergamino en su poder y, negándolo, se evitaban el pago del segundo plazo del precio pactado.

Ciego de ira y en ausencia del alférez real, no había tenido más opción que confiarse al chantre Fortún, su propio canciller, para canalizar su frustración, a pesar de las sospechas que albergaba acerca de sus simpatías por los hospitalarios. Le había instado a redactar otra carta cargada de amenazas y reproches que, a la postre, no había llegado a salir de Tudela. El propio chantre Fortún y Fernando se habían ocupado de evitarlo. Aquel era, sin duda, el episodio al que acababa de referirse su hermano. Juntos le habían obligado a contemplar la posibilidad de que la afirmación de los almohades fuera cierta. Interrogó personalmente a los emisarios quienes, diligentemente, habían permanecido en Sevilla el tiempo necesario para recabar información de unos y otros, algo que habían podido hacer con libertad pues nadie les había puesto impedimento alguno para moverse por la ciudad. Sus averiguaciones eran concluyentes: nadie en la capital almohade ni en ninguna otra etapa del camino tenía noticia de la presencia de una comitiva tan numerosa, llamativa y bien armada como la encabezada por Martín Íñiguez. Alarmado, había enviado entonces un jinete a la cercana Borja, primera etapa del camino que debía haber emprendido el alférez real, que regresó con la descorazonadora noticia de que tampoco allí había nadie que recordara su paso. Se maldijo por no haber sido capaz de pensar en aquella simple comprobación en todo aquel tiempo. ¡Ni siquiera habían pasado por Borja! Bien Martín había alterado la ruta en el último momento, cosa harto improbable, bien habían sido asaltados al poco de dejar Tudela. Pero ¿por quiénes? El alférez real era un guerrero experimentado, e iba al mando de una doble escolta de *milites* y de jinetes almohades. Acabar con todos ellos solo habría sido posible con una hueste numerosa y bien armada. ¿Tal vez el rey Pedro de Aragón? ¿Quizá una incursión de

Alfonso desde tierras castellanas? Pero asumir que los responsables eran castellanos o aragoneses implicaba aceptar que alguien les había hecho llegar el secreto mejor guardado del reino. ¿Acaso sus mayores enemigos habían infiltrado un traidor en la corte?

Recordaba cómo el hilo de sus angustiosos pensamientos le había llevado a contemplar incluso la traición de su propio alférez real. Imposible por propia voluntad —había resuelto tajante—. Solo bajo tortura, sometido a una insoportable presión o muerto habría podido permitir que el pergamino cayera en manos distintas a las de los almohades. Si algo así había acabado sucediendo, las consecuencias para el reino podían ser desastrosas. Sin embargo, ninguna noticia acerca de negociaciones, ni siquiera el indicio de algún fruto de estas, había llegado a la Cancillería. Al menos el canciller nada le había hecho saber. Accedió a la sugerencia del chantre, y se redactó una nueva misiva de la que pendía el sello real en la que Sancho declaraba bajo solemne juramento que el pergamino había salido de Tudela hacia Sevilla portado por su desaparecido alférez real.

En aquellas dos semanas había tenido tiempo de asimilar la calamidad. Había contado con la llegada de un segundo cargamento de dinares y lingotes de oro, del que debía olvidarse de forma definitiva. Si no quería renunciar a los planes que había puesto en marcha tras su regreso, tenía que adoptar medidas rápidas y eficaces. Llamó a su presencia al merino mayor, en cuyas manos puso la tarea de emprender una segunda reforma de las finanzas del reino y, tras esbozar sus propósitos, había convocado a la *curia regis*. Las conclusiones le habían satisfecho, pues no había encontrado oposición a la propuesta de profundizar en la reforma emprendida por su padre y que él mismo había continuado al principio de su reinado.

Antaño, los ingresos en las arcas reales que provenían de los señoríos de realengo se obtenían a través de un sistema harto complejo. Los campesinos debían satisfacer multitud de censos señoriales que cada casa entregaba en especie. Además, debían realizar labores para el rey, de forma que todos ellos estaban obligados a trabajar determinados días en los campos del señor, o en la construcción y mantenimiento de propiedades reales. El sistema requería una enorme cantidad de oficiales subalternos y claveros encargados de la recaudación de los tributos quienes, además de resultar onerosos a las arcas, eran protagonistas de frecuentes enfrentamientos con los pecheros, hasta el punto de que era preciso nombrar a forasteros para ejercer un cargo tan poco apetecible para los vecinos de las villas.

La reforma pergeñada resultaba ambiciosa. Sancho se había propuesto la creación de villas destinadas a acoger nuevos pobladores que contribuyeran en mayor medida que los predecesores al erario: los nuevos francos pagarían un censo anual en metálico asignado a cada uno de los solares donde se alzaban sus casas. Cuando fuera posible, se daría un paso más: la asignación de una cifra global a todo un pueblo, de forma que sería el concejo el encargado del cobro y de distribuir la carga entre los vecinos. Los hombres del rey podrían desentenderse así de los aspectos más

conflictivos de la recaudación, que se vería enormemente simplificada. Esta unificación de pechas acabaría con la disparidad de censos y tributos existentes hasta entonces, de forma que todos ellos se reunieran en una pecha única anual.

Las cantidades satisfechas, que hasta aquel momento solían pagarse en metálico, pasarían a un sistema mixto de pagos en dinero y en especie. Esto evitaría en parte el problema de la depreciación de la moneda del reino que obligaba a frecuentes e impopulares incrementos de las pechas.

En contra de lo que sucedía en las villas de la montaña, el pago en especie tenía mucho más sentido en las ricas y feraces tierras medias y meridionales del reino, donde la elevada producción de cereal era el medio de pago perfecto. Se proponía reforzar el sistema de almacenes y graneros de los que disponía en todo el territorio, y se mantenían las fechas para la recaudación que la costumbre había conseguido fijar en el acervo del pueblo: los tributos en especie, cereales en su mayor parte, se recogerían alrededor de la Asunción de la Virgen, el quince de agosto, y las cantidades en dinero el día de San Miguel, mes y medio más tarde.

A pesar de que su propósito era desentenderse todo lo posible de la recaudación, ordenó al merino que pusiera por escrito los criterios que debían regirla en casos particulares. Recordaba que, reunido con algunos *tenentes* y magnates, habían tratado varios de ellos: las viudas solo pagarían una cuarta parte de la pecha; si un campesino tenía heredades en dos pueblos propiedad del rey, debería satisfacer solo una pecha, pero entregando la mitad en cada pueblo; pero si uno era propiedad del rey y el otro de señorío particular o eclesiástico, debería entregar al rey una pecha íntegra y arreglarse después con el señor particular. De manera indirecta, conseguía así que los súbditos del reino se trasladaran a villas de realengo; la unidad de recaudación era la casa familiar, pero en caso de que más de una familia conviviera en la misma, cada uno de sus titulares debía considerarse como pechero.

Sancho se proponía invertir parte de sus ingresos en la adquisición de propiedades en torno al castillo de Tudela, con el propósito de hacerlas rentables en una zona de rica agricultura como aquella. Por ello resultaba de importancia regular el asunto de las labores y prestaciones de trabajo. Se iba a eximir a los campesinos de desplazarse a otros pueblos a realizarlas; y se reconocería el derecho a percibir alimento y vino los días en que trabajasen para el rey.

Por fin, ante el deseado incremento del comercio que había tratado de promover con sus acuerdos más allá de los Pirineos y, en el caso de Tudela, con el previsible aumento de tránsito a través del nuevo puente, se renovaban los derechos de peaje para las importaciones y los derechos de saca para las ventas fuera del reino. Se actualizaría también el pontazgo y los peajes fluviales para el momento en que tanto el puente como el nuevo embarcadero que se proponía construir estuvieran listos. La reforma íntegra de la hacienda real incluiría también las tasas por el uso de los molinos, los trujales, los hornos y los lagares reales. Y el merino mayor había recibido órdenes de buscar la manera de cobrar tributo a dos actividades que, según

sus noticias, eran florecientes en la ciudad: el juego en las tafurerías y los burdeles.

Fue consciente entonces de que, durante todo aquel tiempo en que había permanecido contemplando la incansable tarea que se desarrollaba a sus pies, sus pensamientos habían volado. Tal vez la frenética actividad en que se había enfrascado en las últimas semanas solo trataba de compensar la frustración que había sentido por la pérdida de su querido alférez y del pergamino en el que tantas esperanzas había depositado.

—¿Habéis considerado la necesidad de reforzar lo suficiente aquellos pilares sobre los que irá asentado mi molino? —preguntó al maestro de obras al hilo de su último pensamiento.

—Por supuesto, mi señor, tal como pedisteis, igual que aquellos que soportarán los tres torreones proyectados —respondió sin asomo de duda.

Sancho observó al joven maestro desde su atalaya.

—Sabré ser generoso con vos si conseguís hacer realidad este sueño que he acariciado desde que tengo uso de razón.

32

Toda aquella semana el calor había resultado asfixiante en la obra del puente. El aire estancado, sin atisbo de cierzo que refrescara la piel desnuda de los cientos de trabajadores que chapoteaban en el fango, hacía que el sudor se deslizara por las frentes, se metiera en los ojos y obligaba a los hombres a acudir de manera continuada en busca de los botijos con agua fresca que los zagales les acercaban desde las fuentes cercanas. El amanecer y el ocaso no eran mejor, porque nubes de mosquitos se abalanzaban sobre los cuerpos calientes, en busca de un hueco no cubierto de barro en el que picar.

Era sexta feria ya, por fortuna, y se acercaba el único día de descanso que la urgencia de los trabajos permitía. Con él se cerraba la primera semana completa del mes de septiembre y el aspecto de la obra había mudado por completo: eran los canteros, los mazoneros y los asentadores quienes habían tomado el protagonismo, además de los peones que acarreaban la arena y la cal para la argamasa. Los carpinteros se afanaban en aquella fase alzando los andamios en torno a cada una de las pilastras que, día a día, fila tras fila de sillares iban tomando forma y alzándose sobre el lecho embarrado.

Nicolás se afanaba ultimando el bloque de piedra que tenía entre manos, una pieza de corte biselado destinado al tajamar de uno de los pilares centrales. Antes de darla por concluida, grabó con el más afilado de sus cinceles la marca de cantero que ya había señalado el trabajo de su padre. Aquel triángulo partido en dos por un corte sagital sería la marca que, más allá de justificar su trabajo, recordaría durante generaciones que dos hombres, padre e hijo, habían dado lo mejor de ellos en las obras de aquella ciudad.[12] El transepto de la colegiata, alguno de los lienzos de muralla del castillo y, a partir de aquel verano, el puente nuevo, eran tres de los lugares donde se podrían encontrar.

Terminó de tallar la marca y guardó con cuidado las preciadas herramientas en el morral. Decidió darse un breve respiro para apartarse del sol inclemente, y se encaminó al regato de agua clara que descendía por el centro del cauce para mojar sus cabellos, quitar el sudor salado de su rostro y beber unos buenos tragos de alguno de los botijos. No quería caer desvanecido como les sucedía a algunos, sobre todo durante las horas más tórridas de la tarde. Dio un salto sobre la acequia que atravesaba el cauce de lado a lado. Alguien había sugerido la posibilidad de excavarla para facilitar el acarreo de sillares, y tanto José de Tolosa como Marcel habían estado de acuerdo en su utilidad. El sencillo canal, de tan solo dos codos de anchura, discurría paralelo al puente por su parte alta y se llenaba con el agua que se colaba por las grietas del azud. Los sillares se colocaban cerca de la orilla sobre una pequeña balsa de madera del tamaño de una puerta, y cuatro hombres tiraban de ella desde

ambos lados para conducirla hasta el pilar donde iba a ser colocada. Allí, solo era preciso engancharla con las enormes pinzas articuladas de hierro de las cabrias para izarla hasta el punto donde debía terminar de perfilarse, o era asentada en su sitio si se trataba de un sillar regular. Aquel ingenio, sencillo pero eficaz, había agilizado el transporte y había evitado un mayor trasiego de mulas y bueyes por el puente y por el cauce.

Empapado de la cabeza a los pies, fresco por fin, se tumbó bajo la sombra de los abedules de la orilla para darse un respiro. Pensó en llamar a Marcel, a quien divisó sobre el puente de madera, pero conversaba con dos hombres. Había adelgazado de forma extraordinaria a causa del duro trabajo y la responsabilidad, y a pesar de los cuidados de Sophie y de Marie, que se esmeraban en prepararles almuerzos y cenas adecuados al enorme esfuerzo de aquel duro verano. También Beñat se había afilado, pero su descomunal apetito impedía que llegara a la delgadez. Por el contrario, se había convertido en un hombre de brazos poderosos, y de piel bruñida por el sol inclemente, que contrastaba con sus cabellos rubios que mantenía largos, aunque recogidos con una coleta que en la canícula le permitía mantener fresca la nuca. Pocos en la ciudad se atrevían a enfrentarse a él y, siempre entre la risa y el buen humor que lo caracterizaba, no dudaba en jactarse de ello.

Apoyado en el tronco de un abedul, observó el perfil de la ciudad frente a él con los campanarios de las iglesias recortados contra el cielo. La Magdalena y San Pedro eran los más cercanos, justo al otro lado de las murallas que escalaban el monte para proteger el castillo del rey Sancho. Grandes nubes blancas empezaban a alzarse sobre el horizonte, detrás de la sierra del Moncayo, azulada por la distancia y sin rastro de la nieve que en apenas unos meses volvería a pintar de blanco sus cumbres. Quizá, con suerte, aquella tarde cayera una tormenta sobre la ciudad que contribuyera a refrescar algo el ambiente. Sabía que era algo temido por los maestros de la obra, pero trabajar en aquellas condiciones apenas resultaba soportable. Otras tormentas habían descargado semanas atrás y el único inconveniente había resultado ser un poco más de fango del que ya estaban acostumbrados a pisotear.

Reconfortado tras el breve descanso, se obligó a ponerse en pie para continuar hasta la hora del almuerzo con la piedra que le esperaba junto a uno de los pilares centrales. Estos se alzaban ya hasta la altura donde se apoyarían las cimbras para cubrir los enormes ojos del puente con arcos apuntados. Los pilares de ambos extremos, a cargo de otras cuadrillas de asentadores y mazoneros, se elevaban también sobre los cimientos, aunque con hiladas de retraso. Los únicos arcos terminados eran los que se apoyaban en ambas orillas, y eso por ser semiarcos incompletos de sencilla factura. Le sorprendió la rapidez con la que crecían los cúmulos tras la montaña; casi se podía observar a simple vista cómo evolucionaban en sus formas caprichosas, al tiempo que el color variaba del blanco impoluto a un gris cambiante que, ya sin duda, anunciaba truenos y rayos antes de caer la tarde.

Se reunieron como cada día en la casa de la judería vieja. Durante todo el verano, Beñat, Marcel y él mismo acudían juntos allí para almorzar si alguna tarea urgente no lo impedía. Las tres mujeres, Sophie, Olaya y Marie, se volcaban con ellos en aquellas dos horas escasas de descanso en el momento más caluroso del día. El vino fresco que acompañaba a una comida apetitosa y abundante resultaba una bendición para los tres hombres, que incluso tenían tiempo de dormitar un rato abajo, en la cava, la parte más fría y húmeda de la casa. Olaya habría querido acompañar a su esposo a la obra como hacían otras muchas jóvenes de su edad, ocupadas en mezclar la argamasa o en trenzar sogas; pero las mujeres la habían hecho desistir de ese empeño teniendo en cuenta su avanzado estado de gestación y la corta edad del pequeño Alvar quien, a sus dos años, se había convertido en un pequeño torbellino que hacía enloquecer a *Cierzo*.

También Martha y Unai habían anunciado durante la reunión familiar del último domingo que la pequeña Magdalena iba a tener un hermano. Todos habían celebrado la noticia, y tanto Unai como Beñat bromearon con Nicolás acerca de la ventaja que le estaban tomando a la hora de traer criaturas al mundo, si es que ambos llegaban con bien. También en tono de chanza le aseguraron que, en caso de ser varones, ninguno de ellos se llamaría Pedro, nombre reservado para su primogénito cuando se produjera, por fin, la esperada boda con María. «Si es que sabes hacer hijos, que la barriga de Aldara no la supiste llenar» —le había espetado Unai al oído, antes de apartarse para evitar el seguro pescozón de Nicolás.

No regresaron al tajo bajo el sol, porque las nubes que se habían alzado al mediodía eran ya una masa oscura y amenazante que había conseguido ocultar el astro. El calor, sin embargo, seguía siendo agobiante, el aire parecía pesar y las ropas se pegaban al cuerpo. La tarde resultó inclemente en medio del cauce a pesar de la ausencia de los rayos directos del sol. El rey adelantó su visita habitual y, sobre la plataforma del puente viejo, su rostro se adivinaba preocupado. Sancho y José de Tolosa miraban al cielo gris y encapotado, y a los primeros relámpagos que empezaban a divisarse en la lejanía, sin que el sonido del trueno llegara aún a sus oídos. El maestro de obras se encogía de hombros en respuesta a las palabras del soberano, y ambos señalaban al escenario que se extendía a sus pies, más propio quizá de un campo de batalla que de una construcción.

Tras la marcha del rey, el maestro de obras dio la orden de detener los trabajos para recoger todo el material que la probable tormenta pudiera afectar. A pesar de que la lluvia siempre resultaba pasajera en aquella época del año, podría llegar a ser torrencial, como en otras ocasiones. Ordenó afianzar los andamios adosados a las pilastras y trasladar a la orilla aperos, herramientas o material que, de producirse una inundación, pudieran ser arrastrados. Se sacó del canal la pequeña almadía destinada al transporte de piedra, así como las cabrias y poleas, las cerchas, los puntales y los tablones. Antes de concluir, un viento repentino e intenso llenó el cauce de polvo, tierra y hojas procedentes de las riberas, formando remolinos que golpeaban el rostro

y obligaban a cerrar los ojos. El estruendo del primer trueno cercano sobresaltó a los cientos de hombres que se afanaban terminando de recoger cubos, artesas y carretillas.

—Tal vez sea una de esas tormentas de viento que descargue poca agua. —Marcel gritó para hacerse oír, aunque sus palabras eran más un deseo que una convicción.

Nicolás trató de observar en derredor. A los nubarrones procedentes del Moncayo, aquellos que habían visto evolucionar desde la mañana, se unían otros que llegaban del norte, rodeando la ciudad en medio de intensos relámpagos que de inmediato iban seguidos del fragor del trueno. Los rostros de los hombres reflejaban temor. El estallido seco de un rayo los sobrecogió a todos. Un zagal joven se agachó llevándose las manos a la cabeza para taparse los oídos, como si así fuera a protegerse del peligro.

—¡Mirad, el castillo! —gritó uno de los canteros—. Una polvareda en lo alto de la torre del homenaje hizo evidente que había sido alcanzada y desmochada en uno de sus ángulos.

Muchos se santiguaron.

—¡Todo el mundo fuera del río! —gritó el jefe de obra—. ¡Que nadie pase bajo el puente viejo, podrían caer cosas!

El vendaval, lejos de amainar, arreciaba. Un ligero golpeteo de los badajos de las campanas en todas las torres se convirtió en un tañido constante y desafinado procedente de todos los campanarios de la ciudad. Las nubes discurrían veloces sobre sus cabezas, pero los nubarrones negros se habían convertido para entonces en una masa blanquecina. Entonces comenzó a escucharse un golpeteo sobre el fango.

Marcel, con gesto nervioso, indicó a los suyos que debían retirarse.

—¡Es granizo! ¡A la Magdalena! —gritó a los más cercanos.

Los canteros corrían ya en busca de refugio, y un grupo numeroso les siguió. Salieron del cauce por el lado más próximo a la ciudad, salvaron el talud y atravesaron la puerta de la muralla. Muchos continuaron hasta la iglesia, pero Marcel se detuvo a esperar a José de Tolosa, quien se resistía a abandonar la obra. Beñat y Nicolás permanecieron con ellos bajo la protección del arco. Dos miembros de la guardia, pertrechados y bien armados, observaban con cierta prevención el espectáculo que se desarrollaba más allá de la protección de la puerta. El viento y las ráfagas de lluvia y granizo barrían el cauce a sus pies, donde ya no quedaba nadie. El ligero golpeteo se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en una escalofriante pedregada. El viento arrastraba el agua hasta sus pies, y tuvieron que dar varios pasos atrás. Un instante más tarde, millares de bloques de hielo del tamaño de huevos de paloma rebotaban contra el suelo y se colaban entre sus botas.

—¡Oh, Dios mío! —se lamentó uno de los hombres que compartía refugio con ellos—. ¡Las viñas! ¡No va a dejar ni los sarmientos sin quebrar!

Las piedras de hielo dejaron de caer cuando las nubes recobraron el color negruzco, pero entonces pareció que el cielo se abría sobre la ciudad. Las cortinas de

agua barrían la calzada, el viento desviaba la lluvia a su capricho y los relámpagos iluminaban un paisaje sobre el que súbitamente parecía haber caído la noche. El chasquido aterrador de los rayos rasgaba el aire de tanto en tanto, y Nicolás reparó en el rostro lívido de José de Tolosa.

En aquel momento un crujido siniestro procedente del puente alcanzó sus oídos en medio del fragor de la tormenta. Era imposible ver lo que había sucedido, y el maestro de obras no iba a esperar a que amainara. Uno de los guardias sacaba en aquel momento las dos capas engrasadas de la garita donde encontraban refugio durante la noche, y José de Tolosa le arrebató una de ellas. Sin dar tiempo a nada, se la echó sobre los hombros, se cubrió con el capuz y salió en dirección al puente. No tardó en regresar con el semblante desencajado.

—La cabria del centro ha caído al cauce —anunció sombrío y empapado—. Habíamos previsto una avenida, pero no este maldito vendaval, ¡maldita sea!

—¡Beñat! —Marcel tomó la iniciativa—. Entra en la Magdalena y pide voluntarios. Ha dejado de caer pedrisco y un remojón no puede hacerle daño a nadie.

A continuación, tomó de la mano del guardia la segunda capa y se la tendió a Nicolás.

—Eres el único que tiene un caballo. Vete a casa, ensilla a *Galocher* y súbete hasta el azud. Comprueba que todo esté bien allá arriba. ¿Podrás hacerlo?

El joven solo respondió con el gesto, tomó la capa impermeable y se la enfundó, se ajustó la capucha y abandonó la protección del puente para perderse en medio del aguacero.

Frisaba los treinta y no recordaba haber vivido una tormenta como aquella. Al cruzar sobre el puente de madera, sujetaba por las riendas a un *Galocher* aterrado, que le servía de parapeto y de anclaje para no ser arrastrado por las intensas ráfagas de lluvia y viento. Sentía vibrar la estructura bajo los pies empapados y, al alcanzar el centro de la plataforma, escuchó los gritos de los hombres que, allá abajo, se enfrentaban a la titánica tarea de salvar la cabria más voluminosa de las que disponían. A punto estuvo de precipitarse al vacío en ese punto. La enorme máquina anclada a la tablazón había arrastrado en su caída los maderos que le habían servido de soporte y un enorme boquete oscuro se tragaba el agua de aquel diluvio en su lugar. Solo tres filas de tablones sorteaban la brecha por el lado opuesto, pero sabía que *Galocher* rehusaría atravesar aquel paso inseguro, con el vacío a ambos lados. Hurgó en la alforja y sacó un saco de arpillera que sujetó como pudo a la cabezada para impedir la visión a la bestia. Lo golpeó con suavidad en la tabla del cuello y le susurró tratando de calmar su pateo inquieto. Después asió las riendas por debajo del bocado y tiró de él. *Galocher* respondió de manera torpe confiando en la fuerza que lo guiaba y en la voz conocida que trataba de hacerse oír a pesar del fragor de la tormenta. Atravesó el resto del puente conduciendo al caballo a pie y se detuvo bajo

la protección de la torreta que albergaba al cobrador del pontazgo. Retiró la arpillera y se apoyó sobre el estribo para montar, dispuesto a adentrarse de nuevo en aquella cortina de agua y viento enfurecidos.

Tal vez la noche se hubiera echado encima, pues había perdido la noción del tiempo. Habría deseado poner a su montura al galope, pero bastante hacía con mantenerse sobre la silla soportando el azote de la lluvia, que ya lo empapaba por completo a pesar de la capa engrasada. Apenas veía más allá de unos codos, pero, a la luz del repentino fulgor de los relámpagos, vislumbró campos anegados que empezaban a desbordar los ribazos para verter el agua embarrada sobre la vereda, en busca de la hondonada del cauce.

Angustiado, más por lo que podía intuir que por lo que en realidad se veía, exigió de *Galocher* todo lo que era capaz de dar. Aquella no era una tormenta de verano como las habituales. El cielo parecía haberse cerrado sobre el río, como si pretendiera volver a llenar un cauce que los hombres habían desecado sin encomendarse a Dios. Aquel pensamiento lo sumió en un temor supersticioso, del que trató de deshacerse para concentrarse en la tarea encomendada por Marcel. Un rayo cayó demasiado cerca y tuvo que esforzarse en mantener el equilibrio cuando *Galocher* se alzó de manos, espantado. Entonces comenzó a rezar.

Ignoraba dónde se encontraba, todas las referencias habían desaparecido de su vista bajo aquella tromba que no tenía intención de cesar. Tan solo veía el piso embarrado de la vereda, que se esforzaba en seguir a pesar de que en algunos puntos había desaparecido bajo las torrenteras. Sabía que era algo menos de una legua lo que separaba el azud de la ciudad, distancia que en condiciones normales habría cubierto en menos de media hora. No sabía cuánto tiempo llevaba sobre el caballo cuando un rayo se precipitó sobre la enorme sombra que tenía enfrente. Sin duda aquel era el cabezo de Mirapex, de forma que el azud tenía que hallarse tan solo a unos cientos de codos por delante. Vislumbró un tenue resplandor amarillento y se encaminó hacia él: se trataba de la garita de la guardia, y la luz procedía de un candil de aceite encendido en su interior. Aunque se apagó cuando abrió la puerta, tuvo tiempo de comprobar que el refugio estaba desierto.

Percibió entonces un rugido que no había escuchado hasta entonces. Se quitó el capuz que a aquellas alturas solo era una molestia y trató de aguzar el oído mientras caminaba hacia la orilla. El rumor procedía de su izquierda. El siguiente relámpago hizo que la sangre se le helara en las venas. El azud se encontraba ante él, pero los postes que sostenían la compuerta no se recortaban contra las nubes durante los continuos fogonazos de luz. Se concentró en mirar a la base y, con el siguiente chispazo, lo vio. La compuerta había arrancado sus sujeciones y una corriente furiosa se precipitaba de nuevo por el hueco.

Quiso gritar y lo hizo, sabiendo que tal vez nadie podía escucharle. En el instante siguiente estaba saltando de nuevo sobre el lomo de *Galocher*, y clavó los talones en sus ijares. Lanzó al animal a un galope ciego y suicida ribera abajo. El único

pensamiento de Nicolás era advertir a los hombres que se encontraban en el cauce de lo que se les venía encima, o serían arrastrados sin remisión. Arrojó de sí la capa que entorpecía sus movimientos y cabalgó sin ver, fiándolo todo al instinto del animal, cegado por la lluvia y por las lágrimas de pavor. Las ramas bajas azotaron su rostro hasta que sintió el sabor de la sangre; sabía que en cualquier momento *Galocher* podía meter el casco en un agujero y fracturarse una mano o una pata, pero en aquel momento lo único que le importaba era llegar al puente antes que el frente de la avenida. Con cada relámpago trataba de mirar a su derecha, pero solo veía el resplandor reflejado en una masa de agua furiosa, embarrada y mezclada con ramas muertas.

Lo que temía ocurrió. La mano derecha de *Galocher* falló y Nicolás se vio proyectado sobre la cabeza del animal. Rodó sobre la hierba de la orilla hasta que se vio detenido de manera abrupta por un gran arbusto. Lanzó una mirada de desesperación al caballo que se debatía por ponerse en pie, le pidió perdón y, aun magullado, se lanzó a una carrera frenética. Apenas veía nada a su alrededor, solo sentía en el rostro el impacto continuo de las gotas de la lluvia incesante. Corrió tratando de ignorar el lacerante dolor que sentía en la cadera, sin saber dónde se hallaba, perdida cualquier referencia. El corazón golpeaba alocado en su pecho y le faltaba el aliento cuando creyó percibir un tenue resplandor en el lado opuesto del cauce, quizá una tea encendida en algún lugar que no acertaba a identificar pero que le hizo concebir la esperanza de hallarse cerca del puente.

Al borde de la extenuación, siguió corriendo hasta darse de bruces con la desierta garita del pontazgo. Atravesó el puente hasta el lugar donde había estado la cabria y miró hacia abajo. No había nada, ni cabria, ni hombres, ni se veían los sillares sin labrar que habían quedado en el cauce. Tan solo, unos codos más arriba, los arranques de los pilares que sobresalían por encima de una corriente tumultuosa que hacía vibrar el frágil puente de madera. Plantado en medio del diluvio, tratando de tomar aire a bocanadas para no ahogarse, gritó desesperado los nombres de Marcel y de Beñat, pero solo el fragor del agua volvió a sus oídos. Trató de recuperar el aliento, se obligó a pensar con calma. Que allí no hubiera nadie debía de significar que habían percibido el peligro y que Marcel había obligado a los hombres a buscar el refugio de la Magdalena. Echó a correr de nuevo, atravesó la Puerta del Puente sin detenerse en la garita, donde adivinó la presencia de los guardias, y salvó en pocas zancadas la distancia que lo separaba de la iglesia. Pasó bajo la portada y, por fin, dejó de sentir cómo el agua le azotaba el rostro. Empujó la puerta de madera y entonces le golpeó un olor intenso y acre procedente de decenas de cuerpos sudorosos y empapados que abarrotaban el templo. A la luz de lamparillas, contempló los rostros que se habían vuelto a observarle.

—¿Marcel? ¿Beñat? —inquirió en medio del silencio.

No hubo respuesta. Tragó saliva.

—¡Marcel! ¡Beñat! —llamó a gritos sintiendo cómo el terror, la angustia y la

rabia se adueñaban de él. Se echó las manos al vientre, se dobló y vomitó hilos de bilis, lo único que ocupaba su estómago encogido. Cuando consiguió recuperar el resuello se incorporó a duras penas. Algunos hombres bajaron la mirada.

—¿Qué hacéis aquí? —aulló—. ¡Hijos de puta! ¿Qué hacéis en la iglesia agazapados como conejos asustados? ¡Se los ha llevado! ¿Lo oís? ¡El río se los ha llevado! ¡A todos!

No llegó a escuchar el eco de su lamento que los muros de sillar devolvían porque antes de terminar había caído al suelo desvanecido.

33

Año del Señor de 1203 (unos meses después)

Nicolás vertió en su vaso lo que restaba de la jarra de vino y trató de ponerse en pie para advertir a Alodia. Guillén le puso una mano en el brazo y le obligó a sentarse de nuevo a la mesa, la que habían ocupado desde que La Tabla Negra era un simple figón y ellos apenas una cuadrilla de muchachos.

—No más vino por hoy, Nicolás —advirtió al tiempo que, con un movimiento de cabeza dirigido a la cantinera, cancelaba el pedido.

—¿Y quién eres tú para decirme a mí lo que puedo y lo que no puedo hacer? —protestó, ebrio por completo, mientras con un tirón brusco se deshacía de la mano del cantero. Apuró el vaso de un trago, lo estrelló contra la madera mugrienta y de nuevo se puso en pie.

—Guillén tiene razón —intervino Ezequiel—. Basta por hoy. Nos hemos trasegado tres jarras, tú la mayor parte.

—¡Esto son amigos! —respondió Nicolás con desprecio—. Os hacéis viejos, podéis iros a dormir con vuestras adorables esposas. Yo me bajo a jugar una partida.

Guillén hizo una seña a Ezequiel para que lo dejara marchar.

—¿Cuándo dejarás de compadecerte, Nicolás? —preguntó sin embargo este, dolido por el comentario y también animado por el vino. Señaló a la silla vacía a su derecha—. Todos perdimos a alguien aquella noche. Allí había camaradas, como lo eran Beñat y Marcel; nadie ocupará sus sillas mientras conservemos su memoria, pero no podemos vivir el resto de nuestras vidas aferrados al recuerdo de aquel día.

Nicolás se volvió. Su rostro era una mueca grotesca y negaba con la cabeza.

—¡No entiendes nada! —le espetó—. Perdimos compañeros, pero Marcel era como mi padre, Beñat mi hermano, y Sophie… Sophie era mi otra madre. Ellos y todos los demás, murieron por mi culpa. No hice todo lo que estaba en mi mano para advertirles del riesgo que corrían.

—¡Ya basta, Nicolás! ¡Deja de culparte! Llegaste destrozado, ¡tu cojera aún lo demuestra! Por un milagro no te mataste cuando *Galocher* se partió la mano. ¡Es hora de empezar a olvidar!

—¡Olvida tú si puedes! —gritó Nicolás aferrando el asidor de la puerta que conducía a la bodega.

—¿Sabes lo que creo? Que no tienes huevos para afrontar las desgracias como un hombre. ¡Cada día me recuerdas más a aquel desgraciado de Omar!

—¡Basta ya, Ezequiel! —Guillén le dio un empujón que lo arrojó contra la pared.

Nicolás, sin embargo, había dejado la puerta a medio abrir y miraba a su amigo con los ojos inyectados. Los demás parroquianos habían evitado hasta entonces mirar

directamente la escena, apenas nadie hablaba y las expresiones de los rostros eran graves. En eso, dos o tres de ellos se levantaron haciendo rodar alguna silla, y llegaron justo a tiempo para sujetar a Nicolás, que se abalanzaba ya sobre Ezequiel. Guillén asió a este último, que también lo retaba con la mirada, intentando soltarse de la presa que lo retenía.

Tristán apareció procedente de la bodega, atraído por el tumulto.

El posadero sujetó por los hombros a un Nicolás tembloroso, en cuya mirada la vergüenza empezaba a sustituir a la rabia. Con una seña indicó que él se hacía cargo. Le obligó a darse la vuelta y lo condujo escaleras abajo. Todos pudieron ver que los sollozos lo agitaban antes de que la puerta se cerrara tras ambos.

Seis meses después de la trágica noche del sexto día de septiembre, una fecha que nadie allí podría olvidar, la ciudad todavía mostraba signos de conmoción. Pocas eran las familias que no habían sufrido alguna pérdida, bien de uno de sus miembros, bien de un pariente, un amigo o un compañero del tajo. La lluvia torrencial se había mantenido hasta la madrugada, pues a una tormenta le sucedía otra, como una maldición que no parecía tener fin. Algunos hombres se habían echado a las riberas provistos de teas y faroles, pero al poco regresaban con ellos apagados por el agua y el viento, empapados y ateridos. Solo al amanecer había podido iniciarse una búsqueda organizada. Varios jinetes partieron hacia las villas y las encomiendas situadas aguas abajo para advertir de lo sucedido y solicitar ayuda para encontrar a quienes habían sido arrastrados por las aguas. Una decena de ellos, aquellos que en el momento de la avenida se encontraban más cerca de la ribera, habían podido salir del agua aferrándose a la vegetación. Algunos habían quedado agotados o malheridos en la orilla, y habían sido recogidos con las primeras luces del alba. Pero la mayor parte habían sido arrastrados aguas abajo.

Los hermanos hospitalarios de las encomiendas de Cabanillas y Fustiñana, ubicadas a dos y tres leguas de Tudela, batieron las orillas del río hasta hallar la mayor parte de los cadáveres dos días después. Dieciocho hombres en total habían perdido la vida, aunque los cuerpos de dos de ellos no habían llegado a aparecer.

Las jornadas que siguieron fueron de dolor y consternación en la comarca. Los entierros se sucedieron en las parroquias respectivas o en las villas cercanas de las que procedían las víctimas. Marcel y Beñat fueron enterrados juntos en el pequeño cementerio adosado a la iglesia de la Magdalena. Marie y Martha rodeaban con los brazos a Sophie y a Olaya, dos guiñapos destrozados que apenas podían mantenerse en pie. Nicolás y Unai cerraban los extremos, asidos a su madre y a su esposa.

Las muestras de condolencia con su familia, en la que parecía haberse cebado la desgracia, habían resultado abrumadoras. Marcel era un hombre querido y su hijo Beñat empezaba a serlo. Los habitantes de la casa de la vieja judería no habían conocido la soledad durante semanas. Con las tres mujeres destrozadas por la

pérdida, no les había faltado pan recién cocido en la mesa de la cocina, ni un perol de sopa, ni hortalizas frescas de la vega. Especialmente emotivas habían resultado las visitas de otras viudas y otras madres que, rotas en lágrimas, compartieron el dolor en las calurosas, aunque cada vez más cortas, tardes que precedieron al otoño. Las viudas colocaban sus manos temblorosas sobre el vientre de Olaya y la miraban a los ojos. «Al menos a ti te ha dejado esto» —parecían querer decirle sin necesidad de palabras.

Un buen día de finales de septiembre, tres semanas después de la tragedia, un emisario del castillo llamó a la puerta. Sacó de su pesado morral dos bolsas de tela que, según dijo, contenían cincuenta sueldos cada una. Era, según dijo, una gracia que el rey, a pesar de no estar obligado por las leyes del Fuero, deseaba otorgar a las viudas. Entregó una tercera bolsa a Nicolás. Cuando, extrañado, este preguntó el motivo, se enteró de que a oídos del rey había llegado la noticia de su cabalgada en medio de la tormenta y aquellos dineros estaban destinados a la compra de un nuevo caballo.

Habían encontrado a *Galocher* a la puerta de la casa mientras los hombres batían aquella mañana las orillas del río. Había llegado a tres patas, con la mano derecha encogida, y alguien avisó al albéitar. Este aplicó un ungüento y un emplasto para el dolor y la hinchazón antes de entablillar la mano del animal con maestría. Nicolás volvió a llorar, esta vez de alegría, cuando lo vio en la cuadra al regreso del cementerio. Le abrazó el cuello y le murmuró al oído. Intuía que la fractura era grave y que con probabilidad nunca volvería a montarlo, pero por nada del mundo iba a permitir que fuera sacrificado.

La desgracia, sin embargo, no había terminado para ellos. Sophie, rota tras la pérdida de su esposo y del único hijo varón que le quedaba, no había sido capaz de superar el estado de pesadumbre y melancolía. Se había negado a probar bocado y solo por el empeño de su hija y de su nuera, que la forzaban a sorber caldos y sopas de leche, se había mantenido en pie durante los primeros meses.

Ni siquiera el llanto de su tercer nieto había conseguido arrancar de ella una sonrisa. Nació a principios de noviembre y fue un varón. Nadie tuvo duda acerca del nombre que habría de llevar. El pequeño Beñat llenó los días de Olaya y consiguió que se volcara de lleno en su cuidado, sin olvidar al joven Alvar que, a sus dos años, jugueteaba ajeno al drama que se vivía a su alrededor.

Las ganas de vivir habían abandonado a Sophie quien, sin remisión, se fue consumiendo con el paso de los meses, hasta que Dios usó una simple calentura para llevársela poco después de San Blas, en lo más crudo del invierno.

Las obras en el río se habían interrumpido, y Nicolás no había vuelvo a acercarse al lugar. Desde aquella noche, de hecho, había sido incapaz de atravesar el puente de madera, ni para acudir a la hacienda de la que era propietario ni para visitar a Martha y Unai. También para la joven era un suplicio hacerlo, de forma que, una vez avanzado su propio embarazo y tras la muerte de su madre, decidió atender a los

ruegos de Marie y se instaló en la casa común a la espera del momento en que fuera necesario dar aviso a la partera. Allí los pequeños Alvar y Magdalena podrían jugar juntos, la compañía de su cuñada haría bien a Olaya y ella misma podría soportar mejor su traumática y repentina orfandad. Los tres ausentes parecían seguir allí, pues todos y cada uno de los miembros de la mermada familia percibían su presencia a cada instante, pero también eran conscientes de que seguían vivos, de que se tenían unos a otros y que la vida se abría paso, como demostraban los gritos infantiles y el abultado vientre de Martha. Marie se había mostrado como el mejor sostén de la familia. Su prolongada viudedad la había hecho más fuerte, y sabía transmitir aquella fortaleza a quienes acogía bajo su protección. Sin embargo, Nicolás, su propio hijo, era quien más se había resistido a recibir su ayuda, y temía por él.

La vida en la ciudad debía continuar, el duelo no llenaba los pucheros y, con las obras del puente paralizadas, la vista de todos se volvió de nuevo hacia la colegiata. Nadie sabía lo que depararían los meses venideros ni cuáles serían las decisiones del rey y del prior, de las que toda la ciudad dependía, pero se sabía que la llegada del invierno hacía imposible retomar los trabajos en el río y el templo en construcción era la tabla a la que tendrían que agarrarse tras el naufragio sufrido.

Guillermo Durán se encontraba solo en la sala capitular. Sus pies se apoyaban descalzos sobre la piedra helada en aquella tarde de marzo, víspera de San José. Había dado orden de no ser molestado, como cada día, y nadie era testigo de su agonía, salvo los personajes que poblaban las bellas pinturas del muro frontal. Nadie podía serlo. Los pies doloridos por el frío y las rodillas desolladas, tras largos meses de penitencia apoyadas sobre el basto reclinatorio de madera, eran el menor de sus sufrimientos. Ni siquiera el cilicio que laceraba sus carnes bajo el hábito le proporcionaba dolor suficiente para acallar la voz de su conciencia y para purgar su pecado. De allí procedía el mayor de los dolores, el que le proporcionaba la culpa, saber que había cedido al pecado de la soberbia engañado por el Maligno. Lucifer —¿quién si no?— había sabido convencerle de que su acción no tendría más resultado que dar una lección a Sancho por su arrogancia. Recordaba cómo aquella mañana, después del Ángelus, creyó llegado el momento de dar rienda a su deseo de venganza al contemplar las amenazadoras nubes de tormenta que se alzaban sobre el horizonte. El Maligno —después fue consciente de ello— le había llevado a recrearse imaginando la ira del rey al contemplar arruinado su proyecto. Él, nada más y nada menos que el prior de Santa María, había sido el instrumento del que se había servido el demonio al hacer llamar a los dos rufianes y poner en sus manos codiciosas aquellos sueldos de vellón a cambio del encargo. Una vez que las sujeciones de la compuerta hubieron sido debilitadas hasta dejarlas pendientes de un simple cordel en cada maroma, el mal estaba hecho. Después Satanás solo tuvo que traer a la ciudad una tempestad impensable, hacer que los cielos se abrieran sobre el río y desatar los

vientos huracanados que arrojaron al cauce aquella maldita cabria. Dieciocho muertes pesaban desde aquel día sobre su conciencia, entre ellas las del maestro cantero y su hijo. Las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos, pero las reprimió con un esfuerzo iracundo: no merecía siquiera el alivio que proporcionaban el arrepentimiento y el llanto. Diecinueve muertes, si contaba a la viuda y madre que no había soportado tanto dolor. Veintiuna, en realidad. Porque había hecho lo que tenía que hacer con los dos sicarios cuando volvieron a cobrar el segundo plazo. Se mostraban tan afligidos por la desgracia que temió que se fueran de la lengua, incluso que confesaran el sabotaje. En las copas de vino que les ofreció para calmar su zozobra se hallaba la solución a aquel nuevo problema. Solo tuvo que arrojar los cadáveres a uno de los profundos osarios cilíndricos excavados en el subsuelo de la colegiata y ordenar que se sellaran hasta que se les diera uso una vez consagrado el templo. Tal vez fueran más las víctimas, puesto que nada se había sabido de los dos guardias que custodiaban el azud el día de la tempestad; si los responsables de su desaparición eran aquellos dos sicarios, nunca lo llegaría a saber, porque no había querido saber cuando la respuesta era aún posible.

No había confesado su culpa, ¿a quién iba a hacerlo? Jamás podría obtener perdón para aquel pecado, y solo la contrición y la penitencia que a sí mismo se había impuesto servirían para atemperar el juicio divino el día en que el Señor lo llamara a su presencia. Sintió el cosquilleo de una gota de sangre recorriendo su espalda, y de nuevo el alivio de la mortificación se le antojó inmerecido. Cerró los ojos, echó los hombros hacia delante y, aun con los dientes apretados, no pudo evitar un gemido ahogado cuando las púas del cilicio laceraron más profundamente la piel.

—Ilustrísima, ¿estáis bien? —La voz sobresaltó al prior de tal manera que su cuerpo se estremeció por completo, provocándole otro latigazo de dolor. Sintió que una indignación sorda anidaba en su pecho, pero se hizo incontrolable cuando se repitió aquella llamada que no debía haberse producido.

—¡He dado orden de que no se me moleste! —estalló, y se volvió hacia el frente ahogando la necesidad de gritar de dolor. No dio crédito a sus oídos cuando la voz inconfundible del hermano portero volvió a resonar a través de la puerta.

—Hermano Guillermo, no os molestaría si pudiera evitarlo. Pero es preciso que abráis. ¡Es el rey quien está aquí y desea veros!

—¡Abrid la puerta, prior! —La voz de Sancho resonó imperiosa en el interior de la sala.

—¡Un momento! —respondió aturdido.

Se puso en pie de manera atropellada, se alzó el hábito por la parte delantera y liberó la hebilla que sujetaba el cilicio alrededor de su pecho. Incluso al soltar su presa, las púas le infligieron un dolor tan agudo que temió perder el sentido. Arrojó el instrumento ensangrentado bajo el sitial que le servía para conducir las reuniones del capítulo, compuso su vestimenta, y se atusó el cabello mientras se dirigía al portón. Retiró el pasador de hierro que lo bloqueaba y aún se frotó los ojos antes de abrir.

La figura majestuosa de Sancho se recortaba contra la luz de poniente que penetraba a través de las arcadas del claustro. Era su intención salir a la galería, pero no tuvo opción. El hermano se había apartado, y el monarca avanzó y dobló la espalda para cruzar bajo la puerta de madera, que no estaba pensada para permitir la entrada de un gigante como él.

—¿Teméis por vuestra seguridad, que tanto os encerráis? —preguntó el rey mientras miraba en derredor.

—No es temor a los peligros de este mundo, sino a la falta de quietud y sosiego, tan necesarios para la reflexión y el acercamiento a Dios Nuestro Señor.

—No os quejaréis de ruidos y alborotos, ahora que veis vuestro claustro concluido —objetó el rey mientras fijaba la mirada en la pared frontal—. Hermosa pintura, cada vez que tengo ocasión de contemplarla me resulta más admirable.

—Doy gracias a Dios por haber visto terminadas las dependencias del monasterio. Pero aún resta la colegiata, cuyas obras vos me obligasteis a detener.

El rey alzó el brazo derecho.

—¡No sigáis, prior! No he venido al monasterio en busca de pleitos. Muy al contrario, vengo a ofreceros dejar a un lado las rencillas que nos han enfrentado.

—Tampoco es mi intención disputar con vos, mi señor. No en esta ocasión. Tomad asiento. —El prior le ofreció el gran sitial labrado bajo el que acababa de arrojar el cilicio.

—Os veo muy desmejorado, prior Guillermo. Sentaos vos también. ¿Acaso no gozáis de buena salud? De inmediato puedo hacer que uno de mis físicos judíos os examine. Son los mejores.

—Con el debido respeto, mi señor… Antes me dejaría devorar por una rata que ponerme en manos de uno de esos judíos a quienes protegéis.

—¿Debo insistir en que no deseo disputas? —Parecía que el rey hacía un gran esfuerzo de contención para no responder al prior con un exabrupto.

—No ofrezcáis, señor, lo que sabéis que no puedo aceptar. Además, mi salud no es motivo de preocupación.

—No es eso lo que muestra vuestro semblante, pero asunto vuestro es, sin duda. En realidad, estoy aquí para traeros excelentes noticias. —Se recostó sobre el respaldo como si estuviera departiendo en sus aposentos privados—. Veréis, la catástrofe del pasado verano resultó ser un grave contratiempo, sin duda, pero no todo se ha perdido. Lo fundamental del trabajo estaba concluido y las zapatas y el arranque de los pilares han resistido el invierno sin mal aparente. No será imposible ahora continuar el trabajo con las cimbras para rematar los arcos y completar la plataforma superior. El viejo puente de madera seguirá haciendo su papel como inmejorable andamio. Pero, para eso, preciso de nuevo de toda la mano de obra que pueda reunir.

—Estáis diciendo que pretendéis repetir lo acontecido el verano pasado, deteniendo la obra de la colegiata…

—No será preciso paralizarla por completo, en esta ocasión no es acuciante la

prisa por concluir antes de…

—Contáis con mi aprobación —cortó el prior sin dejarle terminar.

El rey lo miró de hito en hito.

—No parecéis el mismo hombre con el que hablé en mi anterior entrevista —respondió sin dar crédito.

—No lo soy. Y por ello os repito que contáis con mi aprobación para concluir las obras del puente.

—No creía que fuera a resultar tan fácil, y por ello venía preparado con una oferta que no podríais dejar pasar… Os la plantearé de todas formas, a ambos nos conviene.

—Vos diréis.

—Sabéis que he emprendido una profunda reforma de la Hacienda del reino, y los aranceles al comercio no son la menor de las aportaciones en las que tengo puestas mis esperanzas. El puente sobre el río debe dar un nuevo impulso al mercado de Tudela, al que pretendo convertir en el más importante entre todos los que nos rodean, así estén en Aragón o en Castilla. Una vez que hayáis consagrado vuestra colegiata, también vos podréis beneficiaros por las mayores exacciones de vuestros dominios.

—¿Y esa es la gran noticia que deseabais transmitirme? Soy consciente de todo ello, y por eso contáis con mi beneplácito para concluir las obras.

—¡No! Hay algo más. —El rey sonrió, y su sonrisa tenía algo de enigmático—. Consagraréis este templo bajo la advocación de Santa María, si no me equivoco, y ello conseguirá atraer hasta aquí a gran número de fieles del entorno y también a peregrinos de la ruta meridional del camino hacia Compostela. ¿Qué creéis que sucedería si la colegiata contara con una reliquia que pudiera equipararse en importancia a la propia tumba del apóstol?

—¿Qué podría equiparársele? —repuso, escéptico.

—Pensad, decidme…

—¿Acaso un fragmento de la Cruz donde murió Nuestro Señor? ¿O de la lanza con la que Longino atravesó su costado? Sin duda sería de gran valor alguno de los objetos con los que el Salvador tuvo contacto a lo largo de su vida y, sobre todo, en la Última Cena…

—Pensad en algo más apropiado para vuestra colegiata, y recordad que Berenguela, mi añorada hermana, vivió durante más de un año en Tierra Santa, en la ciudad de Acre, recién conquistada por su esposo. En agradecimiento por haber abierto las puertas de Jerusalén para los cristianos tras los prolongados enfrentamientos con Saladino, el Patriarca Latino les obsequió con un presente que Berenguela conserva en el castillo de Chinon.

—¿De qué se trata? —preguntó el prior repentinamente interesado.

—Se trata de un fragmento de buen tamaño de la túnica de la Virgen María, prior.

—¡Una reliquia de la madre del Salvador! —exclamó enardecido—. ¿Y decís que se encuentra en poder de vuestra hermana?

—Como sabéis, Berenguela lucha por sus derechos como viuda del rey de Inglaterra desde la muerte del buen Ricardo. Podía haber regresado a Navarra, pero decidió permanecer en sus antiguos dominios, a pesar de que Juan sin Tierra ha optado por dejar sin efecto las disposiciones de su hermano. Berenguela es tenaz y perseverante, y no dudo que conseguirá lo que se propone, pero eso la ha mantenido en sus residencias de Beaufort, Fontevraud y Chinon. Sin embargo, en su última misiva, manifiesta su nostalgia por la tierra que la vio nacer. Enterada por mis cartas de la cercana consagración de la colegiata, desea hacer donación de tan preciada reliquia a la ciudad.

—Pero… ¡Eso es extraordinario! —balbució—. ¡La mejor noticia desde que ocupo el cargo como prior de esta congregación!

El rey iba a responder, pero las palabras no llegaron a salir de la boca. El monje se había echado las manos al rostro y lloraba de manera desconsolada.

—Entiendo vuestra emoción —musitó al fin, aunque su expresión de desconcierto desmentía sus palabras—. Veo que comprendéis lo que esto supone para todos nosotros.

—Debéis excusarme… —El prior trató de recomponerse y superar aquella muestra de debilidad que no podía permitirse ante el rey—. Son muchas las adversidades a las que hemos hecho frente en los últimos tiempos, y hay momentos en que las fuerzas pueden flaquear, incluso en quienes soportamos sobre los hombros grandes responsabilidades.

—¿Realmente os encontráis bien?

—Mejor que nunca tras la nueva que traéis —repuso con convicción.

—¿Y la sangre que salpica el suelo?

El prior se sobresaltó. Trató de buscar una explicación, pero Sancho no apartaba los ojos de él y parecía leer la verdad en su rostro. Terminó por bajar los ojos, sin responder, con el ceño fruncido.

—Os mortificáis. Eso explica los continuos encierros de los que me ha informado el hermano. ¿El pecado de la carne, acaso?

Guillermo Durán asintió, mintiendo al rey tras un instante de duda.

—Veo que, a pesar de las notables diferencias que nos separan, no somos tan distintos… Vos sois célibe y yo no tengo esposa. Por algún lado han de rebosar las pasiones, no os juzguéis con tal dureza.

—Tal vez siga vuestros consejos —respondió el prior, evasivo.

—Habréis de disponer de un relicario acorde con la importancia del contenido. Será necesario buscar la debida preservación y evitar el robo de joya tan preciosa.

—Maduraba la idea de encargar al maestro Beltrán una imagen de la Virgen que ocupe la hornacina central del altar mayor, con la intención de que estuviera lista para la fecha de la consagración. Dada la altura a la que será izada, habrá de ser una imagen de grandes dimensiones. Pienso si sería descabellado labrar un hueco en su interior que sirva para albergar el fragmento del manto.

—Excelente idea. La pesada talla proporcionará protección a la reliquia y, por su parte, la reliquia hará de la talla algo verdaderamente excepcional, algo que despertará la devoción y la veneración de los fieles.

El prior parecía haber dejado atrás la zozobra que había experimentado poco antes.

—Creo saber quién es el hombre más adecuado para labrar esa imagen —declaró—. Lo merece, por muchos motivos.

—¿En quién pensáis?

—En el hombre que ha tallado algunos de los mejores capiteles del claustro donde acabáis de estar. Os los mostraré ahora.

—El ahijado del malogrado Marcel…

—Vos lo habéis dicho. No pasa por sus mejores días desde que tuvo lugar la tragedia.

—En ese caso, dejad que sea yo mismo quien le dé la noticia. Tengo una deuda pendiente y creo saber dónde encontrarlo —dijo el rey.

—¡Poneos todos en pie!

Nicolás se volvió sorprendido. Daba la espalda a la escalera y lo que vio hizo que dejara de prestar atención a la partida que jugaba. Dos *milites*, miembros de la guardia real a juzgar por la indumentaria, acababan de hacer entrada, empuñando las armas bruñidas, y escrutaban el subterráneo con el ceño fruncido y gesto receloso. El que parecía estar al mando alzó la barbilla, indicando a su compañero lo que debía hacer. Este avanzó entre el mobiliario observando uno por uno a los asombrados jugadores. Tristán era uno de los pocos que se encontraba en pie, pues su tarea se centraba en circular de mesa en mesa animando el juego y las apuestas, y salió al encuentro de los recién llegados.

—Soy el dueño del local. ¿Qué se os ofrece? —preguntó atónito.

El guardia alargó el brazo hacia el pecho del tahúr, impidiendo que se le acercase más.

—Lo sabemos. Colabora y nada tendrás que temer.

La mirada de Tristán se centró en el rostro turbado de Alodia, que descendió la escalera con un pozal de madera en la mano. El guardia que permanecía en la entrada la orientó hacia su compañero con el gesto.

—Sacad todas las armas que llevéis encima y depositadlas aquí —ordenó con voz marcial—. A quien se le encuentre una daga encima, un simple alfiler, será reo de muerte.

La voz y la actitud de los *milites* no dejaba lugar a dudas, y todos se alzaron o se inclinaron para hurgar en los fondillos, los cintos, los dobles pliegues de los jubones, las botas e incluso bajo algunas prendas de cabeza. El sonido del metal se repitió mientras duró la atípica recolecta.

Alodia se había pegado a su esposo. Nicolás reparó en que Tristán se agachaba para escuchar lo que la cantinera le murmuraba al oído, y vio cómo sus ojos y su boca se abrían por la sorpresa. Al instante, la mujer empezó a atusarse el cabello, se soltó el delantal y con las palmas de las manos trató de disimular las arrugas del pellote.

—¡Dejad paso al rey! —voceó el guardia que custodiaba el acceso.

Todos los presentes estaban en pie para entonces, y todos vieron cómo una figura desproporcionada surgía a través del que, por contraste, parecía un diminuto hueco que comunicaba la escalera con el subterráneo. Dio la impresión de desplegarse cuando enderezó la espalda, y la regia cabeza se alzó un codo por encima de las demás. Arrugó la nariz y entornó los ojos, tal vez por la neblina que producían las pipas de hachís. Desde su atalaya barrió la tafurería y terminó clavando la mirada en una de las mesas centrales. En cuanto avanzó un paso y desalojó la entrada, dos guardias más aparecieron tras él, amén de un hombre de alcurnia al que Nicolás reconoció como el merino mayor. Entonces Tristán se apartó de Alodia y salió a su paso, tieso y solemne. Carraspeó antes de inclinarse para hablar.

—Mi señor, es grande el honor que me hacéis dignándoos visitar mi humilde negocio.

El rey se limitó a asentir, cabeceando con los labios apretados. Sus ojos se movían de mesa en mesa como si quisiera aprehender cada detalle, la condición de la gente que se reunía allí, su estatus, su credo…

—No tan humilde, a juzgar por las pilas de sueldos en las mesas.

—Mi señor… —repitió sin llegar a terminar la frase.

—El merino hablará contigo. Quizá sea hora de que empieces a dar cuenta de tus beneficios al fisco. —Dejó de prestarle atención para continuar adelante.

Desde el instante en que lo vio, Nicolás sabía que lo buscaba y que se acercaría.

—De nuevo nos encontramos… —Se dirigió entonces al contrincante que ocupaba el lado opuesto de la mesa—. Por hoy ha terminado la partida. Recoge tus monedas y cede la silla a tu señor.

El jugador, un mercader de lanas, se apresuró a quitarse de en medio, azorado y con la cabeza gacha.

Nicolás, nervioso, desplazó la mesa, pero aún no quedaba sitio suficiente para acomodar al rey. Tristán corrió entonces y, servil, obligó a levantarse a los dos hombres que jugaban más cerca. Sancho tomó asiento, como si no fuera la primera vez que un taburete se quebraba bajo su peso. Se acomodó de lado, apoyado en el tablero sobre el codo derecho, sin meter las piernas bajo él.

—De manera que este es el juego de tablas, del que tanto he oído hablar.

—Así es, mi señor —confirmó Nicolás con prudencia.

—Deseo que me enseñes las reglas.

—Será un gran honor, mi señor… —acertó a responder, pasmado—. No acertaba a comprender por qué el rey fingía desconocer el juego. En la ciudad era conocida su afición a los juegos de azar y a las apuestas.

—Deja a un lado el tratamiento. Es necesario mantener la distancia con los siervos, pero sobra entre nosotros. Más si vamos a compartir este juego de tahúres.

Mientras le reprendía cogió el vaso del hombre que se acababa de levantar y se lo llevó a la boca. Un instante después había escupido en el suelo, y el vino pulverizado empapaba el pavimento.

—¿Qué bebedizo infernal es este, cantinero? ¿No tienes algo que merezca llamarse vino?

Tristán, apurado, balbuceó una respuesta.

—Os traeré el mejor vino de mi bodega. No encontraré mejor ocasión para vaciar la barrica.

—Dime, ¿cómo han de disponerse las tablas para empezar el juego? —El rey ignoró a Tristán y apartó las piezas de madera que permanecían sobre el tablero. Después escogió las negras y las acercó a su lado.

—Mi señor… —titubeó Nicolás, indeciso—. Desde que tengo memoria es mi costumbre jugar con negras. No soy capaz de hacerlo de otra manera.

El rey lo miró desde lo alto, sorprendido. Iba a protestar y abrió la boca para hacerlo, pero en el último instante pareció pensarlo mejor.

—Supongo que también un rey debe pasar por alto ciertas afrentas cuando proceden de un súbdito con quien se está en deuda.

—Os lo agradezco. Podré enseñaros mejor si lo hago con las tablas a las que estoy habituado —se justificó—. ¿A qué deuda os referís, mi señor?

—¡Mi señor, mi señor! —se burló el rey mientras apartaba las piezas negras y se acercaba las más claras—. ¿A cuál me habría de referir? De no ser por ti, el plano de Ismail se habría perdido y el puente no habría llegado a hacerse realidad…

—En mala hora —respondió Nicolás sin pensar y con semblante sombrío.

—Lamento lo sucedido con el maestro Marcel y con su hijo. Eso también forma parte de la deuda que la ciudad, el reino y yo mismo mantenemos con tu familia. Quizá sea magro consuelo, pero el recuerdo de quienes murieron aquella noche permanecerá en la memoria de todos aquellos que crucen el puente cada día.

—La memoria es frágil. Nadie los recordará cuando estemos muertos.

—Dices verdad. Me ocuparé de que sus nombres figuren en las crónicas del reino. Los pilares son sólidos, y apuesto a que seguirán cruzando sobre ellos quienes moren aquí pasados los siglos, igual que sucede con otros puentes que Roma dejó en Hispania hace mil años. Tal vez los cronistas de generaciones posteriores hagan llegar hasta ellos el sacrifico y la hazaña de quienes lo pusieron en pie, ¿quién lo sabe? —El rey hizo una pausa, y se volvió impaciente en busca del cantinero—. Quizá te interese saber que el prior y yo hemos hecho las paces y espero poder concluir el armazón de la obra antes de que acabe el año. Una vez cerrados los arcos, tender la calzada sobre ellos resultará tarea sencilla.

Nicolás no pudo ocultar un gesto de asombro.

—Así pues, ¿las obras de la colegiata seguirán interrumpidas?

—Trabajarán en ella quienes no sean necesarios en el puente. Yo he sido el primer sorprendido al comprobar el drástico cambio de actitud del prior Guillermo. Parece haber comprendido que la obra del río es indispensable para el porvenir de la ciudad y, por tanto, de su priorato. Desea consagrar la colegiata una vez concluidas las obras del puente.

—Celebro comprobar vuestro entusiasmo. —El rostro de Nicolás revelaba que sus palabras no eran del todo sinceras.

—El año próximo, el décimo de mi reinado, será memorable para Tudela y para Navarra. Están por llegar las reliquias que mi querida hermana Berenguela adquirió en Tierra Santa para ser expuestas en el altar mayor de la colegiata. ¡Un fragmento del manto de la Virgen! ¿Puedes creerlo? —De nuevo, el asombro se reflejó en el rostro de Nicolás—. ¿Entiendes lo que puede significar para la ciudad?

Mientras conversaban, había dispuesto todas las tablas en sus casas, preparadas para comenzar el juego.

—Espero poder seguir siendo útil con mi trabajo, aunque sería mi deseo no tener que acercarme a ese puente. No de momento, al menos —rogó con amargura.

—El prior y yo tenemos otros planes para ti. Y el maestro Beltrán está de acuerdo.

34

Año del Señor de 1204 (un año después)

Aquel día de principios de mayo prometía ser brillante y cálido, pero aún se agradecía la pelliza entre los elevados muros del transepto en aquellas primeras horas de la jornada. La luz procedía de las naves longitudinales que habrían de comunicar el crucero con los pies del templo. Era tan solo un esqueleto conformado por los muros perimetrales y los pilares que se alzaban a lo alto, como largos brazos dispuestos a sujetar unas bóvedas que tan solo existían en los planos y en las monteas de los maestros de obra. En aquella zona se trabajaba a la intemperie, pues solo la cabecera y el transepto se hallaban protegidos por la cubierta provisional de madera y cueros que permitiría la consagración del templo unos meses más tarde, el día de la Asunción de la Virgen.

De momento, aquel espacio cubierto era utilizado por los talleres de escultura que, una vez concluidos los trabajos del claustro, labraban enormes capiteles destinados a coronar los pilares centrales a medida que estos alcanzaban su altura definitiva. Cerca de donde se encontraba Nicolás, el perfil de dos mulos comenzaba a tomar forma en un enorme bloque de piedra cónico. Eran el emblema de los Baldovín, una acomodada familia enriquecida con el cultivo de viñas y con el vino que obtenían de ellas. Tras la reanudación de las obras, concluido el puente, se habían convertido en grandes benefactores de la colegiata, y muchos morabetinos de los que habían hecho entrega se empleaban en el pago de salarios, entre otros, a quienes habrían de inmortalizar en piedra su buena acción.

Nicolás, en cambio, llevaba meses trabajando solo. El encargo que había recibido era de magnitud suficiente para dedicarle todas sus horas. Había pasado el invierno calentándose las manos ateridas en un brasero de hierro que ardía a su costado, mientras los enormes bloques de piedra que iban a conformar su obra más ambiciosa empezaban a tomar forma.

La imagen se había concebido teniendo en cuenta el lugar que iba a ocupar en la hornacina situada en lo alto del altar mayor, a cuarenta codos de altura. Tenía que ser una figura de dimensiones colosales si no quería que pareciera insignificante desde el lugar que ocuparían los fieles. Por otra parte, debía cumplir su función como relicario. Ambas razones le habían llevado a dividir el bloque de piedra caliza en dos grandes piezas, de manera que el receptáculo para el manto de la Virgen quedara oculto y protegido entre ambas. Una vez ubicada en su emplazamiento definitivo, sería necesario el empeño de muchos hombres para bajarla al suelo y separar las dos mitades, lo que representaba una garantía frente al expolio.

Aunque habría preferido dotar a la imagen de las características que tanto le

habían llamado la atención durante su viaje por tierras francesas, el encargo del prior contenía instrucciones precisas: quería una Virgen con el Niño en el regazo, tallada, una vez más, según el modelo del manual bizantino, de manera que la principal imagen del templo tuviera continuidad y coherencia con la escultura del claustro. Para el gusto de Nicolás aquellas imágenes adolecían de una falta de expresividad evidente, resultaban hieráticas y carentes de vida, pero Guillermo Durán había sido tajante en sus exigencias. Solo había dado su beneplácito cuando tuvo sobre su mesa un boceto a carboncillo de la imagen final.

Se apartó tres pasos para contemplar la obra en su conjunto y sonrió satisfecho. Era más alta que él mismo, cerca de cuatro codos. Tan solo un hombre en la ciudad la superaría en altura, el mismo que en los últimos meses compartía su tiempo con él ante el juego de tablas. La escultura, sin embargo, se apartaba del proyecto original, pues había decidido que el brazo izquierdo de la Virgen arropara al Niño, rompiendo así la simetría y la absoluta falta de afectividad que transmitía aquel. Había mentido al prior excusándose en un mal golpe de cincel que le había obligado a alterar su intención primera. Trató de imaginar el resultado una vez pulida la figura y policromada con los colores adecuados para respetar su simbolismo: quizá el raro azul ultramar se reservara para el manto del Niño, tal vez el escarlata para la Virgen madre. Ante él descansaban los dos bloques ya superpuestos, pues había trabajado así en las últimas fases para que la unión entre ambos fuera perfecta, para que los pliegues de los ropajes tuvieran continuidad y, en definitiva, para que nadie pudiera advertir sino con un examen detallado que la figura estaba conformada por dos partes separadas.

Miró a lo alto y, de nuevo, sintió un asomo de inquietud. Se acercaba la fecha en que la pieza tendría que ser alzada hasta lo alto de la cabecera, y sería preciso idear un método seguro para hacerlo. Probablemente habrían de instalar una enorme cabria en lo alto, pero ni aun así resultaría sencillo alzar la pieza que, ya soldada, pesaría más de ochenta arrobas. Los guarnicioneros tendrían que confeccionar un arnés lo bastante fuerte para soportar tal peso, ayudarse con poleas, y montar andamios que permitieran a los asentadores ubicarla dentro de la hornacina, en una delicada operación en la que sería necesario ayudarse del bamboleo de la imagen.

Absorto en sus pensamientos, en medio del martilleo y de los ruidos de la obra, no escuchó los pasos a su costado.

—Será delicado —comentó alguien junto a él.

Sin reponerse del sobresalto, Nicolás se volvió. Le costaba reconocer en el prior al hombre adusto, huraño y malcarado cuyo contacto evitaba tan solo dos años atrás. Desde entonces parecía llevar una pesada carga sobre sus espaldas, que le había echado una decena de años encima. Su barba se había blanqueado de manera prematura y su porte, antaño erguido y desafiante, había dado paso a una actitud más humilde, más acorde con su condición de eclesiástico, algo en lo que tenían mucho que ver los hombros caídos y una mirada que había dejado de ser frontal, directa y

retadora.

—Será necesaria la máxima prudencia. El trabajo de un año no puede tirarse por la borda —respondió Nicolás, usando la terminología de alguno de los comerciantes que, tras retornar el Ebro a su cauce, volvían a atracar sus naves en el remozado embarcadero fluvial.

—Un accidente sería señal de mal agüero, además de que obligaría a retrasar la consagración —observó el prior, contagiado con la preocupación del escultor.

—Confiemos en el buen hacer de los maestros y de los asentadores. Experiencia no les falta.

—Tiempo habrá de dedicar nuestros desvelos al izado de la imagen. Antes habrá que proceder a la solemne recepción de las reliquias. Me temo que su llegada se ha visto retrasada por el reciente traslado de la reina Berenguela a sus dominios de Le Mans.

—¿Se encuentra la hermana del rey en Le Mans? —La mente de Nicolás voló al interior de su catedral, un recuerdo que conservaría mientras viviera—. Deberíais haber viajado vos mismo hasta allí en busca de esa reliquia. Os aseguro que vuestra percepción de la belleza en la construcción de templos como este y en su decoración escultórica sería muy distinta a vuestro regreso.

—No lo pongo en duda. Pero no he venido hasta aquí para alentar la añoranza de vuestro viaje. En un instante lo habréis olvidado.

—No os comprendo. ¿Qué queréis decir?

El prior alzó el brazo izquierdo y puso ante Nicolás un rollo de pergamino en el que no había reparado hasta entonces. Presentaba el lacre quebrado, pero el cordoncillo escarlata que lo ceñía había sido anudado de nuevo. Se lo tendió, dándole a entender que debía cogerlo. Nicolás dejó las herramientas que aún sujetaba en las manos, las sacudió entre sí para eliminar el polvo y aún se las frotó en los costados del jubón.

—Va dirigido a mí, pero en realidad no soy yo el destinatario final —adelantó enigmático—. Lo envía el legado papal.

El corazón de Nicolás comenzó a golpearle el pecho, desbocado. El rostro del prior, sin embargo, no dejaba traslucir sus sentimientos. Resultaba tan hierático como el de la Virgen de ojos pétreos que los observaba. Sus dedos se volvieron torpes cuando tomó el legajo de las manos de Guillermo Durán. Le costó deshacer el nudo y, cuando lo hizo, el cordoncillo cayó al suelo. Las esquinas del pergamino se le escaparon dos veces antes de conseguir desenrollarlo para ponerlo bajo un rayo de sol que caía desde el muro suroriental.

—¡No comprendo! —exclamó—. ¡Está escrito en latín!

—Así es. No usamos otra lengua en nuestras comunicaciones y nuestros documentos.

—¿Qué dice? —preguntó apremiante.

—Es la concesión de la dispensa de los votos pronunciados por mi sobrina.

Las piernas de Nicolás temblaban, tanto que temió que dejaran de sostenerlo. Se volvió hacia la imagen de la Virgen y se dejó caer de rodillas. Su rostro quedó a la altura de los escarpines que él mismo había tallado unas semanas antes y, entre sollozos, sin importarle lo que pudieran pensar quienes asistían atónitos a la escena, se abrazó a la base del relicario y los besó con la frente apoyada entre los pliegues de la túnica.

Solo se incorporó cuando escuchó de nuevo la voz del prior.

—Será preciso concertar la celebración de los esponsales y fijar los términos del contrato matrimonial.

—He pensado mucho en ello —respondió mientras se ponía en pie de nuevo, sin alzar la voz para que sus palabras llegaran tan solo a oídos del clérigo—. A mi edad, seré yo mismo quien tome parte en la escritura para obligarme.

—No podría ser de otra forma según nuestro Fuero. Por nuestra parte seré yo, como tutor legal, quien represente los intereses de la desposada. Negociaremos las condiciones del acuerdo, la entrega de las arras y la fecha de la velación.

—Deseo tomar a María por esposa en cuanto sea posible.

El prior entrelazó las manos en la espalda y se alejó unos pasos, antes de darse la vuelta para enfrentar los ojos de Nicolás.

—Es mi deseo que la misa nupcial de mi sobrina se celebre en este mismo altar, una vez consagrada la colegiata.

—¡Pero eso supone meses de retraso! —espetó Nicolás sin ocultar su enfado—. He esperado años; no podéis…

—Solo serán unos meses más, y sabré recompensar la espera con una dote adecuada a la calidad del enlace entre mi sobrina… y un hombre que goza de la cercanía y el aprecio del rey. He pensado que doscientos morabetinos de oro serán suficientes.

—No es oro lo que busco. Me gano la vida de manera holgada, sabéis que percibo una renta del rey y soy propietario de una hacienda cuya mitad aportaré al matrimonio en concepto de arras —objetó Nicolás, elocuente.

El tono de su voz, sin embargo, indicaba que había asumido aquel nuevo aplazamiento.

—Si os parece adecuado, fijaremos la fecha de la velación para el primer domingo tras la consagración.

Nicolás asintió despacio con la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero pareció pensarlo mejor.

—¿Ibais a decir algo?

—Tenía entendido… —dudó— que un clérigo como vos hace voto de pobreza. María es huérfana y no me consta que cuente con bienes propios. Doscientos morabetinos de oro es una fortuna.

Guillermo Durán entornó los ojos y lo miró de manera enigmática.

—Mañana os espero en el monasterio para redactar y rubricar el contrato

matrimonial —se limitó a responder.

Mientras lo veía alejarse, a la mente de Nicolás acudió la escabrosa escena que había tenido lugar en sus dependencias. Pensó que, tal vez, el voto de castidad no fuera el único que aquel hombre había violado.

María echó un último vistazo a la austera celda que había ocupado durante cuatro años. Aquel camastro donde tanto había temblado de frío en las largas noches de invierno; el sencillo reclinatorio frente al crucifijo tallado del que podría describir cada veta, cada imperfección de la madera; el ventanuco enrejado que iluminaba la estancia desde lo alto del muro, único hilo que había conectado su encierro con los sonidos procedentes del exterior. Sonrió al comprobar que habían desaparecido las migajas del alféizar, señal de que el ruiseñor que cada mañana la visitaba habría podido alimentar a sus polluelos. Echaría en falta su canto en el abedul cercano.

Las dos túnicas del hábito, las cofias, los velos, los escapularios y los cíngulos descansaban sobre el lecho, perfectamente ordenados. Quizá los aprovechara alguna otra hermana. Solo conservaba las enaguas que llevaba puestas bajo el brial negro de seglar, las sandalias y el crucifijo colgado al cuello con un sencillo cordón. La misma cofia con la que había ingresado en el cenobio cubría su cabello recortado.

Cerró la puerta tras de sí y permaneció un instante en el pasillo en penumbra. Respiró hondo, sin atreverse a soltar el pomo. Cada paso que daba desde que recibió la nota de su tío suponía romper un eslabón de la cadena que la sujetaba a una vida de sosiego, contemplación… y seguridad. Ante ella se abría un horizonte nuevo que le infundía un temor profundo y sordo, pero su decisión era firme, meditada y ya no había marcha atrás posible. Fue consciente de cada uno de los pasos que daba por última vez en aquel corredor que durante años había hollado cada tres horas, pasos que la condujeron, angustiada, hasta la sala capitular. A la puerta la esperaba la priora quien, con un gesto de la cabeza, le indicó que todo estaba listo. Las hermanas aguardaban de pie, en disciplinada formación, tal como solían esperar la entrada de la superiora en las reuniones del capítulo. Se despidió de ellas una a una, intercambiando palabras al oído que nadie más podía escuchar. Las más cercanas pusieron en su mano algún sencillo recuerdo, otras se limitaron a estrecharla en un abrazo deseándole felicidad en su nueva vida, sin dejar de rogarle que volviera a visitarlas. Cuando culminó la vuelta a la sala, dejó atrás regueros de lágrimas y un desafinado coro de hipos y sollozos. Musitó como pudo una piadosa despedida que acompañó con el gesto antes de volverse hacia la priora. Tampoco ella podía ocultar la emoción y se limitó a caminar en dirección a la puerta principal.

Sus miradas se cruzaron cuando la hoja abierta dejó entrar en el zaguán la intensa claridad del exterior. María asintió y la priora se apartó para permitirle el paso. Avanzó hasta colocarse a su altura, se detuvo y, de manera espontánea, las dos mujeres se fundieron en un abrazo. Dos pasos más la situaron fuera del convento y

entonces experimentó la intensa sensación de que estaba a punto de romperse la conexión que la unía a lo que había sido su vida en aquel lugar, lo más parecido al claustro materno. La priora terminó de cortar aquella suerte de cordón umbilical cuando cerró la puerta a su espalda. Experimentó un intenso vértigo que la dejó paralizada, y tuvo que apoyarse en el muro para no caer cuando un vahído hizo que su vista quedara en blanco, mientras mil pequeños destellos le llenaban la cabeza.

Un relincho inquieto la obligó a hacer el esfuerzo de abrir los ojos. Allí estaban los dos hermanos agustinos que su tío había enviado en su busca. Sus escasas pertenencias estaban ya cargadas sobre las caballerías y los frailes, dispuestos para partir. Aceptó su ayuda para subir a mujeriegas a la mula de menor porte y, sin más, emprendieron la marcha. Lo último que vio de Tulebras fue el hermoso lavadero al otro lado del camino y lo que le pareció el destello azulado de un martín pescador que ascendía por el cauce del río Queiles. Los cientos de horas que había pasado en aquel lugar pertenecían ya a otra vida. Se irguió, dirigió la mirada al frente y la dejó atrás para siempre.

La visita del rey con el merino había supuesto para Tristán un enorme menoscabo en el margen de beneficio del negocio, del que se veía obligado a descontar el tributo para las arcas del reino. El sueldo del escribano era otra carga que debía soportar, obligado a anotar a diario cada tablero alquilado para el juego, cada cliente del burdel y las existencias de vino consumidas por los parroquianos. Y las multas, irracionales, desmedidas e injustas a juicio de Tristán, quien no perdía ocasión de lamentarse ante quien quisiera escucharlo. Los oficiales enviados por el merino se presentaban de improviso y cotejaban los apuntes del escribano con el número de alcobas ocupadas en el prostíbulo y con el número de jugadores en las mesas. Si los números no cuadraban, dos sueldos eran la multa por cada marca que el contable hubiera dejado de trazar en el libro.

Cierto era que había pagado multas solo en los dos primeros meses, hasta que el joven escribano y él mismo aprendieron a buscar la vuelta a los oficiales. No era posible que visitaran la tafurería a diario, ni que averiguaran el número de parroquianos que habían usado sus servicios antes y después de su llegada. Con el paso del tiempo, la situación había alcanzado un equilibrio con el que Tristán declaraba una cantidad mensual más bien estable que correspondía —calculaba— a la mitad del negocio real.

Y no le importaba hacerlo, entregaba la bolsa con gusto, pues desde aquel día en que el rey puso por vez primera sus pies descomunales en La Tabla Negra, el número y la calidad de los clientes se habían multiplicado. Tener la posibilidad de jugar sus partidas junto al rey mismo, hombro con hombro, era motivo de vanagloria, pues no cualquiera tenía ya acceso a la bodega que antaño fuera un antro húmedo y lóbrego, y que para entonces se había convertido en el lugar donde ricoshombres, terratenientes

y mercaderes de éxito se codeaban con miembros de la *curia regis* y con el propio monarca si se daba la coincidencia de que dejaba caer sus huesos por allí. Era cierto que el monarca solo se jugaba los sueldos con el joven escultor, a quien ya conocían naturales y foráneos por su terrible historia y por ser el autor del relicario donde se veneraban los restos de la Virgen.

Nicolás sonrió al pasar bajo el nuevo cartel de la tafurería. Si algo le sobraba a Tristán era visión para los negocios, y el viejo tablero de pino donde ya a duras penas podía leerse LA TABLA NEGRA había sido sustituido por otro de roble y de mayor tamaño donde figuraba el nuevo nombre del negocio: LA TABLA REAL. De la misma forma, había encargado nuevos tableros de juego, en los que el sello anterior había perdido el último trazo vertical para transformar la «n» en «r».



Las reliquias de la Virgen habían llegado a la ciudad en vísperas de la festividad del apóstol Santiago, procedentes de Pamplona. El mismo obispo García encabezó la nutrida comitiva en un viaje que duró cinco días, pues hubo de detenerse en todas las villas del camino dignas de tal nombre. La arqueta de madera labrada que las contenía se había exhibido en los altares mayores de cada una de sus iglesias para ser objeto de veneración por los vecinos, convenientemente advertidos por sus párrocos de la llegada de tan singular valija.

El mismo rey, la *curia regis*, el prior Guillermo y los priores, maestres y comendadores de las órdenes militares recibieron al obispo al pie del primer castillete que daba acceso al nuevo y flamante puente sobre el Ebro. En el humilladero echaron pie a tierra los recién llegados y allí se sumaron al cortejo de bienvenida para cruzar sobre el río ya en solemne procesión. De nuevo la ciudad se había echado a la calle llamada por el repique de las campanas y no hubo cristiano de la comarca que perdiera la oportunidad de honrar las sagradas reliquias. Siete días permanecieron expuestas al pie del altar mayor de la colegiata, custodiadas por los monjes del priorato, por los *fratres* de las órdenes del Hospital y del Temple y por los *milites* del rey.

Las obras en el nuevo templo se habían detenido días atrás y todos los trabajos se centraban en la limpieza de las naves con vistas a la inminente consagración. El muro perimetral se encontraba ya cerrado; los pilares de separación entre las naves se alzaban a diferentes alturas, dotados de hermosos capiteles los más cercanos al altar; la abocinada puerta occidental, a los pies de la gran nave, aparecía ya encastrada en su hastial, una vez retiradas de manera momentánea las cimbras y los andamios a la espera de acometer los trabajos de escultura en las arquivoltas.

El prior Guillermo había ordenado apartar sillares y material de cantería bajo los

andamios que no era posible desmontar, hizo limpiar el recinto de áridos, vigas, puntales y traviesas, y solo los hornos de cal permanecieron en su emplazamiento, antes de explanar y compactar el piso.

Fueron días grandes para la ciudad. Los feligreses que, en pie, abarrotaban aquel esqueleto en obras el último domingo de julio, asistieron con estupor a la bendición de la imagen de la Virgen con el Niño al finalizar la misa mayor. Durante la eucaristía había permanecido cubierta con telas, que fueron retiradas por el obispo García, acompañado por el prior Guillermo, y bajo la atenta mirada del rey, que asistía a la celebración sentado en su sitial, en un lateral del altar.

Una exclamación de asombro surgió de las gargantas de los fieles al contemplar los rasgos de las dos figuras talladas en el enorme bloque de piedra blanca. Las palabras del obispo resonaron en aquel espacio abierto mientras bendecía el relicario agitando con fuerza el hisopo de plata y las gotas de agua bendita salpicaban y oscurecían la escultura.

Aquel mismo lunes, el segundo día de agosto, las reliquias enviadas por la reina Berenguela fueron introducidas en su receptáculo antes de sellar la pieza de manera definitiva. La delicada tarea del izado hasta la hornacina se llevó a cabo al día siguiente. Cabrias, poleas, arneses y tirantes entraron en juego bajo las órdenes de los dos maestros, Jaime *el Jaqués* y José de Tolosa. Solo al caer la tarde, Nicolás pudo respirar tranquilo cuando él mismo fue alzado hasta la hornacina para comprobar que la pieza no había sufrido daños. Terminó de retocar la zona de unión de las dos piezas con el yeso más fino antes de lijar y pulir el costurón, siguiendo las formas de los pliegues a la altura de las rodillas de la Virgen y del Niño que mantenía en su regazo. El maestro pintor encargado de policromar la efigie haría el resto, y tendría que hacerlo sin perder un instante si, como pretendía el prior, la imagen había de lucir sus colores definitivos el día de la consagración. Para los fieles había constituido una sorpresa contemplar la talla sin pintar y, de hecho, aquellos dos días habían sido suficientes para que comenzara a circular por la ciudad el apelativo de la Virgen Blanca para referirse a la imagen. Pero todos se habían mostrado de acuerdo en que pintarla allí, ya ubicada en su emplazamiento definitivo y sellada la junta, era lo más adecuado.

Nicolás, con las manos aún manchadas de yeso, se dio la vuelta en la plataforma sobre la que había sido alzado y sintió que su corazón se encogía. El sol, de un intenso color naranja, empezaba a ocultarse entre las nubes que cubrían el perfil azulado de los montes. A tan solo unas varas de distancia, a la altura de sus ojos, se recortaban las siluetas de los capiteles que parecían aguardar, como manos abiertas, el peso de las bóvedas aún por construir. Con la imagen de la Virgen a su espalda, sintió que formaba parte de aquella ambiciosa empresa. Trató de tragar saliva, pero se lo impidió el nudo que tenía en la garganta.

—¡Soltamos cuerda, te bajamos! —advirtió una voz desde el suelo del altar—. ¡Sujétate!

—¡No, esperad! No he terminado…

Tan solo deseaba disfrutar un instante más de aquel momento irrepetible. El canto monódico de los frailes en el claustro, reunidos para el oficio de vísperas, llegaba allí con total nitidez sobre los muros sin completar, mezclado con los sonidos de la ciudad.

Embargado por las sensaciones que todos sus sentidos le transmitían, recordó haber experimentado otras parecidas cuando, siendo tan solo un simple cantero, ascendía la escalinata de caracol situada en el transepto y se sentaba sobre los muros, al borde del vacío. Un rayo de sol se filtró entre las nubes y le obligó a entornar los ojos. Entonces lo asaltó el recuerdo de Marcel, de Beñat, de Sophie; también el de Pierre, su padre… Ellos nunca podrían disfrutar de una visión como la que tenía ante sí. Sintió que la culpa empañaba aquel instante de plenitud; no tenía derecho a disfrutar de un momento de felicidad cuando solo habían pasado dos años.

Como si algo dentro de su cabeza se empeñara en llevarle la contraria, el rostro de María se representó ante él. Se volvió hacia la talla y sonrió. Era en ella en quien había pensado a cada instante mientras labraba los rasgos de la Virgen, pero no había osado reproducirlos con fidelidad por temor a la reacción del prior. Además, la expresividad de María y la belleza de sus facciones nunca encajarían con el canon al que se había visto obligado a someter su trabajo.

Miró a sus pies. Varios hombres sujetaban el torno, dispuestos a hacer descender la plataforma que pendía de una gran polea situada sobre su cabeza. Allí, a los pies de ese mismo altar, volvería a verla de nuevo. Llevaba cuenta de los días que restaban para la fecha de la boda: dieciocho, sin contar aquel. Tras la bendición de la talla de la Virgen el oficiante había leído ya la primera amonestación, exigencia que se repetiría aquel mismo domingo y el día de la consagración. Sintió vértigo, y no por el balanceo de la plataforma al asomarse, sino al imaginarse a sí mismo allá abajo, tomando por fin de la mano a la mujer que amaba en una unión bendecida por Dios.

35

Abrió los ojos sobresaltado cuando escuchó el canto del gallo en el corral cercano. Enseguida a este se sumaron otros. Parecía haberse quedado dormido cuando ya creía que aquella iba a ser una noche en blanco, pero era la luz del alba la que se filtraba por la rendija del postigo, y no el resplandor de la luna que había acompañado sus últimos pensamientos. Lo invadió un sentimiento de urgencia cuando recordó que aquel era el día que durante tantos años había estado esperando, pero comprendió al instante que en parte se debía a la picazón del bajo vientre y se levantó dispuesto a salir de la alcoba para vaciar la vejiga. Se enfundó una camisola de lino para cubrir su desnudez y se dirigió a la letrina del patio.

En nada se diferenciaba aquella calurosa mañana de agosto de cualquier otra y, sin embargo, aquel día iba a cambiar su vida. Por última vez había abandonado su lecho de soltero, había salido de la alcoba que había ocupado durante años y, quizá, fuera también la última ocasión en que experimentaba aquella conocida quemazón matinal del deseo insatisfecho. La próxima vez que se acostara lo haría en la alcoba que cuidadosamente habían acondicionado en las últimas semanas, la más amplia de la confortable vivienda familiar. Y sería el lecho nupcial, con su jergón de lana por estrenar, el que acogiera no uno, sino dos cuerpos que se habían anhelado durante demasiado tiempo.

En realidad, era la firma de los esponsales la que daba legitimidad al matrimonio y, de acuerdo con las leyes civiles, nada habría impedido la cohabitación previa a la ceremonia que aquel día iba a tener lugar… salvo la condición de la novia y de su tutor. El prior había impuesto su exigencia de que el contacto entre los esposos se aplazara hasta la velación, rito que supondría la bendición eclesiástica del contrato de casamiento.

Aliviado, salió del cubículo que albergaba el pozo ciego sonriendo, al percibir la reacción de su cuerpo ante el recuerdo de María, que la camisola no conseguía ocultar. Los toldos que habrían de proteger a los invitados del sol inclemente cubrían ya el patio y, bajo él, dos largas hileras de tablas sostenidas sobre caballetes esperaban a las telas que en pocas horas las convertirían en mesas de banquete. El lugar se había engalanado con ramajes entrelazados, guirnaldas y con los propios jazmines y madreselvas que Marie había cuidado con especial mimo durante los últimos meses. En pocas horas, además, las flores procedentes de decenas de huertas llenarían de color aquel patio.

A pesar de la insistencia de Martha y de Olaya, Nicolás había optado por una celebración comedida. Ambas aducían que el tiempo del duelo había pasado, y que Marcel, Sophie y Beñat habrían deseado que aquel fuera un día de plena felicidad, pero cada vez que se había abordado el asunto, las lágrimas terminaban por aparecer.

Tampoco era sobriedad lo que Guillermo Durán parecía desear, y daba por supuesto que el obispo García permanecería en la ciudad hasta aquel día con la idea de concelebrar el rito nupcial. De igual manera, deseaba que el rey Sancho y otros miembros de la curia asistieran a la misa en la colegiata y al posterior banquete.

Fue un alivio para Nicolás enterarse de que tanto el rey como el obispo se veían obligados a abandonar Tudela de manera inmediata tras la consagración del templo. Al parecer, se habían producido algunos disturbios entre moradores de los distintos burgos de Pamplona, y la presencia de ambos era requerida con urgencia en la capital del reino. Gran parte de la corte del rey se había trasladado junto al soberano, y con ella uno de los motivos de inquietud de Nicolás, que no veía de qué manera hubiera podido acoger en su morada a tan regia cohorte de convidados.

A falta del obispo, Guillermo Durán trató de que fuera el gran prior de los hospitalarios quien presidiera la ceremonia, pero tampoco aquello iba a ser posible: Joan de Pedriz había recibido la visita de un emisario que le anunciaba su inmediato traslado. La notificación venía firmada de puño y letra de Alfonso de Portugal, el recién proclamado gran maestre de la Orden, quien le requería para que se presentara con urgencia en su nuevo destino. El nuevo gran prior de Navarra, llegado a la ciudad poco después, había tomado posesión de su cargo tan solo dos días atrás. Aun siendo desconocido para todos, era la mayor autoridad eclesiástica en ausencia del obispo y él sería quien bendijera la unión en su primera ceremonia de importancia en la villa. De aquella manera, aunque la misa fuera concelebrada por ambos, Guillermo Durán podría ejercer en el momento más sagrado del rito nupcial como tutor de la desposada, poniendo a su sobrina bajo la autoridad de quien iba a ser su marido.

A pesar de su deseo de mesura, Nicolás no había reparado en gastos para la ocasión. Los sastres se habían empleado durante meses en la indumentaria que habrían de lucir aquel día, con telas que Marie, Martha y Olaya habían escogido con esmero en los puestos de los más reputados mercaderes de cuantos recalaban en la ciudad. De nuevo había visto ilusión en los ojos de las mujeres mientras trataban de mantener quietos a los cuatro pequeños de la casa para ajustar sus atuendos en miniatura. Hasta el benjamín, Marcelo, que apenas comenzaba a dar sus primeros pasos, iría vestido como un hombrecillo. A Nicolás no le pasó desapercibido que el corte de aquellos atavíos recordaba al modo de vestir que había contemplado en Borgoña, el mismo que Marcel había mantenido hasta su muerte.

El carnero, los faisanes y los pichones adquiridos por Nicolás no habrían sido precisos, pues en los últimos días Unai había aparecido satisfecho con un corzo y un jabalí asaeteados, que por sí solos hubieran servido con creces para dejar ahítos al medio centenar de comensales que en unas horas se sentarían a aquella mesa. Pensó con ternura en Aldara, quien tal vez a aquella hora ya tuviera listas las muchas hogazas que habrían de consumirse, igual que los dulces que llenarían las mesas. Había sido invitada al banquete, pero había declinado alegando que debía dedicar todo su tiempo a preparar los asados. Dos barricas del mejor vino aguardaban al

fresco de la bodega y ya había convenido el precio a pagar a los tres músicos judíos que se encargarían de deleitar a los invitados y de acompañar los bailes con sus piezas. Admiraba aquella música alegre que cien veces había escuchado con ocasión de sus celebraciones públicas y también, siendo solo un mozalbete, cuando se encaramaban a los muros para ver a las novias con ocasión de sus bodas, siempre animadas y festivas.

Cierzo, desperezándose, salió a su encuentro cuando se dirigió a la pila del patio. Solo le rascó la cabeza como saludo. Desde los sucesos del puente había bajado la guardia y no siempre se dejaba acompañar por su fiel protector. Quizá en aquel momento le había dejado de importar lo que pudiera sucederle, pero las cosas habían cambiado tras la rúbrica de los esponsales: con ella asumía una nueva responsabilidad, el horizonte volvía a despejarse, e imaginar a María como una joven y desolada viuda le había llevado a recuperar las anteriores precauciones, de manera que perro y amo se habían vuelto de nuevo inseparables.

Llenó de agua fresca el cuenco de las manos y hundió en ella el rostro. Se dejó invadir por la sensación vivificante y se frotó con energía el cuello, el pecho y los antebrazos. La víspera había visitado los baños, donde el guante de crin arrastró todo rastro de mugre hasta hacer enrojecer su piel; permitió que el barbero arreglara sus cabellos y que recortara su barba poblada. Él mismo se aplicaría alumbre para evitar la transpiración en aquel día que se anunciaba caluroso, y el aroma del almizcle y la lavanda harían el resto.

Se asomó a la cuadra para comprobar que todo estaba bien, y tanto *Galocher* como su nueva compañera lo recibieron con un cabeceo de saludo. El noble animal no se había recuperado por completo de su fractura y cojeaba de manera ostensible, pero, aunque no era capaz de cabalgar, sí que podía llevar a un jinete sobre su lomo, al paso y en distancias cortas. Martha solía usarlo para ir en busca de Unai, cosa que a veces hacía con los pequeños Alvar y Magdalena sobre la grupa. La cojera tampoco había sido un impedimento para montar a la yegua, que mostraba ya señales de preñez.

Empezaban a llegarle los primeros sonidos de la casa, el pequeño Marcelo reclamó al despertar el pecho de su madre con un breve llanto, y de la cocina surgieron sonidos metálicos que hicieron que su estómago empezara a protestar. Se cruzó con Marie que, camino de la letrina, le dio alegremente los buenos días mientras le estampaba un sonoro beso en la frente.

Las campanas en la espadaña de la colegiata empezaron a repicar antes de la hora sexta. En nada se diferenciaba su volteo del habitual en cualquier mañana dominical, pero los fieles se arracimaban en torno al templo en construcción, consagrado a Santa María tan solo siete días antes. Allá arriba, en lo más alto del ábside central, destacaba la figura bellamente policromada de la imagen que contenía las reliquias de

la Virgen, aún sombreada por las lonas de cuero que protegían de los elementos la cabecera sin abovedar.

Como era de prever, el sol calentaba ya a aquella hora y las sombras de los muros, los pilares y los andamios eran los lugares más codiciados, siempre y cuando fuera visible el altar mayor donde iba a celebrarse la velación. Nicolás llegó a las inmediaciones de la puerta de poniente acompañado por toda su familia, con tiempo suficiente para recibir el saludo de quienes esperaban. Marie caminaba a su lado sonriente, a todas luces orgullosa de su hijo, volviendo la cabeza a cada instante para contemplar su rostro y su porte erguido. El novio iba ataviado con una túnica ligera cuya calidad saltaba a la vista. Le cubría hasta el arranque de las medias, y dejaba asimismo al descubierto unos escarpines de gamuza. Una capa de seda rojiza, sujeta con un broche plateado en el pecho, le cubría los hombros y se descolgaba por su espalda. Completaba el atuendo un bonete del mismo color escarlata, símbolo de la fertilidad.

La comitiva había salido a pie de la casa familiar, ascendieron la calle de las Verjas hasta alcanzar la plazuela de San Jaime y la tahona de Aldara, quien se encontraba a la puerta ataviada con su mejor vestido. Muy pocos pudieron captar el sentido de las miradas que cruzaron y del leve gesto de afirmación que ambos esbozaron. En la sonrisa de ella se reflejaba la tristeza y la renuncia; en el semblante serio de Nicolás, solo un infinito agradecimiento.

Abriéndose paso entre el gentío que se agolpaba en las inmediaciones, se acercaron a la colegiata por la calleja a la que se abría La Tabla Real. Tristán, Alodia, Guillén, Tiago, Ezequiel, y algunos viejos compañeros en los talleres de Marcel y de Beltrán esperaban bajo el nuevo cartel obturando el paso. Solo les permitieron avanzar al terminar los abrazos, los comentarios jocosos y los parabienes, cuando ya los monaguillos se empleaban a fondo con las maromas que hacían voltear las campanas.

El oficiante, el nuevo gran prior de Navarra, esperaba a la puerta del templo, y Nicolás se sorprendió por su aspecto. Era un hombre espigado y correoso cuya tonsura apenas permitía advertir el color claro de su cabello, algo que, sin embargo, resultaba evidente en la luenga barba que lucía. Sus facciones resultaban duras, y la cicatriz que le atravesaba el pómulo derecho no contribuía a suavizarlas. No tendría muchos más años que él, pero saltaba a la vista que no había llevado una vida fácil. Solo los ojos claros con los que lo observó al saludarlo le transmitieron una sensación de cercanía y calidez. Iba ya revestido con la casulla y la estola propias de la festividad, y no con el hábito de la Orden del Hospital. Rehusó el gesto de Nicolás que se inclinaba con la intención de besar su anillo, y le estrechó la mano entre las suyas con fuerza, de manera prolongada y sin apartar la mirada de él.

—Nicolás… —saludó—. Mi nombre es Álvaro de Rodas. Recibe en primer lugar mis parabienes en este día. El prior Guillermo me ha hablado de ti, de tu familia… Y del trance que habéis atravesado de manera reciente. ¿Me harás el favor?

El clérigo se volvió hacia quienes acompañaban a Nicolás, y este inició las presentaciones que le solicitaba. A cada uno le dedicó unas breves palabras mientras les sostenía la mano, pero con Martha se detuvo un instante más al saber que en aquel día infausto había perdido a su padre y a su esposo. Algo parecido hizo con Olaya. Luego se agachó para elogiar a los pequeños que, atemorizados ante su aspecto imponente, habían enmudecido.

Un repentino murmullo procedente de uno de los edificios anexos al priorato y el súbito desplazamiento de quienes pugnaban por contemplar la escena, les permitió adivinar que la desposada se dirigía hacia los pies de la colegiata, donde tendría lugar la primera parte de la ceremonia. Como si una mano invisible la desplazara, la multitud se recogió y abrió paso y Nicolás se encontró frente a frente con María. Aunque el prior Guillermo avanzaba a su lado revestido también con los indumentos litúrgicos, ella se detuvo cuando tuvo enfrente a quien ya era su esposo, a falta de la bendición de su unión por parte de la Iglesia. El silencio se hizo en el atrio, roto tan solo por el incansable repicar de las campanas. Dos largos años habían pasado desde que cruzaran sus miradas por última vez en aquel lavadero de Tulebras, y ambos parecían hechizados, ajenos a la expectación que despertaban.

El cabello de María caía suelto como correspondía a una doncella, sin alcanzar aún los hombros a pesar de los meses transcurridos desde la salida del convento. Solo una hermosa guirnalda trenzada con flores secas adornaba su cabeza menuda, por delante de la sencilla toca que la cubría hasta la nuca. Vestía un brial verde esmeralda, símbolo de juventud y de esperanza, y un sencillo velo de seda que parecía cortado de la misma pieza que el manto de su prometido. Pero este solo tenía ojos para su rostro. La delicadeza de sus facciones era la misma que lo había cautivado la primera vez que la vio, pero una pátina de madurez y serenidad venía a perfeccionar los rasgos cuyo recuerdo lo había acompañado cada día en los últimos años. Los pómulos sonrosados, fuera por timidez, por el calor que ya empezaba a apretar o por la emoción del reencuentro, le recordaban el azoramiento de sus escasos encuentros. No apartaba sin embargo la mirada, como si no quisiera dar oportunidad a que la visión que por fin tenía oportunidad de contemplar se fuera a desvanecer por ensalmo si dirigía los ojos al suelo.

El prior se volvió para tomarla del antebrazo y juntos avanzaron. Un amplio círculo los envolvió y se cerró en torno a ellos cuando por fin se reunieron bajo la gran arcada de la colegiata. El tutor se interponía entre ambos y frente a los tres se situó el prior de los hospitalarios. Las campanas cesaron de tañer, y los últimos golpes cadenciosos de los badajos dieron paso a la voz del oficiante.

—Este hombre y esta mujer comparecen a las puertas del templo para exponerse ante la comunidad —anunció con voz potente y profunda—. Si alguno de los presentes conoce de algún grado de afinidad, parentesco o impedimento que impida la bendición de su unión por parte de la Iglesia, que hable ahora.

El silencio siguió a sus palabras, aunque las miradas barrían el lugar en busca de

signos de que alguien fuera a alzar la voz. Tres veces repitió la admonición con el mismo resultado.

—Nicolás, es el momento de entregar la carta de arras en señal de los bienes que entregas a tu esposa. —De nuevo su voz sonó clara antes de reverberar contra los muros circundantes.

El pequeño Alvar, renuente, reaccionó al empujón de su madre y alcanzó a Nicolás un pequeño rollo de pergamino, que este entregó al prior Guillermo.

—Prior, podéis apartaros. Con este gesto entregáis a vuestra sobrina y la ponéis en manos de su esposo.

Guillermo Durán y María intercambiaron sus puestos ante el celebrante.

—Podéis unir vuestras diestras —les indicó a continuación.

Para Nicolás fue un calambre que le hizo estremecerse. El roce con las delicadas manos de María estaba a punto de ser bendecido, y ya nadie podría impedir que aquel contacto se repitiera cada uno de los días de su vida. Una mirada de asentimiento del hospitalario le indicó lo que debía hacer después. Se volvió hacia la pequeña Magdalena quien, tan nerviosa como su primo, le acercó en la palma de la mano el anillo que Martha acababa de depositar en ella. Nicolás lo tomó, se volvió hacia María, y lo colocó en su dedo corazón. Después, volvieron a entrelazar sus manos.

—Entrad así en la casa del Señor —continuó el oficiante—, donde vuestra unión será perfeccionada a los ojos de Dios.

Siguieron al sacerdote que los conducía a lo largo del pasillo de la nave central conformado tan solo por los feligreses que lo flanqueaban en pie. El suelo era una alfombra de hojas y pétalos de flores con las que se había cubierto la tierra apisonada de la colegiata en obras. Sin soltarse las manos, avanzaron entre los cientos de miradas que observaban a aquel apuesto escultor cuya historia conocían bien y a la joven profesa que había renunciado a sus votos por él. Nicolás alzó la mirada hacia la imagen pintada en grana y añil que parecía contemplar la escena desde su hornacina y María hizo lo mismo. Entonces sus dedos se apretaron con fuerza.

—Su rostro es el tuyo —le reveló, y vio cómo el asombro la hacía enrojecer.

Además de los dos priores, el altar fue ocupado por los titulares de varias parroquias de la ciudad que concelebraron la misa nupcial. No se diferenciaba en exceso de cualquier eucaristía dominical hasta que, tras el rezo del *paternóster*, el oficiante se retiró hacia el lado de la epístola y permitió que los esposos fueran cubiertos por un velo que ocultó los hombros de Nicolás y la cabeza de María. Apenas pudieron intuir el significado de las oraciones que, con las manos unidas, recitó en perfecto latín, mientras un acólito le sostenía el misal ante los ojos. Comprendían el sentido del rito, la unión de los esposos bajo el mismo manto, símbolo del lazo con el que se obligaban. Concluido el ceremonial de la velación, la misa continuó adelante con solemnidad hasta alcanzar el final.

Pocos eran los recuerdos claros que Nicolás conservaba de lo sucedido a continuación. La salida del templo, las felicitaciones y parabienes, los abrazos, las

chanzas, el sentimiento de ebriedad que lo embargó con el beso que Guillén, Unai y otros muchos les obligaron a darse en medio de la multitud que se agolpaba a la salida. El banquete interminable, el vino abundante, las risas, el calor, los regalos recibidos, los pies moviéndose solos al ritmo endiablado de la música, el agradecimiento y las emociones a flor de piel por los recuerdos demasiado recientes y dolorosos… Todo ello había quedado envuelto en una nebulosa. La visita imprevista que había tenido lugar al anochecer, poco antes de que los nuevos esposos se retiraran a la alcoba nupcial para proceder a la consumación de su unión, era como un manto que cubría el resto de los recuerdos de aquel domingo de agosto. Algunos convidados habían empezado a abandonar la casa cuando empezaron a hacerse necesarios candiles, velas, lamparillas y teas. Los nuevos esposos los atendían solícitos, agradecían su compañía, sus presentes y sus buenos deseos, y acudían con ellos hasta el portón del patio para despedirlos una vez en la calle. Solo los más próximos quedaban ya sentados, algunos encaramados a la muralla en busca de la brisa que aliviara el tórrido calor de la jornada. Todos los amigos de Nicolás habían alargado su estancia a la espera del momento en que los novios se retiraran juntos al interior.

Entonces se recortó contra la luz de poniente una figura que todos reconocieron de inmediato, pero que pocos habían echado en falta durante la celebración. El oficiante, Álvaro de Rodas, vestía el hábito negro de los hospitalarios con la cruz blanca de ocho puntas bordada sobre el pecho. Nicolás se acercó a él de inmediato y lo que vio en sus ojos lo desconcertó. Aparecían enrojecidos, hinchados incluso, y su expresión reflejaba dolor y turbación.

—¡Gran prior! —saludó, mientras caía en la cuenta de que tras la agitada salida de la colegiata no había reparado en su ausencia. Se sintió repentinamente incómodo.

—¿Dónde está Martha? —preguntó al tiempo que barría el lugar con la mirada—. ¿Y Marie, tu madre?

—Las he visto entrar en la casa. —Fue Unai, quien se encontraba muy cerca, quien respondió.

—Pídeles que salgan —le rogó de forma apremiante y con un tono de voz que no era propio de un hombre como él, bregado sin duda en mil batallas en Tierra Santa. La impaciencia se reflejaba en su semblante, por la contrariedad de no haber encontrado a las dos mujeres de inmediato, como si quisiera expulsar algo que le quemara por dentro y la espera le resultara insoportable.

Declinó el ofrecimiento que le hizo Nicolás con una jarra de vino en la mano y simplemente caminó en torno a las mesas observando todo a su alrededor con mirada inquieta. Cuando las dos mujeres asomaron al patio, el clérigo tomó a Nicolás por el brazo y lo condujo junto a ellas. Entonces sucedió algo inesperado, algo que dejó a todos los presentes clavados en el sitio. El gran prior de los hospitalarios de Navarra se dejó caer de rodillas frente a Martha, la tomó por ambas manos y rompió a llorar de manera amarga. Marie a un lado y Nicolás a otro, aturdidos e incómodos, trataron de tomarlo de los brazos para obligarlo a levantarse, pero, mientras trataba de

controlar el llanto, negó con la cabeza de manera categórica. Durante un instante, los tres permanecieron inmóviles e incrédulos contemplando la escena, atentos a los esfuerzos del monje por calmarse para poder hablar.

—¡Os pido perdón! —exclamó al fin—. ¡No tenía derecho a hacer algo así!

Martha miró a Nicolás sin comprender. Después miró a Marie, mientras el prior seguía sujetándola con sus manos temblorosas.

—¿Quién sois? ¡Explicaos! —pidió Nicolás, asustado, temiendo una noticia que arruinara el día más dichoso de su existencia.

—Os he dicho mi nombre, Álvaro de Rodas. Pero no es Rodas mi lugar de nacimiento, tan solo es el lugar donde se produjo mi encuentro con el gran maestre y donde me concedió la dignidad de gran prior. En realidad, nací muy cerca de aquí y mi nombre real no es Álvaro sino Alvar. —Volvió a apretar las manos de Martha hasta que se dio cuenta de que le hacía daño. Entonces de nuevo se dejó llevar por el llanto y entre sollozos gritó de manera que todos pudieron oír su voz entrecortada—. ¿Tanto he cambiado, mi pobre y pequeña Martha? ¿Es que ya no reconoces a tu hermano?

TERCERA PARTE

36

Año del Señor de 1211 (siete años después)

El viento cálido del sur había hecho de la ciudad un horno en aquellos días previos a la festividad de Santiago, hasta tal punto que los habitantes de la casa se habían recluido después del mediodía en la cocina, que amenazaba con quedarse pequeña, pues el frescor de la bodega estaba reservado para el breve descanso de Nicolás antes de regresar al trabajo vespertino en la colegiata.

Solo después de la hora nona, Martha, Olaya y María habían accedido a salir a la calle ante la algarabía de los muchachos, ansiosos por chapotear a la orilla del río. Las tres cuñadas conversaban de forma animada, sentadas a la sombra encima de un grueso tronco de álamo caído en la ribera, sin perder de vista a los pequeños. Habían accedido a cruzar el puente para complacerlos, pues gustaban de colocarse detrás de la gran rueda del molino para dejarse mojar por las salpicaduras que les alcanzaban en medio del fragor del agua que hacía girar el ingenio. Llevaban los fondillos llenos de guijarros, que arrojaban al cauce mientras cruzaban la sólida construcción, compitiendo para ver quién llegaba más lejos.

Alvar, a sus doce años, jugaba con ventaja, pero su prima Magdalena, de la misma edad, y su propio hermano Beñat, que contaba diez, no le andaban demasiado a la zaga. Un año menos marcaba diferencias, y por eso Marcelo lanzaba sus piedras río arriba, harto de las burlas de su hermana y de los dos chicos. Su primo Pedro, a sus seis años, a veces se unía con él escabulléndose de la supervisión de María, demasiado ocupada tratando de evitar que los pequeños Blanca y Guillermo se acercaran siquiera al menguado pretil de piedra, pensado más para que las cargas que rebosaban de las carretas pasaran por encima, que para proteger a los viandantes.

Alvar, como de costumbre, había terminado apartándose de sus primos menores para encaramarse a la plataforma del embarcadero, ávido por escuchar conversaciones, por descubrir desde allí las velas que doblaban la última curva del río y seguir su trayectoria mientras se acercaban, hasta que llegaba el momento de atracar.

Al día siguiente, víspera de Santiago, daría comienzo la feria anual otorgada por el rey a la ciudad, que habría de alargarse durante siete días hasta la festividad del patrón, San Pedro ad Vincula, el primero de agosto. El trasiego de mercancías que remontaban el cauce para ser ofrecidas a los muchos compradores que acudirían hasta allí, atraídos por la importancia de la feria, parecía interminable. Nada que ver con el mercado semanal de las cuartas ferias, de ámbito mucho más restringido, que interesaba tan solo a los campesinos de la comarca y a gentes de paso. El bochorno, aunque soplaba contra corriente y provocaba que la superficie del río se encrespara,

había empujado durante la jornada a veleros de escaso calado que arribaban a la floreciente villa convertida por el rey Sancho en sede, poco menos que permanente, de la curia real, y el muchacho se divertía tratando de adivinar el contenido de la carga antes de que las lonas la dejaran al descubierto.

Una embarcación maniobraba en aquel momento impulsada por los remos. El peajero puso el pie sobre la borda en cuanto uno de los cargadores, con oficio y experiencia, la atrajo con el bichero hasta la orilla. Un hombre orondo que, sin embargo, mantenía el equilibrio sin dificultad a pesar del balanceo, aceptó su mano para saltar a tierra. Tras él, sin ayuda, lo hicieron dos muchachos mucho más jóvenes, quizá sus hijos. Alvar, curioso, se fijó en la vestimenta de los tres, poco habitual en aquella tierra. La piel de sus rostros y de sus brazos estaba curtida por el sol hasta el extremo, y sus ojos curiosos pasaban del embarcadero al puente, al molino harinero adosado al pilar central, de ahí al castillo que se alzaba sobre el cerro y, ya bajando la vista a la ciudad, a los muchos campanarios y al alminar que rompían el perfil monótono del caserío, sobre el que destacaba la mole de la colegiata.

—Sed bienvenidos —saludó el oficial del merino—. Al parecer es la primera vez que recaláis en esta villa.

—La primera —confirmó—. Soy comerciante mallorquín, judío para más señas, como veis. Nuestra embarcación nos espera en Tortosa y, como tantas veces, hemos remontado el Ebro hasta Zaragoza, de donde nunca había pasado.

Tampoco el acento le resultó familiar a Alvar, a pesar de que habló en un romance similar al que se usaba en aquella parte del reino.

—¿Y qué os ha llevado a seguir viaje hasta aquí?

—Nos han hablado de la importancia que parece adquirir vuestra feria anual después de la construcción de este puente. Magnífica obra, digna del rey de Navarra —alabó vuelto hacia él—. Comercio con mercancías de primera categoría y alto precio, que no tienen fácil salida si no es uno mismo quien acude en busca de clientes selectos. Y, ¿por qué no decirlo?, deseo conocer la judería de donde partió uno de nuestros más ilustres hermanos.

—¿Os referís al judío Benjamín, el viajero?

—¿A quién, si no? Traigo un encargo del rabí de Tortosa; quizá en la aljama puedan darnos cuenta de la existencia de algún escrito en el que reflejara su largo periplo. Resultaría de gran interés para mis hermanos: vuestro paisano recorrió las juderías de todo el mundo conocido, de aquí hasta Persia, la Arabia, la India y más allá.

—El rabí os sabrá decir —repuso con desinterés—. Lo encontraréis cerca de la sinagoga, dentro del recinto amurallado del castillo.

—¿Acaso la aljama se encuentra dentro de la fortaleza?

El cobrador compuso un gesto de hastío, pero, aun con desgana, se avino a responder.

—Entre la primera y la segunda muralla. El padre de nuestro buen rey Sancho

ordenó el traslado para garantizar su seguridad. Has de saber que tus correligionarios no gozan aquí del aprecio de la mayoría —se sinceró.

—Es una maldición que parece perseguir a nuestro pueblo.

El peajero iba a responder, pero pareció pensarlo mejor. Saltó a la barca con agilidad y alzó la primera lona antes de esbozar un gesto de sorpresa.

—¿Qué tenéis aquí? Solo el cuero de esos sacos valdría un buen precio.

Alvar se puso en pie y se acercó al costado de la barca. No era el único curioso y temía que, como en otras ocasiones, los sayones del concejo, apostados en aquel momento a la sombra del puente, se acercaran para espantarlos si amenazaban con entorpecer la descarga. Apostó para sí que se trataba de especias.

—Son tintes para paños —explicó el mercader—. Traigo grana, brasil, índigo, cúrcuma y laca. Pero también alumbre y greda para el curtido. Tengo entendido que en vuestro reino hay buenas lanas, que empiezan a surgir talleres de tejidos y que tampoco faltan los pelaires.

El recaudador sacó una laja de pizarra y se cogió de la oreja una pieza larga y afilada de yeso, dispuesto a estimar el arancel.

—Los tintes, medio quintal. Tres quintales la greda y el alumbre, a mitades. El resto son telas de Valencia —le ayudó el judío.

—¿Y esos fardos?

—Esos fardos no pagan peaje, son un encargo de tu rey: papel de Xáteba —aclaró, mientras el otro empezaba a garabatear—. Es un favor que hago a un hermano, enterado de mi intención de viajar hasta aquí.

—Hace mal. Gozar del favor del rey de Navarra aumentaría el precio de sus mercaderías. Así serán cuatro sueldos y seis dineros. —Había terminado de sumar después de comprobar toda la carga—. Pasad por aquella casilla y se os dará el recibo que…

—¡Cuatro sueldos y medio! ¡Válgame el Cielo! ¿Sabéis que este es el décimo peaje que he de desembolsar desde Tortosa?

—Comerciáis con mercancías de primera categoría, vos mismo lo habéis dicho —objetó con sorna—. Obtendréis buen beneficio con ellas.

—Creía haber satisfecho todos los peajes, teniendo en cuenta que vuestra villa es final de trayecto y no lugar de paso.

El cobrador lanzó una carcajada.

—¡Nunca había escuchado tan peregrina ocurrencia! —exclamó entre risas mientras se alejaba—. ¿Acaso no pagáis peaje en Zaragoza aunque no paséis de allí? Y apuesto a que duplica al nuestro. Podéis remontar el río media legua más y regresar, si de esa forma quedáis más conforme. ¡O pagar ese mismo importe en concepto de pontazgo y portazgo! Lo dejo a vuestra elección.

—¿Dónde puedo conseguir una carreta? —alzó la voz, resignado, para hacerse oír.

—Cruzad el puente, bordead la muralla que veis enfrente y allí, junto a la

alhóndiga, encontraréis carreteros, porteadores y lo que os sea menester durante vuestra estancia aquí. Pero recordad que no podéis descargar la barca si no habéis satisfecho el pago. Apartad mientras tanto del pantalán, se aproximan más embarcaciones —advirtió.

Alvar había permanecido absorto sin perder detalle de la conversación. No era la primera vez que oía hablar de aquel viajero judío que había recorrido el mundo durante años. Su imaginación se desbocaba al escuchar aquellos nombres chocantes, algunos de los cuales había escuchado en boca de sus tíos Alvar y Nicolás. No se cansaba de escuchar sus historias, acerca de Tierra Santa y de Roma el primero, sobre París el segundo. Nada deseaba más que poder emularlos algún día. De momento, debía conformarse entablando conversación con los viajeros que recalaban en la ciudad camino de Compostela. En sus doce años de vida no había tenido posibilidad de salir de allí, e incluso los nombres de Zaragoza, Pamplona o Vitoria se le antojaban propios de lugares exóticos y hacían que su imaginación se desatara.

Un repentino vértigo lo sorprendió al verse alzado por las axilas a dos codos de altura.

—¡Tío Nicolás! —exclamó, mientras sentía de nuevo la tablazón de madera bajo sus pies. Solo pudo volverse cuando se vio libre de aquellas manos poderosas que a menudo lo levantaban y entonces el estupor se pintó en su cara. Ante él había un muro forrado con hábito negro que lucía a la altura del pecho la cruz de los hospitalarios.

—Esta vez no he sido yo —rio Nicolás desde atrás.

—¡Tío Alvar! —corrigió el muchacho, azorado.

El religioso revolvió sus cabellos claros.

—Estarás contento, hoy no dejan de arribar comerciantes. —Señaló al orondo judío que seguía ya al peajero con la bolsa en la mano y también a la siguiente barca, que había remontado la corriente empujada por el viento y, ya arriada la vela, se dejaba caer hacia el embarcadero desde el puente empujada por la corriente.

—Son mallorquines, y traen tintes desde Tortosa. ¡Y papel para el rey Sancho!

—Papel… preciada mercancía —observó Nicolás—. Anda, vete donde están las mujeres y adviérteles de que estamos aquí. Regresaremos juntos a casa.

El muchacho salió corriendo. A falta de padre, una sugerencia de sus tíos era una orden.

Durante un instante, la sonrisa permaneció en el semblante de los dos hombres, aunque se desvaneció cuando retomaron la conversación que mantenían.

—Así pues, ¿crees que el enfrentamiento es inevitable?

—¡Gracias al Cielo creo que lo es! —respondió con elocuencia el hospitalario—. La Cristiandad no puede seguir firmando treguas con el miramamolín. Es necesario deshacerse de la amenaza almohade de una vez por todas, recuperar el terreno perdido tras el desastre de Alarcos hace quince años. Los reyes cristianos no pueden dejar en manos de los esforzados caballeros calatravos la defensa de los pasos de

Sierra Morena hacia la Meseta, hacia Toledo en definitiva. Dudo, sin embargo, que este maldito Sancho se avenga a…

—Si es como dices, los sarracenos han tomado la iniciativa.

Alvar asintió.

—Sin duda. Al-Nasir cruzó el mar en mayo al frente de un numeroso ejército y las últimas noticias hablan de que partió hace más de un mes desde Sevilla hacia el norte. Me temo que la fortaleza de Salvatierra sea su primer destino.

—No me gustaría estar en el pellejo de los calatravos que han de defenderla…

—¿Y qué hacemos nosotros, mientras tanto? —se preguntó exasperado—. El papa Inocencio ha dejado en manos de los obispos de Hispania la tarea de predicar los beneficios de la cruzada a los posibles combatientes. Ni siquiera se ha avenido a enviar al legado pontificio que le reclamaba el rey Alfonso, ni a declarar una cruzada general. ¡No solo Tierra Santa sufre la amenaza de los infieles! ¿Qué haremos si Al-Nasir vuelve a plantarse ante las murallas de Toledo? Quizá mientras Sancho se regodea con su feria, viendo cómo los tributos llenan sus arcas y ejerciendo de prestamista cual vulgar judío con el rey Pedro de Aragón, los caballeros de Calatrava se baten a estas horas en la fortaleza de Salvatierra.

Nicolás observó desde atrás al que había vuelto a considerar su hermano. Caminaba iracundo sobre la hierba agostada al borde del embarcadero, con las manos a la espalda y mirando al suelo, como si hablara para sí mismo. En aquellos siete años, su barba había encanecido, pero sus rasgos afilados y la fortaleza del caballero que cien veces había cruzado su espada con infieles seguían intactos.

Le había costado perdonar después de aquel día lejano en que él mismo le casara sin revelar su identidad. No conseguía comprender qué podía llevar a un hombre a separarse de su familia como él lo había hecho, a permitir que sus padres murieran con el sufrimiento de creer muerto a su hijo. Solo por la insistencia de Martha había accedido entonces a escuchar sus razones. A los votos de pobreza, castidad y obediencia que había realizado al ingresar en la Orden del Hospital, había añadido la dolorosa renuncia a los asuntos terrenales para dedicarse por completo a la defensa de la Iglesia de Cristo, y ello incluía la privación de contacto con la propia familia. El nuevo gran maestre en Rodas, en el momento de alzarlo a la dignidad de gran prior, no solo le había relevado del cumplimiento de aquel voto accesorio, sino que le había informado de que pronto le sería asignado como destino su tierra natal, que al parecer consideraba vital para la Orden. La gran cantidad de propiedades, encomiendas, y concesiones reales reportaban pingües beneficios al Hospital y el buen gobierno del Gran Priorato de Navarra resultaba fundamental para la hermandad militar.

—Dudo que el rey Sancho acceda a unir sus huestes a las de Alfonso de Castilla sin que este acceda a devolver los territorios de Álava y de Guipúzcoa que le fueron arrebatados a Navarra durante su ausencia —observó Nicolás con la mirada puesta entonces en las lonas de la nueva embarcación, bajo la que asomaban cordobanes y pieles de conejo.

Esta vez fue Alvar quien se volvió hacia él. Se preguntaba qué sabría en realidad acerca del verdadero motivo que había llevado al gran maestre a enviarlo a la corte del rey Sancho. En aquellos años no había vuelto a hablar con él acerca de aquel pergamino que encontrara en la mezquita y que se había convertido en la piedra angular de la política peninsular. Le habría gustado saber hasta qué punto estaba al tanto de la intervención de los hospitalarios en el asunto, si albergaba alguna sospecha sobre los motivos que habían ocasionado que la misión encomendada al alférez real se malograra y qué ideas tenía acerca del paradero de aquel documento.

Solo unas horas había coincidido con su antecesor en el cargo, pero habían sido suficientes para ponerse al corriente de lo fundamental. Joan de Pedriz se hizo escuchar en confesión y rogó el perdón para sus muchos pecados, entre los que se encontraba haber ordenado dar muerte a todo aquel que hubiera conocido de la existencia del documento. Recordó la conmoción que le había sacudido al saber que también Nicolás había sido objeto de un atentado que, para su fortuna, había conseguido repeler. No habría podido soportar la carga de que su propia Orden le hubiera quitado la vida. Aquello había sucedido antes de su designación como gran prior, momento en que fue informado por el gran maestre de la importancia del pergamino. Supo entonces que aquel documento era el mismo que Nicolás había rescatado en la cripta bajo la mezquita, cuando tan solo eran unos muchachos, y que su medio hermano seguía corriendo peligro. Desde Roma había logrado transmitir la orden de que fuera protegido de todo mal, pero no durmió tranquilo hasta recibir respuesta y constatar que la tajante disposición había alcanzado su destino. De no haber sido así, su hermano sin duda habría terminado por correr la misma suerte que Omar, Ismail, Robert de Chester y Martín Íñiguez con toda su comitiva. Aun sin saberlo, Nicolás había estado seguro desde entonces.

Lo primero que había hecho al llegar a la casa prioral era hacerse cargo del secreto que en ella se custodiaba. Recibió de las manos de Joan de Pedriz las tres llaves que cerraban el pesado armario de hierro donde se escondía el documento, y los dos juntos la abrieron. Leyó con atención la apretada caligrafía árabe, que comprendía a la perfección después de catorce años de permanencia en Palestina.

Casar a Nicolás y a María había compensado en parte el enorme sufrimiento con el que cargaba tras saber muertos a sus padres y a su hermano menor. Pero la verdadera liberación se había producido la misma tarde de la boda cuando, sin poder esperar más, había descargado su corazón del peso de la culpa. No había sido capaz de hacerlo antes, temeroso de la reacción que pudiera provocar, y las circunstancias se habían aliado de manera providencial para ser él mismo el encargado de bendecir la unión de los nuevos esposos. Mientras a unos pasos de la casa prioral se festejaba el desposorio, Alvar se había debatido en medio de la duda, rezando de rodillas sobre las losas desnudas de su celda, acerca del momento más adecuado para revelar su identidad. Quizá había sido producto de la angustia, pero poco antes de vísperas había sentido como si una mano de hierro le atenazara la garganta, impidiéndole respirar.

Había visto a hombres en la misma situación, en los instantes previos a la batalla, aferrándose el cuello antes de caer muertos y, aunque trató de calmarse y lo consiguió, el temor a que Dios le quitase la vida sin tiempo de abrazar a los suyos condujo sus pasos apresurados hasta la casa de la muralla.

La incredulidad había sido la primera reacción de Nicolás pero, mientras Martha reaccionaba aferrándose a él presa del llanto, él se apartó con la cólera reflejada en el semblante. Tomó a su esposa de la mano, la condujo hacia el aposento nupcial y no supo de él durante semanas. La mediación de su hermana, quien le rogó el perdón para él, hizo que Nicolás se presentara en la casa prioral y, sin pronunciar palabra, se abrazara a él. La emoción de aquel reencuentro volvía a embargarlo cada vez que regresaba a su memoria. El tiempo demostró después ser la mejor cura para los males del alma y, aunque como gran prior se debía a la comunidad del Hospital y a sus *fratres*, recuperó el contacto con su familia. Incluso, ante la negativa de Olaya a contraer un nuevo matrimonio, había adoptado a sus dos sobrinos, Alvar y Beñat, como ahijados.

Sonrió al verlos acercarse en compañía de sus primos mayores, incluido el primogénito de Nicolás que, a sus seis años, tenía que dar dos zancadas por cada una de las de Alvar. Detrás caminaban sonrientes las tres mujeres, María con la pequeña Blanca en brazos, y el benjamín, Guillermo, en los de su tía Martha. Todos los pequeños rodearon bulliciosos a los dos adultos, disputándose el lugar para ser alzados, en medio de gritos y risas, por sus poderosos brazos.

Sin embargo, una voz acongojada se abrió paso entre aquella algarabía, y todos se volvieron hacia el puente. Basilio, el joven mozo de los recados del priorato, corría sobre la calzada agitando los brazos y gritando el nombre de Nicolás. Vieron cómo se llevaba las manos a la cabeza en un gesto que parecía de desesperación. Lo perdieron de vista tras el molino y volvió a aparecer más cerca. Entonces fue evidente que lloraba y que, sin resuello, apenas era capaz de mantener la carrera. Pasó bajo la tercera torre, ya junto a la orilla, y descendió a trompicones por la suave ladera que conducía al embarcadero.

A Nicolás solo se le ocurría un motivo por el que el joven pudiera estar tan afectado, y sintió que los latidos de su corazón se disparaban mientras un pitido se adueñaba de sus oídos. Con las manos extendidas hacia los lados como si quisiera proteger a los suyos, dio unos pasos hacia el joven que llegaba ya. Basilio volvió a repetir su nombre y se detuvo ante él, con el rostro descompuesto y lloroso.

—Es el maestro Beltrán. ¡Ha muerto!

Habían transcurrido dos días desde el sepelio del apreciado escultor y todos los miembros del taller se encontraban reunidos en la crujía occidental del claustro. El prior había cedido aquel espacio, bajo los capiteles a los que ellos mismos habían dado forma años atrás, para celebrar el encuentro de aquel grupo de hombres que

habían dedicado su vida al noble arte de la escultura. Aprendices y oficiales, en pie, formaban un óvalo encajado entre los muros de la galería y las arquerías soportadas por los capiteles. Solo los últimos, sin embargo, tendrían derecho a voto a la hora de elegir a quien, en lo sucesivo, iba a convertirse en el maestro del taller. Ninguno de ellos se había postulado de forma explícita, pero todos conocían el deseo de Bernardo de Almazán por ocupar el puesto. Se murmuraba acerca de sus razones, pues no iba a disfrutar de los suculentos beneficios que a cualquier otro le reportaría el puesto: su condición de monje le impediría disponer de la vivienda destinada al maestro, propiedad del priorato, y el voto de pobreza le obligaría a renunciar al generoso salario que duplicaba al de los mejores oficiales. Sin embargo, el derecho a ser el interlocutor con el prior acerca de los motivos pendientes de esculpir, o participar en las frecuentes reuniones entre los maestros de obras y los jefes de gremio de la colegiata tampoco eran privilegios menores. Algún maledicente, en voz baja y al abrigo de las columnas, había añadido a sus motivos el deseo de impedir que fuera otro quien disfrutara de tan ventajosas condiciones, que a él le estarían vedadas.

Tras seis años, los árboles sombreaban ya el claustro, y solo el trino de los pájaros entre sus ramas rompía el silencio del lugar cuando el miembro más veterano del taller pidió silencio y se dispuso a tomar la palabra.

—Como establece la costumbre por la que nos regimos, doce somos los oficiales llamados a elegir al hombre encargado de ocupar el lugar de nuestro amado maestro Beltrán. Distinguiré con tal honor a aquel de nosotros cuyo nombre se pronuncie más veces. Nadie puede nombrarse a sí mismo. Aquellos que no salgan elegidos acatarán la decisión de la mayoría y jurarán respeto y obediencia al nuevo maestro. Si alguien no está dispuesto a ello, deberá abandonar el taller y uno de los aprendices más experimentados ocupará su lugar.

—Maese Higinio —interrumpió uno de los oficiales más jóvenes, situado a su izquierda—, ¿puede el elegido rechazar el cargo? Y en ese caso, ¿ha de repetirse la elección o acaso es designado el segundo más citado?

—Querido Norberto, el señalado no tendrá oportunidad de renuncia, y si la responsabilidad pesa demasiado sobre sus hombros, deberá asimismo abandonar el taller —respondió paciente—. En ese supuesto, sería necesario repetir la votación, pues las circunstancias habrían cambiado y algunos de nosotros podríamos reconsiderar nuestra preferencia.

—Puede darse un empate —apuntó otro de los escultores situado junto al anterior.

—Si permitierais que terminara de hablar, joven Remigio, quizá al final vuestras dudas se habrían disipado. Yo hablaré en último lugar y, en caso de que haya dos o más de vosotros que hayan sido nombrados el mismo número de veces, mi elección tendrá valor decisivo —explicó tras la reprimenda—. Algún beneficio ha de tener el hecho de peinar más canas que ninguno de vosotros. Recordad que el futuro del taller, el más reputado de cuantos trabajan en la ciudad, está en vuestras manos. Elegid a aquel que consideréis más capaz, a aquel a quien creáis digno de seguir los pasos del

maestro Beltrán quien, a su vez, trajo desde Compostela las enseñanzas recibidas del maestro Mateo. No os dejéis guiar por rencores, afectos ni motivos espurios. Insisto en que debéis elegir al mejor.

Algunos hombres cabeceaban, asintiendo. Otros miraban a los demás de manera furtiva, tratando quizá de adivinar el sentido de su elección.

—Tú serás el primero, Norberto. Luego seguiremos el orden hasta completar el círculo conmigo. ¿Quién es, a tu juicio, el hombre más capaz entre nosotros?

—Vos lo sois, maese Higinio.

—Remigio, es tu turno…

—Bernardo de Almazán es mi elección.

El hombre situado a su izquierda sonrió.

—Bernardo, has sido nombrado una vez. Tienes la palabra.

—Saturnino.

Un murmullo de asombro surgió de la asamblea, pero el anciano lo ignoró, aunque esbozó una fugaz mueca. Todos sabían que Saturnino era un excelente escultor, pero su mudez lo hacía incapaz para ocupar el cargo.

—Tu turno, Saturnino.

El aludido se volvió hacia la derecha y señaló a Bernardo de Almazán, tratando en vano de pronunciar su nombre. Este asintió, satisfecho.

—Entendemos que eliges a Bernardo. Es tu turno, Casiano.

—Nicolás es el mejor entre nosotros. —El escultor bajó la cabeza, evitando mirar a su derecha.

—Nicolás…

—Mi voto es para vos, maese Higinio.

—Evelio…

—Nicolás.

—Puedes hablar, Froilán.

—Nicolás.

A medida que los componentes del taller expresaban su elección, el rostro de Bernardo adquiría un color grana. Mientras tanto, Nicolás palidecía. El círculo se completó al volver el turno al más veterano.

—Seis de vosotros consideráis que el más capaz entre nosotros es Nicolás. Aunque mi voto no cambie ya nada, estoy de acuerdo con la mayoría. Nicolás, sitúate en el centro del círculo.

El aludido tragó saliva y obedeció. De manera pausada avanzó, sintiendo todas las miradas clavadas en él.

—Tu nombre ha sido pronunciado siete veces. Di en voz alta, de manera que todos podamos escucharlo, si aceptas o no esta responsabilidad.

Un acceso de tos lo asaltó cuando de nuevo quiso tragar saliva, y tuvo que echarse la mano al pecho. Algunos rieron ante su turbación.

—Acepto —respondió con voz ronca, y volvió a toser.

—En ese caso, aquí termina mi cometido. A partir de hoy, tú serás nuestro maestro… Maese Nicolás.

37

Le gustaba aquel lugar, incluso a pesar de la sensación de vértigo que le producía contemplar desde tan gran altura el patio de armas con la sola protección del pretil que le llegaba a medio muslo. Más en un día como aquel, libre del azote del cierzo, lo que le permitía percibir el calor tibio del primer sol de la mañana que se alzaba sobre el río en aquel sorprendente veranillo de San Miguel.

En los últimos tiempos el rey Sancho no había tenido ocasión de disfrutar de su estancia en la ciudad tanto como hubiera querido, pues los asuntos del reino y los pleitos por el control de la sede episcopal de Pamplona habían exigido de él su presencia en la capital del reino, amén de las estancias en Estella, Olite y Roncesvalles. Los muchos fuegos de la ciudad, cada vez más numerosos, cubrían el cauce con un manto de humo tenue que la brisa arrastraba río arriba, roto tan solo por las velas de las embarcaciones que desde el amanecer lo surcaban en su camino hacia Zaragoza.

Gozaba viendo despertar a la villa donde había venido al mundo y en la que había pasado la mayor parte de su ya prolongada existencia. Aquellos momentos de soledad en lo más alto de la torre del homenaje frente a la inmensidad del horizonte eran un bálsamo para el alma y, cuando la mirada se fijaba en lo que sucedía a sus pies, comprendía que el empeño de los últimos lustros daba ya por fin sus frutos. Empezaba a experimentar el peso de los años, los dolores se cebaban en ocasiones en sus brazos, en las piernas y en la espalda, pero, gracias a su excepcional fortaleza y al adiestramiento continuado que suponía la esforzada vida de la milicia, sentía que podía seguir dando batalla ante las muchas amenazas que aún se cernían sobre el reino.

Miró hacia el puente de piedra, atravesado en aquel mismo instante por un par de campesinos con el ronzal de sus caballerías en las manos y por la carreta de un mercader a punto de alcanzar el Camino Real que le conduciría al norte, Dios sabía con qué carga bajo aquella lona temblona. Y el molino harinero, con el agua cayendo sin cesar desde los cangilones tras mover la muela, y que tan sustanciosas rentas proporcionaba para sus arcas.

Las reformas de la Hacienda real con la unificación de pechas, la concesión de fueros a nuevas villas, la explotación de las tierras de realengo y las rentas producidas por el incremento de la actividad comercial en forma de peajes, pontazgo, diezmos y concesiones de derechos habían conseguido sanear las finanzas del reino. Las tahonas, los lagares, los molinos, las almazaras y también los figones y las tafurerías satisfacían mal que bien sus exacciones, si es que no eran oficiales del rey quienes los regían. Hasta tal punto había mejorado la situación en aquellos dos lustros, que él mismo se había convertido en prestamista cuando, dos años atrás, el rey Pedro de

Aragón acudió a Tudela en busca de auxilio ante los apuros financieros que atravesaba. El acuerdo se cerró en veinte mil morabetinos de oro y, en prenda, el monarca aragonés entregó cuatro pueblos en la frontera con sus castillos, sus términos y pertenencias y hasta sus habitantes: Peña, Escó, Petilla y Gallur. Era difícil reunir aquella inmensa cantidad en moneda de la misma acuñación, y se hizo necesario recurrir a los cambistas de la judería para proceder al minucioso recuento, a la valoración de la ley del metal y al pesaje del oro en morabetinos, maravedís alfonsinos de Castilla, morabetinos lopinos acuñados por el rey Lobo de Murcia, mazmudinas, doblas y dinares. El plazo se estableció en seis meses, pasado el cual, en caso de no haber sido devuelto el dinero, los castillos pasarían a manos de Navarra. Dos años habían transcurrido desde entonces sin novedad, y las rentas de los cuatro pueblos contribuían ya, por tanto, a engrosar más las arcas del reino.

La buena salud financiera era compartida por las órdenes militares del Hospital y el Temple, titulares de gran número de pueblos y encomiendas a orillas del Ebro. No sucedía lo mismo, sin embargo, con el priorato, cuyas rentas procedían tan solo de sus escasas propiedades en la zona, de las aportaciones de los ricoshombres de la comarca y de las limosnas de los peregrinos que se detenían en la ciudad camino de Santiago atraídos por las reliquias de la Virgen. Las obras de la colegiata se habían ralentizado, al tiempo que, de nuevo, se exacerbaban las diferencias con el prior.

La falta de recursos del cabildo había obligado a Guillermo Durán a reducir los salarios, en un momento en que la ciudad, con el nuevo puente, experimentaba un auge comercial y un incremento de los precios. Por otro lado, sin embargo, se había vuelto a predicar el perdón de los pecados para aquellos que dedicaran parte de su tiempo a las obras de la colegiata, y la respuesta había sido sorprendente, hasta el punto de que se había prescindido de los servicios de algunos asalariados. La situación le había estallado entre las manos al prior la primavera anterior, tras diez días de lluvias continuas que habían obligado a interrumpir los trabajos. La concatenación de los días festivos de la Pascua con los días de lluvia había llevado a los hombres a permanecer tres largas semanas sin cobrar sus pagas, y el descontento había desembocado en una huelga de mazoneros, canteros, carpinteros, asentadores, herreros y peones.

El prior había recurrido a él en busca de ayuda, alegando el necesario compromiso del rey con las obras del templo, pero negó disponer de fondos tras el préstamo no reintegrado por el rey de Aragón. Planteó a Guillermo Durán la posibilidad de obtener un empréstito para salir de la situación de necesidad, pero de ninguna manera podía ser el rey quien cobrara intereses a la Iglesia sin ser acusado de usurero. Sugirió que pidiera el dinero a los enriquecidos prestamistas judíos de la ciudad y se ofreció a ejercer como mediador. Y así fue, pero no en los términos que trasladó al prior, sino como comisionista. Había hecho acudir al castillo a los cuatro prestamistas más poderosos de la ciudad y les había planteado repartirse los beneficios: dos tercios de los réditos para ellos y un tercio para las arcas del reino. La

amenaza de perder la protección real fue suficiente para que aceptaran el negocio. Sabía que aquello incrementaría la inquina de la ciudad hacia los judíos, pero de esa forma el rey aparecía como el avenidor que favorecía la continuidad de las obras y nadie tenía por qué saber que obtenía provecho económico a costa de las rentas del priorato.

Suspiró, preguntándose si aquella acción no había sido pecado de avaricia. Cada vez que se hacía oír por su capellán en confesión estaba tentado de expresar en voz alta su duda, pero siempre terminaba callando, de forma que aquel engaño seguía pesando sobre su conciencia.

Tal vez, de alguna manera, ya estaba expiando su pecado. La salud del reino mejoraba tras la crisis que a punto estuvo de acabar con él durante su prolongada ausencia, pero los asuntos familiares no habían hecho sino empeorar. Berenguela no había conseguido que Juan sin Tierra le restituyera las rentas a las que tenía derecho como reina viuda de Inglaterra; Blanca, regente de Champaña tras la muerte de su esposo Teobaldo a los dos años de matrimonio, atravesaba graves dificultades para defender la legitimidad de su hijo, a quien faltaban todavía diez años para alcanzar la mayoría de edad; su hermana Constanza, eternamente recluida, había aceptado que su destino no era otro que vestir santos; pero la sacudida más dolorosa en todo aquel tiempo había sido la muerte de su hermano cuatro años atrás. Fernando había caído de su caballo al golpearse el cuello con una rama baja, con resultado fatal.

Desde entonces, el problema de la sucesión se había exacerbado. El reino no contaba con un heredero legítimo y, aunque hijos de ganancia, fornecinos y espurios no le faltaban, colocar a uno de ellos en el trono sería tanto como dar alas a quienes en el futuro quisieran atacar el reino cuestionando su legitimidad. Quedaba la posibilidad de un prohijamiento, incluso la de nombrar como rey a uno de sus sobrinos, pero Berenguela no le había dado hijos a Ricardo y solo Blanca era madre, aunque el joven Teobaldo estaba llamado a suceder a su padre en la lejana Champaña. Volvió a suspirar, sabiendo que habría de pasar tiempo sin que diera con la solución a aquel asunto por el que era advertido una y otra vez por los miembros de la *curia regis*.

Como si fuera cosa del diablo, al bajar la mirada se tropezó con los ojos de uno de sus bastardos quien, desde el patio de armas, lo había oteado en su atalaya. Tendría veinte años y era apuesto y bien parecido, como hermosa era la barragana con quien lo había engendrado. Ramiro se llamaba y, si por algo destacaba, era por su mente despierta y su devoción por las letras. Era el segundo de sus hijos fornecinos después de Guillermo, el mayor, un bruto mucho más dado a la milicia que a andar entre libros. A nadie se le ocultaba la identidad de ninguno de los hermanastros e incluso entre ellos, varones y hembras, tenían trato de hermanos. No podía haber sido de otra forma, pues la convivencia era cercana dentro del castillo y, de no conocerse el parentesco, bien pudiera surgir coyunda contra natura.

Para Ramiro tenía otros planes. Lo habría llamado para hacerle subir por la

estrecha escalera de caracol hasta el lugar donde se encontraba y preguntarle por la marcha de sus estudios sobre las Sagradas Escrituras, sobre Derecho Canónico y sobre Teología, amén de la lengua latina que ya dominaba a la perfección, el griego y el arameo. Pero conocía la respuesta y, sobre todo, deseaba estar solo, a la espera de la visita anunciada para aquella mañana; no tardaría en aparecer por la empinada cuesta que conducía desde la ciudad hasta la Puerta Ferrena.

A la muerte del obispo García seis años atrás, le había sucedido el arcediano Juan de Tarazona, que contaba con su beneplácito. Sin embargo, una decena de canónigos del cabildo de Pamplona le acusaron de simonía; alegaron que ceder al rey el dominio del castillo de Monjardín era dilapidar los bienes de la Iglesia y por ello denunciaron ante el Papa de Roma que su elección había sido ilegítima. Tras un largo proceso en el cual Inocencio III encargó a tres jueces dictar sentencia, estos declararon culpable al obispo. El Papa lo sustituyó y ordenó a los canónigos nombrar nuevo prelado. Sin embargo, Sancho apeló la sentencia de Roma y amenazó a los canónigos que, amedrentados, no osaron efectuar la elección en el plazo señalado. Cuando meses más tarde persistieron en el intento, el rey ordenó el destierro de la mayor parte del cabildo y confiscó sus bienes. Juan de Tarazona hubo de trasladarse a Roma para defender sus derechos y allí seguía, mientras la sede episcopal de Pamplona continuaba vacante *de facto*.

Tales disputas lo habían convencido, fuera cual fuese el resultado del enfrentamiento, de la necesidad de contar en el futuro con un hombre fiel para gobernar la diócesis. No se le ocurría nadie más apropiado que su propio hijo Ramiro, y a ello se encaminaban sus esfuerzos. El pulso entre la Corona y la Iglesia navarra se había agravado por la retomada enemistad con el prior Guillermo, pero no era él hombre que se amedrentara con facilidad, como había demostrado al ser excomulgado por el propio Papa de Roma al inicio de su reinado: la prosperidad y los intereses del reino estaban por encima de la fidelidad debida a la Iglesia.

Rodrigo Ximénez de Rada, tal como había anunciado su emisario la víspera, entró en la ciudad procedente de la cercana encomienda hospitalaria de Calchetas, donde le había sorprendido la noche. El propio rey Sancho salió a recibirlo a las puertas del castillo, tal era la amistad y el profundo afecto que los unía. Rodrigo era hijo de uno de los magnates navarros que formaban parte de la *curia regis*, Ximeno Pérez de Rada, y desde su juventud había mostrado una gran inclinación por los libros, influido quizá por su tío, el abad del monasterio de Santa María de Huerta donde inició su formación. Su amistad con Pedro de Artajona, formado en París, había guiado sus pasos, aunque antes de recalar en aquella ciudad para cursar sus estudios de Teología, se había trasladado a Bolonia, donde se le ofrecía la posibilidad de estudiar Derecho Canónico. Cuatro años había pasado en cada una de las ciudades: la estancia en la primera le había permitido asistir en Roma a la coronación del papa

Inocencio III, y en París había podido asombrarse con las bellas catedrales que se alzaban en toda la Île-de-France. Fue en el año del Señor de 1204 cuando regresó, bajo la influencia de su padre, a la corte de Sancho, aunque fue su propia valía la que, de inmediato, le llevó a convertirse en privado y consejero del rey.

De aquella época procedía su profunda amistad. Sus dotes diplomáticas, sus buenas relaciones con Castilla y su deseo de pacificar los reinos cristianos para propiciar un frente común contra el Islam, le llevaron a ser parte decisiva en el tratado de paz que Castilla y Navarra habían firmado en Guadalajara cuatro años atrás. Poco después de aquel pacto había sido llamado para ocupar la sede episcopal de Osma, aunque no llegó a consagrarse como su obispo, pues, antes de la toma de posesión, la muerte alcanzó al arzobispo de Toledo y el cabildo metropolitano de la ciudad pensó en él para ocupar la vacante. Tres años hacía que ostentaba tal dignidad, sobresaliente en la administración eclesiástica de la Península.

El abrazo entre los dos hombres fue efusivo, y solo los saludos de cortesía y las órdenes precisas al séquito retrasaron la conversación que ambos, resultaba evidente, deseaban mantener sin espera.

—¿Qué te trae por Navarra, arzobispo? —preguntó el rey cuando ambos estuvieron sentados en la sala principal del castillo, ocupando sitiales en los lados contiguos de la mesa.

—Malas noticias, Sancho: Salvatierra capituló hace dos semanas. La situación es preocupante en extremo, incluso la sede episcopal de Toledo se encuentra en peligro si Al-Nasir decide seguir su avance hacia el norte. Nada se lo impide tras la derrota de los calatravos, aunque todo indica que la proximidad del invierno le hará retrasar la campaña hasta la primavera próxima. Si no hacemos nada, podemos encontrarnos con otro Alarcos tres lustros después.

—Y vienes a solicitar mi participación en la lucha contra Al-Nasir —presumió.

—No exactamente. En realidad, doy por supuesta tu contribución a la empresa proclamada por el papa Inocencio. Me dirijo a Francia en calidad de promotor de la Cruzada. Para enfrentarnos a tan poderoso ejército serán precisas todas las huestes que podamos reunir, y no son suficientes las procedentes de los reinos peninsulares. Desconocemos incluso la actitud que adoptarán los reyes de León y Portugal, enemistados ambos con el rey Alfonso.

—Fuiste mi privado, y conoces bien cuáles son las circunstancias que me mantienen atado en la lucha contra los almohades.

—¿Un pacto firmado hace doce años en un momento de zozobra para el reino y que, por cierto, ya has incumplido?

—Yo no incumplí el pacto, arzobispo. ¡Martín Íñiguez partió hacia Sevilla con el pergamino!

—Resulta evidente que nunca llegó allí…

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no fue así?

—Lo sabes tan bien como yo, Sancho. ¿Acaso necesitas escucharlo de nuevo en

voz alta para convencerte? Si ese pergamino estuviera en manos del miramamolín, hace años que Toledo y media Península habrían sucumbido frente al imparable ejército reclutado sin dificultad desde Tierra Santa hasta el Magreb. Tendrías a tu… socio —eligió el término con cuidado y lo pronunció con sarcasmo— de nuevo en el Duero, si no en esta misma sala, como hace cien años.

—En cualquier caso, tal posibilidad me llevaría a pensar que sigo en deuda con él. Su oro contribuyó de forma decisiva a sacar al reino del pozo en el que se encontraba, acosado y expoliado por Alfonso.

Ximénez de Rada bebió un sorbo de su copa, se secó el bigote con el dorso de la mano y sonrió cabeceando.

—He ahí el verdadero motivo de tus dudas, si es que en realidad las tienes —afirmó con aplomo ante el rey—. Acaricias la idea de una derrota de Alfonso, una derrota que lo debilite y que puedas aprovechar para recuperar las tierras de Álava y Guipúzcoa que te arrebató entonces. Quizá incluso las de Gascuña que le pertenecen como dote. Odias más a Alfonso que a los sarracenos.

—¡Contén tu lengua, Rodrigo! —el puño de Sancho sobre la mesa hizo saltar las copas, que vertieron parte de su contenido sobre el lienzo.

—¡Es el momento de unir todas nuestras fuerzas para acabar de una vez por todas con esta terrible amenaza! —El arzobispo no parecía dispuesto a dejarse intimidar—. El papa Inocencio ha proclamado la Cruzada y tú eres el rey de Navarra. No puedes hacer caso omiso a la llamada de tus hermanos de fe; tal cosa te dejaría aislado, te expondrías de nuevo a la excomunión y perderías la confianza y el apoyo de tus magnates y de tu pueblo. Tu propio trono peligraría.

—¡Exageras!

—Contempla otra posibilidad —siguió el arzobispo sin replicar—: la de cobrar la segunda parte del pago en oro que nunca recibiste… En forma de botín.

Sancho permaneció en silencio durante un instante.

—¿A quién sirves, Rodrigo? —preguntó al fin entornando los ojos—. ¿Al Papa o a tu rey, a Alfonso?

—Tú también eres mi rey, siempre lo serás.

—No me has respondido…

—Accede a lo que te pido, y no me obligarás a optar entre ambos. Yo partiré mañana mismo hacia el norte para cruzar las montañas antes de los primeros fríos. Tienes tiempo hasta la primavera para convocar a tus magnates y caballeros y reunir una hueste numerosa. No te creo capaz de sentarte a ver cómo atraviesan tu reino tropas ultramontanas, cómo se unen a ellas caballeros del Temple y del Hospital… mientras tú permaneces en Tudela ávido tan solo por llenar tus arcas. Hasta Pedro de Aragón, del que sabemos que sobrevive con el préstamo que tú le entregaste, ha confirmado su presencia en Sierra Morena, de donde Al-Nasir no debe pasar.

El patio del viejo taller que Marcel dirigiera en vida había sido un hervidero durante semanas. Era Guillén quien se había hecho con las riendas del grupo de canteros que, en aquel momento, sin embargo, trabajaba bajo las indicaciones directas de José de Tolosa, maestro de obras de la colegiata tras la muerte del anciano Jaime *el Jaqués* un año antes.

Los carpinteros, a las órdenes de su maestro Diego de Ablitas, se habían esmerado en la construcción de una enorme cimbra en forma de aspa de cuatro brazos que reproducía fielmente el detallado dibujo que colgaba del muro, sujeto con clavos.

La confirmación del de Tolosa como nuevo maestro de obras había supuesto un cambio radical en las directrices de trabajo. De la noche a la mañana habían aparecido, como de la nada, pergaminos que mostraban complejos dibujos que en nada se parecían a los manoseados pliegos del Jaqués. Nicolás los conocía bien, porque era uno de los pocos que estaba al tanto de su existencia. El bosquejo de la bóveda de cañón, proyectada cincuenta años atrás, pronto había quedado arrinconado entre montones de escombro y la mesa del maestro se cubrió de bocetos que mostraban los nervios entrecruzados de las nuevas cubiertas, mucho más livianas. Aquel cambio permitiría abrir amplios vanos en los muros, y Nicolás había visto durante aquel último año cómo surgían del cálamo del maestro los trazos de grandes ventanales apuntados, de un enorme rosetón destinado a ocupar la parte alta del hastial de poniente, y arcos en ojiva similares a los que había observado durante su viaje a París en los que se adivinaba la armónica razón áurea. Las monteas perfiladas en el pavimento se habían picado para ser sustituidas por otras, trazadas sobre amplias superficies de yeso nuevo.

José de Tolosa había decidido llevar a cabo una prueba de carga, tratando de reproducir uno de los segmentos de la bóveda, el que debía ir situado sobre dos pares de pilares contiguos. Así, sobre las cimbras, se habían ido colocando las piedras labradas según las plantillas dibujadas por el maestro, cuidadosamente recortadas después en la madera. Una robusta cabria había servido para asentar las piezas de las nervaduras y, sobre todo, para ubicar en su lugar la clave central, una pieza prismática con cuatro brazos labrada a la medida del hueco, de forma que la unión fuera perfecta. Toda la estructura descansaba sobre pilastras, reforzadas en los laterales con sillares amontonados que jugaban en aquel simulacro el mismo papel que en la obra de la colegiata realizarían los contrafuertes: compensar las fuerzas laterales ejercidas por el peso de la bóveda, y que en su ausencia empujarían las pilastras hacia el exterior provocando el desplome total del edificio.

Había llegado el día y la hora de la verdad, el momento de retirar las cimbras. Operarios de todos los gremios se disputaban un rincón junto a los muros del patio, el único lugar seguro en caso de que el pesado armazón se viniera abajo. Solo a los carpinteros se les permitía permanecer bajo la estructura, aunque José de Tolosa se

encontraba junto a ellos, en un intento de transmitirles seguridad en aquel empeño en el que muchos de ellos no acababan de confiar. Tan solo algunos canteros y escultores francos habían tenido ocasión de contemplar sobre sus cabezas aquel nuevo tipo de bóveda, de forma que la mayoría no concebía que una estructura de piedra de aquel extraordinario peso pudiera mantenerse en equilibrio después de retirar el soporte de las cimbras.

José de Tolosa no había considerado necesario completar los plementos de la bóveda, por lo que solo se alzaban sobre sus cabezas los nervios curvos entre los arcos formeros y los arcos fajones, perpendiculares unos a otros. A una orden suya, los carpinteros empezaron a usar las tenazas y los martillos de uña para extraer clavos de los maderos. Con cuidado, una tras otra, se fueron retirando las grandes piezas combadas que componían las cimbras, entre murmullos temerosos y expectantes. Una sólida viga sujetaba la clave por su base, apoyada en el suelo sobre cuatro cuñas de madera y, cuando las últimas piezas de las cimbras quedaron apiladas a un lado, todo el peso de la estructura quedó apoyado sobre ella.

Tras dos largos meses de trabajo en que una decena de hombres había contribuido a levantar aquella bóveda, restaba la parte más delicada. Nicolás, tan expectante como el resto, sabía que de lo que sucediera a continuación dependería el devenir de la obra y el prestigio de José de Tolosa como maestro. Cada una de las cuatro cuñas sobre las que se apoyaba la viga central llevaba clavado un garfio unido a una cuerda trenzada. Los extremos opuestos de aquellas cuerdas estaban sujetos a cuatro sólidas estacas ancladas en la tierra del patio. A una orden de José de Tolosa, los mazos golpearían aquellas estacas hacia el exterior, tirando de las cuñas y haciendo que estas dejaran de soportar la viga, que descendería cuatro dedos hasta perder el contacto con la piedra clave. En ese momento, el peso que soportaba debería repartirse entre los cuatro nervios y trasladarse a las cuatro pilastras sin que estas cedieran.

Un murmullo hizo que Nicolás se volviera. Vio al prior Guillermo entrar por la puerta y, tras buscarlo con la mirada, se dirigió hacia él. El clérigo solo insinuó un saludo y recorrió aquel esqueleto de piedra con la mirada. José de Tolosa se había girado hacia él, al parecer esperando su aprobación, que otorgó con un simple movimiento de cabeza.

La tensión podía cortarse. Los hombres estrujaban los gorros entre las manos, cambiaban el peso de una a otra pierna y alzaban las barbillas para ver entre las cabezas de quienes les precedían.

Nicolás recordaba haber escuchado a uno de los constructores en París que, si una estructura como aquella seguía en pie después de cinco latidos del corazón, seguiría en pie quinientos años. Fue consciente de que estaba apretando los puños cuando sintió que las uñas se le clavaban en las palmas.

—¡Ahora! —ordenó José de Tolosa.

Cuatro golpes de mazo casi simultáneos rompieron el silencio que se había hecho en el amplio patio del taller. La viga descendió y, libre, cayó hacia un lado. Todos

contuvieron la respiración con la mirada fija en la estructura, hasta que el esbozo de sonrisa en el rostro del maestro hizo que los vítores estallaran, que las gorras volaran a lo alto y que los hombres se abrazaran entre risotadas, palmeándose las espaldas.

El sol empezaba a declinar cuando abandonaron el taller. Nicolás echó la vista atrás y vio que José de Tolosa hacía lo mismo detrás de él, por eso sus miradas no se cruzaron. Ambos contemplaban, por última vez antes de salir, los nervios de piedra que parecían flotar en el aire. Guillén, en cambio, tiraba del grupo, ansioso como siempre por llegar a La Tabla Real, donde se habían propuesto celebrar el éxito. Había transcurrido más de una hora entre abrazos y parabienes, pues para entonces todos los implicados en la construcción de la colegiata comprendían la importancia de lo que acababan de vivir. El prior había regresado al monasterio satisfecho, con la promesa de mantener un encuentro a la mañana siguiente con el maestro de obras y el resto de los jefes gremiales a fin de determinar los pasos a dar de manera inmediata. El invierno se echaría encima en pocas semanas, pero había mucho trabajo por hacer antes de emprender la colosal tarea de abovedar el nuevo templo. La labor se prolongaría durante años, y encontrar fondos no iba a resultar empresa fácil.

—¿Te preocupa algo? —preguntó Diego de Ablitas, retrasándose para ponerse a la altura de José de Tolosa.

El maestro cabeceó afirmando.

—La estructura hasta ahora construida no está pensada para una bóveda de crucería. No existen soportes en los pilares donde apear el peso de las nervaduras —respondió de forma que todos pudieran oírlo—. ¿Tenéis inconveniente en que os lo muestre ahora? Aún tenemos luz suficiente.

Incluso Guillén asintió con efusividad. Aunque la jarra de vino ejerciera una atracción poderosa, su vida era la obra de la colegiata, más cuando sobre sus hombros recaía la responsabilidad de representar al poderoso gremio de los canteros. Él había sido uno de los que alentaran el plante frente al cabildo un año atrás, ante la desastrosa situación que atravesaban los hombres a su cargo. Aquello, aunque le había hecho significarse ante el prior Guillermo, le había valido la estimación de sus camaradas, que tiempo atrás lo habían alzado como representante del gremio e interlocutor ante las autoridades.

Atravesaron la puerta lateral del templo y descendieron la escalinata hasta pisar el brazo del transepto, que recorrieron para detenerse en el crucero, de espaldas al altar mayor. Los enormes pilares que separaban la nave central de las laterales se alzaban ya hasta el hastial del fondo, aunque solo los más cercanos estaban rematados por los capiteles que habrían de recibir el peso de las bóvedas. Sus caras libres estaban cubiertas por pilastras cilíndricas pareadas que compensaban la dureza visual de las aristas en todo su alzado.

—Fijaos en ellos mientras vuelvo —explicó el maestro, caminando ya hacia la

sacristía—. Son de planta cruciforme y están preparados para soportar los arcos fajones de la primitiva bóveda que iba a atravesar la nave de un lado a otro, así como los arcos formeros que unen un pilar con el siguiente en sentido longitudinal. Sin embargo, carecen de apoyos donde apear las nervaduras en aspa de las nuevas bóvedas de crucería.

Los cuatro hombres examinaron con atención la disposición de las columnas hasta que José de Tolosa regresó con varios rollos de pergamino en los brazos.

—Estoy seguro de que durante todo este tiempo has pensado en alguna solución. —Nicolás conocía a la perfección la estructura de los pilares pues en los últimos años, desde la finalización del claustro, había trabajado en aquellos capiteles.

—Lo he hecho, pero me gustaría conocer vuestra opinión antes de esbozar mañana el nuevo proyecto ante el prior. Nicolás, tú fuiste cantero…

—Se me ocurren dos soluciones. Se pueden labrar grandes piezas octogonales para cubrir los pilares por encima de los capiteles. Sobre ellas irían apoyados los cuatro arcos y las cuatro nervaduras.

El maestro desenrolló uno de los pergaminos.

—¿Algo así? —preguntó, situándolo bajo un rayo de sol que incidía desde poniente.

Nicolás asintió.

—Demasiado pesado —objetó Guillén—. Y sería muy difícil encontrar piedras suficientes en las canteras cercanas para labrar piezas iguales de tal volumen.

—Por no hablar del riesgo de alzarlas a esa altura —añadió Diego de Ablitas—. Las cabrias y los andamios deberían ser descomunales, amén de que habría que desplazarlos a cada uno de los pilares.

José de Tolosa asentía.

—Demasiado costoso en todos los sentidos. Estoy de acuerdo con vosotros —asintió—. Además, piezas de tales dimensiones alterarían las proporciones del templo, algo que, como sabes, ha de cuidarse al detalle. Recuerda cuanto hablamos de la razón áurea. Pero proponías una segunda opción…

—Levantar columnillas cilíndricas adosadas a los ángulos del pilar en cada uno de sus cuatro esquinas, similares a las que embellecen sus cuatro caras. Sobre ellas se podrían ubicar capiteles similares a los actuales para obtener un resultado parecido, es decir, un apoyo octogonal.

Esta vez José de Tolosa sonrió de forma abierta y tomó otro de los rollos.

—Hace tiempo que dibujé tu idea. —Los trazos a carboncillo mostraban a la vista el pilar con las cuatro pilastras ya adosadas. En una esquina del pliego, el esquema de la sección mostraba una cruz de brazos cortos rodeada por doce círculos dentro de un octógono regular perfecto—. ¿Algún inconveniente?

—El alabeo —respondió Ferrando, el maestro herrero, sin pararse a pensar demasiado.

—Explícalo…

—Si apoyáis la bóveda sobre una columna adosada al pilar, el peso tenderá a combarla y a separarla del rincón. La argamasa no será suficiente para impedirlo, a no ser…

—¿A no ser qué?

—Que se añadan anclajes de hierro a intervalos regulares para unirla de manera firme al pilar.

—¿Lo veis posible?

—Será sencillo.

El constructor asintió, satisfecho.

—Lo que propones será solo un refuerzo. Los pilares están pensados para soportar pesados arcos, pero la nueva estructura ha de ser mucho más ligera. Ello permitirá adelgazar los formeros y los fajones, dejando espacio para que, al menos en parte, los nervios se apoyen también sobre el propio pilar, y no solo sobre las nuevas pilastras adosadas.

—¿Esta será pues la solución que adoptes? —preguntó Guillén.

José de Tolosa vaciló, permaneció un instante en silencio y, por fin, se decidió a inclinarse para tomar entre las manos un pliego plano y fino de forma cuadrangular. Pareció buscar el sitio más adecuado para mostrarlo, y eligió de nuevo aquel donde el sol proyectaba su luz a medida que se acercaba al ocaso. Doblez tras doblez, lo que era un cuadrado de poco más de un palmo se convirtió en un lienzo de dos codos de lado.

—Tenemos nuevos proveedores de papel de Xáteba —aclaró con una sonrisa.

—Pensaba que solo en la corte disponían de él en cantidad suficiente —comentó el maestro carpintero.

—El prior se las arregla con el mercader que abastece al rey. En la última feria conseguimos desviar algunos fardos y otros están próximos a llegar. Ambos a un alto precio, hay que decirlo. Tendréis que aprender a usarlo, Diego, Guillén… Lo necesitaréis para las plantillas de las nervaduras de piedra y para el diseño de las cimbras.

José de Tolosa dejó el pliego desdoblado sobre el suelo apisonado y les rogó que se situaran tras él, con el altar a la espalda, de frente a la nave principal. Los cuatro hombres se asomaron por encima de sus hombros. Durante largo rato permanecieron absortos, boquiabierto alguno, tratando de comprender. Las miradas empezaron a desplazarse del papel a la nave y más tarde de la realidad al dibujo, en sentido inverso.

El esqueleto real que contemplaban sus ojos había sido trasladado al papel, de tal forma que la perspectiva era idéntica. Pero José de Tolosa había añadido la crucería de las bóvedas, había levantado los muros inacabados, completado los pilares con las columnas cilíndricas y abierto formidables ventanales en el claristorio. Los arcos en forma de ojiva se alzaban hasta alturas inverosímiles en la abertura de las naves laterales y en su unión con la nave central. Por un extraño efecto que ninguno de ellos

había visto antes reflejado con tal perfección, la perspectiva conducía la mirada hacia el fondo de la nave y hacia un enorme y hermoso rosetón que ocupaba la mayor parte del espacio en el centro del dibujo.

Nadie decía nada, pero los cuatro se miraron entre sí. Guillén fue el primero en hablar. Tragó saliva y miró a José de Tolosa.

—¿Nosotros vamos a hacer esto? —preguntó, incrédulo, remarcando la primera palabra.

La noticia del éxito de la prueba de carga de la bóveda aquella tarde en el taller de cantería se había extendido por toda la ciudad hasta el punto de que cientos de curiosos se habían acercado a contemplar la singular estructura que se mantenía en pie en el interior. Muchos de ellos habrían creído que aquello era un milagro de Dios u obra del Maligno si alguien así lo hubiera afirmado. Los cinco hombres reunidos en torno a la misma mesa de La Tabla Real no habían disfrutado de un instante de tranquilidad, acuciados por las felicitaciones y los comentarios que se veían obligados a responder con cortesía. Por ello, apenas hubieron terminado de limpiar sus dedos de la grasa del asado, Tristán les sugirió que harían mejor bajando a la bodega. Los vapores del vino que habían trasegado de manera generosa entrechocando las copas se mezclaron en el tugurio con el humo de las pipas, y Nicolás se dejó caer en una de las sillas. Aunque las mesas y los tapetes dispuestos sobre ellas invitaban a empezar una partida, el día había resultado pleno de emociones y agotador, de forma que se propuso apurar la jarra que el dueño de la cantina les acababa de plantar delante y regresar a la casa de la muralla, donde quizá María lo aguardara despierta.

Desde la feria de San Pedro, el rey no se había asomado por allí, aunque era cierto que en los últimos tiempos sus ausencias de la ciudad se habían prolongado. Tampoco durante sus estancias en el castillo se había prodigado como antes lo hacía, pero en ningún momento había llegado a interrumpir sus partidas. Ya no eran las iniciales de La Tabla Real las que ocupaban los ángulos de los tableros, sin embargo. En todas las tafurerías de la ciudad habían sido sustituidas por el águila negra, emblema de Sancho, desde que este decidiera arrogarse el monopolio del juego en el reino. Así, Tristán no era quien satisfacía tributo por su actividad, sino que era el propio rey quien se había convertido en titular del negocio a través de uno de sus oficiales, que permanecía en el local de manera permanente. Era Tristán quien percibía una parte de los beneficios en concepto de alquiler del local, en lo que podía considerarse una expropiación *de facto* del negocio. Aun así, al figonero le resultaba rentable, pues la presencia del rey seguía arrastrando hacia allí a una selecta clientela con la bolsa siempre llena, de forma que, si el juego había dejado de ser su principal fuente de ingresos, era para ceder el lugar de honor al prostíbulo, repleto a cualquier hora de parroquianos de desahogada posición, atraídos por meretrices que se

encontraban entre las mejores del reino.

Desde su boda, Nicolás no había vuelto a cruzar la cortina que separaba las dos partes de la bodega, en aquel momento del mejor terciopelo. Ni un solo día en aquellos años había sentido la más ligera tentación, seguro de que ninguna de aquellas muchachas podría ofrecerle lo que María le reservaba cada noche. El aguijón del deseo era frecuente, pero, cada vez que lo sentía, su mente regresaba al lecho que ambos esposos habían compartido desde aquella lejana noche varios años atrás. Asistir al descubrimiento por parte de María del amor carnal, hasta entonces ajeno por completo a su experiencia, había resultado una de las vivencias más plenas de cuantas había disfrutado a lo largo de su vida. Sonreía cada vez que recordaba la noche en que ella, sería un año después de su casamiento y tras un encuentro especialmente ardoroso, le había confesado al oído que hacer el amor juntos era el trance que más la acercaba a Dios, a su bondad infinita y a la bendición que suponía ser una de sus criaturas.

Sintió al recordarlo el familiar cosquilleo en el vientre y apuró el vaso. Sabía que cuando sus pensamientos se desviaban hacia María, nada podría calmar su deseo hasta que se deslizaba entre las sábanas caldeadas por su cuerpo y ella, tan ansiosa como él, acercaba sus manos delicadas a su piel en busca del anhelado contacto. Se despidió al tiempo que se levantaba, no sin antes concretar la importante cita de la mañana. Subió las escaleras de piedra hasta el figón y alcanzó la calle sin detenerse, ávido por respirar el aire fresco de la noche.

38

Año del Señor de 1212 (seis meses después)

Alvar se alegró de haber echado mano de la capa para revestir el hábito que le identificaba como gran prior del Hospital en Navarra. Al fuerte viento que le azotaba la tela y también el rostro, se había sumado otro de los imprevistos chaparrones que se sucedían en aquellos inestables días de primavera. Mientras ascendía a pie las empinadas rampas que conducían a la Puerta Ferrena, seguido por dos *fratres* y un tercer hombre tan ateridos como él y también embozados hasta los ojos, trataba de repasar los argumentos que necesariamente tenían que convencer al rey.

La pérdida de Salvatierra por parte de los calatravos había tenido la virtud de mostrar a la Cristiandad que el enfrentamiento inevitable con los almohades habría de ser decisivo, y huestes de todos los rincones del continente se dirigían hacia Toledo, donde el Papa y Alfonso de Castilla los habían convocado. El rey de Navarra, sin embargo, no había dado señal de querer unirse a la empresa. Le constaba que Ximénez de Rada, arzobispo de Toledo y antiguo privado de Sancho, lo había intentado en el otoño anterior a su paso hacia Francia, donde había predicado la Cruzada. Parecía haber cosechado éxito allí, a juzgar por las tropas de Poitou, la Provenza y de Gascuña que estaban atravesando los Pirineos en las últimas semanas. Sin embargo, en Navarra la movilización seguía sin producirse.

La víspera, el propio arzobispo de Narbona, Arnau Amalric, había entrado en la ciudad mientras las huestes que lo acompañaban montaban su campamento en las riberas del río. Por el chantre Fortún, el descabalgado clérigo que, por desgracia, había perdido la confianza como canciller al ser advertido Sancho de que servía de mejor grado a los hospitalarios que al reino, había tenido noticia de la entrevista concluida con un sonoro fracaso. El arzobispo, despechado, se había negado a aceptar la hospitalidad del rey y había pernoctado en la tienda que compartía con parte de su séquito.

Durante toda la noche Alvar había rogado la inspiración divina; la necesitaba para torcer la voluntad del obstinado monarca. Era de todo punto necesario que las tropas navarras se unieran a la Cruzada, como ya lo habían hecho las de Castilla y Aragón, pues su ejemplo podía terminar de decidir a las de León y Portugal, cuyos reyes estaban tan enemistados con el rey Alfonso como el propio Sancho. Las rencillas entre cristianos debían dejarse al margen en aquella ocasión crucial, para acudir juntos a la llamada de Inocencio III y en auxilio de los calatravos. Él mismo lo haría al frente de un nutrido grupo de *fratres* del Hospital, y sabía que los caballeros del Temple se aprestaban con los preparativos de igual manera en las encomiendas cercanas.

El pergamino que, de haber caído en manos de Al-Nasir, habría dado al traste con cualquier intento de frenar el avance de sus ejércitos, seguía a buen recaudo y bajo llave. Pero de nada servirían las vidas que había sido preciso cercenar si las huestes cristianas no plantaban cara en aquella ocasión decisiva a los sarracenos. Un inquieto duermevela había ocupado las largas horas de oscuridad, pero el amanecer lo sorprendió con una decisión tomada.

Antes de alcanzar la entrada del castillo se volvió hacia el hombre que les acompañaba, propietario de una fonda en la morería y, con un gesto, le indicó que se mantuviera en silencio al entrar.

Los guardias de la puerta reconocieron al instante los hábitos, pero, lejos de franquearles el paso, cruzaron sus lanzas ante el grupo. Miraban al moro barbado que les acompañaba, vestido a la manera de los de su raza, con túnica ocre que le cubría las botas y un bonete de lana verde sobre los cabellos tan canos como la barba afilada. Solo un llamativo colgante de oro daba cuenta de su posición desahogada.

—Viene conmigo, mis hombres se encargan de él. Ha de actuar como testigo ante el rey. Nada debéis temer.

Los dos soldados se miraron y, casi al unísono, se apartaron para permitirles cruzar bajo el rastrillo alzado. El alcaide conversaba con varios caballeros de extraño atuendo que, al parecer, se disponían a partir. Se volvió hacia ellos cuando reparó en las cruces blancas que lucían sobre el pecho, se excusó con los extranjeros y acudió solícito a recibirlos.

—Pasad, don Álvaro, y resguardaos —invitó, indicándoles la estancia que se abría a un lado, donde ardía un fuego vivo—. El rey no tardará en recibiros, pero departe en este momento con el canciller, Pedro Cristóbal, y, de nuevo, con su Ilustrísima Arnau Amalric. Estaréis más calientes aquí que haciendo tiempo en las galerías de este castillo helador.

No fue larga la espera. Si el arzobispo de Narbona se había concedido una segunda oportunidad antes de partir, el éxito no le había acompañado a juzgar por su expresión cuando apareció bajo el porche de entrada al palacio. Con actitud marcial a pesar de su condición, se encaminó a grandes zancadas hacia el grupo de hombres que lo aguardaban con las cabalgaduras ensilladas y, sin cruzar palabra con ninguno, hizo ademán de ir a montar.

—¡Arzobispo! —llamó Alvar. El posadero moro había quedado dentro al cargo de los dos *fratres* mientras él salía al patio encharcado.

—¿Os conozco? —respondió aquel, extrañado, con la hosca mirada puesta en su hábito.

El nombre y los métodos de Amalric se habían hecho conocidos tras su participación decisiva como legado pontificio en la lucha contra la herejía albigense. Se contaba que durante el asalto a la villa de Béziers le preguntaron acerca de la manera de distinguir a los herejes de quienes se mantenían fieles al Papa de Roma. «Matadlos a todos; Dios sabrá reconocer a los suyos», había sido la respuesta que

corrió de boca en boca.

—Si no me equivoco, antes de ocupar vuestra actual responsabilidad, fuisteis abad en Poblet…

El arzobispo escrutó su rostro.

—¿Álvaro de Rodas? —inquirió con otro semblante al recordar.

—El mismo. Visité vuestro hermoso monasterio a mi regreso de Tierra Santa, de camino hacia aquí.

—De aquello ha de hacer al menos… seis años.

—Siete han pasado ya desde que fui nombrado —aclaró—. Y mucho han cambiado las circunstancias, a juzgar por lo que veo.

—¡Tenéis a un hombre testarudo como rey! —exclamó sin atender la observación del hospitalario—. Todo lo que tiene de grande lo tiene de terco. ¡Ni siquiera la amenaza de excomunión hace mella en él!

—¿Partís ya hacia Toledo?

—Nada más puedo hacer aquí. Hasta hace unos meses fui abad de Citeaux, la casa madre de la Orden del Císter, y a la regla cisterciense se acogen los esforzados freires de la Orden de Salvatierra. Es mi deber partir sin tardanza en su ayuda. Aguardar a que Sancho cambie de opinión es esperanza vana. Solo me queda comunicar al rey de Castilla su decisión.

—El rey me recibirá ahora. Postergad vuestra partida hasta el final de nuestra conversación. Si Sancho no ha mudado de parecer para entonces, podréis asegurar al rey Alfonso que no cuenta con el apoyo de Navarra.

El canciller Pedro Cristóbal los recibió en una antesala de la planta más noble del castillo. Conservaba el gesto adusto que, sin duda, le había dejado el portazo del arzobispo de Narbona, aunque de todos era sabido que compartía la postura de su señor. Se decía que su consejo había sido hasta entonces el de aguardar al resultado del enfrentamiento con los musulmanes y sacar provecho de una eventual derrota de Castilla para reconquistar las tierras usurpadas al reino y, con ellas, la salida al mar. Quizá por ello, su actitud hacia Alvar tampoco era solícita, y trataba aquella audiencia como un trámite más, seguro de que nada haría cambiar de parecer a su señor.

Los miembros de la guardia se apartaron cuando el mayordomo les indicó que el rey estaba dispuesto para recibirlos. La puerta se abrió para Alvar, que accedió a la sala real, en la que, al instante, percibió la atmósfera templada por el fuego que ardía manso en la chimenea. El rey se encontraba frente a uno de los grandes ventanales que se asomaban hacia la ciudad y hacia el río, a sus pies.

—Acercaos, prior Álvaro —pidió sin volverse—. ¿Hay en Tierra Santa ciudad más hermosa?

Alvar se asomó a la ventana contigua. El sol asomaba tímidamente entre las

nubes grises que poco antes habían descargado sobre el valle, y su luz se reflejaba en la cinta plateada del Ebro que zigzagueaba hacia el este. Solo los diecisiete arcos del puente de piedra rompían su continuidad, aunque la mirada se veía atraída por las velas de las dos embarcaciones que, empujadas por el viento del norte, se deslizaban sobre el agua siguiendo el curso del río.

—Solo la Ciudad Santa de Jerusalén podría comparársele —mintió, pensando que no era el momento de contrariar al rey. La visión del mar siempre había henchido el corazón de Alvar, y cualquier ciudad de la costa partía con ventaja en las comparaciones. Qué decir de las ciudades de las islas de Chipre, Malta o Rodas que había tenido la ocasión de visitar.

—¿También vos venís a tratar de convencerme de que debo participar en esa cruzada? —espetó Sancho, sin más.

—Soy el gran prior de la Orden del Hospital en Navarra. Aunque en su origen fue una orden asistencial, la realidad nos obligó a tomar la espada para hacer frente a la amenaza del infiel. Ese fue mi voto, y es mi deber conducir a los míos a atender la llamada del Santo Padre, con más razón cuando los enemigos de la fe verdadera no se encuentran en tierras lejanas, sino que hoyan con sus sucias botas tierra que fue cristiana. Todos los hermanos de nuestra Orden se dirigen ya hacia Toledo y nosotros no tardaremos en partir. Es cierto que confío en que os unáis a la empresa con vuestros caballeros.

—No solo los infieles hoyan con botas extranjeras tierras de reyes cristianos. Si vais a copiar los argumentos que acabo de escuchar de labios de ese prepotente obispo de Narbona, perdéis vuestro tiempo.

—He conocido razones que quizá os inclinen a reconsiderar vuestra decisión.

—En ese caso os escucho, pero no os demoréis, mis obligaciones son muchas.

El rey se dio la vuelta y solo entonces quedaron frente a frente por un instante. La corpulencia de Alvar quedaba eclipsada por la figura portentosa del rey Sancho, que se dirigió a la gran mesa central para acomodarse en su sitial. Invitó a su interlocutor a hacer lo mismo, en el costado contiguo. La hermosa Biblia iluminada de la que todos se hacían lenguas permanecía abierta frente a ambos.

—Quiero hablaros de vuestro hermano Fernando, mi señor.

El rey dio un respingo y su rostro demudó.

—¿Por qué queréis hurgar en asunto tan doloroso? Bastante me cuesta apartarlo de mi memoria, a pesar de los años transcurridos desde aquel desgraciado accidente.

—¿Estáis seguro, mi señor, de que fue un suceso casual?

—¿Qué insinuáis? —preguntó, repentinamente alterado.

—Vuestro hermano cayó del caballo mientras cabalgaba, al parecer al golpearse en el cuello con una rama baja. Se rompió la nuez, y murió al instante, a causa de la asfixia que…

—¿Por qué insistís? —interrumpió el rey, con las manos crispadas sobre la mesa.

—Es un tipo de accidente… fácil de provocar. Sobre todo, si se cabalga en

solitario y por veredas que se transitan a diario.

—¿Qué insinuáis? —repitió enojado.

—Permitid que traiga a vuestra presencia a un hombre que tiene algo que deciros.

Los ojos de Sancho manifestaban temor cuando asintió. Alvar se levantó y abrió la puerta de la sala. Al instante, el asustado mesonero se coló en la sala con pasos cortos, amparado tras el hospitalario, inclinando la cabeza de manera ridícula, sin saber cómo comportarse. El rey miraba con asombro a aquel moro vestido con ropas de cortesano.

—Ahmad es un hombre honrado y trabajador. Desde la muerte de su padre regenta una de las posadas de la morería, probablemente la mejor. Cuéntale al rey Sancho tu historia. Como me la contaste a mí ayer.

Atemorizado, parecía no saber cómo empezar.

—Di lo que tengas que decir, y no temas —trató de ayudar el rey, impaciente.

—Mi señor…, fue hace cuatro años. Llegó a la posada un forastero de mi raza y permaneció en ella algo más de dos semanas. No era un comerciante, ni artesano… De hecho no llegué a saber a qué se dedicaba, pues se mostraba reservado. Penurias no padecía, pues sus vestidos eran de buena factura y poseía un caballo magnífico. Pagó las dos primeras semanas con una moneda que jamás había visto, pero era de oro. Tuve que acudir a un cambista de la judería para que me garantizara el valor, y él me informó de que se trataba de un dinar de buena ley. Al amanecer montaba su caballo y regresaba con el ocaso, para cenar sin privarse de nada. Tampoco al vino le hacía ascos, y lo compartía con alguno de los parroquianos de confianza. Durante su estancia se produjo la muerte del hermano del rey… de vuestro hermano —se corrigió—. Aquella tarde regresó especialmente contento, y convidó a los presentes. Pero cometió un error: mostrar la bolsa que portaba, que no era ligera, todo hay que decirlo. Además, el vino, que vuelve a los hombres fanfarrones y descuidados, ejerció aquella noche su efecto. Habló mucho, también de su próxima partida cuando completara lo único que aún le retenía, y salió de la posada acompañado por un grupo de jóvenes, dispuesto a aflojar la bolsa en su última noche en la ciudad, en alguna tafurería o quizás en algún burdel. Pero su cadáver, cosido a puñaladas, apareció al amanecer en un solar cercano.

—Sin la bolsa, por supuesto —asumió el rey—. Pero ¿qué relación tiene todo esto con la muerte de mi hermano Fernando?

Alvar miró al posadero y asintió, animándole a continuar.

—Parte de sus pertenencias estaban aún en la alcoba que ocupaba en la posada. Nadie las reclamó tras su muerte, así que entregué sus ropas a la caridad. Sin embargo, guardé un pliego escrito que apareció entre ellas. Reconozco la escritura árabe, pero por desgracia no sé leer, así que el pergamino ha permanecido en la posada durante años, olvidado en un rincón.

Alvar sacó de su hábito un rollo pequeño que mostró al rey en la mano derecha.

—¿Cómo ha llegado a vuestro poder? —Sancho paseaba la mirada entre el

posadero musulmán y el monje hospitalario, sin comprender.

—Uno de los *fratres* de nuestra encomienda en Pedriz desciende de un musulmán que se convirtió a nuestra fe en el momento de la conquista —dijo Alvar—. Su familia y la de este hombre, que comparten antepasados comunes, han mantenido el contacto a pesar de todo. El nacimiento de una nieta de Ahmad fue el motivo de que nuestro hermano visitara la posada, y sus ojos se posaron en este pergamino cubierto de polvo. Sabe bien que yo entiendo la lengua árabe después de los años pasados en Palestina y Ahmad se lo cedió, como era su deseo, para que yo lo tradujera. No imaginaba la trascendencia que podía tener.

—¿Qué dice ese escrito? —El rey empezaba a mostrarse impaciente.

Alvar, sin embargo, hizo un gesto al posadero, y este se excusó, retrocedió unos pasos con el bonete entre las manos y terminó por salir de la estancia. Los dos hombres quedaron solos de nuevo.

—Debéis estar preparado para escuchar lo que dice este mensaje, pues en realidad iba dirigido a vos. Haceroslo llegar era la tarea que le restaba a aquel hombre antes de regresar a Sevilla, de donde sin duda había venido. El pergamino está firmado por el propio Al-Nasir, y debía ser entregado a vos tras el asesinato de vuestro hermano Fernando, cometido por aquel sicario enviado a Tudela. Solo su estupidez le impidió rematar la misión, además de costarle la vida.

—¿Qué dice, prior? —estalló el rey, rojo de ira.

—Os lo traduzco, mi señor. Solo omitiré encabezamientos y fórmulas diplomáticas, a las que tan aficionados parecen en la corte almohade:

»“… cuando dos soberanos empeñan su palabra, Alá es testigo de su compromiso. Recibisteis mi auxilio en forma de monedas de oro, y me consta que, de regreso, os sirvió de gran ayuda para sanear las fianzas de vuestro reino. Tal vez seguís siendo rey gracias a mí. Sin embargo, ocho largos años después, y a pesar de vuestras excusas, no habéis cumplido con vuestra parte del trato, algo que ha provocado gran quebranto en los planes de mi reinado. Alá ha dictado lo que debía hacer para resarcir la afrenta. Mis informadores aseguran que no contáis con descendencia legítima y, cuando leáis esta carta, tampoco vuestro único hermano varón estará en disposición de proporcionársela al reino. Vuestra hermana Berenguela enviudó sin haber engendrado, y solo Blanca ha engendrado un hijo varón, Teobaldo de Champaña. Os aseguro que miles de creyentes estarán dispuestos a obedecer los designios de Ala Todopoderoso y de su califa y si vos, al incumplir vuestra palabra, ponéis en riesgo a mi estirpe; yo sabré terminar con la vuestra, y vos seréis el último Ximeno en el trono de ese insignificante reino. Os aseguro que, mientras el pergamino no se encuentre en mi poder, las águilas negras no volverán a volar sobre Navarra. Vos mismo deberéis cuidaros de la ira de Alá”.

»El resto son fingidas expresiones de cortesía —explicó Alvar.

El rey Sancho se mostraba lívido. Durante un largo tiempo permaneció en silencio, murmurando para sí, como si el hospitalario no se encontrara en la estancia. Pasaba las hojas de la Biblia sin reparar en las imágenes que desfilaban ante él, absorto en sus pensamientos. Levantó por fin la mirada y se encontró con la de Alvar.

—Os agradezco vuestro servicio —murmuró—. La carta ha llegado a mí en el momento adecuado. Yo mismo le daré respuesta, pero no será necesario emisario

alguno para hacérsela llegar a ese bastardo. ¿Sabéis si ha partido ya Arnau Amalric hacia Toledo?

Los cuatro hombres atravesaron la judería en su descenso, hasta alcanzar la salida del recinto amurallado. Cruzaron el puente levadizo sobre el foso y, en las inmediaciones de la iglesia de San Pedro, Alvar se detuvo. Indicó a los dos *fratres* la trasera del templo y allí, a salvo de miradas indiscretas, uno de ellos entregó al posadero el saquete de tela que portaba.

—Espera aquí un buen rato, hasta que nos pierdas de vista. Es mejor que no nos vean juntos. Y por tu bien, mantén la boca cerrada —se despidió, amenazante.

Alvar se separó de los dos freires y se encaminó a la casa prioral. Estaba exultante. A veces era preciso usar medios poco ortodoxos para conseguir los objetivos verdaderamente valiosos. Su único temor había sido que algún escribano de palacio se diera cuenta del engaño al comprobar que aquella carta no había salido de la cancillería de Al-Nasir, sino que había sido escrita por alguien con pocos conocimientos de la lengua árabe, y con la tinta aún fresca sobre un pergamino que de ninguna manera podía tener los años que quería aparentar. Sin embargo, incluso aquel miedo se había disipado cuando Sancho le arrebató el escrito de la mano y, de manera pausada y consciente, lo dejó caer sobre las brasas azuladas que ardían en la chimenea.

La red pesaba demasiado y la barca amenazaba con volcar si se empeñaba en tirar de ella. Tuvo que emplearse durante largo tiempo y por fin comprendió que era un gran bulto lo que se había enredado en ella. No era un pez grande, puesto que no había tirones; tal vez un tronco podrido. Asió el bichero y trató de engancharlo hasta que, con esfuerzo, consiguió atraerlo hacia la borda. Ahogó un grito cuando el rostro desfigurado de un hombre emergió del agua. Era un varón de edad, barbado y moro, por la túnica ocre que lo cubría y que, empapada, hacía casi imposible manejar tal peso. Quedó paralizado por el miedo. No quería problemas con la justicia, y se trataba solo de un infiel. Un ajuste de cuentas, quizá; o uno de esos ancianos enfermos que se quitaban la vida arrojándose al río desde el puente. Estaba a punto de soltar el bichero para dejar que el cadáver regresara al fondo cuando un brillo en el pecho le llamó la atención. Estimulado por la codicia, hizo un esfuerzo para sujetar el cuerpo a la borda y liberar así sus manos. Abrió los ojos de forma desmesurada cuando comprobó que se trataba de un colgante de oro que, de manera sorprendente, pendía aún del cuello de aquel desgraciado. Con un fuerte tirón, se quedó con él en la mano, mientras su dueño volvía a desaparecer bajo las aguas. Recogió la red, veloz, asió los remos y comenzó a bogar con energía en dirección a la orilla. Aquel día no tendría que acudir al mercado con los cestos de las tencas. Sin embargo, haría una

visita a la judería, en busca de un buen precio por aquel inesperado regalo del cielo.

El heraldo del rey entró en la ciudad pasado el mediodía junto con un reducido grupo de caballeros. A punto de atravesar el puente sobre el río Queiles y la puerta de Zaragoza, el tórrido viento del sur parecía empeñado en arrojar sobre ellos nubes de polvo que matizaban el contraste entre sus hábitos negros y las cruces de ocho puntas que en algún momento habrían sido blancas. La capa de tierra que se adhería a sus ropas se convertía en una costra parda al mezclarse con el sudor sobre los rostros barbados y los brazos desnudos que sostenían las riendas de las cabalgaduras. Los semblantes de los recién llegados, sin embargo, mostraban un contenido regocijo que se convertía en una abierta sonrisa cuando sus miradas se cruzaban con las de los escasos habitantes que desafiaban el sol de agosto sin guarecerse en el frescor de las casas.

Un grupo de mozalbetes que habían estado chapoteando medio desnudos en la orilla del río corrieron hacia ellos.

—¿A qué esperáis, gandules? —rio uno de los recién llegados—. Sí, es el enviado del rey. ¡Corred al castillo a dar aviso! ¡Que suenen las trompas para convocar a la villa! ¡Haced correr la voz!

—¡Que hagan tañer también la campana de San Pedro! —añadió el joven heraldo —. Así sabrá el pueblo adónde acudir. Pero ni una sola más, reservemos el repicar y el volteo para el regreso del rey Sancho.

Los zagales se miraron entre sí y en sus semblantes se dibujó la excitación del reto. Durante el instante que tardaron en decidir hacia dónde iban a correr no sucedió nada; después, como empujados al unísono por un resorte, partieron en una inesperada competición que terminaría en la Puerta Ferrena. Unos optaron por atravesar la Puerta de Zaragoza y la ciudad; otros se lanzaron por el sendero que acompañaba al río hasta su desembocadura en el Ebro para rodear la muralla y volver a entrar en el recinto por la Puerta del Puente, la más cercana a San Pedro.

Los recién llegados rieron al contemplar la escena. Algunos, entumecidos, echaron pie a tierra. Otros continuaron sobre sus monturas.

—Merece la pena que la ciudad entera salga de sus refugios a pesar del calor —aseguró el gran prior del Hospital junto al emisario del rey—. Respirarán de alivio cuando conozcan las noticias que portas.

El propio Alvar había tomado la decisión de adelantarse al grueso de la comitiva y acompañar al heraldo que anunciaría al reino el regreso del rey y de su hueste, tras el rotundo triunfo sobre los agarenos en la batalla campal que había tenido lugar cuatro semanas atrás en las alturas de la Sierra Morena. El regreso desde allí había sido penoso, a pesar del breve descanso en las inmediaciones de Toledo. El calor, la escasez de agua y la necesidad de acarrear en parihuelas, carretas y a lomos de mulas

a los numerosos heridos en la contienda habían retrasado el avance. Con el pretexto de recorrer las encomiendas hospitalarias cercanas antes de llegar a Tudela, había dejado atrás al grueso de las tropas navarras en las estribaciones del Moncayo, apenas a diez leguas. La verdadera razón de su premura, sin embargo, se encontraba en el mensaje que había recibido poco antes, a la altura de Almazán, portado por un jinete de la Orden. El hospitalero de la sede de Tudela le informaba del intento de robo, fallido por fortuna, en la propia casa prioral, aprovechando la ausencia de la mayor parte de los *fratres* de la Orden. Quien hubiera ordenado el asalto ignoraba que eran tres las llaves que cerraban el pesado armario de hierro que habían intentado violentar sin conseguirlo, pero la zozobra se había adueñado del corazón de Alvar, temeroso de que el intento pudiera repetirse con los medios suficientes para arrancar del muro el propio armario. La partida del heraldo le había proporcionado la excusa para adelantarse al rey Sancho, y la había aprovechado. En aquel momento, a las puertas de Tudela, había recuperado la tranquilidad, seguro de que ya habría sido informado en caso de haberse producido cualquier nueva incidencia.

Sobre el adarve de la muralla, algo más allá, aparecieron cuatro cabezas rubias a distinta altura, en orden decreciente. Distinguió la figura espigada del mayor de sus sobrinos, el que llevaba su mismo nombre. Junto a él, sin duda, su hermano Beñat. Y la niña de Martha, Magdalena. El más pequeño debía de ser Pedro, el primogénito de Nicolás. Los cuatro se quedaron paralizados, incrédulos, hasta que, sonriente, alzó el brazo derecho y lo agitó con la mano abierta a modo de saludo.

—¡Padre! ¡Padre! —oyó gritar excitado al joven Pedro—. ¡Abuela! ¡Es el tío Alvar! ¡Ha vuelto!

Las cuatro cabezas desaparecieron escaleras abajo, y se preparó para el esperado reencuentro, ante la mirada divertida del resto de los hermanos de la Orden.

—Esto no era lo previsto —se disculpó—. Llevad al heraldo a la casa prioral, refrescaos y reponed fuerzas mientras se reúnen las gentes ante el castillo.

Rechazó la ayuda que su escudero le prestaba para bajar del caballo, y ocultó el cabestrillo que sujetaba su brazo izquierdo bajo los pliegues de la capa polvorienta. Dejó las riendas al muchacho y avanzó por el puente de madera hasta pasar bajo la puerta de la ciudad. Agradeció la sombra del enorme arco y la brisa que descendía por las estrechas callejuelas, en busca de una salida entre los muros del caserío. Solo tuvo tiempo de avanzar unos pasos antes de escuchar las carreras y las voces de sus sobrinos. Alvar había tomado la delantera a los pequeños y fue el primero en plantarse ante él. Dejó que su tío lo abarcara con el brazo derecho antes de revolver sus cabellos. Sin tiempo, se encontró rodeado por los demás. Besó en la frente a Magdalena mientras, entre risas, trataba de dedicar un momento a cada uno, sin poder dar respuesta a las preguntas atropelladas que salían de sus bocas, convirtiendo el lugar en una algarabía.

—¿Habéis vencido a los agarenos? —espetó el pequeño Pedro.

Su candidez desató la risa de Alvar. Con seguridad el muchacho no conocía el

significado de aquella palabra, pero tantas veces la habría escuchado que era capaz de pronunciarla con total seguridad.

—¿Dónde está el rey? —La pregunta de Beñat casi se solapó con la de su primo.

—¡Estás herido! —exclamó el joven Alvar al reparar en la inmovilidad de su brazo izquierdo.

—¡Calma, calma! —rio con franqueza—. Con la ayuda del Señor hemos vencido en la batalla, pero tiempo tendréis de conocer lo sucedido. Si corréis hacia el foso del castillo seréis los primeros, el heraldo real se dirigirá a la villa desde el atrio de San Pedro en cuanto se reúnan allí los vecinos. ¡Apresuraos!

De nuevo rio al ver cómo los más pequeños trataban de alcanzar a sus primos a fuerza de doblar el número de zancadas. Sintió entonces el contacto de una mano sobre su hombro.

—¡Nicolás! —exclamó al volverse. El gesto reflejo de alzar los brazos para envolver a su medio hermano con ellos hizo que no pudiera evitar el gesto de dolor.

—¡Estás herido! —oyó decir Alvar por segunda vez en un instante.

Los dos hombres se fundieron en un abrazo y Nicolás le palmeó la espalda con cautela.

—¿Es mucho? —preguntó.

No hubo lugar a la respuesta porque las mujeres de la casa corrían ya hacia ellos. María, a trompicones, tiraba de los pequeños Guillermo y Blanca, y Olaya llevaba agarrada por el brazo a Marie, que trataba de avanzar aprisa, aunque con paso inseguro. Fue Martha la que llegó antes a la altura de su hermano. Los labios le temblaban, pero su semblante reflejaba un profundo alivio y una inmensa felicidad. Sin importarle el polvo que se desprendía del manto ni la costra de tierra y sudor del rostro, se puso de puntillas y le estampó varios sonoros besos en la mejilla. Lo miró de arriba abajo, como si no pudiera creer que estuviera de vuelta sano y salvo, y se santiguó varias veces mientras mascullaba su agradecimiento a Dios.

La escena se repitió en tres ocasiones ante la mirada sonriente de Nicolás. Fue Marie la única que, sin poder contener el llanto, le retiró el manto del hombro para descubrir el brazo inmóvil.

—¡Hijo mío! ¡Estás herido! —Le pasó la mano con suavidad por la tela que le servía de cabestrillo mientras lo interrogaba con la mirada.

—Nada que me haya podido impedir atravesar tierra de moros y todo el reino de Castilla para regresar a casa —repuso con su mejor cara, tratando de quitar hierro al asunto.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Martha de nuevo, sorbiendo la moquita mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano—. Empezábamos a desesperar por la falta de noticias. Ese es el peor de los tormentos.

—Puedo entenderlo —asintió Alvar—. Pero estamos de regreso. El rey y su hueste llegarán mañana. Nos hemos adelantado con el heraldo para dejar la buena nueva en nuestras encomiendas.

—Todos los días hemos rezado por el rey y por vosotros —aseguró María.

—¡Las reliquias de la Virgen os han protegido! —añadió Olaya—. El cuello nos duele de alzar la mirada hacia la imagen que esculpió Nicolás.

—No me cabe ninguna duda de que la Virgen ha intercedido por todos nosotros. No se explica de otra manera el triunfo sobre un ejército que nos doblaba en efectivos —Alvar, sin embargo, asía con fuerza el pomo de la espada mientras hablaba.

—Vayamos a casa, has de estar agotado —propuso Marie, en su papel—. Allí podrás beber y comer.

—Me temo que debo acudir sin tardar a la casa prioral. Os prometo que antes del anochecer estaré con vosotros.

—Algo me dice que habrías sido capaz de ir allí directamente de no haber sido descubierto por los pequeños —le reconvino Martha con sorna. Se la veía feliz.

Alvar cogió a su hermana de la mano y la besó sobre la cofia.

—¿Cómo puedes creer algo así? —respondió con una sonrisa que desmentía su actitud ofendida.

El calor apenas soportable no había impedido que la villa entera se lanzara a las calles, poco antes desiertas, en cuanto el sonido de las trompas y el tañido de las campanas interrumpieron el tiempo de descanso del mediodía. Hombres aún lamiéndose los dedos untados en la grasa de los guisos y hurgando con las uñas entre los dientes rotos, y mujeres secando el sudor con los mandiles que les protegían las sayas y los briales se pasaban de boca en boca la noticia de la llegada del heraldo real al que con tanto anhelo habían esperado. Muchos tenían parientes entre las huestes reclutadas por los magnates y los ricoshombres del rey, y la zozobra por conocer el desenlace del definitivo enfrentamiento con los sarracenos se hacía insoportable. Por eso la explanada que se abría entre la iglesia de San Pedro y las murallas se encontraba repleta. Las pocas sombras proyectadas por los muros y las higueras habían sido las primeras en poblarse de vecinos anhelantes de noticias. Después, una muchedumbre sudorosa y maloliente ocupó la tierra desnuda bajo el sol, apretujándose para llegar a escuchar de primera mano las nuevas del emisario. Los últimos en llegar colmaban las calles adyacentes, y tendrían que enterarse de sus palabras por los retazos transmitidos de boca en boca desde el centro hasta la periferia.

Un toldo de tela surgió de improviso en lo alto de la muralla, a espaldas del gentío, y todos comprendieron que la intención inicial de dejar hablar al heraldo a pie de calle se había mudado, desbordados los regidores del castillo por la expectación. Los murmullos de sorpresa fueron sustituidos por gritos de protesta cuando apareció en el adarve el canciller del rey acompañado por algún otro miembro de la *curia regis*. La multitud entonces, en medio de un monumental revuelo, trató de reubicarse en medio de las airadas quejas de quienes habían ocupado los lugares más próximos a

San Pedro. Los que antes se habían conformado con los sitios más distantes vieron aparecer sobre sus cabezas a Álvaro de Rodas, el gran prior de Navarra, cubierto con un impoluto manto negro en el que destacaba la inconfundible cruz blanca. El alcaide del castillo y alguno de los ricoshombres más ancianos departían con él, y las excelentes vestiduras de todos ellos parecían dar escolta al hombre que se colocó en el centro, con la mano apoyada sobre el antepecho del muro mientras sostenía en la diestra un rollo de pergamino. Hacía rato que las trompas habían dejado de sonar para convocar a los villanos y en aquel momento cesó también el repique de las campanas, lo que contribuyó a incrementar la expectación.

Nicolás, que había sido de los primeros en acudir a sabiendas de lo que iba a suceder, ocupaba un lugar a la sombra de una higuera. Sobre él colgaban las piernas de los muchachos, encaramados en sus ramas bajas. Del gentío, que trataba aún de reacomodarse en aquel espacio reducido en medio de empujones y disputas, surgía aún algún alboroto que impidió que nadie escuchara las primeras palabras pronunciadas por el heraldo, rollo en mano. Muchos chistaban, otros pedían silencio a gritos hasta que, al fin, la voz potente del joven emisario alcanzó a todos.

—… para alegría de todos mis súbditos. Sabed que el lunes dieciséis de julio hubo guerra de los reyes de Navarra, Aragón y Castilla contra el rey miramamolín y que este, vergonzosamente derrotado, huyó al muy fortificado castillo llamado Gelien, a seis leguas del campo de batalla.

La multitud, hasta aquel momento intrigada, estalló en júbilo, y el heraldo se vio obligado a hacer una pausa. El alcaide, sudoroso y con llamativos aspavientos, seguía pidiendo silencio.

—… y tan pronto como vuestro rey llegó a Calatrava, después de que esta y otras fortificaciones cercanas al puerto del Muredal hubieran sido tomadas, el rey de Castilla propuso atacar Salvatierra. Vuestro rey respondió a esto que el castillo era fuerte y el asedio largo, que el ejército se vería perjudicado por la falta de alimentos, que se perdería un tiempo precioso sitiándolo, y que sería mejor cruzar el puerto de los sarracenos para buscar al rey miramamolín hasta encontrarlo.[13]

»Después de esto el rey de Castilla dio su opinión: dijo que, con seguridad, el rey miramamolín no se atrevería a presentarse y que lo consideraba rendido. Y que sería bueno para ellos, a su regreso, luchar contra el rey de Santiago y expulsarlo por completo. A lo que vuestro rey respondió que no iría a Santiago salvo como peregrino y a la vista de Dios, que no tomaría las armas contra cristianos, sino contra sarracenos. Otra vez el rey de Aragón y el arzobispo de Narbona estuvieron de acuerdo con este consejo.

»Así, comenzamos a ascender el puerto del Muredal el jueves, vísperas de las santas Justa y Rufina, pero en la cima topamos con multitud de sarracenos, por lo que resultó imposible ocupar las cumbres, algo que se logró el viernes, una vez armados los cristianos y en pie de guerra. Fueron expulsados los infieles del puerto, pero no fue posible cruzarlo por la estrechura del lugar y la dificultad de evitar las

emboscadas.

»Al día siguiente, sábado, el ejército se hizo con experimentados guías del lugar que lo condujeron por detrás de la montaña hasta un paso menos dificultoso y por allí dimos con el ejército del rey miramamolín. El día del Señor, el caudillo de los infieles fijó su tienda sobre una pequeña montaña y dispuso sus líneas de batalla para la guerra. Pero no descendimos los cristianos hacia ellas ese día, pues las huestes se encontraban cansadas y no estaban preparadas las líneas de ataque.

»Fue el lunes, al levantarse el sol, cuando los dos ejércitos dispusieron frente a frente sus líneas de batalla, de la siguiente manera: en primera línea estaban Didacus Lupi y García Romanos y el arzobispo de Narbona con trescientos caballeros que reunieron; en la segunda estaban todos los obispos y clérigos con sus huestes, y todas las órdenes religiosas y Miguel de Luesia. En la tercera estaban los reyes, así: el rey de Castilla ocupaba el centro, el ala izquierda el de Aragón y vuestro señor, rey de Navarra, tenía el lado derecho. La primera línea comenzó a avanzar a maravilla, pero encontraron terreno agreste y no pudieron llegar al enemigo. Muchos soldados de la infantería cristiana fueron muertos en el primer encuentro. Arremolinados, reculaban recibiendo en los riñones el filo corvo de los alfanjes.

»Vuestro rey, entonces, se movió a la derecha y, ascendiendo la montaña que los sarracenos ocupaban, con vigor los hizo retroceder; entonces todos los cristianos se arrojaron al asalto hasta que los infieles les dieron la espalda, abandonando a gran multitud de combatientes en el campo de batalla, que fueron sacrificados. El rey miramamolín huyó con su ejército, dejando atrás bagaje y rico botín.

De nuevo los vítores atronaron el espacio y el mensajero se vio obligado a callar. Parecía haber terminado la lectura del pergamino, pues lo enrollaba ya, pero él mismo hizo señas de que deseaba concluir. Hubo de aguardar a que los agitados murmullos terminaran para continuar.

—Sabed que el rey Sancho —gritó— hará su entrada en la ciudad en el día de mañana. Y mostrará al pueblo los trofeos ganados en tan decisiva lid, que trae a Navarra para que quede memoria de día tan señalado. La tienda del rey miramamolín es uno de ellos; el otro, las cadenas de hierro que rodeaban el palenque, a las que estaban atados los guardias más fieles a su señor, y que allí dieron la vida por él, sin posibilidad de huir. ¡Id, pues, afortunados súbditos de señor tan grande, y contad la gesta a todo aquel que pueda escucharla!

El calor insoportable hizo que el lugar se desalojara apenas el heraldo se retiró con sus acompañantes hacia el recinto central del castillo, y la celebración se extendió por la ciudad. Al caer el sol, las calles se encontraban atestadas y el vino corría dentro y fuera de las tabernas. Solo aquellos que contaban con parientes entre

las huestes que habían luchado junto al rey mantenían la incertidumbre a la espera de la llegada del grueso de la tropa. Los muchos templos de la ciudad mantuvieron abiertas sus puertas durante la noche, repletos de feligreses que ofrecían sus plegarias en acción de gracias por la victoria sobre el infiel. En especial, la colegiata acogió a muchos de quienes rogaban a Dios, y sobre todo a Santa María, representada en la figura polícroma del altar mayor, que las noticias que habían de recibir en la jornada siguiente fueran dichosas. Todos anhelaban poder abrazar a sus parientes, heridos o no, pero vivos. No eran demasiados los peones que habían engrosado la hueste del rey y no era esta la que había sufrido el mayor castigo, pero todos sabían que muchos de quienes habían partido no volverían a contemplar el pendón del rey sobre la torre del homenaje.

Alvar accedió a los ruegos de Marie y, tras compartir los oficios con la comunidad del Hospital, se unió a la cena que las cuatro mujeres prepararon con especial esmero. Todos sabían que se trataba de una ocasión excepcional, de forma que dispusieron la mesa en el patio, bajo el cielo estrellado de agosto, a la luz de lamparillas de aceite. El recién llegado ocupó la cabecera y Unai y Nicolás se sentaron a su lado. El joven Alvar, que no apartaba la mirada del hábito de su tío, lo hizo a continuación, junto a su madre, con Marie enfrente entre su hijo y Martha. María, en el extremo opuesto, cuidaba de los pequeños Blanca y Guillermo, quienes parecían entender lo especial de aquel encuentro. Por edad, Pedro, Marcelo y Beñat ocupaban el resto de la mesa, que completaba Magdalena, la más próxima a los adultos a sus doce años. Un miembro más de la familia, el viejo mastín, había esperado a ver dónde se sentaba su dueño para acomodarse a sus pies. Apenas podía moverse ya: se quedaba sentado sobre sus patas traseras cuando su amo abandonaba la casa, inmóvil y resignado, y lo esperaba en el mismo lugar cuando intuía su regreso, con los ojos alegres entonces y barriendo el suelo con el rabo, esperando la caricia que siempre llegaba.

Nicolás, con la presencia reconfortante de *Cierzo*, recorrió la mesa con la mirada cuando todos estuvieron sentados. Reparó entonces en el rostro emocionado de Marie, a su izquierda. Sabía lo que le pasaba por la cabeza mientras Alvar bendecía los alimentos y, con palabras emocionadas, daba gracias a Dios por haber hecho posible aquel reencuentro. Por el rabillo del ojo vio cómo el temblor se apoderaba de las manos arrugadas de su madre cuando, en recuerdo de los ausentes, pronunció los nombres de Pierre, Marcel, Sophie y Beñat. Con doce lustros a sus espaldas, ella era la única superviviente de aquella primera generación de canteros borgoñones que, cuarenta años atrás, se asentara en la ciudad. Al intuir cómo la anciana ahogaba un sollozo, se volvió discretamente hacia ella y bajo la mesa la tomó de la mano. Sin embargo, cuando buscó su mirada de manera furtiva, no vio en sus ojos sino agradecimiento y felicidad en medio de aquella larga mesa a la que se sentaban tres

generaciones, catorce personas que completaban su familia, unida por la sangre en unos casos y por la fuerza de una profunda amistad en el resto, tan poderosa como aquella.

Alvar no cejó en el empeño de sonsacar a su tío cualquier detalle acerca de la aventura que acababa de protagonizar. Quería saber de los reyes Pedro y Alfonso, del rey miramamolín, de sus legendarios guardias de piel negra, de los *fratres* de las órdenes militares, de las tropas ultramontanas, del desarrollo de la batalla en sí… Sin embargo, Nicolás advirtió que su medio hermano solo refería anécdotas y sucedidos que soslayaban el drama del encuentro. Ante la obstinación del impulsivo muchacho, se vio en la necesidad de indicarle con un gesto que era hora de dejar de insistir en detalles que, estaba seguro, abrían en el monje heridas demasiado recientes.

Unas sabrosas torrijas sirvieron para terminar la cena cuando la luna se alzaba sobre la muralla cercana. Nicolás, con la excusa de acercarse a La Tabla Real, se ofreció a acompañar a Alvar hasta la casa prioral.

—Mi madre estaba feliz —observó Nicolás cuando emprendían el suave ascenso en dirección a la iglesia de San Jaime.

—Nuestra madre —corrigió Alvar—. Sin embargo, la he encontrado desmejorada. En estos tres meses ha perdido peso, sus ojos parecen hundidos y ese temblor en las manos…

—Ha sufrido por ti, Alvar. Para ella tú también eres un hijo. Fue después de tu marcha cuando perdió el apetito. Pero las mujeres la cuidan bien, no te preocupes por ello. No tardará en recuperarse ahora que estás de vuelta. —Le echó la mano sobre el hombro sin recordar su herida.

—¿Quieres conseguir lo que no fue capaz de hacer un agareno con su alfanje? —trató de bromear.

Nicolás se detuvo un instante y miró a Alvar. En medio de la penumbra solo pudo entrever el perfil rudo de su rostro barbado y el brillo de los ojos a la luz de la luna.

—¿Serás capaz de contarme cómo fue? —preguntó al fin—. Yo también he reparado en tu mirada, y no es la misma que hace tres meses. Creo conocerte bien, y sé que hay algo que te atormenta.

—¿No ibas a La Tabla Real?

—En ningún momento ha sido mi intención —sonrió.

—¿Y qué quieres saber?

—Lo que hay de cierto en las palabras del heraldo. Y lo que no se cuenta en ese pergamino, aquello que aflige de tal manera a un guerrero de Dios que ha llegado a enfrentarse a Saladino en Tierra Santa.

Habían llegado a la iglesia de San Jaime, cuyas puertas se encontraban abiertas. Alvar, sin embargo, sugirió continuar hasta la cercana colegiata. Entraron en el templo en obras bajo los andamios y las cimbras que soportaban lo que habría de ser la enorme arcada abocinada occidental. Una escalinata de anchura decreciente descendía hasta confluir entre las jambas aún sin decorar, como el resto de la portada.

El pie del templo se encontraba desierto y sumido en la oscuridad, pues los fieles permanecían en pie ante el altar, algunos arrodillados en los amplios escalones que lo separaban del transepto. La única luz en el interior procedía de cuatro hachones que ardían en la nave central y de decenas de velas de sebo y candiles de aceite, que proyectaban en los muros las sombras de los andamios omnipresentes. Huyendo de la luz se alzaban al cielo, como brazos tendidos hacia el Altísimo, los pilares inacabados que terminaban por perderse en medio del cielo estrellado que se vislumbraba sobre sus cabezas.

Alvar avanzó por la nave central y se detuvo a una veintena de codos del transepto. Se persignó y se dejó caer de rodillas junto a varias piezas de caliza talladas en forma de gruesos cilindros. Nicolás se sentó sobre uno de ellos, mientras observaba al hospitalario alzar los ojos hacia el relicario de la Virgen que él había esculpido años atrás. No le molestó mientras alzaba sus plegarias y, cuando por fin se incorporó, le señaló la piedra contigua a la que él ocupaba.

—¿Cómo es el momento anterior a la batalla? —le espetó mientras Alvar se sentaba en ella.

El hospitalario tardó en responder. Suspiró profundamente y se pasó la mano por el rostro desde la frente hasta el mentón.

—Tiemblas. Todo tu cuerpo tiembla de manera irrefrenable… por el miedo —murmuró en voz baja, con la mirada fija entre las sandalias, como hablando para sí—. Y no por el miedo a morir con el corazón atravesado por una saeta, sin sufrimiento, sino por la posibilidad de una muerte lenta y dolorosa. He visto a demasiados compañeros de armas con el vientre abierto por una lanzada, mirando con estupor las tripas que resbalaban entre sus dedos; hombres aullando de dolor aferrados al venablo que les sobresalía del ojo; infantes que sueltan el escudo para sujetar un miembro cercenado que ya no tiene salvación. Yo mismo he rematado a algunos, afortunados por encontrar a quien acabara con su agonía.

»Si, como yo, tienes mando en hueste, has de sobreponerte a tan aciagos pensamientos, rogar a Dios que te dé ánimos, y tratar de ocultar el tremor cuando alzas la voz para arengar a la tropa. Las fuerzas fallan ya antes de la batalla, pues en los días anteriores solo has podido conciliar el sueño cuando el cuerpo cae rendido por el agotamiento. Y duermes solo mientras no haya nada que te saque del sueño, pues no es posible recuperarlo por mucho que lo intentes.

Todo el temor desaparece, sin embargo, cuando por fin se inicia la carga. Percibes cómo, de manera casi milagrosa, el vigor regresa a tus brazos en el primer choque, hasta tener la sensación de ser invencible e invulnerable en medio de un descomunal fragor que aturde y enloquece. Solo piensas en salir vivo de allí, aunque para ello sea necesario llevarte por delante la vida de mil hombres. Pero son precisamente las imágenes de esos hombres a quienes has quitado la vida las que te persiguen y te impiden conciliar el sueño también al día siguiente de la batalla.

—¿Aún las ves, no es cierto?

Alvar asintió despacio.

—A veces siento flaquear mi fe, Nicolás —confesó atormentado—. Me pregunto si es posible que Dios nos ordene quitar la vida a criaturas tan suyas como nosotros, cuya única diferencia es el credo que profesan. No puedo olvidar una larga conversación que mantuve con un anciano eremita en San Juan de Acre; algunos lo consideraban loco, pero yo creo que era una mente demasiado lúcida para ser comprendido por cualquiera de los que nos encontrábamos allí; ni siquiera llegué a saber si era cristiano, musulmán o judío: tan solo me retó a que lo dedujera, pero no fui capaz.

—¿Y qué recuerdas de sus palabras? —preguntó Nicolás intrigado.

—Hablaba de la necesidad de respeto mutuo entre las gentes del Libro. Tampoco yo lo entendí entonces, era tan solo un joven monje imbuido del espíritu de la Cruzada, con el ánimo encendido por las prédicas que yo mismo he repetido después. Sin embargo, tras cada batalla campal, tras cada uno de los sitios en que he participado, siempre retornan aquellas palabras, viendo que tras de mí no queda sino muerte, dolor y desolación.

—Sin embargo, fuiste el primero en manifestar tu entusiasmo y tu determinación a la hora de acudir a la llamada del Papa en la lucha contra Al-Nasir.

—Soy el gran prior de Navarra de la Orden del Hospital. Me debo a mis votos y a la fe que he jurado defender.

—Ni siquiera Sancho manifestó tanta determinación. Solo se sumó a la Cruzada en el último momento, cuando el arzobispo de Narbona logró convencerle.

—No fue Arnau Amalric quien lo arrastró a la batalla. Fui yo mismo quien lo persuadió, y no por los motivos que imaginas. Sancho odia a su primo Alfonso por haberle arrebatado territorios y la salida al mar. Aborrecía la idea de luchar junto a él. Pensé que, consiguiendo que el odio a Al-Nasir fuera aún mayor, pudiera tal vez atraerlo a la alianza entre los reyes cristianos. Tal fue mi único mérito.

—¿Tuvo algo que ver el pergamino?

—En cierto modo, sí; pero tal vez no del modo que imaginas. Hay palabras que no deben salir de entre los muros donde se pronuncian.

Alvar hizo un expresivo gesto que Nicolás supo interpretar.

—¿Qué hay de cierto en el anuncio del heraldo? —volvió a preguntar para cambiar de asunto.

—Todo ocurrió como has oído relatar. Los súbditos de los tres reyes se batieron con bravura, enardecidos por las soflamas de nuestros obispos y por el ejemplo de sus señores; de ninguna otra manera se podía haber puesto en fuga a un ejército que nos superaba en número con holgura. Pero créeme cuando te digo que temí lo peor en el momento álgido de la batalla. La retaguardia castellana había entrado en liza en el momento más adecuado, pero ni siquiera con todo el grueso de las tropas batiéndose a brazo partido se conseguía abrir brecha en las apretadas filas de los sarracenos. Sancho debió de comprenderlo desde el ala derecha donde se encontraba y, viendo

una posibilidad de acceso hasta la colina donde se alzaba la *qubba* de Al-Nasir, no lo dudó, a pesar de lo escabroso del terreno, y lanzó a los suyos ladera arriba.

Nicolás reparó en que Alvar permanecía con los ojos cerrados, apoyados ambos brazos sobre las rodillas cubiertas por el hábito y la espalda doblada hacia delante. Parecía evocar imágenes que, de nuevo, pasaban ante él, y a pesar de hacerlo en voz alta, parecía que hablara más para sí que para responder a su pregunta.

—Solo recuerdo imágenes relampagueantes. Me encontraba en medio de aquel indescriptible fragor, junto a los freires del Hospital y del resto de las órdenes militares. Pero, al alzar los ojos por un instante, distinguí la mole del rey sobre el caballo, con las águilas negras en el escudo y en la sobrecota encarnados. Espoleaba al desdichado animal pendiente arriba, seguido por no más de trescientos hombres, entre caballeros e infantes. Comprendí lo que se proponía, al ver que se trataba de la colina donde se había plantado la soberbia tienda del emir almohade. Y también, lo recuerdo, pensé que encaminaba a los suyos hacia una muerte cierta, al ver el palenque que rodeaba la loma. Es su costumbre proteger al soberano, a sus jerarcas y estrategas con un cinturón formado por estacas clavadas en el suelo, reforzadas con gruesas cadenas de hierro, y defendido por centenares de los más fieros guerreros de piel negra, esos que llaman *imesebelen*. Son fanáticos creyentes, dispuestos a dar su vida por quien consideran el enviado de Alá, hasta el punto de que ellos mismos amarran sus piernas a las estacas para garantizar su intención de batirse hasta la muerte con la única ayuda de las lanzas que portan. En medio de aquella llanura repleta ya de cadáveres y de hombres agonizantes, no tuve ocasión de contemplar la embestida, más ocupado de salvar mi propio pellejo. Poco después recibí el golpe de alfanje que me derribó del caballo.

Alvar se incorporó para llevarse la mano al hombro izquierdo como si, al recordar, hubiera sufrido de nuevo el cruel mordisco del acero.

—Pero consiguieron romper esa barrera.

—En los días siguientes, las historias corrían de boca en boca, más en el campamento de los navarros. No fui testigo, así que no puedo asegurar que las cosas sucedieran como te cuento, pero quienes acompañaban a Sancho hablan de una furia tal que él mismo se lanzó contra el palenque armado con su maza de cadena. Al parecer, nada pudo hacer la guardia negra para detener el ímpetu del rey y de los caballeros que le flanqueaban. Cuentan, quizá exageran, que del choque entre el acero y las cadenas del recinto surgían chispas, como del yunque del herrero. El rey de Aragón, arrojado y valeroso también, se lanzó con los suyos hacia el cerro por su flanco izquierdo, y el empuje de Alfonso se recrudeció en el centro al comprobar que en las filas sarracenas cundía el desconcierto, pues al ver asaltado el puesto de mando y al califa en peligro, se impuso el desorden y empezó la desbandada.

—Esas son las cadenas que el rey trae como trofeo —supuso Nicolás.

—Y una parte de la jaima que Al-Nasir abandonó precipitadamente en su huida junto a un suculento botín. Hablan de ricas joyas y piedras preciosas, entre las que

destaca una enorme esmeralda destinada a adornar el turbante del miramamolín. Dicen que también ha quedado en poder de Sancho.

—Mañana será un día grande para la ciudad y para el reino.

Alvar alzó la vista hacia lo alto de los muros cubiertos de andamios.

—Confío en que, a partir de ahora, Sancho se muestre más generoso con el cabildo. Dios, en premio por su arrojo en defensa de la fe, ha sido magnánimo, el botín reunido en las numerosas ciudades arrasadas tras la victoria es cuantioso y regresa cargado de riquezas.

—Quién sabe si podremos ver la colegiata concluida antes de lo que anunciaron los agoreros.

—Algo me dice también —el tono de Alvar denotaba cierta ironía— que Sancho regresa con el gozo de haber podido devolver un golpe que había encajado con anterioridad.

—¿Te refieres a la posible devolución de las tierras usurpadas hace diez años por Castilla?

Alvar negó con la cabeza.

—La mayor parte de los defensores del palenque murieron en el enfrentamiento o fueron pasados a espada. Sin embargo, Sancho dio orden de que se dejase con vida a dos de ellos. Llevados a su presencia, les entregó un pergamino que él mismo escribió de su puño, con el encargo de hacérselo llegar a Al-Nasir. Los hizo escoltar por jinetes cristianos hasta dejarlos partir, ya en tierra de nadie, para asegurarse de que el mensaje llegaba a su destinatario.

—¿Ha trascendido su contenido?

—No, que yo sepa, al menos de forma literal. Ni siquiera el chantre Fortún fue capaz de sonsacar al canciller, el único que podría conocerlo aparte del propio rey. Tan solo fue testigo de lo que te cuento, y de alguno de sus comentarios. —Alvar hizo una pausa, tal vez dudando si debía continuar—. Solo pude aprehender que se trataba de la respuesta a cierta misiva que el miramamolín le había hecho llegar con anterioridad.

—¿Una carta de Al-Nasir a Sancho? —se extrañó Nicolás—. Un hecho de tal relevancia hubiera corrido de boca en boca por toda la corte, al menos por los mentideros de la ciudad. ¿Sabías tú algo acerca de ello?

Alvar, sin embargo, se había levantado ya, hablando para sí de espaldas a él y alegando entre dientes la necesidad de regresar cuanto antes a la casa prioral. Nicolás no fue capaz de comprender la respuesta de su hermano, si la había dado. Se limitó a levantarse tras él y lo siguió en busca de la salida. Tiempo habría de averiguar algo más en otra ocasión. De momento, tal vez una visita a la cercana La Tabla Real no fuera tan mala idea si Alvar decidía acogerse al cobijo de la sede del Hospital.

40

Año del Señor de 1218 (seis años después)

Ni el rey deseaba poner los pies en el priorato ni Guillermo Durán era recibido de buen grado en el castillo. Por tal motivo, y siempre a través de emisarios, habían concertado aquella entrevista a lomos de sus caballos, que remontaban el Ebro por su orilla septentrional después de atravesar el puente nuevo. Avanzaban al paso, y la imagen que de los dos hombres debían de tener quienes los escoltaban rozaría lo bucólico. El río se había desbordado como cada invierno, anegando las tierras bajas y cubriéndolas con una capa de limo fértil que, tras la Pascua, proporcionaban el mejor sustrato a la colorida alfombra que tapizaba las riberas. También el ambiente era agradable a aquella hora de la mañana, y solo las desavenencias entre los dos jinetes podía explicar el gesto adusto que mostraban.

—No niego el mérito del giro de vuestra política desde la batalla de Tolosa, pero un rey no es tan solo un caudillo militar que dirige a sus barones a la guerra. Es, asimismo, el transmisor del poder y la autoridad que el Altísimo ha depositado en su persona, y de él deben recibir sus vasallos bienes y beneficios. En tales relaciones de beneficio mutuo se fundamenta la estructura del reino.

—¿Acaso insinuáis que existe descontento entre los ricoshombres y los barones?

—Sabéis bien a lo que me refiero —objetó el prior molesto—. Por vuestra condición de rey sois también protector de la Iglesia, y ello os obliga a extender vuestras liberalidades a las comunidades eclesiásticas del reino que acuden a vos.

—Poco habéis tardado en llegar adonde queríais: buscáis más dineros para vuestra colegiata.

—También será vuestra —objetó sin negarlo—. Cuando esté concluida, su magnificencia hablará de la prosperidad del reino, igual que lo hace la catedral de Pamplona desde hace cien años. Y como rey, os corresponde sufragar al menos en parte su construcción. No podéis alegar, como en tiempos pasados, que las arcas del reino estén vacías; se intuye, por el contrario, que están llenas a rebosar, a juzgar por la largueza con que realizáis cuantiosos préstamos a nuestros vecinos.

Sancho no podía negar lo evidente. Seis años atrás, tras la batalla, había regresado al solar del reino cargado con el oro en que se había convertido el abundante botín. Y había sabido ver que no era el enfrentamiento con los reyes vecinos, aquellos con quienes había compartido la lid, el camino que llevaría a la prosperidad del reino. La reforma de la Hacienda emprendida junto a su merino se había mostrado eficaz ya antes de Tolosa; la recaudación por censos, diezmos y peajes se había incrementado de forma espectacular, pero era cierto que la mayor parte de los dinares y los morabetinos de oro que llenaban innumerables arcones en las bodegas del castillo

procedían del saqueo sistemático que habían sufrido las ciudades arrasadas tras la batalla.

En solitario, y también con la *curia regis*, había reflexionado acerca de la inutilidad de mantener el enfrentamiento con sus vecinos, a pesar de que la Divina Providencia parecía invitarle a ello, pues había reclamado para rendir cuentas ante Dios a los reyes de Aragón y de Castilla. Pedro había muerto un año después de Tolosa en la defensa de sus posesiones en el Midi francés, durante la Cruzada albigense. Su sucesor, Jaime, era tan solo un niño y se encontraba custodiado por los templarios en el castillo de Monzón, mientras un procurador general regía el destino de Aragón. Poco después había llegado la noticia del óbito del rey Alfonso, y Castilla quedó en manos de un rey menor, Enrique I, lo que hizo entrar en ebullición al reino. Bien hubiera podido aprovechar la circunstancia para recuperar los territorios perdidos de Álava y Guipúzcoa, o para extender sus posesiones hacia el oriente a costa de territorio aragonés. Pero había vivido lo suficiente para comprobar los resultados de la política de conquistas en momentos de debilidad del enemigo: las campañas militares vaciaban las arcas, de manera indefectible el golpe terminaba por ser devuelto, y la ganancia momentánea se convertía a la postre en negocio estéril.

Había preferido aceptar la superioridad de sus vecinos y destinar su inesperada riqueza a practicar una política más pragmática e inteligente, aunque quizá destinada a dar frutos en un plazo más largo. Esa puerta había sido abierta por el propio rey Pedro de Aragón antes de Tolosa, cuando acudió a él en busca de crédito, empeñando como garantía castillos y villas fronterizas. Pasado el plazo sin que se produjera el reintegro de lo prestado, las posesiones habían quedado en sus manos. Tras la muerte de don Pedro, había sido su hermano el infante Fernando, cabecilla de la nobleza aragonesa y con ambición por la corona, quien recurrió a él con la misma demanda. También señores particulares habían puesto en prenda sus posesiones que, una tras otra, empezaban a quedar en su poder, una vez vencido el plazo hipotecario. Asimismo, allá donde no podía usar este sistema de posesión, había dado orden de construir un rosario de castillos defensivos con el propósito de reforzar la frontera exterior del reino.

Pero no era aquel el único fin de su política. Había decidido que, tras la batalla de Tolosa, el reino de Navarra, antaño encogido y acorralado entre gigantes, debía recobrar un puesto de vanguardia en las empresas de la reconquista que habrían de ponerse en marcha. La proclamación por parte de Inocencio III de una nueva cruzada hispana para aprovechar la debilidad de los almohades tras su descalabro era la oportunidad que esperaba, y la frontera de Levante, relativamente próxima, se había convertido en su objetivo. Así, había orientado su política de adquisición de castillos hacia la línea que unía Navarra con Valencia a través de la sierra del Maestrazgo, pasando por el señorío de Albarracín, gobernado con mano firme por los señores de Azagra, oriundos de Navarra, con los que mantenía fuertes lazos. Trasmoz, Chodes, Ródenas, Linares, Olocau… eran eslabones de una cadena que le estaba permitiendo

expoliar el territorio musulmán colindante. En los dos años anteriores, aprovechando la minoría de edad del joven rey Jaime de Aragón, sus cabalgadas le habían llevado a culminar brillantes operaciones militares que le proporcionaron nuevos castillos en la frontera, además de cuantioso botín. La puesta en marcha de la Cruzada de manera definitiva por Honorio III, tras la muerte de su antecesor, le aseguraba la protección papal frente a las eventuales quejas de los aragoneses cuyo territorio hollaba en sus correrías, además de asegurarle que el reino no sería objeto de ataques desde los reinos vecinos so pena de excomunión.

El rey se volvió hacia el prior.

—¿Ya habéis utilizado todos los fondos obtenidos mediante el préstamo que yo mismo os gestioné en la judería?

El rostro de Guillermo Durán adquirió el tono cárdeno que lo caracterizaba durante sus ataques de ira.

—¿Cómo os atrevéis siquiera a mencionarlo? Después de negar vuestra aportación a las obras me abocasteis al empréstito con esos usureros judíos que guardáis bajo vuestro manto y a quienes otorgáis fuero especial, Dios sabrá a cambio de qué. Ya se nos había privado de los tributos que los judíos debían satisfacer al cabildo cuando adquirían propiedades de cristianos, un negocio por desgracia cada vez más frecuente en vuestra corte. Me vi obligado a recurrir a aquel préstamo con usureros, o habría sido preciso aplazar las obras de la nueva cubierta. Después me tuve que enterar de que la mitad de aquellos réditos acabaron en vuestras arcas. ¡No solo no aportáis dinero para la casa de Dios, sino que os lucráis con mi necesidad!

—Dios no ha dado señal de tener prisa ninguna por ocupar su nueva morada —respondió el rey al vuelo, y acto seguido volvió el rostro para ocultar la sonrisa que le provocaba la irreverencia de sus propias palabras.

—Dios nos juzgará por nuestros actos. Todos sin excepción nos enfrentaremos al Juicio Final. Sabéis que Nuestro Señor aborrece de manera especial el pecado de avaricia —espetó el prior—. ¿Habéis pulsado la opinión de vuestros vasallos acerca de vuestra actitud? Nada os distingue de los usureros de la judería, a quienes tuvisteis que acoger en el interior de las murallas para protegerlos de la justa ira del pueblo.

Sancho tiró de las riendas y el caballo se detuvo en seco.

—¡No es la avaricia lo que me mueve, prior! Si trato de mantener las arcas llenas es para garantizar la seguridad de mi reino y la de todos mis súbditos, vos incluido. Ningún rey de cuantos me han precedido consiguió afianzar el reino como yo lo estoy haciendo. ¿Cómo osáis acusarme? Nuestro Señor también aborrece el pecado de soberbia. A Dios no se le honra solo con cánticos en los templos, sino partiéndose el pecho en el campo de batalla contra los enemigos de la cruz. ¡No recuerdo haberos visto a mi lado en Tolosa, prior Guillermo!

Con los rostros encendidos, ambos dejaron que los caballos continuaran por la vereda para evitar que los escoltas escucharan sus voces airadas.

—¿Por qué mostráis, Sancho, tamaña aversión hacia la Iglesia?

—No existe tal aversión, prior. Soy hombre de fe y cumplo con sus preceptos. Si cierta hostilidad existe, va dirigida a algunos de los hombres que la representan. Desde que tengo uso de razón, ya en vida de mi padre, el obispado se empeña en reclamar posesiones que en justicia pertenecen al rey.

—Si os referís a los castillos de Monjardín y Huarte, siempre estuvieron vinculados a la sede episcopal de Pamplona, hasta que vuestro padre se hizo con su control, precisamente mientras se dirimía en Roma el pleito sobre su titularidad.

—Con Juan de Tarazona y Espárago de la Barca tales reclamaciones quedaron aparcadas, pero no sucede lo mismo con el nuevo obispo, ese advenedizo francés.

—Guillermo de Santonge solo reclama lo que en justicia le corresponde. Sois vos quien, según me consta, hacéis caso omiso a su renovada petición, a pesar de tener todos los pronunciamientos en contra.

—¡Y os extraña mi falta de simpatía por la Iglesia! Pamplona es señorío episcopal y si yo, el rey de Navarra, he querido disponer de un palacio en la capital de mi reino, me he visto obligado a comprar solares y casas en el burgo de la Navarrería para levantar algo digno de tal nombre.

Guillermo Durán, cariacontecido, guardó silencio. Llegaban al paraje donde años atrás se había alzado el azud que permitió desviar el río. Salvo la compuerta que daba paso al agua hacia el cauce que entonces se había utilizado, convertido después en acequia de riego, no quedaba rastro de la existencia de aquella represa provisional.

—¿Debo entender que vuestra negativa es firme?

—Mis liberalidades han ayudado a levantar San Nicolás, la iglesia de la Magdalena y otras… Es hora de que el obispado aporte los fondos procedentes de su señorío para apoyar vuestro empeño. Sin embargo, podéis transmitir a vuestro obispo que, si él está dispuesto a renunciar a su reclamación sobre Monjardín y Huarte, el rey se podría plantear la posibilidad de garantizar la pronta finalización de la colegiata.

Los labios del prior temblaron. Bien sabía, por sus conversaciones, que Guillermo de Santonge jamás aceptaría aquel mal trato. El titular de la diócesis de Pamplona no cedería ni el fundo más yermo de su señorío por ver terminado un templo en lugar tan alejado de la capital. Y él, sin dinero, tendría que ralentizar los trabajos a la espera de los ingresos procedentes de los diezmos que cada año entraban en el cabildo o de las donaciones de particulares más generosos que su señor. Se había prometido no mentar el asunto, pero era tan grande su rabia que sus labios parecieron hablar por sí solos, sin que su voluntad pudiera hacer nada para evitarlo.

—Nunca lo había mencionado ante vos, pero hace años que llegó a mi conocimiento la existencia de cierto pergamino con el que negociasteis ante los enemigos de la Cruz. ¿No se verían defraudados vuestros varones y vasallos al saber que el origen de la fortuna de su rey se encuentra en un turbio negocio que podía haberse llevado por delante la vida de todos ellos? Incluso el futuro de la Cristiandad está en peligro si es que tal documento no se ha destruido, como debió hacerse sin

permitir siquiera que viera la luz.

Los caballos del rey y del prior, junto a la compuerta, se encontraban frente a frente y Sancho, desde la elevada posición que ocupaba, aplastó con la mirada al prior que, erguido sobre la silla, le plantaba cara.

—¿Debo ver una amenaza en tan sibilina alusión?

—Es la muestra de la inquebrantable lealtad que he mostrado hacia nuestro rey durante todos estos años.

—Solo un hombre dotado de tal capacidad para retorcer sus palabras y disfrazar de virtud lo que no es sino ruindad podría haber alcanzado la dignidad que ostentáis.

—No veáis un chantaje en mis palabras. Aquí os digo, y os lo juraré sobre una Biblia si lo consideráis necesario, que nunca saldrá de mi boca nada que os relacione con ese pergamino. Pero, a cambio, compensad mi lealtad y dedicad una parte de los ingentes recursos de la Corona a la culminación de las obras de Santa María. Construisteis vuestro puente obligando a detener las obras de la colegiata para ello; como habíais previsto, el pontazgo y el molino os proporcionan magros beneficios… ¿No es hora de que parte de tales ingresos reviertan en la villa que os acoge?

El tono del prior había cambiado. Quizá empezaba a comprender que la vía de la confrontación no era el camino más adecuado con un hombre tozudo y obstinado como Sancho. Ya se habían alejado bastante de la ciudad, e hicieron girar sus monturas para iniciar el regreso. Cuando los miembros de la escolta volvieron a ocupar su lugar tras ellos, el brillo del sol se reflejaba entre los álamos de la orilla sobre la cinta del agua, agitada por el viento ligero con un tremor que la hacía centellear.

—El coste de las bóvedas será ingente —empezó a explicar el prior tras un momento de silencio—. Es incalculable la cantidad de piedra necesaria, pero la madera para las cimbras y los enormes andamios no queda atrás. Al mismo tiempo, se empieza a rematar la cubierta que sostendrá el tejado. Y ya no abundan los árboles apropiados cerca de la ciudad. Se han completado los muros del perímetro excepto los de la nave de la epístola, pero queda la portada occidental, la que dará acceso a los pies del templo… Sabed que he encargado el proyecto de escultura de esa puerta al taller de Nicolás. Sé que lo apreciáis, por lo que tuvo que ver con la construcción del puente, en la que perdió a dos de sus parientes. Me han llegado noticias de que habéis compartido con él muchas horas de asueto en una de esas tafurerías, ante una de esas tablas de juego de dados, afición que os ha conducido hasta la amistad.

—El esposo de vuestra sobrina… —El rey ignoró el solapado reproche que reflejaba el tono con que se había referido al juego de tablas.

—Deseo que la puerta de poniente de Santa María sea el digno remate del templo entre los dos torreones aún por levantar. Llevo meses trabajando con Nicolás y también con José de Tolosa, el maestro de obras. Quizá si os mostrase los primeros bosquejos, quedaríais tan entusiasmado como yo lo estoy. Os aseguro que, de llegar a buen término, será algo digno del rey bajo cuyo mandato se construyó. Cuando,

pasados los siglos, aquellos que nos sucedan sobre la Tierra contemplen el templo y su portada, no recordarán el nombre del maestro de obras, puede que ni siquiera el de su escultor. Por supuesto, se habrá olvidado al pobre prior que regía a la comunidad del monasterio. Solo se hablará del rey que lo hizo posible. Las palabras que hemos cruzado ya han sido arrastradas por el viento y no habrá testigos capaces de asegurar que han sido pronunciadas. Para la posteridad, tan solo quedará el documento de donación que vos podéis rubricar y sellar con el águila negra que identifica a los monarcas de vuestra estirpe. Y yo me encargaré de que se haga referencia a él en la homilía dominical de todas las iglesias bajo mi jurisdicción.

Sancho no respondió. Su mirada estaba puesta en la enseña real que, tras una curva del camino, había aparecido a lo lejos en lo alto del monte, coronando la torre del homenaje al otro lado del río.

—No me deis ahora una respuesta —pidió el fraile con cautela—. Tan solo os ruego que lo meditéis, quizá en vuestra capilla de San Nicolás ante la llama del sagrario, a solas vos y el Altísimo bajo la Santa Cruz.

Atravesaban una parte del camino en que las frondas de los árboles cubrían la vereda en su totalidad, dejando pasar tan solo tenues rayos de sol que pincelaban la umbría. Al salir del pasadizo, un hermoso ejemplar de águila real alzó el vuelo y Sancho la siguió con los ojos hasta que, planeando sobre el cauce, se perdió de la vista aguas abajo. Aún tardó un buen rato en volver a hablar.

—En pocas semanas partiré de nuevo con mis huestes hacia Levante. Si Dios nos favorece con nuevas victorias, como ha venido haciendo desde Tolosa, contáis con mi palabra de que una parte del botín obtenido irá destinada a vuestra colegiata.

La lluvia golpeaba con fuerza los vidrios traslúcidos que proporcionaban luz a las mesas de los copistas. El otoño se había echado encima y, a pesar de encontrarse ya solo, Nicolás notaba aún el calor de los rescoldos de la lumbre que había ardido en los dos extremos de la sala; el fuego era ya necesario para evitar que los dedos de los amanuenses quedaran entumecidos por el frío del atardecer y por la labor tenaz e interminable que les había ocupado durante la jornada.

Hacía meses que pasaba más horas en el viejo *scriptorium* que en las obras de la colegiata: apenas salía de aquella sala si no era para supervisar la labor de los escultores del taller. Estaba satisfecho con el trabajo de la mayoría y el único asunto que le preocupaba era la actitud retadora y levantisca de Bernardo de Almazán. Sospechaba que era el estrecho contacto que él, como maestro del taller, mantenía con el prior Guillermo lo que provocaba el recelo y los celos de quien años atrás le disputara la sucesión de Beltrán. Había optado por la táctica de otorgarle la autoridad en su ausencia, disfrazada como una muestra de confianza y de buena voluntad, de manera que era Bernardo quien, en la práctica, dirigía los trabajos cotidianos del resto de escultores.

La estructura de la portada oriental había quedado concluida años atrás, pero un gran hueco cerrado con lonas de cáñamo ocupaba lo que habría de ser la entrada principal del templo. Recordaba cómo su corazón se había conmovido cuando el prior le reveló el propósito que llevaba en mente. Por segunda vez en su vida había notado cómo se erizaba el vello en sus brazos, la sensación de tener que respirar hondo ante la perspectiva que se abría frente a su imaginación desbocada y la plenitud del anhelo satisfecho al ver que podía hacerse real, tallado en la piedra, aquello que llevaba lustros construyendo en su mente. Habían pasado veinte años desde que el maestro Beltrán le adjudicara la talla del capitel del martirio del Bautista, algo que en aquel momento parecía insignificante si lo comparaba con el desafío de aquel encargo descomunal: la talla de la grandiosa portada abocinada que iba a terminar de cerrar la colegiata de Santa María.

Ya entonces, y habían pasado diez meses, el prior parecía albergar en su mente una imagen clara de lo que se proponía emprender, a pesar de las dudas sobre su capacidad financiera para llevarlas a cabo. Tal vez prefería rematar el cerramiento perimetral con aquella tercera puerta antes de completar el abovedado del templo que ya se había iniciado por las naves laterales. Tenía sentido, considerando que la parte posterior de la nave de la epístola y el espacio intermedio entre la colegiata y el claustro era aún una zona de trabajo ocupada por hornos de cal, tolvas, aserraderos y cubas de amasado. Era necesario buscar acomodo a todo ello en el exterior antes de acometer el remate de la parte posterior del templo y su abovedado.

El eco rotundo de un trueno y el repicar de la lluvia le impidieron escuchar el ruido amortiguado de las botas que se le acercaron, absorto como estaba con la lectura del Apocalipsis en la Biblia que tenía ante sus ojos. Oscilaron sin embargo las decenas de llamas que, desde las lamparillas que lo rodeaban, iluminaban el texto, y Nicolás volvió la cara hacia el prior. El acre olor a sudor que se desprendía de sus ropas mojadas lo envolvió también a él. Reparó en las botas embarradas y en el hábito húmedo del fraile, a pasar de la capa impermeable que portaba en el brazo y que dejó caer de manera descuidada sobre un escabel. La corta distancia que separaba las dependencias de la colegiata y el *scriptorium* no explicaba aquella mojadura, por muy fuerte que fuera la tormenta. Tratando de evitar que una sola gota cayera sobre el libro sagrado, el prior tomó asiento a su lado. Echó un vistazo al pliego raspado que Nicolás había reutilizado para tomar breves notas, palabras sueltas que más tarde le servirían como recordatorio de las ideas que la lectura de las Sagradas Escrituras hacía surgir en su mente.

Nicolás supo que deseaba hablar; había algo que le quemaba dentro a juzgar por el brillo de sus ojos, la actitud inquieta y la expresión enigmática que se dibujaba en su semblante.

—¿Acaso no piensas preguntarme de dónde vengo? —exclamó impaciente.

—¿De dónde venís? —Nicolás le siguió el juego, intrigado.

El prior entonces puso ante él un saquete de cuero en el que no había reparado

antes. Aún se frotó las manos sobre las llamas de las lamparillas para asegurarse de que desaparecía cualquier resto de humedad y, con dedos temblorosos, aflojó el cordón que lo cerraba. El rollo de vitela que contenía estaba sujeto por una hermosa cinta anudada de color carmesí, con una lazada que se deshizo con solo tirar de un extremo. De inmediato el pliego recuperó su forma, y el sello de cera que lo validaba quedó a la vista sujeto por su cordoncillo.

—¿Es el sello del rey? —Más que una pregunta era una exclamación, pues la figura del águila en su cara visible no dejaba lugar a dudas.

—Dios Nuestro Señor ha escuchado mis ruegos en todos estos meses. Ni siquiera durante la campaña de Tolosa había puesto tanto empeño durante mis rezos, rogando por el éxito del rey en su empresa. Pero aquí está la recompensa.

—¿Habéis conseguido…?

—Sí, escultor, sí —exclamó el prior sin ocultar su entusiasmo—. Es un escrito de donación; fondos para las obras de Santa María. En esta ocasión el rey ha sabido mantener su palabra y reconozco que se ha conducido con largueza. ¡Serán dos mil morabetinos de oro, Nicolás!

—¡Pero eso es una fortuna!

—Más que suficiente para relanzar las obras. Por lo que el rey ha dejado entrever, no es mérito mío, sino que se lo debemos a la Providencia Divina. Sancho hizo una promesa tras varios días de asedio a una alcazaba en tierra de infieles, fuertemente defendida. Al parecer, se habían sucedido ya dos ataques fallidos en los que había sufrido varias bajas, y juró donar a Santa María el botín capturado en su interior si Dios favorecía su empresa. Aquel mismo amanecer fue arrancado de su lecho de campaña con la nueva de que entre las almenas había aparecido la tela blanca que advertía a los atacantes de la petición de *amán*.

—Una señal divina —convino Nicolás, risueño, asegurándose de no dejar traslucir su escepticismo. Sentía, sin embargo, el mismo entusiasmo que embargaba al prior.

—Muéstrame los bocetos del maestro de obras —le pidió.

Nicolás se levantó y se acercó a una sólida mesa próxima al ventanal que le proporcionaba la luz durante el día. Tomó de ella varios pliegos de papel de Xáteba y los colocó bajo las lamparillas. El prior cogió entre los dedos uno de ellos, pensativo. Representaba, con trazos semicirculares concéntricos, lo que habían de ser las arquivoltas de la nueva portada. Bajo ellas, las columnillas coronadas por capiteles que las soportaban y, en el centro, sobre el dintel de la puerta misma, el espacio destinado a la representación del Juez Supremo. Era tan solo la propuesta arquitectónica de José de Tolosa, que debería sustentar el proyecto escultórico que Guillermo Durán y él mismo, como maestro escultor, llevaban tiempo pergeñando: una representación del Juicio Final tal como Nicolás había observado en otras portadas durante su ya lejano viaje a la Île-de-France, que encajaba a la perfección con la idea inicial del prior.

—¡No sirve! —espetó mientras lo arrojaba sobre la mesa—. Cuatro arquivoltas conformadas por dieciocho o veinte dovelas hacen un total de… poco más de setenta escenas. Servía hasta ayer, pero hoy podemos aspirar a más. A mucho más.

El proyecto en el que venían trabajando era una representación del cielo y el infierno tras el último juicio, con los justos ubicados a la derecha del Señor, y los réprobos condenados a su izquierda, toda una lección teológica destinada a la moralización del pueblo, que tendría delante de los ojos, en las expresivas escenas que el taller de escultura habría de representar, las consecuencias de sus actos. Guillermo Durán había insistido en que deseaba una extensa representación del infierno, y Nicolás, durante sus conversaciones, había creído entender cuál era su propósito último. Su insistencia en la necesidad de representar el pecado de la avaricia y la usura en escenas que reflejaban los oficios desempeñados por judíos le servía de pista. También a la lujuria, al adulterio y a la sodomía quería reservarles un espacio destacado. No era preciso pensar demasiado para comprender que el mensaje no iba dirigido solo al pueblo, sino también al propio rey Sancho, protector de los judíos y de sus prácticas.

—¿Pensáis en una puerta de mayor tamaño?

El prior no respondió enseguida. Estaba absorto y pensativo contemplando el boceto que él mismo acababa de arrugar. Por fin, resolutivo, se incorporó y se apartó de la luz.

—Te quiero mañana aquí a primera hora. Haré venir también a José de Tolosa. El trabajo que nos espera en los próximos meses es ingente, pero hemos de ser ambiciosos. Será la obra de tu vida y créeme, si consigues reflejar en la piedra lo que yo ahora veo en mi mente, serás recordado por ello.

Nicolás vio asomar por la escalinata la cabeza de maestro de obras poco después de que los copistas empezaran su trabajo tras el oficio de prima. Un viento frío había arrastrado las nubes durante la noche, y el amanecer había dado paso a un día luminoso que, de nuevo, obligaba a mantener encendidos los fuegos que caldeaban el *scriptorium*. Los cabellos antaño azabache de José de Tolosa habían dado paso a una cabeza y una barba orladas de blanco, algo que tal vez fuera resultado de los desvelos, la ansiedad y los problemas que había tenido que afrontar en los últimos tiempos. La construcción de la bóveda en el primer tramo de la nave del Evangelio le había quitado el sueño durante un mes. El día señalado para el descimbrado y la retirada de los andamios había supuesto para él una incertidumbre difícil de soportar, y la explosión de júbilo que se había vivido en la obra aquel mediodía dio paso a las bromas sobre las nuevas canas que durante esas jornadas habían blanqueado sus sienes. Las nervaduras y los plementos seguían en su sitio, sobre sus cabezas, aunque en los primeros días eran pocos quienes se atrevían a pasar por debajo. A la nave del Evangelio le siguió la de la Epístola, de dimensiones idénticas. Pero la inquietud

había regresado al acometer el primer tramo del hastial del transepto más cercano a la portada meridional. La obra en aquel punto era más compleja a causa de la enorme altura a la que se alzaban los muros, la distancia entre los pilares y el grosor y el peso de los sólidos nervios. También Diego de Ablitas y sus carpinteros se habían tenido que emplear a fondo con las cimbras ancladas en lo alto de andamios que producían vértigo con solo mirarlos. Había supuesto un esfuerzo sin precedentes subir hasta lo más alto las cabrias necesarias para elevar desde el suelo las pesadas piedras talladas que componían los nervios y, sobre todo, la voluminosa clave central de cuatro brazos que, encajada con total precisión, había de mantener el conjunto en equilibrio.

Hasta ahí se había avanzado en aquellos años. Quedaba por abovedar el resto del transepto y la totalidad de la nave central, para terminar con la cubierta del crucero, sobre la que José de Tolosa había previsto levantar un esbelto pináculo. Si sus cálculos resultaban exactos, el primer rayo de sol del vigésimo primer día de junio, solsticio de verano, atravesaría las dos ventanas opuestas de aquella torrecilla para llegar a los ojos de un observador situado sobre el hastial opuesto, en el pie de la colegiata. De momento, todo aquello eran tan solo abigarrados dibujos en papeles y pergaminos amontonados sobre el enorme tablero que le servía de mesa en la sacristía.

El prior no tardó en aparecer, y llegaba risueño, como Nicolás no lo había visto en mucho tiempo.

—¿Conoce mi sobrina las buenas nuevas? —preguntó a modo de saludo mientras tomaba también del brazo al maestro de obras.

—Todos en casa comparten nuestra alegría. Pero ¿suponéis quién es el más entusiasmado?

—Déjame adivinarlo… Vuestro hijo Pedro, no me cabe ninguna duda.

Nicolás asintió también sonriente.

—Me veo reflejado en él a esa edad. Al abrir los ojos por la mañana, salta del lecho deseoso de acudir al taller. Yo hacía lo mismo en vida del pobre Marcel.

Una sombra nubló durante un instante el semblante del prior, que se volvió para dirigirse a José de Tolosa, mientras cogía de la mesa el esbozo de la portada.

—Hay que replantearlo desde el principio, José. Cuatro arquivoltas no son suficientes, quiero el doble. Eso nos permitiría duplicar el número de las escenas representadas, hasta un centenar y medio.

El maestro, sorprendido, estiró el cuello y frunció el ceño.

—¿Ocho arquivoltas? Eso nos obligaría también a duplicar el grosor del muro. El abocinado necesario haría preciso un cierre de seis codos, que sobresaldría de la fachada. —El maestro parecía estar viendo la portada en su mente—. Sin embargo, hacerlo así permitiría construir un paso sobre la puerta que uniera ambos torreones laterales por delante del rosetón.

—¿Es posible hacerlo? Con dos mil morabetinos de oro, la piedra y los salarios necesarios han dejado de ser un problema.

—Dejadme rehacer los cálculos y los bosquejos. Cortar más caliza no supondrá un retraso. Contad sin embargo con el tiempo necesario para completar la escultura de ese centenar y medio de escenas que pretendéis representar. Sed conscientes de los lustros que transcurrieron hasta que vimos rematados los capiteles del claustro.

—Con sinceridad, maestro, ¿habéis llegado a estimar el tiempo necesario para concluir el abovedado de la colegiata?

—Es aventurado responder a eso, prior. Muchos factores podrían…

—Suponed —le cortó— que los fondos dejan de ser un elemento a considerar, que disponéis de tanta piedra y madera como necesitéis y de la mano de obra suficiente.

—Prior Guillermo… ¿También estáis en condiciones de garantizar que Dios no permitirá que una bóveda se hunda al descimbrar? ¿O que un incendio en los andamiajes o en las cubiertas destruya cuanto hemos conseguido alzar?

—¡Suponed que así es! —contestó molesto y ansioso por una respuesta.

—¿He de incluir los campanarios? —preguntó aún.

El prior dudó, pero acabó asintiendo.

—Veinte años —afirmó José de Tolosa.

Guillermo Durán asintió, inexpresivo. Nicolás no fue capaz de aprehender en su semblante si aquella cifra había supuesto desencanto o regocijo.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó entonces con tono neutro.

—Cuarenta y seis años, prior. Ocho más que María, bien lo sabéis.

—Júrame que has de vivir hasta los setenta y sabré que podremos ver concluida la Puerta del Juicio Final y la colegiata entera.

Los dos maestros se miraron entre sí y sonrieron. Por primera vez en años, el horizonte aparecía despejado ante su afán por concluir unos trabajos que terminarían por abarcar la vida de dos generaciones de constructores.

—Si yo falto, tenéis a Bernardo. Estoy convencido de que sería capaz de seguir adelante con vuestras indicaciones.

Guillermo Durán, sin embargo, no pareció atender a la respuesta. Su expresión se tornó repentinamente circunspecta; había bajado la mirada al suelo para frotar las losas de piedra con la puntera del zapato.

—¿Hay algo que os preocupa, prior? —preguntó el maestro de obras al reparar en aquella mudanza.

El fraile alzó la cabeza como si hubiera sido sorprendido en falta.

—Supongo que a ninguno de los dos os debo ocultar nada —respondió—. Es solo que espero tener pronto en mis manos las arcas con el oro prometido. Sería una catástrofe que el rey se echara ahora atrás.

—¡Tenéis el documento de donación! —exclamó el maestro—. Eso le obliga. No podría negarse ahora a hacer entrega de lo prometido, eso os legitimaría para invocar la intervención del propio Papa de Roma. ¡De nuevo se arriesgaría a la excomunión!

—No se puede excomulgar a un rey que ya lo está. Y me parece que Sancho está

más cerca de su excomunión y del interdicto para el reino de lo que él cree. Lo que temo es que, si tal cosa sucede, se vea tentado a incumplir su compromiso con el cabildo.

—¡Explicaos! —rogó José de Tolosa confuso.

Guillermo Durán caminó hacia el ventanal y manipuló la falleba para abrirlo. El viento frío se coló en el interior, lo que provocó la protesta apagada de un copista de avanzada edad, pero al prior no pareció importarle.

—Hace unos días llegó noticia de la convocatoria del Sínodo Diocesano en fechas próximas. —Hablaba con voz queda para evitar que los escribas escucharan sus palabras—. Que esto no trascienda fuera de estos muros, pero me consta que Guillermo de Santonge, el obispo, tiene tomada la decisión de que de allí salga un ultimátum para la devolución a la Iglesia de los castillos de Monjardín y Huarte, enajenados a su dominio por el padre del rey Sancho. Y es precisamente la amenaza de excomunión el argumento que, dada la falta de respuesta ante otros, el obispo va a poner encima de la mesa.

—¡Pero vos podéis disentir!

—De nada servirá lo que pueda oponer el prior de Santa María en la reunión de la diócesis. Parece que Guillermo de Santonge ha hecho bandera de ese asunto desde su llegada a la sede episcopal de Pamplona. Y me temo que le importa bien poco lo que suceda con la colegiata de Tudela. Pero queda una esperanza, y es que el rey haga entrega del dinero antes de la celebración del Sínodo Diocesano.

—Si el rey tuviera noticia de lo que contáis…

—Sin duda retrasaría el cumplimiento de su compromiso para así poder usar esos dos mil morabetinos como protección frente a la amenaza de interdicto. Por eso es imprescindible que esto quede entre nosotros. —Miró entonces a Nicolás—. Sé que es posible que el rey, como acostumbra, te reclame para jugar una de esas partidas de tablas, pero estoy seguro de que valoras más el proyecto que tenemos entre manos que tu fidelidad a él.

El prior se echó atrás y cerró el ventanal con energía.

—Si me permitís, maese José, ahora me gustaría tratar con Nicolás de un asunto… de familia.

—Ya me marchaba —accedió con diplomacia—. No veo el momento de empezar a dibujar esa nueva portada.

Se dirigió al rellano que daba acceso a la escalera y saludó al monje que en aquel momento entraba en la gran sala. Parecía canturrear algo entre dientes. Guillermo Durán también se fijó en él.

—¡Ah, sois vos, Fortún! ¿Llegáis ahora? —A Nicolás no le pasó por alto un deje de desconfianza.

—Dispuesto a fijar en el tetragrama una nueva antífona que el Altísimo me ha inspirado durante el oficio de prima —respondió el chantre de corrido—. Excusadme, no me entretengo, o se irá como ha venido.

El prior frunció el ceño, aunque simplemente esperó a que se alejara para hablar.

—Ya que ha salido el tema de las partidas en ese tugurio indigno de un rey y también, ¿por qué no decirlo?, del maestro del mejor taller de escultura de la colegiata —empezó como buscando las palabras—, te diré que me han llegado noticias sobre ciertos comentarios lascivos que nuestro bien amado monarca ha proferido acerca de la belleza de mi sobrina, después de trasegar demasiados vinos y de inhalar los vapores de esas pipas del demonio. Ignoro si alcanzaron tus oídos y cuál fue tu reacción en tal caso, pero quizá resultaría más prudente evitar tamaño peligro. Toda la corte sabe de la terquedad del rey cuando algo lo encapricha, y más si hablamos de mujeres. Ejemplos conocemos y sabemos que no repara en detalles menores, como el hecho de que estén casadas o no lo estén. Harías bien en mantenerte alejado de esa tafurería que inexplicablemente frecuenta… que frecuentáis.

—Ninguna mención ha hecho a María en mi presencia, y tened por seguro de que, en caso de que se produjera, sabría pararle los pies, por muy señor mío que sea.

—Siempre que sea posible, es mejor evitar al diablo que enfrentarse a su poder. Solo quería advertirte. No deseo más problemas con el rey, bastantes diferencias hemos mantenido.

—Descuidad —respondió Nicolás, algo desconcertado mientras el prior se disponía a marcharse.

—Ah. —Se volvió de nuevo—. Ahora que disponemos de espacio suficiente para representar en la portada todos los pecados y yerros que se nos ocurran… Hemos de destinar a los tahúres un lugar destacado en el infierno.

María pronunció en voz alta el nombre de su esposo antes de bajar, con la intención de no sobresaltarlo. Al descender el último escalón, la luz de su vela se sumó a la que ya ardía en la bodega procedente del candil colgado de una alcayata.

—Sabía que te encontraría aquí. —En su voz queda había ternura y un asomo de piedad.

Hacía tiempo que Nicolás no usaba la casa de Ismail como refugio, pero aquel día su esposa no había albergado dudas. La puerta exterior sin atrancar confirmó su sospecha, así que entró al zaguán y se deshizo de la capa blanqueada por la nieve que seguía cayendo en el exterior. Atardecía ya y, aterida, se apresuró a descender las escaleras en busca del ambiente húmedo y templado que, bien lo sabía, iba a encontrar junto al manantial. Aquel había sido también el cobijo que en más de una ocasión habían utilizado para gozar de la soledad que se les negaba en la casa de la muralla. El frescor durante el verano y el ambiente tibio durante los rigores invernales hacían de él un lugar ideal que solo ellos frecuentaban.

—¿Y los pequeños? —preguntó Nicolás.

—Con sus tías y con sus primos. Martha les ha preparado unas rebanadas de pan con vino y miel mientras entraban en calor junto al hogar. Blanca y Guillermo han pasado la tarde jugando en la nieve —sonrió—. Amanecerán con sabañones.

También Nicolás esbozó una sonrisa. María se acercó a él y lo besó en la frente.

—¿Por qué sabías que estaría aquí?

—He pasado por el *scriptorium* y me han dicho que te has ido de allí después de nona.

—Apenas había luz y tengo los ojos cansados de trabajar bajo las lamparillas y las velas —dijo mientras se los frotaba con las yemas.

María se alegró de que Nicolás tuviera una razón que explicara sus ojos hinchados y enrojecidos. Sabía que aborrecía que nadie, ni siquiera ella, notara que había llorado. La inesperada muerte de Marie había supuesto un duro golpe para él. Se trataba de una anciana de sesenta y cinco años, pero dos meses atrás lucía una vitalidad envidiable. Sin embargo, tras una de las primeras heladas del invierno, había amanecido con el cuerpo empapado, la piel ardiente y la frente perlada de sudor. Una tos ronca se había adueñado de su pecho hasta hacer que respirar supusiera para ella un doloroso esfuerzo. De nada habían servido las atenciones de los dos mejores físicos de la judería, los brebajes preparados por la herbolera por indicación suya, ni los continuos cuidados de Martha, de Olaya y de ella misma.

—Deja que te eche esto sobre los hombros. —María se acercó a él mientras desplegaba la cálida manta de lana que había traído bajo el brazo—. No queremos que otra calentura nos complique más las cosas, ¿no es cierto?

Nicolás se apartó del respaldo para dejar que lo abrigara. Después le hizo un gesto para que ocupara un lugar a su lado, sobre el cojín relleno de paja que cubría la bancada. Cuando lo hizo, María se arrimó a su costado, se quitó la cofia y se acurrucó con la cabeza en el hueco de su hombro. Después tomó los bordes de la manta para envolverse con ella. Apenas entraba ya luz por la lucerna cercana a la bóveda, ya fuera por la nieve que la cubría en parte, ya fuera por la oscuridad del ocaso, y solo las dos llamas iluminaban la estancia, reflejadas sobre la superficie oscilante del pequeño estanque. Las manos enormes de Nicolás buscaron las de María, menudas y siempre heladas, para protegerlas y darles calor. Hundió el rostro en su cabello e inspiró profunda y pausadamente para llenarse de aquel aroma familiar a lavanda y jazmín.

—Era feliz cuando se fue —susurró después de un largo silencio.

—Lo sé. A pocos les es dado morir en el lecho rodeado por los suyos después de una vida tan larga. Sin embargo, es muy pronto para no echarla de menos.

—Siempre la echaremos de menos, todos. Los pequeños la adoraban.

—Es extraña esta sensación.

—¿Cuál?

—La orfandad. Mi madre siempre estaba ahí, dispuesta a ofrecer su consejo y a hablarme de padre… Era el nexo que nos unía a los antepasados. Ahora estamos solos y nos hemos convertido para nuestros hijos en lo que ella fue para nosotros.

—No es nueva para mí —le recordó María sonriendo—. Pero hace mucho que ya no echo en falta tener unos padres a quienes abrazar. Ahora te tengo a ti.

Nicolás volvió la cabeza y se encontró con la mirada tierna de María. Aquellos labios, su expresión entre inocente y provocadora, la mirada con la que sugería sin necesidad de hablar, eran los mismos que lo habían cautivado en su juventud y, como entonces, sintió el deseo irrefrenable de besarla. No fue necesario que acudiera en busca de sus labios, pues ya estaban en camino y se encontraron mientras los dedos de ambos, liberadas sus manos, se entrelazaban con los cabellos del otro.

La manta resbaló desde sus hombros, los cordoncillos sueltos del jubón y los broches del brial les abrieron el paso hacia la piel que ya no percibía la frescura del ambiente, ni siquiera cuando las vestiduras cayeron el suelo y los dos cuerpos de recostaron sobre el cojín mullido, encima de aquel banco de piedra labrado por Ismail en una época tan lejana. En aquel lugar no había oídos a los que ocultar su pasión, y el sonido de la respiración entrecortada y el eco de los gemidos de ambos reverberando entre los muros llenó el espacio durante un tiempo que a ambos les pareció fugaz. Cuando las voces de ambos se apagaron, la oscuridad en el exterior era ya absoluta, y el sudor que reflejaba la luz sobre su piel amenazaba con dejar de nuevo ateridos sus cuerpos desnudos.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó María con sobrealiento, tras un último suspiro.

Nicolás estalló en una carcajada. Aquella expresión había marcado el final de sus encuentros desde aquel lejano día en que María conoció el amor carnal.

—Ansío seguir escuchando esa alabanza durante mucho tiempo. —Riendo aún, la besó en los labios de forma fugaz y se incorporó para recoger del suelo las vestiduras de ambos—. Y pensar que estuviste a punto de renunciar a esto…

—Durante un tiempo creí que la vida en el convento era la única forma de loar a Dios. Tú me has enseñado que hay otras mejores —rio también.

—No se me ocurre una manera mejor de honrar al Creador que gozar con una de sus criaturas —le respondió en voz baja rozándole el cabello con los labios—. ¡Y si es la más hermosa entre ellas, el gozo al contemplarla se convierte en éxtasis!

María le puso una mano en el pecho y lo apartó con fuerza.

—Calla, zalamero, ¡y cúbrete!

Se aseguró de que la puerta quedara bien cerrada, guardó la llave en el fondillo del jubón y se embozó en la gruesa capa antes de abrazar a María. Sus capuces les preservaban de miradas indiscretas, pero resultaban innecesarios en aquella noche oscura y heladora de diciembre, si no era para resguardarles del viento helado que había tomado el relevo a la nevada. Tuvieron que identificarse para atravesar la puerta que separaba la morería del resto de la ciudad, cerrada a aquella hora. Descendieron hacia el matadero y la calle de los carniceros para desembocar en la plazuela que se abría ante la Iglesia de San Jaime. El olor procedente de la tahona le recordó que estaba hambriento, pero tan solo lanzó una mirada fugaz al cartel que colgaba sobre la puerta. LA TAHONA DEL REY —leyó—. Todos los hornos de la ciudad podrían haber llevado el mismo nombre en realidad, pues todos habían regresado a la Hacienda del reino por el expeditivo método del rescate de las viejas concesiones. A cambio de una magra compensación, el negocio del pan, así como las almazaras y los molinos harineros habían pasado a depender del merino, tal como antes había sucedido con las tafurerías. Todos funcionaban en aquel momento bajo concesiones renovadas, mucho más provechosas para las arcas del reino, y todos debían rendir cuentas y satisfacer sus gabelas a las arcas del rey. No era aquel el único cambio que había agitado la vida de Aldara, pues por la misma época había contraído matrimonio con un rudo leñador llegado a Tudela desde el valle del Baztán en busca de fortuna, atraído por la necesidad de brazos en las obras de la colegiata. De talar pinos para el templo había pasado a partir la leña para el horno donde Aldara seguía ejerciendo el oficio de panadera. La Tahona del Roncalés bien podría haber pasado a ser la del Baztanés si el rey no hubiera revocado los privilegios que el Fuero de la ciudad había concedido a los francos asentados en ella.

Cada vez que pasaba por allí, y lo hacía a diario, un estremecimiento lo recorría. A pesar de los años transcurridos, el agradecimiento por la generosidad de Aldara y la admiración por su fortaleza ante los reveses de la vida no disminuían un ápice. Tras la salida de María del convento, las dos mujeres habían retomado su vieja amistad y toda la familia había asistido al desposorio con Eneko, que tal era el nombre del

segundo esposo de la tahonera. Era un buen hombre, simple pero noble y sin doblez, y él se alegraba al ver que adoraba a su esposa y que Aldara había recuperado el brillo en los ojos perdido tras su boda con María.

Volvió la cabeza al escuchar su nombre y, gracias a la voz inconfundible, reconoció al embozado que lo llamaba.

—¡Guillén!

El maestro cantero se aproximó a ambos. Saludó a María en primer lugar y después le palmeó la espalda a su mejor amigo con una amplia sonrisa en el rostro.

—¿Os habéis perdido? —bromeó—. ¿Adónde vais con este frío?

—A casa —respondió María—. Tu camarada está hambriento.

—¡Ohh! —Guillén abrió los brazos exagerando un gesto de decepción—. Me había hecho ilusiones. ¿Vas a dejar que vaya solo a ver a Tristán? ¿Un par de esos conejos asados suyos no servirán para calmar tu apetito? ¡Yo convido!

Nicolás negó con la cabeza mientras asía sonriente a María por la cintura a modo de explicación.

—Ve con él, es viernes. Te hará bien.

—¡Esta es María! —celebró Guillén sin dar opción a que Nicolás persistiera en su negativa—. Os acompaño a casa, no te vayas a arrepentir.

Descendieron por la calle de las Verjas tratando de no resbalar sobre la nieve que empezaba a helarse.

—¿Cómo se porta Pedro en el taller? —se interesó María.

—¡Ah, sigue igual! Serio, trabajador, respetuoso con sus maestros y con los demás aprendices. Podéis estar satisfechos de él.

—Lo estamos —respondió Nicolás.

—Vi cómo te emocionabas en el camposanto cuando descubrió la talla. Me pidió permiso y trabajó en ella durante toda la jornada, sin descanso.

Pedro, aun de manera tosca por la premura, había dado forma a una piedra de desecho del taller para labrar en ella una cruz en bajorrelieve. En el punto de unión de ambos brazos se identificaban la forma y los rasgos de la Virgen Blanca, el relicario que su padre había tallado antes de que él mismo naciera. A sus pies, el nombre de Marie y el año de su nacimiento y de su muerte según la era hispánica. Él mismo la había clavado en la tierra mientras Nicolás y el resto de los varones de la familia terminaban de conformar el túmulo sobre el cuerpo de la anciana y Alvar lo aspergía con agua bendita tomada de la pila bautismal de Santa María.

—Sé que lo que hizo es poco común en un muchacho de su edad y aquel día su gesto nos emocionó, es cierto. Quizá algún día pueda desarrollar su habilidad como escultor, pero deseo que antes se convierta junto a ti en un buen cantero. Es fundamental entender a las piedras para poder sacar de ellas todo lo que esconden.

—Aprende rápido. En pocos años estará preparado para seguir los pasos de su padre.

Llegaron a la casa y despidieron a María. Los dos hombres iniciaron el camino de

vuelta.

—¡Maldito cierzo! —protestó Guillén al sentir el viento helado en el rostro—. Necesito unos buenos tragos de vino.

—No te olvides del asado —bromeó—. Estoy en verdad hambriento, así que ve preparando la bolsa.

En aquella ocasión bordearon la cabecera de la colegiata de sur a norte, dejaron atrás el portón del taller de cantería y se dirigieron por la portada occidental al callejón donde se encontraba La Tabla Real. Guillén no había dejado de sonsacarle durante el camino, bromeando sobre su repentino apetito y, a juzgar por sus comentarios, Nicolás supo que sospechaba cómo había pasado las últimas horas. Embocaban el callejón entre chanzas y sin haber conseguido entrar en calor cuando Nicolás se detuvo en seco y agarró a Guillén por el antebrazo.

—¡Quieto! Vuélvete con naturalidad, como si hubiéramos equivocado el camino. Regresemos sobre nuestros pasos.

—¿Qué demonios…?

—¡Haz lo que te digo! —masculló entre dientes—. Son hombres de la guardia del rey. Sancho debe de estar en la tafurería.

—¿Y qué si lo está?

—¿No lo entiendes? ¡No quiero jugar con él!

Guillén obedecía ya y se disponían a doblar la esquina cuando una voz a su espalda, seca e imperativa los hizo detenerse.

—¡Alto ahí! —vociferó el oficial al mando—. Descubrid las cabezas.

Apenas acababa de pronunciar la orden cuando dos soldados, espada en mano, echaron atrás sus capuchas con pocas contemplaciones. Otro se acercó a ellos con una tea en la mano acompañando al oficial.

—Sois Nicolás y Guillén, los maestros de la colegiata. —Pareció aliviado al reconocerlos—. Por vuestra actitud os había tomado por malhechores.

—Había olvidado algo en el taller —improvisó el cantero.

—Id pues a recogerlo —concedió—. Vos no, escultor. El rey os espera en la tafurería.

Una sola vez se había presentado el rey en La Tabla Real tras la campaña de Levante, y Nicolás había comprendido que no era el mismo hombre de antaño. Como siempre, había descendido encorvado la escalinata de la bodega, pero en aquella ocasión, al salir del pasadizo, se había echado ambas manos a los riñones mientras componía un gesto de dolor, como si le costara enderezarse. Después salvó la distancia que lo separaba de la mesa del fondo con una cojera manifiesta y el fastidio reflejado en el semblante. Mientras se acercaba, Nicolás lo encontró envejecido y más cansado de lo que recordaba, con la barba cana y las señales del tiempo en el rostro. Aún tuvo tiempo de hacer un cálculo rápido y comprendió que aquel hombre

vigoroso y de descomunal envergadura tenía la misma edad que su propia madre. Aquella noche bebió sin medida y el humo del hachís llegó a nublar el rincón en que se encontraban. El buen humor con que en otras ocasiones se tomaba los lances contrarios del juego estuvo ausente entonces, hasta el punto de que Nicolás creyó prudente exponer sus tablas en exceso para favorecer la victoria del rey. Tenía muy reciente la advertencia del prior Guillermo y, quizá por ello, había estado atento a cualquier alusión que el rey pudiera hacer acerca de su esposa. Interpretó los comentarios que en otras ocasiones había tomado por deferencia y cortesía bajo el prisma de la sospecha y descubrió en los ojos del rey el brillo de la lascivia cuando, ebrio, le mencionaba lo afortunado que era al tener junto a sí a una mujer tan hermosa como la sobrina del prior.

Afloraron a la superficie los reparos que siempre había acallado, pues, desde el primer día en que el rey puso los pies en la taberna de Tristán, algo en su interior le decía que aquella inusual relación entre el monarca y un simple escultor era contra natura. Si había ignorado la voz que le advertía era por la secreta complacencia que le procuraba, por las miradas de admiración que percibía a su alrededor, por el trato considerado que recibía por el simple hecho de gozar del favor del rey. Atemorizado sin embargo tras aquella última partida, había decidido evitar nuevos contactos con él.

En aquel momento, mientras cruzaba el figón flanqueado por dos hombres de la *militia regis*, se maldecía por haber supuesto de manera equivocada que el rey no podía cambiar sus hábitos para presentarse en La Tabla Real en una noche de invierno como aquella.

Tristán, ajeno a sus recelos, lo saludó de manera efusiva.

—¡Te está esperando! Ha preguntado por ti y rechaza incluso cruzar apuestas con los magnates que se han ofrecido a ello. Me disponía a salir en tu busca.

Nicolás no respondió y se limitó a avanzar hacia la puerta que descendía a la bodega. El penetrante olor de años de vino agrio que empapaba el suelo, los aromas de la leña y de los asados, y el hedor acre a sudor de tantos cuerpos, era sustituido al descender por el tufo a moho y humedad, el humo del hachís y los penetrantes perfumes de las meretrices.

A pesar del ambiente cargado, distinguió la figura del rey Sancho sentado a la mesa del fondo, la que habían ocupado desde el primer día en que puso sus enormes pies allí. Tristán se le adelantó:

—Mi señor, no ha sido necesario ir en su busca. Nicolás venía ya, esperando como cada día tener la fortuna de encontrarse con vos en mi humilde local —mintió.

El rey volvió la cabeza. Aun sentado, sus ojos se encontraban a la misma altura que los de Nicolás. Aparecían vidriosos y enrojecidos, algo que achacó al humo que los envolvía y a las dos jarras que reposaban sobre la mesa. Reparó de nuevo en su rostro avejentado, cuarteado por el sol y por el viento tras la última campaña de verano, y surcado por una retícula de tenues hilillos rojos allá donde la barba no

alcanzaba a cubrir la piel. Sin embargo, había algo en su mirada que iba más allá de los efectos del vino y del hachís: un rastro de sufrimiento y desasosiego que nunca antes había visto en ellos. Quizá también resentimiento y rabia, a juzgar por el ceño fruncido, los labios apretados y el semblante hosco.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —acertó a preguntar.

El rey, por toda respuesta, señaló la silla situada frente a la suya sin apartar la mirada de él. Vació el vino que quedaba en dos vasos y empujó uno de ellos hacia Nicolás.

—¡Más vino! —reclamó con un fuerte golpe de la jarra sobre la madera.

El propio Tristán corrió en busca de las vasijas para llenar una de ellas en la espita del tonel más cercano. El rey aprovechó el espacio para disponer el tapete y el tablero que habían permanecido apartados al otro lado de la mesa, junto al muro. Tomó también con su manaza la pequeña caja donde se guardaban las tablas y los dados y la volcó sobre el casillero.

—A dos dados —señaló mientras devolvía el tercero a la caja y apuraba un vaso más. Después empujó el otro hacia Nicolás y esperó a que bebiera de él. Siguió mirándolo de frente mientras lo vaciaba, sin hacer ningún movimiento, y solo empezó a colocar las tablas en sus posiciones de salida después de volver a rellenarlos.

Tristán, sorprendido, regresó a por la jarra.

—Decid, mi señor, si deseáis algo más —se ofreció servil.

—Trae una pipa. Bien cargada —ordenó.

—Mi señor, ¿ha sucedido algo malo? —insistió Nicolás con temor—. ¿Acaso tratáis de olvidar algún sinsabor?

El rey lo miró de frente con las dos manos sobre la mesa y expulsó el aire de los pulmones en un inquietante amago de risa.

—Toma la pipa —le ofreció cuando Tristán regresó, sin responder—. ¡Ojalá todos los sinsabores se pudieran olvidar con unos vasos de vino y un poco de hachís!

—No sé si podré seguiros, mi señor. Si fumo de esa cazoleta y sigo bebiendo caeré redondo; apenas he probado bocado en todo el día.

—¡Tampoco yo, maldita sea! Desde que, a mediodía, ha llegado a la corte el emisario de Pamplona. —Extendió la mano y el oficial de la milicia real le puso en la mano un rollo que parecía estar guardándole.

Nicolás aprovechó para mirar a su espalda y comprobó que las mesas más próximas se habían ido vaciando a medida que los jugadores terminaban sus partidas. Sin duda habían comprendido que el rey en aquel estado podía resultar peligroso y ninguno estaba dispuesto a ser objeto de la ira que a duras penas parecía contener. Cerca de la entrada vio a Guillén sentado en una mesa, solo. Cuando se volvió, se topó con el pergamino que el rey blandía ante su rostro.

—¿Sabes de dónde procede y qué contiene? —le espetó.

Nicolás negó con la cabeza.

—Es el documento aprobado en el Sínodo Diocesano a instancias de Guillermo

de Santonge. ¡Ese hijo de la gran perra me excomulga y proclama el interdicto para todo el reino! ¡Y todo por esos dos castillos que ambiciona! ¿Entiendes lo que esto significa? —De su boca surgió una imprevista carcajada, propia de un hombre borracho—. ¡Voy a gozar del honor de ser el único rey de la Cristiandad excomulgado dos veces!

Nicolás sintió cómo su rostro quedaba exangüe.

—¡Oh, señor! —fue lo único que acertó a decir, aunque el rey no parecía interesado en su respuesta. Seguía colocando las tablas en su lugar.

—Hoy me quiero asegurar de que no vas a dejarte ganar. Vamos a jugar fuerte, al mejor de tres partidas. Si vences, esta casa de putas será tuya con total exención de los tributos debidos. Si gano yo, me harás entrega de la casa de la muralla.

Nicolás cerró los ojos. La situación parecía un mal sueño. Se obligó a abrirlos con la esperanza de despertar en ese momento de la pesadilla. Los ojos inyectados de Sancho, en los que se reflejaba amargura y determinación, lo escrutaban a dos palmos.

—No es posible, mi señor. No puedo jugarme a las tablas la casa de mis hijos, la casa de toda mi familia. Pedidme lo que queráis, pero no…

—Todo cuanto te pertenece ha sido mío antes, en realidad. Si pierdes, tan solo volverá al lugar de donde no debió salir.

—No puedo hacerlo, mi rey —insistió. Los brazos le colgaban sin fuerza a los costados, y su mirada se clavó en aquellos dos dados que descansaban en el centro del tablero. Aborreció los dados, el tablero y todo lo que en aquel momento le rodeaba. Sintió que una intensa náusea se apoderaba de él y trató de contener una arcada.

—¡Por supuesto que lo harás! —El rey soltó una carcajada destemplada que dejaba clara la firmeza de su decisión. Entonces adelantó sus manos hacia el tablero, lo tomó por los bordes y le dio la vuelta sobre el tapete. Las tablas negras quedaron frente a él, y las blancas junto a Nicolás.

—¿Por qué me hacéis esto, señor? —preguntó con un hilo de voz.

El rey alzó la mano y pareció que iba a descargar un tremendo puñetazo sobre la mesa. Se frenó en seco dos dedos antes de alcanzar el tablero que, de otra manera, habría saltado por los aires. Mostraba los dientes apretados y sus venas eran gruesos cordones amoratados que le recorrían el cuello y las sienes.

—¡No sabes por qué! ¿No lo sabes? ¡Hay alguien aquí que te lo dirá!

Durante un instante no sucedió nada. Nicolás, perplejo, se dio la vuelta. El oficial miraba hacia el arco que comunicaba la tafurería con el lugar donde se reunían las meretrices. Escuchó voces imperiosas al otro lado, y un grito agudo, y un cuerpo cubierto con vestiduras negras atravesó la cortina a trompicones hasta que cayó al suelo. La cabeza vino a dar contra la pata de una mesa y quedó oculta bajo ella, mientras lamentos que parecían pronunciados en falsete surgían de aquel rincón.

—¡Piedad! ¡Favor, mi rey! —rogó la voz, histérica, mientras trataba de

incorporarse.

Su rostro apareció a la luz de las teas y esta vez Nicolás no pudo contener la arcada; se inclinó hacia el muro para derramar el vino que llenaba su estómago. Ni la cabeza con el rostro desfigurado por los golpes pertenecía a una mujer a la que hubieran cortado el cabello, ni lo que parecía un vestido era tal. Ante sus ojos se puso en pie un fraile de cabello tonsurado y vestido de hábito, con el pánico dibujado en el semblante. Lo único femenino en él era el timbre de los gritos que emitía.

—Chantre, ¡explícale a Nicolás qué le ha pasado a tu otrora magnífica voz!

El que fuera canciller real y hombre de confianza del rey se derrumbó por completo. Cayó al suelo hecho un ovillo y, entre sollozos, trató de arrastrarse bajo una de las mesas en busca de protección.

—Yo te lo diré, mi *fiel* amigo… —El rey pronunció aquella palabra con despecho, en un tono bajo y en apariencia calmado, aunque resultaba evidente su estado de ebriedad—. El chantre Fortún vino a contarme lo que se tramaba a mis espaldas buscando recuperar mi favor. Lo que no sabía es que hace mucho que estoy al tanto de su doble juego, y de su costumbre de vender información al mejor postor. Por supuesto, esperó a advertirme de lo que tramaba el obispo Santonge, ese puerco francés, a que el oro de mi cruzada estuviera en poder del prior.

—¿Qué… qué le habéis hecho?

—¡Oh, nada demasiado doloroso! Tan solo delicados cortes que mis físicos judíos han practicado con sus largos y afilados estiletes en el lugar adecuado. Quizá la colegiata se termine gracias al oro que yo arrebaté al infiel, pero no será nuestro chantre quien entone las antífonas en su interior. Quizá termine sus días en Tulebras, donde su voz no desentonará entre las monjas de la Caridad.

El fraile volvió a retorcerse en el suelo al escuchar la explicación de su condena ya ejecutada. Solo sus lamentos se escuchaban en el subterráneo hasta que el rey siguió hablando.

—Si hubiera sido más diligente, si hubiera venido a mí en cuanto escuchó al prior Guillermo confiarte sus temores en el *scriptorium*… —La amargura y el despecho se desprendían de sus palabras mientras, con el rabillo del ojo, atendía a la reacción de Nicolás, que trató de tragar saliva sin conseguirlo. Su boca y su lengua eran en aquel momento lo más parecido a un pergamino.

—Mi señor… —acertó a decir, sin estar seguro de lo que podía añadir a continuación.

—¿Sí…?

—Sé que todo lo que pueda decir os sonará a disculpa, pero debo defender mi honor. Nunca pensé que el obispo pudiera llegar a hacer realidad su amenaza, no por un par de castillos. Por el contrario, creí que el hecho de hacer efectiva vuestra generosa donación haría imposible para el obispo convencer al Sínodo. Jamás creí que pudiera…

El peso de escrutinio del rey cayó sobre Nicolás desde los dos palmos de altura

que los separaban.

—Hoy jugarás con blancas. Que el juicio de Dios decida de qué parte está la razón. Tú empiezas —ordenó mientras empujaba los dados hacia él.

Nicolás empezaba a vislumbrar el primer atisbo de esperanza desde que se había visto sentado frente al rey. Sancho había seguido llenando su vaso y, aunque trataba de evitar inhalar más humo del imprescindible, no confiaba en sus sentidos. Había ganado la primera partida con facilidad ayudado por una indudable fortuna con los dados desde el inicio. El rey, sin embargo, había iniciado el segundo juego con varios movimientos arriesgados que se habían visto recompensados al conseguir capturar dos de las tablas más adelantadas de Nicolás. El empate no había tardado en materializarse. Encaraban ya el final de la tercera partida, y un rápido vistazo al tablero, con la experiencia acumulada durante años, le daba una ventaja que parecía empezar a calmar su corazón desbocado. El rey, sin embargo, tampoco parecía preocupado. Con un doble tres pudo repetir la tirada, en la que consiguió un oportuno seis junto a un cuatro. Por fortuna, la ubicación de las tablas negras impidió que aprovechara el primero y se vio obligado a ceder turno. Nicolás había introducido ya todas sus tablas en la última cuadra, lo que le permitía empezar a evacuarlas del tablero. No habría podido soportar un final reñido que dependiera tan solo del resultado de los dados. Su pálpito se demostró cierto y un cinco doble le hizo alcanzar la meta con sus cuatro piezas más alejadas del final. El resto consistió tan solo en esperar su turno para ver cómo el rey entraba en la última cuadra con sus negras mientras, con inmenso alivio, un cuatro y un tres le llevaban a dejar caer sus dos últimas piezas blancas al borde del tablero.

—Te doy mi enhorabuena, escultor. —El rey alzó el vaso y obligó a Nicolás a hacer lo mismo para brindar con él. No siguió hablando hasta comprobar que lo apuraba. Luego se dirigió a Tristán—. La tafurería ya no es propiedad del rey. A partir de hoy tu amigo es su dueño, y el local está libre de exacciones.

—No deseo cobrar la apuesta, mi señor. Siempre he jugado con vos por placer y no por obtener ganancias —respondió Nicolás tratando de mostrarse humilde—. Demos el envite por no hecho y retirémonos a descansar. De otra manera mañana, con la mente despejada de los vapores del vino y del hachís, ambos nos lamentaríamos.

—¡Enorme generosidad la tuya! —tronó el rey—. Pero bien sabes que una parte de los dos mil morabetinos que entregué al prior irán a parar a tu taller y a tu bolsa. No, Nicolás. Conoces tan bien como yo las reglas del juego que tú mismo me enseñaste: la tafurería es tuya. Pero sabes que eso te impone una nueva obligación.

—¡No! —gimió Nicolás—. Ninguno de los dos estamos en condiciones de seguir jugando.

El rey entornó los ojos y sonrió. Tomó la jarra por el asa y se sirvió una vez más.

Se inclinó para repetir el gesto, pero su pesado cuerpo se venció hacia delante y el vaso cayó al suelo con estrépito después de empapar el jubón de Nicolás.

—¡Vaya, lo lamento! Te ruego que al terminar te cobres el estropicio, *cantinero*. —El rey se rio de manera desaforada con su propia burla antes de seguir—. Aunque no creo que un vaso de barro te importe demasiado, eres ya un hombre de negocios. Ahora vas a comprobar cómo el juego y las putas pueden hacer rico a un hombre.

Nicolás hizo ademán de levantarse. El rey solo tuvo que alzar la barbilla en su dirección para que el oficial y uno de los hombres de la guardia se colocaran tras él y lo forzaran a permanecer sentado.

—No deseo volver a jugar con vos, señor —repitió angustiado.

—Sabes que me asiste el derecho a revancha, y es lo que vamos a hacer. Puede que, cuando te permita levantarte de esa mesa, seas uno de los hombres más ricos del reino. —Esta vez golpeó con el puño sobre la madera y las piezas saltaron sobre el tablero y sobre el tapete—. Pongo mi apuesta sobre la mesa: serás dueño del derecho de pontazgo del puente de Tudela, el mismo que tú me ayudaste a construir. Mientras vivas y con derecho a transmitirlo durante dos generaciones. Tu primogénito y su hijo serán tan poderosos como tú. Quizá podáis comprar un título y entrar a formar parte de la nobleza navarra. Tal vez yo mismo os lo venda.

Nicolás negó con la cabeza. Sus labios temblaban al hablar.

—Sabéis que con nada puedo igualar esa apuesta. Y si eso sucede, el derecho de revancha queda sin efecto. Mi única obligación en ese caso es devolver lo ganado con anterioridad. ¡Vuestro es!

Las manos de los guardias impidieron que se alzara un solo dedo de la silla.

—¡Oh, sí, la puedes igualar! ¡Con creces!

—¡No! —gritó Nicolás aterrado.

—Quiero a María —declaró el rey, arrastrando las sílabas con voz ebria y apenas audible.

Nicolás era incapaz de controlar los temblores. Sentía el contacto de la daga que el guardia del rey le apoyaba en el cuello mientras el efecto del hachís se hacía más y más evidente, haciendo que se desdibujaran las caras de los dados que el rey le ofrecía en medio de un mareo insoportable.

El envite aparecía representado sobre la mesa en el lugar que, en una partida cualquiera, habrían ocupado las monedas aportadas por cada contrincante: un sueldo de los llamados sanchetes, recién acuñado en vellón, simbolizaba la riqueza que el rey se jugaba; a su lado, la alianza de Nicolás que entre dos guardias habían conseguido arrancarle del anular entre lamentos.

—¡No lo haré! —El desprecio más absoluto impregnaba la respuesta de Nicolás. Sus dientes apretados daban muestra de ello—. ¡No dejaré la honra de mi esposa al azar de los dados! Dadme muerte ahora si queréis, pero no conseguiréis vuestro

propósito.

—¿Qué ganarías con ello? —De la misma manera, el rey escupió las palabras con una expresión implacable, sin siquiera asomo de sonrisa—. Igualmente sería mía, pero no por una vez.

Nicolás se revolvió tratando de zafarse de su presa. Solo consiguió que los dedos de acero que lo sujetaban se clavaran en sus brazos y que el filo de la daga hiciera presa en su piel. Lanzó un aullido de impotencia y desesperación.

—¡No os atreveréis a mancillar a una mujer casada! ¡Va contra la ley de Dios y contra el Fuero! ¡Os deshonráis vos mismo y a vuestros antepasados!

—¡Ya estoy excomulgado! —rio con un despecho helador—. Gracias a ti, entre otros. Quizá no seas consciente, pero estoy siendo muy generoso dándote la oportunidad de esquivar la ira del rey. ¡Cualquier otro colgaría ya en el cadalso! Y recuerda: si ganas la partida, los ingresos del pontazgo serán tuyos, ¡y eso te convertirá en pocos meses en uno de los hombres más ricos del reino!

—¡No quiero vuestro oro! —Nicolás escupió sobre el tablero y aulló su respuesta —. Quiero vivir en paz junto a los míos, ganándome el pan con mis manos. ¡Maldigo la hora en que os cruzasteis en mi camino!

Sancho apenas reaccionó a la afrenta. Tenía abotargados los sentidos por el vino y el hachís. La expresión de su rostro era una mezcla de odio, despecho y determinación, hasta que una arcada y un sonoro eructo le descompusieron el semblante.

—No puedo obligarte a jugar contra tu voluntad —reconoció—. ¿Eres consciente de que si abandonas ahora das por perdida la partida?

El rey apartó el vaso y colocó en la enorme palma de su mano izquierda la brillante moneda que simbolizaba su apuesta. A continuación, tomó la alianza entre los dedos pulgar y mayor y, con un hábil movimiento, la puso a girar sobre el sueldo. Durante un instante, mientras duró el impulso, el anillo se mantuvo en pie. Cuando empezó a oscilar, el puño descomunal se cerró sobre ambos.

Nicolás, desesperado ante la condena que había de escuchar a continuación, trato de girar en busca de una ayuda, de una salida que sabía imposible. De manera fugaz comprendió que todos habían abandonado la bodega, a excepción de los hombres del rey y de un Tristán descompuesto y paralizado. Ni siquiera Guillén estaba ya allí.

—¡Prendedlo! —ordenó al oficial sin alzar demasiado la voz—. Llevadlo al castillo, ¡a las mazmorras con él!

Los guardias que lo habían sujetado tan solo tuvieron que tomarlo de los brazos para conseguir que se pusiera en pie. Otros empuñaban sus armas a un paso de distancia, atentos a cualquier reacción del reo. El rey quedó solo en la mesa, frente al tablero que mostraba en perfecto orden las tablas blancas y negras, dispuestas para iniciar la partida. Jugueteaba con la alianza entre los dedos; alzó la mirada hacia el oficial y se la lanzó. El soldado la cogió al vuelo.

—Llévale eso cuando vayas en su busca. Dile que su esposo ha perdido la partida

en la que ella era la prenda.

Con las manos atadas a la espalda, lo empujaban sin contemplaciones. Las calles estaban desiertas y de nuevo se desprendían algunos copos de nieve que recordaban a Nicolás que su capa había quedado en la tafurería. Temblaba violentamente y era incapaz de contener las lágrimas. Imaginaba a los hombres del rey aporreando la puerta de la casa, el sobresalto de las mujeres y de los pequeños. Rogó a Dios para que el joven Alvar, con el arrojo y la inconsciencia de sus dieciocho años, no se enfrentara a la *militia regis*. ¿O quizá en el fondo era lo que deseaba? Reconoció para sus adentros que así era. Solo la resistencia de Alvar, quizá también la de su hermano Beñat, permitía atisbar una mínima esperanza de que María pudiera huir. Comprendió que estaba soñando con un imposible: los adiestrados soldados irrumpirían en la casa para sorprender a todos en el sueño más profundo, sin la menor capacidad de reacción.

Llegaron a San Nicolás, viraron por la calle de los caldereros y continuaron por la de los pelaires en dirección al castillo. Solo las teas que portaban los soldados proporcionaban alguna claridad hacia delante; el resto era todo oscuridad. Tanta como reinaba en el pozo en que se había sumido la existencia de Nicolás en tan solo unas horas. Los guardias parecían conocer bien aquellos entresijos de callejuelas, reminiscencia de la vieja medina musulmana. Se internaron en ellas desde San Miguel en dirección al puente que salvaba el foso de la fortaleza. Solo en lo alto, flanqueando la Puerta Ferrena y en la torre del homenaje ardían algunas antorchas, apenas visibles por la bruma y el aguanieve. A Nicolás le dio un vuelco el corazón: sabía que bajo aquella fortaleza se encontraban las lúgubres mazmorras de las que había oído hablar al desgraciado Omar. En un vano intento de zafarse de sus captores dio un tirón a la cuerda que le cortaba las muñecas, y ello le valió un espadazo en el hombro con el arma plana.

—No te asustes, con este maldito tiempo hasta en los calabozos se está más caliente —se burló el guardia que lo flanqueaba después de tirar de él con fuerza.

—Lástima que las ratas piensan igual —completó la mofa el de la espada, provocando la risa de los cuatro.

Había escuchado muchas veces el grito ahogado que en aquel momento surgió de la oscuridad. Era el gemido producto de un descomunal esfuerzo, el mismo que un cantero dejaba escapar al asestar el golpe definitivo sobre la cuña para conseguir que la piedra se abriera en dos. Luego el chasquido del hueso roto, antes de sentir el rostro bañado por una sustancia pegajosa y caliente. La tea que sostenía el soldado al que alguien acababa de hundir el cráneo salió por los aires hasta caer al suelo mojado. Una mano, sin embargo, la levantó antes de que dejara de arder. Bajo aquella luz vio sucumbir al resto de sus captores, dos de ellos atravesados por lanzas, y el tercero por otro golpe de mazo tan certero como el que le había cubierto la cara de sangre y

sesos.

—¡Guillén! —gritó al reconocer al hombre más cercano—. ¡Tiago!

—¡Chsss! —chistó este, alarmado—. Ni una palabra más o advertiremos a la guardia del castillo, si es que no lo hemos hecho ya.

El halo de la antorcha iluminó no menos de ocho rostros, entre asustados, satisfechos y atónitos por lo que acababan de hacer. Respiraban aceleradamente y alternaban la mirada entre Nicolás y los cuatro cadáveres que bañaban de sangre la tierra. Dos de ellos aún mostraban los estertores que preceden a la muerte.

—¡Ezequiel! —musitó, esta vez con voz queda—. ¡Estáis todos aquí!

—Al menos aquellos a los que me ha dado tiempo de advertir cuando he visto que las cosas se ponían feas —aclaró Guillén con sobrealiento—. Tiago estaba en el figón y él ha avisado a los demás. Tristán nos lo ha contado todo.

—¡María! ¿Qué ha sido de María? —exclamó, saliendo de forma brusca de su aturdimiento.

La mano de Guillén se posó en su hombro.

—Tranquilízate, Nicolás. Todo está en orden. He corrido más que en el último año, pero en tu casa no queda nadie. Todos han podido escapar a tiempo, de momento están con Unai y con Martha en la vega. Todos excepto María y tus hijos.

—¿Dónde están? —preguntó con angustia—. ¿Están bien?

—Ya sabes dónde. En vuestro refugio. Vamos, iremos contigo.

Nicolás negó de manera tajante mirando lo que tenía a sus pies.

—De ninguna manera. No permitiré que por mi causa os ahorquen a todos. Vais a echar a estos desgraciados al foso, borraréis cualquier rastro de vuestra presencia aquí y, cada uno por su lado, regresaréis a vuestras casas. —Los modos del maestro tratando de tomar las riendas de la situación volvieron a estar presentes—. Nadie tiene que asociar al taller con esta carnicería. Siendo los muertos miembros de la milicia real, no se conformarán con la pena de mil sueldos por homicidio que establece el Fuero.

—Tiene razón —convino Tiago—. Un grupo tan numeroso no pasará desapercibido.

—Está bien —aceptó Guillén—. Pero debéis huir de Tudela esta misma noche.

Nicolás se cubrió los ojos con la mano derecha tratando de reprimir un sollozo.

—¿Cómo os podré compensar por esto? —masculló.

—Poniendo a salvo a tu familia y a ti mismo —respondió su amigo.

Nicolás asintió y los dos se fundieron en un abrazo, que se repitió de manera fugaz con los demás. Después, sin dejar de mirar atrás, se apartó del grupo, salió del círculo de luz y se perdió en la oscuridad.

Abrió la puerta con la llave que aún guardaba en el fondillo tras la visita a la casa de Ismail de aquella misma tarde. Le pareció que había transcurrido una vida. La

oscuridad era absoluta, y se adentró en el zaguán con la mano por delante para salvar cualquier obstáculo. Llegó al muro y lo tanteó para guiarse hasta la entrada de la bodega, pero encontró la portezuela cerrada por dentro. María debía de haber echado el sencillo pestillo, tan solo una pieza giratoria de madera que encajaba en una alcayata. Con un simple empujón saltaría, pero prefirió golpear con suavidad para no sobresaltarlos. Aun así escuchó el gemido del pequeño Guillermo, seguido de un susurro de María. Fue Pedro quien apareció en el hueco con el rostro iluminado por una pequeña vela.

—¡Padre! —musitó con un alivio inmenso. Se abrazó con fuerza a su cintura y luego le tiró de la mano para acercarle los labios al oído. Le habló con un aire de madurez que le emocionó—. Madre está muy asustada, y mis hermanos no dejan de llorar.

Nicolás le puso la mano en el hombro y apretó con calidez.

—Menos mal que te han tenido a ti —respondió—. ¿Solo tenéis esta vela?

El muchacho asintió.

—Vas a tener que prestármela. Creo que sé dónde guardaba Ismail varios cabos más. Vuelve abajo y tranquilízalos, diles que todo va a ir bien a partir de ahora.

—Tienen frío —advirtió.

—De acuerdo, trataré de buscar algo de abrigo. Ten cuidado al bajar, pronto tendremos luz.

Solo encontró viejas mantas apolilladas en una de las alacenas y una túnica con capuz de Omar que Ismail había conservado. Con las ropas y las velas descendió las escaleras. Los dos pequeños corrieron hacia él y se dejó abrazar, murmurando palabras tranquilizadoras. Blanca aún hipaba. Distribuyó tres velas encendidas en la estancia y el hecho de ver las tinieblas disipadas pareció tener un efecto inmediato. María se acercó. En su rostro se reflejaba el temor y el sufrimiento, y Nicolás comprendió el esfuerzo que realizaba para aparentar una calma que no sentía. Él la tomó de los brazos y la besó con fuerza.

—Pedro, vas a quedarte aquí con tus hermanos. Madre y yo tenemos que hablar.

—¡No! —gritó Blanca estallando de nuevo en sollozos.

Pedro corrió a abrazarla. Se sentó en el centro del banco de piedra y atrajo a sus hermanos a ambos lados.

—Bajan en un momento —los tranquilizó—. Os contaré la historia de los tres hijos del rey. Padre y madre estarán de vuelta antes de llegar al final.

—Está bien —aceptó Guillermo—, pero solo a lo alto de la escalera, donde podamos oíros la voz.

María, mientras ponía el pie en el primer escalón, miró a su hijo mayor con agradecimiento.

—Hemos de escondernos, María. Huir de la ciudad. Este sitio no es seguro. Al amanecer vendrán aquí.

—Pero ¿qué has hecho, Nicolás, amor mío? —gimió—. ¿Cómo se ha podido

venir abajo nuestra vida en solo unas horas?

Nicolás se vio en la obligación de poner a María al corriente de todo lo acontecido después de dejarla en casa.

—¡Maldito juego del infierno! —exclamó sin poderse contener—. ¡Maldito lugar!

Nicolás se llevó el índice a los labios rogándole silencio. Oír a sus padres disputar en aquella circunstancia terminaría de atemorizar a los pequeños.

—Trato de pensar en un lugar donde podamos estar a salvo, y no consigo… —dejó la frase en el aire mientras negaba con la cabeza—. Alvar nos podría acoger en alguna de las encomiendas de la Orden, pero el rey no tardaría en averiguar nuestro paradero. Conserva la fidelidad de muchos freires que lucharon junto a él en Tolosa.

—Las hermanas de la Caridad nos protegerán. De nadie espero mayor lealtad.

—¡Tulebras! Pero hay dos leguas y media hasta allí.

—Caminando toda la noche podemos llegar poco después del amanecer.

—¿Te crees capaz? —Nicolás la tomó de las manos, esperanzado.

—¿Qué no será capaz de hacer una madre por sus hijos?

Sus miradas se enfrentaron. Los ojos de ambos estaban arrasados y las lágrimas se precipitaron al tiempo que sus labios quedaban unidos por el beso más intenso de cuantos habían compartido en aquella jornada aciaga.

Las mantas los envolvían mientras caminaban por las calles más estrechas de la morería en busca de la salida de la ciudad. Era impensable atravesar la Puerta de Tarazona, de forma que se dirigieron hacia el norte. Bordearon la mezquita mayor y pronto alcanzaron el lugar donde un arroyo que atravesaba la villa penetraba bajo el muro. Junto a él se abría uno de los portillos que permitían abandonar el recinto amurallado, aunque, una vez cerrado desde fuera, el pestillo quedaba anclado en su lugar y ya no era posible entrar. No era la intención de Nicolás. Su pensamiento, de momento, tan solo estaba puesto en Tulebras y se negaba a ir más allá. La Providencia dispondría lo que hubiera de suceder después.

Por suerte había dejado de nevar y una brisa heladora empezaba a arrastrar las nubes. Nicolás dio gracias al cielo. Sin el tenue resplandor de la luna menguante habría sido imposible poner un pie delante de otro, en medio de la más absoluta tiniebla. Aún así, era necesario avanzar con cien ojos para evitar tropiezos y resbalones. Él caminaba delante, seguido por María, que llevaba a los dos pequeños de la mano. Pedro cerraba el grupo animando desde atrás a sus hermanos, a los que había logrado convencer de que aquello iba a ser una aventura como las que solían imaginar junto al fuego. Con la muralla a sus espaldas, inició un rodeo para bordear la ciudad a una distancia prudencial, en busca del río Queiles y del camino que les habría de conducir al lejano cenobio. Restaba tan solo un último escollo, cruzar un viejo y maltrecho puente sobre el río para tomar la calzada que discurría por el lado

opuesto, pues resultaba impensable vadear al cauce aguas arriba en aquella noche heladora.

No encontraron ningún obstáculo en aquel terreno yermo que rodeaba la ciudad y que le resultaba harto conocido. Aún tuvo la precaución de cruzar solo el puente antes de regresar en busca de su familia tras comprobar que nadie se interponía en su camino. Reunidos al otro lado, se disponían a iniciar la larga marcha cuando el sonido de una rama al quebrarse hizo que Nicolás pusiera todos sus sentidos en alerta. De nada le sirvió, porque un instante después estaban rodeados por hombres del rey. Guillermo y Blanca empezaron a llorar aterrados entre los pliegues de la manta con que se cubría María, frente a aquellos hombres amenazantes que habían surgido de la oscuridad. Pedro miraba a su padre en busca de un indicio que le permitiera saber lo que se esperaba de él. Entre el grupo de soldados surgió una antorcha que alguno había logrado encender.

—No les hagáis daño —rogó Nicolás con las manos extendidas en aspa frente al brillo metálico de las armas—. Son solo niños.

María, con un movimiento lento, dejó a los pequeños junto a su hermano mayor y se adelantó hacia Nicolás y hacia los *milites*.

—Mi esposo no ofrecerá resistencia —aseguró sin dudar, lanzándole una mirada que no admitía réplica mientras lo asía por el brazo con firmeza—. Llevadme, es a mí a quien buscáis.

—¡Traedla!

El aroma que impregnaba el cálido aposento procedía de la tina de agua tibia de la antecámara, adonde conducían las huellas enormes de los pies descalzos del rey. Uno de los sirvientes sostenía aún entre las manos el lienzo con el que se había secado tras el baño, una costumbre que conservaba desde su estancia en la corte almohade. El rey cubría ya su cuerpo, ajado por la edad, aunque todavía robusto, con un albornoz de delicado paño. A su lado, el enjuto mayordomo del castillo resultaba insignificante.

—¿No vestís vuestra túnica? —preguntó el servidor señalando a la prenda que colgaba cerca de la lumbre.

—No será necesario —respondió Sancho al tiempo que se llevaba las dos manos a las sienes. Había despertado sin apetito y con una terrible jaqueca, pero también con la noticia que compensaba el enojo de la víspera, tras ser informado de la huida de aquella mujer—. ¿Vislumbro alguna suerte de reproche en vuestro semblante?

El mayordomo bajó la mirada al suelo.

—Haré que la traigan, señor… —se limitó a responder.

Sancho se quedó solo cuando la puerta volvió a cerrarse. Se aproximó al ventanal y contempló el gélido paisaje a través de los vidrios empañados. Comprendía que el malestar que experimentaba no era debido tan solo a los excesos de la víspera: el remordimiento y el sentimiento de culpa tenían mucho que ver. Sin duda se había

conducido como lo hizo arrastrado por los efectos del vino y del hachís. Se había dejado llevar por la ira, y ello le había proporcionado un placer intenso, pero, a la luz del nuevo día, atormentado por aquel insufrible dolor de cabeza, la duda y el arrepentimiento pugnaban por abrirse paso. Sabía, sin embargo, que iba a ser capaz de acallar su conciencia, porque esta se enfrentaba a dos estímulos mucho más poderosos: el primero era el afán de venganza ante las indescriptibles afrentas de la excomunión y la traición; el otro, el deseo carnal. Durante años había mantenido a raya la pulsión secreta que sentía hacia aquella criatura excepcional. Solo con evocar su rostro, más propio de un ser angelical que de una pobre huérfana, sentía inflamarse la pasión. No le habían faltado barraganas con las que apagar aquellos fuegos, pero, durante años, la imagen de María era la que había ocupado su mente mientras derramaba su simiente en cualquiera de ellas. Aunque en su entorno hubiera manifestado su admiración por la joven, nunca había confesado aquel pecado, ni siquiera era capaz de reconocer que María era uno de los motivos que le habían llevado a buscar la cercanía del escultor, el hombre más afortunado de la ciudad y aun del reino, el que había sabido ganar el corazón de aquella mujer extraordinaria, cuya capacidad de atracción no decaía a pesar de avanzar hacia los cuarenta. Muchas veces, durante sus encuentros en La Tabla Real, había observado a Nicolás, un hombre sin duda atractivo para cualquier mujer, a pesar de su humilde origen. A través de él, aun a costa de descuidar una partida que le importaba poco, sus fantasías le habían llevado a la alcoba que compartían y, con sus manos, las mismas que lanzaban los dados y movían las tablas frente a él, había tenido la sensación de que podía acariciar la piel de María, casi había sentido sus senos firmes mientras los abarcaba con las enormes palmas, también el vientre marcado por la repetida maternidad que la hacía aún más atractiva a sus ojos. Nadie percibía las reacciones de su cuerpo mientras desplazaba sus tablas con descuido, pero era en días como aquel cuando todos sonreían al ver que, tras la partida y embriagado, el rey atravesaba la cortina que separaba la tafurería del burdel, sin esperar siquiera a regresar a los aposentos del castillo.

Mientras observaba las caballerías cruzando el puente y las columnas de humo alzándose sobre los tejados, pensaba que jamás habría podido repudiar a una esposa así, tal como había repudiado a Constanza; pero, para su desgracia, ninguna de las mujeres casaderas que había conocido guardaba el menor parecido con María ni había despertado en él la pasión que secretamente sentía por ella. Podía ocultarlo a sus hombres más cercanos, incluso a su confesor, pero ni a Dios ni a sí mismo podía negar que eran celos y envidia lo que sentía por Nicolás; un sentimiento doloroso y cruel que había crecido en intensidad con el paso de los años, al ver cómo María le daba a su esposo tres criaturas sanas y hermosas, mientras él, el rey, no contaba con un heredero legítimo que otorgara continuidad a su estirpe.

La puerta de la estancia se abrió tras la señal convenida con que el mayordomo acostumbraba anunciar su presencia. El rey, sin volverse, escuchó murmullos a su

espalda, pisadas suaves sobre el pavimento alfombrado y el sonido metálico de la vestimenta de los *milites* que montaban guardia en el corredor.

—Mi señor, aquí la tenéis, tal como era vuestro deseo.

Con un simple gesto de la mano, el soberano despachó al lacayo. El sonido del pomo le indicó que se encontraban solos. Se giró lentamente y la vio en pie ante la puerta, cubierta por una túnica turquesa y el cabello recogido bajo una toca que en nada se diferenciaba de las que le conocía. Un estremecimiento como no había experimentado en mucho tiempo lo recorrió de la cabeza a los pies al tropezarse con su mirada. Trató de comprender qué parte de aquel rostro ya maduro era el que ejercía sobre él tal influjo, un hechizo tan poderoso que lo mantenía anclado a las losas del suelo, incapaz de hablar. Quizá sus labios aún rosados, carnosos y entreabiertos; o podría ser el contraste de su piel y de sus cabellos claros con aquellos ojos oscuros y de mirada profunda; quizá sus rasgos suaves, redondeados y sensuales o la perfecta armonía entre todo lo anterior. Fuera lo que fuese, su simple contemplación había conseguido despertar la inmediata reacción de su cuerpo, y un intenso estremecimiento lo recorrió desde el bajo vientre hasta el rostro, erizando su vello y haciéndolo enrojecer.

—¿Estás asustada? —preguntó al fin—. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Lo sé —aseguró con voz firme—. Tomad lo que deseáis, pero antes… Antes habéis de jurar por Dios Nuestro Señor que una vez satisfecho vuestro apetito liberaréis a mi esposo de vuestras mazmorras y permitiréis a mi familia abandonar la ciudad sin obstáculos de ningún tipo. Además, no habrá represalias contra nadie de quienes hayan intervenido en este asunto.

El rey no respondió de inmediato. Entornó los ojos como si valorara lo que acababa de escuchar. Vio entonces que María se llevaba las manos al cuello y liberaba las ataduras de la túnica para dejarla caer a sus pies, mostrando su desnudez al rey.

—Estoy dispuesta. Si juráis.

Sancho quedó paralizado. Pareciera que sus ojos no se podían apartar de la criatura que se mostraba ante él.

—¿Qué harás si no juro? ¿O si, jurando, no cumplo? —respondió, después de tragar saliva varias veces. La lascivia asomaba por sus ojos.

—En ese caso nunca podréis acallar vuestra conciencia diciéndoos que me entregué de buen grado. Habréis de forzar a una mujer cristiana, desposada y madre…

El rey avanzó. Pareció que algún aroma llegó hasta él porque inspiró profundamente a la vez que entornaba los ojos. Se detuvo cuando la tuvo al alcance. A su lado, María resultaba insignificante. Alzó el brazo, pero no lo extendió hacia delante, sino que se llevó la mano a la barba, sin dejar de mirarla, ensimismado. Le temblaban los labios cuando le retiró la cofia y sus cabellos se descolgaron hasta los hombros. Con el dorso de los dedos rozó su mejilla.

—Jurad…

De las mejillas bajó por el cuello, sin rozar su piel, hasta que las manos quedaron a la altura de sus senos, a cinco dedos de distancia. Temblaba violentamente. Estaba a una palabra de materializar el sueño que había ocupado sus vigilias durante años.

—¡Jurad!

—¡Lo juro! —susurró lascivo a la vez que sus palmas se apoyaban en la piel desnuda de María.

Durante mucho tiempo se preguntó si lo sucedido a continuación había sido fruto de una maldición o si, por el contrario, la Divina Providencia había intervenido *in extremis* utilizando al prior como herramienta. Las voces airadas de Guillermo Durán resonaron en los corredores del castillo al mismo tiempo que los gritos de los *milites* que custodiaban las estancias reales. Un roce en la puerta, quizá producido por el extremo de una lanza, le indicó que el clérigo se las había arreglado para alcanzar la planta superior y, quizá, tomar por sorpresa a la servidumbre y a la guardia. Sin embargo, era evidente que habían logrado reducirlo, a juzgar por el grito de dolor, las imprecaciones y las amenazas que lograban atravesar la sólida puerta de madera.

—¡Cúbrete! —ordenó el rey a María, antes de caminar hacia el acceso.

El prior se ponía en pie con esfuerzo cuando el rey se plantó bajo el dintel ocupando todo el espacio con su cuerpo. Respiraba afanosamente, al borde del colapso como si, además del enfrentamiento con la guardia, hubiera realizado un enorme esfuerzo, quizá ascendiendo a la carrera las rampas del castillo.

—¿Qué pretendes, prior? —le espetó en la cara.

—Evitaros la perdición… Mi rey —respondió escupiendo las palabras, mientras trataba de que el aire regresara a sus pulmones entre los dientes apretados por la rabia.

Sancho lanzó una carcajada.

—¿La perdición dices? ¿Conseguirías que el obispo me excomulgara por tercera vez?

—¡El delito que estabais a punto de cometer llevado por vuestro desvarío os habría llevado a la excomunión papal a perpetuidad!

—¿Y qué os hace pensar que lo habéis evitado?

El prior se detuvo, incrédulo.

—Será mejor que hablemos donde nadie nos pueda oír —murmuró lanzando una mirada de soslayo a la guardia y al servicio.

El rey se apartó de la puerta a regañadientes y Guillermo Durán penetró en el aposento. El dolor se reflejó en su rostro al descubrir a una temblorosa María, arrinconada entre el ventanal y la chimenea que proporcionaba calor a la estancia. La puerta volvió a cerrarse tras ellos y el prior no esperó un instante antes de enfrentarse al rey.

—Como prior de Santa María y con la autoridad que me da ser el más alto responsable de la Iglesia en esta ciudad en ausencia del obispo, os dictaré los pasos que habéis de dar si pretendéis evitar el anatema. No seré yo quien os tenga que recordar que una excomunión perpetua y un interdicto del reino os privarían del apoyo de vuestros magnates y ricoshombres quienes, sin duda, volverían sus ojos hacia un hombre más digno de portar la Corona de Navarra. —Hizo una pausa para recuperar el aliento, pero no tan larga como para permitir reaccionar al rey, que lo miraba boquiabierto—. No me miréis así; sabéis bien que vuestra conducta, una vez al descubierto, pondría en cuestión vuestra aptitud para ocupar el trono. Por el bien de todos, vais a ordenar la inmediata liberación de Nicolás y de su esposa; permitiréis que retomen sus vidas sin volver a importunarlos jamás, y mantendréis vuestras manos lejos de su familia y de su hacienda. A cambio, estoy dispuesto a considerar lo que he sabido como si fuera un secreto de confesión y a olvidar lo sucedido desde que ayer, en mala hora, pusisteis los pies en ese antro de perdición, origen de muchos de los males que nos afligen.

El rey soportó las palabras del prior sin dar señales de cólera. Esperó a que concluyera y se hizo el silencio. Después caminó hacia el mismo ventanal que había ocupado poco antes. El sol empezaba a iluminar el cauce del río, arrancando destellos a las hojas de los álamos mojadas por la escarcha.

—Quizá la amenaza de una nueva excomunión no sea suficiente. Quizá la pérdida de la Corona solo suponga un alivio para mis hombros cansados —respondió Sancho, con pesadumbre—. Quizá después de una larga vida de desvelos y sufrimiento merezca concederme la única recompensa por la que de verdad he suspirado durante lustros…

—En ese caso, habréis de hacerlo por vuestra propia vida. Si osáis ponerle la mano encima, os juro por Dios Nuestro Señor que más pronto que tarde nos iremos juntos al infierno.

Esta vez el rey lo miró con expresión de asombro.

—¿Tan lejos estás dispuesto a llegar, prior? ¿Amenazas a tu rey?

—Deberíais saber, mi señor, hasta dónde está dispuesto a llegar un hombre para defender la honra de su hija.

42

Año del Señor de 1219 (unos meses después)

Los tomos de la Biblia que tenía delante mostraban decenas de señales, simples tiras de tela que sobresalían por el borde superior. La mente de Nicolás semejaba una olla en ebullición, llena de imágenes que emergían y volvían a desvanecerse, creando el caos que lo abrumaba. Era en momentos como aquel cuando pensaba que la responsabilidad que había asumido superaba con creces su capacidad. La mayor parte de las marcas separaban páginas del Génesis y del Apocalipsis, pero apartó aquel volumen y acercó el que permanecía abierto por el Evangelio de San Mateo.

> *Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono.*
> *Y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos.*
> *Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.*
> *Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo…*
> *… Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.*
> *E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.*

Leer el capítulo veinticinco lo reconfortaba. Allí, agazapada, estaba la puerta occidental de la colegiata. Aquella descripción genérica era como un bloque de piedra sin desbastar y sentía que, de ella, a fuerza de trabajo, surgiría lo que se esperaba de él. Tenía que hacer encajar y poner en orden una cantidad ingente de piezas: las imágenes de la Biblia y también de los textos musulmanes sobre el infierno que había logrado rescatar en el *scriptorium*, traducidos algunos de ellos por el infortunado Robert de Chester; las muchas indicaciones del prior Guillermo acerca de los pecados que quería ver representados en piedra; las exigencias constructivas que a diario trataba con José de Tolosa; y los recuerdos que conservaba de aquel viaje a la Île-de-France, lejanos en el tiempo y en el espacio, pero aún nítidos, sobre todo en lo relativo a otras hermosas portadas como la de Chartres.

A su lado permanecía el cuaderno donde tomaba notas a medida que avanzaba en el estudio de los libros y las imágenes que le habrían de servir de inspiración. Muchos monjes estaban al tanto del proyecto, sobre todo quienes llevaban a cabo su labor en el *scriptorium* como copistas y traductores, y a diario recibía sus sugerencias. También con el prior se había establecido una nueva relación, alimentada por el interés común, y rara era la jornada en que no tropezaban varias veces para intercambiar propuestas y sugerencias sobre las escenas de la portada. Se frotó los ojos cansados y se incorporó para desentumecer la espalda. Se disponía a levantarse

cuando su mirada se posó en la página abierta, quizá de manera aleatoria, del volumen más cercano.

En aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.

El corazón le dio un vuelco. Se trataba de una frase del Apocalipsis, pero describía a la perfección lo que había sentido aquella aciaga noche invernal, unos meses atrás, después de ser arrojado a la profundidad de las mazmorras del castillo. Imaginar a María en manos de aquel desalmado le había causado un desgarro mayor que cien estiletes clavados en el estómago. Aquella noche había hecho de él otra persona, le había permitido descubrir en sí mismo una capacidad de odio que no creía que pudiera caber en el corazón de un hombre. Por mucho que María y el prior le hubieran asegurado que nada había sucedido, la duda seguía anidando en su interior. El reencuentro se había producido en el priorato, adonde Guillermo Durán la había conducido tras ser liberada. En sus dependencias privadas del claustro, durante un tiempo que no hubiera podido precisar, tan solo lloraron abrazados, incapaces siquiera de mirarse a los ojos. Solo después María había insistido en dar aviso al clérigo, y entonces intuyó que aún le restaba algo importante por escuchar.

Durante los días, las semanas, los meses siguientes, no había dejado de dar vueltas a las implicaciones de la revelación que llegó a continuación. El hecho de que Guillermo Durán fuera el padre de María aportaba a su relación una nueva luz que servía para dar explicación a un sinnúmero de cuestiones y detalles. Había negociado sus nupcias con el padre de la desposada y no con el tío que, pretendidamente, se había hecho cargo de su educación. Aquello explicaba desde el rechazo al matrimonio con un simple cantero hasta la decisiva intervención frente a la ignominia que había estado a punto de cometerse en el castillo.

En aquellos pocos días de diciembre, desde la muerte de Marie, su vida se había visto sometida al vaivén de una tempestad inesperada que había concluido con la revelación de que era el yerno del prior. El resultado más dramático, sin embargo, era la evidencia de su enfrentamiento con el mismo rey, producto de un odio aciago e insuperable que le hacía desear lo peor para alguien a quien siempre iba a considerar un malnacido. La venganza era la idea que retornaba una vez tras otra y, aunque el paso de los meses había atemperado aquella necesidad imperiosa, no dejaba de acariciarla cada vez que, desvelado en el lecho, contemplaba en la penumbra los cabellos ondulados de María.

Solo la dirección del taller y el retomado proyecto de la portada oeste lograban apartar durante las horas del día aquellos pensamientos recurrentes. En el tiempo de asueto, eran sus hijos, su familia y los amigos quienes llenaban su vida. Jamás podría agradecer como debería lo que Guillén y los canteros habían hecho por ellos, hasta el punto de estar dispuestos a arruinar sus vidas y las de sus familias, de forma que no perdía ocasión de mostrarles su gratitud.

Sonrió al recordar los rostros de asombro de todos ellos cuando la víspera de Navidad entró en el taller frente a la colegiata con una carreta que no portaba piedras bajo las lonas, sino cántaras de buen vino, capones y varias canales de carnero recién sacadas del matadero. Aún les duraba por entonces la inquietud sobre las consecuencias del ataque a la milicia real, pero la intranquilidad se había disipado con el paso de las semanas, al comprender que el indulto tácito concedido al propio Nicolás tenía visos de haberse hecho extensivo a quienes le habían prestado su ayuda.

El rostro de Bernardo de Almazán asomó por la escalinata que daba acceso al *scriptorium*. Le resultó extraño verlo allí a aquella hora, en la que los miembros del taller trabajaban en la colegiata. Desde su ya lejana designación como maestro, Nicolás había tratado de mantener al monje de su parte. Creía conocerlo bien, sabía de su ambición, y otorgarle la consideración de segundo había sido una decisión acertada. En realidad, Bernardo era un excelente escultor, y solo su carácter soberbio y el resentimiento que había mostrado hacia él ya antes de su elección habían sido obstáculo para desarrollar una más eficaz colaboración, algo parecido a una amistad incluso. Pero no habían faltado en aquellos años los enfrentamientos, que le habían llevado a considerar la posibilidad de prescindir de él. Bernardo se había rodeado de un grupo de afines, aquellos que, aun gozando de grandes dotes para la escultura, mostraban una voluntad más influenciable. Había tratado de atraerse a otros sin éxito, pero aquellas maniobras habían creado un ambiente dentro del taller que distaba de ser el más deseable. La habilidad de Bernardo, sin embargo, había acabado imponiéndose sobre otras consideraciones y, mal que bien, habían transcurrido tres largos lustros. Higinio, el más anciano, había muerto; Froilán, con la edad, había visto cómo sus nudillos se engrosaban hasta hacerle perder la movilidad de las manos, y Casiano había abandonado el taller para regresar a la ciudad de la que era natural a la muerte de sus padres. Todos ellos, a lo largo de los años, habían sido sustituidos por los aprendices más capaces, de manera que el número de doce miembros se había mantenido estable.

La actitud beligerante del monje se había exacerbado al trascender que Nicolás, como representante del taller, era el hombre elegido para trabajar junto a José de Tolosa y el propio prior en el bosquejo y el desarrollo del programa iconográfico que había de decorar la portada a la que ya alguien se había referido como la Puerta del Juicio.

—¿Qué te trae por aquí, Bernardo? ¿Algún problema? —preguntó Nicolás con recelo.

—He dejado a Remigio a cargo del taller —dijo a modo de respuesta, mientras se acercaba a la mesa iluminada por los rayos de sol que penetraban por el ventanal.

—En ese caso, ¿vienes a interesarte por la marcha del proyecto de la portada?

Bernardo no respondió enseguida. Pareció fijar la mirada en un texto concreto que

yacía sobre la mesa.

—¿Utilizas traducciones de textos musulmanes? —se extrañó—. ¿Acaso la Biblia no proporciona escenas lo bastante explícitas para nuestro propósito?

—Se trata de la traducción que Robert de Chester hizo de la narración del viaje de Mahoma al inframundo. El Islam describe un infierno con un sorprendente parecido al nuestro, con multitud de escenas que lo complementan y enriquecen.

—¿Y qué puede saber un lego de las Sagradas Escrituras y mucho menos de su parecido con el libro sagrado de los infieles? Cualquier monje del monasterio, con sus vidas dedicadas al estudio de los libros sagrados, estaría en condiciones de prestar mejor ayuda al prior.

Nicolás recibió el ataque desprevenido y de inmediato se puso en guardia.

—Cualquier hombre capaz, con las herramientas adecuadas y la dedicación suficiente, puede acometer cualquier tarea que le sea encomendada —respondió con voz firme—. Mi padre, Pierre, me proporcionó tal herramienta cuando me enseñó a leer y a escribir; de mi dedicación pueden dar cuenta los monjes que nos rodean; en cuanto a la capacidad…

—La capacidad la ha demostrado desde que recibió el encargo de labrar sus primeros capiteles del claustro, y coincido en que mayor dedicación no es posible.

Bernardo y Nicolás se volvieron a un tiempo.

—¡Prior! —exclamó el fraile sobresaltado.

Nicolás no pudo reprimir una sonrisa condescendiente. Resultaban proverbiales la capacidad y la afición de aquel hombre para presentarse de improviso y sin ser oído.

—Te he visto subir. Temía que hubiera surgido algún inconveniente en los trabajos de la colegiata —explicó sin ocultar la ironía.

—Todo va según lo previsto —repuso Bernardo.

—En ese caso, ¿estás aquí para cuestionar las decisiones de tu superior?

—Me interesaba por la marcha de los bosquejos. Todos sabemos que pronto darán comienzo los trabajos en la portada.

—No es esa la impresión que he tenido al escucharte. Si tienes algo que discutir, ahora es el momento. Estamos aquí los interesados.

El monje había enrojecido. Comprendía que había cometido el error de dejarse sorprender por quien menos debía escuchar sus palabras, y se veía obligado a justificarlas.

—Los hombres del taller y los hermanos murmuran, prior. Muchos piensan que un escultor seglar debe limitarse a trasladar a la piedra lo que se le ordena. Que deberían ser otros, hombres de religión, quienes lleven el peso de los preparativos. Al fin y al cabo, la portada ha de servir para mostrar al pueblo de Dios las consecuencias de sus acciones según las enseñanzas de la Iglesia.

Esta vez llegó para Nicolás el turno de enrojecer.

—Es el prior quien ha de autorizar el contenido de cada una de las escenas que se representen en las dovelas. Yo tan solo busco inspiración en las descripciones y en los

pasajes que él mismo pone a mi disposición —objetó—. Respecto a las supuestas murmuraciones, me temo que estén instigadas por alguien. ¿O acaso crees que yo no tengo ojos ni oídos? ¿Acaso crees que por haberte dejado hacer durante todos estos años en el taller no he estado al corriente de tus intrigas y de tu deslealtad?

—Fuiste elegido como maestro para dirigir los trabajos, pero te comportas como si los hombres estuvieran a tu servicio, cual siervos en la hacienda de un terrateniente, como si el taller fuera de tu propiedad y pudieras hacer y deshacer a tu antojo. ¿Es cierto lo que se comenta? ¿Es verdad que te propones incorporar a tu propio hijo como aprendiz?

Nicolás dio un puñetazo en la mesa.

—¡Basta ya! Hace quince años, antes de la designación del nuevo maestro, juraste respeto y obediencia a quien fuera nombrado para el cargo. Cierto es que pensabas que el señalado ibas a ser tú. Nunca te he exigido obediencia, pero tampoco he obtenido tu respeto ni tu lealtad. ¿Recuerdas las palabras del difunto maese Higinio antes de proceder a la elección?

—¿Cómo habría de recordar lo que fue dicho hace quince años?

—Yo te refrescaré la memoria. Son palabras que nunca podría olvidar: «Aquellos que no salgan elegidos acatarán la decisión de la mayoría y jurarán respeto y obediencia al nuevo maestro. Si alguien no está dispuesto a ello, deberá abandonar el taller».

—¿Estás sugiriendo que debo marcharme? —exclamó con voz aguda, incrédulo.

—Hace mucho que debí tomar esta decisión y si no lo hice fue porque te consideraba un excelente escultor. Pero el riesgo de que las intrigas en el taller acaben afectando al trabajo que nos disponemos a emprender es demasiado grande. Con tu habilidad no tendrás dificultad para trabajar con otro maestro. Estás fuera, Bernardo de Almazán.

El monje miró atónito a Nicolás. Después miró al prior.

—¿Vais a permitir que me expulse del taller?

Guillermo Durán había permanecido en silencio, situado un paso atrás con las manos recogidas dentro de las mangas del hábito, como un mero espectador. Se irguió al ser interpelado.

—Nicolás es el maestro. Suya es la decisión.

El semblante de Bernardo se torció en una mueca grotesca.

—El prior, a quien se supone que también debo respeto y obediencia, sale en defensa de su protegido, el esposo de su sobrina. ¿O acaso son ciertos los rumores que dicen que María es algo más que eso?

El prior y Nicolás cruzaron las miradas un instante.

—Por estas palabras debería convocar a la comunidad a capítulo, para decidir también tu continuidad en su seno. Llegará el día en que comprendas por qué no lo voy a hacer.

—¡No, no, no! —La voz aguda y destemplada del chantre reverberó entre los muros de la sala donde el maestro de canto solía entonar las antífonas compuestas en el cercano *scriptorium*. Así lo habían exigido años atrás los amanuenses y traductores, incapaces de concentrarse en su labor sin el imprescindible silencio, de forma que aquella estancia amplia encerrada entre gruesos muros de sillar se había convertido en su refugio. Los pergaminos cubiertos de tetragramas se amontonaban sobre atriles y mesas, si es que no habían caído al suelo, y en el centro de todo aquel desorden destacaban los hábitos negros de los dos monjes.

Fortún no se había dado por acabado. El rey lo había sometido a una condena retorcida y cruel, destinada a causar el peor de los sufrimientos a un hombre para quien la voz lo era todo. La muerte en la hoguera era un tormento finito, casi benévolo, comparado con aquella tortura perpetua que el simple hecho de abrir la boca le impedía olvidar. Cien veces en los primeros meses había estado tentado de acabar con una vida que ya no tenía sentido y solo una fuerza más poderosa se lo había impedido: de manera gradual, insidiosa y tentadora, el deseo de venganza se había infiltrado en su mente como el único capaz de proporcionarle cierto alivio en medio de tanto sufrimiento. Como el vicio de Onán le había acompañado desde su adolescencia y tras su ingreso en la comunidad, haciéndole transitar entre el deseo, el placer, la culpa y la humillación de la confesión, dejarse llevar por el rencor era en ese momento su único asidero a una vida que de otra forma no merecía vivirse.

Era el rey el objeto de sus pensamientos, el mismo que había puesto en él su confianza hasta el extremo de nombrarle canciller real mucho tiempo atrás. Más tarde había caído en desgracia y Sancho lo había apartado de la corte, pero no era aquello lo que le reprochaba, pues él mismo habría actuado de la misma manera con alguien que portara la tara que había marcado su vida. Desde que tenía memoria había sido un muchacho inseguro y temeroso, ávido por ganarse el favor de los demás. Y había descubierto que la forma más rápida de conseguirlo era contarles lo que deseaban oír, proporcionar información valiosa para el otro; de niño se había convertido en un acusica, de adolescente en un chivato, de joven en un soplón y de adulto en un delator, para acabar haciendo de ello su principal tarea como espía dentro de la corte para los hospitalarios. Era su forma de ser, surgía de su interior y realizaba la tarea con la mayor naturalidad. Resultaba imposible, sin embargo, mantener aquel juego durante demasiado tiempo, y lo que tenía que suceder había sucedido. Su nueva voz, atiplada, motivo de burla en el convento y en toda la villa, era su castigo.

El joven novicio, que con poco éxito trataba de entonar su última composición, miraba desalentado el antifonario.

—¡Escucha con atención! —vociferó exasperado mientras pulsaba con rabia el monocordio—. ¡Y entona la escala completa a partir de la nota que estás oyendo!

El joven postulante hizo lo que le ordenaba.

—¡Mejor! Ahora trata de leer la composición entera. No has de salir de aquí hasta que te considere capaz de entonarla correctamente ante los hermanos. —Se acercó a

la pesada puerta de madera que comunicaba con el *scriptorium* y la abrió para comprobar si la sala se encontraba ya desierta.

—Chantre, me has privado de los oficios de vísperas, de la cena, y a este paso no saldremos de aquí ni para completas —se quejó.

—Eso se debe tan solo a tu torpeza. Te acompañaré a la cocina en busca de una porción de pan con queso y un tazón de vino si consigues dejarme satisfecho. Inténtalo una vez más.

No había nadie en el *scriptorium*, así que dejó la puerta abierta para regresar junto al atril. Entonces oyó voces en la escalera que se abría en el muro opuesto. Con una señal tajante indicó al joven cantor que guardara silencio. Entornó la puerta hasta dejar solo una rendija y aplicó el ojo en ella. Sintió el conocido cosquilleo de su vieja e irrefrenable tendencia al fisgoneo, que se convirtió en un pálpito en el pecho cuando distinguió las figuras del hermano Bernardo y del maestro Nicolás. De nuevo aplicó el índice al labio para pedir al novicio silencio total, y abrió un poco más la puerta para escuchar la voz de los dos hombres.

—¿Por qué me citas aquí a esta hora, en la que deberías estar en el refectorio, con los demás? —escuchó decir al maestro escultor.

—¿Acaso me temes? —Bernardo rio—. No tengas cuidado, eres más fuerte y más hábil que yo con las manos y con las armas. Nunca se me ocurriría atacarte, no de esa manera.

—Pierdes el tiempo si crees que voy a reconsiderar mi decisión. Desde que estás fuera del taller han cesado las murmuraciones y el ambiente de trabajo ha mejorado. Eso demuestra que estaba en lo cierto y que la medida fue adecuada.

—No me voy a arrastrar pidiendo tu indulgencia. No tengo nada que hacer frente al poder de… tu suegro —espetó con tono agrio y gesto de desprecio—. Ahora sé por qué te ha preferido.

Nicolás no se inmutó y su expresión mostraba desinterés.

—¿Esto es todo lo que tenías que decirme? —respondió desdeñoso.

—¡Oh, no! —rio—. Te he dicho que no es mi intención atacarte con los puños ni con una daga, aunque me sobraran los motivos para hacerlo. Sin embargo, hay un arma mucho más dañina: la verdad.

—Habla claro y hazlo de una vez. —Aunque Nicolás quisiera ocultarlo, su voz reflejaba incertidumbre.

—Una sencilla sugerencia será suficiente: pregúntale a tu protector, a tu suegro, al padre de tu esposa… Quién dio la orden de derribar la compuerta del río durante la construcción del puente.

Bernardo calló, esperando a que sus palabras calaran. La satisfacción se fue reflejando en su semblante a medida que comprobaba que el de Nicolás se ensombrecía.

—¿Por qué lo haces? —preguntó al fin, desencajado.

—«Le haréis como él hizo a su hermano. Y los que quedaren oirán y temerán, y

no volverán más a hacer una cosa como esta. Y no perdonarás: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie» —citó de memoria—. Deuteronomio, 19.

—No son esas las enseñanzas de Jesús. Él mismo dejó sin efecto la Ley del Talión en el Sermón de la Montaña.

—Ciertamente tus días entre Biblias te están resultando provechosos —rio con despecho—. Pero no estoy aplicando el mandato bíblico; tan solo te sugiero la verdad. Guillermo Durán causó la muerte de Marcel, Beñat y de otros muchos, incluso se sabe que Sophie murió sin poder superar la pérdida. Por soberbia, por avaricia, por deseo de venganza, él sí.

—En ti tiene un buen discípulo —escupió Nicolás, hundido.

—¿Te enfrentarás a él? ¿Le harás la pregunta que te acabo de sugerir? ¿O temes su respuesta? ¿Temes acaso descubrir que fue el padre de tu esposa quien provocó la muerte de quienes más querías?

—¡Eres un ser rastrero y miserable!

—No obtengo sino deleite con tus insultos. Me confirman que la daga de la verdad no ha pinchado en hueso. Disfruto al ver en tus ojos el dilema moral que te planteas en este momento.

—No hay tal dilema, escoria. María es lo más importante para mí.

Bernardo se volvió para regresar hacia las escaleras.

—Entonces la semilla del rencor anidará dentro de ti y su purulencia acabará pudriéndote —remató satisfecho—. Me marcho… maestro. Quizá aún llegue a tiempo al refectorio y, si no, esta noche las sobras de unos simples nabos me sabrán a manjar divino.

Alvar contemplaba impasible cómo los últimos estertores agitaban el cuerpo ya sin vida a sus pies, mientras el cerco de sangre grana se extendía sobre las losas siguiendo las formas caprichosas de sus imperfecciones. Lo había acuchillado con saña, sin asomo de remordimiento, en una tarea maquinal que debía haber llevado a cabo mucho tiempo atrás. Aunque no lo supiera, el chantre Fortún había entrado aquella misma noche en la casa prioral en busca de la muerte que le aguardaba, como espera el venablo sobre la ballesta a la mano que ha de pulsar el disparador. La expresión de estupor que se reflejaba en su rostro exangüe a la luz de los candiles era reveladora. De aquella boca aún abierta habían salido sus últimas palabras, agudas, destempladas, hirientes, en una delación que había terminado por accionar el resorte.

Ciertamente, aquel hombre había sido un peligro, apenas útil desde que el rey Sancho lo apartara de su lado como canciller. A partir de aquel momento, solo le había trasladado algunas confidencias acerca de intrigas y asuntos turbios dentro del priorato, y simples murmuraciones sobre lo que sucedía en la corte de Sancho, a la que tenía el acceso vetado.

Habría preferido no escuchar aquella revelación acerca del prior. Estaba íntimamente convencido de que Guillermo Durán había estado detrás del desastre del puente, pero, de alguna manera, habría deseado no contar nunca con la confirmación que le iba a obligar a enfrentarse a él. Por ello, no era el cadáver del delator que tenía delante lo que lo turbaba, sino la perspectiva de un choque inevitable que iba a alterar para siempre la vida de la ciudad. Las murallas de Tudela no podían albergar a un tiempo al gran prior de Navarra y al hombre que había causado la muerte de su padre, de su hermano y, a la postre, de su propia madre. Una vez que el chantre Fortún lo había enfrentado a la certeza, vengar a Marcel, Beñat y Sophie se convertía en una tarea ineludible y perentoria.

Solo existía una urgencia mayor, y era deshacerse del cadáver de aquel miserable que yacía empapado en su sangre. Contaba con la fidelidad de los freires de la Orden y sabía que darían la vida antes de revelar aquel episodio, pero prefería evitarles un peso más en sus conciencias, ya bastante sobrecargadas tras los muchos años en la milicia. Dejaría pasar la medianoche hasta que todos durmieran, de forma que disponía de tiempo. A medida que descartaba posibilidades, una se iba perfilando como la más factible. El río habría sido lo más sencillo, pero resultaba impensable atravesar la muralla con el cuerpo a cuestas. Sería posible encontrar un lugar entre el entramado del caserío de la villa donde cavar una sepultura, pero los ruidos podrían provocar que algún vecino diera la voz de alarma. Decidió no darle más vueltas: disponía de un lugar cercano y apropiado. Enfilada ya la última fase de la obra de la colegiata, había empezado a organizarse el espacio situado a sus pies, el mismo que durante décadas se había utilizado para ubicar hornos de cal, los áridos y el material de la obra. Apenas tres meses antes se habían terminado de excavar dos profundas fosas que iban a servir de sepultura y a la vez de pudridero de aquellos a quienes debía enterrarse en sagrado pero no eran dignos de una tumba propia. El sistema era ingenioso: dos soportes de piedra sobresalían de los laterales del pozo a un par de codos por debajo del borde superior. Sobre ambos se colocaba el ataúd apoyado solo en sus extremos, para ser cubierto después con una losa a ras de suelo. El paso del tiempo, el caldo de la descomposición del cadáver y la humedad, provocaban que la madera acabara por pudrirse, hasta que su propio peso precipitaba el féretro al fondo de la fosa. El primer sepultado en aquel lugar había sido un anciano monje de la congregación. La losa superior, sin embargo, no se colocaría hasta que se instalara el pavimento del templo, y la fosa permanecía cubierta y sellada de manera provisional con una sólida tapa de madera.

La raída alfombra que cubría la estancia resultó perfecta para envolver el cuerpo enjuto del chantre tras empapar la sangre con el propio hábito del muerto. Cuando llegó la hora, se lo echó al hombro sin esfuerzo: próximo a alcanzar la cincuentena, las campañas de Levante junto al rey lo mantenían en un estado envidiable, mucho más que al propio monarca quien, a sus sesenta y cinco años, mostraba ya señales claras de decrepitud a pesar de su corpulencia y fortaleza. Salió de la sede de los

hospitalarios y, con paso decidido, avanzó hacia la cercana iglesia de San Jaime, cruzó la plazuela percibiendo el olor que emanaba de la leña recién prendida en la tahona y enfiló hacia la colegiata dispuesto a evitar cualquier encuentro con los parroquianos de La Tabla Real y de las tabernas cercanas. Si la luna creciente le había obligado a caminar pegado a los muros en busca de su sombra, una vez atravesada la puerta oeste de la colegiata bajo las cimbras y los andamios, su luz, que llegaba a través de los tramos aún sin techar, le resultó útil para orientarse en la penumbra del templo. Descargó el bulto con pocas contemplaciones junto a la tapa de la fosa, y se maldijo cuando la nube de polvo de cal que levantó estuvo a punto de hacerle toser. Aun con sus brazos vigorosos, tuvo que emplear todas sus fuerzas para desplazar a un lado la pesada cubierta. El roce de la arena y de la gravilla era inevitable, pero confió en que los monjes estuvieran tan dormidos como los freires del Hospital. No esperaba el hedor que surgió del foso. El reflejo indirecto de la luna apenas bastaba para vislumbrar unos palmos más abajo la humilde caja de pino en equilibrio entre los dos salientes laterales. A ambos lados del hueco circular quedaba espacio suficiente para dejar caer el fardo. Se agachó para ponerlo en pie al borde del orificio, tratando de separar la alfombra de su hábito, más por el polvo de cal que por la sangre, a la que ya no tenía ninguna aversión. Empujó los pies del chantre con sus propias rodillas hasta que sintió que faltaba la base y entonces permitió que el peso hiciera el resto. Tras rozar en el borde, la cabeza venció hacia delante, golpeó en el ataúd y terminó por colarse en el hueco. El golpe sordo en el fondo tardó un instante en llegar.

Le resultó más complicado colocar la cubierta circular en el mismo lugar que había ocupado y trató de arrastrarla tirando de forma alternativa de ambos lados. En la segunda maniobra, el borde se escurrió de sus dedos y cayó al suelo con un estampido seco.

—¿Quién anda ahí?

La voz autoritaria reverberó en medio del silencio de la noche. Alvar no se habría sobresaltado tanto si las campanas hubieran comenzado a tañer. Al volver la cabeza, observó un tenue resplandor procedente del tránsito que comunicaba la colegiata con el claustro del monasterio. Las sombras que proyectaba un candil se detuvieron y bajo su escasa luz comprobó que el portador lo había dejado en una repisa para asir una de las teas que permanecían colgadas en sus soportes. Disponía de un instante para tomar la que, lo sabía, iba a ser una de las decisiones más importantes de su vida. Podía escabullirse por donde había entrado y regresar antes del amanecer para terminar de colocar la tapa en su lugar. Posiblemente, nunca nadie descubriría lo que se escondía a sus pies. La segunda opción era afrontar en aquel mismo instante lo que tarde o temprano tenía que ser.

El prior Guillermo observaba la llama del candil que había llevado en la mano durante su deambular por las galerías del claustro, desvelado como tantas noches.

Perdido en sus meditaciones, apenas reparó en los sonidos apagados que llegaban del otro lado de los muros aún en construcción. No era extraño que los perros se colaran en las obras para esconder alguna presa bajo la arena, o escuchar los ruidos de una pelea de gatos. Siguió caminando por el ala de poniente, acercando la llama a alguno de los capiteles. Le producía una sensación embriagadora contemplarlos en medio del silencio de la noche, a la luz de la luna o del candil. De una de las tallas de Bernardo pasó al capitel del Bautista labrado por Nicolás. Ambos eran excelentes artistas y le dolía haber tenido que tomar partido, pero las obras de este último tenían algo que no encontraba en el resto de los miembros del taller, ni siquiera en las que labrara en vida el bueno de Beltrán. Lamentaba el sufrimiento que padecía Bernardo, llevado por su orgullo herido, pero no podía revelarle, no todavía, que había otro destino reservado para él.

No necesitaba siquiera la luz del candil para saber qué representaba cada uno de los capiteles que dejaba a su izquierda. Recorría la crujía oriental en sentido inverso a la narración en piedra de la Pasión del Señor. Tras el sellado de la tumba de Cristo se encontraba el entierro, el prendimiento, la oración en el huerto. Sintió una oleada de orgullo. Aquello en gran parte era obra suya, y sería recordado por ello. Aunque su gran obra estaba todavía por tomar forma. Prácticamente concluido el planeamiento de la portada, ansiaba ver llegado el momento en que el taller de Nicolás le mostrara, una a una, las dovelas que habían de conformar aquellas ocho arquivoltas que, ya sobre el pergamino y el papel, permitían adivinar su magnificencia. Sabía que restaban años de trabajo hasta concluir el centenar y medio de imágenes que completarían el ambicioso proyecto destinado a causar la admiración de quien lo contemplara, el temor del pueblo ante los castigos del infierno y su deseo de alcanzar la gloria de los personajes representados a la diestra del Juez Supremo.

A punto de llegar al capitel que representaba la Última Cena escuchó aquellos sonidos de nuevo. Se detuvo y aguzó el oído: sin duda se trataba de roces y del inconfundible sonido de la gravilla. Decidió entrar al tránsito para expulsar del recinto sagrado a lo que alteraba su tranquilidad, fueran perros, gatos u hombres. A punto de acceder a la nave de la epístola, un sonido más fuerte lo sobresaltó, como si una tabla hubiera caído al suelo.

—¿Quién anda ahí? —exclamó.

Dejó con prisa el candil sobre la repisa y asió una de las teas que tenía a su alcance, dispuestas como siempre para iluminar el templo en caso de ser necesario. Mientras el haz de luz, más despacio de lo que hubiera deseado, ampliaba su diámetro, sintió una punzada de temor. Nadie osaría hacer daño al prior del monasterio, y menos en suelo sagrado, pero, por alguna razón, en aquel momento recordó el cuerpo sin vida de Robert de Chester empapado en aceite sobre el enlosado de las cocinas.

El tránsito desembocaba hacia el centro de la nave de la epístola, así que se dirigió a su izquierda en busca de la luz de la luna que se colaba en la zona posterior

del templo, la zona más retrasada y todavía por abovedar. Junto al último pilar distinguió una sombra inmóvil, que el haz de luz del hachón no conseguía iluminar. Sabía que su propio rostro sí era visible por completo para el intruso, pero optó por asegurarse.

—Soy el prior Guillermo. ¿Quién sois vos?

Alvar dio un paso adelante. La cruz blanca se reveló sobre el fondo negro del hábito del Hospital.

—¡Prior Álvaro! ¿Qué hacéis en mi colegiata a estas horas de la noche?

—Lo mismo podría preguntaros yo. He venido a rezar ante la imagen de Santa María —respondió señalando hacia el altar cubierto por las sombras.

—¿Erais vos quien producía los ruidos que me han obligado a entrar?

—Es posible. He cometido el error de venir sin un simple candil, creyendo que la luz de la luna sería suficiente. He tropezado varias veces, incluso he derribado unos tablones —mintió, acercándose a la luz de la tea.

—¿Es sangre lo que mancha la cruz de vuestro hábito?

Alvar bajó la mirada hacia su pecho, sorprendido. Allí la mantuvo durante un instante. Luego alzó los ojos para clavarlos en los del prior. El desconcierto en su semblante había sido sustituido por una fría determinación.

—Es sangre —asintió.

—¿Ahora os dedicáis a degollar los conejos con vuestras propias manos? —Era evidente que el prior usaba la chanza como un recurso ante la mirada heladora del hospitalario, pero le temblaba la voz.

—Deseo que me oigáis en confesión.

—No es el lugar ni el momento para…

—Estoy en pecado.

—Vuestra absolución podrá esperar al amanecer.

—Es la sangre de un hombre, prior.

Guillermo Durán lo miró sobrecogido. La decisión que se reflejaba en los ojos entornados de Alvar no dejaba espacio a una negativa.

—Debería revestirme —objetó aún.

—¡No es necesario! —estalló—. Escuchadme aquí. En pie, frente a frente.

Al tiempo que lo conminaba se dirigió hacia él. Guillermo Durán dio un paso atrás, pero Alvar se limitó a arrebatarle la tea de la mano. La situó en la intersección de dos maderos de un andamio y la anudó con uno de los muchos cabos que colgaban. La atmósfera era irreal. La antorcha proyectaba las sombras ampliadas y vacilantes de los dos hombres sobre los muros, mientras el resplandor de la luna se colaba a través de un techado que no existía y de los amplios ventanales aún sin acristalar de la nave del Evangelio. Alvar se persignó y murmuró la fórmula que daba inicio al sacramento de la penitencia.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —respondió el prior, persignándose de la misma forma.

—Me acuso de haber dado muerte a un hombre.

—¿Os referís acaso a los muertos provocados durante la batalla? ¿Habéis tenido la necesidad de acabar con la vida de un infiel? —aventuró.

—He matado a uno de vuestros monjes. He acabado con la vida del chantre Fortún.

—¡Desvariáis! —gritó el prior—. ¡Decidme que no es cierto!

—Tan cierto como que su sangre mancha la sagrada cruz de mi hábito. Tan cierto como que no siento un ápice de arrepentimiento —respondió con amargura—. Hace años que debería haber muerto.

—¡En ese caso no puedo daros la absolución! ¡Habéis quitado la vida a un hombre de Dios y ni siquiera existe contrición!

Alvar rio con sarcasmo.

—¿Es que no lo entendéis? No busco vuestra absolución, tan solo el sigilo sacramental al que ahora estáis obligado.

El prior lo miró con desprecio.

—¡Sois un asesino!

De nuevo una sonrisa mordaz se adueñó de su expresión.

—Soy un verdugo. Un verdugo de Dios —sentenció—. Solo defiendo la verdadera fe protegiendo el secreto que la amenaza. Él se vale de mi brazo para hacerlo. Sabéis bien a qué me refiero. Lo sabéis desde hace treinta años, cuando ser prior era aún para vos tan solo una ambición. Aquella noche aciaga Nicolás sacó a la luz lo que nunca debió verla, y vos, y no Forto, estabais allí.

—Conmigo el secreto está tan seguro como lo está con vos.

—Lo sé, prior. De otra manera, no estaríais aquí —respondió sin doblez—. Tuve dudas sobre los motivos que tuvisteis para tratar de enterrar a Nicolás en aquella cripta, pero llegué a la conclusión de que la única razón que os movió entonces fue la ambición que siempre ha conducido vuestras acciones. La vieja leyenda de las riquezas enterradas bajo la mezquita.

—Así pues, ¿fuisteis siempre vos quien…?

—No hagáis las preguntas equivocadas, aquellas cuya respuesta pueda poneros en peligro. —Su voz tenía el tono inconfundible de la amenaza velada—. Solo hay una cuestión que deberíais plantear, la única a la que deseo responder… Y aún no la habéis formulado.

Guillermo Durán lo miró confundido.

—No me habéis preguntado por qué ha muerto vuestro chantre —le aclaró.

—¿Acaso no lo habéis insinuado ya? Supongo que sabía demasiado y la discreción no se encontraba entre sus virtudes.

—En cierto modo es así. Pero no es lo que sabía sobre el pergamino lo que ha precipitado su muerte. Desde que ocupara el puesto de canciller estaba al tanto del secreto, pero se guardó muy bien de hablar de ello. Era calculador y ambicioso, pero no estúpido.

—¿En ese caso…? —Guillermo Durán se mostraba intrigado.

—Me reveló algo que ya intuía, pero que en mi fuero interno deseaba que jamás se confirmara. Algo que os atañe, prior.

Alvar pronunció aquellas últimas palabras con voz pausada, firme, cortante, con la mirada heladora clavada en su interlocutor quien, de forma quizá instintiva, dio un paso atrás.

—¿De qué forma? —sondeó tratando de aparentar serenidad.

—Por vuestra causa murieron mi padre, mi hermano… Y mi madre, poco tiempo después —espetó sin ambages.

El prior demudó el rostro y de su boca se escapó un gemido.

—¿Por… por qué decís eso? —vaciló.

—¿Negaréis que fue vuestra la orden de derribar la compuerta del azud?

—¿Es eso lo que os ha contado ese embustero? ¡El chantre Fortún es capaz de decir todo aquello que pueda interesar a quien pretende agradar!

—Hablad en pasado, el chantre está muerto. Y os aseguro que incluso en el trance de la muerte aseguró que lo que contaba era cierto. Y yo estoy seguro de que sus oídos no lo engañaron cuando escuchó cierta conversación.

—Yo… solo pretendía —trató de explicarse con torpeza— retrasar las obras, dar un escarmiento al rey, hacerle comprender que…

—¡Callad! —ordenó—. Quizá seáis vos quien debería hacerse oír en confesión.

—¡Fue un accidente!

—¡La muerte de dieciocho hombres pesa sobre vuestra conciencia!

—Han pasado más de quince años, y ni un solo día he dejado de pensar en ellos, en sus esposas, en sus hijos… Si permití que Nicolás desposara a María fue para compensar el dolor que involuntariamente le infligí.

—Todo el mal que habéis causado se debe a vuestra desmedida ambición. —Alvar empezó a moverse dentro del círculo de luz mientras hablaba—. Habéis considerado este templo como una obra vuestra y no habéis dudado en apartar cualquier obstáculo que se interpusiera ante vuestro objetivo. Pero ni siquiera aquel crimen os benefició en absoluto, ¡tan solo retrasó más las obras! ¡Actuasteis cegado por el rencor!

El prior seguía los movimientos del hospitalario con prevención. Las sombras que proyectaba el hachón parecían bailar a su alrededor.

—¿Servirá de algo que me postre ante vos y os pida el perdón?

—¿El perdón? —Alvar se detuvo frente a él—. Tan solo os interesa mi perdón, acaso porque os sentís amenazado. ¿Vais a recorrer la casa de las dieciocho familias que arruinasteis en busca del suyo? No, prior Guillermo. Un hombre no puede perdonar la muerte de sus padres y la de su hermano menor.

—¿Qué queréis entonces? ¿De qué manera puedo compensaros?

Alvar lo miró a la cara con desprecio.

—Debería daros muerte aquí, ahora. Solo así quedaría reparado vuestro crimen.

Pero nunca he vertido sangre por venganza. Mi espada y mi daga han quitado la vida a cientos de hombres; también lo han hecho las de mis *fratres* obedeciendo mis órdenes. Pero siempre ha sido en defensa de la fe que profeso frente a aquellos que la amenazaban. —Alvar hizo una pausa y resopló a modo de risa—. Veo que no perdéis de vista mis brazos, por si echo mano del puñal. No debéis temer, no es mi intención mancharlo con vuestra sangre. Hay otro motivo, quizá más poderoso: Nicolás también sabe de vuestra execrable acción y, sin embargo, no ha venido en vuestra busca. Lo conozco bien, y sé que es a causa de María. Es capaz de ahogar su ansia de venganza por no dañar a la mujer que ama. Si él no os ha dado muerte, no seré yo quien lo haga.

—Sin embargo…

—Sois perspicaz. Sabéis que esto no puede terminar así. No es posible actuar a partir de ahora como si nada hubiera sucedido. Tarde o temprano, sabiendo lo que sabe y en continuo contacto con vos a causa de esa portada, surgiría la chispa que pudiera arruinar su vida. Comprendéis que yo tampoco sería capaz de seguir mirándoos a los ojos ni entre estos muros ni en las calles de Tudela.

—¿Qué insinuáis? —El prior tragó saliva dos veces. Su voz apenas había sido un susurro.

—Os exijo que renunciéis al cargo de prior de la colegiata y que abandonéis la ciudad de inmediato.

La poblada barba de Guillermo Durán se agitaba por el temblor de sus mandíbulas, y en sus ojos se reflejaba un miedo que no había mostrado un instante antes frente a la posibilidad de la muerte. Su cabeza empezó a moverse en una negación, con la expresión desencajada.

—No, ¡no! —musitó—. No podéis pedirme que me destierre. ¡No ahora! Esperad al menos a que esté terminada la Puerta del Juicio. Os juro que después me iré.

—¿Teméis más no poder asistir a la consagración de vuestra gran obra que a esto? —El filo de la daga de Alvar refulgió a la luz de la antorcha y Guillermo Durán retrocedió—. Vuestra es la elección.

—¡Os denunciaré ante el obispo! Si algo me sucediera todo el reino sabrá quién está detrás.

Alvar lanzó una carcajada.

—Me subestimáis. Existen cien formas de matar sin dejar rastro. Algunas de ellas muy dolorosas, prior. Y siempre está la opción de no dejaros salir de vuestra colegiata esta noche si no juráis ante Nuestra Señora que en el plazo de una semana habréis elegido sucesor.

—¡No podéis! ¡Esta es mi gran obra! ¡Aquí está mi vida!

Alvar empuñó el arma y se acercó a él, amenazante.

—¿Y la vida de mi hermano Beñat? Vos lo matasteis a los veinticinco años. ¿Dónde está su vida? —clamó—. ¡Jurad!

El prior retrocedía hacia el borde del círculo de luz. Más allá, se adentraban en la

colegiata. Miró hacia el tránsito, pero Alvar se interponía en su camino, así que giró bruscamente en busca de la salida del templo, por la Puerta del Juicio. A pesar de la oscuridad apretó el paso.

—¡No! ¡Deteneos!

El prior no interpretó el grito de Alvar como una señal de peligro, sino como una orden para impedir su marcha. Cuando, al llegar al borde de la fosa, el suelo desapareció bajo sus pies no pudo hacer nada para evitar caer. Sin capacidad para reaccionar, se precipitó sobre el ataúd de madera que, debilitado por la humedad, se quebró bajo su peso. Trató de asirse a su borde, pero de nada sirvió, pues la caja caía con él. Braceó en el aire, y lanzó un grito desesperado al sentir que se hundía en el vacío.

Guillermo Durán despertó envuelto en sudor y, de inmediato, deseó no haberlo hecho. Trató de sumirse de nuevo en el sueño que le había librado del dolor lacerante que sentía en el pecho, en la nuca y en la pierna, pero fue en vano. Al tratar de abrir los ojos, le hirió la luz y no pudo evitar un gemido.

—¡Hermano! ¡Gracias al cielo! —escuchó a su lado.

Reconoció el rostro de fray Raimundo, uno de los monjes del monasterio. Sentía que la cabeza le iba a estallar, pero trató de abrir la boca para hablar.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido?

—Descansad, prior. El físico ha dejado dicho que, si despertabais, no debéis moveros ni tratar de hablar.

—¿Qué ha pasado? —insistió imperioso, y tuvo que apretar los ojos para resistir la punzada que le atravesó las sienes.

—La campana de la espadaña empezó a sonar en mitad de la noche y todos los hermanos salimos del sueño sobresaltados. Nadie sabía lo que sucedía y acudimos en busca de vos para saber cómo actuar, pero vuestra estancia estaba vacía. Os buscamos en todas las dependencias del monasterio sin éxito, hasta que uno de los hermanos cruzó el tránsito para entrar en la colegiata. Allí ardía una tea y, en medio del silencio, escuchó vuestros gemidos. De una manera que nadie comprende habíais caído en… en el pudridero —vaciló—. ¡La cubierta estaba abierta! Tuvimos que ir en busca de varios operarios para descender allí con la ayuda de una cabria e izaros malherido.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos días y medio.

El prior sintió la urgencia de una arcada, y la contracción le hizo aullar de dolor.

—Prior, por piedad —rogó el monje acongojado—, no os mováis. El físico ha dicho que tenéis varias costillas rotas y se os clavan en los livianos. Ya ardéis por la calentura. Es preciso que permanezcáis inmóvil por completo.

—No quiero que vuelva a entrar aquí ninguno de esos matasanos judíos —masculló—. Haz que me preparen un brebaje para el dolor.

—Lleváis dos días con la lengua empapada en láudano de continuo. ¿Acaso no sentís el sabor de las especias que acompañan al opio? —Le mostró la redoma con la preparación.

—Solo siento amargura en la boca —se quejó—. Y un insoportable dolor en el costado. Dadme más.

El monje mojó un hisopo y se lo introdujo entre los labios resecos. Repitió varias veces la operación antes de que Guillermo Durán volviera a hablar.

—Haced venir a fray Bernardo. Y a María.

—Pero prior… Es mejor que descanséis. Dejadme que antes dé aviso, ahora que estáis despierto debéis alimentaros. De otra manera no podréis…

—¡Haz lo que te ordeno! —cortó antes de contraerse con una mueca de sufrimiento.

Bernardo de Almazán entró en el claustro alzándose los bajos del hábito para avanzar deprisa. Fray Raimundo, por mediación de un zagal, le había mandado recado a la cantera donde se encontraba seleccionando y marcando las piedras que debían transportarse a la colegiata.

—¡Daos prisa! —le apremió el fraile cuando se tropezaron en la crujía oriental, junto al tránsito—. Ha pasado una hora desde que os he hecho llamar, al igual que a María. Hace tiempo que ella está arriba.

—¿Pero sucede algo? ¿Está peor? ¿Por qué quiere verme? —preguntó de manera encadenada mientras atravesaba la puerta que conducía a las estancias del prior.

Bernardo tuvo que hacerse a un lado en el descansillo para dejar pasar a María. Aunque no intercambiaron palabra y ella bajó la mirada ante su presencia, no le pasó desapercibido que las lágrimas habían corrido por su rostro.

Penetró en la alcoba donde yacía su superior y lo encontró con los ojos entrecerrados y la respiración débil y jadeante. El color parecía haber huido de sus mejillas y bajo los párpados se marcaban unas profundas ojeras.

—Me han dicho que preguntáis por mí…

El prior apenas se movió, pero su mirada vidriosa se posó en el escultor.

—¡Maldita sea, demasiado opio! Ahora que habéis venido apenas puedo pensar con claridad —se quejó con un hilo de voz—. Siéntate, te lo ruego.

La expresión de Bernardo era de desconcierto. La última conversación con el prior había constituido un agrio desencuentro, hasta llegar a peligrar su permanencia en el monasterio. Ahora, su tono era el opuesto, se diría que cordial.

—Vos diréis —respondió al tiempo que ocupaba la silla, aún tibia, que sin duda había utilizado su propia hija.

—¿Recuerdas las últimas palabras que escuchaste de mis labios el día de nuestro enfrentamiento?

—Afirmasteis que desistíais de convocar a la comunidad a capítulo.

—Y que llegaría el día en que comprendieras por qué no lo hice… Pues bien, me temo que ese día ha llegado, mucho antes de lo que ninguno de los dos pensábamos. —Hizo una larga pausa para tomar aliento antes de continuar—. Nunca comprendiste por qué el prior no había apoyado de manera explícita a uno de sus monjes en el momento de la elección del nuevo maestro. Mucho menos te has podido explicar que secundara tu expulsión del taller. En cierto modo me alegro de que todo se haya precipitado, porque me duele ver cuánto has sufrido. Ahora puedo hablar ya sin tapujos, y transmitirte todo lo que debes saber, pues tú eres el designado para sucederme en el cargo de prior. En este momento Raimundo estará informando a la comunidad de mi decisión y el capítulo seguirá mis indicaciones sin dudar.

Bernardo había quedado sin habla. Miraba al prior boquiabierto.

—No ha llegado el momento en que debáis ser relevado —balbució—. Os recuperaréis.

—Aunque lo hiciera… Mis días en el monasterio han llegado a su fin. —En su voz había amargura, pero también resignación. Cerró los ojos, pero no pudo evitar que una lágrima se deslizara hasta perderse entre su barba—. ¿Entiendes por qué no podías ser el maestro del taller?

El monje movió la cabeza despacio para afirmar, tratando de asimilar lo que escuchaba.

—Te ruego que no me interrumpas ahora, no quisiera olvidar ninguno de los asuntos que, como prior, deberás conocer.

Cuando terminó de hablar, Bernardo se inclinaba sobre su rostro para poder escuchar el susurro en que se había convertido su voz. De vez en cuando daba bocanadas para llevar aire a sus pulmones y, al hacerlo, su rostro se contraía en una mueca de insufrible dolor.

—Bien; te he dicho ya quiénes están al tanto de la existencia de ese pergamino y de quién debes guardarte en especial. Nadie más, sino quien haya de sucederte, debe conocer el secreto. Sobre ese trozo de cuero parece pesar una maldición; todo aquel que ha sabido de él está muerto, así que guárdate de ella. El silencio, el mismo que yo he mantenido durante tantos años, es la única salvaguarda para quienes han tenido acceso a la revelación.

Bernardo asintió.

—Descansad ahora, parecéis agotado.

—¡No, no hay tiempo! Dame más láudano —gimió—. ¡Falta lo más importante!

Chupó el hisopo con fruición y, cuando Bernardo lo dejó en la redoma, el prior le tomó la mano. Le pareció que trataba de sujetarlo con fuerza, pero apenas sentía una ligera presión y el temblor de aquella mano días atrás poderosa.

—Os escucho.

De repente, Guillermo Durán estalló en un sollozo incontenible. Con un esfuerzo

por dominarse, consiguió hacerse entender.

—¡Tanto tiempo tratando de elegir las palabras para este momento… y las he olvidado todas! Pero será mejor así, siento que no me quedan fuerzas y temo, hijo mío…

Un suspiro profundo agitó su pecho y arrancó de él un nuevo gemido de dolor. Bernardo, tembloroso, temió que fuera incapaz de terminar, pero el prior volvió a abrir los ojos y lo miró a través de las lágrimas. Tuvo que hacer un esfuerzo para entender lo que dijo a continuación.

—Me siento orgulloso de que, al fin, sea mi propio hijo quien me suceda al frente del priorato. —Las palabras surgían con enorme esfuerzo de su boca—. Cuida de tu hermana María. Ambos sois lo que más he querido en mi vida.

La voz se le apagó y la cabeza le venció hacia un lado. Bernardo, desesperado, incrédulo y tembloroso, se temió lo peor. Sin embargo, al apoyarle la mano sobre el pecho, sintió el débil latido de su corazón. Esperanzado, permaneció junto al lecho hasta que la luz empezó a declinar. Solo aceptó apartarse de él al reconocer al físico judío quien, tras examinarlo, movió la cabeza hacia los lados con gesto resignado. Cuando el monje que lo había cuidado tomó el hisopo para acercárselo de nuevo a la boca, el médico le detuvo la mano.

—Ya no lo necesita —le advirtió.

Los dos hombres se apartaron sorprendidos cuando Bernardo se arrojó sobre el cuerpo del prior, preso de un llanto desconsolado e impropio de un monje.

43

Las bostas de las cabalgaduras aún cubrían la explanada que se extendía al otro lado del río Queiles, tras la partida aquella mañana de las huestes del rey hacia el castillo de Trasmoz, la primera etapa en busca de las tierras de Levante. Alvar, al frente de los *fratres milites* de la Orden del Hospital, los acompañaba, y por él había conocido Nicolás algunos de los pormenores de la nueva expedición. La política de adquisición de castillos de Sancho en las tierras de frontera estaba proporcionando réditos extraordinarios en forma de botín. Rodrigo Ximénez de Rada, legado por el papa Honorio III para organizar la cruzada peninsular, había logrado la renovación de la concesión para una nueva campaña. El pontífice había concedido indulgencias a los participantes, amén de destinar fondos procedentes de las rentas eclesiásticas. El rey Sancho había sido uno de los primeros en sumarse a la empresa de la que, sin duda, esperaba obtener de nuevo magros beneficios.

Nicolás no podía evitar la aversión al pensar en Sancho, otrora su mentor y compañero de partidas en La Tabla Real. De hecho, había extendido su aborrecimiento al propio juego y a la tafurería donde había tenido lugar la fatídica partida. Desde aquella noche no había vuelto a poner los pies en ella. Alvar, sin embargo, no ocultaba una creciente admiración por la política del monarca: había sabido jugar sus bazas y, a través de quien fuera su privado, el todopoderoso arzobispo de Toledo, había conseguido la protección de Roma. El propio Honorio III había delegado en Ximénez de Rada la misión de detener a quienes pretendieran atacar o perturbar la paz de Navarra durante su ausencia en tierras de Levante. El mismo Papa había comunicado su protección en una epístola fechada el último mes de mayo. Alvar sospechaba que, a juzgar por la satisfacción del rey y por algunos de sus comentarios, había logrado algo más: la autorización papal para que Ramiro, a pesar de su ilegitimidad, pudiera ser promovido a cualquier dignidad eclesiástica. A pocos se les ocultaba ya el deseo del rey por hacerse con la cátedra episcopal de Pamplona para su hijo bastardo que, mientras tanto, ejercía como canciller de Champaña.

Alvar se mostraba convencido de que el propósito último de Sancho era tener, mediante su hijo Ramiro, el poder de sustituir al prior de la colegiata de Tudela con quien tantas diferencias había mantenido, pero de momento Guillermo de Santonge seguía en su puesto a pesar del apoyo explícito del Papa al rey que él había excomulgado. El asalto al poder episcopal de Ramiro tendría que esperar. Al menos, la excomunión dictada por el obispo había quedado sin efecto, lo que suponía *de facto* una desautorización para él. La inesperada muerte de Guillermo Durán había venido en ayuda de Sancho, aunque en un momento inoportuno. Sin la mitra coronando aún la testa de Ramiro, no había dispuesto de capacidad de influencia para

nombrar a su sucesor.

Nicolás rumiaba aún los últimos acontecimientos. La muerte del prior había roto a María una vez más. Sin haber tenido tiempo para asimilar que quien siempre había creído su tío era su padre en realidad, le había golpeado la noticia de su accidente. Tan solo había tenido tiempo de mantener una breve conversación con él junto a su lecho, que se había convertido en una despedida, pues el toque de difuntos que anunció su tránsito la había sorprendido al poco de llegar a casa tras la entrevista. Confirmado el fatal desenlace, el dolor había hundido su ánimo.

Para él mismo, la noticia había llegado cuando aún se debatía entre el deseo de venganza y la evidencia de que nunca sería capaz de materializarla, por no lastimar a su esposa. Tras la revelación de Bernardo, había evitado el contacto con el prior a pesar de que en aquellos días ultimaban los detalles de la Puerta del Juicio y se disponía a reorganizar el taller para emprender la compleja tarea de escultura. Pero si algo lo había desconcertado era el significado de la decisión de Guillermo Durán en el lecho de muerte. ¿Por qué, si tan interesado estaba en que aquella obra se culminara, había designado a su mayor enemigo dentro del monasterio para sucederle en el cargo? Algo se le ocultaba, sin duda. No podía creer que el prior Guillermo hubiera puesto en peligro la continuidad de un proyecto tan avanzado, al que ambos habían dedicado sus desvelos. Lo cierto, sin embargo, era que Bernardo de Almazán acababa de ser elegido por el capítulo.

Acodado en el borde de la muralla, con el sol del atardecer a su espalda, contemplaba la corriente del río que discurría a sus pies en busca del cercano Ebro. Temía las noticias que pudieran llegar del monasterio en las jornadas siguientes, pero nada podía hacer sino esperar. Había sido un día intenso, el primero en que Pedro acudía al taller de escultura como aprendiz, junto a otros dos jóvenes canteros. Ahora lo escuchaba hablar a su espalda, en el patio, donde se había encontrado al regreso de la jornada con su primo Beñat, quien no se planteaba otra posibilidad que permanecer en el taller de Guillén como cantero.

Alvar, el hermano mayor de Beñat, había terminado por profesar en la Orden del Hospital, siguiendo los pasos de su tío, a quien tanto admiraba. A sus diecinueve años, había montado en cólera cuando este le comunicó su decisión de no permitirle partir con el resto de los caballeros hospitalarios hacia tierras de agarenos. Permanecía en una de las encomiendas cercanas de la orden perfeccionando su formación militar y religiosa, lejos por el momento del ruido real de las armas. Olaya, su madre, había acogido la decisión de Alvar con un suspiro de alivio. De hecho, todos, excepto el propio joven, lo habían hecho.

Nicolás contemplaba cómo las caballerías se recogían ya procedentes de los campos cercanos, y confluían sobre la tablazón del puente en la cercana Puerta de Zaragoza, que pronto se cerraría para proteger la ciudad durante la noche, más en ausencia del rey y de su hueste y con una reducida guarnición en el castillo. Encaramado en el adarve, apenas escuchó unos golpes en el portón exterior de la

casa, pero se volvió hacia el patio al escuchar que Beñat gritaba un «¿quién va?». La sorpresa debió de reflejarse en su rostro cuando, al abrirse la hoja, se dibujó en el dintel la figura de un fraile con el familiar hábito de los agustinos. Intercambió unas palabras con su sobrino, quien señaló hacia donde se encontraba. Fray Bernardo, el nuevo prior, dio dos pasos para entrar en el patio y se detuvo hasta que advirtió la señal de Nicolás indicando que iba a bajar.

—He de hablar contigo —dijo como único saludo cuando estuvo a su lado—. A solas, si es posible.

Nicolás escrutó su expresión con desasosiego. El enfrentamiento con aquel hombre duraba demasiado, no hacía mucho que había roto todos los lazos con él al expulsarlo del taller y en aquel momento era quien ostentaba todo el poder del priorato. Lo recorrió un escalofrío. ¿Qué podía llevarlo hasta allí, si no era la necesidad de comunicarle algo que le incumbiera directamente? Pero ¿por qué no lo había hecho en la colegiata o en el *scriptorium*? Sintió una punzada de angustia al comprender que tal vez estaba a punto de perder el proyecto en el que había trabajado durante tanto tiempo.

—Arriba, en la muralla, no nos escuchará nadie —repuso, al tiempo que se ponía en marcha hacia la escalera entre muros.

—Me gustaría que María estuviera presente.

Nicolás se detuvo.

—¿Mi esposa? —acertó a decir, extrañado.

—¿Conoces a otra María?

Sin saber por qué, aquella respuesta y el tono que había utilizado tuvieron la virtud de disipar la zozobra que había sentido un instante antes. No había esbozado ni un asomo de sonrisa, pero tampoco había animadversión en él. De hecho, era la primera vez desde que tenía memoria en que esta estaba ausente en uno de sus encuentros.

—Pedro, entra en la cocina. Dile a tu madre que el prior Bernardo está en casa y que desea hablar con nosotros.

Bernardo no habló mientras subían. Al llegar al adarve, se apoyó en el muro y observó el arrabal despoblado de la ciudad. El río, las alamedas que lo bordeaban y los montes lejanos recortados contra un cielo azul componían una vista hermosa y el prior la contempló desde aquella perspectiva nueva para él sin hacer ningún comentario. No se volvió hasta que se escucharon los pasos de María y el roce de sus vestiduras recogidas sobre los tobillos. Cuando llegó arriba se detuvo ante el monje, quien la saludó con una apenas perceptible inclinación de cabeza mientras le tomaba brevemente los dedos de la diestra. A Nicolás, sin embargo, no se le escapó la mirada intensa, alargada un ápice más allá de lo necesario. El prior le sorprendió observándole cuando se volvió hacia él.

—No temas. Te conozco bien, y sé que estás inquieto desde que he entrado por esa puerta. Quizá ya lo estabas antes, desde que supiste de mi nombramiento. Pero no

son malas noticias las que traigo.

La confirmación de lo que había intuido acabó por relajar a Nicolás.

—Os escuchamos, prior.

—Primero he de hacerte una pregunta. —Se dirigía a María—. Poco antes de la muerte de… tu padre nos cruzamos en la galería que conduce a los aposentos del prior. Intuí que salías trastornada, pues las lágrimas habían corrido por tus mejillas. Lo que deseo saber es si te habló de mí.

María, sorprendida, negó. Nerviosa, arrugaba el delantal entre sus dedos, repitiendo el gesto maquinal de secarse unas manos que no estaban mojadas.

—¿Por qué había de hablarle de ti? —inquirió Nicolás.

—Ahora lo entenderéis. Si aún no sabéis nada, lo que voy a revelaros ha de haceros comprender muchas de las cosas que han sucedido en vuestras vidas. En nuestras vidas —se corrigió.

El clérigo se volvió hacia el muro, dándoles la espalda, e inspiró profundamente al tiempo que abarcaba el paisaje con la mirada.

—Nos tenéis en ascuas —espoleó Nicolás con impaciencia.

—No soy Bernardo de Almazán, al menos no debería ser ese mi nombre. Es el que el prior Guillermo adoptó para mí a mi regreso del monasterio de Santa María de Huerta, donde pasé toda mi infancia y parte de mi juventud. Ahora sé que nací en Tudela y que no era huérfano, como pensaba hasta hace unos días. Lo soy ahora.

—¿Qué… qué quieres decir? —Nicolás vaciló y las manos de María temblaban de manera visible.

—Poco antes de perder la conciencia, tu padre me reveló que también yo soy su hijo. —Bernardo hizo la revelación sin atreverse a mirar a María más que de soslayo. Se volvió hacia ella, sin embargo, en cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras —. Somos hermanos, María.

Su rostro de estupor anticipó una reacción que Nicolás supo prever. Cubrió los dos palmos que los separaban, abrió los brazos, y acogió a su esposa entre ellos antes de que estallara en llanto. Durante mucho tiempo permanecieron de aquella manera, abrazados, con los dedos de Nicolás entrelazados entre los cabellos que sobresalían bajo la cofia y murmurándole al oído palabras que solo ella podía escuchar. Bernardo, mientras tanto, apoyaba ambas manos sobre el balaustre y miraba sin ver lo que sucedía al otro lado del río.

La sacó del ensimismamiento la voz de Pedro.

—¡Madre! ¿Estás bien? ¿Qué sucede? —preguntaba desde el patio, contemplando la escena sin atreverse a subir a la muralla ante la presencia del nuevo prior de Santa María.

—¡Estoy bien, hijo mío! ¡No pasa nada! —Trató de recomponerse—. En un momento lo comprobarás. Ayuda mientras a Olaya con tus hermanos.

La interrupción tuvo la virtud de volver a enfrentar a los tres.

—Todo este tiempo he estado equivocado con nuestro padre. Él siempre había

tenido en mente que sería yo quien le sucediera en el priorato, por eso no podía permitir que accediera a la dirección del taller. Tenía reservado otro destino para mí, pero no tan pronto. Y yo mismo he precipitado su muerte.

Nicolás registró este último comentario, pero antes de indagar sobre él, tenía una pregunta más apremiante que le quemaba en la boca.

—¿Quién más está al corriente? ¿Has hablado de esto con alguien?

Bernardo negó.

—Nadie lo sabe, fueron sus últimas palabras. Pero creo que a vosotros no podía ocultároslo.

—¿Y nuestra madre? ¿Te habló de ella? —inquirió María con cautela.

Bernardo negó con amargura.

—Ni siquiera sé si somos hijos de la misma mujer. ¡No hubo tiempo! Pero… ¿qué importa eso ahora? —se preguntó desengañado—. Quizá pueda indagar entre los monjes más ancianos, alguien tuvo que ver u oír…

Nicolás pensó en el aya a quien el prior había confiado la custodia de María cuando él la pretendía.

—Me hizo dos peticiones aquel día —continuó—. La primera, mientras me ponía al corriente de los asuntos del priorato. La segunda, después de revelar lo que os acabo de contar. Me pidió que respetara el contrato con el taller que diriges, que te apoyara en todo. Me hizo jurar sobre la Biblia que serías tú quien llevara a cabo la escultura de la Puerta del Juicio. He de entregarte todos los pergaminos que atestaban su despacho. Ya te había mostrado muchos de ellos, al parecer; pero allí hay centenares. Hubo de dedicar a ellos todo su tiempo durante los últimos meses. Mañana mismo haré que los monjes lo trasladen todo al *scriptorium*, pero antes debía ponerte al corriente de las circunstancias.

»Sus últimas palabras fueron para pedirme que cuidara de ti, María —reveló emocionado—. Sin embargo, hay quien sabrá hacerlo mejor. Yo no he sido capaz sino de atraer la tragedia sobre nosotros.

—¿Por qué dices eso? Es la segunda vez que lo haces —observó Nicolás.

—¡Yo he precipitado la muerte de nuestro padre! Lo hice al revelarte, despechado después de nuestro enfrentamiento, que fue él quien causó la muerte de Marcel y Beñat.

La exclamación de espanto que surgió de los labios de María le hizo comprender que Nicolás se lo había ocultado.

—¡Oh, lo siento! ¡No era mi intención! —exclamó turbado, llevándose la mano a la frente.

—Fue vuestro padre, enfurecido y enojado con el rey Sancho, quien ordenó cortar las maromas que soportaban la compuerta del azud —le explicó entonces Nicolás—. Aun sin pretenderlo, él fue el causante de esa veintena de muertes en el Ebro.

—Y mi propio resentimiento hacia vosotros fue el que ahora ha causado su muerte. Te lo conté con ánimo de enfrentaros, con la esperanza de que te expulsara de

las obras de la colegiata y poder así ocupar tu puesto en el taller.

—Estás equivocado. No he hablado de ello con nadie. Ni siquiera María.

—Sin embargo, alguien más lo supo.

—No puede ser, estábamos solos en el *scriptorium*.

—Eso creíamos.

—¡Bernardo, por Dios, explícate…!

—Durante el funeral por el prior, los cantos de la comunidad resultaron un desastre. Supongo que tampoco para vosotros pasaría desapercibido. Cuando más tarde pregunté por el motivo, se me comunicó que en tres días nadie había tenido noticias del chantre: los monjes habían cantado sin dirección, tan solo bajo las indicaciones de uno de ellos, que en el último momento había asumido el papel. Interrogué a los hermanos y, por fin, al joven novicio que le ayudaba con sus composiciones. Por él supe que el chantre había escuchado nuestra conversación desde la sala donde ensayaban.

Bernardo se detuvo un momento, aclarando sus ideas, y continuó:

—La pista para comprender lo sucedido me la dio nuestro propio padre al hablarme de los cuidados que debía observar durante mi mandato. Me advirtió de la doblez de Fortún, de su inicial compromiso de fidelidad con los hospitalarios, de su caída en desgracia con el rey y también de su inclinación a la felonía. Era evidente que nada había contado al prior; también sabía que tú no habías tenido nada que ver con lo que habría podido suceder aquella noche: tú mismo me habías asegurado en el calor de nuestra discusión que, por encima de tu ánimo de venganza, estaba tu amor por María.

María miró a Nicolás, conmovida.

—Traté de atar cabos, de imaginar qué habría sucedido si el chantre hubiera delatado al prior también ante Álvaro de Rodas. Unos días antes de la partida hacia la Cruzada yo mismo me presenté en la casa prioral y, sin subterfugios, lo interrogué. Confirmó mis sospechas, ni siquiera trató de negar nada. Al parecer se encontraron en la colegiata y Álvaro lo enfrentó a cuanto sabía. No era su intención acabar con su vida, en eso creo que dijo verdad. Tan solo le exigió abandonar Tudela y ceder el testigo del priorato. Tu hermano me aseguró que el prior, incapaz de aceptar tal condena, trató de huir en la oscuridad, con la mala fortuna de que cayó en el pudridero, que por alguna causa se encontraba abierto. Temeroso de que se le pudiera relacionar con lo que daba por una muerte prácticamente segura, Álvaro se escabulló del lugar, aunque antes tuvo la idea de tocar las campanas ante la posibilidad remota de que nuestro padre no hubiera perecido en la caída.

Nicolás y María habían asistido a la explicación anonadados por lo que escuchaban.

—¿Pero por qué te acusas de su muerte?

—¿Acaso no es evidente? —se lamentó con desesperación—. Murió por mi causa, por mi rencor y mi odio hacia ti, Nicolás; ¡yo lo maté!, y aunque Dios me

perdone, yo jamás podré librarme de esa culpa.

—¡Yo te perdono! —intervino María.

Los dos hombres la miraron con sorpresa.

—Eres mi hermano, y toda tu vida has vivido tan engañado como yo. Guillermo Durán era nuestro padre, sí. Pero también era un miserable que durante años me encerró en clausura y a punto estuvo de privarme de lo único que ha dado sentido a mi vida —declaró con firmeza al tiempo que tomaba de la mano a Nicolás—. Que Dios me perdone… ¡Pero no lamento su muerte!

Bernardo les dio la espalda de nuevo. Durante un tiempo Nicolás respetó el dolor del monje, que se manifestaba por el movimiento convulso de sus hombros, pero aún tenía una pregunta para él. La formuló cuando se apoyó en el pretil junto a él.

—¿Qué ha sido del chantre Fortún?

—Lo ignoro, Nicolás. No hemos vuelto a saber de él. Pero albergo una sospecha, quizá algo más… una convicción.

—¿Alvar? —conjeturó.

—Fue el chantre quien delató al prior ante tu hermano. Y esa fue la última vez que se supo de él.

—Tenía enemigos numerosos.

—Lo sé. Y te aseguro que mis ocupaciones como prior también lo son. No seré yo quien pierda un momento de mi tiempo tratando de averiguar su paradero.

El ambiente era irrespirable en aquel segundo día de septiembre en la gran sala del palacio episcopal. A pesar de que los ventanales permanecían abiertos en busca de una corriente de aire que disipara el calor y el hedor, un caliginoso bochorno procedente del sur hacía que arcedianos, canónigos, abades, deanes, priores y algunos representantes de las órdenes militares sudaran de manera copiosa bajo sus hábitos, y que las gotas perlaran las frentes y las sienes.

Los reunía allí la repentina muerte del obispo Guillermo de Santonge dos semanas antes. Desde entonces, la cátedra episcopal permanecía vacante y ya eran tres las ocasiones en que se había intentado llegar a un acuerdo en torno a un nombre de consenso, sin conseguirlo.

Ramiro había maldecido al obispo, decidido al parecer a causarle problemas incluso en el momento de elegir la fecha de su propia muerte. Con el rey en tierras de Valencia, las posibilidades de influir en la decisión del Sínodo menguaban hasta desaparecer si no actuaba de inmediato. Ni el tiempo de un ángelus había transcurrido cuando dos emisarios, sobre veloces caballos árabes, salieron en busca de Sancho con la advertencia. Llevaban oro suficiente para comprar nuevas monturas e instrucciones para no desfallecer sino en el momento de entregar el pergamino al rey; pasara lo que pasase, este debía conocer el óbito y enviar de regreso su voluntad. Padre e hijo llevaban demasiado tiempo preparando el terreno como para que las circunstancias

dieran al traste con sus aspiraciones.

Nada parecía haber cambiado en aquella tercera reunión previa al Sínodo, a pesar de la incorporación de nuevos clérigos, abades de monasterios en su mayor parte, procedentes de las tierras más alejadas del reino. A primera vista ya se distinguían las dos facciones que se enfrentaban, pues se habían situado en los lados opuestos de la sala: los numerosos canónigos de la catedral de Pamplona, junto con los abades de Iranzu e Irache, arcedianos de las tierras de Estella afectados por el conflicto de Monjardín, y el abad de Leyre ocupaban un costado. Defendían el nombramiento inmediato del nuevo obispo sin esperar al regreso del rey, pero se negaban a considerar siquiera que su hijo bastardo pudiera figurar entre los elegibles.

Enfrente se encontraba el aludido, apoyado por buen número de clérigos satisfechos con la participación de Sancho en la cruzada de Levante y que tampoco olvidaban el papel desempeñado por el rey en la batalla de Tolosa, a la que algunos se referían como la batalla de Las Navas. En la voluntad de este grupo pesaba la protección expresa que el papa Honorio había otorgado al monarca y, de hecho, a todo el reino. Eran los mismos que habían manifestado su desacuerdo con la excomunión de Sancho a causa, precisamente, de la disputa por Monjardín. Los canónigos de Roncesvalles, enfrentados con el anterior obispo a causa del derecho de elección de su prior, militaban también de forma activa en el bando real y completaban sus apoyos el abad de La Oliva y los pocos comendadores de la Orden del Hospital que no acompañaban al rey en la campaña, estos en nombre del gran prior Álvaro de Rodas.

Ramiro se mostraba sereno y confiado. Sabía que la sesión de aquel día sería corta.

—El titular del obispado de Pamplona no puede ser el hijo del rey. ¡Serviría a los intereses del reino y no a los de la Iglesia! —argumentó Lope de Laguardia, prior de la catedral de Pamplona y representante del cabildo. Él mismo se postulaba como candidato a la cátedra.

—¿Acaso no son los mismos, don Lope? —opuso Ramiro con ironía—. ¿Qué interés defiende el rey mientras lucha a brazo partido frente a los agarenos si no es el de la Iglesia de Navarra y el de toda la Cristiandad? ¿O acaso no estáis pensando en el bien de la Iglesia sino en vuestro propio interés?

—¡Jurad sobre la Biblia que en caso de ser elegido no legalizaríais la usurpación de Huarte y Monjardín!

Ramiro sonrió.

—Hasta esta hora no habíais osado exponer con tal claridad lo que en realidad os mueve. Compruebo con satisfacción que ya habéis abandonado el argumento de mi ilegitimidad —respondió agitando el pergamino que llevaba en la mano. La autorización expresa del papa Honorio III para poder ser promovido a la dignidad episcopal había caído en el bando contrario como un jarro de agua fría.

—¿Sois capaz de jurar?

—No ha llegado el momento de tomar esa clase de decisiones sin contar con el testimonio de todas las partes implicadas. Al tomar posesión de la silla que Guillermo de Santonge ha dejado vacante será cuando pueda ofreceros una respuesta. Me comprometo a que vos seréis el primero en conocerla —respondió con aire de suficiencia—. Si esa cesión llegara a producirse, sería en atención a los muchos bienes y mercedes que el rey ha derramado sobre la iglesia de Pamplona.

—Vuestra respuesta es lo bastante reveladora —rio—. Vamos a proceder, sin más dilación, a someter a votación este asunto. Dos son las candidaturas, y diáfanas nuestras posturas.

—No habrá tal votación si no es en presencia del rey y de los miembros de este Sínodo que lo acompañan.

—No podéis impedirlo. Me corresponde a mí tomar tal decisión, como prior de la catedral de Pamplona.

Ramiro dejó en manos de un diácono el pliego que sostenía y este le entregó otro distinto.

—Mi padre fue advertido de la muerte del obispo al poco de producirse el óbito. Ayer llegó su respuesta. —Extendió el pergamino y mostró el águila negra grabada con tinta sobre la superficie. Del lacre colgaba el sello céreo del rey—. Os lo entregaré para que podáis comprobar lo que dice.

—¿Cuál es la respuesta del rey? —preguntó el abad de Leyre, a su derecha.

—El rey ordena retrasar la elección de un nuevo obispo hasta su regreso —mostró el pergamino extendido con ambas manos— y anuncia que procederá a la confiscación de bienes y al destierro de todos aquellos canónigos que osen desobedecer sus órdenes.

44

La actividad de Nicolás en aquella segunda mitad del año había resultado frenética. La imprevista muerte de Guillermo Durán, lejos de detener los trabajos, lo había sumergido en una nueva vorágine al ser partícipe, de manera repentina, de todas las intenciones del prior reflejadas en anotaciones, esquemas, dibujos e instrucciones de las que él era sin duda el destinatario. Una libreta con apostillas y comentarios lo había sorprendido de forma especial: en ella había reflejado con todo detalle algunas de las escenas que deseaba ver representadas en piedra, escenas que encerraban un simbolismo que debería ser evidente para los fieles que las contemplaran. Curiosamente era la mitad de la portada correspondiente al averno la más desarrollada por el prior. Como ya sabía, la larga lista de los pecados que deberían mostrarse en ella hacía patente la animadversión del difunto prior hacia los judíos por la abundancia de referencias a los oficios desempeñados por estos. La avaricia, así, aparecía en muchas de las propuestas, pero también estarían representadas la lujuria, la maledicencia, la soberbia, la gula, la afición al vino y al juego, el adulterio, el perjurio, la sodomía, la mentira, la pereza…

Con sorpresa, descubrió que describía posibilidades escultóricas, el significado de personajes y actitudes, y la intención de ubicarlas en un determinado orden, de manera que incluso la relación entre escenas contiguas pudiera aportar un sentido nuevo. Junto a ellas había referencias a pasajes bíblicos como orientación para el escultor que, sin duda, estaban destinadas a serle transmitidas de palabra, posibilidad que la muerte había truncado.

Completada tras el verano la tarea en el *scriptorium* y con su propia y voluminosa carpeta de notas y bocetos, había empezado a pensar en los aspectos constructivos y prácticos de la empresa, en un trabajo para el que había sido preciso el concurso de José de Tolosa, Diego de Ablitas y Guillén. Su experiencia como cantero facilitaba el intercambio de opiniones y la comprensión de los problemas técnicos. El maestro de obras, escuadra y cartabón en mano, les había explicado la disposición de los bloques de piedra, los cortes que serían necesarios para conseguir la forma de cono truncado de las dovelas que debían encajar a la perfección para componer cada arquivolta. José de Tolosa, con asombrosa maestría, trasladaba al yeso blando del suelo las formas que tenía en la cabeza con la simple ayuda de la escuadra y el compás. La mayor parte de cada una de las piezas quedaría oculta a la vista, y solo una de las caras, aquella que finalmente quedaría expuesta hacia el exterior, debía ser labrada por el taller de Nicolás de acuerdo con el programa ya esbozado.

Diego de Ablitas asentía con el ceño fruncido tomando notas, dispuesto a convertir aquellas formas plasmadas en el yeso en plantillas de madera que servirían a los canteros para marcar los cortes. Los tres sabían que se enfrentaban a un trabajo

esforzado y minucioso que ocuparía un largo período de sus vidas, quizá el último que podrían acometer.

Durante los últimos años se había preparado el marco de obra que había de acoger el portal en su seno. Los grandes sillares de la base enmarcaban un espacio cónico y abocinado que conducía al dintel donde iría ubicado el portón de madera. Los muros laterales estaban trazados en zigzag y en los ángulos se acomodaban los fustes de columna que más tarde habrían de soportar las arquivoltas sobre capiteles. Aquellas dieciséis columnas procedían del *haram* de la vieja mezquita, derribada treinta años atrás. Una ciclópea cimbra de madera maciza semicircular se apoyaba ya sobre ambos costados, pegada al tímpano, dispuesta a soportar el peso de las diez dovelas que compondrían la primera arquivolta.

Nicolás había hecho trasladar el taller al entorno de la puerta, tanto en la parte interior de la colegiata como en el exterior. Los pies del templo se encontraban aún sin abovedar: ni siquiera se había culminado la escultura de los capiteles en los últimos pilares que separaban las naves. Por ello, los andamios soportaban grandes lonas que protegían de la intemperie, creando un espacio vedado al acceso y a las miradas en torno a la puerta, donde el golpeteo de las mazas y de los cinceles sobre la piedra era continuo. Aquel amplio espacio era compartido por algunos de los canteros del taller de Guillén, entre los que se encontraba Beñat, y por los escultores a las órdenes de Nicolás, con Pedro entre ellos. No era extraño ver a los dos primos trabajando sus piezas lo bastante cerca como para poder conversar al tiempo que manejaban las herramientas.

Aquella mañana el frío era intenso y, a pesar de las llamas en los braseros, el viento del norte se colaba entre las lonas y los hombres se acercaban a los fuegos a calentar de tanto en tanto las manos entumecidas. Nicolás observaba al cantero que tallaba la que iba a ser la sexta dovela. Guillén, a su lado, comprobaba las medidas con ayuda de la plantilla, haciendo marcas con el carboncillo afilado que solía guardar en el pliegue de la oreja. Solo dos piezas completas habían sido izadas sobre la cimbra hasta el lugar que iban a ocupar definitivamente. Otras tres estaban siendo talladas en aquel momento. Todas ellas, hasta las diez que formarían una arcada en torno al Cristo Juez sentado en su trono del tímpano, representaban parejas de ángeles alados que portaban coronas y cetros, símbolos del regalo que supondría la vida eterna para los bienaventurados en el Reino de los Cielos.

Iba a ser a partir de la segunda arquivolta cuando la arcada se dividiera en dos partes bien diferenciadas, a la izquierda y a la diestra del Juez Supremo. Nicolás ansiaba que pasaran los meses para iniciar aquella fase, en la que tenía decidido cuál iba a ser su papel. Los miembros del taller, aun bajo su dirección para garantizar la unidad de estilo, se dedicarían a las figuras del Paraíso, que representarían a los benditos: apóstoles, evangelistas, profetas, mártires, santos, ángeles y hombres justos coronados. Para él, aunque a nadie había hablado de ello, se reservaba la representación del Infierno: pecadores, unos cometiendo su pecado, otros purgándolo

en el fuego eterno; figuras infernales que infundieran el pavor en quienes contemplaran la obra que él, de alguna forma, podía ver ya si cerraba los ojos. Iba a obligar al maestro pintor a usar enormes cantidades de bermellón, minio, rúbea y ocre rojo para policromar el averno, cuyas imágenes, fruto de una imaginación desbocada, hacía meses que poblaban sus sueños.

Una tercera pieza, dividida en dos partes como las demás por razón de peso y de manejo, aguardaba el turno de ser izada. Como las anteriores, en el momento de finalizar la talla se había procedido a la imprimación con el objeto de tapar los poros y evitar que la superficie herida por el cincel absorbiera humedad en exceso. Se usaba para ello cola obtenida de la cocción de huesos, pieles y tendones de carneros y conejos y, una vez seca, se completaba el sellado con aceite secante de lino.

Por el rabillo del ojo, Nicolás vio que Pedro levantaba la cabeza y componía un gesto de extrañeza. Siguió la dirección de su mirada y se topó con el rostro alterado de María, que asomaba entre dos lonas colgadas de los andamios. No se atrevía a entrar a aquel lugar ocupado solo por hombres, de forma que padre e hijo se apresuraron a ir su encuentro. También Beñat se acercó.

—Es Blanca —les explicó en cuanto salieron a la nave—. No aparece por ningún lado. ¿No está aquí?

Nicolás negó, pero su rostro no mostraba intranquilidad. Incluso se permitió esbozar una sonrisa.

—No te preocupes —aclaró mientras la tomaba de la muñeca y les hacía un guiño a los muchachos—. Creemos saber dónde se encuentra, ¿no es cierto?

Salieron los dos juntos por la puerta meridional mientras Pedro y Beñat regresaban a su tarea. En vez de dirigirse hacia la casa de la muralla, Nicolás enfiló la llamada calle del Portal en dirección al río. Solo hizo un gesto sonriente pidiendo paciencia cuando María lo interrogó. No tardaron mucho en toparse con la Iglesia de la Magdalena, cuya portada se encontraba también protegida por lonas y andamios formando un recinto similar al que acababan de abandonar en la colegiata.

Nicolás apartó con cuidado la tela que rozaba el muro y echó un vistazo al interior. Se hizo a un lado para dejar mirar también a María. Blanca se encontraba de espaldas, sentada en el suelo sobre unos sacos viejos. Unos pocos mechones rizados de su cabello rubio se escapaban de la toca y cubrían su cuello blanco y delicado. Sostenía en su mano izquierda una vasija repleta de una pasta blanca que identificó como albayalde, y agitaba el contenido con la varilla que sostenía en la derecha. A su lado, siete cantos de tamaño parecido se alineaban a la perfección, pintado cada uno de ellos de diferente color: blanco, amarillo, rojo, verde, violeta, pardo y negro. Nicolás observó que entre el rojo y el verde había una piedra aún sin colorear.

—No sé si fue buena idea que la llevaras contigo a Tulebras —bromeó con voz queda, sonriendo—. Parece que la impresión que esas monjas pintoras causaron en ella no ha sido algo pasajero.

—¡Oh, Dios! —susurró María—. ¡Para esto quería el pincel, pobrecilla! Ayer

pasó la tarde fabricándose uno con cerdas.

Sobre los andamios, un hombre provisto de un mandil se afanaba aplicando un bello color azul a las vestiduras del Cristo en el pantocrátor que presidía la portada de la bella iglesia ya acabada. Entre la muchacha y el pintor, una mesa sostenida por firmes caballetes aparecía repleta de cuencos, tarros, morteros, vasijas y platillos mezclados con trapos, varillas y tablas, todo ello en el más absoluto desorden, en una mezcla abigarrada de colores.

—¡Buen día, Salvador! Volvemos a vernos —saludó Nicolás apartando la lona.

El pintor se volvió hacia la voz sin manifestar sobresalto, al contrario que la pequeña Blanca, quien dio un respingo al reconocerla. Casi de un salto se puso en pie y agachó la cabeza sonrojada al ver a sus padres ante ella.

—No te asustes, sabía que estarías aquí —la tranquilizó Nicolás—. Salvador me ha dicho esta mañana que llevas días viniendo.

Las visitas del maestro pintor a la colegiata eran diarias. El contacto entre los miembros del taller de escultura y quien más tarde habría de encargarse de la policromía resultaban imprescindibles, pues el tratamiento dado a la piedra al finalizar la talla resultaba esencial para obtener el resultado deseado a la hora de aplicar cada uno de los pigmentos. Algunos colores precisaban de aglutinantes que podían arruinar la obra si no se aplicaban sobre una base oleosa como el aceite de lino, mientras que otros necesitaban de una imprimación acuosa como la cola de animales, la yema de huevo o la cola de queso.

—Me tenías muy preocupada —le reprochó sin embargo María—. Debías haberme advertido.

—Lo siento —musitó la niña, avergonzada por la reprimenda en presencia del maestro pintor.

—Dadme un momento, estoy terminando —pidió este mientras rebañaba el cuenco con el pincel para aplicar más intensidad de color a uno de los pliegues de la túnica. Después se apartó y paseó la vista sobre la figura, satisfecho del resultado—. En dos días, cuando seque, aplicaré una nueva capa.

Cuando el maestro bajó del andamio, Blanca clavó la mirada en el cuenco que llevaba en la mano, ajena de nuevo a la presencia de sus padres.

—¡Oh, sí, claro! —exclamó cayendo en la cuenta—. Toma, apenas queda nada en el bol, pero con los restos del pincel quizá tengas suficiente. Añade unas gotas de agua.

Blanca lo sujetó con los ojos brillantes, se sentó en el saco y tomó entre los dedos la piedra que permanecía sin pintar.

—¿No apuráis el azul? —se extrañó Nicolás. Sabía que el ultramar era un color extremadamente caro por escaso, pues se elaboraba a partir del lapislázuli llegado de Oriente. Aunque fuera lazur, obtenido de una piedra de menos calidad presente en la Península, se trataba también de un pigmento difícil de conseguir salvo a precio elevado.

—¡Oh, descuida, no es lo que piensas!

—¿Índigo? —aventuró el escultor. Una de sus preocupaciones era la necesidad de pigmento azul para pintar las escenas del Paraíso en la portada. Sabía que, en un proyecto de tal dimensión, adquirirlo en grandes cantidades podía resultar prohibitivo.

—El añil no resiste el paso del tiempo —respondió el maestro repitiendo algo que Nicolás ya sabía.

—¿Qué queda? —exclamó intrigado.

—Sal de cobre tratada con amoníaco y cal, según una receta compleja, pero que parte de materiales baratos y accesibles —sonrió—. ¿Cómo crees que podría aplicar una segunda capa de no ser así? Pero lamento no poder darte más detalles, la fórmula no puede salir fuera del gremio.

—Pero es… ¡es magnífico! —exclamó comprobando el resultado sobre la portada —. Si no vira a verde o pardea con el tiempo, has dado con la solución para mi problema.

—Me temo que pasarán años hasta que tengas que preocuparte por ello. Lo que habéis iniciado allí es la obra de una vida —su gesto se torció ligeramente—. Quiera Dios darme salud para verla terminada. Pero no podremos empezar a pintar hasta que la última dovela haya sido encajada en su lugar, así que habrá tiempo de sobra para perfeccionar la receta.

Nicolás alargó la mano hasta la piedra que su hija, con rapidez, acababa de pintar. La examinó con atención, palpó el tacto untuoso entre las yemas de los dedos y asintió satisfecho. Después se la devolvió a Blanca, que retocó con cuidado la huella de su padre y la depositó en el hueco que le correspondía junto a las demás.

—¿Podré venir otro día? —le preguntó a su madre.

María vaciló, molesta aún, pero el pintor se adelantó a su respuesta.

—¡Claro que sí, muchacha! Pero termina de mezclar ese albayalde, no debe quedar ningún grumo —rio—. ¿Recuerdas lo que te he advertido sobre el blanco de plomo?

El rostro de Blanca se iluminó con una amplia sonrisa y asió la varilla para batir con fuerza.

—Que no debo llevarme los dedos a la boca si me mancho, el plomo es venenoso.

Dejaron al maestro trabajando y salieron al exterior. Se disponían a despedirse cuando se toparon con un grupo de zagales que descendían corriendo por la vuelta del castillo en dirección a la Puerta del Puente.

—¡El rey! ¡Parece que el rey está de regreso! —anunció uno de ellos a su paso. Sin duda habían divisado la comitiva desde las calles altas y corrían para ser los primeros en salir a su encuentro.

Nicolás observó cómo el temor nublaba el semblante de su hija que, de inmediato, se agarró a la manga de su madre. María también palideció y la rodeó en un gesto de protección. Casi había transcurrido un año desde la noche terrible de su huida, y la

sola visión de un soldado de la *militia regis* seguía provocando en la niña una reacción de pavor. Había visto aterrada cómo aquellos hombres arrancaban a sus padres de su lado y, aunque la separación había sido breve, el temor y el absoluto desamparo de aquellas horas habían dejado en ella una huella profunda e imborrable. La sola mención del rey la hacía temblar y, aferrada a las vestiduras de María, trataba de ocultar avergonzada las lágrimas que acudían a sus ojos.

Como cada vez que asistía a aquella reacción de pánico, Nicolás sintió que volvía a germinar dentro de él la semilla del odio.

—Volved a casa —sugirió.

—Ven con nosotras, padre —suplicó la muchacha en un tono que le puso un nudo en la garganta.

—Debo regresar a la colegiata, el trabajo me espera —le explicó con gesto sonriente mientras le pasaba los dedos por la mejilla húmeda—. En un rato estaré de vuelta con tu hermano y con Beñat.

Con el corazón en un puño, las vio alejarse. Jamás podría perdonarle al rey el daño que había causado a las dos mujeres que más quería. Por fortuna, su estancia en Tudela aquel año había sido breve: la Cruzada en tierras de Levante había prolongado su ausencia hasta las puertas del otoño y, a su regreso, había partido de inmediato a Pamplona donde, según se decía, se libraba una incruenta batalla por la silla episcopal. La incertidumbre se adueñó de él al recordarlo. Todo lo que tenía que ver con el gobierno de la Iglesia en el reino le afectaba en mayor o menor grado, pues del prior dependía la decisión de dejar las obras en unas u otras manos. En vida de Guillermo Durán habría temblado de haber sabido que sería Bernardo su sucesor, pero el inesperado giro de los acontecimientos, la revelación de que a la postre eran cuñados, había convertido al peor de los enemigos en el más seguro aliado. No confiaba, sin embargo, en la permanencia de Bernardo al frente de la congregación si, por fin, el hijo del rey Sancho había conseguido hacerse con la mitra episcopal. Tenía a su favor el hecho de haber sido elegido por la comunidad y llevar ya meses desempeñando su nueva tarea, porque un priorato vacante daría a un Ramiro convertido en obispo la oportunidad de nombrar a un clérigo de su confianza que actuara a sus órdenes y a las órdenes del rey, tras todos aquellos años de enfrentamiento con Guillermo Durán.

La curiosidad le impelió a retrasar el regreso a la colegiata y caminar hasta la muralla en busca de la escalinata que le permitiera alcanzar el adarve. Acababa de hacerlo cuando el sonido vibrante de los clarines se extendió sobre la ciudad procedente de las almenas del castillo. Al poco, empezaron a repicar las primeras campanas, a las que se unieron otras para dar la bienvenida al rey. Un reguero de gente empezó a llenar las inmediaciones del puente y la plaza de la Magdalena y pronto se vio rodeado en su atalaya. En la espera, contempló el río que descendía impetuoso, tratando de lamer los cascos de las embarcaciones que descansaban en la ribera fuera de su alcance. El puente, soberbio e inamovible con sus torreones

enhiestos y el molino en pleno funcionamiento, soportaba el paso de mulas que cargaban sacos de grano a la ida y de harina a la vuelta, amén de las que cruzaban atestadas de nabos, acelgas y alcachofas desde los campos de la orilla opuesta, bautizados con el nombre de Traslapuente por el populacho. Las decenas de mujeres que lavaban la ropa en torno a la desembocadura del Queiles se apresuraron en la tarea, y las sábanas, túnicas y briales volaron sobre los arbustos para quedar tendidos al sol.

Siempre le había sorprendido la expectación causada por la llegada del rey, ya fuera a su regreso de Pamplona o de otras sedes reales, ya volviera de las Cruzadas o de encuentros con los reyes de Aragón y de Castilla. Aquel interés momentáneo contrastaba con la normalidad con que, pocas jornadas después, se vivía en la ciudad la presencia del monarca por sus calles, camino de una iglesia, de una hacienda que hubiera despertado su posesivo interés, o de las explanadas donde se solazaba con sus caballeros con largas cabalgadas, trabando sus espadas o empuñando las lanzas en juegos más propios de las justas que se celebraban en tiempo de feria.

La avanzada, que se había dejado alcanzar al aproximarse a la ciudad, cruzó el puente por delante de la comitiva. Los miembros de la milicia real, aquellos que Blanca tanto temía, rodeaban al rey, a sus magnates y a los clérigos que lo acompañaban. Sintió vértigo al contemplar por vez primera después de un año al hombre que destacaba por encima de todos los demás. Eran su enorme envergadura y sus regias vestiduras las que llamaban la atención, aunque, por el contraste en los colores de los hábitos, la vista se veía atraída hacia los superiores de las órdenes del Temple y del Hospital. Alvar, como gran prior de Navarra, cabalgaba tres cuerpos por detrás del rey. Sería él quien le pusiera al corriente de lo sucedido entre los muros del palacio episcopal, pero lo que deseaba saber lo tenía ya ante sus ojos: Ramiro avanzaba detrás de su padre, cabizbajo a pesar de la expectación que despertaban, y no había rastro de mitra que adornara su testa.

—Pasa, hermano Raimundo, la puerta está abierta.

El monje empujó la hoja de madera y encontró al prior arrodillado sobre el reclinatorio frente a la ventana. La estancia se encontraba tan fría como el resto del monasterio en aquellos últimos días de diciembre, y no había rastro de un fuego ni brasero que la hubiera caldeado o que fuera a hacerlo. Bernardo, sin embargo, calzaba tan solo sandalias que dejaban entrever unos dedos cubiertos de sabañones. Se incorporó y dejó apoyado sobre el mueble el breviario abierto, con los salmos correspondientes al tiempo de Adviento y Navidad que, sin duda, había estado recitando.

—Lamento interrumpir tu meditación.

Fray Raimundo era un hombre alto y enjuto que a sus cuarenta años recién cumplidos ya no precisaba de la tonsura. Apenas una corona de cabello blanquecino

orlaba su cabeza por la nuca, prolongándose sobre las orejas hacia una barba entrecana que solo contribuía a afilar más su rostro descarnado.

—Terminaba ya, he de completar algunas tareas antes de vísperas —respondió señalando el cálamo y el tintero que esperaban sobre el escritorio.

—Las tareas del priorato consumen tus días —observó el monje, en pie—. ¿Cómo soportas la carga?

Bernardo se colocó tras la mesa que antes había ocupado su padre y miró al monje al tiempo que le ofrecía asiento. Raimundo había sido el más cercano al anterior prior, hasta el punto de que él lo había atendido y confortado en sus últimas horas. También con él se había mostrado próximo y solícito en aquellos primeros meses en el cargo, y su notable don de gentes, su carácter resuelto y una inteligencia despierta, lo habían convertido en un apoyo notable dentro de los muros del monasterio.

—Sabes que me abruma —respondió tras una pausa prolongada—. No es quehacer de mi gusto administrar bienes, supervisar el cobro de los diezmos y pelear por los intereses del priorato, por mucho que el ecónomo me facilite la tarea.

—Añoras el tiempo en que te dedicabas a tu pasión…

Bernardo escrutó al monje.

—¿Desde cuándo muestras esa afición de escarbar en la conciencia de los demás? —respondió un tanto a la defensiva.

—Quizá sea un don que Dios me ha dado, quizá sea el tiempo y la cercanía con nuestros hermanos, pero me precio de conocer a fondo a todos ellos, sus cuitas, sus anhelos, sus debilidades. Con tu padre llegué a mantener una relación de confianza que se prolongó hasta su último aliento.

Bernardo demudó el semblante y por un momento quedó sin habla, boquiabierto, mientras Raimundo miraba a sus propias manos apoyadas en el hábito, sobre las piernas, con un asomo de sonrisa revelador.

—¿Cómo sabes…? —exclamó, rígido.

—Él mismo me lo reveló; si no me equivoco, poco antes que a ti.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Bernardo, hablando para sí.

—Quizá temió no llegar a tiempo, quizá pensó que en el último momento no sería capaz. Me encargó que, si algo de eso sucedía, fuera yo quien te lo contara. Sin embargo, no fue necesario.

—¿Hasta ese punto llegaba vuestra familiaridad?

Raimundo se encogió de hombros y alzó las cejas al tiempo que afirmaba con la cabeza.

—Sí, llegó a confiar en mí. También es cierto que no es mío el mérito, al menos no completamente. Hasta el prior necesita en su entorno a algún confidente en quien descargar el peso de su conciencia. La sola exigencia del cumplimiento con el sacramento de la Penitencia conduce a ello. En los últimos tiempos yo fui su confesor.

—¿Confesó contigo y te reveló que era su hijo?

—¡Oh, no! —se apresuró a negar con un gesto—. En ese caso el sigilo me obligaría a callar y esta conversación no estaría teniendo lugar. Ya te he dicho que revelarte vuestra relación fue un encargo, al igual que la paternidad de María, tu hermana. No fue necesario hacerlo, pero he creído oportuno ponerte al tanto de mi conocimiento.

—¿Por qué razón?

—Para que sepas que estoy al corriente de todo y que puedes confiar en mí. Conmigo tu secreto está seguro, tanto como si lo hubiera escuchado en confesión.

Bernardo asintió con un movimiento lento de la cabeza, tratando de asimilar.

—¿Qué más sabes de mí si, como dices, has podido penetrar en el alma de todos los hermanos?

Raimundo tardó en responder. Seguía con la mirada clavada en su propio regazo, sin mirar a Bernardo a los ojos. Su expresión era serena, igual que su voz cuando habló.

—Sé que no eres feliz. Si la Divina Providencia hubiera querido que todo sucediera de otra forma, si a la muerte de Guillermo tú aún hubieras formado parte del taller de escultura, quizá ni siquiera habrías aceptado la responsabilidad del priorato. A pesar de tu continuo desencuentro con maese Nicolás, tu vocación es la escultura. Te he visto trabajar en el claustro durante años. —Hizo una pausa—. También te he observado durante las festividades de estos cuatro últimos días: Navidad, San Esteban, San Juan Evangelista, los Santos Inocentes ayer mismo… Los objetos y el ceremonial de la liturgia no provocan en ti las emociones que siempre mostraste mientras sostenías el cincel en la mano.

Bernardo lo miraba sorprendido, aunque solo alcanzaba a ver el cráneo reluciente que Raimundo le mostraba.

—Insinúas que no desempeño el papel que se espera de mí como prior —se lamentó.

—No he dicho tal cosa. Te desenvuelves con corrección, pero añoras los tiempos en que la talla de los capiteles del claustro llenaba tus días.

—De nada sirve lamentarse.

Por vez primera durante la conversación, Raimundo alzó la mirada y la clavó en los ojos de Bernardo.

—Existe la posibilidad de la renuncia. Nicolás y tú sois ahora cuñados y vuestra relación se ha enderezado. ¿Por qué no pensar en regresar a su taller, ahora que está a punto de emprender su obra más ambiciosa?

—Acepté la tarea ante el capítulo. No puedo renunciar ahora a mi promesa, sería como desistir de mis votos. ¿Qué concepto tendrían de mí los hermanos si hiciera tal cosa para dedicarme a lo que no es sino una distracción placentera? No, definitivamente no contemplo tal opción. Seguiré adelante, cumpliré los deseos de mi padre.

El prior no percibió la decepción en el semblante de Raimundo, ni la mutación de su expresión, desde la impostada cordialidad a la rabia contenida.

—Hermano Bernardo… Renunciar al cargo de prior es algo contemplado en nuestra regla. No así la ruptura de los votos, y eso es algo que ya has hecho, como hizo tu padre. La diferencia entre ambos es que engendrar hijos fornecinos es tolerado dentro de nuestras comunidades siempre que se haga con el sigilo debido y guardando las formas. En cambio, tú deberías considerar el concepto que de ti tendrían tus hermanos si supieran de tu inclinación contra natura. Hasta ahora, solo uno de ellos la conoce y la comparte.

Los monjes achacaron al frío el temblor apreciable en las manos del prior durante los oficios de vísperas. Faltaban tres hermanos, dos de ellos desde la mañana, encamados con calentura, y a ellos se había unido fray Raimundo.

A la misma hora, la puerta de la sala principal de la casa prioral de los hospitalarios se cerraba tras Álvaro de Rodas.

—Por fortuna, todo discurre según nuestros planes —explicó fray Raimundo sin poder ocultar su satisfacción—. Solo queda por confirmar que Nicolás aceptará su regreso al taller, y Bernardo presentará la renuncia.

—Deja eso de mi cuenta —respondió Alvar.

—No ha sido fácil —advirtió el monje—. La tentación de la escultura no ha sido suficiente. He tenido que utilizar la amenaza. Que Dios me perdone…

—Tienes su perdón, Raimundo, tu conciencia puede permanecer tranquila. Solo los hospitalarios estamos en condiciones de luchar por lo que de verdad importa, y tú serás desde ahora nuestro hombre en el priorato. Sin embargo, en esta partida solo hemos movido la primera tabla. Mañana en el castillo habré de sacar el resto de las piezas del tablero. Si la Divina Providencia nos ampara en la tarea, empezarás el nuevo año como prior de la colegiata.

Había insistido en que la audiencia debía ser privada, pero cuando el mayordomo del palacio le franqueó la entrada a la sala regia, lo primero que vio Alvar fue la cogulla de amplias mangas de Ramiro, sin capucha que cubriera su tonsura. Solo al volver la mirada hacia su diestra descubrió al rey cerca de la gran chimenea. Fue el clérigo quien se acercó primero a él y, ceremoniosamente como solía, hizo ademán de besar su anillo tomándolo de la mano.

—Es un placer veros de nuevo. Así puedo volver a manifestaros mi agradecimiento por el apoyo que me habéis prestado en las pasadas semanas.

—El placer es mutuo —respondió con cortesía—. Lamentablemente de poco ha servido nuestra opinión, al menos hasta ahora.

—Sin embargo, tenemos buenas noticias —explicó el rey—. Sabéis que me une

una buena amistad con Rodrigo Ximénez de Rada desde que fue mi privado. Amistad que se acentuó durante las Navas, siendo ya arzobispo de Toledo. También sabéis que nuestro Santo Padre, Honorio, lo nombró recientemente legado papal y obtuvo su permiso para organizar la Cruzada de Levante.

—Ximénez de Rada se ha mostrado dispuesto a intervenir en nuestro favor y eso ha de allanarme definitivamente el camino hacia el sillón episcopal —se adelantó Ramiro—. De algo tenía que servir la firme respuesta de mi padre a la llamada de Roma en la lucha contra el infiel.

—Una respuesta que he tenido el honor de compartir con las órdenes militares, no lo olvides nunca —intervino el rey acercándose a ambos—. Con Álvaro de Rodas siempre al frente de los hospitalarios, al igual que en Las Navas de Tolosa.

Alvar observó la figura enorme de Sancho. Nunca dejaría de imponerle como imponía a todos sus interlocutores, aunque el paso del tiempo empezaba a dejar su huella. La cojera que arrastraba se había acentuado y, aunque nunca había hablado de ello en presencia de la hueste ni de sus oficiales, se afirmaba que la causa era una herida en la pierna producida en el campo de batalla, que habría degenerado en una úlcera insidiosa que los físicos no conseguían curar.

Sus sentimientos hacia él eran ambivalentes: por un lado, detestaba al hombre dominado por las pasiones y los bajos instintos, al mujeriego, bebedor y al tahúr que había estado a punto de arruinar la vida de Nicolás y de su familia. Por otro, sin embargo, admiraba al monarca que había conducido a su reino a una prosperidad por la que nadie hubiera apostado a su llegada al trono; al cruzado que, superadas las vacilaciones y la connivencia inicial con Al-Nasir, había contribuido con la fuerza de su espada a la defensa de la Cristiandad frente al peligro almohade.

—¿A qué se debe la urgencia? —interrogó el rey.

—Enseguida lo entenderéis. Anoche tuve conocimiento de que el prior Bernardo se propone renunciar al cargo. Si no me equivoco, lo comunicará hoy mismo al capítulo.

Padre e hijo se miraron con sorpresa. Ambos mudaron el semblante. Ramiro hizo ademán de hablar, pero decidió callar, y se limitó a indicar algo a su padre con un gesto.

—Permítenos deliberar en privado —ordenó el rey.

Aunque su tono no dejaba lugar a la réplica, Alvar no se movió del sitio.

—Excusadme, señor. Intuyo cuál puede ser el motivo de vuestra preocupación. Tras vuestro enfrentamiento con el anterior prior, el nombre de quien ahora haya de suceder a fray Bernardo resulta vital para vos. Con Ramiro como obispo, tendríais la oportunidad de… —dudó a la hora de elegir la palabra— proponer un candidato; pero tal nombramiento no se ha producido, al menos no todavía. Sin embargo, si la renuncia se hace efectiva, será de nuevo la comunidad reunida en capítulo la que escoja a su nuevo superior.

—¡Eso no sucederá! —afirmó Ramiro tajante—. Hay que impedir a toda costa

que renuncie ahora. Llámalo a tu presencia, padre. Lo convenceremos para que permanezca en el cargo para el que fue elegido, al menos hasta que yo sea proclamado obispo. Si es necesario, ¡tendrás que usar la fuerza!

Alvar tragó saliva. No contaba con aquella reacción. Su error había sido dar por supuesto que ya no le sería posible hacerse con el báculo, cosa que, al parecer, no estaba descartada y tal vez no tardara en suceder. Trató de pensar rápido.

—¿Y a quién pondréis en el puesto cuando tengáis la oportunidad? —preguntó—. Quizá tengáis al candidato adecuado más cerca de lo que pensáis.

—No os entiendo —afirmó Sancho quien, cojeando de manera patente, se había dejado caer en un sitial con una mueca de dolor.

Alvar se decidió a hacer la pregunta que le quemaba en la boca. Sabía que era arriesgado, pero había decidido apostar fuerte.

—¿Sabe vuestro hijo de la existencia de…?

No le fue necesario terminar, pues el rey afirmó de inmediato.

—Al menos en lo fundamental.

—En ese caso navegamos en el mismo barco. A ninguno se nos oculta que es decisivo colocar en el priorato a un hombre de la más absoluta confianza. Todos saldremos ganando con ello. No podéis permitiros tener al frente de la Iglesia de Tudela a alguien que, de nuevo, pueda someteros a extorsión a cambio de guardar silencio. Tampoco es conveniente que haya más clérigos que conozcan la existencia de ese pergamino, al menos mientras la amenaza almohade persista.

—Bernardo, al ceder el mando, está obligado a hacer partícipe a su sucesor de cuantos asuntos importantes afectan al priorato, sea quien sea el elegido —objetó Ramiro.

—Algo que carecería de importancia si el futuro prior ya lo conoce.

—¡Hablad claro! ¿En quién estáis pensando?

—En un hombre de mi plena confianza, alguien que en su juventud en tierras aragonesas perteneció a la Orden del Hospital antes de profesar en el priorato. De hecho, si en las reuniones del Sínodo habéis contado con el apoyo fundamental de la Orden es porque confiaba en que, una vez elevado a la dignidad de obispo, podría contar con vuestro apoyo hacia fray Raimundo, que no es otro su nombre. Ahora, con la repentina decisión del pusilánime Bernardo —mintió—, todo se ha precipitado y sería un escándalo tratar de detener la elección de un nuevo prior. Si el postulante es Raimundo, llegaréis al obispado con un asunto menos del que cuidaros. Y vos, mi señor, contaréis con un prior agradecido y fiel a través de la lealtad que me debe como hospitalario. Porque debéis saber que nunca renunció al compromiso asumido en su juventud, sino que a él sumó los votos que le permitieron ingresar, como una misión divina, en la orden de los agustinos.

—¿Todo este tiempo habéis tenido a un hospitalario dentro del priorato? —exclamó Ramiro.

—No solo uno. Hubo otro, al que yo hice canciller y que durante años asistió a las

deliberaciones de la *curia regis*.

—¿El chantre Fortún? —Ramiro mostraba un genuino asombro.

—Fue mi antecesor quien lo destinó a esa misión; su nombramiento no se encuentra en mi larga nómina de pecados —observó Alvar de manera enigmática.

—Es evidente que me queda mucho que aprender antes de sentarme seguro en la silla episcopal —ironizó Ramiro.

—Un buen gobernante, tanto en asuntos de Dios como de los hombres, sea prior, obispo o rey, debe saber prever las consecuencias de sus decisiones. Cuando vuestro padre, hace lustros, inició la política de adquisición de castillos en tierras de frontera fue tachado de loco por muchos. Solo en los últimos años, promulgada la Cruzada, ha cobrado con creces los réditos de aquellos préstamos que, impagados, pusieron en sus manos la propiedad de tantas fortalezas. Sin ellas, las razias en tierras de Levante no serían posibles, ni los botines capturados en ellas llenarían las arcas del reino. Considerad el nombramiento de Raimundo como una inversión y yo os aseguro que cobraréis los réditos de vuestra conformidad.

—¿Qué decís, padre?

—Supongo que en estas circunstancias no tenemos alternativa —respondió el rey —. Por otra parte, los años pasados compartiendo campamentos en campaña, me han hecho conocer los métodos de Álvaro. Hay argumentos que se ha reservado, sin pronunciarlos en voz alta.

—¿Argumentos? ¿Qué argumentos?

—Álvaro de Rodas trata de convencer con la palabra. Solo si ello no es posible… recurre a la amenaza. Esta vez podéis ahorrárosla. Aceptamos a Raimundo como prior.

Alvar asintió circunspecto, tratando de no mostrar la sensación de triunfo que lo embargaba.

—Sin embargo, mi señor, aún queda lo más peliagudo. Hemos de conseguir que la comunidad opte por él en el capítulo. Con seguridad habrá más postulantes.

—Vos conocéis mejor que nadie los entresijos del priorato. Los ojos de vuestro candidato han sido vuestros ojos.

—Cierto, señor. Por eso sé que hay algo que los monjes no podrán rechazar si es Raimundo quien se lo ofrece.

—¿A qué os referís?

—Donad las cadenas que arrebatasteis al miramamolín para que cuelguen en el altar de la colegiata como símbolo de la victoria de la Cristiandad sobre los infieles… Y os aseguro que el voto de los hermanos será unánime.

El primer domingo de febrero, día de la Candelaria, iba a ser recordado por todos los habitantes de la ciudad y aun del reino. El obispo Ramiro lo había concebido como una jornada de exaltación en la que pretendía mostrarse ante la comunidad de

fieles tras su reciente toma de posesión, pero el verdadero motivo de la ceremonia era la solemne entrega al cabildo de las cadenas ganadas a los infieles por su padre, el rey, en la batalla de Las Navas. En los años transcurridos desde entonces, narradores, juglares y trovadores habían recorrido los cuatro puntos cardinales del reino loando la gesta del monarca, y no quedaba un súbdito que no hubiera oído hablar de aquel lejano lugar, de las temibles huestes del miramamolín y de las cadenas que Sancho había traído consigo a su regreso, convertidas ya en un símbolo de la victoria.

Concurrían todas las circunstancias para hacer de aquella una jornada memorable a la mayor gloria de Navarra y de su Iglesia. Ambos, reino y Sínodo navarro, aparecían encabezados por fin, en aquel inicio del año del Señor de 1220, por dos miembros de la dinastía Ximena. Por ello había hecho partir mensajeros hacia todos los rincones del reino: ciudades, abadías, monasterios, colegiatas, encomiendas, tenencias y heredades habían recibido la visita de emisarios que los convocaban en Tudela para aquella fecha.

Había pergeñado con cuidado el desarrollo de la jornada, atendiendo a cada detalle, dando importancia a cualquier símbolo que pudiera remarcar la idea de que el reino, años atrás a punto de sucumbir asfixiado entre la poderosa Castilla y el pujante Aragón, había logrado ponerse en pie de la mano del rey más grande que hubiera conocido aquella tierra.

Padre e hijo, a solas, habían brindado con buen vino en las dependencias del palacio episcopal de Pamplona tras la ceremonia de toma de posesión del nuevo prelado; las copas bañadas en oro que ambos sostenían en las manos aquel día no desentonaban con la hermosa mitra que descansaba sobre la misma mesa. Ambos habían imaginado entonces los festejos que Ramiro se disponía a organizar: el desfile desde la Puerta Ferrena del castillo hasta la capilla real de San Nicolás, con el rey a caballo escoltado por todos los caballeros, magnates y ricoshombres que le habían acompañado en la batalla ocho años atrás y durante las posteriores campañas de la Cruzada levantina; los clarines, los atabales y las fanfarrias atronando el espacio para anunciar lo excepcional del acontecimiento; las cadenas de Al-Nasir convertidas en alegoría de la victoria, portadas sobre andas revestidas con llamativas telas, justo por delante del monarca; la entrega solemne de aquel excepcional presente al nuevo obispo de Pamplona, él mismo. Este acto debería tener lugar ante el atrio de San Nicolás, la que siempre había sido capilla real, donde quizá tuviera lugar una breve ceremonia religiosa; la procesión posterior por las calles de Tudela hasta la colegiata, en medio del repique de todas las campanas de la ciudad, con todos los celebrantes reunidos para la ocasión y ataviados con los más llamativos ornamentos litúrgicos; la ceremonia concelebrada ante el altar mayor de Santa María en medio de la mayor pompa, con el rey, su padre, situado en lugar preferente, tal vez en una plataforma revestida de sedas con el sitial sobre ella a modo de trono; y el banquete posterior, y el mercado, la feria y las justas convocadas para completar la jornada. Decididamente, había mucho que celebrar y sería una jornada memorable.

Alvar era uno de los oficiantes que rodeaban al obispo Ramiro sobre el altar. La visión que desde allí tenía era magnífica, aunque en nada se pareciera a la que había de presentar la colegiata tras la finalización de las obras. Las plataformas de madera y las lonas que cubrían las naves aún sin abovedar y muchos de los enormes ventanales; el rosetón que daría luz a los pies del templo cubierto por andamios, igual que la Puerta del Juicio que se abriría debajo; los propios andamiajes que no era posible retirar sin retrasar la obra durante meses… Aun así, cientos de hachones de cera llenaban de una hermosa luz amarillenta las tres naves repletas de hombres y mujeres llegados de todos los rincones del reino, amén de los fieles de la ciudad que habían logrado encontrar acomodo entre los muros del templo.

Los monjes agustinos entonaban hermosas antífonas bajo la dirección del nuevo chantre llegado desde la catedral de Pamplona, quizá para la ocasión, quizá para sustituir de forma definitiva al que, sin que nadie lo sospechara, se pudría a unas cuantas varas bajo la nave de la epístola.

Miró a su lado izquierdo, donde reconoció al abad de La Oliva y al de Leyre, a varios canónigos miembros del cabildo de Pamplona, al prior de Roncesvalles, y a otros muchos cuyos rostros le resultaban familiares tras las recientes reuniones del Sínodo episcopal. A su diestra observó a algunos prelados procedentes incluso de los reinos vecinos como los abades de Fitero, de Veruela y el de Santa María de la Huerta, el arcediano de Tarazona; vio al maestre del Temple y a los abades de Irache e Iranzu con otros clérigos del entorno de Estella y Monjardín, que finalmente habían acudido a pesar del contencioso que los enfrentaba con el nuevo obispo y con el rey. Estimó en cuatro decenas el número de oficiantes, cuyas casullas y vestimentas litúrgicas rivalizaban en riqueza y esplendor, dispuestos en un arco abierto en torno al rey de Navarra, situado en un lugar destacado a los pies del altar.

En el centro, bajo el sagrario, sobre una tarima forrada de escarlata en la que se alineaban tres hermosos sitiales, se sentaba aquel que Sancho, asombrosamente, había conseguido atraer hasta la ciudad. El legado papal Rodrigo Ximénez de Rada, el hombre por cuya intercesión su hijo había logrado la mitra, ocupaba el lugar preeminente; a su diestra se sentaba, orgulloso, el propio Ramiro y se había cedido el tercer asiento al anfitrión, el prior Raimundo, quien sería distinguido con el honor de recibir las cadenas de manos del rey apenas un mes después de su elección.

CUARTA PARTE

45

Año del Señor de 1233 (catorce años después)

El carbón apilado en torno a la redoma de vidrio producía un fuego sin llama que parecía oscilar ante los ojos al ritmo de corrientes de aire imperceptibles. Blanca había observado con expectación cómo se fundía el azufre del fondo y se mezclaba con el mercurio brillante para dar lugar a una masa de desagradable color negro y olor más que peculiar. Sin embargo, sabía que, si seguía calentando el recipiente con aquel fuego lento que había aprendido a dominar, la mezcla acabaría por volatilizarse. Sonrió al ver los primeros vapores azules saliendo por la boca de la redoma cubierta por un trozo de teja, pero no hizo nada, salvo contemplar el hermoso espectáculo. Tampoco cuando el azul viró a amarillo, aunque entonces tomó las tenazas, dispuesta a apartarla del fuego. Lo hizo cuando el vapor adquirió un tono color rojo intenso y una sustancia de color parduzco empezó a depositarse en el cuello del recipiente. Sabía que, una vez recogido en el mortero y reducido a polvo, aquel precipitado adquiriría el bello tono rojo vivo del bermellón.

A veces la obtención de los colores era fruto de operaciones muy simples como el molido de pigmentos naturales, pero en otras, y aquella era una de ellas, era la alquimia la que entraba en juego transformando unas sustancias en otras, de modo que ningún profano podría ser convencido de que la mutación de aquella pasta oscura en hermoso polvo rojo no era producto de la magia. No lo era, bien lo sabía: se trataba de procesos que podían repetirse con resultados idénticos si las condiciones eran las mismas; los fracasos, por el contrario, estaban asegurados a poco que se alteraran las condiciones. El bermellón como el que estaba fabricando dejaba de mostrar su hermoso tono si el calor aplicado no era el correcto, o si las proporciones o la calidad de sus componentes, el mercurio y el azufre, se modificaban en lo más mínimo.

El que antaño había sido el patio de la casa de Ismail, en la morería, era el lugar que Blanca había elegido para preparar sus colores con las técnicas aprendidas durante años junto al viejo Salvador, el maestro policromador. Además, el acceso al *scriptorium* le había abierto una nueva ventana a recetarios que se había hecho traducir, dado su desconocimiento del latín. Así, las copias en romance de *De coloribus faciendis* o *De coloribus diversis* descansaban siempre abiertas por alguna de sus páginas, manchadas con los polvos del color que enseñaban a preparar. Nicolás, en su búsqueda continua de inspiración para la Puerta del Juicio, había dado con un manuscrito traducido por Robert de Chester de un alquimista árabe llamado Geber que revelaba las fórmulas para obtener, entre otros, el precioso azul ultramar.

Hacía años que Salvador repetía que ya no era él el maestro, pues nada le quedaba

por enseñar a aquella muchacha fascinada desde niña por la pintura. Era ella la que, excitada, acudía a mostrarle el resultado de una variación en una receta, sorprendida por un nuevo tono, un poder de cubrición mayor o la similitud de un pigmento obtenido por alquimia con otro más raro y costoso.

Recogido en un tarro todo el precipitado de bermellón, se acercó al otro fuego que ardía en la vieja chimenea cubierta por el porche. Allí, uno de los oficiales de Salvador se afanaba con el segundo componente que habrían de usar para obtener el color rojo definitivo. El joven llevaba el agotamiento reflejado en el rostro, después del laborioso proceso de preparación del minio. El blanco de plomo dispuesto en una orza de barro debía tostarse durante dos días con sus noches en un fuego fuerte, pero sin llama que penetrara en el cántaro. Para ello era preciso amontonar el carbón hasta que alcanzaba la mitad de la altura del recipiente, un carbón que debía ser grueso para permitir que el aire circulara entre los fragmentos incandescentes y la combustión fuera viva. Al calentarse empezaba la tarea de agitado con una cuchara, de manera que la sustancia caliente en contacto con las paredes de la orza se mezclara de manera uniforme con la parte tibia del centro. Este proceso debía repetirse cuatro o cinco veces en el espacio de dos o tres horas. El oficial y un aprendiz se habían turnado durante aquellos dos días, tras los cuales el blanco del albayalde había dado lugar a un pigmento de color rojizo, brillante y con un excelente poder cubriente.

Solo restaría saber mezclar minio y bermellón de la manera adecuada a la hora de pintar para obtener un color más intenso, más cubriente y más duradero que cualquiera de sus componentes por separado.

—Anochece ya, Samuel. Yo me quedaré —sugirió—. Regresa con tu esposa. Por la mañana estará terminado.

El oficial negó con la cabeza.

—No os dejaré sola en la casa.

Los oficiales y aprendices respetaban a aquella joven a la que algunos doblaban la edad. El proceso de aceptación había sido gradual y los acontecimientos se habían sucedido de la forma más natural entre los miembros del taller de pintura. La simpatía hacia la niña curiosa que jugaba a colorear piedras había dado paso al asombrado reconocimiento de sus aptitudes y, desde ahí, a la admiración por los progresos introducidos que iban un paso más allá de lo que el propio Salvador era capaz de aportar. Las murmuraciones habían llegado de fuera: no eran pocos los hombres que, compartiendo los trabajos en la colegiata, se burlaban de los pintores que aceptaban sin protestar las indicaciones de una mujer. No eran pocas las que aportaban su fuerza y su pericia a las obras: se había convertido en algo usual verlas mezclando la cal, la arena y las cenizas para preparar la argamasa, portando los calderos o trenzando el cáñamo de cabos y sogas, pero siempre ocupando el último eslabón de la cadena, sin nadie por debajo que tuviera que obedecer sus órdenes, ni siquiera los más jóvenes y bisoños aprendices. El salario que recibían era siempre menor que el de los varones, algo que a nadie resultaba extraño, y todas lo aceptaban como algo inmutable.

—No estará sola, Samuel. —La voz de Nicolás a sus espaldas los sobresaltó—. Puedes irte tranquilo.

—No te había oído entrar, padre. ¡Ah, y Salvador! —saludó Blanca también al ver el rostro del anciano tras él.

El pintor se dirigió a la mesa donde había trabajado la muchacha y, con cierto temblor, tomó una varilla para remover el contenido del tarro.

—¡Buen trabajo! Será un bermellón excelente. Y lo vamos a necesitar en cantidad, ¡tu padre no está escatimando las escenas del Infierno en esa puerta!

Blanca tomó el cucharón de la mano de Samuel y siguió removiendo con habilidad el contenido rojizo de la orza. El oficial se limpió las manos en el cubo de agua manchada que descansaba junto a la mesa y se despidió. El cercano y familiar sonido del muecín llamando a la oración vespertina desde el alminar de la mezquita les advirtió de lo avanzado de la hora.

—Tu madre no tardará en llegar con la cena —le informó Nicolás—. Adivinaba que no dejarías ese caldero solo esta noche y se ha quedado preparando una empanada. Iba a pasar por el horno de Aldara para cocerla.

—Y vendrá a toda prisa para que no se enfríe —sonrió Blanca agradecida—. Y yo que pensaba conformarme con un par de huevos duros…

Señaló dos grandes hueveras de alambre llenas de huevos de gallina. Se usaban sus yemas, solas o mezcladas con aceite de lino, tanto como aglutinantes para los pigmentos en la preparación de la pintura como en la imprimación de la piedra.

—Lástima que no sea un buen guiso —bromeó Nicolás mirando el caldero humeante de minio.

El maestro pintor esbozó una ligera sonrisa que al instante se apagó en sus labios y Blanca reparó en ello.

—¿Estás bien, Salvador? —preguntó mientras también de su rostro se borraba la sonrisa. El anciano cabeceó afirmando.

—Estoy bien —afirmó—. Es tan solo que debo hablar con ambos. Sentémonos.

Padre e hija intercambiaron una mirada. Blanca, con la piel del rostro perlada por el sudor, se sentó en la banqueta dispuesta junto al fuego. Nicolás pareció agradecer la silla que le ofreció el pintor y se dejó caer en ella con un sonido que denotaba alivio. El año anterior había cumplido los sesenta y, aunque su actividad incesante en aquellos años de construcción de la Puerta lo había mantenido fuerte como un toro, agradecía encontrar un lugar donde sentarse al final de la jornada.

El rostro de Salvador sí que aparecía cubierto de arrugas, acentuadas por las sombras a la escasa luz de las brasas. Se pasó las manos por la larga barba y después se las miró. Bajo las uñas quedaban restos de pintura, e inició una tarea inconsciente y sistemática para sacarlos de allí con las dos manos apoyadas en el regazo.

—Durante todos estos años y, sobre todo al final de la construcción de la Puerta, hemos trabajado hombro con hombro. —Miró a Nicolás con aprecio y respeto—. Ha llegado el momento que tanto esperábamos, el día en que estos colores empezarán a

darle vida.

—Será tu gran obra. Vas a poder demostrar tu habilidad y tu experiencia.

Salvador, muy despacio, negó con la cabeza y permaneció callado un instante.

—No, Nicolás —respondió al fin, consternado—. De esto precisamente quería hablaros; ya no me siento capaz.

El escultor se incorporó, sinceramente alarmado.

—¿Quién sino tú es capaz de llevar a cabo esta tarea? Hemos pasado jornadas enteras pergeñando las escenas, imaginando los colores, preparando la piedra para recibir la imprimación y las capas de pintura que están por dar. Conoces cada dovela, cada escena… La simbología que hemos querido representar ha de cobrar todo su sentido con las combinaciones de matices que ya hemos discutido. El código de colores que apliques ha de servir para diferenciar escenas y personajes, para indicar la clase social según el tono de las carnaciones, para ordenar la lectura de la puerta según las secuencias narrativas que hemos propuesto, para guiar la mirada del visitante hacia la figura del Juez Supremo…

—¡Nada de eso se me olvida, Nicolás! —objetó el policromador—, pero…

—¡No puede haber un «pero»! —le cortó asustado.

—Y sin embargo, lo hay. —El tono de su voz era ahora de tristeza, que se transformó en angustia para continuar—. ¡Apenas veo nada, Nicolás! ¡No puedo arruinar la obra de tu vida por mi ambición y por mi orgullo! El trabajo que espera en esa portada es meticuloso, las últimas capas de imprimación deben aún cubrir las imperfecciones de la talla, dar continuidad a las figuras en las juntas de unión entre las piedras… Y yo pierdo la vista a pasos agigantados. ¡Ni siquiera puedo leer ya tus anotaciones!

—¡Oh, Salvador! —gimió Blanca al tiempo que dejaba el cucharón dentro de la marmita para acercarse. Se colocó a su lado y le pasó la mano por la mejilla arrugada en un gesto de cariño. Aquello hizo que terminara de esfumarse el fingido aplomo del anciano, quien se inclinó sobre las manos para cubrirse el rostro, atrapado por el llanto.

—¿Desde cuándo te sucede? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar a Nicolás.

—Hará dos años, aunque en los últimos meses se ha acentuado de forma notable. Por eso he tenido tiempo de reflexionar y de preparar este momento. Solo me preocupa no poder serte útil, no servirte de ayuda en la etapa final, aunque sé que el mejor resultado está garantizado.

—¿Samuel? ¿Norberto quizá? —De manera egoísta, Nicolás se sorprendió a sí mismo pensando en el mejor sustituto para el maestro.

Salvador se volvió hacia Blanca y le cogió la mano que aún apoyaba en su hombro.

—No, Nicolás. —Ambos son excelentes pintores, pero sabes mejor que yo que su trabajo no soporta ninguna comparación con el de tu hija. Se puso en pie y entonces

la tomó por ambas muñecas—. Tú, Blanca. Debes ser tú quien dirija el taller en adelante y hacerte cargo de la policromía de la Puerta.

La joven tragó saliva y durante un instante pareció incapaz de decir nada. Escrutó los ojos vidriosos de su maestro y, antes de hablar, volvió la mirada hacia su padre.

—No negaré que me siento capaz de asumir la tarea —se sinceró al fin—. Llevo toda mi vida preparándome para ello. Pero sabéis que esto os podría acarrear problemas. El resto de los maestros no aceptará fácilmente a una mujer entre ellos. Quizá ni siquiera el prior lo acepte. No quiero poner en riesgo el contrato de obra que rubricasteis con el cabildo. Tu decisión podría ser motivo para una rescisión; hay otros muchos talleres de pintores en el reino.

—Miguel de Monzón es un hombre de inteligencia aguda y la intransigencia no está entre sus defectos —respondió el maestro—. Llevo ocho años tratando con él, desde que ocupa el puesto de prior, y sé que me apoyará en esta decisión. Conoce bien el trabajo que las mujeres pueden desarrollar como iluminadoras; sor Isabel, la hermana pintora del monasterio de Tulebras, es buen ejemplo de ello.

—Ellas pintan sobre pergamino y sobre tabla en la intimidad de sus celdas. Nada comparable con la tarea que espera en la Puerta —siguió objetando Blanca, tal vez buscando argumentos para convencerse a sí misma.

—No veo la diferencia —insistió Salvador—. Me has demostrado con creces que también en la pintura sobre piedra eres la mejor.

—¿Estás seguro, Salvador? —Aunque tratara de ocultarlo, la emoción estaba presente en la voz y en los ojos de Nicolás.

—Tan seguro como que tú te sientes ahora el hombre más afortunado del mundo —rio—. Has trabajado quince años codo a codo con tu hijo Pedro y con tu cuñado Bernardo labrando esa puerta magnífica, y ahora vas a culminar la tarea dándole color con Blanca. Nadie como ella conoce tus intenciones y tus deseos, mejor incluso que yo, pues ha consultado los mismos textos, conoce a la perfección la simbología de los colores, ha contemplado los mismos pergaminos iluminados y juntos habéis pasado cien veladas con esa portada como único tema de conversación.

Blanca se volvió hacia su maestro y, en un arranque, se abrazó a él murmurando palabras de agradecimiento. Después fue el turno de Nicolás. Por fin, padre e hija quedaron frente a frente, se tomaron entre los brazos y dejaron que las lágrimas fluyeran hasta que la necesidad de seguir removiendo el caldero obligó a la joven a regresar junto al fuego.

Dos voces infantiles en el zaguán les advirtieron de la llegada de visitantes. El rostro de Blanca se iluminó y con los dedos terminó de borrar las señales del llanto. Al instante, los dos pequeños que protagonizaban el alboroto atravesaron la puerta que comunicaba la casa de Ismail con el taller.

—¡Madre! —gritó el mayor arrojándose a las telas de su brial.

—¡Madre! —imitó la pequeña, despertando las risas de todos.

—¡María, pequeña! ¡Nicolás…! ¡Oh, qué sorpresa! Saludad a Salvador y dad un

beso a vuestro abuelo —les indicó.

—No he visto inconveniente en que me acompañaran —trató de excusarse María mientras hacía sitio para depositar la aromática empanada sobre la mesa—. Querían verte antes de dormir.

—Has hecho bien —respondió Blanca mientras hundía los dedos en el cabello rubio de sus dos hijos. Después su mirada se vio atraída por otra figura que permanecía bajo el dintel—. ¡Leandro!

—Han venido todos y yo no he tenido más remedio que seguir el olor de esa empanada —bromeó mientras se adelantaba unos pasos para besar a su esposa en la mejilla.

—Bajo a la bodega —anunció Nicolás risueño—. Ven conmigo, Leandro. Tu esposa tiene algo que anunciarte, y necesitamos buen vino para celebrarlo.

El joven se quedó parado mirando fijamente el vientre de su esposa.

—¿Otra vez…? ¿Estás…?

Nicolás, Salvador y Blanca estallaron en una carcajada.

—No, cariño, no estoy encinta de nuevo, al menos que yo sepa —rio—. Esta vez es mucho peor.

Juan Pérez de Baztán, el alférez real, llamó a la puerta antes de entrar al aposento y empujó la hoja al no recibir respuesta. Lo recibió el insufrible hedor que en los últimos tiempos colmaba cualquier estancia que ocupara el rey Sancho. Ninguno de los físicos que lo atendían había conseguido atajar el mal que afectaba a su pierna, y la úlcera se había extendido por toda ella. El anciano parecía dormitar sobre el lecho, cubierto tan solo por un largo camisón blanco que no lograba ocultar su gordura excesiva. La cojera que había arrastrado durante lustros, desde las lejanas campañas de la Cruzada de Levante junto a Rodrigo Ximénez de Rada, lo habían conducido de forma inevitable a la inmovilidad y a una obesidad que lo avergonzaba hasta el punto de negarse a aparecer en público salvo en muy contadas ocasiones. La llaga aparecía cubierta tan solo con un paño blanco que, además de refrescarle la pierna, ocultaba a la vista de los demás la desagradable visión de las carnes podridas.

Pronto regresarían los médicos para aplicarle sus remedios y, con ellos, los gritos y las maldiciones del rey cuando estos trataran de limpiar la úlcera para cambiar los trozos de carne de gallina que a modo de emplasto la cubría. Juan desconfiaba de aquel remedio, pero, si los mejores físicos del reino aseguraban que era el más adecuado, poco podía oponer, salvo manifestar de forma discreta sus reparos cuando se quedaba a solas con el rey. Discutían los médicos a menudo, a grandes voces incluso delante de la servidumbre: unos opinaban que la mejor manera de luchar contra aquel cangrejo que desde el interior le devoraba las carnes al rey era darle gallina fresca para que así dejara de carcomer la pierna con la que se había cebado; otros iban más allá y, estando de acuerdo en que la gallina era el remedio más eficaz,

prescribían que se aplicara viva a la herida. Desplumaban el trasero del ave y colocaban la cloaca sobre la úlcera, mientras le echaban el pico hacia atrás para obligarla a succionar por la parte posterior, en medio de las imprecaciones y los gritos de dolor del desdichado paciente. Después se le daba a beber la medida estipulada de triaca y el rey reposaba calmado durante unas horas, como en aquel momento. Sospechaba el alférez que el efecto beneficioso se debía más al opio y al vino caliente que contenía la triaca que a los méritos de las gallinas, vivas o muertas. En ocasiones el rey despertaba atormentado por el dolor y era entonces cuando el hedor de la llaga se disimulaba con el aroma de las pipas de hachís a las que, decían, se había aficionado en tiempos pasados, en alguna de las tafurerías de la ciudad.

—Ah, eres tú, Martín. —El anciano rey abrió los ojos cansados que posó en el rostro barbado del cortesano—. Por fin estás de vuelta.

Juan Pérez no se molestó en contradecirle. No era la primera vez que, en su desvarío, lo tomaba por Martín Íñiguez, el oficial que décadas atrás se había convertido en su hombre de confianza y que, al parecer, no había regresado nunca de una de las misiones que Sancho le había confiado.

—El maestro de obras manda recado para advertiros de que se acerca la fecha. Hoy es segunda feria y lo que esperáis debería tener lugar en el amanecer de la cuarta.

El rey pareció espabilarse.

—¡Dos días! —exclamó—. Preparadlo todo para mañana, antes de vísperas.

Las visitas de José de Tolosa al castillo para explicarle la marcha de las obras se habían hecho habituales. Hacía mucho que a él caminar se le hacía imposible y montar su cabalgadura le suponía un esfuerzo y una humillación, al tener que ser ayudado por media docena de *milites* para sentarse sobre la silla. Aun entonces, el lomo del animal se arqueaba por las muchas arrobas que tenía que soportar y las miradas de sus asistentes revelaban el temor a que terminara por partirle el espinazo. Hacía mucho mucho tiempo, que no había visitado la colegiata, aunque pasaba horas muertas contemplando los trabajos desde la atalaya en que había convertido su ventanal, con el lecho alzado sobre sólidos caballetes junto a él.

El maestro de obras le había puesto al corriente de la forma en que se habían alzado las bóvedas, aunque le había costado comprender los conceptos que él manejaba con soltura: le hablaba de nervaduras, tensiones, plementos, pilares de descarga, de proporciones áureas, de la orientación del templo según los astros, y solo con el tiempo había logrado captar la dificultad, la ciencia y el oficio que había detrás de una construcción como la que se alzaba allá abajo, a los pies del castillo. Apenas había sido consciente del avance de los trabajos en aquellos años, que habían conseguido completar el abovedado de todas las naves, excepto los tramos más cercanos al acceso de poniente. Recordaba bien el momento en que las enormes cabrias alzadas sobre el suntuoso edificio habían depositado con precisión la clave del crucero, el eco de los vítores de la ciudad entera que habían remontado el cerro

para colarse en sus aposentos, antes de que todas las campanas de Tudela estallaran en un concierto desaforado de bandeos y repiques.

A pesar de los ojos llorosos y la vista cada vez menos aguda, había contemplado cómo en el último año se había avanzado de manera vertiginosa en el cubrimiento de las bóvedas con las formidables estructuras de madera destinadas a soportar las cubiertas de teja, cocidas en los dos grandes hornos instalados en las laderas del castillo y que él mismo había contribuido a sufragar.

Lo cierto era que, tras la muerte del prior Guillermo y la elección de Ramiro como obispo de Pamplona, las relaciones con el cabildo se habían normalizado. Las arcas del reino habían empezado a rebosar, las donaciones a la colegiata se habían sucedido y, de manera apenas perceptible, comenzó a considerar el templo como una obra suya. Así, cinco años atrás se había iniciado la elevación del campanario que albergaba ya las dos campanas de bronce más pesadas de la ciudad. En aquel momento había estado en condiciones de exigir que el cabildo se comprometiera a colocar perpetuamente veinticuatro cirios de cera, cada uno de una libra, en las diez solemnidades principales del año litúrgico en sufragio por su alma. Desde entonces, cada día de Navidad, Epifanía, la Candelaria, la Anunciación, el Domingo de Resurrección, la Ascensión, Pentecostés, la Asunción, la Natividad de la Virgen y Todos los Santos, las dos docenas de cirios ardían durante la celebración de la misa mayor y durante el rezo de las vísperas y los maitines.

Aquel martes, el vigésimo día del mes de junio, la ciudad asintió atónita al espectáculo extraordinario que se ofreció a sus ojos. Ya existía curiosidad por los preparativos que se habían sucedido en torno a la Puerta del Juicio, cubierta todavía por los andamios y las lonas colocados catorce años atrás. Por encima del rosetón que presidía la nave central había asomado la víspera el brazo articulado de una enorme cabria y de sus poleas se descolgaban dos gruesas maromas que alcanzaban el pavimento a sus pies, justo ante la embocadura de la calleja donde se abría la puerta de La Tabla Real. Cuando se corrió la voz de que el rey había abandonado el castillo y se dirigía hacia allí, los guardias de la milicia se vieron obligados a intervenir para acotar el paso en las calles adyacentes. José de Tolosa y el prior Miguel esperaban bajo la torre nueva que se alzaba sobre sus cabezas. Se hizo el silencio cuando la comitiva entró en la plaza. Fue un silencio producido por el asombro y el estupor, seguido por un murmullo creciente de comentarios que, de boca en boca, empezaron a circular hasta alcanzar a quienes no tenían visión directa de lo que sucedía. Sancho apenas se tenía sobre el caballo. Obeso hasta la deformidad, enormemente envejecido y demacrado, la que antaño había sido una barba espesa se mostraba rala y amarillenta. Solo sus ropajes, sin duda arreglados añadiendo tela aquí y allá para adaptarlos a sus carnes, le daban un toque de realeza y dignidad. Varios *milites* se apresuraron hacia él para ayudarlo a descabalgar, bien aleccionados para evitar

cualquier roce de su pierna izquierda con los aparejos de montar. El alférez real, Juan Pérez de Baztán, se colocó a su costado tras descender de su propia montura.

—Mi señor, todo está preparado según vuestras órdenes —declaró José de Tolosa al recibirlo tras el saludo del prior—. Los carpinteros han construido esta plataforma. ¿Creéis que podréis sujetaros o es preciso que… se os ate?

Más que una plataforma se trataba de un cajón de madera cerrado en todo su perímetro excepto por una abertura provista de una portezuela con bisagras. Cuatro gruesas cadenas pareadas partían de los ángulos de la base y convergían en dos argollas de hierro a las que se habían anudado las maromas que descendían de lo alto.

—Me bastaré solo —respondió Sancho al tiempo que se sujetaba de las cadenas y, cojeando, se situaba en el centro del armazón.

—En ese caso yo subiré por las escaleras interiores. ¿Preparados arriba? —gritó el maestro tras indicar al rey adónde debía asirse.

El deseo expresado por el rey de ascender a lo alto del templo había supuesto un continuo dolor de cabeza para el prior y para él mismo. La escalera de caracol que ascendía por el interior del templo tal vez hubiera permitido que el rey, aun con enorme dificultad, fuera elevado hasta la cumbrera. Sin embargo, era imposible hacerlo atravesar las estrechas puertas que, a distintas alturas, daban acceso al pasillo ante el rosetón, a los tejados de las naves laterales y, por fin, al caballete del tejado sobre la nave principal. José de Tolosa había optado por trasladar hasta allí la cabria que había sido utilizada para alzar las pesadas claves de cada tramo de bóveda. Cualquiera de ellas sobrepasaba las doce arrobas que, calculaba, sería el peso del rey Sancho. Se trataba de un artefacto de doble polea que permitía la elevación de grandes pesos evitando que este girara sobre sí mismo, aunque era necesario acompasar la tensión en cada lado para evitar la inclinación. El maestro cerró la portezuela con un pasador.

—Sujetaos con todas vuestras fuerzas, mi señor. Antes de lo que pensáis estaréis en lo alto.

—No me tratéis como a un inútil. He librado cien batallas y por algo mis súbditos me conocen como el Fuerte —protestó Sancho, orgulloso.

Nunca hubiera osado llevar la contraria al rey, pero por la mente de José de Tolosa se cruzó el recuerdo del apelativo que se había extendido entre el pueblo como el fuego entre la yesca. «El Encerrado» resultaba, sin duda, más apropiado, pues no era de fortaleza sino de fragilidad la imagen que en aquel momento transmitía.

El primer tirón de la maroma estuvo a punto de hacer caer al rey. Lo hubiera hecho de haber tenido que apoyar la pierna izquierda, pero fue la diestra la que soportó el empellón con la ayuda de sus dos brazos, aún poderosos.

Sancho era consciente del murmullo de asombro que surgía de las gargantas de sus súbditos allí congregados. A medida que era alzado, sus figuras se empequeñecían y los rostros dirigidos hacia él perdían la definición de los rasgos. Vio al maestro de obras y al prior con su hábito negro perderse hacia el interior de la

colegiata, entre las lonas que cubrían los andamios de la Puerta del Juicio. Escuchaba el rechinar de las maromas que soportaban su peso mientras la plataforma oscilaba junto a los andamios. Miró a su izquierda para contemplar el castillo y el ventanal desde el que había seguido los trabajos de aquella obra que allí, colgado a unos codos de sus muros, adquiría su verdadera dimensión. Una racha de viento le acarició el rostro en aquella tarde calurosa y, cuando giró la cabeza, vio que a su diestra esa misma brisa había alzado repentinamente un lienzo de la lona que cubría el andamiaje. Tras él, dos rostros con una expresión tan atónita como la suya, casi al alcance de su brazo, lo miraban inmóviles. Fue solo un instante, pues la lona recobró su lugar con un fuerte azote, pero había resultado suficiente para reconocer sus rasgos. Sancho sintió que el corazón le dio un vuelco. Tuvo que sujetarse con fuerza a las cadenas y la plataforma osciló. ¡Hacía años que no veía a Nicolás! Pocas veces había visitado las obras de la Puerta del Juicio durante aquellos tres últimos lustros, pero en ninguna de ellas el maestro escultor había estado presente. Sin saber bien por qué, aturdido, se asomó por el borde del cajón y miró hacia el callejón a sus pies: a media carrera se divisaba el viejo cartel de madera que señalaba la entrada a La Tabla Real, el lugar donde aquel hombre y él habían pasado decenas de veladas separados tan solo por un tablero. Hasta que… No quiso pensar en ello, porque los rasgos de la mujer que había aparecido junto a él lo hacía todavía más doloroso. ¡Era María veinticinco años atrás!: los mismos cabellos rubios bajo la cofia que los recogía; la misma mirada serena de ojos azules; y aquellos labios que eran el paradigma de la sensualidad. Sin duda se trataba de Blanca, su hija, aquella que según José de Tolosa iba a ser la encargada de la policromía de la portada.

La voz del maestro de obras le impidió seguir pensando en la visión que acababa de tener.

—¿Os encontráis bien? —preguntó por encima de su cabeza, desde la pasarela que discurría ante el soberbio rosetón, a la altura de las naves laterales.

Respondió solo con un gesto, mientras los radios de la enorme lucerna, de tamaño imperceptible desde el suelo, se deslizaban frente a él y lo guiaban hacia la cumbrera. Los hombres que manejaban la cabria tomaron forma ante sus ojos y, una vez a su altura, hicieron girar el brazo del artefacto mediante una rueda dentada; el cajón dejó entonces de colgar sobre el vacío. Vio a otros cuatro hombres, tan fornidos como los mejores soldados de su hueste, respirando sudorosos dentro de la rueda que habían hecho girar con la fuerza de sus pies. Una barra de hierro ancló el mecanismo, justo en el momento en que el prior y José de Tolosa, a quienes se había unido el alférez real, salían de una de las torres menores que flanqueaban la nave central. El mismo maestro de obras abrió la cancela y lo ayudó a descender de la plataforma.

Se encontraban en un espacio reducido, delimitado por un reborde bajo y flanqueado en sus lados más largos por dos abismos. La fachada de la colegiata por la que había sido alzado era uno de ellos; el otro, quizá más imponente, se precipitaba hasta el suelo de la nave central de la colegiata a través de los únicos tramos que

quedaban sin abovedar. Más allá, el tejado cubría ya el resto de la cruz latina que la nave principal conformaba junto al transepto y, sobre el crucero, se alzaba un esbelto pináculo con cubiertas de plomo y dos ventanales opuestos que permitían el paso de la luz a su través.

—He mandado que dispongan este sillón tal como ordenasteis —dijo el maestro de obras—. Es el más cómodo de cuantos hay en el priorato. Me he permitido añadir una manta y una jarra de buen vino para que calméis vuestra sed.

—Señor, permitid que permanezca junto a vos. Este lugar es estrecho y harto peligroso —rogó Juan Pérez de Baztán, mirando con aprensión al vacío—. Hay más de sesenta codos de aquí al suelo.

El rey apenas prestaba atención y solo fue su pierna cansada lo que le llevó a tomar asiento en el amplio sitial tapizado de terciopelo, situado de frente al pináculo y alineado con el caballete central del tejado.

—Excusad las molestias que os he causado, contáis ambos con mi agradecimiento —respondió el rey con voz apagada—. Y vos, alférez, descuidad, no he de caer al vacío pues no es mi intención moverme de aquí. Ahora deseo estar solo. Regresad en mi busca después del amanecer.

Sancho apoyó el codo en el brazo del sitial y la sien sobre el puño entrecerrado. El sol, a su espalda, caía hacia el ocaso y las sombras empezaban a alargarse sobre la ciudad que lo había visto nacer. Un agudo escozor le obligó a alzar la pierna izquierda en busca de un alivio que no había de llegar. Los físicos le habían aplicado un ungüento calmante antes de vendar, pero el voraz cangrejo del que le hablaban aquellos inútiles no parecía saciar su hambre de carne de rey; antes bien, parecía querer huir de emplastos y cataplasmas escarbando más y más hondo en busca del hueso. Varias veces había expulsado de sus aposentos al carnicero que le sugería la posibilidad de amputar. No estaba dispuesto a sufrir aquel tormento para alargar unos meses una vida que, bien lo sabía, tocaba ya su fin. En mucho debía tener el Altísimo su valía para mantenerlo con vida hasta rozar los ochenta años. En el silencio del ocaso, roto tan solo por las decenas de golondrinas que evolucionaban a su alrededor, el dolor de la pierna quedó eclipsado por un desgarro más profundo, un padecimiento que no era del cuerpo sino del alma. ¿Por qué Dios se empeñaba en mantener en él el hálito de la vida cuando se había llevado a todos cuantos habían formado parte de su existencia? Hacía mucho tiempo de la muerte de su hermano Fernando; cinco años ya que los despojos de Ramiro reposaban en la catedral de Pamplona; un año más tarde había dejado este mundo su hermana Blanca, cuando su enfermedad le impedía ya siquiera pensar en desplazarse a la lejana Champaña para las exequias; y después Berenguela, que había sobrevivido a Blanca apenas año y medio. Su cuerpo reposaba en la abadía de Notre Dame de L’Epau, que ella misma había fundado.

¡Vivir como un rey! ¡Vivir como una reina! Que Dios le perdonara, pero cien

veces había añorado la vida plácida de cualquier campesino ocupado tan solo de labrar la tierra, apacentar al ganado y dar de comer a su prole. Cerró los ojos y volvió a ver a aquella niña atemorizada que abandonaba Tudela para partir en busca de un esposo, el rey de Inglaterra, a quien nunca antes había visto. Recordaba la expresión de inmenso agradecimiento cuando él le anunció que pensaba acompañarla hasta su encuentro; y las lágrimas incontenibles en el momento de la separación, a punto de embarcar en aquel cascarón que habría de conducirla a Tierra Santa. ¡Cuarenta años y no habían vuelto a verse!

Habían muerto sus hermanas, habían muerto sus hijos, hasta sus enemigos habían muerto. Alfonso de Castilla, Pedro de Aragón, Alfonso de León… Y allí estaba él, al final de su vida, en lo alto de aquella colegiata que representaba el único de sus logros: haber conseguido que el reino de Navarra se hiciera respetar ante las ambiciones de sus vecinos, a los que había sabido mantener a raya empleando la cabeza más que los brazos, el poder del dinero antes que la fuerza de la espada. Pasaba por ser, en aquel momento, el príncipe más rico de la Cristiandad, pero ¿a cambio de qué? De pasar por avaro y usurero, de soportar reclamaciones sin fin de quienes habían pretendido ver vulnerados sus derechos. ¿Acaso creían que solo el rey debía contribuir a armar la hueste que defendiera el reino, que lo hiciera grande como él lo había hecho en Las Navas y, sobre todo, en la Cruzada de Levante? Las arcas no se llenaban solas con un maná caído del cielo. Si había establecido exacciones nuevas, si se había enfrentado al clero, lo había hecho por el bien del reino. ¿Acaso habían olvidado que Navarra había estado en varias ocasiones a punto de ser troceada y repartida entre los soberanos de Castilla y de Aragón? En el momento de mayor debilidad, Alfonso le había arrebatado Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado y, con ellos, la salida al mar. Una espina que no había conseguido arrancar de su corazón. Dejaba pendiente a quien le sucediera en el trono devolver aquel golpe, pero el reino seguía en pie.

Las cadenas arrebatadas a Al-Nasir estaban a pocas varas de distancia, bajo el pináculo que tenía ante la vista. Allí, en Tolosa, había comenzado la década de mayor esplendor que hubiera vivido el reino; después, en la cruzada dictada por el Papa y dirigida por aquel hombre excepcional que era Rodrigo Ximénez de Rada, había sabido obtener provecho de su política de adquisición de castillos a cambio de préstamos siempre impagados, sembrando de fortalezas navarras la línea que unía el reino con Albarracín y con Levante. El botín y las riquezas arrebatados a los infieles desde la protección de esos enclaves constituían ahora el tesoro real que descansaba en las mazmorras del castillo y que era su legado.

Miró hacia el puente del Ebro, sobre el que se alzaba el mayor molino del reino. ¿Cuántas fanegas de grano se habrían molido allí en aquellos treinta años? Los campesinos regresaban ya desde Traslapuente con los mulos del ronzal para recogerse al abrigo de las murallas que su padre había reconstruido. Pronto se celebraría la feria anual y el río se poblaría de las velas de centenares de

embarcaciones que acudían a Tudela cada año en busca de un mercado que él había hecho célebre. Quizá, una vez que ya se había mostrado a su pueblo en aquel lamentable estado, se hiciera trasladar entonces a las campas para presidir las justas que cada año atraían a mayor número de caballeros.

Le sobresaltó el sonido de la campana que, sobre su cabeza, en lo alto de la torre nueva, llamaba a vísperas a los monjes del priorato. ¿Cuántos priores había visto pasar por la colegiata durante su reinado? Guillermo, Bernardo, Raimundo, Miguel de Monzón… ¿Cuántos obispos de Pamplona? Martín de Tafalla, García Ferrández, Juan de Tarazona, Espárago de la Barca, Guillermo de Santonge, su propio hijo Ramiro y el actual, Pedro Ramírez.

Hasta él llegó, atenuado por la distancia, el canto monódico de los monjes que, allá en lo alto, se convertía en una caricia para el espíritu. Anochecía ya y muy lejos, sobre el horizonte, quizá sobre la ciudad que era la capital del reino, se alzaban nubes grises y blancas, nubes de calor que de tanto en tanto se encendían con el resplandor de los relámpagos. Quizá de nuevo había tormenta sobre Pamplona, pero nunca sería tan dañina como la que se había abatido sobre aquella ciudad con la guerra entre los burgos de San Cernin, de San Nicolás y la Navarrería, un enfrentamiento que a duras penas habían conseguido apaciguar su hijo Ramiro y él mismo. La luna creciente, que solo en un par de días sería llena, se alzaba ahora sobre los nubarrones lejanos, proporcionando un espectáculo hermoso que completaba la puesta de sol rojiza que acababa de tener lugar a sus espaldas.

Las sombras se apoderaban del edificio y empezaban a envolverlo. Comprendió que iba a ser una noche larga, sin poder levantarse de aquel sitial si quería evitar precipitarse al vacío que lo rodeaba. Sin embargo, el espectáculo que al amanecer se iba a desarrollar ante sus ojos, si José de Tolosa tenía razón, compensaría la espera. La dosis de opio había sido generosa y confiaba en que su efecto perdurara hasta la madrugada.

Era lástima que el opio no aliviara también las heridas del alma, aquellas que habían amargado toda su vejez. ¿De qué servía que las arcas rebosaran si no había sido capaz de dar al reino un heredero de su estirpe? Diecisiete reyes de la dinastía Ximena se habían sucedido en el trono desde que Enneco Arista fuera alzado sobre el pavés cuatrocientos años atrás. Ahora, aquella relación iba a verse interrumpida de la manera más abrupta pues, fuera quien fuese su sucesor tras la muerte que tan cerca sentía, no sería un Ximeno. Tomó la copa de vino que tenía a su diestra mientras los recuerdos se agolpaban en su cabeza.

Cuando su salud comenzó a empeorar, y de ello habían pasado ya ocho largos años, se había hecho urgente determinar quién sería su heredero. Tres eran las opciones de las que disponía: recurrir a una rama colateral, a través del joven Teobaldo, nacido del matrimonio de su hermana Blanca con el conde de Champaña; optar por reconocer a uno de sus hijos bastardos, Guillermo quizá, ya que Ramiro ocupaba entonces el obispado de Pamplona; o la búsqueda de un prohijamiento en la

figura de otro monarca con quien pudiera mantener una relación de amistad.

Sin duda, la opción de Teobaldo era la que más le agradaba. Había llegado a la mayoría de edad en el año del Señor de 1222 y había asumido el gobierno del condado que hasta entonces había estado en manos de Blanca como regente. Las relaciones con Champaña eran excelentes desde que Ramiro asumiera el cargo de canciller antes de ser nombrado obispo. Al empeorar su salud tres años después, Teobaldo había viajado a Navarra con el propósito de reforzar los lazos y asegurar su sucesión. Sin embargo, muchos de sus magnates se habían negado entonces a prestar homenaje como heredero a un conde llegado de allende los Pirineos, pues preferían al bastardo Guillermo. Se habían constituido entonces dos grupos de nobles, uno en torno al noble francés y otro que arropaba a su bastardo. Este ganó la partida y Teobaldo hubo de volver a Champaña humillado y con las manos vacías.

Guillermo estaba dotado de su misma fortaleza física. Su condición de hijo fornecino y las humillaciones recibidas por ello a lo largo de su vida habían hecho de él un hombre soberbio y ambicioso, conducido por el deseo de alcanzar un destino que solo por el hecho de su nacimiento se le hurtaba. Su carácter incontinente y fogoso les había llevado a la desavenencia y el enfrentamiento y, tras el enésimo choque entre padre e hijo, Guillermo abandonó Tudela para enrolarse como mercenario en tierras de Aragón. La última noticia sobre él lo situaba en la conquista de Mallorca, sirviendo en mesnadas a las órdenes del rey Jaime de Aragón. Desde entonces nada se había sabido, salvo confusas noticias que lo daban por muerto. La nostalgia lo golpeó de nuevo al recordarle.

La ausencia de Guillermo dio alas de nuevo a los partidarios de Teobaldo. Los sucesos ocurridos tres años atrás, sin embargo, habían supuesto un impulso a la tercera opción. Tras la muerte de Alfonso IX de León, su sucesor, Fernando III, había unido bajo su corona los reinos de León y de Castilla. La noticia era funesta para los intereses y la seguridad de Navarra, pues se perdía un aliado que hostigase la frontera occidental de una Castilla deseosa de expandir sus fronteras. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya y alférez real de Castilla, comenzó a saquear las fronteras del reino desde sus posesiones de Haro y Nájera.

Así las cosas, la única forma de frenar las ambiciones de Castilla era una alianza con el joven rey de Aragón quien, a sus veinticinco años, había tomado con inusitada energía las riendas del reino hasta el punto de sumar la conquista de Mallorca a la lucha en tierras musulmanas de Levante. Sancho envió a su canciller y el joven rey Jaime se presentó en Tudela respondiendo a su llamada. Hacía de aquello dos años y medio. Recordaba perfectamente que las campanas de la colegiata llamaban a los canónigos al rezo de vísperas cuando Jaime I hizo su entrada en el castillo. Durante el abrazo, le había sorprendido su envergadura, que en poco envidiaba a la suya propia. La visión de aquel joven y la primera entrevista que mantuvieron en solitario terminaron de convencerle. Aquella noche rezó por que la decisión que había tomado fuera la mejor y, tras oír misa juntos poco después del amanecer, le puso al corriente

de su problema y de su propuesta. Aún recordaba las palabras con que la había expresado:

—Quiero prohijaros y que vos me prohijéis, a sabiendas de que es normal que yo muera antes que vos, pues me acerco a los ochenta años y vos no habéis llegado a los veinticinco.

El ofrecimiento suponía que aquel que sobreviviera al otro heredaría su reino. Recordaba la expresión de sorpresa del rey de Aragón, pero no fue capaz de responder pues existía un escollo. Jaime, a pesar de su juventud, había estado casado con la infanta Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII y del matrimonio había nacido su hijo Alfonso. Aunque el Papa había anulado aquel enlace, Alfonso seguía siendo el heredero legítimo del reino.

Tras consultar el asunto con sus consejeros, Sancho respondió que estaba dispuesto a prohijar a ambos como a una única persona, de forma que el reino de Aragón pasaría a Navarra solo en caso de muerte de padre e hijo. La única condición era que Aragón debía comprometerse a acudir en ayuda de Navarra en caso de que Castilla hostigara sus fronteras. Al día siguiente se rubricó la carta de prohijamiento redactada a toda prisa por los escribanos.

La reunión en la que debía materializarse el acuerdo entre ambos reinos tuvo lugar tres semanas más tarde. Jaime I regresó a Tudela en compañía de los ricoshombres aragoneses y de dos delegados de cada villa. Por Navarra, estuvieron presentes los doce representantes de la alta nobleza y hombres de cada una de las buenas villas de Navarra. La reunión conjunta de las cortes se prolongó durante días, en los que se habló de asistencia mutua, de la aportación de hombres para la guerra contra Castilla, dos mil por parte de Jaime, mil por parte de Sancho. Se negociaron también nuevos préstamos concedidos a Aragón: catorce mil morabetinos a cambio de cinco castillos.

Desde entonces, sin embargo, ninguno de los acuerdos se había materializado, y Sancho desconfiaba de la sinceridad de su prohijado, volcado de nuevo en la conquista de Valencia tras su éxito en Mallorca. Tenía la sensación de que el único interés había sido la obtención de aquellos cien mil sueldos de préstamo, cuyos plazos habían transcurrido sin realizarse pago alguno, por lo que contaba con cinco castillos más en su nómina de posesiones, a cambio de continuar sumido en la incertidumbre en cuanto a su propia sucesión.

Abrió los ojos en medio de la oscuridad y trató de aprehender el sueño que acababa de vivir, antes de que los detalles se difuminaran en su mente. ¡Era tan real, tan vívido! Los brazos poderosos del joven rey Jaime lo abrazaban con fuerza. Pocos hombres lo habían abrazado sin tener que alzarse, y aquello le proporcionaba una seguridad y una tranquilidad absolutas. Su gesto terminaba con todas sus incertidumbres y garantizaba la sucesión de un rey moribundo como él. Alegre por

ello, henchido por un alivio que llegaba tras lustros de angustia, se vio un instante después alzado hasta lo alto de la colegiata. Pero no ocupaba la cesta un hombre anciano, obeso y desvalido, sino el arrogante y poderoso Sancho de antes de las Navas; y no estaba solo: junto a él, María, que durante el ascenso había saltado desde el andamio, contemplaba fascinada el horizonte, y sus manos se entrelazaban rozando las aras de compromiso que ambos lucían en los anulares. Después, de alguna manera, se había visto transportado al lecho que, por fin, tras tantos años de anhelo, acababan de compartir. Se había revelado contra la evidencia de que estaba despertando, había tratado de perpetuar aquel momento de plenitud, pero fue en vano: al dolor en la pierna se sumaba el del cuello, temblaba de frío, y la realidad se había abierto paso de manera inevitable.

No creía haber dormido apenas, pero al abrir los ojos por completo la luna se encontraba ya a su espalda. Echó mano de la manta que yacía junto al sitial y se cubrió con ella. Prestó atención al horizonte y descubrió una tenue luminosidad que empezaba a teñir de añil el negro de la noche. No quedaba mucho para el amanecer. Dejó que su mente vagara y fue entonces el recuerdo de Nicolás el que acudió a ella. Había vuelto a ver su rostro de cerca unas horas antes, el rostro de un hombre que se encaminaba hacia la vejez, algo que le recordó lo inexorable del paso del tiempo. Sus vidas se habían visto entrelazadas durante tres largos lustros, hasta que el episodio que, en vano, había tratado mil veces de borrar de su memoria, se interpuso entre ambos. El destino había querido que fuera precisamente aquel el día de su reencuentro, el momento en que habían vuelto a mirarse a los ojos transcurridos otros tres largos lustros. Una vez más, la nostalgia se adueñó de su corazón al evocar las largas partidas en aquel antro, La Tabla Real, donde, ayudado por el juego, el vino y el hachís, había conseguido evadirse de las cuitas que, sin descanso, acosaban a un rey.

No tardó mucho en escuchar la llamada del muecín en el lejano alminar de la morería. El añil del horizonte se tornó rojizo, naranja y, por fin, el color amarillento sobre la línea que dibujaban los montes anunció que había llegado el amanecer.

Sancho se incorporó en la silla. Según José de Tolosa, aquella mañana del vigésimo primer día de junio tendría lugar el solsticio de verano; había sido, según él, la noche más corta del año, contradiciendo al prior que aseguraba que tal circunstancia se produciría tras la noche de San Juan. Teniendo en cuenta que los cálculos del maestro habían llevado a que aquellas magníficas bóvedas se mantuvieran en pie sobre sus cabezas, no había tenido dudas. El sitial estaba situado en el extremo de la línea que, desde el pináculo, seguía el caballete de la cumbrera, en el eje que dividía el templo en dos mitades simétricas. Sintió que el corazón se le aceleraba cuando el color amarillo se hizo tan intenso que se volvió blanco. En ese momento, el primer rayo de sol que emergió tras los montes atravesó el pináculo por el hueco de sus ventanas opuestas y cegó sus ojos. Sintió que un nudo le apretaba la garganta, al tiempo que un intenso escalofrío lo estremecía de la cabeza a los pies,

erizándole el vello. Fue consciente de que en aquel momento no sentía ningún dolor, a pesar de que las dos piernas se apoyaban firmemente sobre el piso. Llenó de aire los pulmones y disfrutó del espectáculo que Dios, en su generosidad, le permitía contemplar en aquel instante. Intuía que no podría hacerlo de nuevo. Y ya no le importaba.

Cuando puso los pies en el suelo, una improvisada plataforma de madera le esperaba para ayudarle a montar. José de Tolosa, el alférez y el prior rodeaban el cajón cuando se abrió la cancela.

—Teníais razón, maestro. Vuestros cálculos eran exactos. Y el espectáculo, aunque fugaz, hermoso como pocos.

José de Tolosa sonrió mientras el alférez tomaba al rey del brazo para conducirlo hasta el robusto caballo que debía llevarlo de regreso al castillo.

—¡Esperad! —El rey se volvió deshaciéndose de su mano—. Deseo contemplar la Puerta una vez terminada.

—No lo está, mi señor —respondió el prior—. Resta aplicar la policromía.

—Lo sé. Mostrádmela de todas formas —ordenó sin admitir réplica.

—Tendréis que hacerlo entre los andamios, sería una locura intentar encaramaros a ellos —advirtió el maestro siguiendo los oscilantes pasos del rey.

El mismo Sancho apartó la lona y se asomó al interior del recinto. Recorrió el lugar con la mirada, sin encontrar lo que al parecer buscaba.

—¿Dónde está el maestro escultor?

—Ha partido al amanecer para examinar una nueva cantera —explicó un azorado Samuel, el oficial del taller, que aplicaba albayalde a las últimas dovelas colocadas en lo más alto.

—¿Y su hija?

—Blanca se encuentra en el taller, preparando los pigmentos.

El rey pareció decepcionado, pero no hizo ningún comentario. Observó la portada, cubierta ya en su mayor parte por un fondo difuso de color, azulado en la parte izquierda, rojizo en la derecha. Las figuras de las asombrosas escenas, sin embargo, permanecían aún impregnadas por el color blanquecino del aparejo, blanco de plomo mezclado con aceite de linaza y cola. Recorrió con la mirada el magnífico trabajo de casi tres lustros del taller de Nicolás. Ansiaba vivir lo suficiente para verlo concluido, luciendo todos sus colores. Los andamios apenas le permitían reparar en los detalles, pero su mirada se detuvo en una de las dovelas.

—¿Por qué aquella figura no ha sido tallada por completo? —Indicó con el índice.

—¿Cuál de ellas, mi señor? —preguntó el maestro de obras.

—En la cuarta arquivolta —contó—. La tercera dovela.

José de Tolosa tuvo que moverse para verla entre los postes de los andamios. No

había reparado en ello, pero así era. Solo un demonio aparecía tallado con claridad dando la mano a un personaje que era solo un bulto de piedra.

—Lo ignoro, mi señor, no había reparado en el detalle. Quizá el maestro duda aún y ha descuidado la talla. Sin duda a su regreso podrá responderos.

46

Año del Señor de 1234 (mes de marzo)

—¡Oh, Dios bendito!

El asombro reflejado en el semblante de Alvar era genuino, igual que las sonrisas de Blanca y de Nicolás. La lona que protegía de las inclemencias del tiempo la parte superior de la portada acababa de ser retirada y la luz natural incidía por primera vez en la delicada policromía que durante tantos meses se había aplicado por parte de los artesanos dirigidos por su nueva maestra. Todos ellos estaban presentes dentro de aquel recinto acotado a la vista del pueblo, en compañía del prior Miguel, José de Tolosa, Guillén, Diego de Ablitas, Bernardo y media docena más de privilegiados que aprovechaban la inusitada y anhelada ocasión.

Había sido la inesperada llamada de Guerín de Montacute, el gran maestre de los hospitalarios, lo que había propiciado aquella situación. Reclamaba la presencia inmediata de Alvar junto a él en San Juan de Acre, sede de la Orden, y la partida no podía demorarse más ni esperar a que la Puerta del Juicio fuera por fin descubierta en la gran ceremonia que debía contar con la presencia del rey y de todos los magnates del reino, del obispo Pedro y de los jerarcas de la Iglesia navarra, en una inauguración prevista para el Domingo de Resurrección, que precisamente aquel año había de retrasarse hasta la segunda quincena de abril.

Los comentarios de asombro se sucedieron ante la explosión de colores vivos y luminosos que se mostraban a los ojos de todos. Los capiteles que sostenían las arcadas, apoyados sobre las dieciséis columnas rescatadas de la primitiva mezquita, contenían elaboradas escenas del Génesis: la Creación, el pecado original, la burla de la serpiente, la expulsión del Edén, la maldición de Caín o el Arca de Noé. A la izquierda, las arquivoltas que representaban el Paraíso estaban pobladas por numerosas figuras de clérigos, mártires, profetas, hombres justos resucitados en el Cielo y ángeles dispuestos a coronar a estos bienaventurados, todos ellos con expresión beatífica y serena. Los tonos azulados y verdosos dominaban aquellas escenas, salpicados por los escarlatas, púrpuras y dorados de vestimentas, coronas, cetros y báculos.

El lado derecho, por el contrario, acongojaba el alma ante la sucesión interminable de escenas infernales. Decenas de aterradores demonios poblaban las dovelas cubiertas de llamas, en escenas que reproducían los más horrendos castigos. El rojo incendiaba la piedra, y las llamas del averno parecían surgir por doquier, ante la repulsiva y vengadora mirada de Satán, que lo contemplaba todo sentado sobre su trono con las piernas cruzadas en señal de poder. Los rojos del minio, el bermellón, el ocre y la rúbea parecían haber sido volcados sin medida para dar color a diablos,

calderas y espeluznantes llamaradas que rodeaban sin piedad los rostros desesperados de los pecadores condenados, objeto de las más escalofriantes torturas: lenguas arrancadas a los maledicentes, adúlteros arrastrados a las llamas, sodomitas colgados de los genitales camino del fuego eterno, avaros, perjuros, blasfemos, soberbios, glotones… Todos los pecados estaban allí representados en escenas horribles que cualquiera iba a poder comprender. Junto a los castigados, salpicando las escenas del Infierno, surgían evocadoras tallas de los pecadores en el momento de cometer su falta: un carnicero que engañaba en el peso y en la calidad de la carne, el pañero que falseaba la medida, dos adúlteros sorprendidos en pecado, tahúres, prestamistas… Pero también clérigos y caballeros castigados por el pecado de soberbia.

La vista de los atónitos espectadores vagaba de escena en escena mientras Nicolás, Blanca y el prior Miguel observaban sus reacciones y su embeleso. Intercambiaron miradas cómplices al comprobar que, tras los primeros momentos, todos terminaban dirigiendo los ojos hacia las expresivas esculturas del averno.

—¡Dios bendito! —repitió Alvar al tiempo que tragaba saliva—. ¿Qué habéis hecho aquí? Jamás, en ninguno de mis viajes, he visto nada parecido. ¡Será la admiración de quienes tengan la dicha de contemplarla!

—Celebro que lo aprecies —confesó el prior—. Temo que alguien pueda considerar algunas de las escenas demasiado explícitas.

—Lo son —respondió, señalando al cuerpo desnudo de una mujer adúltera. Dos sapos mordían sus senos y una serpiente se le enroscaba en torno a la pierna para introducir la cabeza en su sexo—, pero supongo que esa es su función: mostrar al pueblo de Dios de manera inequívoca las consecuencias de sus acciones.

—¿Y qué decís del Pantocrátor? —sonrió Nicolás.

Las cuatro enormes mochetas que soportaban el tímpano representaban a los ángeles del Apocalipsis haciendo sonar sus trompetas para anunciar el Juicio Final. La figura mayestática del Juez Supremo entronizado lo presidía, rodeado por las cuatro figuras del *Tetramorfos* que representaban a los evangelistas. El pan de oro había sido usado con profusión en las cinco figuras y en la mandorla que envolvía al Todopoderoso.

—¡Ese azul! —exclamó Alvar al centrar la mirada en su túnica—. Es el color del Mare Nostrum en un luminoso día de verano, un azul noble, bello, perfecto…

—Está repintado, pues solo a última hora llegó el preciado cofrecillo de lapislázuli con el que pude elaborar el azul ultramar que veis —explicó Blanca—. ¡Procedía de Persia, según nos explicó el mercader!

—Una deferencia más de nuestro rey hacia la colegiata —aclaró el prior agradecido—. Solo a través de su mediación conseguimos la cantidad necesaria para dar color a toda la túnica. En ese tímpano hay centenares de morabetinos si sumamos el pan de oro y el azul ultramar.

—Pero aun disponiendo de la piedra preciosa —Alvar parecía expresar su extrañeza en voz alta—, es necesaria la receta para elaborar un azul tan rico como

este.

—¡Oh, a pesar de ser compleja, tenía esa receta en mi cabeza! —rio Blanca—. Disponíamos de ella gracias a una traducción de Robert de Chester. El método procede de Oriente, igual que el lapislázuli con el que se elabora.

El monje la observó sin ocultar su admiración. La hija de Nicolás le obligaba a replantearse a cada instante las ideas que durante toda su vida había albergado acerca de la capacidad de las mujeres para desarrollar ciertas tareas. Sabía de religiosas dedicadas a la pintura sobre tabla, incluso de algunas que dedicaban las horas en sus cenobios a iluminar códices y a copiar manuscritos, pero nada se parecía al trabajo que Blanca desarrollaba al frente del taller de policromía, una tarea desde siempre reservada a los hombres y que, sin embargo, nadie había osado cuestionar.

—¡Cuánto lamento no poder estar presente en el momento en que estas lonas caigan! —confesó Alvar—. Me situaría de espaldas a la propia puerta, porque el verdadero espectáculo será la expresión en los rostros de las dignidades presentes.

—Me temo que celebrarás la Pascua muy lejos de aquí, quizá ya en Roma si, como dices, has de visitar al papa Gregorio en tu viaje. —El prior Miguel apretó los labios compartiendo su contrariedad.

—Recordaré ese azul cada vez que me asome a la borda de mi embarcación. Y si Dios Nuestro Señor no tiene pensado otro destino para mí… Regresaré para ver nuestra colegiata concluida —aseguró dirigiéndose al maestro de obras.

—Tras la Pascua daremos comienzo a los trabajos en los pies de las naves —explicó José de Tolosa—. Pero para ello será necesario sacar al exterior el horno de cal y todo lo que ahora ocupa el espacio entre la colegiata y el claustro. Hemos empezado ya, pero esto nos tomará tiempo.

Nicolás cruzó ante la portada de San Jaime para dirigirse a la casa prioral. Allí le había citado Alvar y, sabiendo que restaban solo dos jornadas para su partida, suponía que lo hacía con la intención de despedirse. Le resultaba extraño, sin embargo, que quisiera hacerlo a solas y después de la jornada de víspera en que toda la familia se había reunido en la casa de la muralla con el mismo fin.

—Os espera en sus dependencias —anunció solícito el hospitalero que acudió a su llamada.

El monje cerró la puerta a su espalda mientras el gran prior se levantaba para tomar por los brazos a quien consideraba su hermano. En la estancia penetraba la luz del ocaso, pero las velas iluminaban ya una escena que anunciaba la inmediata partida. Dos grandes baúles abiertos aguardaban a que su dueño terminara de acomodar dentro sus efectos personales. Uno parecía contener ropas, túnicas y equipamiento militar; el otro, sin embargo, albergaba códices, cuadernos y pergaminos enrollados de manera apretada.

—Disculpa el desorden —se excusó al tiempo que retiraba un breviario de la

vieja silla de cuero destinada a los visitantes—. Siéntate.

Nicolás siguió el consejo y sus piernas se lo agradecieron. Llevaba en pie desde el amanecer y, superados los sesenta, las fuerzas no eran las mismas que en la juventud. A pesar de ello, envidiaba la fortuna de Alvar quien, con la misma edad, se disponía a atravesar el orbe en su segundo viaje a Tierra Santa.

—Deseo hablar contigo a solas antes de partir —anunció al fin. La mirada del freire se clavaba en los ojos de Nicolás y su tono era de confidencia. Permanecía en pie frente a él con las manos apoyadas sobre la sólida mesa de madera pulida—. El gran priorato de Navarra queda en buenas manos con mi sobrino Alvar al frente. Mañana, cuando tome posesión del cargo, una gran responsabilidad recaerá sobre sus hombros. Pero, precisamente por ello, no deseo recargarlos con tribulaciones que estamos en condiciones de evitarle.

—¿Estamos? —se extrañó Nicolás y Alvar esbozó una sonrisa.

—Ahora lo entenderás —respondió de manera enigmática.

El hospitalario se encaminó al fondo de la estancia. El muro de piedra estaba decorado por un pesado tapiz colgado de una barra de bronce sostenida por dos grandes alcayatas que representaba la conquista de Jerusalén durante la primera Cruzada. Alvar alzó la barra y la tela quedó plegada en el suelo, dejando a la vista una puerta de hierro empotrada en el muro. En algún momento había asido un manojo de llaves que Nicolás no había visto antes y, con parsimonia, fue eligiendo una tras otra hasta abrir tres cerraduras que aseguraban el contenido de aquel cajón metálico. Las bisagras chirriaron cuando la puerta giró sobre ellas y Alvar introdujo la mano izquierda en busca de un cilindro de cuero que extrajo con cuidado.

Lo siguió con la mirada mientras regresaba con él a la mesa, sintiendo cómo su corazón se aceleraba. Esta vez sí, Alvar tomó asiento y, de forma pausada, quitó la tapa para extraer el pergamino que contenía. Nicolás no pudo reprimir una exclamación de asombro mientras era él quien, como un resorte, se ponía en pie, incapaz de creer lo que le mostraban sus ojos.

—¿Es… Es el pergamino? —casi gritó.

Alvar se llevó un dedo a los labios rogándole silencio.

—Han pasado cuarenta y cinco años desde que lo descubriste en la cripta bajo el *mihrab*.

Nicolás permanecía boquiabierto.

—¡El pergamino! —repitió mientras extendía la mano hacia él. Lo tomó con cuidado, acariciándolo con las yemas de los dedos. Le dio la vuelta y lo observó con detenimiento, retrasando el momento de soltar la lazada que impedía desenrollarlo. Afirmó con la cabeza después de hacerlo, con la apretada escritura árabe ante sus ojos.

—¿Lo reconoces?

—¿Todo este tiempo ha permanecido aquí? —respondió asintiendo.

—La mayor parte —aclaró Alvar—. Pero te aseguro que su sola existencia ha

marcado los acontecimientos de todos estos lustros. Y más los hubiera marcado de haber caído en las manos equivocadas.

—Tú… ¿Tú sabías?

—Regresé desde Tierra Santa para custodiar este secreto. De no haber sido por él, nuestro reencuentro no se habría producido.

—Cuéntamelo todo —rogó Nicolás mientras se sentaba. Sentía que las piernas le temblaban.

—No, hermano. Ya sabes mucho, y eso debe resultarte suficiente. De hecho, esta conversación ha de quedar para nosotros. Si quieres saber por qué te he llamado, antes has de jurar que nada de lo sucedido desde que has cruzado esa puerta llegará a otros oídos.

Nicolás se tomó un tiempo antes de asentir.

—Lo juro —afirmó.

—La carta en la que Guerín de Montacute me reclama junto a él en San Juan de Acre contiene órdenes precisas acerca de este pergamino. Se me exige que, antes abandonar Tudela, me asegure de su completa destrucción, de las copias y traducciones de las que tenga noticia y de cualesquiera referencias a su existencia. Hay otra carta posterior del mismo papa Gregorio en la que se me ordena proceder de la misma manera.

—En ese caso… No consigo entender qué necesitas de mí. ¿Por qué me cuentas todo esto ahora? Te resultaría muy sencillo encender un fuego —señaló a la chimenea— y cumplir las órdenes del Papa y del gran maestre.

—No voy a hacerlo, Nicolás. He reflexionado largas horas, he rezado noches enteras y, por primera vez en mi vida… Voy a contrariar la voluntad del Papa. Que Dios me perdone si me equivoco.

El escultor lo miraba con estupor.

—No te comprendo. Si algo sé de este pergamino es que resulta fundamental para la Cristiandad que nunca caiga en manos de infieles, y mucho menos de los almohades.

—A ello he dedicado mi vida, te lo aseguro, y quizá me haya condenado por ello. Pero, estando de acuerdo en que debe seguir oculto a la vista de los hombres de nuestro tiempo, creo que no se debe ocultar a la posteridad.

—¿Insinúas que quieres volver a esconderlo?

—Para eso te he llamado. Tú lo trajiste a la luz y es justo que seas tú quien vuelva a ocultarlo en algún lugar cercano a la cripta donde lo hallaste. Nadie conoce mejor los entresijos de la colegiata y nadie sería capaz de buscar un escondrijo más apropiado que el que tú propongas. Pero debes estar seguro de que pasarán centurias antes de que nadie pueda poner los ojos sobre él.

Nicolás guardó un largo silencio mientras trataba de asimilar la revelación que acababa de escuchar. Exhaló aire con un profundo suspiro y después asintió levemente con la cabeza.

—Puede que conozca la forma de conseguir lo que deseas —aseguró.

Alvar alzó los ojos, dando a entender que esperaba su explicación.

—El horno de cal. Se encuentra a pocos codos del lugar que ocupaba el *mihrab* y estos días ha sido desmontada la parte que sobresale del suelo para aprovechar sus materiales. Quizá mañana mismo se rellene el hueco restante con escombros para nivelar el piso.

—Eso obligaría a hacerlo esta noche.

—No creo que quieras partir sin la seguridad de que el pergamino queda de nuevo bien escondido. Lo haré esta noche, pero será necesario buscar un recipiente apropiado para preservar el pergamino, si lo que deseas es que perdure.

Alvar se levantó y se dirigió a una de las alacenas. Retiró varios legajos, tomó el objeto que ocultaban y lo llevó hasta la mesa. De nuevo Nicolás dejó escapar una exclamación.

—¡La arqueta! ¡Siempre, desde que apareció en la cripta, ha estado en el priorato! ¿Cómo es que…?

—Es el regalo con que el prior Miguel deseaba obsequiar al Papa. Me la entregó ayer mismo para incluirla en el equipaje, pero es mi opinión que no debe salir del lugar donde fue hallada.

Alvar retiró la tapa de marfil de la arqueta y la colocó sobre la mesa. Después tomó el pergamino de las manos de Nicolás, lo introdujo en la funda de cuero y se aseguró de ajustar bien el cordón. Antes de depositarlo en el fondo de la caja que se adaptaba perfectamente a su forma, cogió un pequeño pliego doblado que descansaba a su lado.

—¿Qué es? —inquirió Nicolás.

—Una explicación acerca del contenido del pergamino, escrita en nuestra lengua. Quizá, de otro modo, no tuviera ningún sentido para quienquiera que dentro de dos, tres o cuatro centurias ponga en él sus ojos.

—Si es que eso llega a suceder alguna vez —añadió Nicolás.

Alvar retiró la pieza de cuero que forraba el fondo de la arqueta y colocó el pliego bajo ella. Volvió a ajustarla apretando sobre sus cuatro esquinas y, con cuidado, puso encima el envoltorio.

—Déjame verlo por última vez —rogó Nicolás—. Es la misma imagen que vi allá abajo, en la cripta, hace tanto tiempo.

—Tú abriste esta tapa entonces. Ajústala también tú cuando estés preparado. —Había emoción en la voz de Alvar mientras le entregaba aquella filigrana labrada en marfil—. Pensemos mientras tanto en lo que nos ha deparado la vida en los años transcurridos y demos gracias a Dios Nuestro Señor por estar aquí.

Hacía mucho que el sol se había hundido tras las montañas de poniente y solo la luz vacilante de las velas iluminaba la escena. Nicolás sentía los dedos temblorosos cuando, lentamente, cubrió el pergamino y presionó la tapa hasta ajustarla por completo. Después se persignó y el gran prior lo imitó.

Penetraron en la colegiata a través de la Puerta del Juicio con la llave que Nicolás guardaba en el fondillo, burlando la vigilancia de la ronda que, de tanto en tanto, rodeaba las obras del templo. Por un momento se transportó a aquella noche en que, con solo dieciséis años, burló a la guardia de la misma manera, aunque entonces lo hiciera sin la compañía de Alvar. Solo cuando el portón se cerró tras ellos sacó el candil del portallama para avanzar en medio de la oscuridad. Sobre sus cabezas, a través del único hueco aún sin abovedar, se podía ver el titilar de las estrellas en una noche sin luna y oscura. Avanzaron con cuidado hasta el tránsito, ayudados más por la costumbre y el conocimiento del lugar de Nicolás que por la tenue claridad que proporcionaba la lámpara, y desde allí alcanzaron el espacio que separaba el templo del monasterio. En efecto, el horno había sido desmontado pero solo algunos cascotes de los utilizados en su construcción habían sido arrojados al hueco, a la espera de terminar de rellenarlo. Nicolás descendió al fondo ayudado por la mano de Alvar. Con el candil alumbró el lugar hasta localizar un viejo modillón de piedra, blanqueado por la cal, que sobresalía del resto. Tiró de él y comprobó que era más voluminoso y pesado de lo que pensaba, pero, con un movimiento de vaivén, consiguió extraerlo. El hueco era suficiente para albergar la arqueta y el saco engrasado que la envolvía para preservarla de la humedad. Allí, rodeado por arrobas de aquel polvo blanquecino, una idea se abrió paso en su mente. La cal en aquel estado no servía a su propósito, pero pidió a Alvar que le acercara una de las artesas repletas de yeso que había visto al entrar. Cuando la tuvo en el borde del foso, cogió varios puñados y los vertió en el fondo del hueco. Después encajó el saco con la arqueta en él y, con cuidado, rellenó con más yeso los laterales hasta completar el espacio antes ocupado por el modillón. Después tendió el candil a Alvar.

—Busca un cubo con agua y tráelo.

El hospitalario obedeció sin comprender bien su propósito. Llenó un pozal de madera en la pila cercana y regresó.

—¿Vas a mojar el yeso? ¿Y el pergamino? —preguntó alarmado al ver lo que se proponía.

—Está protegido por el saco. En cuanto fragüe, la humedad desaparecerá y el hueco entero, con la arqueta en su interior, será entonces un bloque.

Vertió la cantidad de agua que creyó necesaria y esperó a que empezara a endurecer. Después colocó el modillón encima en una posición aparentemente casual y aún arrojó más cal sobre la zona para borrar las huellas de la manipulación. Satisfecho, aceptó la mano que de nuevo le tendía Alvar para salir del foso.

—Nadie sospechará de su existencia. Mañana terminarán de rellenar el hueco con más cascotes y en poco tiempo un nuevo pavimento cubrirá todo este espacio.

—Quizá nos hayamos excedido en nuestro celo —observó Alvar—. Puede que no vea la luz mientras la colegiata se mantenga en pie.

—¡Ojalá sea así! —respondió Nicolás—. Eso significará que nadie la ha echado

abajo para construir un templo dedicado a otro dios.

—¿Quién podría hacer algo así? La Cristiandad nunca permitirá que los infieles pongan de nuevo sus pies en estos reinos. Y aunque los siglos me llevaran la contraria, ¿quién iba a derruir una obra tan grandiosa como esta?

Nicolás volvió la cabeza hacia él. Sus rasgos, a la luz del candil, resultaban acerados y las sombras barbadas de ambos se proyectaban en el muro a sus espaldas.

—¿Acaso has olvidado lo hermosa e imponente que era la mezquita que se alzaba hace tan solo cuarenta y cinco años donde ahora pisamos?

47

Año del Señor de 1234 (principios de abril)

Juan Pérez de Baztán arrugó la nariz con gesto de desagrado antes de abrir la puerta de la recoleta capilla real. El olor fétido de aquel espacio reducido apenas le resultaba soportable a pesar de los jirones de humo que surgían de dos incensarios y, aunque trataba de espaciar las entrevistas, debía hacer un esfuerzo para contener la náusea cuando era reclamado.

Desde que el rey dejara de prestar atención a los asuntos del reino, sobre sus espaldas recaía la responsabilidad de las más graves decisiones que, sin embargo, sometía al criterio de la curia. El apelativo de «el Encerrado» respondía en aquel momento por completo a la realidad, pues hacía meses que el anciano monarca no abandonaba sus aposentos sino para ser trasladado a la capilla. Ignoraba si se recluía en aquel lugar solo para orar o para escapar del acoso constante de los físicos que lo martirizaban con sus cada vez más demenciales remedios.

Tomó todo el aire que podían contener sus pulmones y empujó la puerta. El rey permanecía solo como era su deseo en las últimas semanas, recostado en las andas construidas para su transporte. Sobre ellas, un grueso colchón de lana soportaba las muchas arrobas de su cuerpo deforme, y su cabeza parecía sostenida más por los almohadones que había bajo ella que por la fuerza de sus músculos. Avanzó unos pasos y comprobó que el rey dormitaba, aunque el sueño poco profundo parecía perturbado por alguna suerte de pesadilla, a juzgar por los breves sobresaltos que lo agitaban y por los quejidos que escapaban de sus labios. La pierna izquierda descansaba sobre un cojín y su volumen duplicaba el de la diestra. La pantorrilla aparecía cubierta por un vendaje que horas atrás habría sido de color claro, pero que mostraba ya el aspecto húmedo, entre rojo, grisáceo y amarillento, del exudado purulento que sin cesar manaba de las úlceras.

La Biblia del rey descansaba sobre su vientre, abierta por la página que ilustraba con imágenes el Sermón de la Montaña. Mientras, con cuidado, la tomaba entre las manos para cerrarla, leyó el breve texto de San Mateo que orlaba los dibujos: «Felices los que lloran, porque recibirán consuelo». Un asomo de emoción lo asaltó mientras dejaba el grueso volumen a un lado y contemplaba el despojo en que se había convertido aquel hombre de talla excepcional a quien toda la Cristiandad había admirado. Verlo en tal estado era para él, que en ocasiones se ufanaba de su privilegiada posición, una cura de humildad. Ni reyes, ni papas ni nobles escapaban del destino que a todo hombre aguardaba. Solo la memoria de sus actos perduraría, y deseaba de todo corazón que a su rey Sancho se le recordara por ellos. Había ocupado el trono de un reino pequeño, amenazado y empobrecido por la guerra, y llegaba al

fin de sus días con las arcas repletas, con las fronteras reforzadas por decenas de castillos y fortalezas arrebatados a sus vecinos sin cruzar un mandoble de espada, sino por la inteligencia de su política que, si bien no era su mérito, sí lo era de aquellos consejeros de quienes había sabido rodearse para continuar las reformas emprendidas por su padre. Solo una sombra se abatía sobre todos ellos al final de su reinado, la incertidumbre acerca de la sucesión de un reino falto de heredero tras los fallidos intentos de Sancho por asegurar la transición pacífica incluso mediante el prohijamiento del joven rey Jaime.

Miró con pena las águilas negras del enorme sello de oro que el rey lucía en su anular. Quizá fuera el último monarca que portara el emblema de la dinastía Ximena, por más que el joven Teobaldo de Champaña, quien se perfilaba en aquel momento como el más probable sucesor, llevara algo de su sangre a través de su madre, la malograda infanta Blanca de Navarra.

Por un instante se preguntó cuál sería el sobrenombre por el que sería conocido en la posteridad. Consideraba inmerecido que perdurara el apelativo que se había extendido en la ciudad y por todo el reino en aquellos últimos años. Sin duda, era más justo que la Historia lo recordara como el guerrero arrojado que había participado en cien batallas, el monarca que atemorizaba a cuantos a él se acercaban por su presencia, su vigor y su temple. Se prometió a sí mismo que, si estaba en su mano, haría lo posible por que en crónicas y documentos los escribanos se refirieran a él como el rey enérgico y poderoso que había sido. Sancho el Fuerte, y nunca Sancho el Encerrado. Ambas eran ciertas, pero solo una hacía justicia a la trayectoria de aquel hombre que el Todopoderoso había conservado con vida durante ochenta largos años.

Un gemido lo sobresaltó, y comprobó entonces que el rey lo miraba.

—Juan… —Alzó la mano para tomar la suya, mientras una mueca de dolor deformaba su semblante. La larga barba blanca le temblaba al ritmo de los labios resecos, y un sudor febril perlaba las arrugas de su frente—. Haz venir a los matasanos, pero solo para que me traigan una copa de vino con opio. La más grande que haya.

—Haré lo que pides, rey —respondió el cortesano, al tiempo que decidía renunciar a plantearle las cuestiones que le habían llevado hasta allí.

—Está hermosa la capilla con esta luz.

El alférez, sorprendido, miró en derredor. Los rayos de sol del atardecer penetraban a través de la estrecha tronera de poniente y se proyectaban sobre la piedra del ábside, cerca de la imagen del Crucificado que presidía el altar, pintando ambas de un cálido color ambarino.

—Sí que lo está —convino con sinceridad.

—¿Qué día es hoy?

—Cuarta feria, el quinto día de abril —respondió sin dudar.

El rey abrió los ojos. Había amargura en ellos.

—No llegaré.

—No te entiendo, Sancho —confesó con el trato de confianza que ambos se dispensaban.

—Quedan dieciocho días.

El alférez comprendió al instante. La apertura solemne de la Puerta del Juicio estaba prevista para el día vigésimo tercero de aquel mes, Domingo de Resurrección.

—Presidirás la ceremonia ante todos los magnates. Medio reino se dará cita en Tudela ese día.

Sancho negó con la cabeza.

—La gangrena se extiende, yo mismo lo noto. Esos malditos quieren amputarme la pierna, pero no les daré el gusto. Dicen que, de no hacerlo, mis días están contados. Pero he visto cercenar demasiados miembros en esta vida, y no pasaré por ello.

El alférez asintió.

—Obraría de la misma manera en tu lugar.

—Solo me queda un deseo por satisfacer. No quiero más boato ni ceremonias, pero anhelo con toda mi alma ver terminada la Puerta del Juicio.

—Sancho, moverte del castillo no haría sino aumentar tu sufrimiento. Quién sabe si precipitar…

—¡Haz lo que te ordeno! —cortó con un hilo de voz—. Prepáralo todo para que me trasladen hasta allí. Mañana, con las primeras luces.

—Pediré que te lleven a tu lecho para que descanses esta noche confortado por el vino y el opio.

Sancho negó con un gesto.

—Pasaré la noche aquí. Tan solo haz venir a mi confesor, necesito aliviar mi alma del peso que aún siento sobre ella. Sospecho que me hará tanto bien como esa copa de vino. Y el escribano, Juan. Que venga también el escribano. Es hora de dictar mis últimas voluntades.

—¿Deseas algo más?

Sancho asintió.

—Sí, haz partir emisarios hacia Champaña para dar aviso a mi sobrino Teobaldo. Debe ponerse en camino cuanto antes.

Leandro, cubierto tan solo con unos calzones largos, salió de la alcoba que compartía con Blanca y descendió los escalones en la oscuridad tratando de no perder pie. Aunque apagados, los golpes en la puerta se sucedían, como si quien llamaba supiera que los dos pequeños de la casa dormían.

—¡Ya va, ya va! —respondió mientras atravesaba el zaguán—. ¿Quién vive?

—Soy yo… Nicolás.

El joven reconoció al instante la voz de su suegro y, alarmado, desatrancó la puerta que había asegurado poco antes. Ni siquiera había tenido tiempo de abandonarse al sueño tras compartir los placeres del lecho con su esposa.

—¿Qué sucede? —preguntó, dispuesto a escuchar una mala nueva.

—Nada malo, tranquilízate. Pero necesito que Blanca venga conmigo sin pérdida de tiempo.

—¿Blanca? ¿A estas horas?

—¡Tiene que pintar esa dovela esta misma noche!

La luz de un candil que parecía flotar en el aire al descender las escaleras precedió al sonido de la voz de la muchacha.

—¿Qué ocurre, padre? —inquirió intrigada—. ¿Por qué hacerlo de noche y con tanta prisa?

—Acabo de recibir aviso del castillo para que todo esté dispuesto en la Puerta al amanecer. La salud del rey ha empeorado y es su deseo contemplarla cuanto antes, sin esperar al día que habíamos previsto. Se hará trasladar a la colegiata con las primeras luces.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Blanca llevándose la mano a la boca—. ¡Entonces no hay tiempo que perder! Deja que me vista y acompáñame al taller en busca de las pinturas. Mientras tomo todo lo necesario, puedes dar aviso a Samuel y a Norberto, necesitaremos su ayuda para disponer teas y lamparillas.

Poco había tardado Blanca en asumir las riendas de aquello que se relacionaba con su oficio. De camino a la casa de Ismail, trató de repasar mentalmente los materiales y utensilios que le serían precisos. Necesitaría todo el ultramar que quedaba para la túnica, una pizca de verde esmeralda, bermellón y ocre amarillo; blanco de plomo para aclarar el rojo del cinabrio en las carnaciones del rostro y de las manos; y el pan de oro, que se guardaba a buen recaudo en el escondrijo de la bodega junto con el lapislázuli y los pigmentos más valiosos. Precisaría también aceite de linaza para aglutinar unos pigmentos y cola de tendones para otros.

En realidad, la Puerta estaba concluida, a falta tan solo de aquella dovela que habían previsto policromar el mismo Sábado de Gloria, la víspera de la gran ceremonia. Sin embargo, las circunstancias la iban a obligar a rematar la delicada tarea sin contar con la luz del día y en un tiempo extremadamente breve. Tampoco podían acercar candiles ni teas a las figuras recién pintadas sin correr el riesgo de que el hollín arruinara el trabajo, por lo que sería necesario usar grandes antorchas lo bastante alejadas de las arquivoltas para que proyectaran su luz sobre la piedra mientras el humo se disipaba hacia lo alto.

La llamada a maitines la sorprendió sobre los maderos del último andamio, dando color al manto de la figura que su padre había terminado de tallar tan solo unos días atrás, una figura que era asida de la mano y de los cabellos por un repulsivo ser infernal con el cráneo, las orejas y los dientes propios de una bestia. Mientras pintaba los rasgos del rostro sobre el color rosado de la piel, escuchó el canto del muecín en la mezquita de la morería, que antecedió en poco a la llamada de laudes. Para la hora prima, cuando la ciudad se despertaba con las primeras luces, había terminado de aplicar las últimas hojas de pan de oro y con ello culminaba el trabajo que había

ocupado las horas de todo un año de su vida.

Diego de Ablitas ordenó entonces a sus hombres desmontar los maderos del andamio, al tiempo que se baldeaba el suelo y las escobas de mijo hacían su labor dejando impoluta la tierra apelmazada del pavimento sin levantar un ápice de polvo.

El prior Miguel surgió del interior de la colegiata encabezando a la comunidad de monjes que, con las capuchas de los hábitos sobre las cabezas, se dispusieron en derredor del recinto aún delimitado por las grandes lonas. También José de Tolosa estaba presente, así como los maestros de cada uno de los talleres que habían participado en la construcción de la portada en aquellos quince años. A todos ellos se había dado aviso para permitirles presenciar el improvisado acontecimiento. Junto a Blanca se encontraba ya Salvador, el viejo maestro, y Nicolás se acercó a la ordenada fila de monjes para asir por el brazo a fray Bernardo y colocarlo cerca de sí.

Solo los cascos de los caballos que acompañaban a la reducida comitiva del rey anunciaron su llegada, aunque un creciente revuelo en las calles cercanas indicaba que la noticia de su presencia se extendía ya entre los primeros viandantes. El prior Miguel apartó la lona y salió del recinto para recibir al monarca. Poco después regresaba en compañía del alférez real, quien barrió con mirada escrutadora el recinto antes de dar su aprobación. Solo entonces se alzó la lona lateral lo suficiente para dejar paso a las andas portadas por ocho *milites* sobre las que se había anclado el sitial de madera en el que se sentaba el viejo rey. Amplios ropajes de soberbias telas pendían desde sus hombros hasta el piso ocultando incluso los brazos del sitial. Solo el rostro, abotagado y deforme, quedaba a la vista para dar cuenta de la obesidad que afectaba a todo su cuerpo, pues ni los largos cabellos canos ni la barba rala podían velar su aspecto. Con cuidado, los soldados hicieron descender las andas hasta depositarlas en el lugar donde el alférez les indicó, el más cercano al límite posterior del recinto, justo en el eje central y frente al centro del tímpano.

Nicolás apenas era capaz de reconocer al hombre con quien había compartido largas veladas de juego a unas pocas varas de allí. Levantar la lona que cerraba el recinto a sus espaldas hubiera sido suficiente para que el rey pudiera contemplar el cartel de roble repintado de la vieja tafurería. Trató de buscar en su corazón un asomo de piedad hacia él, pero solo encontró los rescoldos de un odio que había ardido allí durante los tres lustros empleados en la construcción de la Puerta, los mismos que habían transcurrido desde que por última vez lanzara los dados sobre un tablero.

Reparó en que el rey no había alzado la mirada en ningún momento tras su llegada. Esperó, en cambio, a que todos los presentes desfilaran ante las andas para presentar sus respetos y regresaran a los lugares que habían ocupado. Aun entonces permaneció ensimismado sin levantar la cabeza, contemplando tan solo sus manos entrelazadas, en actitud de recogimiento. Cuando por fin se irguió, recorrió a los presentes con la mirada. Pasó de largo al prior, al maestro de obras y al propio alférez real. Solo se detuvo cuando localizó a Nicolás y a Blanca. La sorpresa pareció dibujarse en su rostro cuando María, situada detrás de ambos, dio un paso al frente y

se situó en el hueco que dejaban las cabezas de su esposo y de su hija. El anciano rey permaneció inmóvil, con la mirada clavada en los tres, en medio de la extrañeza del resto, hasta que cabeceó como si comprendiera. Lentamente, la capa que lo cubría se alzó y entre sus pliegues surgieron dos manos temblorosas, unidas entre sí en actitud implorante, como los monjes que se dirigen al Altísimo para rogar el perdón de sus pecados.

Solo entonces se permitió hacer aquello que había dilatado en el tiempo: dirigió los ojos al centro de la portada, inspiró hondo y alzó la cabeza hacia las arquivoltas que llenaban todo su campo visual. Ni la deformidad del rostro causada por la gordura ni los pliegues de la piel propios de la senectud impidieron que su semblante expresara asombro, sorpresa, pasmo, fascinación… Abrió de forma desmesurada sus ojos de viejo, hundidos y vidriosos, y sus manos trémulas abandonaron la actitud suplicante para aferrarse a los brazos del sitial. Boquiabierto, la estudiada disposición de la portada hizo que dirigiera su mirada hacia la majestuosa figura central, el Juez Supremo revestido con el azul más brillante e intenso que pudiera contemplarse, en el centro de su mandorla recubierta con pan de oro. A su alrededor, los colores radiantes de los cuatro evangelistas conducían a los ojos hacia la primera arquivolta.

Nicolás sabía que, a partir de ahí, todos quienes contemplaban la puerta por vez primera se veían impelidos a desviar la mirada hacia los deslumbrantes rojos del Infierno, hacia las figuras demoníacas que lo poblaban y hacia las decenas de rostros desfigurados por el dolor del tormento. Pero el rey pareció forzarse a contemplar en primer lugar las figuras serenas que poblaban el Paraíso, como si quisiera dejar para el final aquello que en verdad le interesaba. Pasó largo rato recreándose en la contemplación de los escogidos que ocupaban su lugar a la diestra del Salvador, sin abandonar la expresión de embeleso mientras recorría las soberbias tallas de mártires, ángeles, profetas y ángeles coronadores. Después, durante un breve instante, cerró los ojos como si quisiera borrar la visión anterior y prepararse para lo que llegaba a continuación. La mueca de asombro que conservaba se tornó en incredulidad cuando empezó a recorrer las escenas del Infierno.

Nicolás sabía que el rey no tendría dificultad en identificar los pecados allí descritos, entre los que la avaricia ocupaba un lugar predominante. Aquel había sido el deseo del prior Guillermo y él tan solo había respetado el encargo recibido. Allí estaba su crítica póstuma al papel que los judíos habían representado en el reinado de Sancho, a la sobreprotección que este les había dispensado en contra de los intereses de la mayoría cristiana y en particular del cabildo.

Al contrario de lo que había hecho en el lado del Paraíso, el anciano rey recorrió las escenas empezando por las arquivoltas más externas, y Nicolás, que no había apartado los ojos un instante del rostro del rey Sancho, comprendió que había una dovela que trataba de evitar hasta el final. Se detuvo en varias, una de ellas la séptima arquivolta, que representaba a un tahúr con un tablero de juego en la mano. Supo que habían llamado su atención las figuras de un obispo y un abad condenados,

inconfundibles por los báculos dorados y las mitras que portaban. Los cuerpos desnudos de hombres y mujeres castigados por lujuria, adulterio y sodomía desfilaron ante sus ojos junto a las lenguas arrancadas de los perjuros, y las explícitas escenas de los pecadores en el momento de cometer sus faltas. Estiró el cuello un ápice para observar mejor los detalles de un miembro de la nobleza, un caballero provisto de lanza, escudo y yelmo, que cabalgaba con un demonio a horcajadas sobre la grupa. Cuando vio que el rey, con un discreto movimiento del índice derecho, contaba las arquivoltas y las dovelas supo que se disponía a buscar la única escena que en su última visita estaba sin terminar de labrar. Cuarta arquivolta, tercera dovela.

Sancho sintió que palidecía al principio, pero al instante dejó que un asomo de sonrisa cargada de sentido se dibujara en su semblante. Sabía que el escultor lo observaba. En cualquier caso, lo que veía confirmaba las sospechas que albergara desde el día en que contempló aquella dovela por vez primera, aún sin labrar. La figura a la que el demonio abrazaba iba revestida con un manto de un azul tan brillante como el del Salvador. Daba incluso la sensación de que la pintura estuviera fresca aún. La túnica era escarlata pero lo que lo hacía inconfundible era la corona dorada con que se tocaba y la esmeralda engarzada en el centro… La misma esmeralda, tal vez, que sus huestes arrebataran al miramamolín en las Navas. El rostro del personaje anticipaba el tormento al que pronto sería sometido, atrapado ya por las dos manos de aquel ser infernal. La dovela se encontraba lo bastante alejada para impedirle distinguir con claridad si la mancha negra que destacaba sobre el pecho era o no un águila. Bajó la cabeza lentamente y su mirada se dirigió al lugar que ocupaba Nicolás. Blanca, la autora de aquel derroche de belleza que cubría la portada, seguía junto a él, pero María se había situado entre ambos y lo miraba con expresión retadora mientras asía a su esposo por la cintura.

—Has sido osado al atreverte a representar a tu rey en el infierno[14] —dijo con voz apagada. No necesitaba alzarla más porque el silencio dentro del recinto era absoluto—. ¿Por qué en esa dovela en concreto?

—Un cuatro y un tres. Es lo que marcaron los dados en la última tirada de nuestra última partida, aquella en la que tratasteis de arrebatármela —respondió a la vez que atraía a una emocionada María hacia sí.

—¿Me representas agachado?

—Es la imagen que guardo de vos al descender a la sala de juego de La Tabla Real. Vuestra estatura os impedía atravesar aquel arco si no era doblando la espalda.

—Una postura incómoda si he de pasar siglos ahí —respondió con sorna—. Y en la dovela superior has representado a otros tahúres con una tabla real y bolsas repletas de monedas. El de la derecha podrías ser tú, con esa larga túnica propia de un maestro escultor.

Nicolás se limitó a afirmar con una sonrisa amarga.

—Así que crees que estoy condenado a sufrir las llamas del infierno… —rio sin esperar la respuesta de Nicolás—. ¡Yo también lo creo! Pero ¿en verdad opinas que la afición al juego es el mayor de los pecados que he cometido?

—Es aquel que a mí me ha causado mayor dolor. Maldigo el momento en que por vez primera lancé los dados frente a vos.

—¿Sabes…? Temía pasar a la historia con el apelativo que mi pueblo, agradecido, me ha adjudicado. —Seguía hablando entre risas, esta vez con una inflexión que denotaba la socarronería que teñía sus palabras—. «El Encerrado», me llaman. Sin duda el «El rey tahúr» me gusta más, ¡mucho más!

De nuevo la risa de Sancho inundó el espacio abocinado de la Puerta del Juicio y reverberó entre las arquivoltas. Su rostro empezaba a estar congestionado y las carcajadas, al parecer incontenibles y cada vez más estruendosas, parecían impedirle respirar bien. Cuando el color de su piel se volvió grana, el alférez real dio un paso al frente y sacudió al rey por los brazos.

—¡Mi señor, deteneos!

—¡«El rey tahúr»! —exclamó sin aliento apenas, antes de estallar de nuevo en risas.

—¡Por Dios, mi rey! ¡Parad!

Un instante después la risa se había detenido en seco y un rictus de dolor y de asombro deformaba su rostro. Sin embargo, la mueca que lo desfiguraba no era tal, puesto que ya no desapareció. El ojo derecho se le había cerrado, el labio del mismo lado caía hacia la barbilla y el brazo diestro colgaba flácido a un costado del sitial.

—¡Que entren los físicos! —gritó el alférez a los *milites* llevándose las manos a la cabeza entre aspavientos de desesperación.

Durante toda la jornada la ciudad vivió pendiente de las noticias procedentes del castillo, adonde el rey había sido conducido en volandas por sus porteadores tras el ataque de apoplejía del que los físicos habían hablado. Todas las iglesias de la ciudad se llenaron de fieles devotos, aunque fue la capilla real de San Nicolás de Bari la que mayor afluencia registró. Los monjes del priorato se reunieron en una vigilia permanente en la que elevaron sus preces por la recuperación del rey Sancho. Su canto monódico no dejó de escucharse en toda la noche. Solo al amanecer se apagó para ser sustituido por el primer toque de difuntos por un rey que surgía del campanario recién levantado de la colegiata de Santa María.

Un halo de tristeza pareció abatirse sobre la ciudad y el silencio y el luto se adueñaron de sus calles, rotos tan solo por el eco de los cascos de los caballos de los muchos emisarios que cruzaban el puente sobre el Ebro para anunciar el fatal desenlace a todo el reino. Dos de ellos debían alcanzar un destino más lejano aún, el condado de Champaña, donde el conde Teobaldo había de ser informado con la mayor presteza del óbito de su tío materno.

Juan Pérez de Baztán, aunque arropado por la *curia regis*, quedaba de manera provisional al frente del reino. Personalmente se había asegurado de que los manuscritos redactados por los escribanos, que en aquel momento viajaban hacia todos los puntos cardinales, se refirieran al finado, el monarca que había depositado su confianza en él hasta convertirlo en su privado, como Sancho el Fuerte, rey de Navarra. Al rubricar uno tras otro los documentos, sentía que una nueva aflicción se sumaba a las que ya lo atenazaban: tal vez las águilas negras, representadas en los sellos céreos que pendían de aquellos pergaminos, tuvieran los días contados.

Epílogo

Año 2016

Ana Molins, con el té humeante en la mano izquierda, se acercó al sillón giratorio y oprimió el botón de encendido del portátil que reposaba sobre la mesa. Con un tintineo dejó la taza a su derecha y tecleó la contraseña. Cuando se sentó y desplazó el sillón bajo el tablero, la imagen del fondo de pantalla ya había aparecido ante sí. Allí estaban las portadas de sus cinco novelas publicadas, la última de ellas solo unas semanas atrás. Se encontraba en plena campaña de promoción, pero había reservado aquel domingo para el descanso y la familia.

Entregado el original de su quinta publicación el mes de octubre anterior, se había propuesto un tiempo de reflexión antes de seguir adelante. El trabajo de documentación era exigente, extenuante en ocasiones y, a pesar de las satisfacciones que le reportaba llevarlo a cabo, a pesar de los momentos de intenso placer que le proporcionaba la escritura, poner el punto final a una historia siempre era un momento de liberación. Aquel estado refractario duraba muy poco, sin embargo, y no era extraño que se sorprendiera a sí misma, con la cabeza apoyada en la almohada antes de caer vencida por el sueño, pergeñando una nueva trama e imaginando las andanzas de nuevos personajes. Así le estaba sucediendo también en aquella ocasión en que se le suponía centrada en responder entrevistas y preparar encuentros y presentaciones. Solo ella lo sabía, pero en el portátil ya existía una carpeta con el nombre de «*Sexta novela*». Precisamente se sentaba en aquel momento para incorporar en el archivo «*Notas 6ª Nov*» las últimas ideas que, aquella misma mañana, le habían surgido en el lugar donde siempre lo hacían: bajo el chorro templado de la ducha.

No tardó más de diez minutos, quizá porque las vibraciones del móvil en las horas anteriores le hacían intuir una carpeta repleta en su cuenta de Facebook. Pulsó sobre el icono de la aplicación y, efectivamente, comprobó que había una treintena de avisos y cinco mensajes, además de cuatro solicitudes de amistad. Decidió abrir Spotify, se colocó los cascos y eligió la lista de canciones favoritas en modo aleatorio antes de empezar a leer. Dos de las notificaciones eran enlaces a nuevas reseñas de la novela, recién publicadas en una página literaria y en un blog dedicado a novela histórica española. Compartió ambas después de leerlas detenidamente, junto a unas palabras de agradecimiento hacia sus autores. La mayor parte eran comentarios a entradas anteriores que respondió sin prisa. Después entró en los mensajes. Como era habitual, cuatro eran de mujeres, y el otro de un varón de su edad a quien no conocía. Todos menos uno, que dejó para el final, correspondían a lectores que acababan de terminar la novela y le trasladaban sus impresiones. Valoraba en mucho el esfuerzo

que suponía hacérselas llegar y, por ello, siempre trataba de responder de forma más o menos elaborada, pero siempre cortés.

Abrió el mensaje más reciente, enviado solo dos horas antes. Ya el nombre de la remitente le había generado una palpitación al aparecer en la pantalla tras reconocer al instante su apellido infrecuente.

Estimada Sra. Molins,

Hace tiempo que la sigo a través de Facebook pero hasta ahora no habíamos intercambiado ningún mensaje. Mi nombre es Carmen Sagastibelza y, como supongo que recordará, soy la única hija de Maribel, con quien compartió una gran amistad desde la publicación de su primera novela y hasta el momento de su muerte. Recuerdo que mantuvimos entonces una breve conversación telefónica en la que amablemente me trasladó usted sus condolencias. Han transcurrido dos largos años desde entonces y en todo este tiempo no he reunido el ánimo suficiente para enfrentarme a la tarea de poner orden en los documentos que mi madre nos dejó. De hecho, hasta hace unas semanas su despacho ha permanecido tal como quedó aquel día. Solo nuestro inminente traslado nos ha obligado a acometer la tarea. Mi esposo y yo hemos tratado de organizar todos los fondos bibliográficos como mejor hemos podido (debe saber que ambos somos médicos y no estamos demasiado familiarizados con el campo en que ella destacó), y ahora todo el material se encuentra clasificado y guardado en cajas, dispuesto para la mudanza. Sin embargo, había también un maletín cerrado y, por mucho que hemos buscado, no hemos podido dar con la llave. Esta misma mañana mi marido ha logrado forzar la cerradura, y ese es el motivo de que usted esté leyendo este mensaje. Junto a algunas de las pertenencias de mi madre, en el interior hay un sobre cerrado dirigido a usted, sin dirección, con una anotación a lápiz que dice «entregar en persona».
Me gustaría cumplir lo que podría considerarse una última voluntad, algo que también me daría la oportunidad de conocerla y pedirle que, si no tiene inconveniente, me dedique los ejemplares de su obra, que he leído en su totalidad. Viajamos este martes a Zaragoza y, de regreso, pasaremos por Tudela a media tarde. Quizá sea una buena ocasión para encontrarnos si a usted le viene bien.

Quedo a la espera de su respuesta. Un afectuoso saludo.

Carmen Sagastibelza

Ana Molins quedó pensativa. Maribel Sagastibelza Viniegra había sido una prestigiosa historiadora y arabista pamplonesa, autora de excelentes monografías que había utilizado en la preparación de sus primeras novelas. Aunque de avanzada edad ya por entonces, la anciana profesora mantenía una lucidez y una capacidad intelectual envidiables.

Su primer contacto se había producido por vía telefónica, en una llamada recibida en casa dos meses después de publicar por vez primera. Al escuchar su nombre al otro lado del teléfono sus rodillas temblaron: de todos era conocido el eterno enfrentamiento entre historiadores y autores de novela histórica. Los primeros achacaban a los escritores el uso poco riguroso de las fuentes y la escasa seriedad de sus trabajos; en sentido inverso, los novelistas culpaban a los docentes por su incapacidad para acercar la Historia al gran público. Sin duda, Sagastibelza le llamaba para reprocharle algún aspecto erróneo de la trama, quizá la falta de rigor histórico en alguno de sus pasajes. El primer saludo, cordial, la tranquilizó. Se presentó a sí misma y, sin dejar apenas que la escritora balbuceara su asombro por estar hablando con la maestra a quien admiraba, le explicó el motivo de la llamada: acabada la novela, había localizado su número de teléfono con la intención de

expresarle su satisfacción por aquel trabajo. Ana Molins esperaba el «pero», mas este no llegó. De aquella conversación había surgido la primera cita en un restaurante de Pamplona donde hablaron largo y tendido, y en la que la profesora le facilitó material que habría de serle de gran utilidad en la elaboración de las dos novelas que llegaron a continuación.

La relación se hizo cotidiana, hasta el punto de que la escritora tomaba el teléfono para resolver cuestiones que no alcanzaba a ver con claridad y que la anciana, haciendo gala de una memoria prodigiosa, resolvía aun antes de terminar de formularse. La noticia de su muerte repentina le llegó durante un viaje fuera de España, y solo la distancia le impidió estar presente en su funeral.

Dos años más tarde era su hija, con la que solo había mantenido aquella breve conversación a la que hacía referencia, quien iba a hacerle entrega de una carta dirigida a ella. Solo aquel hecho le provocaba cierta emoción, que se convertía en verdadera intriga al saber que tenía la importancia suficiente para estar encerrada en un maletín con llave con la advertencia de que debía ser entregada en mano a su destinataria.

Buenas tardes, Carmen.

En primer lugar, me vas a permitir que te tutee, como hicimos desde el primer momento tu madre y yo. Es una grata sorpresa leer tu correo que, al tiempo, me intriga pues no recuerdo haber tenido ningún asunto pendiente con Maribel en el momento de su fallecimiento. Seguramente se tratará de algún documento de los que solía enviarme en ocasiones acerca de sus investigaciones. Estaré encantada de encontrarme con vosotros cuando mejor os venga. Te paso mi número de móvil y seguimos en contacto.

Un abrazo. Ana.

P. S.: No te molestes en traer tus libros, yo te regalo nuevos ejemplares dedicados.

La tarde era heladora. El cierzo soplaba con fuerza y la noche se había echado encima a pesar de que en la Casa del Reloj no habían sonado aún las dos campanadas de las seis y media. Mientras atravesaba la Plaza de los Fueros en dirección a la céntrica cafetería donde se habían citado, se alegró de haber llevado la bufanda en el último momento. A pesar de que solo seiscientos metros separaban su casa del centro de la ciudad, no había calculado bien el peso de aquellos cinco volúmenes que llevaba en una bolsa de tela, cuyas asas empezaban a cortarle la circulación de los dedos ya entumecidos por el frío. Se sorprendió al comprobar que, a pesar de todo, varias mesas de la terraza estaban ocupadas. Eran, eso sí, las más cercanas a las estufas situadas al abrigo de la fachada, y todos se cubrían con las mismas mantas rojas con el anagrama del bar. Desfiló entre las hileras de mesas alineadas, hasta que asió el tirador de madera y sintió en el rostro el agradable calor del interior. Escogió una mesa situada en el rincón más alejado, frente al gran ventanal que daba a la calle del Muro. Faltaban aún cinco minutos para la hora de la cita, así que depositó la pesada bolsa sobre una silla, se despojó de la delicada bufanda y del abrigo y los colgó en el perchero cercano. Tomó asiento en un sillón de brazos y dejó libre el

amplio sofá de piel para Carmen y su esposo.

Pidió un té cuando se acercó el camarero y, mientras esperaba, pulsó en el icono de Facebook. Carmen aparecía sonriente en la foto de perfil junto a su esposo, con un paisaje alpino al fondo. Un congreso médico en Suiza, quizá —había pensado al verla dos días antes—. Alberto era su nombre, habían nacido en el mismo año y todo indicaba que compartían sus vidas desde la universidad. Se habían casado en 1992 y, a juzgar por las fotos de sus biografías, no habían tenido hijos. Se sorprendió al toparse con una imagen en la que ella misma aparecía sonriente junto a Maribel Sagastibelza y la propia Carmen en la presentación de uno de sus libros en Pamplona. No recordaba haber coincidido con ella antes en persona, pero allí estaba la prueba que demostraba lo contrario. Tampoco le resultaba extraño, porque se consideraba una pésima fisonomista y en ocasiones como aquella saludaba a decenas de personas.

Llegaron puntuales. Carmen entró por delante y, con decisión, se acercó a ella para saludarla con dos besos. Alberto se había mantenido a su espalda y, cuando se lo presentó, le estrechó la mano con energía. Ambos se despojaron de los abrigos y Alberto dejó entre sus piernas el portafolio de piel negra que llevaba para colgar las dos prendas en el perchero. Luego recogió la cartera y la depositó juntó al brazo del sofá, donde Carmen tomaba asiento ya.

Iniciaron una prolongada y cordial conversación, pidieron sus consumiciones y, mientras estas llegaban, la escritora tomó la bolsa que contenía los libros.

—Voy a empezar a venderlos a peso —bromeó.

—Es que no escribes novelas de cuatrocientas páginas —respondió Carmen con una sonrisa—. Mi madre te admiraba por ello.

—Me he permitido curiosear en vuestros perfiles para poder dedicároslos a ambos. No conocía tu nombre —confesó sonriendo a Alberto mientras escribía.

—No sabes cómo te lo agradecemos. Mi madre guardaba como oro en paño cada uno de los primeros ejemplares que le enviabas puntualmente. Siempre nos mostraba las dedicatorias. Ahora tendremos los nuestros.

Con las bebidas ya sobre la mesa repitieron el proceso con el resto de las novelas, haciendo comentarios acerca de su contenido, elogiando las portadas, o escuchando los detalles que Ana les explicaba sobre el largo proceso de creación y edición. Al final, los cinco libros descansaban apilados sobre un extremo de la mesa que los separaba.

—Bien, hablemos ahora de lo que nos ha traído aquí. —Carmen hizo un gesto y su esposo depositó el maletín sobre el cristal. Él mismo accionó los dos resortes que lo mantenían cerrado—. Realmente lamento no haber hecho esto antes, pero, créeme, me resultaba imposible entrar en su despacho sin que su recuerdo me hiciera desistir.

—No te preocupes —aseguró Ana con empatía—. Es perfectamente comprensible.

—Espero que, sea cual sea el contenido del sobre, no se tratara de nada urgente.

Ladeó el portafolio y alzó la tapa, que quedó apoyada en la pila de libros. Ana

había pensado en un documento pequeño, pero el que apareció ante ella era del tamaño de un folio, aunque no parecía abultado. Se trataba de un sobre de excelente calidad pues mantenía el impoluto color blanco sin asomo de amarilleo a pesar del tiempo transcurrido. En el centro, y escrito en letras mayúsculas con un rotulador azul, aparecía su nombre. A la derecha, cerca del borde y con lápiz, había anotado su advertencia de que aquella carta debía ser entregada en mano.

—Como verás, está cerrado —observó Carmen mientras lo sacaba del maletín. Con cierta ceremonia, tomándolo con las dos manos en posición horizontal, se lo tendió—. Ahora es tuyo.

Ana también lo sujetó con las dos manos. Trató de despegar la solapa, pero estaba bien adherida, de forma que empezó a romper un borde lateral con cuidado de no dañar el contenido.

—No tienes que hacerlo en nuestra presencia…

—Entre tu madre y yo no había secretos. Ella era un libro abierto para mí, compartía conmigo cuanto sabía. No veo por qué habría de ocultaros ahora el contenido. Quizá en otros se hubiera impuesto la curiosidad y el sobre no estaría tan bien cerrado —ironizó—. Además, me costaría esperar hasta volver a casa.

Introdujo los dedos con cuidado y sacó varios documentos de distintos tamaños junto a un sobre más pequeño. Identificó la letra menuda de la profesora en las hojas que aparecían a la vista, sujetas con un clip. Bajo ellas había un pliego doblado que llamó su atención. Era de tamaño DIN A3, el doble que un folio, y lo desplegó sobre el maletín a la vista de los tres. Era una impresión en color de la imagen que reproducía un antiguo pergamino. Reconoció de inmediato los caracteres apretados de un texto escrito en árabe y sintió que el corazón le palpitaba en el pecho. Cruzó una mirada con Carmen y su esposo, que se inclinaban sobre el pliego tan intrigados como ella.

Querida Ana:

La historia que te voy a referir es propia de una novela. Me gustaría contártela delante de un café, pero me dicen que estás de viaje y que tardarás en volver. Espero tener ocasión de hacerlo a tu regreso, pero me detectaron una neumonía de la que me restablezco en casa. Lo cierto es que me siento más débil de lo que reconozco ante mi hija Carmen y, como a mi edad nunca se sabe lo que puede pasar, prefiero dejar escrito todo esto con el encargo de que te lo hagan llegar si algo sucediera. Entenderás que confío en que nunca leas esta carta.

El caso es que, hará un año, recibí un extraño correo de un remitente desconocido. Me decía que había llegado a sus manos un antiguo documento medieval escrito en árabe y que necesitaba mi ayuda profesional para traducirlo. Desde el primer momento sospeché que tras aquel mensaje se ocultaba algún asunto turbio, a juzgar por el hecho de que quien pedía mi colaboración imponía drásticas condiciones: no debía hablar con nadie acerca de ello y mucho menos con las autoridades de Cultura del Gobierno de Navarra ni del Ministerio, solo nos comunicaríamos a través de aquella cuenta de correo y debía comprometerme mediante juramento a eliminar la copia del documento que solo me enviaría en caso de aceptar. He de decirte que también me ofrecía una suculenta cantidad de dinero.

Me conoces bien y sabes que no podía decir que no. En mi respuesta aclaraba que lo haría por curiosidad profesional y sin aceptar un solo euro, y que tal vez necesitara conocer detalles acerca de su procedencia para poder interpretar correctamente el contenido. Aquella misma tarde recibí

un nuevo mensaje con el documento que tendrás delante si estás leyendo esto.

Ana giró el pliego y lo observó con detenimiento. Se trataba de una impresión en altísima calidad de una imagen de excelente definición. Sin embargo, todo lo que rodeaba al texto aparecía difuminado mediante un editor de imágenes, como si se hubiera querido eliminar cualquier pista acerca de su origen. Las miradas de los dos médicos estaban clavadas en ella. Había terminado la primera página de la carta manuscrita, y se la tendió a Carmen mientras pasaba a la siguiente.

… Como verás no contiene más que texto, mi interlocutor se aseguró de borrar casi por completo todo lo demás. Sin embargo, mi experiencia y mi intuición me decían ya entonces que se trataba de la fotografía de un documento auténtico, y el sello con caracteres cúficos que aparece en el borde inferior así lo atestigua. Es la marca inconfundible de los jerifes hashimíes de La Meca y de Medina, descendientes de Mahoma a través de su hija Fátima y su yerno Alí, que durante siglos fueron encargados de la protección de los lugares santos del Islam.

Durante semanas me empleé a fondo en el intento de traducir aquel pergamino. Si tenemos ocasión te daré todos los detalles, pero aquí te diré que encontré grandes dificultades. En su mayor parte se trataba de una lista de nombres propios y de fechas, en lo que parecía una suerte de gran árbol genealógico que se remontaba al primer siglo de la Hégira y se prolongaba durante casi quinientos años hasta llegar al último tercio de nuestro siglo XI. En el sobre pequeño que te adjunto encontrarás una copia de la traducción. Verás que es imperfecta, pues no he sido capaz de transcribir algunos nombres y fechas, pero en conjunto puede decirse que es bastante completa y, además, susceptible de mejorarse. Resulta asombroso comprobar que el primer nombre de la lista es el mismo Profeta Muhammad, y el último que figura en ella es el de Abd al-Mumin ibn Alí, pero de él te hablaré más adelante.

Una vez concluida la traducción, se la envié a mi interlocutor. Quizá ese fue mi gran error, pero había estado atosigándome con correos casi diarios, al parecer importunado por la tardanza. En aquel mismo mensaje al que adjunté la traducción le rogaba que, fuera quien fuese, hiciera llegar aquel pergamino a las autoridades de Cultura de Navarra, a la Institución Príncipe de Viana. Ya entonces intuí que, quizá, procedía de un robo o un expolio, y traté de argumentarle que para nadie en el mercado negro tendría más valor que el de una antigüedad más. Para los estudiosos, sin embargo, su importancia podría ser incalculable por la información que proporciona. Pues bien… No he vuelto a tener más noticias de él. Traté de insistir con nuevos correos y aquí delante tengo otras tantas respuestas automáticas en las que solo aparece el escueto mensaje de error en el envío. Es decir, la cuenta de correo ya no existe. Estoy convencida de que no hubiera sido distinto de haber pactado un precio a cambio del trabajo.

Ana levantó la cabeza y vio que Alberto cogía con fuerza la mano de su esposa, que había comenzado a sollozar mientras leían juntos la primera página. Dejó a su alcance la segunda y continuó, intrigada.

Como imaginarás, no me sentí obligada por mi promesa y acudí a la sede de Cultura en Navarrería, 39, con una copia impresa del pergamino y con la intención de hablar con Teresa Navascués, nuestra vieja conocida en Príncipe de Viana. Te diré que cuando puso el ojo encima de la copia y le hablé superficialmente de la traducción se llevó las manos a la boca y al poco toda la Dirección General era un hervidero. Esa misma semana se convocó una sesión de trabajo con los técnicos de Patrimonio Documental en el Archivo General. Yo les expliqué de qué forma había llegado a mí la fotografía del pergamino, puse en sus manos la transcripción completa… Y, por sus expresiones al leerla, supe que todos ellos sabían de su existencia. Teresa, con un gesto, pidió permiso al director general y, al recibir su asentimiento, me puso al corriente de lo que sabían acerca del documento.

Recordarás que hace diez años, durante las importantes obras de restauración de la catedral de Tudela, se excavó todo el subsuelo del templo y de algunos de sus aledaños. Entonces salieron a la

luz restos de la primitiva mezquita: capiteles, modillones, algún brocal de pozo, utilizados en ocasiones como simple relleno de los cimientos. Y la arqueta de marfil que conoces bien, la que ahora se expone en el Museo de Tudela tras su restauración. Pues bien, en aquel momento tuve noticia de que la arqueta no había aparecido vacía. Cuando los técnicos procedieron a examinarla con detenimiento, encontraron en el fondo, bajo una lámina de cuero, un documento escrito en latín —es cierto que muy deteriorado— que daba detalles sobre el rollo de pergamino que en algún momento había ocupado aquella caja. Por las referencias de esa carta, a ninguno de los presentes le cabía duda de que se trataba del pergamino cuya imagen les acababa de mostrar.

Si estás leyendo esto, sé lo que te estarás preguntando. Fue muy comentado que la arqueta apareciera dentro de un bloque de yeso, lo que contribuyó a su conservación, aunque a punto estuvo de provocar que fuera desechada entre el escombro. Quizá no sepas que la caja apareció una mañana en el fondo de la cata practicada junto a lo que había sido el primitivo horno de cal de las obras de la catedral. Los técnicos pensaron que se había desprendido de la pared de manera fortuita aquella noche, pues la tarde anterior se había extraído un modillón que quizá sustentaba el bloque. Lo cierto es que la masa de yeso se había fragmentado y la arqueta se encontraba semiabierta, tan solo con la carta latina en el interior. Ya conoces el revuelo que originó el descubrimiento: las obras se detuvieron, toda la atención se concentró en aquel viejo horno por si aparecían más piezas como aquella. Solo unos pocos estaban al corriente de la existencia de la carta y comprobaron que el pergamino al que se refería no se encontraba dentro. En un principio no se descartó la posibilidad de que hubiera sido expoliado durante alguna de las reformas que la catedral había sufrido a lo largo de los siglos, algo difícil de sostener si la arqueta seguía allí. Pero la aparición de la imagen del pergamino echaba por tierra de manera definitiva esa hipótesis, y orientó las pesquisas hacia un posible robo durante las obras de restauración. Se alertó al departamento de Interior, y agentes de la Policía Foral especializados en patrimonio histórico iniciaron una investigación. Aunque esta información es reservada y no tengo confirmación, supongo que el juez autorizó que fueran investigados todos cuantos tuvieron acceso a las excavaciones. Ya sabes, control de comunicaciones, movimientos bancarios… Sin embargo, no se obtuvo ningún resultado. Supondrás que también se estudiaron los correos de mi misterioso comunicante, y resultó que todos habían sido enviados desde un concurrido locutorio público del centro de Barcelona que no contaba con ningún registro de clientes.

Perplejos, los dos esposos leían con retardo los folios garabateados que les iba pasando.

—¡No teníamos ni idea de todo esto! —exclamó Alberto cuando sus miradas se cruzaron.

—La verdad es que nunca prestamos demasiada atención a sus cosas —se lamentó Carmen con un tono que denotaba autorreproche—. Demasiado ocupados siempre con nuestros asuntos… Tal vez sí que sacara el tema en alguna ocasión, pero estoy segura de que pensamos que se trataba de otra de esas obsesiones que solo ella consideraba interesantes.

Imaginarás que, de inmediato, me asaltó la imperiosa necesidad de conocer el contenido de aquella carta que había pasado ochocientos años junto al pergamino. Por fortuna me permitieron leer su traducción al castellano, porque puedo decir que, si bien domino el árabe, no ocurre lo mismo con el latín. No consideraron conveniente facilitarme una copia, aduciendo que el asunto estaba sometido a investigación, pero se trataba de un escrito redactado nada menos que por el gran prior de Navarra de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, que allá por el siglo XII gozaba de gran predicamento en el reino y disponía de numerosas encomiendas en la Ribera del Ebro, al igual que la Orden del Temple. Álvaro de Rodas era su nombre, y habitaba la casa prioral que se encontraba en la actual calle Carnicerías, cerca de la Plaza de San Jaime. Antes de desvelarte el contenido de la carta y mis deducciones tras meses de investigación con todo el material, terminaré de contarte lo sucedido en las reuniones con el Departamento de Cultura. La conclusión a la que han llegado coincide con mi primera apreciación: el documento fotografiado

parece ser auténtico, pero si ese original no aparece, de poco servirá a los estudiosos haber conocido su contenido. Una copia impresa de una imagen digital no tiene valor documental, y nunca podrá otorgársele validez como fuente en el ámbito académico. Con toda seguridad, ese pergamino circula a estas alturas por el mercado negro, como tantas otras joyas expoliadas de nuestro patrimonio. Quizá, una vez traducido y refrendado su valor, se mantenga oculto durante años, hasta que vuelva a salir a la luz y acabe formando parte de alguna colección privada para dormir durante décadas en el interior de una caja fuerte. Por fortuna nunca podrá formar parte de la colección de un museo en ningún lugar del mundo porque la imagen impresa que tienes delante y la carta de la que te acabo de hablar acreditarían su procedencia.

A estas alturas te preguntarás por qué te cuento todo esto. Ha pasado casi un año desde el día en que recibí aquel correo y nada más hemos sabido acerca del pergamino ni de quién lo robó en la catedral de Tudela. Como te digo, sin estudiar el original ni siquiera podemos estar seguros de que no se trate de una falsificación bien hecha o de una simple broma. Así pues, puede que para una historiadora no tenga valor… pero quizá lo tenga para una escritora. Una vez, no hace tanto, me comentaste que tenías en mente escribir una novela sobre el momento de la construcción de vuestra catedral en la época de Sancho el Fuerte. Creo que en torno a este hallazgo podría construirse una bonita historia.

Aunque espero que a tu regreso podamos vernos para hablar largo y tendido, voy a adjuntar a esta carta una copia de las conclusiones a las que he llegado en estos últimos meses. Nunca está de más tomar precauciones. Sería una lástima que todo esto quedara oculto otros doscientos años o, quizá, para siempre.

Pamplona, 10 de febrero de 2014

Ana les entregó la última hoja y echó un vistazo superficial al resto de los folios, escritos en ordenador y después impresos. Aunque le quemaba la curiosidad, decidió esperar a que Carmen y Alberto terminaran de leer. Cuando lo hicieron, ella alzó la cabeza y, con delicadeza, con el nudillo del índice derecho, se limpió una lágrima.

—El derrame le sobrevino esa misma madrugada —musitó—. Ya sabrás que la encontré inconsciente tendida en su cama al comprobar que no se levantaba para ir al baño como cada mañana.

—Al menos ha visto cumplido su deseo de hacerte llegar todo esto. De haber sucedido la desgracia solo unas horas antes, todo habría quedado en el olvido —reflexionó Alberto.

La escritora asintió. En sus manos le quemaban los folios impresos en los que se encontraba la explicación al enigma del pergamino que acababa de excitar su curiosidad. Nunca hubiera imaginado que en la bellísima arqueta que tantas veces había contemplado a solo doscientos metros de allí se pudiera haber escondido un secreto como aquel.

—Terminemos de leer —propuso, al tiempo que recogía los primeros folios dentro del maletín.

Carmen, sin embargo, le puso la mano en el puño de la americana.

—No, Ana… Si llegas a escribir algo sobre esto, preferimos conocer el final cuando publiques la novela, si no te importa. Aunque para ello tengamos que esperar dos años más —sonrió.

La escritora cabeceó despacio, asintiendo.

—Me parece muy sensato —afirmó, y volvió a guardar los documentos en el sobre—. Tiempo habrá.

Consultó el reloj de pulsera.

—Sí, ya es hora de que dejemos de robar tu tiempo —sonrió Alberto—. Seguro que estás impaciente por llegar a casa para encerrarte en el despacho a leer esos papeles. Nosotros hemos pensado que quizá hagamos noche aquí. Los dos salimos de una larga guardia y tenemos tres días libres. Nos gustaría conocer la ciudad y probar sus famosas verduras.

Ana lanzó una carcajada.

—¡No miraba el reloj por eso! —rio con actitud pensativa—. Me habéis traído un material precioso. Si os quedáis hasta mañana… sería un placer serviros de guía.

—Es muy amable por tu parte, pero no queremos importunarte con…

—Podríamos acercarnos a la catedral y al Museo de Tudela para ver la arqueta —le cortó Ana.

—Nos lo pones difícil —rio Carmen y miró a su esposo—. Yo creo que aceptamos, ¿no?

Caminaban por la nave de la epístola de la catedral, tras visitar el museo y el claustro. Ana llevaba en la mano izquierda una bolsa con el anagrama de una conocida librería de la ciudad, pero no había hecho alusión a su contenido. Había resultado emocionante contemplar una vez más la arqueta, sabiendo entonces que había albergado un tesoro quizá tan valioso como la propia obra de arte. Tanto Carmen como Alberto se habían mostrado asombrados por su belleza y por la delicadeza de sus filigranas labradas en marfil. Le hicieron cien fotos con los móviles desde todas las perspectivas tratando de evitar los reflejos de la vitrina, pues para ellos también había adquirido un enorme valor sentimental desde la tarde anterior. Al entrar en la catedral a través del tránsito, les indicó el lugar aproximado donde había sido descubierta, aunque ya no fuera visible después de reponer el pavimento levantado durante la restauración.

Ana había permanecido hasta la madrugada enfrascada en la lectura de la traducción del pergamino y de las conclusiones que la historiadora había dejado escritas. Después, con la cabeza ya sobre la almohada, su mente se había desbocado. Cinco veces antes había experimentado aquella sensación excitante y, como siempre, le fue imprescindible levantarse para encender el portátil. En otras ocasiones habían sido unos folios de notas garabateadas las que, meses después, habían acabado conformando el esqueleto de una nueva novela. Aquella noche abrió el archivo «*Notas 6ª Nov*», insertó un salto de página al final y subrayó un nuevo epígrafe escrito en negrita que decía «Nueva trama pergamino».

—Aquí está la Virgen Blanca[15] —explicó Ana cuando llegaron a una de las capillas de la cabecera. Una enorme talla de piedra policromada permanecía hierática sobre su pedestal—. En realidad, se trata de un relicario que antes se encontraba en una hornacina en lo alto del altar mayor. Corresponde a la época de construcción de

la catedral.

—¡Cuánto podría contar si fuera capaz de hablar! —comentó Carmen.

—Es asombroso que una ciudad tan pequeña pudiera permitirse la construcción de una catedral como esta.

—Ten en cuenta que Tudela tenía entonces más fuegos que Pamplona, y durante la construcción de la colegiata fue sede de la corte de los reyes de Navarra, tanto de Sancho VII el Fuerte como de su padre, Sancho VI el Sabio.

—Entonces, ¿tenía su obispo? —volvió a preguntar Alberto.

—No, no. Al principio fue colegiata, edificada en torno al monasterio agustino cuyo claustro acabamos de visitar. Ya os he dicho que otras dependencias como las cocinas, los lagares y las cillas permanecen cerradas en un nivel inferior, bajo la galería sur. De manera inexplicable, a mi entender. Ni siquiera los tudelanos saben que están ahí. Maribel, tu madre, se mostraba indignada por ello.

—¿Quieres decir que tenéis gran parte de un monasterio del siglo XII bajo la catedral y apenas nadie sabe de su existencia?

Ana asintió con las cejas levantadas.

—Con salida a las calles por las que hemos pasado al llegar, la calle Portal y la calle Verjas. Desde fuera parece un edificio en ruinas, pero el interior es asombroso. —Negó con la cabeza, como si aquel asunto le doliera de manera especial, y siguió hablando—. Como os decía, al principio había priores al frente de la comunidad de agustinos. Fray Guillermo Durán fue uno de ellos, al parecer enfrentado con el propio rey a cuenta de los fondos dedicados a sufragar las obras. Dependía del obispado de Tarazona y más tarde del de Pamplona. El conjunto se secularizó poco después de la muerte de Sancho, ya muy avanzadas las obras de la colegiata, y desde entonces un deán estuvo al frente del cabildo. Los frailes salieron entonces del convento y algunas de sus dependencias se convirtieron en capillas del templo. Probablemente fue entonces cuando se construyó la parte que hasta entonces había servido como zona de trabajo, la que ahora ocupan las capillas de la nave de la epístola y las dependencias del Palacio Decanal. Hasta el siglo XVIII no se convirtió en catedral, por una bula papal que creó el obispado de Tudela.

Carmen asentía mientras avanzaban por el transepto, frente a la nave central de la cabecera. Admiraron el soberbio retablo flamenco del altar mayor, y Alberto se detuvo en la parte inferior, frente a una cartela que leyó en voz alta:

—Mira, Carmen —la llamó antes de empezar—. «*Cadenas que dio a esta Iglesia el rey D. Sancho el Fuerte de Navarra, de las que rompió en la tienda del miramamolín en la batalla de las Navas de Tolosa. Año 1212*».

Sobre el texto, un tablero encarnado en forma de escudo albergaba una decena de largos eslabones de hierro de tosca factura.[16]

—Ya sabéis, serían las cadenas que mucho más tarde acabaron por incorporarse al escudo de Navarra —explicó Ana—. Otros dos tramos están en la Colegiata de Roncesvalles, a los pies de la tumba de Sancho, y el cuarto terminó en el salón del

trono del Palacio de Navarra tras ser trasladadas desde el monasterio de Irache en el siglo XIX. En cualquier caso, estas que veis parece que fueron refundidas para darles la forma actual.

Contemplaron desde el altar el soberbio coro central y la perspectiva del templo con el gran rosetón al fondo.

—¿Por qué Sancho fue enterrado en Roncesvalles y no en Tudela o en Pamplona? —se extrañó Alberto.

—Ana debe de estar asombrándose de nuestra ignorancia —rio Carmen entonces—. Creo que tendremos que renunciar a algún congreso médico y dedicar más tiempo a nuestro arte y a nuestra Historia.

—Tienes toda la razón —respondió compungido.

—¡Quita, quita! —Entonces fue el turno de Ana para la risa—. Cuando tenga que acudir al Hospital de Navarra preferiré que estéis a la última en vuestras especialidades. En absoluto me importará que no conozcáis dónde estuvo la sepultura de Sancho el Fuerte. De hecho, fue enterrado aquí, en la iglesia de San Nicolás, aunque más tarde fue trasladado. Es una larga historia de disputas en la que intervinieron el cabildo de la colegiata, los monjes cistercienses de La Oliva y el Hospital de Roncesvalles. Llegó a interceder el Papa, pero fue la autoridad del rey Teobaldo I la que decantó la decisión a favor de este último, aunque no de forma pacífica, pues durante décadas se sucedieron excomuniones, un entredicho sobre el propio Hospital de Roncesvalles y nuevas intervenciones papales.

—¿Y se conserva el sepulcro del rey Sancho en San Nicolás?

—¡Oh, no! De la primitiva iglesia románica apenas queda nada a la vista, salvo la magnífica portada. Sobre ella se construyeron dos templos de manera sucesiva hasta que recientemente se ha desacralizado. Se encuentra prácticamente en ruinas, y en los últimos veranos se están llevando a cabo excavaciones arqueológicas en el interior.

—Quizá ahora aparezca el sepulcro.

—Sería fantástico, pero… —Ana no terminó la frase y esbozó una sonrisa.

Los dos médicos la miraban, como esperando una explicación.

—No, es que… —dudó, sonriendo ya de forma abierta— tengo un amigo que afirma que podemos tener ese sepulcro delante de nuestras narices sin haber reparado en ello.

—¿Cómo es eso? —Alberto parecía interesado.

—¿De veras no os aburre todo esto?

—¿Bromeas? Nos tienes intrigados.

—Venga, no se me ocurre mejor lugar que este para explicaros la teoría de Chema, que así se llama él. Vamos a sentarnos un momento.

Los tres se dirigieron al primer banco frente al altar mayor.

—Imaginad que los restos de Sancho, tras diez años de disputas, son trasladados a Roncesvalles. Estamos en 1245 aproximadamente. Pedro Ximénez, que es el flamante nuevo deán de la colegiata de Tudela y máxima autoridad eclesiástica de la

ciudad, se encuentra con un estupendo sepulcro vacío de casi tres metros de longitud en San Nicolás, a doscientos metros en línea recta de la colegiata. Como sepulcro resulta inútil, pues la corte ya se ha trasladado definitivamente a Pamplona con el nuevo rey Teobaldo.

—Aparte de que cabrían dos Teobaldos en el sepulcro de Sancho, ¿no es cierto? —apuntó Carmen.

—¿No estaría el deán tentado en darle otro uso tal vez?

—¿Algún sepulcro aquí? —aventuró Alberto.

—Hemos convenido que parece demasiado grande para ser usado como sepulcro.

—¿Para qué otra cosa podría servir entonces?

—Vamos, que os lo estoy poniendo fácil. Solo tenéis que buscar ante vosotros algún elemento que pueda encajar con la descripción. Un sepulcro de piedra de tres metros de ancho, casi uno de altura…

Carmen lanzó un pequeño grito, se levantó y apoyó las manos en el reclinatorio.

—¡El altar![17]

—¡Bravo! —aplaudió Ana—. Eso es lo que mi amigo Chema propone como hipótesis. Imaginad que las obras de la colegiata aún no están terminadas, los fondos siguen siendo escasos y hace falta un altar digno, de cara a la cercana consagración final del templo. Con una losa de tres metros encima, el sepulcro podía conformar un ara de tamaño proporcionado al gran presbiterio. Y sin gastar un sueldo sanchete de más. El único inconveniente: que los tallistas no habían hecho un trabajo cuidadoso en el sepulcro. Parece claro que en su labra no habrían intervenido los excelentes escultores francos que tallaron el claustro y la Puerta del Juicio. Tal vez, con ochenta largos años de vida, a Sancho se le había «pasado de moda» la sepultura, quizá labrada medio siglo antes en previsión de una muerte más temprana. Pero las coberturas litúrgicas, los pebeteros y los cirios podían disimular su factura basta, que tampoco se apreciaría en la distancia ni en la penumbra.

—¡Desde aquí resulta precioso! —aseguró Carmen—. Así pues… ¿bajo la losa superior está hueco?

—Claro, pesaría toneladas de otra forma.

Los dos médicos salieron de entre los bancos y regresaron al altar para rodear el ara.

—Pero por detrás está liso —objetó Alberto.

—Nada extraño si pensamos que, en su ubicación original, una pequeña iglesia románica, la sepultura estaría sin duda adosada al muro —terminó de explicar Ana—. Y fijaos en otro detalle: ¿Qué mejor homenaje al rey de Las Navas que mantener su sepulcro como ara a tan solo unos metros de las cadenas arrebatadas al miramamolín?

—¿Y concuerdan las fechas? —siguió preguntando el médico.

—Así es… El altar está datado en torno al mil doscientos.

—¡Sugerente…!

—Ahí queda como hipótesis. Ninguno de nosotros somos historiadores del arte ni

arqueólogos. Supongo que, si Chema hace pública su idea, no tardará alguno de ellos en echarla por tierra pero, mientras tanto… No sabéis cuánto disfrutamos especulando. —Rio de nuevo mientras se ponía en marcha—. Venga, avancemos, quiero mostraros un par de cosas más.

Continuaron por el transepto en dirección al hastial norte, donde la escritora se acercó al muro más cercano a la portada. Llamó la atención de Carmen y Alberto sobre varias marcas de cantero muy similares que representaban un triángulo hendido por el centro, tal vez la representación de un nivel de cantero.

—Estas marcas son muy similares a otras que aparecen en los sillares del puente sobre el Ebro. Eso induce a pensar a los historiadores que ambas construcciones son contemporáneas o muy próximas en el tiempo.

—Tengo entendido que las marcas podían pasar de padres a hijos —objetó Alberto de nuevo.

—Así es. Pero hay otros indicios que apuntalan esa coincidencia de fechas. En su *Crónica de los reyes de Navarra*, el Príncipe de Viana dice algo así como que Sancho VII el Fuerte «*fizo la Seu de Tudela e la puente; e trujo a Ebro de Mirapege a pasar por eilla*». Es decir, que trajo el Ebro desde Mirapex, un cabezo cercano, a pasar por Tudela. La hipótesis que plantea nuestro historiador Luis Mª Marín Royo, colega de tu madre, es que el río pudo ser desviado por un trayecto alternativo para poder construir en seco el puente de piedra de Tudela allá por el 1200, al mismo tiempo que se levantaba la catedral. Una vez terminado el puente, el rey, de nuevo «*trujo a Ebro a pasar por eilla*». También resulta una idea atractiva, ¿no os parece?

—¡Desde luego! —exclamó Alberto con una sonrisa abierta—. Empiezo a comprender el entusiasmo de Maribel por todos estos asuntos.

—Tampoco está demostrado, pero resulta verosímil. Yo misma he recorrido el trayecto propuesto y hubiera sido factible atendiendo a las cotas de nivel. Después de todo, el río ha variado su trazado en muchas ocasiones a través de los siglos, abandonando meandros y creando otros nuevos. No es descabellado pensar que pudiera usarse un viejo cauce para apartar temporalmente el curso de agua de la ciudad.

—En cualquier caso, si alguien puede utilizar esa hipótesis es una novelista, al fin y al cabo escribes ficción —apuntó Carmen con una sonrisa.

—Así es, aunque el rigor histórico es imprescindible. Nunca me atrevería a hacerlo sin tener fuentes y opiniones fundadas que avalen su verosimilitud.

—¿Disfrutas con todo esto, no es cierto? Se te ve en el brillo de los ojos cuando lo cuentas.

Ana alzó las cejas y resopló.

—¡No te imaginas cuánto! A cualquiera le puede parecer árido leer un compendio de leyes del siglo XII, pero cuando lo haces y descubres, por ejemplo, el castigo previsto en el Fuero de la ciudad para quien robaba un gato o un carnero… ¡Se me ponen los vellos de punta! —Se cortó y echó de nuevo a andar—. Luego os lo cuento

mientras tomamos un café. Ahora vamos a terminar de ver la catedral antes de que nos la cierren.

Se dirigieron al coro para contemplar a través de las verjas la soberbia tracería gótica de sus sitiales y de ahí, por la nave del Evangelio, llegaron a la hermosa capilla barroca de Santa Ana, la patrona de la ciudad. Ana dejó que disfrutaran con la profusa decoración de mármol, oro y yeserías que ocupaba la práctica totalidad de la nave octogonal, así como del magnífico retablo que albergaba la efigie de «la abuela», como era conocida entre los fieles.

—Eres más de Románico que de Barroco, intuyo —observó Alberto al salir, provocándole otra sonrisa.

—Me encanta la capilla, es espectacular. Solo creo que se perdió una gran ocasión de edificar una iglesia dedicada a la patrona, en vez de adosarla a un templo románico que se caracteriza por la austeridad y la sencillez de sus líneas —se explicó mientras avanzaban hacia la salida.

—¿Pudo ver el rey Sancho el templo terminado? —preguntó Carmen.

Ana negó con la cabeza.

—No, venid, fijaos. —Les indicó dos capiteles policromados que reproducían sendos escudos en los pilares de la nave central más próximos a los pies del templo.

—Es el escudo de la Casa de Champaña. Como sabéis, Sancho murió sin descendencia y ocupó el trono su sobrino, hijo de su hermana Blanca de Navarra y del conde Teobaldo de Champaña. Lo hizo con el nombre de Teobaldo I de Navarra, pero pasó a la historia como el Trovador, por su afición a la música y la poesía. Si buscáis en Spotify podréis escuchar alguna de sus composiciones. El último tramo del templo se concluyó durante su reinado, aunque las obras continuaron aún con Teobaldo II.

En el trascoro observaron los imponentes óleos de Vicente Berdusán, aunque Ana parecía impaciente por cruzar la puerta hacia el exterior.

—¿Salimos ya? —preguntó Carmen.

—En la visita a la catedral, la mejor de sus joyas se deja siempre para el final.

—La Puerta del Juicio… —se adelantó Alberto.

—Salgamos. Os la mostraré con detalle.

Subieron los escalones que salvaban el desnivel entre el pavimento del templo y la calle, bajo las arquivoltas abocinadas, mientras se abotonaban los abrigos para protegerse del frío. Con los cuellos levantados, cruzaron la calle para obtener la mejor perspectiva y entonces los tres se volvieron para contemplar la portada. Ni un solo resto de pigmento se apreciaba sobre capiteles ni dovelas tras ochocientos años de exposición a la intemperie, pero aquel detalle no restaba esplendor al trabajo de escultura que se desplegaba ante sus ojos. Dejó que sus miradas se pasearan por el centenar largo de escenas talladas en piedra que colgaban sobre sus cabezas antes de empezar una detallada explicación que se prolongó durante veinte largos minutos, en los que Alberto y Carmen no dejaron de expresar su admiración y su interés con

numerosas preguntas que ella respondía con entusiasmo.

—¿Te lo sabes todo sobre la puerta? —Rio Alberto, tras la curiosa explicación de una de las dovelas que representaba el castigo a la soberbia de un noble.

—No sabía apenas nada, hasta que se publicó esto… Mirad.

Ana sacó entonces el libro que había llevado toda la mañana en la bolsa. Se titulaba *La Puerta del Juicio* y la portada reproducía un fragmento de las arquivoltas. La mitad izquierda presentaba el mismo aspecto que tenían al natural, pero en la derecha las dovelas aparecían policromadas. Bajo el título, solo el nombre de los autores.

Abrió el libro al azar y los dos médicos ahogaron una exclamación. La página de la izquierda estaba ocupada por completo por una fotografía de excelente calidad de una de las dovelas. A la derecha, junto al texto que detallaba el significado de la escena, se veía la misma imagen, pero dotada de brillantes colores. Pasó varias páginas, y ante sus ojos desfilaron decenas de tallas con los colores de la piel desnuda de los condenados, hombres y mujeres justos vestidos con túnicas de diversos tonos, horrendos demonios pintados de un rojo tan intenso como las llamas que lamían a los pecadores. Se detuvieron en algunas de ellas y Ana les ayudó a localizarlas en su ubicación en las arquivoltas.

—¡Los detalles se aprecian mucho mejor en el libro que a simple vista![18]

—Así es. Blanca y Diego han puesto una lupa ante los ojos de quienes ya conocíamos la portada, pero no imaginábamos la cantidad de detalles que nos habían pasado desapercibidos desde aquí abajo. Diego es periodista, e hizo un formidable trabajo de recopilación que ha permitido explicar el significado de cada escena. Las fotos y la investigación acerca de la policromía son obra de Blanca. Ella es fotógrafa y ha aplicado color con técnicas digitales a cada una de las escenas.

—¿Los conoces?

Ana, una vez más, esbozó una amplia sonrisa.

—Somos buenos amigos. Compartimos aficiones comunes, y un cierto grado de locura cuando se trata de nuestra catedral. Blanca ha conseguido reproducir una imagen muy aproximada de lo que tuvieron que ver los vecinos de Tudela hace ochocientos años, cuando se descubriera esta portada recién policromada. De inmediato se la empezó a conocer como la Puerta Pintada. Fijaos en esto…

Ana se colocó entre ambos y desplegó la doble contraportada. Una imagen multicolor de la Puerta del Juicio completa apareció ante ellos y Carmen se llevó la mano a la boca. Alberto asió el borde de libro para evitar un reflejo.

—¡Dios mío! —exclamó Alberto—. ¡Tuvo que ser un momento excepcional!

—Tomad, es para vosotros.

—¡No, no, no! —rechazó Carmen—. Ya nos regalaste todos tus libros. No lo podemos permitir, dinos dónde podemos comprarlo.

—Os regalé mis libros como escritora y como amiga de tu madre. Este os lo regalo como tudelana. No se me ocurre un recuerdo mejor para aquellos que nos

visitan. Además, os lo debo, tal vez vosotros me hayáis proporcionado la mitad de mi próxima novela.

—Nos tienes que explicar eso —repuso Alberto con tono intrigado y con media sonrisa—. ¿La mitad? ¿Y el resto?

—Mejor os lo cuento con algo caliente entre los dedos. —Se frotó las manos ya enrojecidas por el cierzo y señaló la puerta del bar que tenían a su espalda, a solo seis metros de los sillares de la catedral.

Entraron al local haciendo gestos de alivio al sentir el calor del interior, y tomaron asiento en una de las mesas más cercanas al ventanal que permitía contemplar el exterior y la propia catedral. El propietario se acercó con una sonrisa y saludó a la escritora llamándola por su nombre.

—¿Otra vez por aquí presumiendo de catedral delante de los forasteros? —bromeó.

—¡No te quejarás, te traigo clientela! —Rio también.

Pidieron sus consumiciones acompañadas de unos pinchos de verdura. Alberto, mientras tanto, seguía absorto con el hermoso libro entre las manos.

—¿Me equivoco si creo que la otra mitad de tu historia tiene que ver con esta portada? —aventuró alzando apenas la mirada.

—¡En absoluto! —Esta vez Ana soltó una carcajada—. Veréis… Conocía a Diego y a Blanca desde la publicación de mis primeras novelas porque ambos trabajan aquí, en el *Diario de Navarra*. Diego me había hecho alguna entrevista y Blanca siempre fue la encargada de las fotografías. Y aquí de nuevo debo hablaros de Chema, un apasionado de la Historia de Tudela, autodidacta y observador incansable. Ya sabéis de su hipótesis sobre el sepulcro de Sancho. Lo conocía porque mantiene una página web sobre la Historia de la ciudad, pero no nos conocimos en persona hasta que asistí a la presentación, aquí mismo en el Palacio Decanal, de la segunda edición de este libro. Se habían anunciado novedades y acudí intrigado. Y allí, en el estrado, estaban los tres.

Ana le pidió el libro a Alberto. Buscó sin dudar una página hacia el final y lo abrió por ella.[19]

—¿Qué os sugiere?

—Hay dos demonios que parecen torturar a un condenado. —Fue Carmen quien describió la escena—. En la imagen coloreada se ve mucho mejor: parece que le están arrancando la lengua con sus tenazas.

—¿Ves lo que sostiene el réprobo en la mano?

—Parece un tablero, pero no sé qué representa.

—Siempre se había interpretado como un ábaco, la herramienta de cálculo de un cambista. El pecado de la avaricia, y todos aquellos en los que pudieran estar implicados los judíos están representados con profusión en la Puerta, quizá por el ambiente antisemita que reinaba en la ciudad, ante el apoyo que los dos Sanchos otorgaron a aquella pudiente minoría. Así se describía en la primera edición. Hay otra

escena muy similar en…[20]

Pasó página y les mostró la imagen.

—En este caso, del tablero cuelga una bolsa llena, y otro personaje porta una bolsa similar, lo que reforzaba la hipótesis de que se trataba de las monedas objeto de cambio.

—¡Qué curioso! —comentó Alberto.

—Pues bien, aquel día en el Palacio Decanal todos nos vimos sorprendidos por una revelación. Si os fijáis en ambos tableros, hay unos relieves que se dirigen de los extremos hacia el centro. Para alguien tan observador como Chema, aquella imagen no le resultaba del todo desconocida, recordaba haberla visto en otro sitio. Y dio con ella: tableros muy similares, casi idénticos, aparecían en las miniaturas del *Libro de juegos de ajedrez, dados y tablas* de Alfonso X el Sabio. ¡Era un juego medieval muy parecido al *backgammon* actual! Diego, ante la evidencia, no dudó en modificar la interpretación anterior tras consultar nuevas fuentes. Aquel día repartieron entre los asistentes dos hojas sueltas con la nueva explicación, que en ediciones sucesivas ha sustituido a la primera de manera definitiva.

—Déjame que las lea —pidió Carmen.

—Vamos a comernos los pinchos antes de que se enfríen y luego, si te parece, las lees en voz alta —sugirió Ana, hambrienta.

—«La lengua del tahúr.»[21] —Carmen empezó por el título que Diego había dado a la dovela—. Arquivolta 7, dovela 7.

»*Descripción*: Un hombre, con un tablero de juego similar al *backgammon* (conocido en la Edad Media como tabla real), es torturado por dos demonios que le castigan con sendas horquillas. El ser de la izquierda saca la lengua de la boca al réprobo, mientras la criatura de la derecha utiliza el gancho para presionar su rostro.

»*Interpretación*: Uno de los juegos de mesa más populares durante la Edad Media era el *backgammon*, conocido en España como tabla real. En él se aunaba la suerte que daban los dados con la destreza estratégica del jugador a la hora de mover las fichas en el tablero. Su popularidad fue tanta que, incluso, surgieron en las ciudades casas de juego, también conocidas como tafurerías o tahurerías, donde se celebraban partidas con apuestas de por medio.

»La literatura de la época constata los efectos que el vicio del juego generaba entre sus practicantes, con los lógicos perjuicios económicos que producía a los perdedores, las disputas y peleas que acontecían entre los jugadores y los insultos y blasfemias “contra toda la corte celestial” que proferían aquellos que sufrían una mala racha con los dados. Por todo ello, las autoridades sometieron a las tafurerías a un férreo control. En 1276, Alfonso X de Castilla mandó componer un ordenamiento de estas casas de juego en el que se establecieron penas para quienes blasfemaran. Estas sanciones eran económicas para los jugadores pertenecientes a la nobleza y

físicas para los miembros del pueblo llano, a quienes, según las normas fijadas, se les llegaba a cortar dos dedos de la lengua si reincidían. Este es el caso del tahúr protagonista de esta dovela, a quien dos demonios están a punto de amputar la lengua con la que blasfemó. Pese a encontrarse en semejante situación, el réprobo se resiste a soltar el tablero de juego, dejando patente que la ludopatía que sufría en vida también le acompaña en el Infierno.

—Resulta asombroso que una sola figura esculpida en piedra pueda contar tantas cosas. Va a ser un placer recorrer el Infierno con la ayuda de este libro. —Rio Alberto.

—¿Leo la siguiente si os parece? —Carmen apuró de un sorbo su cerveza. Parecía subyugada.

—«Los tahúres» es el título. Arquivolta 4, dovela 4.

»*Descripción*: Dos hombres caminan por el Infierno guiados por un demonio. El condenado del centro porta un tablero del juego conocido como tabla real del que pende una bolsa con monedas o fichas del juego. El réprobo de la derecha lleva otra bolsa colgada de su muñeca.

»*Interpretación*: El flujo de dinero que llegaba a la Tudela de principios del siglo XIII gracias a la creciente actividad comercial hizo que apareciera en la ciudad un tipo de establecimiento distinto a los habituales: las casas de juego y apuestas. Estos lugares, conocidos como tafurerías o tahurerías —locales donde se daban cita tahúres como los que aparecen en la dovela—, tuvieron un gran auge en las ciudades medievales.

El hecho de que los juegos de azar gozaran cada vez de más aceptación entre la población, independientemente de su estamento social o religión, hizo que las autoridades interviniesen para perseguir la usura, fiscalizar el juego en provecho propio y garantizar el orden público, ya que en las tafurerías eran habituales las peleas entre jugadores y las blasfemias de aquellos que habían perdido su dinero, además de otros excesos, todos ellos perseguidos tanto por las autoridades de la ciudad como por la Iglesia.

»La primera noticia sobre el juego en Navarra durante la Edad Media data de 1227 —con las obras de la Puerta del Juicio concluidas o muy avanzadas—, y habla de la compra por el rey Sancho el Fuerte de varias casas cerca de la catedral donde existía un lugar de juego, probablemente con el fin de sacar provecho económico en un negocio donde los jugadores pagaban por alquilar los tableros de juego, fichas y dados. Curiosamente, justo en la dovela inferior a esta aparece condenado un personaje que…

—¡Para, no sigas! —Ana puso la mano sobre el final del párrafo.

Carmen se sobresaltó y Alberto estuvo a punto de derribar su copa de cerveza. El dueño del bar los miró extrañado desde la barra.

—¡Si los tratas así no van a querer volver! —se burló.

—Perdonad, es que no quería revelar antes de tiempo lo que sigue. Quiero que

miréis ahora esta otra dovela. —Pasó tan solo una página hacia atrás. Un demonio encarnado sujetaba de la mano a un personaje barbado que, por sus ropajes, parecía pertenecer a un alto estamento. La túnica, el manto y una especie de palma o cetro sujetos con el puño izquierdo se sumaban a una tiara en la cabeza en cuyo centro parecía brillar una piedra preciosa—. ¿Qué os sugiere?

—¿Un obispo? ¿Un rey? —aventuró Alberto.

—Yo me inclinaría por lo segundo, lo que cubre la cabeza del reo más parece una corona que una mitra. Además, el clero está representado en otras escenas, y suelen portar báculo. Si algo enseña la Puerta es que todo pecador, pertenezca a la nobleza, al clero o al pueblo llano será condenado si ha pecado. Creo que aquí tenemos nada menos que a un rey entre los réprobos enviados al infierno.

—¿Quién se atrevería a representar en el Infierno a un miembro de la realeza? —se extrañó Carmen.

—Hay algo más. ¿Os habéis fijado en la postura del reo? Su cabeza y sus hombros están inclinados de forma muy marcada. Parece que la figura estuviera encajada en la dovela a la fuerza, como si no tuviera espacio suficiente.

—No te sigo…

—Ya hemos hablado de la estatura del rey Sancho a cuenta de su sepulcro. Las estimaciones de los forenses, según los restos conservados en Roncesvalles, establecen un rango de estatura entre los 210 y los 234 centímetros. Algo extraordinario, sobre todo en aquella época, ¿quizá como consecuencia de una acromegalia? Los dos sabéis bien de lo que hablo…

—Un tumor hipofisario benigno que cursa con un exceso de secreción de hormona de crecimiento —apuntó Alberto.

—Quieres decir que el condenado es… ¡el propio rey Sancho! —exclamó Carmen.

—La dovela está justo debajo de «Los tahúres», y recuerda lo que acabas de leer: parece que Sancho se apropió del negocio del juego, puede que no de buenas maneras. Y tal vez las relaciones con el cabildo tampoco fueran las mejores. Todo indica que el escultor debió de recibir indicaciones para representar a su rey en el infierno. Quizá, también podría ser, el escultor gozara de mayor libertad y fuera suya la iniciativa, si es cierto que Sancho llegó a despertar tanta animadversión entre sus súbditos.

—¿Por la protección a los judíos de la que hablabas? —recordó Alberto.

—Por eso, por los enemigos que se pudo crear a causa de su política de tributos, por las expropiaciones y donaciones forzosas que practicó, ¿quién sabe? Pero me inclino a pensar, por su ubicación bajo «Los tahúres», que pudo tener algo que ver con el juego.

—¡Un contrincante desplumado que además era escultor! —bromeó el médico.

—¡Espera, que me apunto eso para la novela! —Rio Ana.

—¿De esto va a ir? ¿Esta es la otra mitad de la historia?

—Son solo ideas de momento, aún tengo que madurarlo mucho. Pero sí, esta noche pasada apenas he dormido dándole vueltas a todo, y creo que vuestro pergamino y este rey Sancho en el Infierno pueden conjugarse bien para hilar una historia interesante. Por supuesto, tendrá que desarrollarse durante la construcción de la catedral y de la Puerta del Juicio, en el reinado de Sancho el Fuerte.

—No te das respiro… Estás en plena promoción de tu última novela y ya tienes otra en el horno —observó Carmen.

—Mañana cojo el primer AVE para Madrid —reconoció—. Me espera una jornada intensa.

—Si tienes que preparar el viaje… Te estamos entreteniendo demasiado —se percató Alberto mientras miraba el reloj.

Ana esta vez no puso objeción. Pagó la cuenta, intercambió alguna otra chanza con el dueño del bar, y salieron por el otro extremo del local en forma de ele, a través de la puerta que daba a la angosta calle del Juicio. Esta desembocaba justo frente a la portada y, sobre ella, se contemplaba el enorme rosetón que presidía la nave central.

—Preciosa callejuela. Es fácil imaginar aquí un figón o una posada en la Edad Media —se admiró Carmen con tono evocador.

—O una tafurería donde se jugara a la tabla real. —Rio Ana, mientras alzaba el brazo en dirección a la dovela de la cuarta arquivolta—. Ahí tenéis al rey Sancho.

—Sin duda a partir de hoy miraremos la portada con otros ojos.

—La próxima vez que vengáis trataré de obtener permiso del deán para visitar los tejados y las torres de la catedral.

—¿Es eso posible? —exclamó Carmen.

—Sí, si cuentas con la autorización del deán. La primera vez fue Ana, una bibliotecaria de aquí, quien consiguió su permiso y me acompañó en la visita. Después la he repetido en varias ocasiones, precisamente con Chema, Diego y Blanca. Es apasionante recorrer todos sus rincones, descubriendo escaleras de caracol, pasadizos, la que fue la vivienda de los campaneros sobre el tejado… Encontrar marcas de cantero, asomarte a balconcillos sobre las capillas, contemplar la ciudad desde el campanario o el claustro desde el tejado de la Epístola.

—Afortunados vosotros.

—¿Pero sabéis cuál fue el momento más inolvidable en todas nuestras visitas?

—Todo lo que estás contando me parece extraordinario —respondió Carmen mirando a lo alto.

—En junio del año pasado subimos al tejado antes del alba, justo ahí, sobre la Puerta del Juicio. Era el día 21, el solsticio de verano. Chema, el observador —rio— había comprobado que el eje de la nave central está orientado hacia el este, y queríamos contemplar el amanecer desde los pies del templo. Justo sobre el centro del crucero se levanta un pináculo de piedra con dos troneras laterales que se interpone entre el tejado de la nave central y el de la cabecera. Blanca, aún de noche, colocó el trípode de su cámara en posición y nos sentamos a esperar a la primera luz

de la mañana, mientras la luna se escondía a nuestra espalda. Cuando el color azulado se tornó rojizo y más tarde anaranjado, apretó el disparador para empezar a captar imágenes con un lapso de pocos segundos.

—Un *time lapse* —apuntó Carmen.

—Eso es, cientos de imágenes consecutivas que conforman un vídeo una vez editadas. Pues bien, justo en el instante en que el primer rayo de sol se alzó sobre el horizonte, atravesó limpiamente el pináculo colándose por las dos troneras hasta deslumbrar nuestros ojos y el objetivo de la cámara. Os aseguro que fue un momento mágico.

—Me habría encantado estar allí —aseguró Carmen, casi emocionada.

—Podéis verlo en YouTube, Blanca lo colgó. Se llama *Solsticio*. Y, por cierto, hay otro vídeo sobre la Puerta del Juicio. Lo encontraréis también fácilmente, se llama así, *LaPuertadelJuicio*, todo junto, y dura poco más de seis minutos.

—Los buscaré, no lo dudes.

—Conociendo tu gusto por describir escenas y momentos emotivos en tus novelas —comentó Alberto—, seguro que haces subir a alguno de los personajes al tejado un 21 de junio… pero de hace ochocientos años.

Ana rio con ganas.

—Si estuviéramos aún en el bar me lo apuntaría en una servilleta. Pero no creo que se me olvide. Eso sí, sea quien sea el afortunado personaje —bromeó—, tendrá que esperar al final de la novela, cuando el pináculo haya sido ya levantado sobre el tejado.

—¿Sabes? Casi me arrepiento de no haber querido leer la carta de la arqueta y las conclusiones de mi madre. Estos dos años se nos van a hacer muy largos —confesó Carmen.

—Las puedo escanear y pasároslas por correo. Incluso hoy mismo.

—No, no lo hagas, preferimos verlo plasmado en forma de historia, como quería Maribel —resolvió Alberto mientras se despedían—. Confiamos en que harás buen uso de ese material.

—Ha sido un placer conocerte. —Carmen le plantó dos sonoros besos en las mejillas—. Seguimos en contacto, ¿te parece? ¿Nos tendrás al corriente de tus avances? Y cuando sepas el título, ¡queremos ser los primeros en conocerlo!

—Creo que ya sé cuál será el título —les sorprendió—. Me ha venido a la cabeza hace un rato, mientras os mostraba las dovelas de Sancho y de los jugadores. Y sí, me parece justo que seáis los primeros.

—¡Somos todo oídos! —Alberto separó las dos manos, divertido y suplicante.

—No podía ser de otra manera —explicó mientras alzaba de nuevo la vista hacia la dovela en la que Sancho mostraba el rostro desfigurado por el tormento: se llamará *El rey tahúr*.

El vagón del AVE que unía Barcelona y Madrid se encontraba repleto pero su asiento era el más cercano al pasillo y dejó el maletín al costado. El pasajero que se sentaba a su izquierda parecía absorto en la lectura y apenas habían cruzado un saludo de cortesía cuando se subió al tren en la heladora estación de Zaragoza, una de las nuevas y mastodónticas *catedrales* del siglo XXI. Tras quitarse el abrigo y la bufanda y dejarlos bien doblados sobre sus cabezas, sacó la carpeta en la que había guardado el contenido del sobre de Maribel Sagastibelza. Lo mantuvo sobre las rodillas hasta que el tren ganó velocidad y los últimos edificios de la ciudad quedaron atrás. Mientras abría la aplicación de Spotify en el móvil, se ajustó los cascos y escogió su lista de canciones favoritas, aquellas que siempre escuchaba durante la escritura. Entonces, con el sonido de las antífonas cantadas por los monjes de Silos en los oídos, se dispuso a leerlo por segunda vez.

La traducción del pergamino apenas le decía nada: era una extensa genealogía repleta de nombres árabes y de fechas del calendario musulmán que empezaban en el primer siglo de la Hégira y concluían en el quinto. Trató de cotejarla con la fotografía del documento, pero apenas fue capaz de intuir dónde se ubicaba cada uno de los epígrafes de la lista. Prometiéndose que algún día empezaría con su siempre postergado proyecto de aprender la lengua árabe, pasó al documento impreso.

El título destacaba subrayado y en negrita, aunque el tamaño de la fuente era el mismo que el del resto: «*Pergamino árabe de la catedral de Tudela. Conclusiones*». Estaba dividido en tres partes, aunque la primera se refería tan solo al texto, a su traducción y a las dificultades con que se había encontrado. Pasó las páginas hasta el segundo epígrafe y leyó lo referido a la carta en latín.

«Aunque no se me facilitó copia de la carta ni de su traducción, creo recordar bien lo esencial de su contenido. El texto está firmado por Álvaro de Rodas, a la sazón gran prior de la Orden del Hospital en Navarra, y fechado en el año 1272 de la Era Hispánica que corresponde al año 1234 de nuestro calendario. En él se da cuenta de la aparición del pergamino bajo el *mihrab* de la mezquita al ser derribada en el año 1188 para continuar con los trabajos de la entonces colegiata de Santa María. El texto es escueto, pero viene a decir que la Orden del Hospital, al tanto de su contenido y de la trascendencia que podría tener su conocimiento en caso de que llegara a manos almohades, se ocupó de su custodia. Da a entender que no solo tuvo que ser protegido del interés del miramamolín (quien, de alguna manera, estaba al tanto de su existencia) sino de cristianos "de alto rango y noble cuna" que trataron de comerciar con él. Dice la carta que había permanecido en poder del Hospital "tantos años como Jesucristo contaba cuando se reunió con el Padre" y pide perdón a Dios si en su afán de protegerla han llegado a transgredir sus Mandamientos».

Termina asegurando que el pergamino, al que se refiere de forma reveladora como «la espada destructora de Ibn Tumart», regresaba «al lugar de donde nunca

debió salir» para garantizar que los hombres de su siglo no pudieran poner los ojos sobre él por el bien de la Cristiandad. Sin embargo, desea que el testimonio perviva para conocimiento de quienes hayan de hollar la colegiata «cuando sus huesos no sean sino polvo».

El tercer epígrafe era el más amplio y lo encabezaba la frase «*A modo de conclusión: una hipótesis*».

«En el año 1188, una vez elevada y dedicada la cabecera de la colegiata de Santa María, se está procediendo al derribo de la antigua mezquita para continuar con las obras. En algún lugar, al parecer bajo el viejo *mihrab*, aparece una arqueta con el pergamino cuya imagen acompaña a este texto. No está fechado, o al menos la fecha no aparece en la imagen, ni sabemos cuándo fue enterrado allí. Barajo tres explicaciones posibles: que el original no incluyera la fecha de su redacción; que esa parte del documento, al estar cercana al borde, se haya perdido; o que el autor de la fotografía haya querido borrarla por algún motivo. Sin embargo, existen referencias que nos ayudan a ubicar ese momento en el tiempo. Una de ellas es el lugar mismo de la aparición: la mezquita. Tudela fue conquistada en el año 1119, y se concedió a sus habitantes de religión musulmana el plazo de un año para abandonar la ciudad o trasladarse a la zona suroccidental, extramuros, donde empezó a levantarse la morería. La segunda referencia es la mención que Álvaro de Rodas hace de Ibn Tumart. La tercera es el último nombre que aparece en la genealogía del pergamino: Abd al-Mumin ibn Alí. Ambos nos llevan al origen del imperio almohade.

»Inicialmente, el movimiento almohade fue un intento de reforma religiosa elaborada y defendida con tesón por un campesino beréber de las montañas del Atlas, Ibn Tumart precisamente. Pertenecía a la tribu de los Masmuda, pero su inquietud intelectual le llevó a abandonar su lugar de origen para trasladarse primero a Marraquech y más tarde a Al Ándalus, entonces gobernada por los almorávides tras la caída del califato Omeya. Peregrinó a La Meca y atravesó más tarde la mayor parte del Oriente islámico hasta llegar a Iraq con la finalidad de estudiar con los mejores maestros de su época. Gracias a estos estudios, desarrolló una teoría religiosa crítica con el formalismo religioso que imperaba tanto en el norte de África como en la Península. Así, llamó a todos los musulmanes a retornar al Corán prescindiendo de las interpretaciones en las que se basaba la doctrina maliquí, y eso lo enfrentó con los almorávides, a quienes acusó de laxitud y de no haber logrado transformar las costumbres populares, poco acordes con su libro sagrado. No es el momento de profundizar en los fundamentos de su doctrina: baste saber que se trata de un movimiento mucho más radical en sus postulados, opuesto a la ortodoxia sunnita a la que acusaba, por ejemplo, de no haber sabido enfrentarse al avance de los reinos cristianos en la Península. Por hablar en términos actuales y comprensibles para todos… un talibán del siglo XII.

»En el camino de regreso había predicado en las principales ciudades: Alejandría, Trípoli, Al-Mahdiyah, Fez o Marraquech, atacando las prácticas religiosas y las

costumbres de la época. Su apasionado discurso le hizo ganar con rapidez acérrimos adeptos, pronto conocidos con el apelativo de *al-muwahhidun* o almohades.

»En Marruecos, Ibn Tumart llevó a cabo una durísima campaña propagandística de denuncia contra los almorávides, a quienes acusaba de relajamiento moral y de desidia religiosa. Tras ser expulsado de Marraquech, se refugió en su región natal, donde edificó una mezquita en un lugar llamado Tinmal, en la que pudo enseñar y predicar su doctrina con tranquilidad, lejos de la amenaza de las autoridades. Su elocuencia y devoción ganaron el respeto y la lealtad de sus seguidores, a los que envió a extender la nueva fe entre otras tribus y a predicar la justicia y la rectitud.

»Quizá fuera durante esta peregrinación por Oriente cuando cayera en sus manos el pergamino. Lo cierto es que, casualmente o no, es a su regreso cuando aparece en su entorno Abd al-Mumin, el hombre que figura en el último lugar de esta genealogía como descendiente de Mahoma. En 1118 ya es citado como el más distinguido de sus discípulos. Se propone convertirlo en su sucesor para dar legitimidad religiosa al movimiento almohade, con un líder espiritual descendiente del Profeta que pueda por ello proclamarse califa.

»Ese mismo año, dentro ya de su lucha contra los almorávides que dominan la Península, manda a un enviado a recorrer con el pergamino, debidamente autentificado, los principales centros del poder musulmán en Al Ándalus. En febrero de 1119 el emisario está en Tudela, una importante ciudad musulmana del Ebro que había llegado a ser un reino independiente, una taifa, a mediados del siglo anterior. Y es entonces cuando se produce el ataque y asedio de la ciudad por parte de las huestes de Alfonso I el Batallador. No resulta descabellado pensar que, ante la importancia del pergamino, los ulemas de la ciudad, quizá el imán, ayudaran a ocultarlo enterrándolo en la cripta de la mezquita dentro de la arqueta de marfil. Quizá quienes conocían su paradero fueron muertos durante el asedio y la conquista de Tudela, quizá se consideró más prudente no moverlo de su escondite… Lo cierto es que la arqueta permaneció en aquel lugar hasta que, setenta años más tarde, en el 1188, fue desenterrada durante el derribo del oratorio.

»Si tomamos como ciertas las afirmaciones de Álvaro de Rodas, el pergamino, “la espada destructora de Ibn Tumart”, permaneció en poder de los hospitalarios desde 1201 hasta 1234. ¿Dónde estuvo entre 1188 y 1201? ¿Quizá en manos de quien la descubrió? ¿Quién fue? ¿A quién habló de su existencia? ¿Quiénes eran los cristianos “de alto rango y noble cuna” que quisieron comerciar con él? ¡Son tantas las preguntas que quedan sin responder!

»No sé si te dice algo la fecha de 1201. Corresponde al momento en que el rey Sancho permanecía lejos de su reino, en África dicen algunos, en Sevilla creen otros. ¿Qué hacía el rey lejos de Navarra mientras Alfonso VIII atacaba el reino y le privaba de su salida al mar? ¿Acaso era Sancho ese cristiano de noble cuna que negociaba con el soberano almohade su ayuda frente a Castilla y Aragón, que pugnaban por repartirse Navarra, a cambio de entregarle el pergamino? Nunca lo sabremos.

»Lo cierto es que el pergamino había adquirido una importancia vital poco después de su llegada a Tudela, cuando los almohades, precisamente gracias al genio militar de Abd al-Mumin, logran fundar el gran imperio que dominó el norte de África y el sur de la Península.

»Ibn Tumart murió en 1128 tras una derrota frente a los almorávides y su sucesor ocultó la muerte durante dos años hasta lograr afianzarse en el poder. A pesar de que el pergamino que le hubiera permitido proclamarse como legítimo califa estaba perdido, Abd al-Mumin transformó un movimiento religioso como el almohade en una poderosa fuerza militar que consiguió conquistar Tremecén, Fez y Marraquech, donde estableció su capital. Luego atravesó el mar para iniciar la conquista de Al Ándalus y en 1148 alcanzó Sevilla, ciudad que convirtió en su principal asentamiento a este lado del mar como capital del imperio peninsular.

»Los descendientes de Abd al-Mumin le sucedieron en el trono tras su muerte en 1163. Aunque no contaban con legitimidad para ello, se hicieron llamar califas. Pero la intitulación no era suficiente sin el pergamino, y los almohades tuvieron dificultades para hacer respetar su poder, tanto en Al Ándalus (donde el rey Lobo les hizo frente durante décadas) como en el norte de África. Quizá su mayor éxito militar llegó en 1195 en la batalla de Alarcos, donde consiguieron detener el avance de las tropas cristianas hacia el sur.

»Ahora, entrando en el terreno de la especulación y la hipótesis, imaginemos a un líder almohade, a Abd al-Mumin o a cualquiera de sus descendientes, en posesión del pergamino. Nadie desde Libia y Egipto hasta Marruecos habría discutido su legitimidad como califa. Todas las tribus bereberes se habrían puesto a sus pies, proporcionándole hombres y caballos suficientes para armar el mayor ejército que jamás hubiera hollado Al Ándalus. Desde luego, un ejército de tal envergadura no se hubiera detenido en Alarcos, sino que hubiera iniciado un contraataque que, sin duda, le hubiera permitido tomar Toledo, superar el Tajo y quizá, volver a alcanzar la línea del Duero, si no la del Ebro.

»Y Las Navas. Quizá la batalla nunca hubiera tenido lugar allí, sino mucho más al norte; quizá el resultado hubiera sido muy distinto con las huestes cristianas enfrentadas a un ejército de cientos de miles de sarracenos; quizá el signo de la historia hubiera cambiado, quizá el escudo de Navarra se hubiera visto privado de sus cadenas, quizá Sancho el Fuerte no llevara ahora tal sobrenombre. Pero cualquier especulación al respecto escapa del ámbito de la Historia para quedar en el terreno de la ficción.

»En tu terreno, Ana.

Las cuatro últimas palabras estaban escritas a mano al final de la página, sin duda antes de que Maribel Sagastibelza introdujera aquellos folios dentro del sobre, tal vez después de releerlos. Unas horas antes de que la muerte, que ya intuía cercana, se decidiera a visitarla.

La pantalla luminosa en la cabecera del vagón señalaba en números rojos la cifra

redonda de trescientos kilómetros por hora y una temperatura exterior de dos grados bajo cero. En sus cascos empezaba a sonar *All of them*, de Hans Zimmer, y subió el volumen casi al máximo. Era la banda sonora que Blanca le había sugerido para acompañar su vídeo sobre la Puerta del Juicio y, cada vez que la escuchaba, sentía que el enorme poder evocador de la música hacía resurgir en ella la misma emoción. El paisaje desolado de la Meseta, cubierto a aquella hora temprana por las manchas blancas que había dejado la última nevada, se deslizaba veloz ante sus ojos a través del cristal algo empañado. Quizá, pensó, el rey Sancho hubiera hollado aquellas mismas dehesas al frente de sus huestes, camino de Despeñaperros, ochocientos años atrás.

Ella, tan solo en una hora, estaría en Madrid. Cuando aquel mediodía almorzara con los responsables de su editorial, podría anunciarles que tenía una nueva historia. Si se pusiera a trabajar en ello de inmediato, tal vez en un par de años *El rey tahúr* podría ver la luz.

ANEXOS

Personajes

Personajes históricos:

ALFONSO VIII. Rey de Castilla entre 1158 y 1214.

ARNAU AMALRIC. Arzobispo de Narbona en 1212 (antes abad de Poblet).

BERENGUELA DE NAVARRA. Hermana de Sancho el Fuerte.

BERNARDO. Prior de la colegiata de Santa María en 1219.

BLANCA DE NAVARRA. Hermana de Sancho el Fuerte.

CELESTINO III. Papa de Roma entre 1191 y 1198.

CHANTRE FORTÚN. Canciller de 1195 hasta 1201. Chantre de la colegiata.

CONSTANZA. Esposa de Sancho VII.

CONSTANZA. Hermana de Sancho VII.

ENRIQUE I. Rey de Castilla entre 1214 y 1217.

ESPÁRAGO DE LA BARCA. Obispo de Pamplona entre 1212 y 1215.

FERNANDO III. Rey de Castilla entre 1217 y 1252.

FERNANDO de BERBERIGO. Arcediano y canciller real hasta 1195.

FERRANDO PÉREZ DE FUNES. Escribano real, canciller hasta 1194. Autor de la Biblia de Sancho.

FORTO. Prior de la colegiata anterior a Guillermo Durán.

GARCÍA ALMORAVID. Uno de los ricoshombres que sustituyen a Martín Iñiguez.

GARCÍA FERRÁNDEZ. Obispo de Pamplona entre 1194 y 1205.

GREGORIO IX. Papa de Roma entre 1227 y 1241.

GUILLERMO. Hijo bastardo de Sancho el Fuerte.

GUILLERMO DE SANTONGE. Obispo de Pamplona entre 1215 y 1219.

GUILLERMO DURÁN. Prior del monasterio agustino desde 1192 hasta 1219.

HONORIO III. Papa de Roma entre 1216 y 1227.

INOCENCIO III. Papa de Roma entre 1198 y 1216.

ÍÑIGO DE GOMACÍN. Merino mayor entre 1196 y 1212.

JAIME I EL CONQUISTADOR. Rey de Aragón entre 1213 y 1276.

JUAN DE TARAZONA. Obispo de Pamplona entre 1205 y 1211.

JUAN PÉREZ DE BAZTÁN. Alférez del reino.

MARTÍN ÍÑIGUEZ. Alférez real hasta 1201.

MIGUEL DE MONZÓN. Prior de la colegiata de Santa María entre 1225 y 1235.

MUHAMMAD AL-NASIR. Califa almohade entre 1199 a 1213. Conocido como «miramamolín» por Amir al-Mu'minin (Príncipe de los Creyentes).

PEDRO CRISTÓBAL. Canciller de Sancho el Fuerte entre 1205 y 1223.

PEDRO DE ARTAJONA. Obispo de Pamplona entre 1167 y 1193.

PEDRO II DE ARAGÓN. Rey de Aragón entre 1196 y 1213.

PEDRO RAMÍREZ. Obispo de Pamplona entre 1230 y 1238.

PEDRO XIMÉNEZ. Prior de la colegiata de Santa María entre 1235 y 1239.

RAIMUNDO. Prior de la colegiata de Santa María en 1219 y 1225.

RAMIRO DE NAVARRA. Obispo de Pamplona entre 1220 y 1229.

ROBERT DE CHESTER. Clérigo inglés, traductor.

RODRIGO XIMÉNEZ DE RADA. Privado de Sancho VII a su regreso de París en 1203.

SANCHO VII. Rey de Navarra entre 1194 y 1234.

TEOBALDO IV. Conde de Champaña.

YAQUB AL-MANSUR. Califa almohade 1184 a 1199.

Personajes de ficción:

ALDARA. Panadera de edad similar a la de Nicolás.

ALODIA. Cantinera, esposa de Tristán.

ALVAR. Hijo mayor de Marcel y Sophie, de la misma edad que Nicolás.

ALVAR (2). Hijo de Beñat y Olaya, nacido en 1200.

ÁLVARO DE RODAS. Gran Prior de los hospitalarios en Navarra.

BASILIO. Mozo de recados en el taller del claustro.

BELTRÁN. Maestro escultor de San Nicolás y del claustro de la colegiata.

BEÑAT. Hijo menor de Marcel y Sophie.

BEÑAT (2). 2º hijo de Beñat y Olaya, nacido en 1202.

BERNARDO DE ALMAZÁN. Escultor, discípulo del maestro Beltrán en el claustro.

BLANCA. Hija de Nicolás y María.

DIEGO DE ABLITAS. Jefe del gremio de carpinteros.

ENEKO. Segundo esposo de Aldara.

ESTEBAN DE FUNES. Hospitalero de los hospitalarios en 1197.

EZEQUIEL. Cantero amigo de Nicolás.

FERRANDO DE VITORIA. Jefe del gremio de herreros.

FRAY SABINO. Capellán real de Sancho.

GUILLÉN. Cantero amigo de Nicolás.

GUILLERMO. Hijo menor de Nicolás y María.

ISHAQ BEN ZERAJ. Prestamista judío.

ISMAIL IBN AMMAR. Viejo alarife musulmán.

JAIME *EL JAQUÉS*. Anciano maestro de obras de la catedral.

JIMENA. Prostituta.

JOAN DE PEDRIZ. Gran Prior de los hospitalarios en Navarra.

JOSÉ DE TOLOSA. Maestro de obras de la catedral (joven).

LEANDRO. Esposo de Blanca.

MAGDALENA. Hija de Martha y Unai, nacida en 1200.

MARCEL. Amigo de Pierre y Marie. Maestro cantero.

MARCELO. 2º hijo de Martha y Unai, nacido en 1203.

MARÍA. Sobrina del prior Guillermo.

MARÍA y NICOLÁS. Nietos de Nicolás, hijos de Blanca y Leandro.

MARIE. Madre del protagonista. De Borgoña.

MARTHA. Hija mediana de Marcel y Sophie.

MUHAMMAD IBN FORTÚN. Zalmedina.

NICOLÁS. Protagonista de la novela. Cantero.

NORBERTO. Oficial del taller de pintura.

OLAYA. Esposa de Beñat.

OMAR. Nieto de Ismail.

PAULO. Anciano hermano agustino en 1197.

PEDRO. Hijo mayor de Nicolás y María.

PEDRO DE VALTIERRA. Alcaide del castillo.

PHILIPPE DE TROYES. Viajero del camino de Santiago que recala en Tudela.

PIERRE. Padre del protagonista. Cantero de Borgoña.

SALVADOR. Maestro pintor, policromador.

SAMUEL. Oficial del taller de pintura.

SOPHIE. Esposa de Marcel.

TIAGO. Cantero amigo de Nicolás.

TRISTÁN. Cantinero, esposo de Alodia.

UNAI. Esposo de Martha.

Personajes de ficción del epílogo:

ANA MOLINS. Escritora de Tudela.

ALBERTO. Esposo de Carmen Sagastibelza.

CARMEN SAGASTIBELZA. Médico, hija de Maribel.

MARIBEL SAGASTIBELZA VINIEGRA. Historiadora y arabista pamplonesa.

Personajes reales del epílogo:

ANA CARMEN MARTÍNEZ. Bibliotecaria.

BLANCA ALDANONDO. Fotógrafa.

DIEGO CARASUSÁN. Periodista.

JOSE Mª DE LA OSA (Chema). Historiador autodidacta.

Árbol genealógico

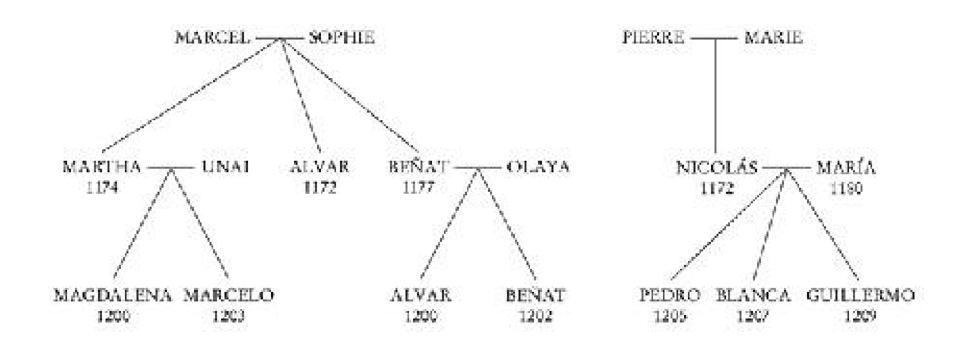
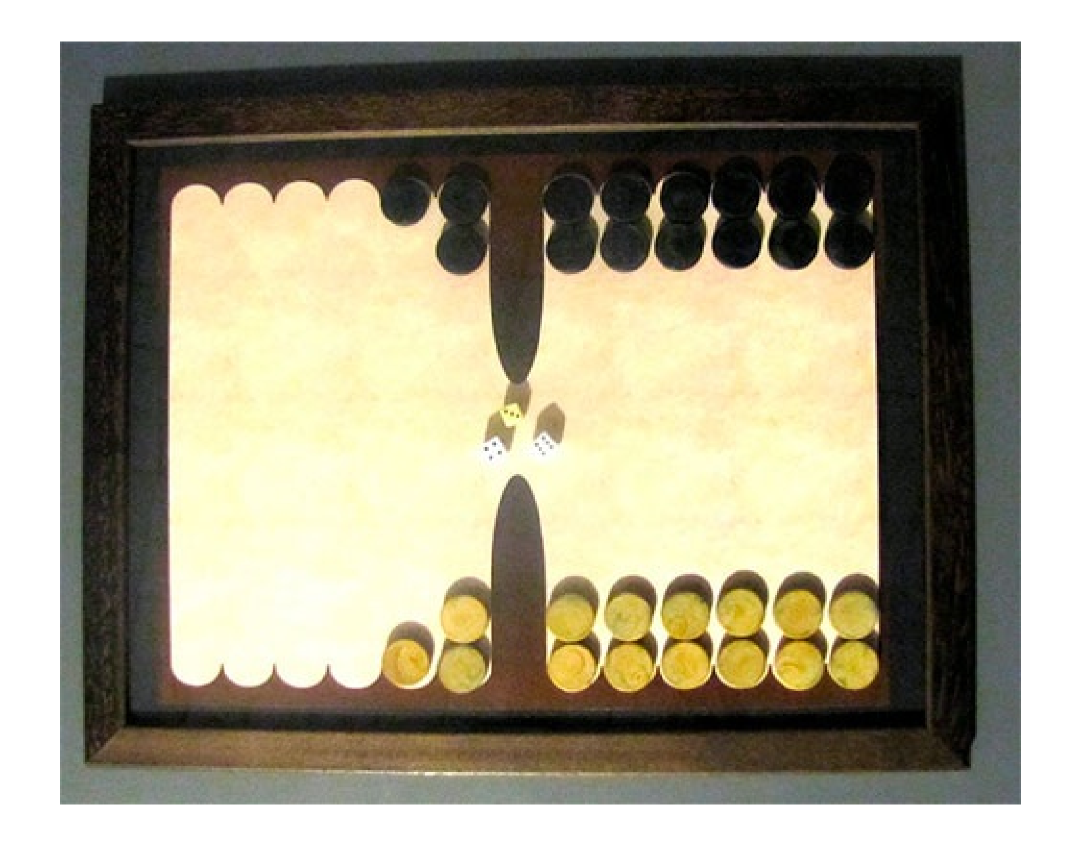


Tabla real o Juego de las quince tablas

Basado en el juego del mismo nombre de EL LIBRO DE LAS TABLAS DE ALFONSO X EL SABIO: «*El primer iuego dellas es este que llaman las quinze tablas*…».



Se trata del antecedente medieval del actual *backgammon*. El tablero se divide en 24 «casas» con forma semicircular para acoger las «tablas» o fichas. Las 24 casas se disponen alrededor del tablero divididas en cuatro cuadras, según la siguiente disposición:



En este juego de tablas, cada jugador juega con quince tablas (blancas y negras) distribuidas inicialmente según el esquema anterior.

Reglas del juego (según las noticias documentales e interpretando las lagunas según las reglas del *backgammon* actual).

a) Las tablas blancas deben recorrer las cuadras II y III hasta llevarlas a la cuadra IV; igual deben hacer las tablas negras, que deben llevarse a la cuadra I después de haber pasado por las cuadras III y II.

b) Cuando una tabla es capturada o sacada del tablero debe entrar en la cuadra de donde partió al principio de la partida.
Puede ser obligatorio o no capturar la pieza del contrario si los dados dan opción a ello.

c) Cuando un jugador ha llevado todas sus tablas a la cuadra opuesta, debe proceder a sacarlas fuera del tablero.

d) Cuando un jugador tiene una o más tablas fuera del tablero debe entrar con todas antes de mover las que tiene dentro del tablero.

e) Todos los movimientos de las tablas se hacen usando los puntos que resultan al lanzar tres dados.
En la versión de la novela opto por jugar con dos dados, pues da más interés al juego y permite a los jugadores asumir mayores riesgos.

f) Una vez las tablas de cada jugador han entrado en sus correspondientes

cuadras, cuadra I para las negras y cuadra IV para las blancas, los jugadores deben sacarlas del tablero.

g) Gana la partida el que saca antes todas sus tablas del tablero.

Nota del autor

El rey tahúr es una novela. La mayoría de los personajes son ficticios, y aquellos que no lo son se corresponden en muchos casos con figuras públicas poco relevantes para la trama (papas, obispos, reyes…). De otros, como los priores de la colegiata (Guillermo Durán, Bernardo, Raimundo, etc.) personajes de la corte de Sancho (Martín Íñiguez, el Chantre Fortún, etc.), solo existen escuetas referencias en las fuentes y su papel en la novela es fruto de la imaginación, algo que los acerca a los personajes de ficción.

El epílogo que acabas de leer es en sí mismo una nota de autor novelada, así como un capítulo de agradecimientos. De los personajes que aparecen en él, solo Blanca, Diego y Chema se corresponden con personas reales, como real es lo que se cuenta sobre ellos. En esta última parte, además de revelar al lector el motivo de la importancia del pergamino —eje conductor de la trama—, he querido dejar constancia de la génesis de la idea que dio origen a la novela. Se hace innecesario, por tanto, insistir en ello aquí.

La personalidad de Sancho el Fuerte es fruto de una elaboración que, si bien está basada en datos constatados y en indicios que nos proporcionan las fuentes históricas, no tiene por qué corresponderse con la realidad. Así, hay evidencias de su carácter avaro y acaparador (compraventas, expropiaciones, préstamos), de su interés por el juego (adquisición de tafurerías), o de su afición por las mujeres fuera del matrimonio, de la que da cuenta el número de hijos bastardos. Esto lo aleja de la imagen que la historiografía ha transmitido de él, un rey poderoso, decidido y buen cristiano, protagonista en las Navas de Tolosa, y le da más interés y realismo al poner el acento en el personaje cargado de dudas y sometido a todas las pasiones humanas.

A diferencia de mis novelas anteriores, no ha sido el rigor histórico lo que más he valorado al escribir algunos de los capítulos de *El rey tahúr*. He utilizado la trama para novelar una explicación que tenga encaje con algunos pasajes oscuros de la vida de Sancho, como su prolongada ausencia en tierras almohades, sus reticencias puntuales a participar en las cruzadas junto al resto de los reyes cristianos peninsulares, su falta de descendencia legítima o su tormentosa relación con la Iglesia del reino.

Aun así, he respetado el cronograma histórico, teniendo en cuenta los acontecimientos relevantes de la época e incluso detalles más nimios, como las fechas de toma de posesión y muerte de los auténticos priores de la colegiata, del alférez real, de obispos y de otros personajes de quienes contamos con esa información. De todos ellos he mantenido los nombres que figuran en las crónicas. Por supuesto, también es real el cronograma de las obras del monasterio y de la catedral, así como sus detalles constructivos y artísticos, aunque no sucede lo mismo con la fecha exacta de la transformación del puente, que es incierta, como incierta es la hipótesis del desvío del cauce durante los trabajos. He tratado de documentar al máximo los

aspectos de la vida cotidiana en los siglos XII y XIII: las leyes reflejadas en el Fuero de la ciudad y su organización, el comportamiento y los hábitos del clero y los miembros de la *curia regis*, el comercio y la actividad económica en la ciudad, la compleja convivencia entre cristianos, judíos y musulmanes y, por supuesto, todo lo relativo a las técnicas constructivas y artísticas que se describen (gremios de constructores, cantería, escultura, talleres y técnicas de pintura en piedra…). Todo ello se halla contenido en innumerables trabajos, tratados y tesis que hacen del proceso de documentación una tarea apasionante y cuyas principales referencias he querido reflejar en la bibliografía que se acompaña.

Existen, cómo no, algunas licencias. Me refiero a Tudela indistintamente como villa y como ciudad, aunque este último título es muy posterior al siglo XIII; he prescindido de personajes que aportaban poco a la novela, como la posible segunda esposa del rey Sancho y alguno de sus hermanos; he utilizado para fechar la Era Cristiana, aunque en Navarra en aquella época estuviera en vigor la Era Hispánica; la existencia de una tahona como la de Aldara es poco probable porque los hornos de pan eran entonces de dominio real, así como los molinos, lagares y trujales; hay tratados que no corresponden exactamente a la época, como *De coloribus faciendis* o el propio *Manual Bizantino*, que si bien pertenecen al final del siglo XIII son usados en la novela a principios de la centuria; las reglas de juego de la tabla real resultan de una fusión de las distintas variantes reflejadas en la obra de Alfonso X el Sabio, incluso del *backgammon* actual (número y disposición de las tablas, número de dados, etc.).

Nadie debería, por tanto, interpretar los detalles de la novela al pie de la letra como si de un ensayo histórico se tratara, pues si bien se relatan hechos históricos (la batalla de Las Navas, la adquisición de tafurerías por parte del rey, el nombramiento de Ramiro como obispo de Pamplona, las excomuniones, el encuentro de prohijamiento de Jaime I…), otros son verosímiles pero no demostrados (el viaje de Sancho a Sevilla, el viaje a Sicilia para acompañar a su hermana Berenguela, el motivo médico de su portentosa envergadura…). El resto es una reconstrucción literaria del modo en que pudieron suceder las cosas: el proceso de construcción del monasterio y la catedral, las relaciones entre el rey y la Iglesia, el desarrollo de la ciudad tras la conquista… Y entrelazándolo todo, una historia de ficción cuyos protagonistas son tres: Nicolás, María y el manuscrito almohade.

Dado que una nota como esta no puede resolver todas las dudas que podrían surgir tras la lectura de *El rey tahúr*, ofrezco a cualquier lector especialmente interesado la posibilidad de contacto a través de las redes sociales. Estaré encantado de comentar cualquier aspecto —duda, observación o crítica— relacionado con la novela.

Twiter: @CarlosAurensanz
Facebook: carlos.aurensanz

Instagram: carlos_aurensanz
Blog: elreytahur.com

Agradecimientos

El epílogo de la novela es en sí mismo un agradecimiento a quienes han participado en su génesis. No he encontrado una manera mejor de reconocer su entusiasmo que darles un papel en la novela: así, José M.ª de la Osa, Diego Carasusán y Blanca Aldanondo se parecen mucho a José de Tolosa, a Diego de Ablitas y a la Blanca pintora, respectivamente. Los tres, junto con Ana Carmen Martínez, leyeron la primera versión impresa de la novela y aportaron sus notas, comentarios y sugerencias.

La primera en leer el manuscrito fue, sin embargo, mi esposa, a quien debo agradecer la carga que asume para suplir mis ausencias, y también sus consejos. Sin ella esta novela no hubiera sido posible.

A todos aquellos que me han facilitado la labor de documentación, en particular a Luis Durán, presidente de la Asociación de Amigos de la Catedral; a Bibiano Esparza, el deán, y a Miguel Ángel, el sacristán, por las facilidades para visitar el templo en todos sus rincones incluso antes del amanecer; a Amaya Zardoya y a Delia Blázquez, las estupendas guías del Museo de Tudela y de la catedral, por su información histórica y por las arriesgadas visitas a los subterráneos; a las responsables de la biblioteca y archivo municipales por su paciencia y su confianza a la hora de facilitarme material bibliográfico; a Luis M.ª Marín Royo por poner a mi disposición todo su conocimiento sobre la ciudad medieval que sirve de escenario a esta novela; a M.ª Luisa Melero (Q.E.P.D.) por el impagable trabajo de toda una vida sobre la catedral de Tudela; a Manuel Sagastibelza y Mikel Zuza por lo mucho que saben y lo que generosamente comparten sobre la época en la que transcurre la novela; y de manera especial a Luis Javier Fortún, autor de la monografía sobre Sancho VII el Fuerte publicada por Ed. Mintzoa, de la que he bebido de manera continuada.

A Verónica, mi editora de siempre en Ediciones B, y a Lucía, mi nueva editora en esta etapa que se inicia dentro de Penguin Random House, por la confianza que siempre han depositado en mí al apostar por mi trabajo cuando solo es un paquete de folios en blanco. A Isabel Bou-Bayona por sus acertadas aportaciones en la fase de edición. A Antonia Kerrigan, mi agente literaria, por sus consejos profesionales y su orientación.

A los excelentes profesionales de nuestra Sanidad Pública que han hecho posible que, a pesar de todo, hoy pueda seguir escribiendo.

Y, sobre todo, a mis lectores, los verdaderos artífices de este milagro que es para mí poder presentar ante vosotros la que es mi sexta novela.

Bibliografía y documentación

ALAIZA MARTÍNEZ, Joseba; «Historia y urbanismo de la Tudela musulmana». *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, n.º. 6, 1994.

ALFONSO X EL SABIO; *Libro de los juegos o Libro del ajedrez, dados y tablas*, Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Recurso en línea.

ALTADILL, Julio; *El séquito del rey Fuerte*, 1912, Recurso electrónico.

— *Las torturas del rey Fuerte en el castillo de Tudela*, Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra, 1934, Recurso electrónico.

ALVARADO PLANAS, Javier; *Heráldica, simbolismo y usos de las corporaciones de oficios. Las marcas de canteros*, Ed. Hidalguía, Madrid, 2009.

ARAGONÉS ESTELLA, Esperanza; «El mal, imaginado por el gótico», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 225, 2002.

BASULTO, Jesús y CAMÚÑEZ, J. Antonio: *El Libro de las Tablas de Alfonso X el Sabio*, Universidad de Sevilla, 2011.

BURGUETE GOROSQUIETA, Mikel; «La explotación de los molinos del puente mayor de Tudela». *Miscelánea Medieval Murciana*, XXXVIII, 2014.

CAGIGAS ABERASTURI, Ana Isabel; *Los maestros canteros de Trasmiera*, Tesis doctoral, Universidad de Cantabria, 2015.

CARASUSÁN, Diego y ALDANONDO, Blanca; *La Puerta del Juicio, Tudela-Navarra*, Fundación Diario de Navarra, 2013.

CARRASCO PÉREZ, Juan; «Acerca del préstamo judío en Tudela a fines del siglo XIV», *Príncipe de Viana*, Año n.º 43, n.º 166167, 1982.

— «Juderías y sinagogas en el reino de Navarra», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 225, 2002.

CASTRILLO CASADO, Janire; «Mujeres y matrimonio en las tres provincias vascas durante la Baja Edad Media», *Vasconia: Cuadernos de historia - geografía*, n.º 38, 2012.

CUENCA PRAT, Beatriz y CHAMORRO TRENADO, M. Ángel; «El rol femenino y la construcción medieval», Actas del Cuarto Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Cádiz, 2005.

DE EGRY, Anne; «La escultura del claustro de la Catedral de Tudela (Navarra)», *Príncipe de Viana*, Año n.º 20, n.º 74-75, 1959.

DE SILVA Y BERÁSTEGUI, Soledad; «La Biblia del rey Sancho el Fuerte de Navarra de 1197 (Amiens, Bibliothèque Municipale)», *Príncipe de Viana*, Año n.º 73, n.º 256, 2012.

DEL CAMPO, Luis; «La estatura de Sancho el Fuerte», *Príncipe de Viana*, Año n.º 13, n.º 48-49, 1952.

DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ, E. y ELÍA, Alfredo; «Noticias sobre el juego en la Navarra medieval: juegos de azar», *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, Año n.º 25, n.º 62, 1993.

DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, Santiago; «Oficios y artesanos medievales en el Monasterio leonés de Vega», *Hispania sacra*, Vol. 65, n.º Extra 2, 2013.

DUVAL, Paulette; «Las iglesias de Tudela: Santa Magdalena y San Nicolás (s. XI y XII)», *Príncipe de Viana*, Año n.º 38, n.º 148-149, 1977.

ESPAÑOL, Francesca; «Las manufacturas arquitectónicas en piedra durante la Baja Edad Media», *Anuario de Estudios medievales*, 39/2, 2009.

FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, Luis Javier; «Documentación medieval de Leire: catálogo siglos XIII-XV», *Príncipe de Viana*, Año n.º 53, n.º 195, 1992.

— «La Orden de San Juan de Jerusalén en la ribera tudelana. Huarte de San Juan», *Geografía e historia*, n.º 18, 2011.

— «La quiebra de la soberanía navarra en Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado (1199-1200)», *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Vol. 45, n.º. 2, 2000.

— *Reyes de Navarra: Sancho el Fuerte*, Ed. Mintzoa, 2003.

FUSTER RUIZ, Rafael; «Marcas de cantería» (diversos artículos).

— «Signos lapidarios», Recurso en línea.

GALBETE, Vicente: «Algunas medidas empleadas en el antiguo reino de Navarra», *Príncipe de Viana*, Año 1953. Número 52-53, Dialnet. Recurso en línea.

GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles; «Reliquias y relicarios: el culto a los santos en la Navarra medieval», *Hispania sacra*, ISSN 0018-215X, Vol. 66, n.º. Extra 2, 2014.

GÓMEZ MORENO, Manuel; «La mezquita mayor de Tudela», *Príncipe de Viana*, Año n.º 6, n.º 18, 1945.

GOÑI GAZTAMBIDE, José; «Los obispos de Pamplona del siglo XIII», *Príncipe de Viana*, Año XVIII, n.º 66, 1957.

GRACIANI, Amparo; «Aportaciones medievales a la maquinaria de construcción», Actas 2º Congreso Nacional de Historia de la construcción, A Coruña, 1998.

— *La técnica de la arquitectura medieval*, Universidad de Sevilla, 2000.

GUAL CAMARENA, Miguel; «Peaje fluvial del Ebro. Siglo XII», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, Vol. 8, 1967.

GUTIÉRREZ MOLINERO, Alba; *La indumentaria medieval en el siglo XIII*, Publicaciones Universidad de La Rioja, 2015.

HERRERA Y ORIA, Enrique; «¿Son auténticas las cadenas de las Navas de la Colegiata de Tudela?» 1912, Recurso en línea.

IZQUIERDO BENITO, R. y RUIZ GÓMEZ, F.; *Las órdenes militares en la Península Ibérica*, Ediciones de la UCAM, Cuenca, 2000.

JIMÉNEZ LÓPEZ, Jorge; *La iglesia de Santa María Magdalena. La irrupción del Románico en Tudela*, Centro Cultural Castel Ruiz, 2016.

— *Un lugar intermedio entre los juicios. La Puerta del Juicio Final de la catedral de Tudela. Lienzos del recuerdo*, Universidad de Salamanca, 2015.

JIMENO JURÍO, Jose M.ª; *Colección documental de Sancho VII el Fuerte (1194-1234). Archivo General de Navarra*, Ed. Pamiela, 2008.

LACARRA, Jose M.ª; *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Ed. Pamiela, 2008.

— *Historia política del Reino de Navarra*, Ed. Aranzadi, 1972.

LADERO QUESADA, M. Ángel; *La formación medieval de España*, Alianza Editorial. Madrid, 2004.

LEMA PUEYO, Jose Ángel; «Las relaciones entre moros y cristianos en Tudela… en el pacto de capitulación de 1119», *Vasconia: Cuadernos de historia - geografía*, n.º 18, 1991.

MARÍN ROYO, Luis María; *El Fuero de Tudela*, Tudela, 2006.

— *La Tudela desconocida*, tomos I y II, Tudela, 2002.

— «Leyes de la Tudela Medieval y algunas Costumbres de la Época», *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, n.º 18, 2010.

— *Tudela ayer (siglos VIII a XIX)*, Tudela, 2011.

MARTÍN DUQUE, A. J.; «Algunas observaciones sobre el carácter originario de la monarquía pamplonesa», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 227, 2002.

— «El fenómeno urbano medieval en Navarra», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 227, 2002.

— «El señorío episcopal de Pamplona hasta 1276», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 227, 2002.

— *Gran Atlas de Navarra Geográfico Histórico*, T. II, Caja de Ahorros de Navarra, 1986.

— «Hechura medieval de Navarra», *Príncipe de Viana*, Año 63, n.º 227, 2002.

— «Imagen histórica medieval de Navarra: Un bosquejo», *Príncipe de Viana*, Año n.º 60, n.º 217, 1999.

— «La restauración de la monarquía navarra y las Órdenes Militares (1134-1194)», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 227, 2002.

— «Nobleza navarra altomedieval», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 227, 2002.

— «Relaciones financieras entre Sancho el Fuerte y los monarcas de la Corona de Aragón», *Príncipe de Viana*, Año n.º 63, n.º 227, 2002.

MARTÍN DUQUE, A. J. (Dirección); *Signos de identidad histórica para Navarra*, Tomos I y II, Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1996.

MARTÍN, R. y MAIRA, R.; «Del trazado a la construcción: versatilidad de las bóvedas de crucería». *Informes de la Construcción*, Vol. 65. n.º extra, 2013.

MARTINENA RUIZ, Juan José; «Noticias documentales acerca del Castillo de Tudela», *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, n.º. 14, 2006.

MARTÍNEZ ÁLAVA, Carlos J.; «El gótico preclásico en Navarra: arquitectura y arquitecturas en tiempos de Sancho», *Príncipe de Viana*, Año 73, n.º 256, 2012.

— «Del románico al gótico en la arquitectura de Navarra». *Príncipe de Viana*, Año n.º 64, n.º 229, 2003.

MARTÍNEZ ARANAZ, B.; BIENES CALVO, J. J.; MARTÍNEZ TORRECILLA, J. M.; NAVAS CÁMARA, L.; «Excavaciones en la Plaza Vieja de Tudela: la

Mezquita Mayor», *Trabajos de arqueología Navarra*, n.º 11, 1993-1994.

MARTÍNEZ DE AGUIRRE, Javier; «Arquitectos y talleres de construcción en la España medieval cristiana», *Anales de historia del arte*, n.º Extra 1, 2009.

— «Calendario laboral, fiestas y primeras huelgas de constructores en la Navarra medieval», *Príncipe de Viana*, Año n.º 60, n.º 216, 1999.

MARTÍNEZ LORCA, Andrés; «La reforma almohade: del impulso religioso a la política ilustrada. Espacio. Tiempo y Forma», *Hª. Medieval*, Serie III, T. 17, 2004.

MARTÍNEZ PRADES, Jose Antonio; «La Gliptografía en la Arquitectura Medieval. Visión General y Estudios en España», *Revista Chilena de Estudios Medievales*, n.º. 3, 2013.

MELERO MONEO, Mª Luisa; *La catedral de Tudela. Escultura monumental. Portadas y claustro*, Gobierno de Navarra, 2006.

— *Escultura románica y del primer gótico en Tudela (2ª mitad del s. XII y 1er cuarto del XIII)*, Tudela, Centro Cultural Castel Ruiz, 1997.

— «Estudio iconográfico de la portada de los pies de Santa María Magdalena de Tudela», *Príncipe de Viana*, Año n.º 45, n.º 173, 1984.

— «La catedral de Tudela en la Edad Media», *Arquitectura y escultura románica*, Vol. I, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, 2008.

— «La iglesia de Santa María Magdalena de Tudela: Aproximación estilística a su escultura», *Príncipe de Viana*, Año n.º 47, n.º 178, 1986.

— «Los textos musulmanes y la Puerta del Juicio de Tudela», *Luaces*, Vol. 1, 1987.

— «Reflexiones sobre el Monasterio cisterciense de Santa María de Fitero», *De arte: revista de historia del arte*, n.º 3, 2004.

MENÉNDEZ PIDAL, Faustino; «Sellos, signos y emblemas de los reyes de Navarra», Congreso General de Historia de Navarra, Comunicaciones, 1986.

— «Emblemas personales en la catedral de Tudela», *Príncipe de Viana*, Año n.º 68, n.º 241, 2007.

MENJOT, Denis; «Los trabajos de la construcción en 1400: primeros enfoques», *Miscelánea medieval murciana*, Vol. 6, 1980.

MIRANDA GARCÍA, Fermín; *La realeza navarra y sus rituales en la Alta Edad*

Media (905-1234), Gobierno de Navarra. Pamplona, 2008.

MUGUETA MORENO, Íñigo; «La nobleza en Navarra (siglos XIII-XIV): una identidad militar», *Revista Iura vasconiae*, n.º. 4, 2007.

NAVAS CÁMARA, Luis y MARTÍNEZ ARANAZ, Begoña; «La Mezquita Mayor de Tudela. Excavaciones arqueológicas», *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, n.º 6, 1994.

ORCÁSTEGUI GROS, Carmen; *La iglesia colegial de Santa María de Tudela (reinados de Sancho VII y Teobaldo I)*, Estudios Edad Media de la Corona de Aragón, 1973.

— «Precios y salarios de la construcción en Zaragoza en 1301», *La España medieval*, n.º 7, 1985.

— *Tudela durante los reinados de Sancho el Fuerte y Teobaldo I*, Estudios Edad Media de la Corona de Aragón, 1975.

ORTA RUBIO, Esteban; «Tudela y el Camino Jacobeo del Ebro», *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, n.º. 16, 2008.

PAVÓN BENITO, Julia y ARZOZ MENDIZÁBAL, Íñigo; *1212. La batalla de las Navas de Tolosa ocho siglos después*, Gobierno de Navarra-CAN-Diario de Navarra, 2012.

PAVÓN BENITO, Julia; «La batalla que cambió la Historia», *Nuestro Tiempo*, Nov-Dic 2011.

PAVÓN MALDONADO, Basilio; *La mezquita mayor de Tudela*, La Catedral de Tudela, 2006.

PAZOS LÓPEZ, Ángel; «Culto y vestimenta en la Baja Edad Media», *Revista Digital de Iconografía Medieval*. Vol. 7, n.º 14. 2015.

PEREZ ADÁN, Jesús Mª; «Canteros», *www.catedralesgoticas.es*; Recurso en línea.

PÉREZ PEÑA, Rafael; *La soberana Orden de Malta a través de diez siglos de historia*, Tesis doctoral, Universidad de Málaga, 2009.

PÉREZ VALCÁRCEL, Juan; *Construcción medieval*, Curso de doctorado, Universidad Lusófona do Porto.

— «La orientación de las iglesias románicas del Camino de Santiago», Actas del 2º Congreso Nal. de Historia de la Construcción, A Coruña, 1998.

PETRI, Ferrando; *Biblia de Sancho el Fuerte de 1197*, Biblioteca de Amiens, Recurso en línea.

Poza Yagüe, Marta; «El artista románico. Canteros y otros oficios artísticos», *Revista digital de iconografía medieval*, Vol. I, n.º 2, 2009.

Rendón Gómez, Álvaro; «Canteros y marcas de cantería» (diversos artículos), *Signos lapidarios*, Recurso en línea.

Rivas López, Jorge; *Policromías sobre piedra en el contexto de la Europa Medieval*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 2008

Rivera Garretas, Milagros; «Organización municipal y gobierno de una ciudad señorial castellana en el siglo xiii», *La España medieval*, n.º 7, 1985.

Rodrigo Estevan, Mª Luz; «La vivienda urbana bajomedieval», *Studium: Revista de humanidades*, n.º 11, 2005.

Ruiz Gómez, Francisco; «Doctrina jurídica y práctica social del matrimonio medieval según Las Partidas», *Meridies: Revista de historia medieval*, n.º 4, 1997.

Sáenz de Haro, Tomás; *Actividad cultural de los capitulares de la catedral de Calahorra (1045-1257)*, Ediciones Universidad de Salamanca, Stud. Hist, Hª medieval, 24, 2006.

— «Aspectos de la vida cotidiana de los capitulares de la catedral de Calahorra, siglos xii y xiii», *Revista Kalakorikos*, n.º 10. 2005.

Sainz y Pérez de Laborda, Mariano; *El castillo de Tudela, datos históricos*, Imprenta Subirán. Tudela, 1904.

Sagastibelza Beraza, Manuel; «Berenguela de Navarra», Recurso en línea, *www.berengueladenavarra.blogspot.com.es*.

— «Carta de Blanca de Castilla a Blanca de Navarra (traducción)», *www.berengueladenavarra.blogspot.com.es. 2011*.

Sánchez Guevara, Irene; «Matemática medieval», *Política y cultura*, n.º. 16, 2001.

Segura Moneo, Julio; «Emblemas y sellos de la ciudad de Tudela (Navarra)», *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, n.º. 15, 2007.

Sánchez Albornoz, Claudio; *Una ciudad de la España cristiana hace mil años: estampas de la vida en León*, Ed. Rialp, Madrid, 2014.

Sánchez Herrero, José; «Amantes, barraganas, compañeras, concubinas clericales», *Clío&Crimen*, n.º 5, Universidad de Sevilla, 2008.

SERRA DESFILIS, Amadeo; «Arquitectura en construcción en Europa en época medieval y moderna», *Cuadernos Ars Longa*, n.º 2, Universitat de Valencia, 2010.

TARIFA CASTILLA, Mª Josefa; *El monasterio cisterciense de Tulebras*, Gobierno de Navarra, 2012.

— «Iglesias parroquiales de Tudela desaparecidas», *Príncipe de Viana*, Año n.º 66, N.º 234, 2005.

TOLEDO AGÜERO, Yolanda; «Sección áurea en arte, arquitectura y música», Recurso en línea.

TRINDADE, Ann y SAGASTIBELZA, Manuel (traductor); *Berenguela de Navarra*, Ed. Mintzoa, 2016.

UBIETO ARTETA, Agustín; «¿Asistió Sancho el Fuerte de Navarra a la III Cruzada?», *Príncipe de Viana*, Año n.º 31, N.º 118119, 1970.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA. DEPARTAMENTO DE HISTORIA; «1212. Las Navas de Tolosa», Exposición, Recurso en línea.

URANGA GALDIANO, J. E. e ÍÑIGUEZ ALMECH, Francisco; *Arte medieval navarro*, Vols. 2 y 3, *Arte Románico*, Editorial Aranzadi, 1973.

— *Arte medieval navarro*, Vols. 4 y 5, *Arte Gótico*, Editorial Aranzadi, 1973.

VALOR GISBERT, Delfina; «Cargos concejiles en Tudela durante la primera mitad del siglo XII», *Príncipe de Viana*, Año n.º 22, N.º 84-85, 1961.

YANGUAS Y MIRANDA, José; *Diccionario de antigüedades del Reino de Navarra*, 1840, Recurso en línea.

— *Diccionario histórico-político de Tudela*, 1823. Recurso en línea.

ZABALO ZABALEGUI, Francisco Javier; «Peajes navarros: Tudela 1366, 1371, 1380», *Príncipe de Viana*, varios números.

Imágenes



Figura 1. Tabla real.



Figura 2. Capitel de San Lorenzo.



Figura 3. Capitel de San Juan.



Figura 4. Marca de cantero.



Figura 5. Dovela IV-3.



Figura 6. Virgen Blanca.



Figura 7. Cadenas de Las Navas.



Figura 8. Ara del altar mayor.



Figura 9. Dovela VII-7.



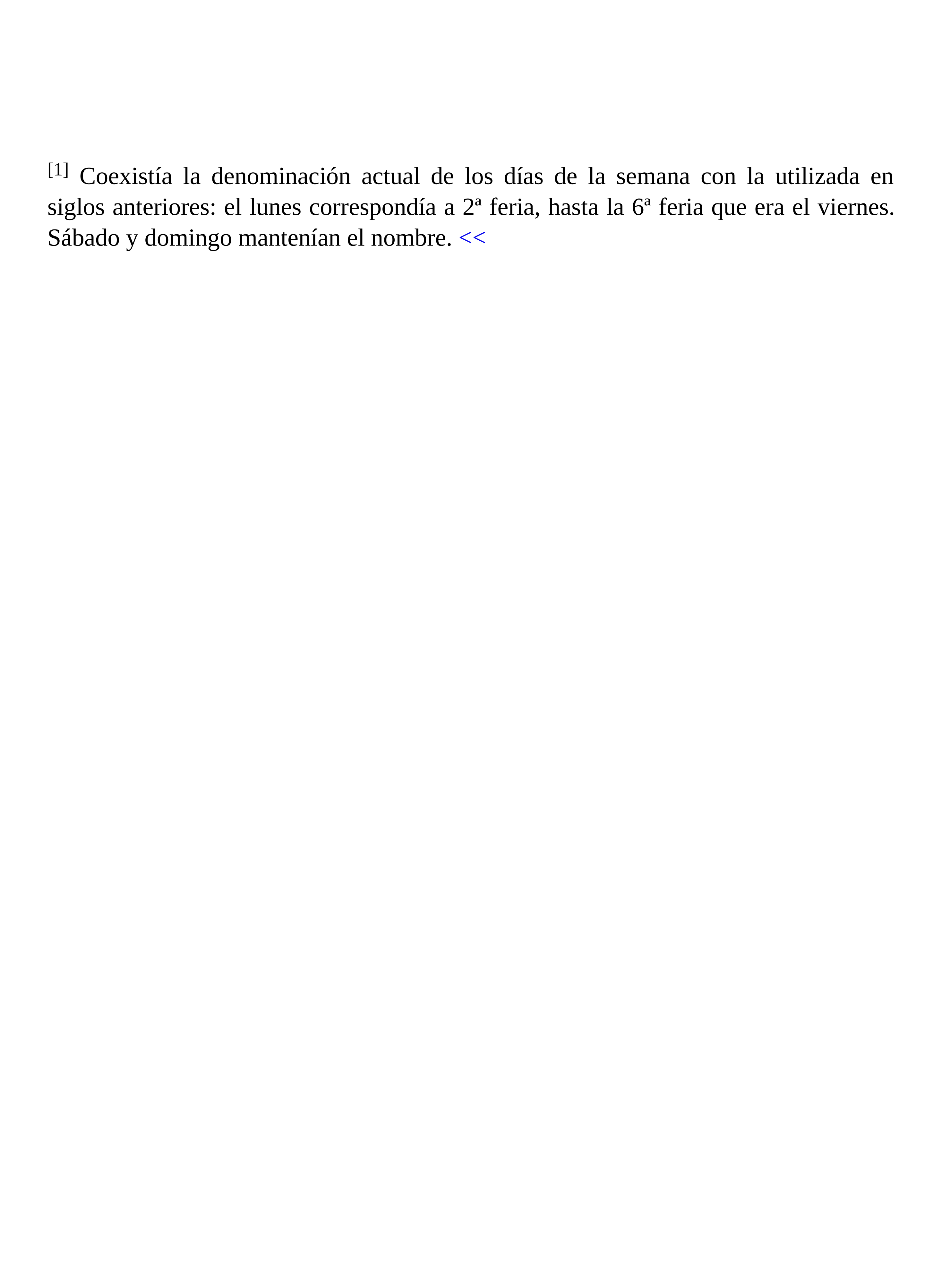
Figura 10. Dovela IV-4.



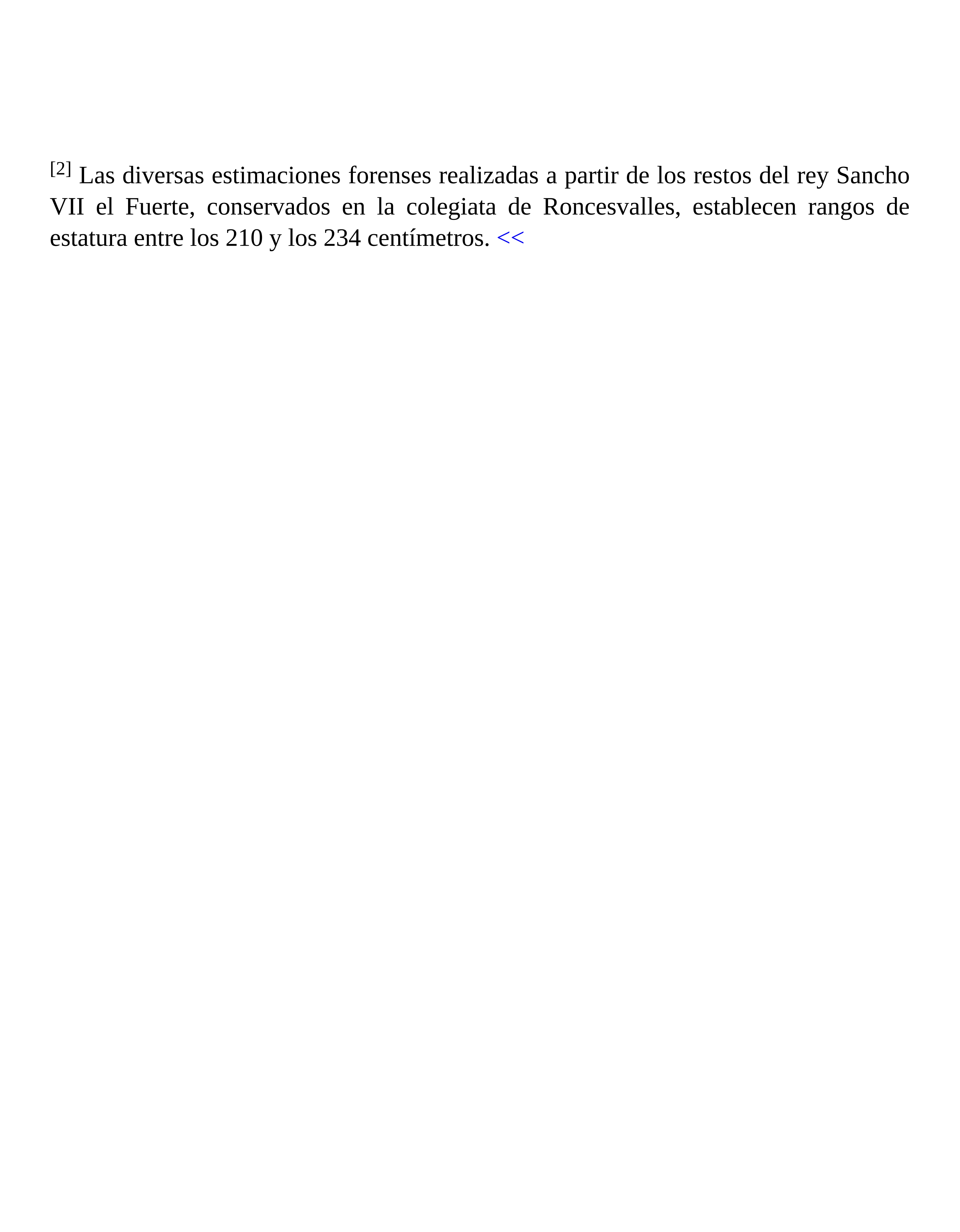
CARLOS AURENSANZ (1964, Tudela, Navarra). Estudió la carrera de Veterinaria en la Universidad de Zaragoza y compagina esta profesión con su pasión por la escritura.

Su primera novela vio la luz en 2009, *Banu Qasi*, y en ella reflejaba su pasión por la historia. El escritor plasma tres años de investigaciones en torno a la ciudad de Tudela que se relatan en *Muqtabis*, de Ibn Hayyan. La historia se convirtió en una trilogía con la publicación de *Banu Qasi: La guerra de Al Ándalus* y *Bani Qasi: La hora del califa*. Tras ellas, el autor ha continuado con relatos históricos y de suspense como *La puerta pintada*, *Hasday. El médico del califa* y *El rey Tahúr*.

Notas



[1] Coexistía la denominación actual de los días de la semana con la utilizada en siglos anteriores: el lunes correspondía a 2ª feria, hasta la 6ª feria que era el viernes. Sábado y domingo mantenían el nombre. <<



[2] Las diversas estimaciones forenses realizadas a partir de los restos del rey Sancho VII el Fuerte, conservados en la colegiata de Roncesvalles, establecen rangos de estatura entre los 210 y los 234 centímetros. <<

[3] Ver figura 1. <<

[4] Ver figura 2. <<



[5] Hasta el siglo XV pervivió en el Reino de Navarra el uso de la Era hispánica en la datación habitual de documentos. <<

[6] *Guarda de la Fe y regalo de los pobres*. <<

[7] Ver figura 3. <<

[8] La descripción del juego y sus reglas básicas se encuentran en el anexo. <<



[9] Así era conocido el soberano almohade en tierras cristianas. Procede de la deformación del título árabe *Amir al-Mu'minin* o Príncipe de los Creyentes. <<



[10] En el Fuero de Tudela el término «alcalde» se utiliza con el significado de «juez», encargado de aplicar las leyes en él reunidas y dictar sentencia en los pleitos. <<

[11] *Galocher*, en francés: besar de manera apasionada. <<

[12] Ver figura 4. <<

[13] Este bando, ficticio, reproduce una de las fuentes más fiables acerca de lo sucedido en Las Navas de Tolosa: la carta que Blanca de Castilla, hija del propio Alfonso VIII, dirige a Blanca de Navarra, hermana del rey Sancho VII el Fuerte para informarla de lo sucedido en tan trascendental batalla. Incluye también algún pequeño detalle extraído de otra carta enviada por Arnau Amalric, arzobispo de Narbona, a un abad del Císter. <<

[14] Ver Figura 5. <<

[15] Ver figura 6. <<

[16] Ver figura 7. <<

[17] Ver figura 8. <<

[18] Todas las imágenes están disponibles en la web de la Puerta del Juicio: *https://qinnova.uned.es/ptajuicio/#/app/puerta* y en aplicación para móviles Puerta del Juicio Tudela. <<

[19] Ver figura 9. <<

[20] Ver figura 10. <<

[21] Texto tomado de forma literal del libro citado, *La Puerta del Juicio de Tudela*. <<